

ALBERTO GÓMEZ

Cammino

de

espiras



CALIGRAMA

Camino de espiñas

ALBERTO GÓMEZ

CALIGRAMA

Camino de espinas

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417984076

ISBN eBook: 9788417984564

© del texto:

Alberto Gómez

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España — Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi madre,
por tanto y por todo.*

*A mi tía Cuqui, por inculcarme
el hábito de la lectura.*

Julia y Jorge Ignacio se besaban apasionadamente. Afuera de la humilde floristería ubicada en la populosa Hialeah en Miami, estaba empezando a llover nuevamente, aunque el calor era sofocante. Siempre hacía calor en Florida. El cuerpo esbelto, tibio y con un rico olor a limpio de Julia se estremeció ante el apasionado beso de su novio. Jorge Ignacio intensificó el beso y el deseo lo invadió, sus manos aferraron con más fuerza la cintura de la hermosa muchacha de veintidós años. Él abrió los ojos, estaban brillantes de deseo. Afuera, un torrencial aguacero inició con furia.

—Te deseo, Julia, aquí mismo, ahora —dijo él ardiendo de pasión, deseoso de arrancarle la ropa a la muchacha y hacerla suya allí. Sonrió malicioso, subió la mano derecha hacia los senos de ella mientras la oprimía, pegándola más contra su cuerpo varonil y bien formado (gracias a las interminables horas de ejercicios y pesas). Él musitó totalmente erotizado—: Me vuelves completamente loco, solo quiero hacerte mía.

La calle fue quedando desierta, los pocos transeúntes corrían a guarecerse de la implacable lluvia. Hialeah, ciudad ubicada en el condado de Miami-Dade en el estado de Florida, era una de las zonas más populares y pobres. En aquella humilde barriada vivía Julia Alcántara junto a su abuelo. Ella, huérfana de padre y madre, se ganaba la vida como floristera, y en las noches estudiaba con perseverancia para ser maestra.

Julia se apartó cautelosa de Jorge Ignacio, estremecida también por los besos y el deseo de ser amada.

—¡Jorge Ignacio! Puede regresar el dueño de la floristería y no le va a gustar nada vernos besándonos en mis horas de trabajo.

—Por favor, ¿cómo va a regresar con semejante aguacero? Ese viejo debe estar durmiendo la siesta mientras tú te revientas aquí vendiendo flores y armando nuevos ramos —apuntó él malhumorado por el abrupto rechazo de ella. Luego, se le acercó de nuevo, tomándola suavemente por los brazos para hacer que lo mirara, que se mantuviera frente y muy cerca de él. Intentó besarla nuevamente.

—No, Jorge Ignacio. Vamos a ser prudentes. Aunque esté lloviendo a cántaros, el dueño puede regresar. Tengo que cuidar mi trabajo, de mi puesto vivimos mi abuelo y yo, y pagamos la renta del apartamento; mal que bien, logro cubrir todos los gastos y...

—Ya, ya, ya... No empieces otra vez con la misma cantaleta de siempre. *¡You always bore me with the same!* —acotó con fastidio el apuesto joven de veinticinco años.

Ella bajó la mirada con tristeza.

—Tu vida es muy diferente a la mía, mi amor. A ti te mantienen tus padres, que son millonarios. ¿Qué se siente viviendo así, viendo cumplidos hasta tus más mínimos deseos? Lo tienes todo, yo no. Yo tengo que esforzarme y sacrificarme para poder llegar a fin de mes sin endeudarme.

—Sí, sí, ya sé que tu vida está llena de sacrificios y abnegación —dijo en evidente tono burlón.

—¿Te burlas de mi pobreza? —preguntó dolida mirándolo.

—No, no, claro que no —sonrió cínico. Murmuró—: Yo te amo, Julia. Mi mayor deseo es casarme contigo, pasar a tu lado el resto de mi vida.

—¿Cuándo les vas a hablar a tus padres de mí? ¿Cuándo me vas a llevar a tu casa a conocerlos?

Un fuerte trueno retumbó con extremada violencia en el cielo. Ella se sobresaltó asustada y él la abrazó fingiéndose protector.

—Precisamente anoche les hablé a mami y papi de ti —mintió—. Les dije que eras la muchacha más bella y buena de toda Hialeah. Quiero que te vayan conociendo a través de mí antes de presentártelos. Ellos quedaron encantados al saber lo buena que eres. Saben que te amo con locura, y saben también que tú me amas a mí de igual manera.

—¿Y no les importó que seamos de clases sociales tan diferentes? —interrogó ella temerosa de la respuesta.

—Pero claro que no, *my little butterfly*. Mis padres, a pesar de su edad, son muy modernos. Saben que eso de las clases sociales está pasado de moda. Hoy en día hasta los de la realeza se casan con actrices de medio pelo de Hollywood. Pronto los conocerás, Julia —volvió a mentir Jorge Ignacio, haciendo un gran esfuerzo para reprimir las ganas de reírse.

—¡Qué felicidad, mi vida! Mi mayor deseo es que tus padres me acepten y me quieran.

Ella lo abrazó con más fuerza, más enamorada e ilusionada que nunca. Dulce, le ofreció sus labios, que él besó con frenesí. Era un beso mentiroso por parte de él, cargado únicamente de deseo sexual. Tras el beso, el cínico joven retomó la conversación:

—Mis padres, aunque modernos, no son fáciles. No les importa que yo no me case con una muchacha rica, pero sí desean que sea buena y sepa valorarme. Mamá y papá quieren que me case pronto. Me echan en cara que tengo veinticinco años y ellos cada día se hacen más mayores y desean ser abuelos. Es tanto el apuro de ellos por casarme que ya tienen escogida a la que creen que será mi futura esposa...

Julia se puso alerta ante aquellas palabras. Afuera, otro trueno retumbó y el cielo se tornó más gris plomizo. Las fuertes gotas de lluvia se estrellaban con furia contra los cristales de la humilde floristería.

—¿Ya te tienen escogida a tu futura esposa? Pero... —Julia se quedó abrumada, sin palabras, casi sin poder reaccionar ante el impacto. Nerviosa, clavó las uñas en el antebrazo de él. Sus ojos, llenos de la mayor angustia, y sus pupilas negras, brillaban con gran intensidad. Apenas podía pronunciar palabra—: ¿Por qué no me habías dicho antes que tus padres ya te tienen candidata para casarte?

—Pero no le des tanta importancia, *my love* —aconsejó cínicamente Jorge Ignacio, restándole peso al asunto—. Papá y mamá pueden decir y decidir misa, pero estoy seguro de que cuando te conozcan, te van a preferir a ti. Además, a mami le gusta jugar a ser Pigmalión. Le va a encantar jugar a transformarte de ser la simple floristera de barrio a convertirte en una gran dama de sociedad. No tienes nada que temer, Julia. Te llevaré cualquiera de estos días a la casa, sé que

papi y mami quedarán encantados contigo. Ellos ya saben que te amo y que solamente tú serás mi esposa.

—¿Y si no les gusto, Jorge Ignacio? ¿Te enfrentarías a ellos por mí? ¿Nos casaríamos de todas maneras aun en contra de la voluntad de tus propios padres?

—Pero claro que sí —rio él restándole importancia a la ansiosa angustia de ella—. A mí nadie me separa de ti, ni mami ni papi ni absolutamente nadie. Nos casaremos y nos iremos a vivir a Nueva York. Muchas veces te he dicho que amo Manhattan. Miami siempre me ha parecido un pueblo, demasiados latinos para mi gusto; sobre todo aquí en Hialeah, que está llena de balseos despatriados.

—No hables así, por favor. Hialeah está llena de gente valiosa y muy trabajadora, de familias buenas y decentes que luchan por salir adelante. Mi abuelo y mis padres eran cubanos, y aunque yo nací aquí, me siento muy orgullosa de las raíces latinas de los míos. Además, tú mismo y tu familia son latinos.

—Te equivocas, mis padres son puertorriqueños, pero mi hermano y yo nacimos aquí en Miami. En fin, no te tomes tan a pecho las cosas que digo. Ya verás lo felices que vamos a ser, *my queen*.

Ella no pudo evitar sentirse intranquila, era como si una alarma interior la avisara de algo, de algún peligro que aún desconocía. Julia Alcántara volvió a abrazar con fuerza al hombre que amaba con todo su ser. Era como si con aquel abrazo quisiera acabar con cualquier amenaza que pudiese existir. Mientras, Jorge Ignacio Armenteros trataba de ocultar su sonrisa cínica y llena de codicia. La codicia de poseer a la muchacha, de hacerla suya disfrutando de su cuerpo perfecto y hermoso. Él acarició la larga cabellera negra azabache de Julia al tiempo que le mentía con una promesa:

—Nos casaremos, Julia. ¡Te lo juro, amor!

Y de pronto, como era común en Miami, la torrencial lluvia se cortó abrupta; pero lejos de salir el sol, el cielo quedó muy oscuro, lleno de nubarrones negrísimos que auguraban los peores sucesos.

Con el océano Atlántico al este y con South Miami Beach al norte, Fisher Island era una isla que ofrecía todas las comodidades de la vida actual. Dicho paraíso en la Tierra tenía playa privada, campo de golf, *spa* y hasta un planetario. Era un lugar muy popular por sus mansiones y condominios de superlujo que albergaba las residencias de artistas, políticos, banqueros y millonarios conocidos, y no tan conocidos. Era en aquella exclusiva zona donde vivían los padres de Jorge Ignacio: la distinguida familia Armenteros. La impresionante propiedad frente al mar construida a la medida combinaba lo mejor con el más exquisito de los gustos. Las ventanas del piso al techo en ese hogar de nueve mil pies cuadrados brindaban vistas ilimitadas a la bahía. Con más de mil pies cuadrados de espacios para disfrutar y vivir al aire libre, una terraza en la azotea de dos mil pies cuadrados y una cocina de verano completa ofrecían entretenimiento interior y

exterior durante todo el año. La impresionante cocina contaba con electrodomésticos de última generación, encimeras de mármol blanco, gran barra de servir y conexión perfecta a las áreas de estar y comedor. Las puertas telescópicas de impacto contra huracanes se deslizaban completamente hacia atrás en las paredes para borrar por completo las fronteras entre la brisa de la bahía y la rica piedra dura de mármol pulido y los toques de diseño en esta isla única en su tipo. Además de eso, la mansión de los Armenteros tenía nueve habitaciones y una espléndida piscina de azules y cálidas aguas. Decorada con el más distinguido gusto, se podían apreciar valiosas porcelanas, cuadros de los más famosos pintores del mundo que valían verdaderas fortunas, finos muebles traídos de Europa y algunas esculturas valoradas en varios millones de euros. Sentados en el amplísimo jardín, estaban doña Ramona Vásquez de Armenteros y su esposo, el gerente de la cadena de bancos más importante de Florida, el distinguido pero pusilánime Gerardo Armenteros. Ambos tenían cincuenta y cinco años. Ella era una mujer de aspecto regio, siempre vestida impecablemente, luciendo los modelos exclusivos de Carolina Herrera, peinada con exacta y pulcra perfección. Era, sin duda, una mujer imponente que inspiraba respeto. Por su parte, don Gerardo era un hombre sin carácter, acostumbrado a obedecer en todo a su fiera esposa. Vestido de Hugo Boss y calzado del mismo diseñador, nunca tuvo nada, era un simple hombrecillo sin porvenir, pero ella se empeñó en él. Siendo Ramona ante los ojos del mundo la heredera universal de una incalculable fortuna y heredera también de la sólida cadena de bancos de su familia, se casó con Gerardo, importándole muy poco la propia opinión del manipulable hombre. Una vez casados, Ramona lo nombró gerente general de la cadena bancaria, encumbrándolo así a lo más alto, dándole brillo y prestigio, pero tratándolo siempre como una simple marioneta. Habían sido treinta años de matrimonio, treinta años donde Gerardo Armenteros jamás había sido feliz.

—Te falta autoridad con nuestro hijo Jorge Ignacio. Nunca le reclamas nada, nunca le dices nada, nunca lo corriges, Gerardo —le reclamó a su esposo con visible mueca de desprecio—. ¿Cuándo será que ejercerás tu autoridad de padre?

—Las pocas veces que he querido ejercer de padre me has ordenado no meterme en la educación del niño, Ramona.

—Ya no es ningún niño, ¡y no me repliques! —se impuso ella a la vez que se levantaba y paseaba malhumorada su vista por el impresionante lugar—. Jorge Ignacio no vino a dormir anoche, y mira ya la hora que es, casi las seis de la tarde. ¡Temo que haya recaído en las drogas! Es evidente que de nada sirvieron los tres meses que pasó internado en aquella clínica de desintoxicación de Los Ángeles.

—Jorge Ignacio siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, y buena culpa de eso la tienes tú, mujer; siempre consintiéndolo, siempre complaciéndolo en todo. Ya es tarde para que quieras corregirlo —soltó don Gerardo.

—Por suerte, hoy regresa su esposa de Milán. ¡Qué maldito empeño el de Viviana de no retirarse de su profesión de *top model*! Cada vez que ella se va a desfilar, nuestro Jorgito recae en

el vicio, y todo es culpa de ella. No entiendo estos matrimonios modernos, Gerardo, cada quien por su lado, cada uno haciendo su vida aparte del otro.

—Ojalá hubiese tenido yo la suerte de pasar largas temporadas lejos de ti —musitó él para sí mismo.

—¿Qué dijiste? No te escuché bien.

—Nada, nada —disimuló—. Para nada me extrañaría que Jorge Ignacio ande enredado por ahí con una muchacha cualquiera, sabes que le gustan las aventuras.

—Mientras sean simples aventuras no me importa. Jorgito es un hombre, al fin y al cabo, y como hombre joven necesita desahogarse; para eso están ese tipo de mujeres. Lo que me preocupa es que esta nueva aventura está durando más de la cuenta —acotó Ramona preocupada y tensa—. No se me escapa detalle sobre nada que concierna a la vida de nuestro hijo, Gerardo. Siempre está hablando o escribiéndose con la fulana esa a través de su celular. ¿Quién será esa mujercita?

—Esperemos que Viviana no se entere de la nueva aventura del niño.

—Para lo que a ella le importan las aventuras de Jorge Ignacio... ¡Y no lo llames niño! En mala hora los casé —se quejó impotente la regia dama de sociedad—. Pensé que Viviana lo haría feliz, que dejaría de lado su carrera de modelo y se consagraría a cuidar de nuestro hijo. Ah, pero para nada. Desde la misma luna de miel cada uno estuvo por su lado, y cuando él pasó los tres meses internado para superar su afición a las drogas, ella firmó un contrato y se largó a desfilas por toda Europa.

—Así son los matrimonios de hoy, mujer —le restó importancia don Gerardo mientras tomaba el periódico de la tarde para ver las últimas noticias del día.

—Pues si tú, como padre, y Viviana como esposa no meten en cintura a Jorge Ignacio, yo sé muy bien cómo hacerlo. Voy a cancelarle todas sus tarjetas de crédito. No voy a darle ni para la gasolina del carro. Quiera o no tendrá que retomar y concluir su carrera de odontología. Se acabó tanta permisividad.

—Se va a ir de la casa, Ramona.

—¿Y para dónde se va a ir sin dinero? No seas absurdo, Gerardo.

—Su esposa es millonaria. Vivi se aburre soberanamente en esta casa. Pueden rentar un apartamento juntos y largarse; apartamento que obviamente pagará ella. Son un matrimonio moderno, están juntos cuando les provoca y ya. El día que el niño se cansa de su esposa la abandonará y se irá con la amante de turno. Jorge Ignacio es tan distinto a su hermano Daniel...

Daniel Armenteros había nacido para ser presidente de los Estados Unidos; o al menos para eso lo había preparado su madre, doña Ramona Vásquez de Armenteros. Daniel era el hermano mayor, por cinco años, de Jorge Ignacio. De aspecto pulcro, cuerpo atlético, ojos muy negros y pelo muy corto de igual color, poseía un carisma inigualable. Su sonrisa era pura y de dientes muy blancos y perfectos. Era un hombre extremadamente guapo que enloquecía a todas las féminas. Su carrera

política era intachable y estaba listo para triunfar en las próximas elecciones presidenciales del país dentro de cuatro años. A sus treinta años nunca se había enamorado, aunque debido a su galanura, romances y ofertas de matrimonio abundaban en su vida. Daniel se encontraba allí, en el piso veintidós de su gran despacho en uno de los edificios más altos y lujosos de Brickell Avenue. Frente a él, sentado y con las piernas cruzadas, estaba su hermano Jorge Ignacio, quien se tomaba un *whisky* en las rocas y le decía con fastidio:

—Hoy regresa mi esposa Vivi de su gira. Se me hizo corto todo el tiempo que pasó fuera desfilando. Me tiene fastidiado, estoy *crazy* por divorciarme, hermanito. Quiero verme libre de ella para dedicarme a mi linda cubanita.

—Me dijiste hace días que esa muchacha que te interesa era de familia cubana, aunque ella había nacido aquí. Sea como sea, no puedes actuar por impulso, Jorge Ignacio. No puedes tirar tu matrimonio por la borda por una simple aventura.

—No es una aventura, Daniel, ¡más bien es una calentura! —rio cínico y libidinoso—. La cubanita me vuelve *crazy*, literalmente loco, pero se hace de rogar. Es muy chapada a la antigua. No parece de este siglo. No quiere acostarse conmigo hasta casarnos. ¡Qué antigua! ¿Creerá que la virginidad es una virtud? Era una virtud en la época de nuestras abuelas. Hoy en día es una vergüenza.

—No todas las muchachas son iguales, hermano. Las hay con valores, con principios, con dignidad. Y esas son las que me gustan, las que van por la vida pensando con la cabeza y no con sus hormonas.

—Ya habló el futuro *president* de este país. No te vayas a poner moralista, Daniel, sabes que me aburres cuando te pones en ese plan —alegó con fastidio al tiempo que se levantaba e iba hacia el minibar para servirse más hielo y *whisky*—. Las mujeres difíciles son las que más me excitan. La cubanita será una más en mi lista, luego de haberla tenido, buscaré otra y otra y otra.

—¡Machista al cien por ciento tu manera de pensar, hermano! Más a mi favor, si lo que quieres es una aventura con esa muchacha, no tienes por qué romper tu matrimonio con Viviana. Además, mamá no te lo va a permitir.

—Mamá me tiene hartado, me trata como un niño, me vigila, me dice qué tengo o qué no tengo hacer.

—El día que madures dejará de decirte cómo ir por la vida.

—Yo no soy perfecto como tú, Daniel, ni nací lleno de virtudes. Al contrario, nací lleno de defectos, ¡y amo los defectos! Amo las borracheras, las fiestas, una buena noche con mucha cocaína, las orgias... en fin, ¡todo lo bueno de la vida! —rio descarado bebiendo un sorbo de su *whisky*—. Yo no necesito llevar una existencia intachable como tú, a mí no me sigue la prensa como a ti, ni aparezco en programas de televisión dando monótonas y aburridas entrevistas prometiendo cosas maravillosas para mejorar este país y la vida de los inmigrantes perseguidos por ser ilegales. Yo no sueño con ser presidente como tú, *bro*; así que mi vida puede ser un desastre sin ningún problema. —Apuró hasta la última gota de su vaso—. Siempre fuiste el hijo

modelo. Estudiaste en Yale y te graduaste en Ciencias Políticas en Harvard. Todos los años eras el mejor estudiante de tu clase, el mejor jugador del equipo de beisbol, nunca dejaste embarazada a ninguna de las criaditas de la casa como hice yo a los quince años, ni mamá tuvo que indemnizar a dicha sirvientita con cincuenta mil dólares para que no gritara a los cuatro vientos lo que le había hecho, tampoco mamá tuvo que pasar (por culpa tuya) por la vergüenza de llevar a abortar a la fulana para evitar un *baby* no deseado.

—Basta ya de enumerar tus «hazañas», Jorge Ignacio. Te sientes muy orgulloso de ellas, y la verdad es que son vergonzosas —cortó Daniel asqueado ante la actitud divertida y descarada de su hermano menor.

—Oh, oh, será mejor que me marche, ya vas a empezar con una descarga moralista y la verdad es que no estoy para eso. —Dejó el vaso vacío sobre el lujoso escritorio de caoba de su hermano Daniel—. *Bye*, don perfecto, nos vemos esta noche en la casa para darle la bienvenida a mi esposa. —Se encaminó hacia la puerta.

—No te olvides de que mañana es el cumpleaños de mamá. Ocúpate de llamar a la floristería y encargarse los ramos —le dijo a su hermano, pero ya Jorge Ignacio había salido y cerrado la puerta tras él.

—Soy tan feliz, abuelo. Jorge Ignacio cada día me quiere más.

—¿Cuándo vas a traer a ese muchacho ante mí para conocerlo, Julia? No me habías dicho que ya son novios.

—Cualquier día de estos lo traigo, abuelito. Te va a encantar y te va a caer muy bien.

—Desde que tus padres murieron en aquel accidente cuando eras niña, tú quedaste a mi cuidado, y yo, que era viudo, me consagré a ti. Siempre hemos estado muy unidos, siempre fui tu confidente, mi nieta, pero ya no es así —susurró triste el noble anciano de ochenta años y de pelo totalmente blanco como la nieve.

—No seas celoso, abuelito —rio ella plena, feliz y muy enamorada—. Amo a Jorge Ignacio y tú también lo vas a querer. Es tan educado, tan guapo e inteligente. Es todo un profesional de la odontología. Figúrate que me contó que tiene una clínica en Miami Beach y no da abasto con los pacientes. ¡Nunca me imaginé llegar a ser tan feliz!

Julia reía mientras daba vueltas sobre sí misma con los brazos extendidos. Su risa cristalina y de gran dicha se escuchaba en el humilde apartamento donde vivía la muchacha con su octogenario abuelo en Hialeah. El noble don Luis no respondía nada. Para él, Julia era la niña de sus ojos y lo que más deseaba era su dicha, verla casada con un buen hombre y con una existencia estable y sin sobresaltos. Don Luis había sufrido mucho desde que fue perseguido político en su natal Cuba, donde pasó cinco años preso por ser contrario al régimen castrista, enfrentando también la pronta muerte de su esposa y luego el terrible accidente donde su hijo perdiera la vida junto a su mujer. Él quedó solo con Julia cuando ella apenas tenía siete años. Desde aquel momento dedicó su vida

a ella, a cuidarla, educarla, guiarla por la vida y convertirla en una mujer de bien. Su vida estaba absolutamente consagrada a su nieta y deseaba para ella una felicidad plena y eterna.

—No soy un abuelo ni regañón ni autoritario ni metiche, pero tienes que comprender que es lógico que quiera conocer a tu novio y darle el visto bueno. Tengo que asegurarme de que te quiere de verdad.

—Entiendo que sea así, abue, pero no tienes nada por lo que desconfiar. Ya te dije que Jorge Ignacio es de muy buena familia, sus padres son ricos, según él mismo me dijo. Su papá es banquero y su mamá es una importante dama de sociedad dedicada a la beneficencia de los más necesitados. Como te conté, nos conocimos por casualidad hace un año, cuando él entró a la floristería a comprar un ramo de rosas para su mamá, que estaba de cumpleaños. Estuvimos hablando mucho rato e intercambiamos nuestros teléfonos. Luego, salimos varias veces hasta que me pidió que fuera su novia.

—Caray, te oigo hablar de ese muchacho con tanto entusiasmo que me asusto, mi nieta.

Julia volvió a reír, sus ojos estaban llenos de ensoñación y su corazón latía con fuerza. La fuerza del amor.

—¿Ya llegó Vivi de su viaje? —preguntó Jorge Ignacio con aburrimiento; ya sabía que se avecinaba un gran sermón por parte de su madre.

—Es el colmo, Jorge Ignacio, ¡el colmo! Debiste ir a buscar a tu esposa al aeropuerto, nada te costaba tener ese gesto de cortesía con ella —recriminó doña Ramona al calavera de su hijo controlando su ira y el tono de su voz—. Me tienes muy cansada. Viviana llegó hace más de tres horas luego de largos meses de ausencia. Me obligas a tomar medidas drásticas contigo. Mañana mismo llamo al banco de tu padre para que cancele tus tarjetas de crédito.

Jorge Ignacio sonrió díscolo, indiferente ante la amenaza, pues se sabía el consentimiento de su madre, ella no lo dejaría sin dinero.

—Pasemos al *living room*, y muéstrate amoroso. Te lo repito, Jorge Ignacio, tu actitud me tiene muy cansada. Ya no sé qué hacer contigo.

Doña Ramona avanzó con paso firme hacia el *living* de la regia mansión donde vivían. Jorge Ignacio hizo gesto de fastidio a sus espaldas y la siguió resignado. Entraron decididos al recinto, donde se encontraban don Gerardo, Daniel y la preciosa Viviana. Ella era verdaderamente impactante, muy alta y estilizada. De pelo pintado de rojo fuego y abundante cabellera leonina, sus ojos eran de color verde esmeralda. Jorge Ignacio, zalamero, le sonrió mientras iba hacia ella.

—Mi amada esposita...

Vivi le sonrió encantadora. Él la abrazó y besó fingiéndole gran amor. Ella recibió el beso fría e indiferente. Ambos sabían que aquel matrimonio era una farsa y jugaban el mismo juego: el de la hipocresía.

—Perdóname por no haberte ido a buscar al aeropuerto, *my dearest*, pero es que estaba muy ocupado.

—Sí, me imagino, amorcito, corriendo detrás de alguna lagartona —rio ella mordaz.

—No digas eso, Vivi, sabes que te soy completamente fiel. Estuve trabajando junto a mi hermano; él mismo te lo puede confirmar. Lo estuve ayudando en la planificación de lo que será su campaña política.

—¿Y desde cuándo le interesa la política a tu hermano, cuñadito?

—Eh, pues... —tosió Daniel cogido desprevenido ante la inesperada pregunta de su hermosa y sensual cuñada—. Ya sabes cómo es Jorge Ignacio, Vivi, una veleta que de pronto se involucra en algo. Para mí también fue una sorpresa que pasara toda la tarde trabajando junto a mí y mis asesores en la oficina —mintió Daniel evidentemente nervioso por tener que cubrirlo.

—Sí, claro, de seguir tan interesado en tu campaña podrías lanzarlo como ministro por los derechos de la mujer. Todo lo que tenga que ver con mujeres a mi adorado esposito le encanta —comentó Vivi con burlona sonrisa.

—Gerardo, querido, por favor, sirve copas para todos —intervino rápida doña Ramona para cambiar de rumbo la álgida conversación, al tiempo que su manipulable marido se disponía a obedecerla—. Cuéntanos, queridita, ¿qué tal tus desfiles?

—Divinos, la gira fue todo un éxito, suegrita.

Vivi se sentó al tiempo que cruzaba sus piernas perfectas de manera fina y elegante. Vestía a la última moda europea y lucía un maquillaje impecable que resaltaba su extraordinaria belleza. Era frívola y muy segura de sí misma. Se sabía bella y deseada por todos; por todos menos por el hombre que en verdad amaba.

—¿Volverás a irte pronto? —preguntó Daniel.

—No, cuñado, no he aceptado nuevos contratos por los siguientes diez meses. Estoy aburrida de tantos aviones, aeropuertos, maletas, hoteles, desfiles, más desfiles e interminables horas de ensayos, sesiones fastidiosísimas de maquillaje, fotos, entrevistas, más fotos para *Vogue*, *Vanity Fair*, *Elle Magazine*, *Harper's Bazaar*, *Cosmopolitan España*, etc., etc. Quiero desintoxicarme un poco del mundo de la moda.

—Sería perfecto que aprovecharas todos esos meses libres para embarazarte, Vivi —apuntó doña Ramona—. Ya es hora de que Jorge Ignacio y tú nos hagan abuelos a Gerardo y a mí.

Daniel y su hermano intercambiaron miradas. Jorge Ignacio tenía desde hacía rato una sonrisa congelada en la comisura de los labios. Daniel permanecía serio y callado. Don Gerardo ofreció una copa de Martini para cada uno de los presentes sin proferir ningún comentario. Ramona clavó su mirada de águila en su hijo menor al tiempo que le preguntaba:

—¿Te gustaría ser padre, Jorgito?

—Me encantaría, *mom* —le siguió la corriente con cinismo.

—¿Y a ti te gusta la idea de ser tío, Daniel?

Daniel bebió un sorbo de su Martini y se puso de pie.

—Por supuesto que sí, Vivi. Los niños siempre traen alegría y felicidad.

—Para mí sería un orgullo darle un sobrino al próximo presidente de los Estados Unidos —acotó Viviana mirando fijamente a su cuñado Daniel. Él era el hombre al que realmente ella amaba.

Al día siguiente, una colorida furgoneta de la floristería La rosa de Hialeah hacía su entrada en los amplios y perfectamente cuidados jardines delanteros de la mansión de los Armenteros. El vehículo detuvo su marcha y tres empleados jóvenes comenzaron a descargar más de sesenta ramos de flores de diversos tamaños, colores y diseños. También bajó a tierra la bellísima y entusiasta Julia.

—Vamos, muchachos, hay que descargar todos los ramos. Con cuidado de no maltratarlos, por favor.

Julia avanzó hacia la puerta principal de la mansión y tocó el timbre. Unos segundos después una criada de raza negra abrió.

—*Good Morning* —saludó Julia—. *We come to bring the flowers.*

Al cabo de cuarenta y cinco minutos exactos, los hermosos ramos lucían en distintos rincones y puntos estratégicos de la casa. La fiesta de cumpleaños de doña Ramona, que se celebraría allí esa noche, prometía ser la más importante y distinguida del año, donde acudirían banqueros, políticos influyentes, cantantes y actores de moda, periodistas, abogados y todo aquel que brillara y tuviera un peso importante dentro de la exclusiva sociedad de los más privilegiados de Florida. Julia terminó de dar las últimas órdenes a los empleados de la floristería bajo las miradas vigilantes de cuatro criadas impecablemente uniformadas que trabajaban para la familia Armenteros.

—Ese ramo de gladiolos ponlo sobre aquella mesita esquinera, Manuel. Pancho, esos tulipanes van a lucir muy bien allí, junto a aquella escultura de mármol.

Al tiempo que los empleados de La rosa de Hialeah se movían incansablemente de un lado a otro terminando la labor, apareció Daniel bajando las espaciosas y fastuosas escaleras que comunicaban con la segunda planta. Vestía deportivamente para ir a jugar tenis. Llevaba en la mano derecha su raqueta favorita. Daniel lucía fresco, descansado. Su rostro de perfectas facciones varoniles, recién rasurado, se iluminó con una sonrisa al descubrir la presencia de la guapísima Julia.

—Buenos días. Qué gusto ver tan temprano a un ángel visitando la Tierra —saludó galante y encantador dedicándole a Julia una sonrisa especial.

Ella giró la cabeza hacia la profunda y varonil voz. Se impactó al verlo.

—Usted... ¿usted no es el famoso político Daniel Armenteros? —preguntó perpleja.

—Bueno, tanto como famoso no sé —rió él divertido—. Vamos, cierra esa boca que te va a dar un pasmo.

Ella reaccionó saliendo de la sorpresa. Ambos rompieron a reír.

—Hola, soy la empleada de la floristería —dijo.

—Aparte de la empleada, eres también la flor más bella de todas las aquí presentes.

En lo alto de las escaleras apareció Jorge Ignacio vistiendo una elegante bata de seda roja y negra de estar por casa. Iba a bajar cuando descubrió a su hermano hablando con Julia. Jorge Ignacio contemplaba con ojos muy abiertos y expresión de desconcierto la presencia de la muchacha allí. Rápido, temeroso de ser descubierto, se escondió para poder seguir vigilando sin ser visto.

—Nunca me habría imaginado que usted viviera aquí, candidato.

—Por favor, eso de «candidato» suena horrible. Llámame, Daniel a secas. —Se volvió hacia el resto de los empleados—. Muchachos, pueden pasar a la cocina para que les sirvan lo que quieran tomar.

Todos salieron hacia el interior de la mansión acompañados de las muchachas del servicio. Julia y Daniel quedaron solos en la sala. Vigilados desde las alturas por Jorge Ignacio, quien aturdido aún no atinaba a entender la presencia de la muchacha allí.

—Nunca me imaginé que existiera una floristera tan bella como tú —sonrió galante—. ¿Te gustan mucho las flores?

—Me encantan, pero es un trabajo provisional, mientras termino mi carrera. Voy a ser maestra y me falta un año para graduarme —informó ella turbada ante la insistente mirada del joven y apuesto político.

—Oye, no me has dicho tu nombre.

—Julia. Julia Alcántara.

—¿Y piensas votar por mí en las próximas elecciones presidenciales?

—¿Yo? Eh... pues...

Daniel rompió a reír divertido ante la turbación de ella por la inesperada pregunta.

—¡Es broma! El voto es secreto. Solo te vacilaba.

Ella rio divertida ante el buen humor de él. Daniel también rio. Jorge Ignacio no perdía detalle de la conversación y sus nervios se multiplicaban con cada segundo que transcurría. La presencia de la «cubanita» allí era muy peligrosa para él. Si Julia lo llegase a ver, descubriría una a una todas sus mentiras, y sus planes de seducirla se vendrían al suelo.

—Bueno, candidato...

—Daniel —corrigió—, y trátame de tú.

—Daniel —sonrió ella dulcemente—. Ya tenemos que irnos, nuestro trabajo terminó.

—¿Ya te pagaron?

—Sí, los sesenta ramos de flores fueron cancelados a través de una tarjeta de crédito.

Daniel no podía dejar de verla fijamente. Sus ojos estaban clavados en ella, en su rostro hermoso y muy femenino.

—Adiós —se despidió ella—. Y sí, votaré por ti en las próximas elecciones.

Daniel le dedicó su más encantadora sonrisa.

Afuera de la mansión Armenteros, Julia y los muchachos empleados de la floristería se trepaban a la furgoneta que había transportado las flores. Ella llevaba dibujada en sus labios una linda sonrisa tras su encuentro con el apuesto candidato.

—Voy a necesitar saber qué diablos hacía Julia en esta maldita casa —dijo Jorge Ignacio al tiempo que visiblemente contrariado y nervioso bajaba las escaleras.

—¿La conoces? —preguntó Daniel sorprendido a su hermano.

—¡Que si la conozco! ¡Claro que la conozco! ¡Ella es la cubanita de la que te hablé ayer! —bufó muy molesto—. ¿Cómo vino a parar aquí? ¿Cómo fuiste tan imbécil de contratar los servicios de la floristería donde justamente ella trabaja? ¡Eres un idiota, Daniel! Si Julia me hubiese visto, se habría enterado de que ni soy odontólogo, ni soy dueño de una clínica de lujo y, lo que es peor, ¡habría sabido que soy casado y adiós a mis planes de llevármela a la cama! ¡Se me habría escapado esa hembra por culpa de tu metedura de pata!

—Un momento —cortó Daniel contrariado—. Ayer te dije que te encargaras tú de ordenar las flores para el cumpleaños de mamá; como evidentemente sabía que no ibas a hacer nada, le pedí a mi asistente que se ocupara del asunto. No es mi culpa que por casualidad la vendedora de flores resultara ser la misma muchacha a la que pretendes engañar.

—¡Por suerte no me vio!

Daniel Armenteros miró fulminante a su hermano.

—Aunque no te haya visto, aunque no haya descubierto tu rejuego, no te voy a dejar que la envuelvas y la utilices.

—¡Ja! —lanzó una estridente carcajada Jorge Ignacio—. ¿Te convertiste repentinamente en el defensor de la cubanita? Ah, claro, se me olvidaba, como futuro presidente de este país tienes que ayudar a los más desprotegidos, tienes que trabajar a favor de la clase obrera. ¡No seas idiota, Daniel! Tú no vas a meterte en mis asuntos y mucho menos vas a decirme que puedo o no hacer.

Daniel avanzó un par de pasos hacia su hermano con el rostro encendido por la ira.

—Nunca me meto en tus asuntos de faldas, pero esa muchacha me cayó bien y no vas a destrozarle la vida.

—¿Jugando al héroe, *brother*?

—Búrlate todo lo que quieras, pero ya estás advertido.

—No hace falta decirte que me importan muy poco tus advertencias. Tú ocúpate de buscarte una posible esposa que sirva como futura Primera Dama de este país, mientras yo me ocupo de calentar mi cama con las mujeres que se me pegue la gana.

Entró a la sala procedente de la biblioteca doña Ramona. Ambos hermanos ante la presencia de la imponente jefa de familia guardaron silencio, pero eran evidentes las miradas de desafío entre ambos.

—¿Por qué discuten? Y no vayan a negarme que lo estaban haciendo.

—*My bro*, el futuro presidente, que se toma demasiado en serio su papel de defensor de los pobres y los desamparados —bromeó con cinismo—. *Happy birthday, mommy*.

Jorge Ignacio besó sonoramente a su madre en la mejilla y subió despreocupadamente las escaleras desapareciendo en los altos.

—Exijo saber lo que pasó, Daniel.

—Lo mismo de siempre, mamá. Mi hermano que no toma nada en serio. Está jugando con los sentimientos de la muchacha que trajo los ramos de flores para tu fiesta de cumpleaños de esta noche. No me da la gana que se burle de ella.

—¿Pero es posible que dos hermanos discutan por una muchacha tan insignificante como una vendedora de flores? El destino de este país va a estar en tus manos cuando acabe el actual mandato presidencial. Debes ocuparte de cosas más importantes. Deja que tu hermano Jorge Ignacio se divierta con las zorritas de turno que se le cruzan en el camino...claro; siempre y cuando no se entere su esposa Vivi.

—Es el colmo que lo solapes siempre, mamá.

Daniel se marchó molesto a la calle. Doña Ramona, muy erguida, volvió a la biblioteca.

—¿Vas a servirte otra taza de café, Gerardo? Después te sientes mal cuando te sube la tensión —le recordó Ramona de Armenteros a su esposo al tiempo que terminaba de entrar al recinto y cerraba la puerta tras ella.

—Tengo mi presión controlada, mujer. Nunca dejo de tomar mis pastillas. Y por favor, al menos hoy que es el día de tu cumpleaños, deja de preocuparte por todo y por todos.

—Como si fuera tan sencillo. En esta casa nada funcionaría si no estoy al tanto hasta del más mínimo detalle.

Don Gerardo Armenteros terminó de llenar nuevamente su taza con el espumoso líquido negro.

—Esta noche tu fiesta promete ser grandiosa. Son más de ciento cincuenta invitados.

—Daniel y Jorge Ignacio acaban de discutir por culpa de una mujercita empleada de la floristería que trajo los ramos. Al fin pude enterarme, gracias a esa discusión, de quién es la fulana con la que Jorgito está enredado.

—Deja de preocuparte por el niño y su hermano Daniel, mujer.

—Qué empeño en llamar «niño» a Jorge Ignacio —le reclamó—. No me gusta que ellos discutan. Daniel se mete en lo que no le importa. Debería tener centrada su atención solamente en su campaña política. Ya me encargaré yo de elegirle a su esposa, que debe ser perfecta e intachable, pues al final de cuentas será la próxima primera dama de este país. —Dio unos pasos y fue a sentarse en su sillón favorito de alto respaldo—. Son tan diferentes los hermanos, Gerardo. Mientras que Daniel todo se lo toma a la tremenda y con gran solemnidad, Jorge Ignacio es encantador, tiene una gracia innegable para conquistar y enamorar a cualquier mujer; además de eso es tan extremadamente guapo y varonil, dueño de una simpatía innata.

—El niño debe cuidarse en sus aventuras extramaritales. Viviana podría... —dejó la frase en el aire sin concluir.

—Jorgito sabe cuidarse. Ya le llegará el momento de sentar cabeza, Gerardo. Estoy loca porque Vivi finalmente quede embarazada. Eso terminará de afianzar el matrimonio de ellos. —Se levantó y dio unos pasos la dominante mujer—. No es fácil criar hijos, y aunque ambos hermanos son ya adultos, no puedo dejarlos de la mano.

—Te encanta manejar los hilos de la vida de todos los que están a tu alrededor.

—Ahórrate comentarios fuera de lugar. Si no hubiese tomado las riendas de tu vida, no serías hoy en día el banquero más importante de esta ciudad. Tampoco sería Daniel el candidato político de moda y con más probabilidades de gobernar este país. Y mucho menos Jorge Ignacio se habría casado con una muchacha tan refinada, rica y exitosa como Viviana. En fin, que esta familia no sería igual sin mi mano de hierro y mi supervisión constante.

—Claro, claro...

—Espero esta noche de mi fiesta conocer a la mujer ideal que sirva como futura esposa para Daniel. Para él me gusta mucho Samantha, la hija del senador Parker. No puedo permitir que se enamore y se case con cualquier trepadora. Daniel se casará con la que yo elija, así como en su momento elegí a Vivi para Jorgito.

—Vas a tenerla difícil con Daniel, Ramona. Es un hombre hecho y derecho que no va a complacerte a cambio de que le regales un coche nuevo o le des una nueva tarjeta de crédito con gastos ilimitados. Tiempo al tiempo, pero ya verás que Daniel terminará enamorándose de quien él quiera y no de quien tú elijas.

—Yo no le exijo que se enamore de quien yo elija. Puede amar a quien quiera, pero sí tendrá que casarse con la mujer que yo le escoja.

Había caído la noche sobre Miami y Julia terminaba de guardar en las neveras especializadas las flores y los ramos sobrantes del día para que no se marchitaran. Al mismo tiempo hablaba con su abuelo por el celular.

—Sí, abuelito, en media hora llego a la casa para que cenemos juntos... No, esta noche no tengo clases.

—Buenas noches —saludó Luciano Anderson entrando a la floristería.

—Te dejo, abuelito... nos vemos en un rato —colgó la llamada y miró al recién llegado—. Disculpe, caballero, ya estamos cerrados.

Luciano Anderson, de más de cuarenta años, era un hombre muy guapo, de estatura media. Vestía de traje y corbata y sus zapatos negros relucían de lo limpios que estaban. Pequeñas canas empezaban a platear sus sienes y lo hacían lucir más atractivo e interesante.

—Sí, vi colgado en la puerta el letrerito que dice «Cerrado», pero se trata de una emergencia. He tenido un día superajetreado y hoy en el cumpleaños de mi abuela. Son ochenta y tres años y no me dio tiempo de comprarle nada. Si al menos no llego a su casa con un ramo de rosas amarillas, que son sus favoritas, es capaz de estrangularme —sonrió al tiempo que le suplicaba con la mirada a Julia que le vendiera el ansiado ramo.

Julia le devolvió la sonrisa simpática y amable.

—No me perdonaría nunca ser la culpable indirecta de un crimen —sentenció la muchacha mientras iba en busca del ramo de rosas amarillas.

Luciano Anderson la miró fijamente, impactado por la belleza y gracia de la joven.

—¿Le gustan los tallos largos?

El apuesto y educado Luciano asintió.

—Perfecto. Voy a envolverle las rosas en... ¡ay! —se quejó tras pincharse con una de las espinas. Llevó su dedo a la boca para chupar la minúscula gotita de sangre.

—Por favor, toma mi pañuelo. —Se apresuró a sacar del bolsillo superior de su traje un immaculado pañuelo blanco muy perfumado e impecablemente doblado.

—No hace falta, no fue nada. Ya no sale sangre.

Luciano volvió a guardar su pañuelo y sacó su cartera.

—¿Cuánto te debo?

—Son doce dólares.

Él le pagó con un billete de veinte dólares.

—El vuelto tómalo como propina.

—Muchas gracias —sonrió agradecida y encantadora—. Tome, aquí tiene la docena de rosas para su abuelita.

—Dios, ¡qué sonrisa tan perfecta! Bueno, en verdad toda tú eres perfecta —halagó sincero.

Ella, turbada, bajó la mirada por el inesperado piropo.

—¿No te gustaría ser modelo?

—¿Modelo yo? No, por favor, no serviría para eso.

—Todo es cuestión de pulirte. En la vida todo se aprende. Soy dueño de la agencia de modelos más prestigiosa de Florida. Cuento con importantes y muy capacitadas profesoras de pasarela, oratoria, desenvolvimiento social, clase y etiqueta. Lo tienes todo para convertirte en la nueva *top model* del mundo. ¿Cómo te llamas?

—Julia Alcántara —respondió abrumada.

—Toma, aquí tienes mi tarjeta personal con los números de mi agencia y mi celular. Piénsalo, Julia, tienes todo para triunfar. Y ahora me marchó, mi abuela odia la impuntualidad y ya voy retrasado. Gracias por haberme vendido las rosas.

Luciano salió apresurado con el ramo tras Julia haber tomado su tarjeta.

«Luciano Anderson», leyó ella.

Todo era brillo y esplendor en los salones de la gran mansión Armenteros. Allí, bajo las iluminadas arañas que pendían del techo del salón principal, se habían dado cita en esta gran noche las más variadas personalidades del gran mundo social, político y financiero de Florida, en medio de una esplendorosa fiesta que desbordaba de luces la fastuosa casa de la multimillonaria doña Ramona Vásquez de Armenteros y su esposo, el poderoso gran señor de la banca. Todo lo que valía y brillaba de la alta elite social había asistido a la fiesta de cumpleaños de la matriarca de los Armenteros. La velada había sido organizada a toda pompa. Ministros del gabinete, senadores, grandes industriales y sus distinguidas esposas, adinerados banqueros y señores del comercio, artistas de moda, etc., habían colmado con su presencia los salones pulidos e iluminados de la mansión. Junto a la música, la champaña y los más finos licores fueron servidos por correctos meseros contratados especialmente para el evento social de esa gran noche. De pronto, hizo su aparición en el salón de su espectacular mansión doña Ramona, vestida regiamente y peinada de manera impecable. Llegó del brazo de su esposo, don Gerardo, quien también lucía extremadamente elegante. Un mesero diligente se acercó a ambos con una bandeja con dos copas de Baccarat repletas de una espumosa champaña azul. Doña Ramona y don Gerardo tomaron las copas delicadamente y sonriendo avanzaron hacia el centro del salón, colmado de invitados. Ella hizo delicados gestos con la mano para que cesara la música y todos prestaran atención a sus palabras:

—Amigos, me complace mucho contar con la presencia de todos ustedes aquí esta noche, que han acudido tan gentilmente a mi fiesta de cumpleaños. Por favor, disfruten de la velada, que es para y por ustedes.

Todos aplaudieron felices.

—Feliz cumpleaños, madre querida —alzó su copa repleta de champaña Daniel, siendo imitado por todos los presentes.

La alegría se expandió por doquier y la música volvió a sonar. En pocos segundos, doña Ramona se vio rodeada por varios de los presentes para felicitarla. Don Gerardo se acercó a su hijo Daniel.

—¿Y tu hermano Jorge Ignacio? No lo veo.

—No lo sé, papá. —Buscó con la mirada entre los invitados—. Hace unos pocos minutos estaba aquí.

En el baño de invitados de la mansión Jorge Ignacio y su gran amigo y confidente Bruno, otro bueno para nada igual que él, esnifaban sendas rayas de cocaína cada uno.

—¡Uf! ¡Está buenísima, Bruno!

—¡Te dije que era de la mejor calidad, güey! —exclamó el millonario mexicano. Ambos, eufóricos, volvieron a esnifar.

—Tu apuesto cuñado está, como siempre, rodeado de las mujeres más bellas, amiga. Samantha, la hija del senador Parker, no se aparta de él para nada.

Vivi se preguntó si todas aquellas solteras, desesperadas por atrapar al flamante candidato presidencial Daniel Armenteros, podían llegar a ser dignas rivales para ella.

—A todas las puedo aniquilar de mi camino cuando me lo proponga, querida Kitty.

—Suenas muy segura.

—No solo sueño, *darling*; lo estoy. Daniel tarde o temprano solo será para mí.

—Se te olvida que estás casada nada más y nada menos que con su hermano.

—Amo los inventos, Kitty, y el divorcio ha sido uno de los más fabulosos de la humanidad.

A Kitty Izaguirre le encantaba la personalidad de Vivi. Ambas eran mejores amigas y no solo compartían la misma profesión, sino la misma complicidad. Kitty era la confidente de Viviana, la que conocía hasta sus más íntimos anhelos. Kitty era muy bonita, rubia, de ojos castaños y alta estatura. A pesar de su belleza, su carrera como modelo era bastante gris.

—¿Vas a declarártele esta noche a tu cuñado?

—No solo le voy a hablar de una vez y por todas sin caretas, sino que además voy a dormir con él. Voy a dormir con el futuro presidente de este país.

Se alejó la hermosísima Vivi Salazar de su amiga y atravesó el gran salón donde ya algunas parejas comenzaban a bailar. Su figura grácil y su andar de pantera llamaba la atención de los caballeros. Su vestido del afamado diseñador internacional venezolano Ángel Sánchez, de lentejuelas plateadas con una gran apertura en la pierna derecha y su generoso escote, la convirtió en la mujer más exquisita y deseada de toda la velada. Viviana llegó muy risueña hasta donde se encontraba Daniel, asediado por un grupo de veinte muchachas y mujeres de diferentes edades deseosas de conquistarlo y llegar a convertirse así en la próxima primera dama de los Estados Unidos.

—Permiso, perdón por interrumpir. —Se enganchó Vivi del brazo derecho de su apuesto cuñado —. No me vayan a odiar, chicas, pero voy a robarles a Daniel.

Sin dar tiempo a que el propio Daniel reaccionara, Vivi salió con él hacia el jardín, dejando a todas plantadas y con la boca abierta. Al fondo del salón, Kitty, que lo estaba viendo todo, ríe divertida. A ella se acercaron Jorge Ignacio y Bruno.

—¿Qué hace tan sola una de las mujeres más bellas de la fiesta, querida Kitty?

—Disfrutando del ambiente, Jorge Ignacio, eso hago. Lo que deberías hacer tú es limpiarte disimuladamente debajo de la nariz. Tienes un sospechoso polvo blanco.

—*¡Shit!* —exclamó nervioso.

Jorge Ignacio, tenso y apurado, limpió con el dorso de su mano los restos de cocaína que lo delataban. Su amigo Bruno y Kitty rieron divertidos. El propio Jorge Ignacio, luego del susto inicial, se unió a la risa de ambos.

Vivi y Daniel salieron al amplio jardín circundante de la mansión, como huyendo del ruido, las risas y el asedio de las féminas hacia él.

—Gracias por salvarme, cuñada. Me sentía como en un mar acechado por tiburones.

—En este caso tiburonas, Daniel.

Viviana esbozó una sonrisa, muy satisfecha por haber apartado al hombre que amaba de todas aquellas que lo querían atrapar.

—¿No te harta ser el soltero de moda más asediado?

—Es parte del juego —respondió con tono seco, pero sin perder su amabilidad.

—¿Crees que exista alguna mujer en esta ciudad que te ame por ti y no por lo que representas?, y más aún, ¿por lo que vas a representar en un futuro?

—Tiene que existir. Desde esta mañana estoy seguro de que existe —exhaló Daniel con un hilo de voz recordando a la bella Julia.

Vivi entendió que su cuñado se refería a alguien específicamente.

—¿A quién te refieres?

—A la mujer más bella del mundo, una mujer que fue capaz de enamorarme con tan solo verla una vez. Una mujer que me ha obligado a pensar en ella durante todo el día.

Viviana miró a su cuñado con un desconcierto absoluto. Lo conocía muy bien, sabía que era metódico y pausado, que pensaba muy bien cada cosa antes de dar ni un solo paso. Jamás se imaginó que fuera tan apasionado e impulsivo como para enamorarse a primera vista. Un temblor que trató de disimular se apoderó del labio inferior de la *top model*. Por primera vez en su vida sintió miedo ante una rival, un miedo que no había sentido jamás. Fue entonces cuando Viviana comprendió que tenía que actuar con rapidez. Ella empezó con su trabajo de seducción. Y cuando Vivi se trazaba una meta, no paraba hasta alcanzarla.

—¿Serías capaz de enamorarte de una mujer casada, Daniel?

—¿Por qué la pregunta? Es inusual.

—Simplemente respóndeme.

—Prefiero las solteras. No me gustan las complicaciones y por mi futuro político tengo que evitar los escándalos; y enredarme con una mujer casada siempre terminaría en escándalo.

—No siempre. Te espero en mi habitación.

Ella salió con paso decidido hacia el interior de la casa.

—Viviana, espera. ¿En tu habitación? ¿Qué quieres decir?

Daniel atravesó el repleto salón de su casa. La fiesta seguía en su máximo esplendor y la música retumbaba en cada esquina. Todos se divertían a lo grande y doña Ramona, por ser la cumpleaños, disfrutaba la noche riendo, brindando y compartiendo con sus amistades más influyentes. En la segunda planta de la mansión Armenteros, Daniel se dirigió a la puerta de la habitación de su cuñada. Estaba cerrada. Tocó suavemente.

—Pasa —apenas fue un susurro la voz en tono sensual de Vivi.

Daniel entró en el cuarto. El ambiente estaba en penumbras. Avanzó unos pasos y descubrió a Viviana en la cama, desnuda, cubierta apenas eróticamente por la sábana de seda roja.

—No seas tímido. Quitate la ropa y ven junto a mí —dijo seductora.

Daniel permaneció inmóvil a los pies de la cama, sin dar crédito a lo que veía.

—No te quedes ahí paralizado. Ya es tiempo que lo sepas todo, Dany. Te amo. Siempre te amé. Me casé con tu hermano para estar cerca de ti. Nunca te diste cuenta, pero siempre traté de conquistarte —le aseguró sincera e intensa. Enamorada con todo su ser de aquel hombre que era su cuñado—. Jorge Ignacio jamás me ha hecho feliz, solo podría serlo junto a ti.

Daniel, abrumado, no atinaba a reaccionar. Jamás se hubiese imaginado algo así. Reconocía que Vivi era una de las mujeres más bellas y deseadas del mundo, pero él nunca la vio con esos ojos.

—Esto es una locura, Viviana... esto no puede ser... —balbuceó apenas.

Ella se levantó de la cama. Su cuerpo completamente desnudo quedó erguido ante él. Tenía una figura perfecta, era como una pantera en celo que avanzaba lentamente hacia su presa. Su pelo, más rojo que nunca, caía en cascada sobre sus sensuales y bien formados hombros. Llegó hasta Daniel, sus rostros estaban tan cerca el uno del otro que sus labios casi se rozaban.

—No me rechaces —suplicó sincera, enamorada, llena de deseo. Hembra—. Acaríciame, tócame, haz conmigo lo que quieras. Soy tuya, solo tuya.

Ella lo besó apasionada. Daniel, cada vez más impactado, estaba rígido, mil pensamientos y a la vez ninguno cruzaban por su mente.

—¡No! —reaccionó empujándola con firmeza. Ella cayó sentada en la cama—. ¡Estás loca!

—¡No me rechaces!

—¡Eres la esposa de mi hermano!

Ella se puso en pie, intensa, vibrante. Manteniendo su desnudez perfecta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era una mujer enamorada y, a la vez, era una fiera herida. Herida por aquel rechazo que la laceraba, que la humillaba.

—Jorge Ignacio no cuenta ahora. Sobra, Daniel. Aquí estamos tú y yo solos. Es nuestro momento. Es mi verdad. Es mi confesión, y quiero ser tuya. Nadie tiene que saberlo. Puede ser nuestro secreto. Ha sido mi secreto por más de cinco años, y ahora lo conoces —lloró sincera y

tremula, temblorosa—. Entiendo que resultaría un escándalo perjudicial para tu carrera política que se supiera que eres el amante de la esposa de tu propio hermano, pero te repito que no tiene que saberse. Yo puedo esperar. Esperar a que seas elegido presidente, puedo esperar a que acabe tu mandato. Después podemos...

—No hay un después para nosotros, Viviana —cortó tajante Daniel.

—No me digas eso —suplicó mientras grandes lágrimas rodaban por sus mejillas. Se levantó intensa y lo abrazó. Era un abrazo fuerte, un abrazo en el que se le iba la vida—. Tú eres tan diferente a Jorge Ignacio, eres tan especial. Tan cariñoso, tan humano. Estoy loca de amor por ti. ¿Puede haber una verdad más grande que esa?

—Sí la hay. Jorge Ignacio es mi hermano. Esa es mi verdad. Jamás lo traicionaría, jamás pondría mis ojos en su esposa que eres tú. —Tomó una bata de estar por casa de ella que estaba a la vista y se la puso delicadamente sobre los hombros—. Nunca habrá nada entre nosotros, Viviana. Nunca. Por favor, entiéndelo. No siento nada por ti, al menos, no amor —agregó listo para marcharse de allí.

Viviana lo retuvo.

—¿Es tu última palabra, Daniel?

Él la miró con lástima. Comprendía su dolor, comprendía que ella se sintiera rechazada y humillada. Daniel necesitaba salir de allí, la habitación, el ambiente tan cargado de tensión y el sofocante perfume de ella empezaban a marearlo.

—Lo siento. Por favor, entiéndelo. Eres mi cuñada y siempre voy a verte así. Nunca habrá un «nosotros».

Daniel salió de allí con paso firme. Cerró la puerta tras de sí. Ella quedó erguida, temblorosa, palpitante.

«Me rechazaste, Daniel. Hiciste lo que nunca había hecho ningún hombre: rechazarme. —Las lágrimas de humillación le quemaban las mejillas como brazas ardientes—. No puedo matarte porque no podría vivir sin saberte vivo —se dijo—, pero sí puedo destrozarte la vida. Destrozártela a ti y a cualquier mujer que se cruce en tu camino».

Aquellas palabras, dichas en un casi tono de susurro, eran una sentencia para Julia, aunque Viviana todavía no la conocía.

Era lunes por la mañana, apenas pasaban las ocho y cuarto. En la hornilla, la cafetera estaba a punto de dar un sabroso y espumoso café. Julia, ya vestida y lista para irse a trabajar, terminaba de preparar la pequeña mesa de la cocina para desayunar junto a su abuelo. Allí, sobre la mesa, descansaba el *Miami Herald* pulcramente doblado. En sus páginas interiores, dedicadas a la *socialité*, se describía con lujo de detalles todo lo referente a la grandiosa fiesta de cumpleaños de doña Ramona Vásquez de Armenteros. En varias de las fotografías aparecía Jorge Ignacio del brazo de su esposa Viviana, y también posaba Daniel. Si Julia hubiese leído el diario esa mañana,

se habría enterado de que su novio estaba casado y que, además, era hermano del candidato de moda. En ese momento, entró don Luis con sus lentes en las manos.

—Buenos días, mi nieta. ¿Has visto mi periódico?

Julia besó a su abuelo en la mejilla. El anciano se sentó delante de ella al tiempo que se ponía los lentes.

—Buenos días, abuelito. Ahí está el periódico. ¿Qué quieres para desayunar?

—Lo mismo de todos los días, huevos con tocino —dijo al tiempo que abrió las páginas centrales del diario y fijaba sus cansados ojos en la extensa noticia que reseñaba la fastuosa fiesta de cumpleaños—. Qué buena vida se dan estos ricos y qué grandes fiestas hacen.

Julia sonrió al tiempo que abrió la nevera para sacar un par de huevos.

—Abuelo, ¿sabes quién es Daniel Armenteros?

—Todo el mundo lo sabe, mija. Es el candidato de moda. Va primero en las encuestas. Los pronósticos dicen que será el próximo presidente de este país dentro de cuatro años.

Julia puso al fuego una pequeña sartén con aceite. El café terminó de subir y la muchacha retiró la cafetera para servirle el café recién hecho a su abuelo.

—¿Y qué opinas de él? ¿Piensas que será buen presidente si llega a ganar?

—Con los presidentes nunca se sabe, por lo general la mayoría prometen y prometen y luego no cumplen. Pero de Daniel Armenteros me gusta su juventud, sus ganas por el país. Eso es lo que necesita Estados Unidos, sangre joven. Ojalá se ocupe del problema de la emigración y las terribles deportaciones que separan a tantas familias. Si dentro de cuatro años sigo vivo, votaré por él.

—Tú vas a ser eterno, abuelito querido —le sonrió ella dulcemente mientras rompía la cáscara del huevo y dejaba caer su interior en el aceite, que ya hervía—. Yo también pienso votar por él. —Y dejó caer en el aceite el segundo huevo.

—¿Y desde cuándo te interesa a ti la política?

—Soy ciudadana americana, abuelo, y como futura maestra, tengo que preocuparme por el futuro de mis alumnos y del país.

Julia se dispuso a sacar los huevos fritos de la sartén. Su abuelo pasó las páginas del periódico al tiempo que le preguntó:

—¿Cuándo vas a traer a tu novio finalmente a la casa? Me prometiste que lo harías. Ya tengo ganas de conocerlo.

—Hablaré con él y esta misma semana lo traigo a la casa —prometió ella mientras ponía la tocineta a freír.

Una hora más tarde, en la floristería La rosa de Hialeah, Julia estaba ya empezando a armar su primer ramo del día. A través del amplio ventanal del local, vio estacionarse un moderno BMW Z4 Roadster de color azul. Observó frente al volante al gallardo Daniel Armenteros, quien bajó a

tierra y con paso decidido entró a la tienda para ir directamente hacia ella. Todo ello a la vez que le dedicaba su más cautivadora sonrisa.

—Buenos días, princesa.

Ella, abrumada por la sorpresa y por su presencia, le sonrió amable y encantadora.

—Buenos días, candidato. ¿De campaña por Hialeah?

Él rio divertido por la ocurrencia y simpatía de ella.

—No, no, por Dios, nada de campañas en este momento, Julia. Solo pasé a saludarte.

—Vaya, veo que recuerdas mi nombre, candidato —dijo ella verdaderamente sorprendida.

—Es imposible olvidarse de cualquier cosa que te pertenezca. Yo espero que tú no hayas olvidado cómo me llamo y por eso insistes en decirme «candidato».

—Te llamas Daniel Armenteros. Imposible olvidarte si eres el político de moda.

—¿Y recuerdas mi nombre por ser «el político de moda», como dices tú, o lo recuerdas porque no has podido dejar de pensar en mí durante todo el fin de semana como me pasó a mí contigo?

A Julia se le borró la sonrisa de los labios de un golpe. Fue muy evidente su cara de sorpresa. Tragó grueso tratando de recomponerse.

—Daniel, soy una persona muy seria y no me gustan los jueguitos de seducción —acotó firme y extremadamente seria.

—¿Y quién te dijo a ti que estoy jugando? Tienes unos ojos que enamoran, Julia —sonrió con amabilidad y verdaderamente prendado de ella.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó muy turbada—. Tengo novio.

Daniel carraspeó, sabía quién era el novio de ella. Su propio hermano. Pero también sabía que Jorge Ignacio jugaba con la muchacha, que la engañaba descaradamente ocultándole estar casado, amén del montón de mentiras que le había dicho y que ella, inocentemente y enamorada, le había creído.

—¿Conoces a fondo a tu novio?

—No entiendo tu pregunta. ¿Estás tratando de decirme algo? Mira, prefiero que te vayas —aseguró incómoda—. Tengo mucho trabajo.

Ella volvió toda su atención al ramo. Él no se movió ni medio milímetro de allí.

—Algunas veces las personas no resultan ser como creemos, Julia.

—Vuelvo a preguntarte si estás tratando de decirme algo.

—¿Conoces a su familia? ¿Estás segura de que te es completamente sincero?

—Te estás equivocando con tu manera de proceder. No me gustan las indirectas ni los juegos de palabras. Te vuelvo a pedir que te marches.

El apuesto candidato la estudió unos instantes. Eran muchas las cosas que quería decirle, pero no podía desenmascarar así de repente a su hermano ante la muchacha. Además, seguramente ella no le creería.

—Odio las mentiras. Pero más odiaría que fueras blanco de ellas.

—Háblame claro. Ya te dije que no soporto las indirectas —Julia estaba empezando a ponerse furiosa—. Es la segunda vez en mi vida que te veo y no tienes ningún derecho a aparecerte ante mí queriendo decir supuestamente algo, y no acabas de hacerlo.

—Julia, yo...

—Tú vas a irte inmediatamente de aquí y no vas a regresar nunca —cortó con voz profunda y firme.

—Una vez más te repito que odiaría que fueras blanco de una o de varias mentiras.

—Vete —ahora lo pidió con los ojos arrasados en lágrimas.

Daniel Armenteros tenía su mirada clavada en el ahora pálido rostro de Julia. Ella bajó su mirada para que él no la viera llorar. Se hallaban uno frente al otro, solo separados por el mueble de madera y cristal donde descansaba la caja registradora del local.

—Perdón, no quería hacerte llorar ni mucho menos llenarte de angustia. Quizás esta no debió de ser la manera de... —calló, no sabía cómo continuar. Tras un breve silencio agregó—: Voy a casarme contigo, Julia. Aunque ahora te parezca descabellado; voy a casarme contigo.

Unos instantes después, él se había marchado. Julia Alcántara lo vio subir a su auto y perderse por la congestionada calle.

«¿Qué me quiso decir? —se preguntó abrumada, confundida y nerviosa—. ¿Conoce ese hombre a Jorge Ignacio? ¿Por qué me habló de mentiras? ¿Cuáles mentiras?».

Julia se sentía muy impresionada y las lágrimas rodaban a borbotones sobre sus mejillas.

El resto del día fue pasando lentamente. La cabeza de Julia era un torbellino, las palabras de Daniel Armenteros no dejaban de atormentarla. Una y mil veces la linda muchacha se preguntó que había querido él decirle. En la soledad de su habitación, aquella misma noche; Julia sentada en el borde de su cama, sentía un fuerte dolor de cabeza, mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos, luchando por salir. Unos suaves toques en la puerta la hicieron reaccionar. Un par de segundos después su abuelito entraba a la estancia acercándose a ella.

—¿Qué te pasa, mi nieta linda?

—Nada, abuelo.

—¿Nada y tienes los ojitos llenos de lágrimas?

—Estoy bien —mintió.

—No trates de engañarme —advirtió el anciano con voz firme y expresión muy dura—. Si alguien te ha hecho daño, me gustaría saber quién fue. Aunque soy un viejo, por defenderte soy capaz de enfrentarme a un veinteañero.

—No me pasó nada grave, abuelo —dijo tratando de calmarlo—. Fue una discusión sin importancia en el trabajo con una clienta que se puso muy pesada.

Don Luis frunció el ceño, era evidente que no le creía aquella explicación a su nieta, así como también era evidente que ella no iba a darle detalles de lo que la preocupaba.

—Estoy bien, abuelo; de verdad.

—Está bien, no te insisto más, pero quiero que sepas que no te creo nada. Voy a preparar la cena. —Avanzó hacia la puerta y antes de salir se volvió a su nieta—. Si ese muchacho que es tu novio y al que no me has presentado todavía se atrevió a hacerte algo que te está haciendo sufrir, voy y le armo un brete delante de todo el mundo.

El buen viejo salió cerrando la puerta tras de sí. Grandes lágrimas escaparon de los ojos de Julia, aquel nerviosismo inexplicable, iba en aumento. Ella se levantó y dio unos pasos. Había tomado una decisión que iba a cambiar de manera brusca y radical el curso de los acontecimientos.

«Voy a averiguar qué me quiso decir Daniel. Voy a averiguar si Jorge Ignacio me oculta algo», pensó.

Julia se apresuró a secarse las lágrimas sacando fuerza y determinación de su interior.

—Es importante iniciar la gira promocional para tu campaña por las ciudades más importantes del país, Daniel: Los Ángeles, Nueva York, Chicago, San Francisco y... ¿Me estás prestando atención?

Daniel se encontraba en su oficina en Brickell reunido con cuatro de sus más importantes consejeros políticos, también estaban allí su asistente personal, su secretaria y Valentín Valladares, el jefe de campaña.

—Por el momento, sigues de número uno en las encuestas, pero no podemos dormirnos o tus adversarios podrían empezar a ganar terreno. Tenemos que enfocarnos en atraer a los votantes latinos. Por suerte, hablas perfectamente el español y eso te identifica con ellos.

—En casa mis padres siempre se empeñaron en que mi hermano y yo habláramos español. Solo en la escuela hablábamos inglés. Ahora, señores, ¿les importaría suspender la reunión hasta mañana?

—¿Te preocupa algo, Daniel? —preguntó Valentín.

—No, nada —disimuló—. Simplemente, son más de las ocho y treinta, y estoy cansado.

—Sí, suspenderemos la reunión como pides —convino en tono brusco el consejero principal—. Pero hay algo que debes saber: tu hermano ha sido visto en varias ocasiones comprando droga en los barrios bajos de la ciudad.

Daniel se puso en pie muy tenso, serio.

—Como comprenderás, Daniel, si esa información se filtrara a la prensa, serían puntos negativos para tu imagen. Ya has dado varios discursos en contra de las drogas, asegurando que es un flagelo muy peligroso para nuestra juventud y cualquier persona en general. Si tu propio hermano es señalado como drogadicto, vas a perder toda la imagen que te hemos creado de hombre perfecto con una familia intachable. Yo no me meto en lo que haga o deje de hacer tu

hermano, pero, por tu bien, debe ser más cuidadoso. —Valentín hizo una pausa—. Habla con Jorge Ignacio, aconséjale.

—Hablaré con él, Valentín. —Tragó grueso, incómodo y contrariado por la conducta irresponsable de su hermano menor—. Hasta mañana a todos.

Valentín Valladares entró en su propia oficina y marcó un número en el teléfono que reposaba sobre su escritorio. Esperó hasta escuchar la voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola, Viviana —saludó tenso.

—¿Para qué me llamas? —preguntó desagradada y a la defensiva la esposa de Jorge Ignacio mientras tomaba sol en la piscina de la mansión.

—Tenemos que hablar. Es importante que nos veamos para proceder sobre «aquel asunto».

—No pienso reunirme contigo, Valentín. No vuelvas a llamarme. Olvídate que existo. Dedicáte a seguir siendo el jefe de campaña de Daniel y bórrame de tu mente. Nadie de la familia Armenteros puede saber lo que nos une. No quiero que, por culpa de una indiscreción tuya, mi suegra descubra que le mentí sobre mis padres.

—Todavía no entiendo cómo pudiste engañar a doña Ramona.

—Hasta al mejor cazador se le escapa la liebre —sonrió misteriosa.

—Por favor, escúchame... —suplicó él con angustia.

—Hasta nunca.

Viviana colgó la llamada evidentemente contrariada.

—¿Qué hacías comprando drogas por los barrios de la ciudad? —se indignó Daniel entrando bruscamente en la alcoba de Jorge Ignacio.

—No estaba comprando drogas, hermanito, estaba conociendo los lugares más sórdidos de Miami. Como hermano del futuro presidente de la república de este país, tengo que conocer la pobreza y marginalidad de cerca —aseguró cínicamente y con un marcado tono de burla.

—¡Deja de actuar de manera tan irresponsable, Jorge Ignacio! ¿No te das cuenta de que tu proceder puede perjudicarme? Si eres descubierto por un *paparazzi*, ¿te imaginas el escándalo mediático que se armaría? Hoy en día las redes sociales se han convertido en un arma de doble filo. Cualquiera puede tomarte una foto con su celular.

—Vamos, vamos, no seas tan dramático.

—Además, pensé que habías dejado de consumir después de todos los meses que pasaste en la clínica de desintoxicación.

—Claro que dejé de consumir —mintió descaradamente.

—A mí no puedes engañarme. Por favor, no solo te pido que pienses en mí. Piensa también en ti mismo, en el daño que te haces consumiendo esa porquería. Y sobre todo piensa en mamá, en todo

lo que va a sufrir si se entera de que recaíste.

—Bueno, ya deja el sermón, *¡you bore me!*

Daniel se contuvo ante el cinismo y desparpajo de su hermano.

—Jorge Ignacio...

—No me vengas con discursitos moralistas —cortó aburrido—. Yo hago con mi vida lo que me dé la gana. No soy un títere como tú en las manos de mamá. Vivo a fondo; y si me da la gana de drogarme, lo voy a hacer una y mil veces.

Acto seguido, Daniel, furioso, tomó a su hermano por la pechera. Sus rostros quedaron muy cerca.

—¡Diviértete todo lo que se te dé la gana, pero sin perjudicar ni hacerle daño a los demás!

—*¡Do not be imbecile and let go!* —lo empujó Jorge Ignacio malhumorado.

—¿Qué ocurre? —preguntó doña Ramona entrando a la habitación.

Ambos hermanos hicieron silencio ante la figura imponente de la madre. La matriarca, erguida y muy seria, los miraba a uno y a otro de hito en hito.

—No pasa nada, *mom* —mintió Jorge Ignacio tratando de ocultar su furia.

—Eso espero —recalcó ella—. Ya no son niños para estar peleando.

La tensión en el ambiente era tal que podía cortarse fácilmente con un cuchillo.

—Jorgito, quiero que hoy invites a almorzar al club a Viviana.

—Ah, no, mamá, ya quedé con Bruno para ir a navegar en el yate de su papá.

—Olvídate de ese paseo en yate. Desde que tu esposa regresó de su gira, la has tenido muy abandonada. Ya es tiempo que pasen un día juntos.

Justo en ese momento, entró Vivi a la habitación. Venía envuelta en una mínima bata transparente a través de la cual se apreciaba su figura perfecta y su moderno bikini amarillo. Su pelo mojado era señal evidente de haber estado nadando en la piscina.

—¿Hablaban de mí? Me pareció que sí.

—A Jorgito se le ocurrió invitarte a almorzar al club, Vivi. ¿No te parece una idea genial?

—Por supuesto que sí, querida suegra —aceptó la aludida—. Sería muy divertido que Daniel también nos acompañara.

—Me parece magnífico que salgan los tres juntos. No puedes dejar de complacer a tu cuñada, Daniel.

—Me es imposible acompañarlos, mamá —se apresuró a aclarar Daniel—. Tengo una reunión pendiente con mis asesores que dejamos inconclusa anoche.

—De ser así, tu carrera es lo primero, hijo. Ya habrá tiempo para diversiones. —Dio unos pasos complacida la arrogante doña Ramona—. Tú trabaja duro y sin descanso, mientras tanto yo me encargaré de elegir para ti a tu futura esposa y futura primera dama de este país.

Vivi sintió una repentina tensión en la base del cuello ante el comentario de su suegra y clavó sus ojos fijamente en Daniel. Él, por su parte, miró a su madre de manera muy firme.

—Madre, con todo respeto, a mi futura esposa la elegiré yo.

—Así debe ser, mamá. Podrías elegir para mi perfecto hermanito una muchacha mexicana, venezolana, peruana o a lo mejor china, pero perderías tu tiempo, a él últimamente le están gustando mucho las cubanitas —rio Jorge Ignacio lanzándole aquella punta a su hermano, evidentemente refiriéndose a la conversación que habían tenido ambos sobre Julia.

Daniel miró fulminante a su hermano y una vez más se contuvo.

—No entendí el comentario, Jorge Ignacio.

—Chistecito interno entre Daniel y yo, *mom* —volvió a reír cínico.

—Me voy o llego tarde a la reunión. Que pasen un buen día.

Daniel salió de allí presuroso y molesto.

—Los dejo para que puedan vestirse para ir al club.

Salió también doña Ramona del cuarto dejando solos al joven matrimonio. Vivi cerró la puerta con una mueca de extremo desagrado en el rostro ante la idea de ir a almorzar con su esposo. Jorge Ignacio avanzó hacia la mesita de noche y tomó la cajetilla de cigarrillos que hay allí. Encendió uno y se quedó mirándola fijamente.

—Vamos a acabar con esta farsa de una vez y por todas, Viviana.

—Me parece perfecto —desafió ella.

—Bien. Este matrimonio nos tiene aburridos a los dos. Ni tú me amas a mí, ni yo te amo a ti. En mi caso, me casé contigo presionado por mamá. —Le dio una chupada a su cigarrillo—. En tu caso, ignoro por qué aceptaste casarte conmigo, pues nunca me has amado —expelió el humo.

—Mejor no quieras averiguar el motivo que me impulsó a ser tu esposa —sonrió enigmática ante su secreto de amor.

—La verdad, no me interesa conocer dicho motivo. Te propongo que de ahora en adelante solo cubramos las apariencias, pero cada quien llevará la vida que mejor le plazca y tendrá sus propios amantes y aventuras. *¿In agreement?*

—No seas cínico, por Dios. Es precisamente lo que hemos estado haciendo desde el mismo día que nos casamos —rio ella con desfachatez al tiempo que tomaba el cigarrillo de entre los dedos de él y le daba una chupada.

—Me gusta tu descaro —sonrió divertido—. No te pareces en nada a la cubanita.

—¿Quién es la fulana cubanita? Es la segunda vez que la nombras —dijo alerta al tiempo que expelía una bocanada de humo y aplastaba el resto del cigarrillo en el fino cenicero de cristal.

—Una tonta a la que me quiero llevar a la cama. Eso sí, está buenísima.

—¿La conoce Daniel? —indagó Vivi, alerta, oliendo un futuro peligro.

—La conoció el día del cumpleaños de mamá, y con lo tonto y romántico que es mi hermanito no dudo que se haya enamorado de ella a primera vista. Ya me imagino a esa muerta de hambre casada con él y convertida en la esposa del señor presidente —rio a carcajadas, burlón, despectivo.

Viviana dio unos pasos maquinante, muy seria.

—Pero está muy equivocado Daniel si cree que va a quedarse con la cubanita —aseguró Jorge Ignacio ahora muy serio, celoso—. Esa infeliz primero será mía, y cuando me canse de ella, que se vaya con Daniel o con quien le dé la gana.

Jorge Ignacio avanzó hacia el baño.

—Voy a bañarme para que luego nos vayamos a almorzar al club como nos pidió mamá. Ya sabes que a la fiera hay que complacerla —rió nuevamente cerrando la puerta tras de sí.

Vivi quedó sola en medio de la habitación, muy erguida, muy seria y sintiendo que un abrasador fuego interior la consumía. El fuego de los celos.

—Aquí están los cuarenta y dos centros de mesa, señor Romero.

—Muchas gracias, Julia. Siempre tan eficiente y puntual. Voy a hacerte el cheque. Ya vuelvo.

Eran las doce de la mañana de aquel día soleado, de fuerte y caluroso verano en Miami. En el *restaurant* del club, Julia y dos empleados más de la floristería habían colocado en cada mesa un pequeño adorno floral. Los comensales socios del club comenzaron a llegar y a ocupar las diferentes mesas. Julia estaba atenta al más mínimo detalle para que su trabajo fuera perfecto. A pesar de su esfuerzo por concentrarse, no podía dejar de pensar en Jorge Ignacio. Tampoco era capaz de arrancarse del pensamiento las palabras de Daniel en las que le dio a entender que algo le era ocultado. Sorpresivamente, hizo su entrada al *restaurant* Jorge Ignacio tomado de la mano de su esposa, Vivi. Ambos lucían frescos y relajados; vestidos de blanco de pies a cabeza. Julia los vio. Al principio, no dio crédito, parpadeó impactada, aturdida. Se quedó paralizada, se le cortó la respiración al tiempo que el corazón comenzaba a latirle con fuerza violenta, como si se le quisiera salir del pecho. Jorge Ignacio y Viviana avanzaron hacia una de las mesas del fondo; primero, se sentó ella, y luego él, tras arrimarle caballerosamente la silla. Julia al fin reaccionó y corrió a ocultarse detrás de una de las columnas del lugar. El señor Romero, dueño del *restaurant*, se acercó a ella cheque en mano para pagarle los ramos.

—Aquí tienes el cheque, muchacha...

—Señor Romero, ¿quiere usted decirme quiénes son aquella pareja vestida de blanco? —preguntó con voz trémula y vacilante, la boca seca, el corazón latiendo como un potro desbocado queriéndosele salir del pecho.

Romero buscó con la mirada paseando su vista por el gran salón. Finalmente posó sus ojos en el matrimonio Armenteros.

—Ah, ellos son Jorge Ignacio Armenteros y su esposa, la famosa modelo Viviana. Todos la llaman Vivi.

—¿Esposos? —La sangre se le heló en las venas.

—Sí. Son la pareja de moda. Aparecen siempre en las revistas de chismes de farándula y en las grandes recepciones de la alta sociedad. Son gente de mucho dinero, millonarios, aunque es más rica y poderosa la familia de él que la de ella.

Julia se sentía aturdida, la cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyarse contra la columna para no caer desmayada al suelo.

—Él es un famoso odontólogo, según me han dicho...

—¿Odontólogo? —rió en tono bajo Romero—. ¿De dónde sacaste eso, Julia? Jorge Ignacio Armenteros es un vago, un mantenido de sus padres. Doña Ramona, su madre, quien es muy asidua a este club, lo complace y consiente en todo. Ese muchacho jamás ha estudiado nada. Es mentira que sea odontólogo. Es un hijito de papá que se gasta a manos llenas los millones de su familia.

Las piernas de Julia temblaban, se había puesto pálida y sintió que le faltaba el aire. Romero, disfrutando del chisme, hablaba sin parar:

—Cuentan las lenguas chismosas de este club que Jorge Ignacio es un drogadicto y que pasó varios meses en una clínica de desintoxicación en Los Ángeles.

—¿Y él está... muy enamorado de su esposa?

—No lo creo. Es un tipo acostumbrado a estar hoy con una y mañana con otra. Son famosos sus romances aquí en el club con muchas mujeres, incluso casadas. Oye, Julia, ¿y por qué me preguntas tanto sobre Jorge Ignacio Armenteros?

Julia no respondió. Se sentía a punto de desfallecer y salió corriendo de allí al tiempo que se secaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Muchacha, espera... no dejes tu cheque...

Pero Julia no se detuvo. Salió sin que Jorge Ignacio la viera. Su carrera era frenética, llena de angustia y desesperación. Llegó hasta el estacionamiento del club en apenas segundos; allí estaba estacionada la furgoneta de la floristería donde se transportaban los ramos. Sus ojos, nublados en espesas lágrimas, no la dejaban ver con claridad. Fue inevitable que tropezara y estuviera a punto de caer de bruces, pero unos fuertes brazos masculinos la atajaron, deteniendo su caída.

—*¡Sorry!* —se excusó ella.

—Pero miren qué casualidad, ¡la muchacha de la floristería!

Julia Alcántara alzó la vista. Ante ella estaba Luciano Anderson, el apuesto cuarentón de sienes plateadas que en noches pasadas le había preguntado si quería convertirse en modelo.

—¿Nos conocemos, señor? —preguntó aturdida, mareada.

—Claro, estuve hace algunas noches en la floristería donde trabajas. Te pregunté si te gustaría ser modelo y te di mi tarjeta.

Ella, cada vez más aturdida, logró recordarlo vagamente.

—Sí, creo acordarme —dijo secándose lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Estás bien? ¿Por qué lloras?

—No es nada. Solo un poquito de dolor de cabeza...

—Pero luces muy pálida. ¿Te puedo invitar a tomar algo? ¿No se te habrá bajado la presión?

—No, no, de verdad, estoy bien.

Él le sonrió revelando sus dientes blancos y perfectos.

—¿Eres socia de este club?

—No, solo vine a traer flores para el *restaurant*. Ya tengo que irme.

—¿De verdad puedes manejar? —preguntó viendo la furgoneta de La rosa de Hialeah—. Puedo llevarte en mi auto.

—Gracias —contestó—, pero no es necesario.

—Espero que no me tengas miedo. Te juro que soy totalmente inofensivo —él se rio.

—Sintiéndolo mucho, ya tengo que irme.

—Espera, ¿no has pensado en mi proposición de ser modelo? Lo tienes todo para triunfar, Julia.

—Se acuerda de mi nombre —se sorprendió.

—Jamás se me olvidaría el nombre de una muchacha tan bella como tú. En mi agencia podemos convertirte en la número uno, y te lo digo en serio. Actualmente la *top model* de moda trabaja para mí. Si te gusta la moda, seguramente sabes quién es ella. Su nombre es...

—No me interesa la moda, de verdad. Nunca me ha interesado —cortó sin darle tiempo a él de pronunciar el nombre de Viviana.

—¡No me digas eso! —dejó escapar un soplido de desaliento—. El mundo va a perderse a una mujer perfecta como tú.

—No soy perfecta. Al contrario, soy una estúpida, la más estúpida de todas. —Las lágrimas volvieron a inundar otra vez sus enrojecidos ojos.

Luciano le sonrió cálido, comprendió que una pena muy honda la embargaba.

—Tengo que irme, de verdad. Ya no puedo demorarme más.

Sin agregar una palabra más, ella subió frente al volante de la furgoneta y, tras encender el motor, salió de allí apresuradamente. Luciano Anderson lamentó no haberla podido ayudar, pues era evidente que un gran dolor desgarraba el corazón a la muchacha.

Al final de aquel día, Julia creía que las sienas le iban a explotar. Se sentía mareada, débil, aturdida. Había estado llorando varias veces mientras transcurrían las largas horas de trabajo en la floristería. Un par de veces se había confundido al darle el cambio a los clientes que entraban a comprar. No podía concentrarse. Las revelaciones que le había hecho el señor Romero sobre Jorge Ignacio la tenían descolocada, haciéndola sentir tonta, engañada y burlada. Ahora comprendía claramente lo que Daniel le había querido decir. Él sabía que Jorge Ignacio le escondía cosas, pero... ¿cómo estaba Daniel al tanto de aquellas mentiras? ¿De qué se conocían ambos hombres? Julia pensó que tampoco era tan descabellado que se conocieran. Probablemente, pertenecían al mismo círculo social y compartían amistades. Posiblemente, tanto la familia del famoso político y la de Jorge Ignacio eran amigas y se frecuentaban. Nada tendría de extraño que Jorge Ignacio, lleno de cinismo, le hablara a Daniel sobre ella, contándole mientras reía cómo se estaba burlando de su amor. A Julia Alcántara se le heló la sangre al ver abrirse la puerta del local y aparecerse allí a Jorge Ignacio.

—¿Cómo está la cubanita más bella del mundo?

Cínico y dispuesto a mantener su farsa, fue hasta ella para besarla. Julia evitó aquel beso mentiroso con un par de sonoras cachetadas en el impactado rostro de él.

—Pero... pero... ¿tú te volviste loca, chica? —se quejó aturdido, impactado al máximo, con ambas mejillas ardiéndole como carbones encendidos.

—Eres un cínico. ¡Lárgate de aquí! ¡Ya lo sé todo! ¡Estoy al tanto de tus mentiras!

A Jorge Ignacio el corazón se le salía del pecho tras escuchar aquellas palabras.

—¿De qué hablas? *I do not understand* —balbuceó sin saber que más decir o hacer.

—Estás casado, y no te atrevas a negármelo. No eres ningún famoso odontólogo —dijo ella vibrante y a modo de acusación. Sus labios temblaban de furia e impotencia. Lágrimas de dolor y desengaño nublaban su vista—. Eres el peor de los mentirosos. Eres tan bajo y despreciable...

—¿Pero de dónde sacas todo eso, *my love*? ¿Quién te dijo todas esas mentiras tan feas sobre mí?

—¡No son mentiras! ¡Ten la hombría de aceptarlo!

—¡Claro que son mentiras, mi cubanita hermosa! ¿Quién te inventó todo eso?

—Nadie me inventó nada, Jorge Ignacio. Yo te vi con mis propios ojos en compañía de tu esposa, la famosa *top model*.

—¿Qué? Pero no... Yo te juro que Vivi... que ella es una amiga, nada más —trató de mantener su mentira, sintiéndose atrapado en un callejón sin salida.

—¡Vivi! ¡Vivi es tu esposa! ¡No lo niegues más! Me das asco. Todo el amor que sentí por ti se transformó en asco en cuestión de horas. No, en cuestión de horas no, en cuestión de minutos, de segundos. ¡Yo misma te vi hoy en el *restaurant* del club con ella! Para tu mala suerte, yo sí trabajo; a diferencia de ti, que eres un vago y un mantenido por tu familia, yo sí trabajo. Fui a llevar los centros florales al *restaurant* del club y te vi llegar con ella.

—Pero... ya te dije que Viviana es una amiga, nada más.

—¡Mentira! No sigas tratando de engañarme que cada vez siento más asco de ti. En el club son famosas tus aventuras con diferentes mujeres, incluso algunas de ellas casadas. Ya sé que tampoco eres ningún odontólogo ni dueño de una lujosa clínica en Miami Beach. Lo que eres es un tipo despreciable y bajo. ¡Y para colmo eres un drogadicto! —le gritó a la cara con todo su desprecio.

—¡Cállate, perra! ¡No eres quién para hablarme así! ¡No tú, que eres una cubana marginal! —Jorge Ignacio explotó con furia. No pudo contenerse más ante las contundentes acusaciones de ella. Las caretas se habían caído y él no tenía por qué seguir fingiendo ante ella.

—Vete de aquí —lloró destrozada.

—No sin que me escuches: nunca me interesaste como mujer. Solo me atraías como hembra, me daba morbo llevarte a la cama. ¿De verdad eres virgen? Imagínate lo que eso significa para un hombre como yo, ¡para un macho como yo! La virginidad es el premio mayor para cualquier semental, y eso era lo que me enloquecía de ti. ¡Nada más! —bramó con desprecio—. ¿De veras pensaste que un hombre como yo se iba a enamorar de ti? —él rio con desprecio, hiriente, cínico.

—Ese es el problema —dijo ella tratando de recuperar la calma—, que no eres un hombre. Eres un machista infeliz. Un ser envilecido que no vale nada y que no valora a nadie. Tristemente, es

evidente que no te valoras ni a ti mismo.

Jorge Ignacio, ofendido, le dio un fuerte bofetón. Ella, desprevenida por lo inesperado del golpe, cayó sentada al suelo. Acto seguido, él la tomó con furia y violencia por ambos brazos y la alzó obligándola a ponerse de pie. Un hilillo de sangre muy roja emanaba del labio inferior de ella.

—Las piojosas como tú solo sirven para calentarme la cama. ¿Soñaste con ser mi esposa? ¡Ja! ¿Tú? ¿Tú mi esposa? ¿Una simple vendedora de flores? ¿Una futura y asalariada maestra? —preguntó con asco y desprecio—. Aterriza, cubana ilusa. Las calienta braguetas como tú solo sirven para quitarle la calentura a los machos como yo.

—¡Es que no eres un macho! ¡Eres un cobarde! —Lo empujó ella apartándolo de sí, evitando cualquier contacto y cercanía con aquel tipo que, en cuestión de horas, había pasado de ser «el hombre perfecto» a un monstruo desagradable y repulsivo.

Jorge Ignacio volvió a alzar su brazo en el aire para descargar otro golpe cobarde en ella. Julia, aterrada, se cubrió el rostro con las manos. Él se contuvo las ganas de destrozarla a golpes. Lentamente, fue bajando el brazo.

—Me voy, perrita balsera. Pero no te creas que me olvido de ti. Cuando a un hombre como yo se le mete el deseo en el cuerpo por una hembra como tú, tarde o temprano la consigues. Tú vas a estar en mi cama quieras o no. Tú vas a quitarme las ganas de macho, porque para eso es para lo que sirves: para quitarme las ganas. Te quedaría muy grande el ser mi esposa y pertenecer a mi familia. No tienes categoría para eso —escupió hiriente—. Te juro que nos volveremos a ver, *bitch*.

Él avanzó hacia la puerta con paso firme, lleno de furia, frustrado. Antes de salir se volvió a ella.

—No te atrevas a denunciarme por ese golpe —amenazó—. Mi familia es influyente y poderosa, y tú una cochina que no tiene donde caerse muerta.

Jorge Ignacio se marchó de allí. Julia, al quedar sola, rompió a llorar con todas sus fuerzas. El cuerpo le temblaba violentamente.

Julia terminó de subir las escaleras del pequeño edificio en el que vivía. Se detuvo en el rellano. Respiró hondo tratando de calmarse. No quería que su abuelito se enterara de nada de lo sucedido. Era un hombre mayor y no deseaba darle ningún disgusto. Ella había tenido la precaución de maquillar su labio golpeado, cubriendo el color violáceo que se le había hecho allí. En los oídos de la muchacha todavía retumbaban los despreciativos e hirientes insultos que Jorge Ignacio le había gritado hacía menos de una hora. Todo aquel amor inmenso que sentía por él, toda aquella admiración, todo se había esfumado de golpe. Aquellos besos apasionados que Jorge Ignacio le había dado tantas veces, aquel aliento de fuego de él que le fascinaba ahora le producía asco. Recordaba una a una sus promesas mentirosas. Hizo un esfuerzo por no volver a llorar. Julia

sacó de su bolso las llaves y abrió la puerta del humilde apartamento. Entró y todo estaba en penumbras, señal evidente de que su abuelo se había acostado temprano. Mejor. No hubiese podido mantener la farsa ante el anciano de que todo había ido bien durante el día. Cerró suavemente la puerta tras de sí y avanzó unos pasos.

«Jorge Ignacio, Jorge Ignacio, no sabes cuánto daño me has hecho», pensó sintiéndose muy agotada.

Eran las ocho treinta de la noche, Jorge Ignacio se encontraba en la mansión Armenteros tomándose un trago. Todavía se sentía furioso por la fuerte discusión que había tenido con Julia aquella tarde. Lo embargaba la impotencia ante las acusaciones de ella y sus palabras recriminatorias. Apresuró su trago de *whisky* puro y seco de un solo golpe y volvió a llenar el vaso. Se abrió la puerta principal y Jorge Ignacio volteó hacia allá. Vio entrar a su hermano Daniel, que cerró tras de sí.

—Buenas noches, Jorge Ignacio.

—¿Ya te enteraste? ¿Te sientes feliz y crees tener el camino libre? —preguntó furioso y desafiante.

—¿De qué hablas?

—¡No te hagas el estúpido, que la maldita cubanita ya te lo debe de haber contado todo! ¡Eres un traidor! —acusó—. Me traicionaste a mí, que soy sangre de tu sangre, por esa pobre diabla.

—Un momento, para empezar, bajas el tono. Para continuar, no insultes a Julia; y, para terminar, vuelvo a repetirte que no sé de qué me hablas.

—¡Claro que lo sabes! ¡No te hagas el idiota!

Sintiendo una furia incontrolable, Jorge Ignacio arrojó su vaso a la cabeza de su hermano. En un movimiento rápido, Daniel se agachó evitando el golpe. El vaso de cristal se estrelló contra una de las paredes de la sala estallando en mil pedazos.

—¿Te volviste loco? —preguntó Daniel—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás drogado?

—¡*Yes!* Estoy drogado, ¿y qué? ¿Me lo vas a prohibir?

Daniel, sintiendo que la furia se apoderaba de él también, fue y tomó a su hermano firmemente por la pechera.

—Si quieres consumir esa porquería, lo haces fuera de aquí. ¡La casa de mamá la respetas!

—¡No me toques, idiota! —Se quitó con furia las manos de su hermano de encima al tiempo que lo empujaba violentamente hacia atrás.

—¿Me quieres explicar por qué estás así? ¿Qué tiene que ver Julia en todo esto?

—No te hagas el desentendido. ¡Sé que estás al tanto de todo! ¡Maldito traidor!

Los padres de ambos aparecieron en lo alto de las escaleras atraídos por los gritos. Bajaron rápidamente al tiempo que doña Ramona preguntaba:

—¿Qué está pasando entre ustedes? Los gritos se oyen en toda la casa.

—Tu hijito el perfecto, tu hijito el futuro presidente de este país es un sucio traidor. ¡Me traiciona a mí, que soy su hermano, para ponerse de parte de una infeliz balseira!

—¡Ya te dije que no insultaras a Julia! ¡Lo vuelves a hacer y te parto la cara!

—Basta. Ni un grito más. Quiero una explicación —exigió la matriarca.

—Que te lo explique Jorge Ignacio, mamá. Desde que llegué me está insultando y acusando de no sé qué asunto.

—No seas cínico. Sabes que te hablo de Julia. Te enamoraste de ella y me jugaste sucio.

—Dije que basta. Vuelvo a exigir una explicación.

—Me gusta una tipa, *mom*. Una cubanita que está bien rica, pero solo me interesaba llevármela a la cama; y entonces mi hermanito el perfecto también la conoció y se empeñó en quitármela, y al fin lo logró. Julia me mandó a volar y ahora me quedé con las ganas de revolcarme con ella.

—¡Jorge Ignacio! ¿Qué manera es esa de hablarle a tu madre? —preguntó indignado y sorprendido don Gerardo.

—Está drogado, papá. ¿Es que no te das cuenta?

—Silencio, Daniel. No admito esas acusaciones en contra de tu hermano. Jorgito ya dejó de consumir.

—¡Por Dios, mamá! Mi hermano jamás ha dejado de consumir, lo hace a diario. ¡La única que parece no darse cuenta eres tú!

—Sí me drogo, idiota, ya te dije que sí lo hago. ¿Me lo piensas prohibir? ¡Me río en tu cara de tus prohibiciones! ¡*Go to hell!*

—Basta, Jorge Ignacio. Modérate y modera tu vocabulario.

—¡No me da la gana! Mi hermano, el candidato, es un traidor. Se empeñó en quitarme a Julia y ya me apartó de ella. Con razón se negó a que le buscaras la esposa perfecta, porque ya tenía sus ojos puestos en la floristera. Ya me imagino a Daniel casado con esa callejera hija de balseiros cubanos, entrando a esta casa como dueña y señora —rio despectivo, con odio—. Ya me imagino a esa pobretona convertida en la primera dama de este país.

Daniel avanzó hacia su hermano dispuesto a cerrarle la boca de un golpe. Don Gerardo, rápido y preciso, contuvo a su hijo mayor tomándolo por ambos brazos.

—Daniel, por Dios, ¡cordura! Tu hermano no está en sus cabales.

—¿Y porque esté drogado debo permitirle que insulte y ofenda a Julia, que es una buena muchacha? El único error de ella fue creer en él, creer en la sarta de mentiras que le dijo. Julia se enamoró de él sin imaginarse la clase de tipo que es.

—Pero mira como la defiende y enaltece, mamá —dijo burlón—. No es broma cuando te aconsejo estar alerta. Si te descuidas, Daniel se casa con esa.

—Quiero que subas inmediatamente a tu habitación, Jorge Ignacio —exigió doña Ramona muy seria, sin alterarse ni un ápice—. Dale cualquier explicación a Viviana sobre todo esto, con los gritos de ustedes ya debe estar al tanto de todo.

—No te preocupes, mi esposita ha pasado todo el día en el club y allá sigue con sus amigas. — Avanzó hacia las escaleras—. Igualmente está al tanto de todo, sabe de la existencia de Julia y de mis ganas de llevármela a la cama.

Daniel, rojo de ira, dio un paso para alcanzar a su hermano. Una vez más, su padre lo detuvo.

—No, Daniel, te ruego que no empeores la situación.

Jorge Ignacio desapareció escaleras arriba en dirección hacia su habitación.

—¿Vas a explicarme todo este absurdo? —exigió doña Ramona majestuosamente erguida—. ¿Quién es la fulana Julia? —preguntó despectivamente—. Quiero saberlo todo con lujo de detalles —ordenó cortante.

—No hay mucho que explicar, mamá. Julia es una buena muchacha que se gana la vida en una floristería. La conocí el día de tu cumpleaños aquí mismo, cuando vino a traer los ramos de flores. Ese mismo día, cuando ella se marchó, Jorge Ignacio, que oculto nos había estado vigilando, me dijo que la conocía, que la estaba engañando, diciéndole mil mentiras, entre ellas, que era soltero.

—Mal hecho por parte de tu hermano.

—Mantente callado y al margen, Gerardo —cortó doña Ramona con tono gélido.

Don Gerardo tenso y sumiso bajo los ojos clavando su mirada en el reluciente suelo de mármol.

—No sé con lujo de detalles qué habrá pasado hoy para que Jorge Ignacio esté así, pero ya escuchaste, según sus propias palabras, que Julia ya lo sabe todo.

Doña Ramona, muy seria y erguida, dio unos pasos hacia su sillón predilecto. Se sentó allí ante Daniel y su esposo y cruzó lentamente las piernas.

—Espero que sea parte de las fantasías de Jorge Ignacio eso que dijo sobre que también a ti te gusta la floristera.

—No es ninguna fantasía, mamá —aseguró firme—. Julia me gusta, y mucho.

Se hizo un silencio tenso, pesado. Gerardo alzó la mirada hacia su hijo, no pudo evitar sentir un gran orgullo por él, por su valentía y firmeza ante Ramona.

—Ni a ti ni a nadie voy a permitirle que se inmiscuyan entre Julia y yo, mamá.

La dama de hierro no le contestó inmediatamente a Daniel. Lo miró hondamente con aquella mirada taladrante que no logró intimidar al joven.

—Veo que el trato con esa chusma vendedora de flores te está haciendo perder los modales. Esa no es manera de contestarme —reprendió la matriarca en tono de poder y mucha arrogancia.

La mujer se puso de pie y, sin dejar de ver fijamente a Daniel, se dirigió a su marido:

—Vamos a la biblioteca, Gerardo. Y tú, Daniel, haz las paces con tu hermano.

Muy erguida, salió hacia la biblioteca. Fue seguida sumisamente por don Gerardo, quien le dedicó una mirada de angustia a su hijo mayor. Daniel quedó solo.

«Nadie va a separarme de Julia», dijo para sí.

Desde fuera, don Gerardo Armenteros le abrió la puerta a su mujer. Doña Ramona entró a la biblioteca llena de libros de todas partes del mundo, todos bellamente encuadernados. Ramona Vásquez de Armenteros se sentía contrariada, nada la enervaba más que ser contradicha en cualquiera de sus órdenes. Fue a sentarse ante el amplio y elegante escritorio, dejando descansar sus manos sobre la mesa.

—Nunca más vuelvas a apoyar a Daniel en contra de Jorge Ignacio.

—Simplemente dije que no me parecía bien que el niño se burlara de esa muchacha —argumentó don Gerardo mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Con ese simple comentario apoyaste a Daniel, poniéndote en contra de Jorgito. Debes ser más prudente, Gerardo. Nunca piensas antes de hablar. ¿Qué pretendes? ¿Hacer más grande el rechazo de Daniel contra su hermano? ¿O es que vas a ponerte a favor de la vendedora de flores y en contra de tu propio hijo?

—Claro que no, Ramona —se apresuró a negar rápidamente, temeroso de hacer enojar a la fría mujer.

—Bajo ningún concepto voy a permitir que Daniel llegue a tener algo serio con esa hija de balseros cubanos —aseveró secamente.

—Nunca has querido a Daniel igual que a Jorge Ignacio.

—Bien conoces el motivo.

—Es injusto.

—¿Injusto? ¿Hablas tú de injusticia, Gerardo? Te recuerdo que antes de casarte conmigo eras un pobre diablo, me debes fidelidad y no puedes contradecirme. ¿Tengo que recordártelo siempre?

Gerardo Armenteros bajó la mirada. No quería remover el pasado, y mucho menos quería volver a despertar el odio atroz de su esposa. Doña Ramona le dedicó una sonrisa tan odiosa y fría que él sintió que se le helaba la columna vertebral.

Dos días después ya el moretón en el labio de Julia había desaparecido y no tuvo que ocultárselo más con maquillaje. Ella estaba barriendo la floristería cuando se abrió la puerta y entró Daniel con una sonrisa que iluminaba todo el lugar.

—*Good morning*. ¿Cómo está la chica más linda de todo Miami?

Un leve rubor tiñó las mejillas juveniles de la muchacha, embelleciendo todavía más el rostro sin gota de maquillaje. Su hermoso cabello estaba recogido en una cola de caballo alta que la hacía lucir más bella. Julia alzó la vista para replicarle, pero calló al ver que él le ofrecía un hermoso ramo de tulipanes de variados colores.

—Quizás sea absurdo regalarle flores a una muchacha que las vende, pero no siempre tengo ideas brillantes —aseguró simpático y encantador.

—Gracias —replicó ella turbada, al tiempo que dejaba recostada la escoba por ahí y tomaba delicadamente el ramo de tulipanes.

—Perdón por no haber comprado las flores aquí, pero de haberlo hecho habría arruinado la sorpresa.

Daniel rio ante su propio chiste. Ella no pudo evitar sonreírle. Julia tenía que reconocer que era un hombre distinguidísimo, de gran clase y exquisitos modales, pero, a pesar de eso, lucía cercano, amigable. Por primera vez, Julia había notado la gallardía del candidato presidencial.

—¿Me harías el gran honor de tomarte un café conmigo? Estoy seguro de que voy a ser el más envidiado de todos los hombres cuando entre a la cafetería acompañado de ti.

Avergonzada ante aquel nuevo piropo, Julia sintió que la sangre le quemaba el rostro.

—Me es imposible abandonar la floristería ahora. Soy la única empleada y no puedo cerrar durante las horas de trabajo.

—Entiendo, entonces hagamos algo: te invito a almorzar. No habrá problema que cierres durante la hora de la comida.

Ella, muy desconcertada, trató de negarse.

—La verdad es que...

—Por favor, no me digas que no. Además, perderías el tiempo negándote. Pasaré a buscarte a la una.

Y sin esperar respuesta, Daniel se marchó cerrando la puerta de cristal tras de sí. Julia se quedó aturdida y perpleja por lo rápido que había pasado todo. Miró entre sus manos el hermoso ramo de tulipanes.

Julia Alcántara se dejó llevar hasta la mesa privada de Daniel Armenteros. Dicha mesa se encontraba en uno de los saloncitos exclusivos y privados del lujoso *restaurant* escogido por él. Ella se sentía terriblemente abrumada y cohibida. La voz dulce y a la vez firme de Daniel la hizo reaccionar.

—En este rinconcito privado evitaremos las miradas curiosas o la insistencia de cualquier fotógrafo para posar para él. Siéntate, por favor.

Daniel galantemente descorrió la silla para que la muchacha se sentara. Luego, lo hizo él. Se acercó el mesero.

—*My name is Jake and I will be your waiter today. ¿What does the lady want to take?*

—Yo... yo... —no supo qué decir, pues no conocía nada sobre bebidas—. Por favor, escoge por mí, Daniel.

—Perfecto. Jake, *two Spritz, please.*

—*Right away. Permission, sir.*

El mesero se retiró discreto en busca de la orden.

—Julia, realmente lamento nuestra conversación de la última vez que nos vimos —dijo sin rodeos y muy sincero—. Debí hablarte claramente sobre Jorge Ignacio.

—Te ruego que no hablemos sobre él. Ya salió de mi vida.

—¿Me permites hacerte unas preguntas antes de dar por terminado el tema?

—Está bien.

—¿Lo llegaste a amar con todas tus fuerzas?

—Estoy tratando de olvidarlo con todas mis fuerzas —aseguró sincera.

—¿Lo conseguirás?

—Es lo que más deseo.

—¿Se atrevió a maltratarte?

—No —mintió ella.

—¿Lo conoció tu familia?

—Mi única familia es mi abuelito Luis, y por suerte no llegué a presentárselo.

Se hizo un silencio. Ambos mirándose fijamente a los ojos. Ella preguntó:

—¿Tú de qué conoces a Jorge Ignacio?

Justo cuando Daniel iba a responder, llegó el mesero con las bebidas y las colocó ante ellos.

—*What they enjoy. Right away, I bring you the menu. Permission.*

El mesero volvió a retirarse.

—Cuéntame algo sobre ti —pidió él, tratando de evitar que se retomara el tema sobre Jorge Ignacio.

—No hay mucho que contar. Mi familia es cubana. Mis padres y mis abuelos llegaron en balsa a Miami. Yo nací aquí.

—Es impresionante toda la gente que se ha lanzado al mar para huir de la dictadura de los Castro en Cuba. Es triste saber las miles de vidas que se han perdido en esa terrible travesía con un mar infestado de tiburones. Qué dolor y qué injusticia tan grande que las personas tengan que morir en busca de un derecho gratuito como es vivir en libertad.

—Así es. Todos los pueblos y los seres humanos del mundo tienen derecho a la libertad.

—Sígueme contando más, por favor.

—No hay mucho más que contar. Mi abuela murió aquí y para mi abuelito fue un golpe terrible —relató—. Cuando yo tenía siete años, mis padres murieron en un accidente y yo quedé a cargo de mi abuelo. Él lo es todo para mí. Mi abue trabajó incansablemente para sacarme adelante. Ahora soy yo la que trabajo para mantenerlo a él y cubrir todos nuestros gastos.

—Te admiro, Julia. Me encanta conocer detalles sobre tu vida.

—Actualmente, estudio para ser maestra. En un año me graduaré.

—Maestra. Qué bonita profesión.

—Amo a los niños.

Ambos se sonrieron mutuamente. El hielo se había roto y la timidez de ella ante él había desaparecido como por arte de magia. Julia ahora se sentía cómoda ante él, relajada.

—Te voy a contar sobre mí. Mis padres y el resto de mi familia son de Puerto Rico. Yo nací aquí en Miami. Estoy en el mundo de la política por decisión de mamá. Aunque me apasiona y estoy entregado y enfocado en mi carrera, no hubiese elegido por decisión propia nada de esto para mí.

Mi sueño era ser pintor, pero mamá decidió otra cosa y es difícil, por no decir imposible, contradecirla. Especialmente conmigo, mi madre ha sido poco tolerante y complaciente.

—¿A pesar de todo sí sueñas con llegar a ser presidente?

—A estas alturas, ya es imposible no soñarlo, pero te confieso algo: si pudiese dejar todo de repente y dedicarme a pintar, lo haría feliz y sin remordimientos.

—Pintar me parece algo superromántico, y más en un hombre.

—¿Romántico yo? Fíjate que nunca lo había pensado. Acabo de descubrir gracias a ti que soy un romántico empedernido y no lo sabía.

Ella rio divertida, olvidando, gracias a la manera tan especial y cálida de ser de él, toda la tristeza que la embargaba. Daniel lucía embelesado ante la risa de ella. Cuando Julia terminó de reír, él le sonrió dulcemente, enamorándose más y más con cada segundo que pasaba. La risa de ella parecía haberlo liberado de aquel mundo lleno de presiones que pesaba sobre su espalda.

—¿Te has dado cuenta de que tenemos algo en común?

—¿Qué cosa?

—Ambos amamos la libertad. Y ahora tu corazón está solo y el mío también.

Ella, turbada, bajó la mirada. Daniel tomó suave y delicadamente sus manos.

—¿Será muy pronto para decirte que me gustas mucho?

—Daniel... —susurró tensa retirando sus manos de las de él—, no es el momento. Acabo de salir de una relación que me hizo mucho daño. Yo necesito tiempo.

—Y yo necesito que olvides, y de eso me voy a encargar. ¿Qué te parece si salimos a pasear en mi auto este fin de semana? Podemos ir a Isla Morada o a Los Cayos... o a San Marcos Island. Tú escoges y yo conduzco.

Ella quiso negarse.

—Es mejor que...

—¿Conoces Naples? Es un lugar precioso y está muy cerca de Miami —le sonrió tan especialmente que ella no pudo negarse.

—No, nunca he ido a Naples.

—Perfecto, entonces iremos el domingo temprano a Naples y pasaremos el día allá. Te va a encantar el paseo. Vas a quedar enamorada de sus impresionantes casas y calles, vas a quedar cautivada por sus playas. Y espero que, al final del día, también quedes enamorada de mí.

Era tan dulce la petición de él, era tan especial la mirada que le estaba dedicando que Julia no pudo negarse a nada más.

—Tenemos que hablar, Jorge Ignacio.

—Voy saliendo, *mom*. Voy a la playa y después a...

—Siéntate —cortó doña Ramona.

Jorge Ignacio reprimió un gesto de fastidio. Sabía que no le convenía retar a su madre ni desobedecer ninguna de sus órdenes, pues era la regia mujer quien le daba dinero a manos llenas y la que autorizaba los gastos excesivos de sus seis tarjetas de crédito.

—Me desilusiona mucho saber que recaíste en las drogas —dijo muy seria, pero sacudida en el fondo, preocupada por el niño de sus ojos.

—Son exageraciones de Daniel, mamita. No le creas. Tú sabes que él me envidia porque sabe que soy tu preferido. Inventó eso para dejarme mal ante tus ojos.

—No me creas tonta. He aprendido a reconocer cuándo estás bajo la influencia de las drogas.

Jorge Ignacio se levantó. Manipulador, se acercó a la dama de hierro y la tomó suavemente por los hombros.

—Mamita —susurró dulce—, sabes que te amo y yo no haría nada que te hiciera sufrir. No soy un drogadicto. Sé cuánto te entristecieron los meses que estuve internado. Ya eso es una etapa superada. Es verdad que de vez en cuando uso cocaína, pero es solo de manera social y por divertirme. No dependo de ella, puedo dejar de hacerlo cuando quiera. *Mom*, todas las personas de mi edad se dan un toque para pasarla bien.

—Yo en mi juventud jamás usé esa porquería.

—Eran otros tiempos, mami.

—Prefiero que no vuelvas a consumirla —rogó mostrando su lado humano, su angustia de madre—. Si algo malo te pasara por culpa de esa adicción, me volvería loca.

—Mami, te juro que no voy a usarla más. Yo te amo demasiado y no quiero hacerte sufrir. —La besó sonoramente en la mejilla—. Y ya me marchó, Bruno y el resto del grupo me esperan en South Beach. —Otro beso—. Cuídate, mi chulada.

Jorge Ignacio se fue apurado a la calle. Doña Ramona quedó muy erguida, angustiada.

Al domingo siguiente, Julia y Daniel paseaban por las hermosas calles del Down Town de Naples. Ambos disfrutaban de las vitrinas de las galerías de arte, las múltiples tiendas, las heladerías repletas de personas que disfrutaban del verano, y entre risas y conversaciones intrascendentes no se decidían en cuál *restaurant* almorzarían.

—¿Por fin qué deseas comer?

—Me encantaría comida italiana.

—¿Cuál es tu plato italiano favorito?

—No soy experta para nada en comida italiana. Más allá de una rica lasaña y de unos buenos espaguetis boloñesa, no he probado nada más —sonrió ella sincera.

—Más adelante hay un *restaurant* donde preparan el mejor antipasto. Te recomiendo la *caponata* siciliana.

—Nunca la he probado, es más, nunca la había oído nombrar.

—Es una deliciosa mezcla de verduras estofadas lentamente en aceite. Es perfecta para degustarla sobre una rica tostada de pan. Luego, como plato de cuchara te recomiendo papa al pomodoro, fría o caliente resulta exquisita. Como plato principal es indispensable que pruebes el *risotto* de espárragos y queso de cabra. Y como no puede existir un buen menú si al final no se acompaña de un gran postre, haremos una degustación de varios, donde disfrutaremos del mundialmente famoso tiramisú, también probaremos *casatiello* napolitano y obviamente no puede faltar la rica *castagnole*. Todos esos platillos acompañados del mejor vino del mundo, un Allegrini Amarone de Della Valpolicella Classico.

—Dios mío, vamos a engordar como elefantes —dijo ella aterrada en broma.

Ambos rieron divertidos, disfrutando del momento, cada uno de la compañía del otro.

—Me gusta verte reír, Julia —le aseguró cálido.

—Hacía días que no reía —recordó entristeciendo de pronto—. Fueron días duros, todavía duelen.

—Días que no tienes que recordar justo ahora que estás conmigo.

—Eres tan amable, Daniel, tan cercano, tan... especial.

—Me gusta que me consideres especial, porque precisamente eso quiero ser para ti: una persona especial. La más especial del mundo.

Ambos se miraron directamente a los ojos. Él, completamente enamorado. Ella, descubriendo justo en ese momento que el dolor no tenía que ser eterno y podía haber segundas oportunidades en todo; sobre todo, en el amor.

Un detective contratado por doña Ramona y oculto tras unos árboles les tomó una ráfaga de fotografías.

—Gracias, detective Fernández, le haré llegar el cheque con su pago inmediatamente por correo... Sí, sí, ya tengo las fotografías en mis manos. Impecable trabajo. Adiós. —Doña Ramona Vásquez de Armenteros colgó el teléfono. Volvió a abrir el sobre que tenía en sus manos y sacó de nuevo la docena de fotos que le habían sido tomadas a Daniel y a Julia hacía ya varios días en Naples. Ramona contempló las fotografías fijamente. Estudió el rostro de la muchacha, detallándolo. Un rictus de odio se dibujó en su expresión. Unos suaves toques en la puerta de la amplísima habitación matrimonial la hicieron reaccionar.

—Adelante. —La puerta se abrió y entró Vivi, que tras cerrar se acercó a su suegra.

—Me avisó la criada Nancy que querías verme, querida Ramona.

La matriarca de la familia Armenteros le extendió el sobre a Viviana que contenía las fotos y un amplio informe sobre Julia y su familia. La *top model* tomó las fotografías y las vio una a una, muy seria, pero carcomiéndose por los celos.

—He de suponer que esa que aparece en las fotos junto a Daniel es la cubanita...

—La misma. ¿Qué opinas de ella, Viviana?

—Es bonita —le costó reconocer—. Quizás demasiado bonita, diría yo, Ramona. Es obvio que contrataste a un detective y los hiciste seguir.

—Así es. Esto debe quedar entre tú y yo, ni siquiera Gerardo debe saberlo. Ya sabes que mi esposo es un tonto sentimental y no va a estar de acuerdo en que Daniel sea seguido.

—Descuida. —Dio unos pasos hacia la cama y dejó allí el sobre con las doce fotografías—. ¿Algún dato importante sobre esa trepadora?

—Eso precisamente, que tiene toda la estampa de ser una trepadora. Sus padres y abuelos llegaron a Miami en balsa y muertos de hambre. El abuelo estuvo preso en Cuba por sus ideales. La abuela murió víctima de una enfermedad y sus padres fallecieron en un accidente. La fulana Julia nació en este país y fue abnegadamente criada por su abuelo, un viejo ignorante y más pobre que las ratas —aseguró doña Ramona con desprecio.

—Pero qué gentuza, por Dios.

—Ella estudia para ser maestra. De día trabaja en una floristería.

—¿Ya Daniel y ella... son novios? —le costó preguntar, pero más le costó disimular los celos que la invadían.

—No todavía, pero Daniel la va a buscar todas las noches a la floristería y la lleva a la universidad donde ella estudia. Luego, la recoge a la salida de sus clases y la lleva al edificio marginal donde vive en Hialeah.

—Vaya, vaya...

Doña Ramona dio unos pasos muy seria. Su expresión era dura como el acero. A su vez, Vivi encendió un cigarrillo tratando de ocultar el temblor de sus manos. Cada vez que estaba ansiosa o nerviosa, sus manos temblaban ligeramente.

—¿Vas a quedarte de brazos cruzados, Ramona? ¿Vas a permitir que Daniel se case con esa pobre diabla? Imagínate qué imagen va a dar él ante sus seguidores y, lo que es peor, ¿te imaginas la imagen que va a dar ella como primera dama del país? Habría que pulirla demasiado.

—Nadie va a pulirla, ni los asesores políticos de Daniel, ni yo, ni nadie. Esa muchacha tiene que salir de la vida de Daniel. A él le escogeré su esposa yo. Nadie más sabe lo que a Daniel le conviene.

Vivi apagó el cigarrillo en el cenicero sin ni siquiera darle una calada. Una sonrisa maligna y de satisfacción surgió en sus labios perfectamente pintados de color caoba, que hacían juego con sus uñas. Ahora que sabía a su suegra dispuesta a separar a Julia de su amado Daniel, el temblor de sus manos desapareció.

—Quiero que cuentes conmigo para todo, Ramona. Sabes que quiero a Daniel como un... hermano, porque para mí no es un simple cuñado; es un hermano y hay que evitar a toda costa que arruine su carrera casándose con una simple vendedora de flores.

—Se que cuento contigo, Vivi. Eso lo tengo clarísimo.

Las semanas pasaron rápidamente, cuatro semanas en total en las cuales Julia y Daniel se veían diariamente. Algunos días, cuando la agenda de él se lo permitía, almorzaban juntos, pero lo que sí nunca variaba es que cada noche él la llevara a sus clases y luego al edificio donde vivía con su abuelo. Cada fin de semana transcurrido lo pasaron juntos. Pasearon en la lancha de los Armenteros surcando las hermosas aguas verde esmeralda del mar de Miami. Vieron las puestas del sol más maravillosas de la Tierra en Captiva. Disfrutaron de Ford Lauderdale, Tampa y Orlando. Visitaron los mágicos parques de atracciones y, gracias a él, ella le perdió el miedo a las impresionantes y gigantescas montañas rusas. Habían sido cuatro semanas en las que él se sintió el hombre más feliz de la Tierra. Cuatro semanas en las que ella aprendió a olvidar el amor mentiroso de Jorge Ignacio. Cuatro semanas en las que se había enamorado del hombre perfecto. Julia lucía radiante, más radiante que nunca.

—Te noto especialmente feliz, hijita.

—Lo estoy, abuelo.

—¿Es tu novio la causa? Sigo esperando a que lo traigas para conocerlo.

Ella se levantó de la mesa empezando a recoger los platos con restos de la cena.

—Para ti no tengo secretos, abuelo, nunca los he tenido. Entre Jorge Ignacio y yo todo acabó. No era el hombre que me imaginaba.

—Entonces, ¿tienes nuevo novio? Lo presumo por verte tan radiante. Te conozco muy bien.

—Todavía no es mi novio —dijo con sonrisa tímida pero llena de ilusión—. Nos estamos conociendo.

—¿Quién es él? ¿Algún compañero de trabajo? ¿Algún muchacho de la universidad? ¿O algún vecino de la cuadra?

—Ninguna de las anteriores —rio feliz, despreocupada al tiempo que llevaba los platos y vasos a la minúscula cocina del apartamento—. Pronto te lo voy a presentar y sabrás de quién se trata.

Ella puso dentro del lavaplatos todo lo que habían ensuciado durante la cena. Lejana, se escuchó desde la calle la bocina del carro de Daniel.

—Ya me voy, abuelito, por favor, pon a andar el lavaplatos. Voy al cine y luego daré una vuelta por Lincoln Road con Daniel.

Ella, feliz, besó a su abuelo en la mejilla. Tomó su bolso y salió apurada cerrando la puerta.

—Daniel... —susurró el anciano preguntándose quién sería el responsable de la enorme dicha de su adorada nieta.

En la calle, frente al edificio, Daniel esperaba de pie a su amada Julia. Lo hacía recostado en su moderno auto. Ella salió radiante del interior y se acercó a él.

—Hola, perdona la tardanza.

—Por un momento temí que tu abuelo te prohibiese salir.

—Ay, no, mi abuelo no sería capaz. No es mi carcelero —rio divertida.

—Y si lo fuera, me obligaría a rescatarte —rio él también.

Y una vez más, las horas felices volaron para ellos. Vieron una película mortalmente aburrida y Daniel estuvo a punto de quedarse dormido un par de veces, pero ella, con unos suaves golpecitos con el codo, lo despertaba. Daniel fingía estar muy despierto y alerta. Tras la cinta, caminaron por el concurrido Lincoln Road, siempre tan lleno de gente, tan lleno de vida y colores. Daniel se sentía literalmente muerto de hambre y se sentaron a cenar en un *restaurant* de moda. Ordenaron una *pizza* gigantesca de rúcula y *prosciutto*, y ella volvió a comer, aunque ya lo había hecho con su abuelo. Bebió té verde frío con mucho hielo y él una Diet Coke. Luego de la cena, se fueron caminando hasta la playa. Ella se quitó los zapatos y le encantó sentir la agradable sensación de la arena fría en sus pies. La luna llena iluminaba románticamente el lugar. Tras caminar un buen rato sin decir ni media palabra, Daniel se detuvo y tomó las manos de ella. Julia dejó caer sus zapatos.

—Julia, ¿quieres casarte conmigo?

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Ca-sarnos? Pero... no somos ni novios —balbuceó sin aliento, aturdida, sorprendida y más enamorada que nunca.

—Bueno, creo que podemos saltarnos ese detallito del noviazgo —le sonrió más encantador que nunca.

—¿No te estás burlando de mí, Daniel?

—Jamás en mi vida había hablado más en serio. Completamente en serio. Quizás fui muy brusco, quizás bajo esta maravillosa luna llena lo que correspondía era que me arrodillara ante ti y te hiciera la pregunta al tiempo que sacaba un gran anillo de compromiso, pero resulta que soy un desastre. Resulta que, si mi secretaria o mi asistente no me organizan las cosas, puedo meter la pata, así como la acabo de meter ahora al preguntante sin preámbulos y sin anillo si quieres ser mi esposa.

—Daniel... —susurró ella trémula, vibrante de amor.

—¿Qué me respondes? —preguntó intenso, muerto de amor también y temeroso de una negativa por parte de la bella muchacha.

Julia no respondía. Le era imposible pronunciar una sola palabra. El asombro la embargaba de pies a cabeza. Una intensa emoción la sacudía. Estaba allí, frente al hombre más maravilloso de la Tierra, frente al candidato de moda, soñado y deseado por todas las mujeres del país. Un hombre perfectamente guapo y varonil que en el futuro se convertiría en el hombre más poderoso del mundo, y ella sería su primera dama. Julia no podía creer que todo aquello fuese verdad. Daniel desilusionado susurró:

—Creo que tu silencio significa...

—¡Significa sí! ¡Un sí del tamaño de esta playa! ¡Un sí del tamaño del mundo y del universo! Te amo, Daniel Armenteros, y acepto ser tu esposa.

—¡Julia! ¡Te quiero con toda mi alma!

Se arrojaron uno en los brazos del otro. Se abrazaron con ansia y a la vez con gran calidez. Sus bocas se unieron en el más profundo y hermoso beso de amor que nunca antes dos enamorados pudieran darse.

Aquella misma noche, doña Ramona vestía una elegante bata de casa, larga hasta los pies de color ceniza; esperaba sentada en su sillón predilecto con una copa de *brandy* en las manos. Se abrió la puerta principal que daba a la calle y llegó Daniel, que tras cerrar fue directamente hacia ella. Se inclinó para besarla en la mejilla.

—Buenas noches, mamá.

La matriarca observó a Daniel con expresión helada. Ella, sentada muy erguida y con los hombros rígidos, le dio una orden.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Daniel se sentó ante ella muy relajado.

—¿Cuándo se va a acabar tu aventura con esa muchacha hija de balseros cubanos? —preguntó alzando la ceja derecha.

—¿Aventura? No, madre, te equivocas. Lo mío con Julia no es una aventura. Me voy a casar con ella —aseguró muy firme y lleno de aplomo.

—Obviamente me estás gastando una broma —dijo con voz de hielo.

—Jamás hablaría en broma de algo tan serio. No acostumbro a jugar con las mujeres como hace mi hermano.

—Mantengamos a Jorge Ignacio fuera de esta conversación. Te prohíbo desde este mismo instante que vuelvas a ver a esa mujercita de medio pelo.

—¿Me prohíbes? ¿A mi edad crees que todavía puedes prohibirme algo, mamá? —Se puso de pie muy firme, sin perder el aplomo y con seguridad—. No, lamento decirte que tomo mis propias decisiones. Hace años decidiste por mí y me empujaste, me obligaste a hacer una carrera política, pero ya ese tiempo pasó. Soy un adulto y tomo mis propias decisiones. Me voy a casar con Julia.

Doña Ramona no reaccionó. Bebió delicadamente un sorbo de su *brandy* y tras dejar la copa sobre la mesita central, se puso de pie.

—¿Consideras que esa pobretona es la indicada para ser tu esposa? Piensa que vas a ser el próximo presidente de este país. Piensa que necesitas a tu lado a una mujer digna, una mujer que te represente y que sea amada y admirada por el mundo. Esa hija de balseros...

—Ahórrate el llamarla «hija de balseros» de forma tan despectiva. Para mí es un orgullo que su familia sea balsera. Tirarse al mar es un acto de valentía, de honor. Admiro a todos los que lo han hecho.

—Tus discursos políticos están bien cuando estés en campaña, aquí frente a mí no es necesario que hagas gala de ellos —comentó desdeñosamente.

—Mamá, no quiero tener una discusión contigo. Tú tienes tu forma de pensar y yo tengo la mía. Amo a Julia Alcántara y voy a casarme con ella. Coincido contigo en que habrá que ponerla a la altura de las circunstancias, pero ya se encargará mi equipo de pulirla, darle clases de etiqueta y protocolo, asesorarla en su manera de vestirse y enseñarle cómo comportarse en actos públicos. No es ninguna inculta, ni mucho menos una muchacha bruta. Va a graduarse de maestra en un año. Su familia, a quienes despectivamente llamas «balseros», son gente decente, trabajadora, así como lo es ella.

—O sea que, según tú, la fulana Julia es un dechado de virtudes.

—Lo es. Y no es la «fulana» Julia. Es Julia Alcántara, mi futura esposa.

—¿Me estás desafiando? Yo quiero lo mejor para ti, para tu imagen pública.

—Estás juzgando a Julia sin ni siquiera conocerla. Date la oportunidad de tratarla, de conversar con ella. No puedes decidir siempre por todos, madre. Lamento contradecirte, pero no pienso hacerte caso.

—¿Es tu última palabra?

—No, mi última palabra es otra: voy a casarme con Julia, y si tratas de evitarlo, si haces algo, aunque sea la más mínima cosa para impedir ese matrimonio, renuncio a mi candidatura. Acabo con mi carrera política y me mudo a Europa para emprender mi carrera como pintor que, en definitivas cuentas, es lo que siempre quise hacer, y que tú impediste —dijo desafiante.

—Comprende que debes comportarte según las reglas de nuestra sociedad y aceptar las circunstancias que te rodean, pero en vista de tu desafío no me queda más remedio que aceptar tu decisión. Voy a permitirte casarte con Julia, pero solo con la condición de que vivan bajo el techo de esta casa. Yo me encargaré personalmente de poner a esa floristera a nuestra altura. La reeducaré y le enseñaré cómo comportarse en cada ocasión. La haré encajar entre nosotros y nuestro círculo. Borraré en ella cualquier actitud que la desmerite ante los ojos de los demás. La refinaré para que no sea el hazmerreír del mundo. Solo bajo esa condición acepto tu matrimonio con ella.

—Acepto tu propuesta, mamá. Lo que más deseo es que Julia sea parte de esta familia y que papá y tú lleguen a quererla como una hija. Es la mujer que amo y que ahora y siempre va a hacerme muy feliz —sonrió seguro de su absoluta dicha.

—Seremos una familia como desees, pero para eso ella tendrá que someterse a mis enseñanzas; hay que desterrar su pasado salvaje.

—Julia es inteligente y aprenderá rápido todo. Ambas llegarán a quererse, estoy convencido de ello. —Daniel besó a la mujer en la mejilla—. Buenas noches, mamá.

Él subió las escaleras feliz, radiante, casi con deseos de ponerse a bailar de la alegría. Doña Ramona, a pesar de su aparente derrota, sonrió de manera páfida.

A la mañana siguiente, Julia se sentía muy nerviosa. Era domingo y ella y Daniel habían quedado en que él fuera a desayunar al humilde apartamento ubicado en Hialeah para, finalmente, conocer al abuelo de la muchacha. El propio anciano estaba nervioso, pues ya había sido puesto en antecedentes.

—Es que no lo puedo creer, Julia. Tú, novia de Daniel Armenteros, el político de moda del país.

—No es el político de moda, abuelito, es mi novio. Me quiere y es el más maravilloso de todos los hombres. Es cálido y especial conmigo, me respeta y valora.

—Pero, mi nieta, son tan diferentes... Hay un universo de diferencias entre ustedes.

—Cuando hay tanto amor, las diferencias empuñecen hasta desaparecer.

—¿Has caído en cuenta de que al casarte los ojos del mundo van a posarse sobre ti? —preguntó preocupado.

—Lo sé, y no te creas que no me siento nerviosa, pero con el apoyo de Daniel y su familia todo será más fácil. Ellos me ayudarán a integrarme a su mundo. Daniel me acaba de decir por teléfono, mientras maneja para acá, que su mamá me acepta. Ella va a encargarse de ser mi maestra personal, me enseñará a comportarme ante todos.

Julia hablaba con gran entusiasmo, vibrante. Don Luis le sonrió, lo que más deseaba era verla feliz, y ahora lo estaba. Al anciano le preocupaba el futuro de su nieta, pero no quiso insistir en eso. Unos suaves toques en la puerta hicieron saltar a Julia de la emoción.

—¡Es él, abuelito! ¡Daniel! No te pongas nervioso, actúa natural.

—Pero, hijita, si la que estás nerviosa eres tú.

Ambos rieron. Ella corrió a la puerta y la abrió. Allí apareció Daniel más radiante que nunca, vistiendo deportivamente, sin el traje y la corbata que lo caracterizaban. Su pelo lucía revuelto, al natural, sin el gel que usaba diariamente para estar siempre peinado de manera impecable.

—Buenos días, amor —saludó cálido, dulce.

—Buenos días. Pasa. Mi abuelo te espera.

Daniel besó suavemente en los labios a su futura esposa y entró. Allí, en medio de la humilde salita, se encontraba el buen don Luis, quien nerviosamente estrechó la mano de Daniel.

—Bienvenido a nuestro humilde apartamentico, joven.

—Es un placer para mí estar aquí y conocerlo finalmente, don Luis.

—Siéntate, muchacho. Vas a probar el rico desayuno que hizo mi nieta —anunció con gran orgullo el sencillo hombre—: Papas revueltas con huevos y, claro, acompañadas del sabroso pan cubano y del también infaltable café cubano.

Daniel sonrió ante la sencillez del anciano, se sentó luego que lo hiciera don Luis. Julia, feliz, iba y venía desde la cocinita trayendo todo lo necesario para empezar a desayunar.

—Quiero felicitarte por tu campaña política. Voy a votar por ti.

—Muchas gracias, don Luis.

Julia terminó de servir los platos y de llenar las tazas de café. Se sentó ante la mesa.

—¡A desayunar! Espero que te guste, mi amor.

—Si lo hiciste tú, ni qué dudarlo. —Probó las papas con huevos y estaban realmente deliciosas —. ¡Exquisito! Un manjar digno de dioses.

Don Luis sonrió, se dio cuenta de la nobleza de Daniel. Le caía bien y sabía que haría feliz a su nieta. Quien le preocupaba al anciano era la familia de él.

En el gran y bien decorado comedor de la mansión Armenteros, se encontraban desayunando doña Ramona, a la cabecera de la larga mesa de dieciséis puestos, y a su mano derecha, don Gerardo. A la mano izquierda de la matriarca, se sentaba Jorge Ignacio, quien ocultaba sus ojeras bajo unos lentes negrísimo de sol, y junto a él, la bellísima Vivi. Tres criadas impecablemente uniformadas no dejaban de revolotear en torno a la mesa, pendientes de que nada faltara. En gran contraste con el sencillo desayuno que se comía en casa de Julia, la familia de Daniel degustaba unas deliciosas tostadas con aguacate, higos y *mozzarella* para empezar. Luego, disfrutarían de un auténtico festín que incluía prácticamente de todo: desde café y té acompañado con *waffles* con mermelada, miel y huevos, embutidos de cerdo de todo tipo, frutas variadas y también queso, sin olvidarse tampoco de una gran variedad de panecillos dulces y salados.

—¿Por qué es tan importante que esté presente en este desayuno a esta hora de la madrugada, *mom*? —se quejó adormilado y con resaca Jorge Ignacio.

—Son las once. Obviamente como llegaste a las siete de la mañana, estás muerto de sueño.

—Tómame un café negro para que te espabiles, Jorge Ignacio —sugirió su esposa.

—¿Café negro? Para nada. Nancy, sírveme una mimosa.

La menuda y delgada Nancy se apresuró a cumplir la orden.

—Era importante desayunar en familia porque hay un anuncio que voy a hacerles.

—Falta mi hermanito, el don perfecto —apuntó burlón Jorge Ignacio tras beberse de un golpe la copa de mimosa, la cual alzó en el aire—. Nancy, se vació.

Nancy se apresuró a llenarla nuevamente.

—Jorge Ignacio, modérate.

—*Sorry*, mami.

—¿Qué es lo que tienes que decirnos, Ramona? —preguntó don Gerardo.

—Daniel va a casarse próximamente —anunció sin preámbulos la fría mujer.

Vivi sintió que la sangre se le helaba en las venas. Don Gerardo miró con ojos abiertos como platos a su mujer y Jorge Ignacio sonrió sarcástico.

—Vaya, mamita, al fin te saliste con la tuya de elegirle esposa a mi querido hermano, porque me imagino que fuiste tú quien eligió a la futura nueva señora de Armenteros. ¿Lo casarás finalmente con la bellísima Samantha Parker?

—Te equivocas, Jorgito, ni tu hermano se casará con la hija del senador Parker ni yo escogí a su futura esposa. Fue el propio Daniel quien escogió. Y es alguien a quien tú conoces muy bien, por cierto.

—No se me ocurre ninguna... —se dio por vencido Jorge Ignacio.

—La futura señora de Armenteros es tu aventura frustrada: la cubanita.

Jorge Ignacio quedó impactado, por breves segundos se le cortó la respiración. Se quitó los lentes y miró perplejo a su madre. Grandes ojeras por falta de sueño y ojos muy enrojecidos por una noche de juerga interminable brillaban de incredulidad.

—Vivi no está hablando en serio, *mom*...

—Lamentablemente, sí lo está. Tu hermano se enamoró de esa vendedora de flores que en mala hora pisó esta casa el día de mi cumpleaños.

—Pero... pero... ¿Y tú vas a permitirselo? ¿Vas a permitirle a Daniel que se case con esa tipa?

—No puedo evitarlo. Daniel me amenazó con renunciar a su carrera política si me niego.

Jorge Ignacio reventando de celos se puso de pie, lo hizo tan bruscamente que tropezó la mesa fuertemente haciendo que las tazas de café derramaran parte de su líquido sobre el immaculado mantel blanco. Las criadas quedaron paralizadas, sin saber qué hacer.

—Retírense inmediatamente —ordenó con tono de hielo doña Ramona.

La servidumbre desapareció hacia la cocina en cuestión de segundos.

—Siéntate y deja las reacciones exageradas, Jorge. No es cuestión de perder los estribos.

—Pero es que mi hermano se va a casar con una trepadora, ¿y tú dices que no es cuestión de perder los estribos? ¿Entonces que hacemos? ¿Nos quedamos de brazos cruzados? ¿Le damos la bienvenida en esta casa a esa tipa? —preguntó lleno de celos que lo consumían de pies a cabeza.

—Pienso que Daniel...

—No pienses, Gerardo. No es importante tu opinión —cortó gélida doña Ramona—. No vamos a hacer nada... por el momento.

Jorge Ignacio se sentó y volvió a tomarse de un golpe su copa de mimosa.

—¡Nancy! Maldita sea, ¿dónde estás? —vociferó alterado.

—Te exijo que no grites y mantengas la compostura. Y no vuelvas a maldecir en la mesa.

Se hizo un silencio sepulcral. Nadie decía nada. Unos segundos después, doña Ramona retomó la palabra.

—Daniel está empeñado en casarse con esa muchacha marginal y nada podemos hacer. Llevarle la contraria es peor. Pero ya llegué a un acuerdo con él: acepté su matrimonio a cambio de que viviera aquí con su esposa.

—*¡Is incredible!*

—Silencio, Jorgito. Entiende que es lo mejor. Con esa mujercita bajo el techo de esta casa, le haremos la vida un infierno. Así comprenderá que no está a nuestra altura. Minimizaremos su personalidad al máximo. Será un títere en nuestras manos y le haremos ver su suerte. No le alcanzará la vida para arrepentirse por el atrevimiento de haberse convertido en la esposa de Daniel. Antes de las próximas elecciones que son en cuatro años, ya estarán divorciados y yo habré casado de nuevo a Daniel con la mujer perfecta para él.

—¿Daniel ya le dijo a esa golfa que es el hermano de Jorge Ignacio?

—No, querida Vivi, no le ha dicho nada. Y dudo que lo haga. Daniel sabe que, si Julia supiera que es hermano de Jorgito, no se casaría con él.

—Pero entonces será un impacto terrible para esa muchacha descubrir la verdad luego de estar casada con Daniel.

—Esa es la idea, Gerardo. Al fin dices algo lógico. Ese será el primer gran golpe en contra de la balsera. Se sentirá engañada y defraudada por Daniel, y eso empezará a hacer mella en su matrimonio.

Por primera vez desde que se sentara a la mesa, Jorge Ignacio sonrió malignamente. Le encantaba imaginarse ahora a Julia viviendo bajo el mismo techo. A su merced.

Luego del sencillo pero sabroso desayuno en el apartamento de Julia y su abuelo, todos habían ido a sentarse a la sala. Daniel con un tono solemne se dirigió al buen anciano:

—Don Luis, quiero pedirle la mano de su nieta. Amo a Julia y deseo hacerla mi esposa.

—¿Y para cuándo la boda? Me imagino que será dentro de un par de años, para darse tiempo a conocerse y...

—Si usted está de acuerdo —interrumpió Daniel—, nos gustaría casarnos en los próximos días. En la mayor intimidad. Julia aceptó renunciar a un matrimonio pomposo con cientos de invitados, como seguramente querrá celebrarlo mi madre para que el mundo vaya conociendo a la futura primera dama de este país. Ya habrá tiempo para que Julia sea conocida. Ahora nos casaremos e inmediatamente saldremos de luna de miel para París.

Daniel tomó suavemente la mano de Julia, que estaba sentada junto a él. La muchacha estaba fría por los nervios, expectante por la respuesta de su abuelo. El apuesto candidato besó cálidamente el dorso de la mano de ella.

—¿Qué dices, abuelito? ¿Me das tu permiso para casarme con Daniel?

—Alabao, miya, mi mayor deseo es verte feliz, y si este hombre es la felicidad para ti, yo no puedo negarme —dijo el anciano con los ojos inundados de lágrimas.

Julia, emocionada y con los ojos húmedos también, saltó de su asiento al sofá donde estaba su abuelo. Lo abrazó llena de emoción.

—¡Gracias, abuelo! ¡Te quiero!

—Más te quiero yo a ti, mi nieta linda.

El noble anciano, lleno de emoción, se puso de pie. Julia y Daniel lo imitaron.

—En nombre de tus padres que están en el cielo, les doy mi bendición para que se casen y sean muy dichosos.

Daniel abrazó al anciano y ambos se palmearon fuertemente las espaldas. Grandes lágrimas de felicidad rodaban por el rostro de Julia.

Una hora después, Julia y Daniel entraban tomados de la mano a la Ermita de la Caridad del Cobre. El Santuario Nacional de Nuestra Señora de la Caridad era un templo católico de la arquidiócesis de Miami dedicado a la patrona de Cuba.

—¿Feliz? —preguntó él muy tierno.

—Inmensamente feliz por tenerte y por estar aquí, frente a la patrona de todos los cubanos.

—Voy a prepararlo todo para casarnos, máximo, en un par de días.

—¿Un par de días nada más? —preguntó impactada—. Pero es muy poco tiempo, Daniel. *Okey* que no quieres una boda pomposa con prensa y toda la cosa, pero es que dos días me parece tan apresurado, tan...

—Déjame a mí decidirlo todo —suplicó enamorado y dulce—. Confía en mí. Nada más estará presente tu abuelo y nosotros dos. Una vez casados, brindaremos y saldremos directamente para el aeropuerto. Me imagino que tienes tu pasaporte al día, ¿no?

—Sí, sí —respondió aturdida.

—Estaremos una semana o quizás dos en París, todo depende de mi agenda. Al regresar iremos a vivir directamente a la casa de mis padres y... conocerás a mi familia —le informó tratando de disimular el desasosiego que le producía que Julia finalmente se enterara de que Jorge Ignacio y él eran hermanos.

—Sí, está bien —aceptó ella enamorada—. Haremos las cosas como tú decidas.

—Nunca dejes de confiar en mí, Julia. Pase lo que pase, nunca dejes de creer en mí y en mi amor.

—Jamás voy a dudar de ti.

Ambos, tomados de la mano, avanzaron por el pasillo central hasta el altar mayor. Allí, se arrodillaron ante la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre y elevaron sus ojos hacia la gran patrona.

«Gracias, virgencita buena y santa», pensó ella con ojos inundados de lágrimas de emoción y dicha.

«Perdóname, Santa Madre. Perdóname por no atreverme a confesarle a Julia la verdad».

Doña Ramona Vásquez de Armenteros tenía aquella noche un fuerte dolor de cabeza que le hacía sentir la mente entorpecida. La dura mujer estaba sentada ante el gran espejo de la peinadora de su habitación matrimonial. Vestía una larga bata de casa de color azul marino. Se aplicaba una crema humectante en el rostro, y sobre esta se aplicaba otra antiarrugas. En la amplia cama del matrimonio, estaba don Gerardo tratando de leer, pero sin lograr concentrarse en el grueso libro que tenía entre sus manos. Finalmente, lo cerró.

—Ramona, ¿has pensado en el gran peligro que representa la entrada de Julia a esta casa?

—Por favor, ahórrate cualquier comentario que acentúe más el insoportable dolor de cabeza que tengo. Daniel y su matrimonio me tienen los nervios de punta.

—Se te despejará en cuanto te tomes una pastilla con un poco de agua. —Se levantó muy tenso—. Volviendo al tema de la entrada de Julia a esta casa...

—No pasará nada. Tú y yo la mantendremos muy vigilada.

—Recuerda el gran secreto que se oculta en la biblioteca.

La dama de hierro se limpió las manos de los restos de las cremas con toallitas húmedas. Luego, se dispuso a cerrar ambos envases.

—Guarda silencio, Gerardo. Ya te dije que no quiero que digas nada que aumente mi dolor de cabeza. —Dio unos pasos tras levantarse—. Nada va a descubrirse. El secreto seguirá oculto.

—No vayas tan deprisa. Julia sospechará que algo sucede cuando le prohíbas pisar la biblioteca.

La matriarca se sirvió un vaso con agua, cogió una pastilla y se la tomó. Luego, se volvió a su marido, dedicándole una mirada tan dura como el acero. Habló llena de aplomo, sin alterarse ni un ápice.

—La biblioteca solamente la pisamos tú y yo. Cuando alguna de las criadas la tiene que limpiar una vez a la semana, siempre lo hace en tu presencia o en la mía. Daniel y Jorge Ignacio jamás entran a la biblioteca porque les hemos dicho que es nuestro lugar sagrado, donde guardamos libros antiquísimos que son imposibles de conseguir hoy en día. A Viviana le hemos dicho lo mismo y ella jamás ha osado traspasar la puerta. Con la balserita no tiene por qué ser diferente. Ya me encargaré yo de tener bien dominada a esa. —Llegó hasta la cama y apartó las sábanas para acostarse—. Por favor, apaga las luces y no hagas ni el más mínimo ruido.

Don Gerardo, preocupado, obedeció a su mujer. El cuarto quedó en penumbras y él con una gran inquietud.

Dos días después, como lo habían planificado, Julia y Daniel se casaron en una sencilla ceremonia en el humilde apartamentito donde la muchacha vivía con su abuelo. Solamente cinco vecinos del mismo edificio y el dueño de la floristería donde ella trabajaba acudieron al acto. Valentín Valladares, el jefe de campaña de Daniel, sirvió como testigo del enlace. Julia estaba sencilla pero hermosa. Lucía para la ocasión un Brandon Maxwell con *clutch* de Carolina Herrera de color blanco. Su pelo recogido en un hermoso moño Grace Kelly con un lindo adorno de azaleas azules y unos zapatos cerrados, también blancos, de medio tacón. Su maquillaje era suave y perfecto, con un ligero tono rosado de color sobre sus labios. Como regalo de Daniel, llevaba unos hermosos y delicados pendientes de perlas en forma de pera engarzados en oro blanco. Daniel vestía elegante y deportivo a la vez, con un pantalón color mostaza Calvin Klein, una camisa blanca de corte moderno y chaqueta y zapatos del mismo tono marrón. Ambos estaban radiantes y la felicidad se respiraba en el ambiente. Julia llevaba entre sus blancas y suaves manos un ramo de violetas como *bouquet* de novia. Tras ser declarados casados por el juez de paz, el apuesto y varonil candidato a la presidencia deslizó en el dedo anular de la mano izquierda

de ella un precioso anillo de platino. Julia hizo lo propio con él. Don Luis sonreía inmensamente dichoso. Un hermoso beso selló tan especial momento en la vida de ambos.

El celular comenzó a sonar. El pequeño teléfono descansaba sobre la mesita de noche del cuarto de doña Ramona, a quien su manicurista personal le hacía las uñas de los pies. La mujer displicentemente tomó el aparato y leyó el nombre en la pantalla: «Daniel».

—Hola, hijo —respondió tratando de sonar amable.

—Hola, mamá. Te llamo para decirte que Julia y yo nos casamos hace una hora y en este momento voy manejando hacia el aeropuerto. Nos vamos de luna de miel a París.

Doña Ramona sintió un estremecimiento de pies a cabeza. La cólera la invadió por completo, pero supo disimularla a la perfección.

—Mil felicidades. Lamento no haber sido invitada al acto.

—Perdona, madre. Fue algo muy íntimo y rápido —justificó Daniel. Había querido evitar, y lo había conseguido, que Jorge Ignacio se enterara de su boda, y lo más importante: había logrado casarse con Julia sin que ella descubriese la verdad.

—No te recrimino nada. Ya habrá tiempo de celebraciones a su vuelta. Disfruten. —La mujer de hierro colgó la llamada. Un brillo de odio infinito empequeñeció sus ojos.

Al día siguiente, una destacada noticia en el *Miami Herald* rezaba:

El candidato a la presidencia Daniel Armenteros se casó ayer en medio de una sencilla ceremonia con la joven Julia Alcántara, quien no pertenece al mundo de la política.

La crónica, a dos columnas, incluía varias fotos de los recién casados durante el acto, y otra de ella sola donde lucía radiante y llena de esplendor.

—Maldita —susurró Jorge Ignacio en la soledad de la cama de su habitación, donde acababa de despertar—. Aquí te espero.

De pronto, Jorge Ignacio sintió una fuerte y gran erección. Se arrancó de un tirón sus ceñidos bóxers y comenzó a masturbarse con la mirada fija en la fotografía en solitario de Julia.

La misma noticia fue leída por Viviana en su *tablet* mientras tomaba sol en la piscina del club junto a su amiga, la también modelo, Kitty. Ambas lucían diminutos bikinis. Vivi de color plateado y Kitty rosado.

—Ayer se casó Daniel —informó a su amiga con un hilo de voz.

—Qué desperdicio, Vivi. Con lo bello que es. Siempre soñé con conquistarlo.

Vivi dejó la *tablet* a un lado.

—¿Es verdad que se casó con una tipa que no es nadie y que no tiene dónde caerse muerta?
—Es una infeliz hija de balseros cubanos. Nosotros en la casa la llamamos «la balsera».
Kitty rio celebrando el apodo. Viviana sintió que un odio atroz se apoderaba de todo su ser.

Doña Ramona y su esposo desayunaban en el amplio jardín de la mansión que estaba frente a la majestuosa piscina. Él terminaba de leer exactamente la misma noticia.

—¿Leíste que ayer se casó Daniel con esa muchacha?

Ella asintió con la cabeza suavemente.

—¿No dices nada, Ramona?

—No hay nada que decir, Gerardo. Solamente actuaremos cuando vuelvan de la luna de miel.

La matriarca bebió un sorbo de su jugo de zanahorias y naranja.

Luego de una noche de ensueño donde Julia se le entregó por primera vez a su marido, donde por vez primera había sido de un hombre, se daba una ducha con agua muy caliente. Disfrutaba del vapor que envolvía el immaculado baño de mármol blanco de la *suite* que Daniel había reservado para ellos. Había sido y se había sentido amada. Daniel fue suave y cuidadoso. La sabía virgen y la había tratado como tal. Sus caricias y besos llenos de ternura la habían relajado, lo que le hizo perder el miedo. Daniel había sido especial con ella, cálido y delicado, pero a la vez fuerte y muy hombre. Haciéndola llegar al gran clímax y haciéndola sentir completamente mujer. Amada y deseada de manera impetuosa e intensa. Aquella misma mañana habían vuelto a amarse. Ambos sentían una necesidad física muy grande el uno del otro. Se habían vuelto a entregar hasta quedar agotados sobre la cama *king size*. Su amor era más firme y fuerte cada minuto que pasaban juntos. Desde la ducha, Julia oía cantar suave y melodiosamente a su esposo, que se encontraba en el cuarto vistiéndose, pues iban a salir a recorrer las calles parisinas.

Los días siguientes fueron de máxima dicha, complicidad y mucho amor. Los recién casados reían a todas horas y se tomaron cientos de fotos con sus teléfonos, las cuales fueron publicadas en todas sus redes sociales. Visitaron los lugares más históricos de la ciudad. Ella quedó fascinada con la Église Saint-Roch. Fueron, tomados de la mano, a Le Bateau-Lavoir, recorrieron el National Archives en el Hôtel de Soubise y sobre todo Julia quedó muy impresionada con la belleza del Montmartre Cemetery. Él la llevó también a la Galerie Colbert, donde le explicó detalladamente todo sobre cada una de las obras de arte allí expuestas. Luego, dieron un paseo muy agradable por el Port de l’Arsenal. Cada día era una nueva aventura para ella. Daniel era el mejor guía turístico del mundo. Su amplia cultura la enriquecía y la llenaba de sabiduría, la cual ella absorbía y memorizaba con ansias para poder llegar a su altura intelectual. Julia quedó fascinada ante la impresionante Église Notre-Dame de la Croix de Menilmontant, que estaba en plenas obras de reconstrucción. Sintió una emoción tan grande que sus ojos se llenaron

irremediamente de lágrimas. Una noche fueron al Paláis Garnier-Opéra National de Paris y, para la ocasión, Daniel la vistió de gala. Julia parecía una reina y caminaba orgullosa del brazo de su flamante esposo. Todas las mujeres devoraban con los ojos al guapo y varonil candidato, quien varias veces fue reconocido por los turistas. En los dos últimos días de aquella inolvidable luna de miel, visitaron el Puente Alexandre III y el Museo del Louvre. Cenaron en la mítica Torre Eiffel y, por último, fueron al Arco del Triunfo.

Cada noche, al volver al hotel, tomaban un baño juntos en el *jacuzzi* de la *suite* y luego él la llevaba cargada entre sus fuertes brazos a la cama. Allí le hacía el amor hasta la madrugada. Ambos quedaban exhaustos y dormían abrazados el resto de la noche.

El vuelo de regreso de París a Miami se le hizo muy corto a Julia, a pesar de la gran cantidad de horas que duró. Cuando finalmente llegaron, la Ciudad del Sol se encontraba en uno de esos extraños días donde el cielo estaba completamente nublado y con amenaza de lluvia. Julia, aunque no se lo confesaría a su esposo, se sentía nerviosa, llena de curiosidad y angustia hacia el nuevo mundo donde iba a pertenecer. No conocía a nadie de la familia de Daniel —al menos, eso creía ella— y no podía dejar de preguntarse cómo sería recibida o si la aceptarían. El Uber que los llevó desde el aeropuerto hasta la mansión Armenteros se detuvo ante la fachada de la impresionante casa. Julia, al bajarse del vehículo, volvió a mirarlo todo y no pudo evitar recordar cuando estuvo allí varias semanas atrás, llevando las flores para el cumpleaños de la que hoy era su suegra. Poco pudo imaginarse ella que aquel día su vida cambiaría al conocer a Daniel. El chofer del Uber bajó las dos maletas y las colocó en el suelo. Dos criadas salieron de la mansión para tomar el equipaje y darle la bienvenida a la pareja de recién casados. El Uber se marchó.

—Bienvenido, señor Daniel. Bienvenida, señora Armenteros —saludó jovial, simpática y educada Nancy.

—Hola, Nancy. Hola, Raíza —las saludó Daniel muy campechanamente—. Les presento a mi amada Julia.

Ambas criadas le sonrieron con amabilidad a la recién llegada. Julia, pese a los nervios, les sonrió con dulzura y tratando de lucir natural.

—¿Están mis padres en casa?

—Solamente la señora Ramona. Ella los espera en el *living room* —informó sin perder nunca la sonrisa Nancy—. Don Gerardo está trabajando en el banco.

Daniel tomó la mano fría de Julia. Notó sus nervios y le sonrió cálido.

—Todo estará bien —susurró en su oído—, no tienes que sentirte nerviosa. Desde hoy esta es tu casa.

Julia se sintió más sosegada ante las palabras de él. Entraron juntos a la gran mansión seguidos de las sirvientas, que cargaban con las maletas.

Desde una de las ventanas del piso superior, Jorge Ignacio, oculto tras la gruesa cortina de su habitación, había visto llegar a la pareja.

«*Welcome*, querida Julia —susurró para sí—. Bienvenida a la cueva del diablo».

Daniel y Julia fueron directamente al *living room*. Allí los esperaba de pie doña Ramona, quien le dedicó a la muchacha una mirada gélida, de hostilidad. La recién llegada sintió que se le helaba la sangre de pánico. Daniel se adelantó hacia su madre para besarla y abrazarla, efusivo. Era evidente que él estaba radiante de felicidad.

—Hola, mamá. Tenía muchas ganas de verte y de presentarte a mi bellísima esposa.

Tras aquellas palabras, doña Ramona suavizó su expresión. Le sonrió de manera hipócrita y «dulce» a la aterrada Julia.

—Un gusto conocerte, Julia —saludó educadamente, pero sin emoción.

—El gusto es mío, señora.

Julia sintió el impulso de besar a su suegra en la mejilla, pero no sabía si sería correcto hacerlo. Prefirió quedarse paralizada antes que actuar de manera impropia.

—¿Cómo estuvo la luna de miel? —preguntó sin interés.

—Excelente, mamá. Julia quedó enamorada de París.

—¿No conocías París?

—No, señora. En realidad, es la primera vez en mi vida que salgo de los Estados Unidos.

—Es una de las ciudades más emblemáticas y hermosas de Europa. Destino obligatorio para los viajeros. Me imagino que poco a poco, y de la mano de Daniel, irás conociendo más lugares maravillosos que te ayuden a llenar ese bache cultural que tienen todas las personas que no viajan —dijo la matriarca venenosamente y sin perder su helada sonrisa.

Julia no dijo nada, se quedó sin palabras. No se esperaba aquel dardo envenenado recién llegando a aquella casa. Se hizo un silencio incómodo que se rompió con el sonido del celular de Daniel. Él miró la pantallita de su iPhone último modelo.

—Permiso. Debo responder una llamada de mi jefe de campaña. Enseguida vuelvo.

Daniel salió del lugar dejando solas a ambas mujeres.

—Deseo de todo corazón ganarme su cariño y confianza, señora —aseguró sincera la muchacha.

—Todo dependerá de ti —respondió secamente doña Ramona—. Daniel se enamoró y esa locura jugó a tu favor.

—¿Qué me quiere decir?

—Ya hablaremos con calma. Espero que sepas adaptarte a esta familia. En cualquier caso, siempre estarás a tiempo de volver con tu abuelo.

Aquella frase dicha con tanta maldad hirió a la muchacha como un latigazo en pleno rostro.

En la sala principal de la mansión Armenteros, Daniel casi acababa su conversación telefónica. Al mismo tiempo, Vivi bajaba lentamente las escaleras. Lucía más bella que nunca, era notorio que había puesto especial empeño en arreglarse.

—¿De verdad debo salir mañana mismo?... Sí, sí, sé que toda la campaña se detuvo durante toda la semana que estuve en París, pero... Sí, está bien, Valentín —aceptó con resignación aunque contrariado—, mañana a las siete de la mañana estaré en el aeropuerto. Adiós.

Daniel cortó la llamada. Al volverse, se encontró de frente con su cuñada.

—Bienvenido a casa, cuñado. Felicidades por tu matrimonio. Fue todo tan apresurado que no nos diste tiempo de felicitarte —sonrió ella encantadoramente.

—Gracias, Viviana. —No pudo evitar sentirse incómodo ante ella, aunque logró disimularlo perfectamente—. Espero que tú y Julia sean buenas amigas.

—Estaré encantada de que sea así —respondió con una sonrisa falsa—. Yo quería decirte que acepto los hechos. Acepto que ames a esa muchacha y acepto que yo no tenga cabida en tu vida. Por mi parte no hay ningún tipo de resentimiento o rencor.

—Gracias otra vez —dijo sincero—. Vamos al *living room* para presentártela.

—Prefiero conocerla esta noche. Tu madre mandó a preparar una cena especial de bienvenida.

—¿Estará Jorge Ignacio en la cena? —preguntó muy tenso.

—Sí, obviamente —trató de disimular una sonrisa de maldad—. ¿No le has confesado a tu esposa que eres el hermano de su antiguo novio?

—No, pero lo haré ahora mismo y...

—Es mejor que no le digas nada —aconsejó zorramente y cortándolo—. Julia debe estar muy agotada por el viaje. Déjala que descanse el resto del día. Esta noche, cuando finalmente se vea de frente con Jorge Ignacio, todos te ayudaremos en caso de que ella se ponga nerviosa y tenga una reacción negativa. Es obvio que será un momento incómodo, pero con nuestra ayuda será todo más llevadero.

—Gracias, Vivi. De verdad, muchas gracias.

Él salió hacia el *living room*. Ella acabada de lograr el objetivo que había planificado junto con doña Ramona. Viviana se apresuró a subir rápidamente las escaleras para desaparecer y evitar encontrarse con la recién llegada.

Julia y Daniel entraron a la habitación de él, que ahora sería la de ambos. Las maletas del viaje ya estaban allí. Él cerró la puerta tras de sí.

—¿Cansada? —preguntó abrazándola por detrás mientras la besaba tiernamente en la nuca.

—Un poco.

—¿Qué tal todo con mamá cuando se quedaron solas?

—Bien —mintió ella—. Tu madre fue muy amable y simpática conmigo.

—Cosa rara en mamá. Por lo general, tiene un carácter agrio y no le gustan los extraños, pero debe ser que le caíste bien. —La volvió frente a él y le tomó las manos de manera cálida—. Te pido que le tengas paciencia. Estoy seguro de que llegará a quererte como a una hija, igual que quiere a la esposa de mi hermano.

—¿Tienes un hermano? No me habías dicho nada —dijo ella mientras iba a sentarse al borde de la cama.

Daniel sintió que el mundo se abría frente a sus pies. Trató de aparentar naturalidad.

—Bueno, en verdad sé tan poco sobre ti y tu familia...

Él se quitó la chaqueta y fue a colgarla dentro del clóset, evitando mirarla de frente.

—Mamá nos preparó una cena de bienvenida. Esta noche los conocerás a todos.

—Tengo tantas ganas de ser aceptada, Daniel —aseguró ella sincera y sin poder evitar sentirse nerviosa.

—Y lo serás, amor —se sentó a su lado tomando sus manos—, con tu dulzura vas a ganártelos uno a uno.

Daniel miró los ojos asustados de ella y la besó suavemente en los labios. Tras el beso le anunció:

—Mañana tengo que salir de viaje a las siete de la mañana.

—¿Cómo? ¿Irte? ¡Pero si acabamos de llegar!

La noticia le había sonado a Julia como una explosión.

—Sí, lo sé, pero tuve muy abandonada la campaña política durante toda la semana que pasamos de luna de miel. Mis asesores me agendaron una gira de un mes por diferentes estados y...

—¿Un mes? —preguntó ella con los ojos desmesuradamente abiertos y poniéndose de pie de un salto. No pudo evitar sentir un escalofrío.

—Es mejor que te duermas ahora y descanses. No depende de mí suspender o no la gira. Así es mi carrera.

Daniel se levantó y la ayudó a tenderse en la cama. Luego, le quitó suavemente los zapatos y comenzó a masajearle los cansados pies. Finalmente, ella se durmió.

A las ocho de la noche, Julia bajó sola las amplias escaleras de la mansión. Vestía un *jean* desgastado y una sencilla blusa blanca de mangas largas. Calzaba unos zapatos deportivos también blancos. Su rostro estaba sin una gota de maquillaje. Abajo, en la sala, la esperaban su esposo, doña Ramona, don Gerardo y Viviana, quien se encontraba de espaldas a las escaleras. Todos vestían elegantemente. En especial, las mujeres, que lucían espléndidos Givenchy cada una. Daniel, al ver la vestimenta sencilla de su esposa, comprendió que había sido un fallo por su parte no comprarle ropa nueva y para cada ocasión durante el viaje de novios. Julia, al verlos ataviados de manera tan especial, se sintió excluida y ridícula, pero trató de mostrarse natural.

—Buenas noches —dijo terminando de bajar.

Julia avanzó hacia la sala sintiendo sobre sí las miradas, pero sus ojos buscaron los de Daniel, fijos también en ella. Él fue a su encuentro y tomó su mano derecha.

—Buenas noches, mi amor. Dormiste bastante, más de cuatro horas. Me alegra que haya sido así, luces muy descansada. Ven, voy a presentarte a mi padre y a mi cuñada.

Ambos avanzaron hacia el grupo. Vivi permanecía de espaldas a su rival. Doña Ramona miraba a Julia con ojillos de víbora mientras sonreía despectiva al verla vestida de manera tan sencilla y fuera de tono para la ocasión. Don Gerardo, por su parte, le sonrió amable.

—Papá, ella es Julia. Amor, mi padre, don Gerardo Armenteros.

—Mucho gusto, don Gerardo —sonrió amable al ver la sonrisa sincera y transparente de él.

—El gusto es mío, muchacha —aseguró el buen hombre. Tomó su mano y la besó—. Eres sencillamente preciosa.

—Sí, es innegable que eres muy bonita —reafirmó doña Ramona—, pero tienes que aprender a vestirme y arreglarte según la ocasión. Desentonas.

—Nadie me dijo que era una cena elegante, lo siento —se disculpó avergonzada—. De todas maneras, mi vestuario no es amplio y no habría tenido qué ponerme.

—Fue mi error no comprarle ropa.

—Ya me encargaré yo de vestirla, Daniel. Déjalo de mi parte.

—Gracias, mamá. ¿Quieres tomar lo mismo que nosotros, mi amor?

—Es un Martini, querida. Te lo digo porque me imagino que no conoces de bebidas —soltó venenosa la matriarca.

—Yo mismo te lo prepararé —se ofreció Daniel.

—Antes preséntale a Viviana.

—Tienes razón, mamá. Mi amor, ella es Viviana, la esposa de... mi hermano.

Viviana giró justo en aquel momento. Le sonrió ampliamente a Julia.

—Es un placer conocerte, Julia querida —le sonrió amable y cínica.

—Creo haberte visto antes —aseguró Julia tratando de recordar dónde exactamente.

—Vivi es muy conocida y famosa —le informó amable don Gerardo—. Aparece en varios comerciales de televisión y casi todas las semanas es portada de revistas. Actualmente es la modelo más importante del mundo.

—Aparte de todo eso, es también mi esposa.

Julia se giró hacia la voz que acababa de escuchar a sus espaldas. Allí, ante ella, estaba Jorge Ignacio vistiendo impecable y elegante. Le sonrió pérfidamente. Como un trueno, Julia recordó las palabras del dueño del *restaurant* del club cuando varias semanas atrás le había informado que Viviana era la esposa de Jorge Ignacio. Ahora recordaba claramente que era ella la mujer con quien lo había visto.

—Te presento a mi otro hijo. Su nombre es Jorge Ignacio —dijo gozando del momento cumbre doña Ramona.

Julia, impresionada, sintió que todo se oscurecía a su alrededor y cayó desmayada al suelo.

—¡Julia! —exclamó aterrado Daniel.

—Julia, reacciona, por favor —escuchó lejana la voz suplicante y trémula de Daniel.

Abrió los ojos lentamente, aturdida. Inmediatamente, sintió un agudo dolor de cabeza. El dolor se acentuó al recordar lo ocurrido.

—Gracias a Dios reaccionaste —suspiró él ahora, aliviado.

Julia se encontraba acostada en la amplia cama de su habitación con Daniel. Estaban solos.

—¿Cuánto tiempo estuve desmayada?

—Más de diez minutos. Estaba a punto de llamar al médico. Te subí en brazos. Voy a buscarte un calmante en el baño.

—¿Por qué, Daniel? ¿Por qué me ocultaste quién era tu hermano?

El joven político se detuvo en seco. Tragó grueso. Le destrozó el alma ver tan pálida a su amada esposa. Los ojos de ella se inundaron de lágrimas en pocos segundos. Con sus manos cálidas, Daniel tomó las de ella, que estaban heladas.

—Perdóname —suplicó y sus ojos también se llenaron de lágrimas—. No sabía cómo decírtelo, no encontraba el momento para hablarte de eso. Te lo oculté por miedo a tu rechazo, por miedo a que no quisieras saber más de mí al enterarte de la verdad. ¡Perdóname! —Besó sus manos sinceramente arrepentido.

Ella se incorporó en la cama, con cada movimiento, el dolor de cabeza se hacía peor. Sentía mil agujas atravesándole el cerebro sin piedad.

—Debiste decírmelo —lloró ella afectada, destrozada—. Tarde o temprano iba a acabar sabiéndolo, y fue de la peor manera.

—Perdón, ¡perdón!

—No te vayas, Daniel. No te vayas mañana. Yo no puedo quedarme aquí sin tu protección.

—Cálmate, te lo suplico. Entiende que es imposible que me quede. Te llamaré diariamente.

—Entonces, mi iré a la casa de mi abuelo. Aquí no puedo quedarme.

—Esta es tu casa. Si te vas, Jorge Ignacio pensará que le tienes miedo.

—¡Es que le tengo miedo!

—¿Miedo por qué? Él no se va a atrever a tocarte. No se atreverá a intentar nada contra ti. Esta es tu nueva casa y aquí debes permanecer. Si te vas por mi ausencia, harás más hondo el problema. Lo pasado, pasado. Mi hermano seguirá su vida con su esposa, y tú y yo haremos la nuestra.

—Entonces, vamos a mudarnos. Busca un apartamento, no tiene que ser una mansión como esta. Busca un apartamento pequeño, de una habitación. Es suficiente para nosotros dos. Vámonos de aquí. Te lo suplico —rompió a llorar abrazándolo fuertemente, indefensa, temerosa y asustada.

—Ya no tengo tiempo para buscar donde mudarnos. Es de noche y recuerda que salgo mañana de viaje a las siete de la mañana. Te prometo que me encargaré de todo a mi regreso.

—Pero un mes es mucho tiempo —aseguró sin parar de llorar.

—Nada va a pasarte. Te lo juro.

—Voy a quedarme muy triste sin ti.

—Ya te dije que voy a llamarte diariamente, mi amor.

Daniel la besó tiernamente en los labios para calmarla. Bebió sus lágrimas y le sonrió para darle aliento y borrar sus temores. Ella trató de calmarse. Él se levantó y fue al baño. Regresó con

un pequeño frasco de calmantes. Luego, sirvió un vaso con agua de una jarra de cristal que reposaba sobre la mesita de noche.

—Debes tomar uno de estos para que vuelvas a dormir.

Le administró un calmante y la acostó nuevamente en la cama. La cubrió con una gruesa cobija al verla temblar.

—No te vayas mañana —volvió a suplicar.

—Descansa —le susurró muerto de amor.

Una hora después, Julia no se había podido dormir. Los nervios y el terrible y atormentante dolor de cabeza se lo impedían. Daniel le suministró un segundo sedante. La mente de ella cayó en un pesado sopor hasta que finalmente fue vencida por el sueño.

Buenos días, amor. Me voy pensando en ti y deseando volver desde ya.

Tuyo,

Daniel

Julia acababa de leer la notita que encontró en la mesita de noche al despertar. De esa forma Daniel se despedía de ella. La tristeza la embargó de inmediato. Estuvo a punto de echarse a llorar cuando unos suaves toques en la puerta de su habitación la hicieron reaccionar.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró Nancy sonriente y amable.

—Buenos días, señora. ¿La desperté?

—No, Nancy, ya me había despertado hace como cinco minutos.

—El día está cheverísimo. Provoca tirarse de cabeza en la piscina y acostarse a tomar sol. A mí me encanta tostarme, allá en mi país yo iba mucho a la playa. Me encantaba ir a Macuto. Macuto es una playa de La Guaira, que es donde yo nací —parlanchina, iba hablando sin parar mientras abría las cortinas para que el sol entrara y recogía la ropa tirada por varios puntos de la habitación—. Yo soy venezolana, señora. Tengo cuatro años aquí en Miami. Me casé con un gringo para conseguir los papeles y no quedarme ilegal en el país. Ahora estoy divorciada. Cuando quiera le cuento mi historia, es como de telenovela, porque el gringo se enamoró de mí y eso fue todo un rollo porque... —se cortó al darse cuenta de que estaba hablando de más—. Ay, perdóneme, señora. Mi mamá siempre me decía que yo parecía una cotorra, porque hablaba como una loca y sin parar —rio jovial, simpática.

—Bueno, sí, la verdad es que hablas mucho, pero me caes bien —aceptó Julia sonriéndole.

Nancy se acercó a la cama en son de chisme y bajando la voz. Miró hacia ambos lados del cuarto como para asegurarse de que nadie la escuchara:

—En esta casa casi no se habla. Esto parece un cementerio. La señora Ramona es muy brava, siempre está muy seria y por cualquier errorcito, por pequeñito que sea, bota *pa* la calle a las sirvientas. Yo delante de ella ando más derecha que una vela. ¡Le tengo pánico a la doña!

Julia rio. Nancy, con su hablar incesante y su manera tan pizpireta de ser, le hacía olvidar la tristeza y la lejanía de Daniel.

—Mire, señora Julia, la otra señora, usted sabe, la señora Viviana, la espera en el jardín para desayunar juntas.

—¿A mí?

—Ajá. Me ordenó que viniera a despertarla y a avisarla. Mientras usted se para de la cama, yo le voy a preparar el baño. «Viva Venezuela, mi patria querida, quien la libertó fue mi hermano Simón Bolívar...» —se fue cantando Nancy alegremente hacia el baño.

Julia quedó tensa ante la invitación a desayunar de Viviana.

—Buenos días, Julia. Acércate. No seas tímida.

En el hermoso jardín de la parte trasera de la mansión Armenteros, Viviana estaba sentada ante la mesa donde había un espléndido desayuno. Julia, que acababa de salir del interior de la casa, caminaba hacia el encuentro de la bella *top model*. No podía dejar de sentirse tensa ante ella, aunque lo que más le ponía los nervios de punta era la posibilidad de encontrarse de frente con Jorge Ignacio.

—Buenos días, Viviana —saludó sentándose y tratando de ocultar su tensión.

—Puedes llamarme Vivi, como lo hacen todos aquí. ¿Jugo de naranja? Le pedí a las sirvientas que nos dejaran solas para conversar más privadamente. —Viviana, amablemente, llenó el vaso de Julia con el jugo recién exprimido—. No quiero que me veas como una enemiga. No te guardo ningún tipo de rencor por haber sido la amante de mi esposo. Me queda claro que él te engañó.

—No fui su amante. Fuimos novios porque él me hizo creer que era un hombre libre.

—Bueno, la verdad es que, si te acostaste o no con él, es algo que poco me importa. Mujercitas cuya única función en la vida es darles placer carnal a los hombres hay por millones en el mundo. Jorge Ignacio es extremadamente guapo, y las mujeres se le regalan soñando con atraparlo. Más cuando son unas muertas de hambre que solo quieren trepar en la vida por medio del matrimonio. Pero, claro, supongo que ese no es tu caso, ¿no? Me imagino que te casaste con Daniel por amor y no por la ambición de ser la esposa de un famoso político.

Julia no respondió, solo se limitó a beber un sorbo de su jugo de naranja.

—Tuvo que ser horrible para ti ayer en la noche cuando descubriste que Daniel y tu examor, Jorge Ignacio, eran hermanos. Mal hecho por parte de Daniel el someterte a ese escarnio en público. Debió confesarte la verdad en privado. Es más, debió confesártelo todo antes de casarse contigo.

—Amo a Daniel y no tengo nada que reprocharle. El que sea hermano de Jorge Ignacio no será un impedimento para que seamos felices.

—Me encanta que hables así —le sonrió cínica—. El amor hay que defenderlo por sobre todas las cosas. Quiero que me veas como una amiga, Julia. Puedo enseñarte muchas cosas. Pertener a

esta familia no es fácil y menos aún ganarse la buena voluntad de nuestra suegra. Ya te daré *tips* para conquistar el corazón de doña Ramona.

—Gracias.

—Para empezar, hay que cambiarte la manera de vestir. No está acorde con tu nuevo estatus. Como esposa de un político tan importante, siempre debes lucir impecable. Yo toda la ropa que ya no uso acostumbraba a regalárselas a las criadas, pero de ahora en adelante te la regalaré a ti. Creo que tenemos las mismas medidas y somos de la misma estatura. —Julia, incómoda y con la mirada fija, seguía sin proferir palabra—. Luego de desayunar debes ir a la biblioteca.

—¿A la biblioteca? ¿A qué?

—A reunirse con doña Ramona. A ella le encanta impartir reglas. Seguramente, te dirá como debes comportarte aquí. Conmigo lo hizo. Te dejará muy en claro quién manda en esta casa. Tú síguele la corriente para no crear ningún antagonismo. Recuerda, espérala en la biblioteca.

—No sé dónde está la biblioteca. Esta casa es demasiado grande.

—La puerta de la biblioteca es la que está a mano derecha del gran piano.

Viviana sonrió maligna, tratando de ocultar desde ya el gozo que le producía hacer caer a Julia en su primera trampa.

Media hora después, Julia estaba sentada en el sillón de cuero negro de la biblioteca. No podía explicarse por qué, pero estar allí, en ese lugar lleno de libros del suelo al techo, la hacía sentirse agobiada. Había allí muchos retratos familiares enmarcados. El ambiente en ese sitio era pesado, era como si le costara respirar. La puerta se abrió de golpe y entró con paso firme y apurado la matriarca de los Armenteros.

—¿Cómo te atreviste a entrar aquí? ¿Quién te autorizó?

La muchacha se puso de pie sorprendida. Doña Ramona cerró la puerta y avanzó hacia ella con expresión dura. Sus ojos brillaban coléricos.

—No me gusta que invaden mis lugares sagrados y esta biblioteca lo es. Eres una atrevida.

—Yo-yo... —balbuceante, no sabía qué decir.

—Tienes que aprender a respetar las normas. En esta casa no vas a hacer lo que te venga en gana. Aquí mando yo. Tú eres una recién llegada y no vas a saltarte mis reglas. La biblioteca es un sitio prohibido para ti y para cualquier miembro de esta casa. Aquí hay libros muy valiosos, libros que ya no se consiguen y valen pequeñas fortunas. A este recinto solamente entramos mi marido y yo. ¿Te queda claro?

—Sí, sí, pero... —aturdida, quiso aclararle que Viviana le había dicho que esperara allí.

Doña Ramona se mantenía tan erguida que intimidó aún más a Julia, haciéndola callar.

—Tengo por delante un duro trabajo contigo. Habrá que corregir muchas cosas.

—No entiendo, señora.

—Ya supe que Viviana va a regalarte la ropa que no usa. Gracias a ella empezarás a vestir bien. Aunque somos ricos, no hay por qué malgastar el dinero. Comprarte ropa nueva exclusiva para ti sería un despilfarro, cuando Viviana usa cada prenda a lo máximo un par de veces. Su ropa desechada es prácticamente nueva y es doloroso que vaya a parar a manos de las sirvientas. Por lo tanto, de ahora en adelante será para ti.

Julia asintió incapaz de llevarle la contraria.

—Las visitas de tus amistades del barrio están restringidas en esta casa. Si quieres recibir alguna vieja amistad, debes consultarlo conmigo y yo decidiré si aceptar o no. No es la idea que esta casa se llene de gente de baja ralea. Aquí hay demasiadas obras de arte y no quiero que me roben.

—Mis amigos no son ladrones, señora —respondió firme, ofendida.

—Aprende a no replicarme, muchacha. Es de mal gusto.

—También es de mal gusto acusar a la gente de ladrona cuando no lo es.

—A pesar de ser casi maestra, veo que no estás especialmente educada. Nunca te quedas callada, por lo que veo.

—No acostumbro a callarme ante las injusticias.

—Insisto en que hay que corregir muchas cosas en ti. Me imagino que sabes el papel tan importante que jugarás ante los ojos del mundo una vez que Daniel sea electo presidente. A partir de mañana recibirás clases de protocolo. Te enseñarán hasta lo más mínimo, desde cómo caminar y sentarte, hasta cómo usar los cubiertos en una mesa. Aprenderás oratoria para que tengas facilidad de expresión. Expertas te asesorarán para que aprendas a maquillarte. Nunca más escogerás tu vestuario, de eso me encargaré yo. La imagen que ofrecerás será muy importante. —Dio unos pasos displicentes, majestuosamente erguida—. La estrella siempre será Daniel, tú serás simplemente como una especie de adorno decorativo a su lado. No es la idea que le quites protagonismo. No pretendas convertirte en la nueva Lady Di. Solo hubo una Lady Di y ya está muerta. Las réplicas o segundas partes resultan aburridas y de mal gusto.

—Yo...

—En cuanto a tus estudios de maestra —cortó sin dejarla continuar—, los suspenderás. Dejarás tu carrera de lado.

—¿Cómo? Pero si solo me falta un año para graduarme y...

—Ser maestra no es nada importante. Es una profesión que carece de brillo —la interrumpió serenamente, pero con la voz llena de aplomo—. Estudiarás Historia del Arte. Eso va más acorde con la imagen que una futura primera dama debe ofrecer.

—Pero yo quiero terminar mi carrera —dijo tratando de imponerse y sintiendo que la impotencia se apoderaba de ella.

—Ya habrá tiempo para que la retomes y termines. Podrás hacerlo una vez que Daniel haya acabado su mandato presidencial. Por Dios, ya deja de replicarme ante cada cosa u orden que te

doy. Aprende a obedecerme. Entiende que soy quien mejor sabe lo que le conviene a Daniel, y ahora tú eres parte de Daniel.

—Señora...

—No seas altanera —le ordenó con mucha arrogancia y mirándola intensamente.

A Julia le quemaban las lágrimas en los ojos, pero hacía un verdadero esfuerzo para no llorar ante su implacable suegra.

—En cuanto a mi hijo Jorge Ignacio, ya estoy al tanto de todo lo que hubo entre ustedes. Preferiblemente, el trato entre ambos debe ser mínimo. No quiero ningún tipo de complicidad entre los dos. No es la idea despertar los celos de Daniel y crear un conflicto entre ambos hermanos. La casa es lo suficientemente grande para que tú y Jorgito no tengan que cruzarse.

—No me interesa tener ningún tipo de trato con Jorge Ignacio, señora. No sé lo que le habrán contado, pero Jorge Ignacio me engañó. A mí no me gusta la gente mentirosa.

—No te queda ese papel de víctima, Julia. La época de la muchacha pobre seducida y engañada por el millonario *playboy* y casanova ya pasó. Ese era un buen argumento para las novelitas románticas de Corín Tellado. Hoy en día, las marginales ambiciosas son las que acostumbran a seducir a los ricos para escalar.

—Veo que la palabra «marginal» es su favorita. Ni soy marginal ni soy una ambiciosa —le aclaró firmemente.

—Dios, qué trabajo tan arduo nos espera contigo. Nunca te quedas callada —suspiró despectiva la dama de hierro—. Bien, creo que es todo por el momento. Es mejor que pases el resto del día en tu cuarto, así evitarás encuentros con Jorge —aconsejó, pero más que un consejo sonó como una orden, ante el tono frío y cortante que utilizó al decirlo—. Ahora puedes salir. Y recuerda, este lugar está prohibido para ti. Solamente podrás entrar si yo lo autorizo.

—Lo entendí perfectamente —aseguró, siendo incapaz de contener por más tiempo las lágrimas.

Julia salió apresuradamente de allí cerrando la puerta tras de sí. Doña Ramona hizo un gesto de estar verdaderamente asqueada.

Julia, presurosa, acababa de salir de la biblioteca tras su desagradable primera conversación con su suegra. Se dirigía apurada hacia las escaleras para subir a encerrarse en su habitación, cuando de la nada y proveniente del jardín, apareció Vivi ante ella cortándole el paso.

—¿Cómo te trató nuestra querida suegra? —preguntó disfrutando al ver que grandes lágrimas corrían por las mejillas de Julia.

Con dignidad, la esposa de Daniel se borró las lágrimas del rostro con un par de manotazos.

—Me hiciste caer en una trampa.

—¿Yo? —preguntó la modelo con tono de falsa inocencia.

—No soy estúpida. Me mandaste a la biblioteca cuando sabes que a doña Ramona no le gusta que nadie pise ese lugar sin su autorización.

—Se me había olvidado ese pequeño detalle. Son manías de esa arpía. No sé qué tiene de especial esa parte de la casa para que tengamos la entrada prohibida allí. En fin, querida Julia, no le hagas caso a la bruja mayor.

—Si ella es la bruja mayor, me queda claro que tú eres la bruja menor.

Vivi sintió como un latigazo en plena cara las palabras de Julia. Por unos momentos, ambas mujeres se desafiaron con la mirada. A Julia le acababa de quedar claro que la *top model* sentía por ella un odio atroz.

En la floristería La rosa de Hialeah, su dueño, el buen don Pablo, barría el local. En la puerta de cristal que daba a la calle, había colgado desde hacía días un pequeño letrero que rezaba: «Se solicita vendedora».

—Qué falta me hace Julia, ¡qué falta! —se quejó para sí el noble hombre de sesenta años.

Se abrió la puerta del local.

—Buenos días.

—Buenos días, caballero —saludó don Pablo dejando de barrer—. ¿Buscaba algún tipo de flor en especial?

—En verdad busco a la muchacha que trabaja aquí. Julia es su nombre.

—Ah, la buena y simpática Julia... —suspiró el dueño de la floristería—. Ya no está. Se casó y se fue.

Luciano Anderson quedó impactado ante la noticia.

—¿Se casó?

—Hace poco más de una semana. Supe, por su abuelo, que está de luna de miel en París; o a lo mejor ya regresó, no estoy seguro. ¿Para qué la busca, caballero?

—Bueno, lo cierto es que me interesaba convencerla para ser modelo. Lo tiene todo para triunfar. Soy Luciano Anderson, dueño de una agencia de modelos.

—Uyyyyy, creo que le va a ser imposible convencerla. Julia se casó muy enamorada y con un hombre muy influyente e importante. La noticia salió en toda la prensa y en los noticieros de televisión.

—Acabo de regresar de Milán y he estado un poco desconectado de las noticias. Es una lástima, pues el mundo acaba de perderse a una gran modelo. Le deseo toda la dicha. Gracias, señor. — Luciano Anderson salió. Don Pablo volvió a barrer.

—¿Julia, modelo?, ¡ja! ¿Para qué va a querer ser modelo cuando va a ser la primera dama de este país?

Jorge Ignacio y su mejor amigo, Bruno, tomaban sol desnudos en la cubierta del yate de la familia del segundo. Sus cuerpos brillaban por el aceite bronceador. Sendas copas con Apple

Martini los acompañaban. El yate estaba anclado en plena alta mar.

—Esto sí es vida, güey. Aunque, no mames, el sol está de la chingada —se quejó el millonario mexicano.

—Tírate un clavado y ya se te quita el calor, Bruno. Deja de quejarte.

—Oye, carnal, cuéntame cómo estuvo el regreso de tu ex y ahora cuñadita. ¿Qué hizo la morra cuando te vio y descubrió que eras el hermano de Daniel?

—Se desmayó la muy estúpida.

Ambos amigotes se rieron a carcajadas.

—Para mi adorada y deseada Julia su entrada a la mansión Armenteros fue el comienzo de un infierno insoportable.

—¿Te la vas a chingar o qué?

—Me va a pagar muy caro su rechazo. Lo que más me pudre es que me haya cambiado por el imbécil de Daniel. Eso no se lo perdono ni a ella ni a nadie. *¡Bitch!*

—Órale, ponte abusado, Jorge Ignacio. Daniel se carga un carácter de la fregada. Si se casó con la naquita, es porque está bien enamorado de ella.

—¿Crees que le tengo miedo a mi hermanito el perfecto?

—Miedo no, pero ponte buzo, capuruzo. Daniel no te va a permitir que le hagas daño a su esposa.

—Mi *bro* estará lejos de Miami por todo un mes. Tiene que cumplir una apretada agenda política. Y justo en ese mes, mi cuñadita y yo vamos a terminar algo que dejamos pendiente...

Jorge Ignacio rio canalla y lascivo. Al mismo tiempo, salieron del interior del moderno yate dos despampanantes rubias en toples. Una de ellas traía una bonita y colorida pipa de cristal para fumar crack.

—Llegó la diversión, chicos —dijo la más alta con marcado acento argentino.

—Órale, güera —sonrió Bruno tomándola por la cintura cuando ella se sentó a su lado.

Dos chicas más, pero estas desnudas y de cabellos negrísimos, se les unieron.

Estaba a punto de comenzar una gran orgía de drogas y sexo.

Horas después esa misma noche, Vivi entraba a la habitación matrimonial que compartía con Jorge Ignacio. Lo vio caído de bruces sobre la cama, hundido en el sopor producido por la inconsciencia del alcohol y las drogas que había estado consumiendo en el yate de Bruno. El joven no se movía, no decía ni una sola palabra. Ella lo observó con odio durante varios minutos, se llenó de asco. Nunca lo había amado, solo se había casado con él para poder estar muy cerca de Daniel. El timbre del teléfono de la casa la hizo reaccionar de su ensimismamiento. Miró fijamente el aparato sin responder. El teléfono sonaba con insistencia. Viviana respondió:

—Aló...

—Hola, Vivi —saludó Daniel al otro lado de la línea—. ¿Me puedes pasar a Julia? La estoy llamando a su celular, pero responde siempre la contestadora.

—Hola, Daniel. ¿Cómo llegaste a Chicago? —preguntó enamorada.

—Bien, el vuelo fue muy tranquilo.

—Me alegra saberlo.

—¿Le puedes pedir a Julia que se ponga al teléfono?

—Ella no está —mintió firmemente.

—¿Cómo? ¿Salió? ¿Sabes para dónde?

—Obviamente Julia no me dijo, pero seguramente fue a visitar a su abuelo.

—Sí, seguramente. Por favor, cuando regrese dile que la llamé. Y dile también que hablaremos mañana, estoy cansado y voy a acostarme ya.

Viviana sonrió maligna, disfrutando el hecho de haber interceptado la llamada. Era mentira que Julia hubiese salido esa noche.

—Adiós, cuñado. Descansa.

Colgó el teléfono y su sonrisa se amplió. Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Jorge Ignacio continuaba durmiendo en la cama.

En su cuarto, Julia, triste, compartía con Nancy, la simpática y parlanchina criada venezolana.

—No he podido hablar con Daniel en todo el día. Lo he llamado varias veces a su celular y siempre está apagado —suspiró desilusionada.

—Debe estar de reunión en reunión. El señor Daniel siempre trabaja mucho —le informó Nancy mientras le preparaba la cama para que Julia se acostara más tarde.

—Lo extraño tanto... —Julia volvió a suspirar lamentando la ausencia de su amado esposo.

Vivi terminaba de bajar las escaleras de la mansión, cuando se encontró de frente con doña Ramona, que venía desde la cocina con una gran bandeja en sus manos donde llevaba un par de platos con comida, un vaso de leche y otro con agua.

—Acaba de llamar por teléfono Daniel. Llamó para hablar con la cubanita balseira y le mentí asegurándole que ella no estaba en la casa.

—Hiciste muy bien —la felicitó—. Cuanto menos hablen, más sola se sentirá ella. Hay que hacerla sentir que no es importante para Daniel, que él prefiere su trabajo antes que a ella.

—Sí, es lo que pensé. Hacerla sentir poco importante y abandonada.

—Gracias por tu ayuda, Vivi.

Viviana se fijó en la bandeja con la comida.

—¿Y esa comida, Ramona?

De pronto, la voz de doña Ramona se hizo confidencial.

—Es para mí. Voy a cenar sola en la biblioteca.

—¿Y eso?

—No quiero compartir la mesa con la intrusa.

—Entonces yo saldré a cenar con mis amigas. Pídele a tu esposo que cene en su habitación. Así Julia tendrá que comer sola —sonrió suave, perversa. Un relámpago de odio iluminó sus ojos. Antes de que doña Ramona respondiera, prosiguió—: Que sienta que en esta casa no es aceptada.

Doña Ramona sonrió gozando su alianza con Vivi. Las pupilas de la dama de hierro estaban relampagueantes.

—Ya le di la orden a Gerardo de no acompañar a Julia durante la cena.

Dicho eso, Ramona se fue con la bandeja hacia la biblioteca. Entró y cerró luego la puerta. Vivi dio unos pasos. Su mente enferma de celos pensaba muy deprisa.

«Voy a eliminarte de mi camino, Julia —dijo para sí la *top model*—. Y cuando hayas sido eliminada físicamente, me voy a encargar muy especialmente de arrancar del corazón de Daniel tu maldito recuerdo. Y si no logro que te olvide, al menos, lo dejaré hundido en el dolor de haberte perdido. Que sufra; si Daniel no es para mí, que sufra».

En la amplísima y misteriosa biblioteca de la mansión Armenteros, doña Ramona dejaba sobre el escritorio la bandeja con la cena. Ya había cerrado con seguro la puerta para que nadie pudiera entrar. Luego, fue hasta el fondo de la pared izquierda. Con manos firmes, descolgó un Picasso original de tamaño mediano. Recostó la pintura sobre el sillón de cuero. En la pared, oculto por el cuadro, había un pequeño botón. Doña Ramona lo oprimió e inmediatamente otra de las paredes de la biblioteca, que estaba llena de libros, se descorrió dando paso a un pasadizo secreto y oscuro. La dama de hierro, con expresión dura, volvió sobre sus pasos hacia el escritorio. Tomó la bandeja nuevamente entre sus manos y penetró dentro del pasadizo. Ya en el interior, oprimió otro botón escondido y la pared de libros corrediza volvió a cerrarse.

Al día siguiente, Julia visitaba a su abuelo en el pequeño apartamentito donde ambos habían vivido desde que ella naciera. Julia le acababa de contar —para desahogarse, pues bien lo necesitaba— lo sola que se sentía en la mansión desde que Daniel se fuera de viaje.

—Mal hecho, mal hecho que tu esposo se marchara al día siguiente de llegar a la casa. No es lógico que te haya dejado sola con tan poco tiempo de casados.

—Hay que entenderlo, abuelo. Su carrera política es muy demandante.

—Pues debió llevarte con él. No es posible que vaya a estar un mes de viaje y tú aquí, abandonada.

—Daniel no me llevó porque en este mes me van a poner a estudiar. Son muchas las cosas que tengo que aprender para cuando sea primera dama.

—Faltan cuatro años para las elecciones. Todo lo que tienes que aprender pudo esperar un mes. Julia calló. Su abuelo no dejaba de tener razón. Don Luis, al notar su tristeza extrema, le tomó las manos cariñosamente.

—Está muy bonito ese vestido que llevas puesto, hijita. Es evidente que te compraron ropa nueva.

—No —susurró Julia por respuesta.

—¿No? ¿A qué te refieres?

—No me compraron ropa, abuelo. Sí me dieron un clóset entero con muchos vestidos y otro tipo de ropa, pero no la compraron exclusivamente para mí. Heredé todo lo que ya no usa la esposa del hermano menor de Daniel.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó el anciano indignado—. ¿Por qué tienes que vestirme tú con lo que ya otra no usa?

—Mi suegra maneja con mano firme los gastos. Ella es la encargada de la economía familiar. No le gustan los excesos y ahorra al máximo. Consideró que comprarme ropa nueva era un gasto inútil cuando el vestuario que desecha Viviana está completamente nuevo.

—No quedo conforme con la explicación —respondió el viejo sin ningún tipo de cordialidad—. Tú no eres menos que la otra.

Julia respiró hondo. Su abuelo no dejaba de tener razón. Ella prefería cambiar de tema para no hacer enojar más al buen anciano.

—Hay algo que no te he dicho, abuelo.

—¿Qué? Sabes que me lo puedes contar todo.

—El hermano de Daniel resultó ser Jorge Ignacio, mi antiguo novio.

—¿Pero qué salazón la tuya, caballero! —exclamó—. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—Recién me enteré el día que regresamos Daniel y yo de nuestra luna de miel. Fue una sorpresa desagradable. Era lo menos que me esperaba.

—¿Y por qué tu esposo no te lo había contado?

—Por miedo a que no quisiera casarme con él.

—Mal hecho. En un matrimonio no debe haber secretos. Daniel debió decírtelo y asumir las consecuencias. Pero dime, mi nieta, ¿el tal Jorge Ignacio te ha molestado? ¿Se ha puesto fresco contigo?

—Por suerte, la mansión es tan grande que no me lo he vuelto a encontrar desde la noche en que me enteré de todo. Yo para evitar cualquier encuentro con él, paso el día prácticamente encerrada en mi cuarto.

—¿Pues eso no está bien! —exclamó don Luis colérico—. No eres ninguna prisionera para pasar el día encerrada. Exígele a Daniel que se muden inmediatamente.

—Ahora es imposible. Voy a tener que esperar a que Daniel regrese de su gira.

—No me está gustando nada cómo se están desarrollando las cosas, Julia

—No te angusties, abuelito. No todo es tan tremendo como parece. Y ahora me voy. Salí de la mansión sin avisar y a lo mejor me están esperando para comenzar con mis clases.

Julia besó a su abuelo. Deseaba con todas sus ganas quedarse allí, abrazada por el noble anciano, sintiendo como le acariciaba el pelo para hacerle sentir que todo estaría bien. La muchacha le sonrió disimulando ante él que su corazón estaba hundido en el dolor.

En la sala de la mansión, don Gerardo, sentado y con las piernas cruzadas, leía el periódico. La sesión de finanzas y el precio del dólar en el mercado internacional le interesaba mucho. La puerta de la calle se abrió e hizo su entrada Julia, que regresaba de visitar a su abuelo. Don Gerardo, al verla, dobló el periódico dejándolo de lado. De un sorbo, terminó el café que estaba colocado frente a él desde hacía mucho rato. Se puso de pie para recibir a la linda muchacha.

—Hola, Julia. ¿Fuiste de paseo?

—Hola, don Gerardo. Sí, tomé el bus para ir a visitar a mi abuelo.

—No es necesario que tomes el bus. Aquí en la casa hay chofer. Cuando quieras ir a algún lado, solamente tienes que pedirselo y él te llevará —dijo amable y simpático.

—Gracias. No sabía.

—Por favor, siéntete en familia y con derecho a disfrutar de todo lo que hay en esta casa. Otra cosa importante: no tienes que pasarte el día entero prácticamente encerrada en tu cuarto para evitar encontrarte con Jorge Ignacio. Lo que hubo entre ustedes ya pasó y punto.

Con tan solo escuchar el nombre de Jorge Ignacio, los ojos de Julia se llenaron de lágrimas. Recordó el engaño y la burla de él, y también recordó la desagradable sorpresa que resultó para ella descubrir que fuera el hermano de Daniel.

—Quiero que sepas que me caes muy bien —le aseguró sincero y amistoso—. Quiero verte como la hija que nunca tuve.

—Gracias, don Gerardo. Es usted muy amable.

—En mí tienes a un amigo.

El padre de Daniel iba a tomar las manos de la joven para demostrarle su apoyo y lo sincero de sus palabras, pero la entrada inesperada de doña Ramona desde el interior de la casa frenó el gesto del hombre.

—Veo que acabas de regresar —dijo la mujer acercándose a ambos.

—Salí a visitar a mi abuelo, señora.

—La próxima vez que vayas a salir de la casa debes participármelo. Esto no es un hotel donde los huéspedes entran y salen cada vez que les da la gana. Aquí hay horarios para todo: para desayunar, para almorzar y para cenar, entre otras cosas. Por haber salido sin avisarme, perdiste tu primera clase de protocolo. La persona que vino a enseñarte está muy ocupada y le hiciste perder un tiempo valiosísimo.

—Lo siento.

—No quiero que se vuelva a repetir. Nunca debes salir sin avisarme. ¿Entendido?

—Entendido, doña Ramona.

La implacable mujer la observó de arriba abajo.

—Veo que te queda muy bien la ropa de Viviana. Tienen casi el mismo cuerpo, claro, ella es más fina y delicada que tú. Su anatomía es más perfecta.

—La diferencia entre ambas, Ramona, es que Julia tiene un cuerpo natural. Viviana se operó hace dos años en Colombia de pies a cabeza para conseguir esa figura envidiable que tiene.

—No seas indiscreto, Gerardo —ordenó fulminante y con tono helado la madre de Daniel.

Don Gerardo cayó en cuenta de su metedura de pata y bajó la mirada. Julia tuvo que disimular una sonrisa. Doña Ramona había querido restregarle en la cara que Viviana tenía mejor cuerpo, pero resultaba que la joven modelo lo había conseguido gracias a la ayuda de un cirujano.

—Sube a tu cuarto y quédate allí hasta la hora del almuerzo, Julia.

—Señora, ¿puedo ir a la biblioteca a buscar un libro? Me gusta mucho leer y así no me aburro sin hacer nada.

Ramona y su esposo intercambiaron una fugaz mirada de tensión. La matriarca dio unos pasos.

—Ya sabes que no me gusta que nadie pise la biblioteca —replicó doña Ramona.

—Por eso le estoy pidiendo permiso.

—Yo me encargaré de buscarte un buen libro.

—Gracias, don Gerardo.

—¿Qué tipo de lectura te gusta?

—Variada, pero sobre todo me gustan los libros de historia, o las grandes biografías.

—Perfecto —convino don Gerardo—. Buscaré para ti biografías de los políticos más influyentes de este país. Eso te ayudará en tu futuro desempeño como esposa de Daniel.

—Gracias, señor. Le agradezco su amabilidad.

Julia subió las escaleras desapareciendo de la vista del matrimonio. Doña Ramona dedicó una mirada de fuego a su marido. Gerardo, nervioso, bajó los ojos una vez más y salió presuroso para la biblioteca antes de que ella lo reprendiera.

En uno de los café de moda en South Beach que solían frecuentar Viviana y su amiga Kitty, bebían un té verde cada una.

Kitty, ya al tanto de todo, preguntó sorprendida:

—¿De verdad piensas eliminar físicamente a la balseira?

—Claro que sí, Kitty.

—Ten mucho cuidado, Vivi. Puedes terminar el resto de tu vida en la cárcel, o lo que es peor: muerta. Recuerda que en Florida existe la pena de muerte.

—No voy a ser yo quien se manche las manos de sangre.

—¿Quién entonces? ¿Vas a contratar un asesino a sueldo?

—No —sonrió diabólica y con un plan ya trazado en su mente. En su alma ardía la llama de los celos—. Daniel es mío y va a pertenecerme. Voy a matar dos pájaros de un solo tiro.

—De verdad no estoy entendiendo nada.

—Si Daniel no se enamora de mí, tampoco será feliz junto a Julia. Voy a utilizar a mi esposo Jorge Ignacio en mi plan. Será él quien se encargue de eliminar a la chusmita. Muerta ella, Jorge Ignacio irá a la cárcel y yo quedaré libre para ser feliz junto a Daniel.

Julia acabó de bajar las escaleras. Venía en busca de don Gerardo. Él había prometido darle algunos libros para leer y no lo había hecho. Ya había transcurrido más de una hora desde que ambos hablaron allí en la sala en presencia de doña Ramona. Se preguntó si el padre de Daniel estaría en la biblioteca eligiendo los libros para darle. Dio vuelta sobre sus propios pasos y se dirigió de nuevo a las escaleras para subir y seguir esperando en su habitación, pero la curiosidad se hizo presa de ella. Se detuvo en seco, miró hacia todos lados para asegurarse de que estaba sola. Al comprobar que nadie la veía, se dirigió con paso rápido hacia la puerta cerrada de la biblioteca. Tocó suavemente la hoja de madera. No obtuvo respuesta. Esperó unos segundos y volvió a tocar. Nuevamente, no hubo respuesta. Decidida, Julia abrió lentamente la puerta y entró.

La biblioteca estaba completamente sola. Era un lugar muy amplio e inmaculado. Con cientos de libros. Ya había estado allí, ya sabía cómo era aquel sitio, pero ahora lo observaba con gran curiosidad. Las cosas prohibidas siempre eran tentadoras. Cerró la puerta y avanzó. El Picasso que ocultaba el botón que daba acceso al pasadizo secreto estaba colgado en su lugar en la pared. Julia jamás se hubiese imaginado que tras ese cuadro habría un botón misterioso. Avanzó unos pasos mirando todo, cargada de máxima curiosidad. La biblioteca le parecía un lugar normal, no entendía el empeño de doña Ramona en que nadie la visitara.

De pronto, le pareció oír a alguien llorar. Era un llanto lejano, casi imperceptible. Agudizó el oído. No lograba descubrir de qué lugar provenía el apagado sonido. Dio unos pasos. Volvió a escuchar aquel llanto misterioso. Era una mujer la que lloraba, no le cabía la menor duda.

«¿Quién llora? ¿De dónde proviene ese llanto? ¿Por qué se oye tan lejano?», se preguntó extrañada, tensa.

El llanto misterioso enmudeció y no volvió a escucharse más. Julia sentía los nervios a flor de piel. No estaba segura de si el llanto había sido real o de si lo había imaginado. La puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Julia, aterrada, se volvió; estuvo a punto de gritar asustada, pensando que ante ella estaría doña Ramona. Respiró aliviada al ver que allí estaba Nancy.

—¿Qué hace aquí, señora? Si doña Ramona la descubre entrando a este lugar, le va a armar tremendo zaperoco.

Nancy saltó hacia Julia, la tomó con firmeza por la muñeca derecha y la sacó de allí de un tirón, cerrando la puerta con la punta del pie. Nancy corrió hacia el jardín sin soltar a su patrona. No pararon su carrera hasta no sentirse seguras. El aire caliente del verano las golpeó en el rostro.

—No debe volver a entrar a la biblioteca o se va a meter en un bochinche —le aconsejó, respirando agitada la criadita venezolana.

—Gracias, Nancy. Tienes razón, pero es que me estaba matando la curiosidad. Quise volver a entrar para ver por qué doña Ramona se empeña tanto en que nadie pise ese lugar. No tiene nada de especial.

—Necedad de la doña. Es muy necia, muy necia.

—Aunque... —lo dejó así.

—¿Qué? —preguntó Nancy son curiosidad—. ¿Descubrió algo especial en la biblioteca? ¿Algún muerto enterrado?

—¿Qué muerto enterrado ni qué ocho cuartos? —rio Julia ante la fértil imaginación de la criadita. Luego se puso muy seria—. Me pareció oír un llanto lejano, muy lejano.

—¿El llanto de un difunto? —preguntó Nancy asustada y con los ojos abiertos como platos.

—Y dale con los muertos. No, Nancy, nada de llantos de fallecidos. Además, ¿de dónde sacas tú que los muertos lloran?

—¿Usted no ha escuchado el cuento de la Llorona? —recordó aterrada—. La Llorona siempre lloraba en las noches.

—Esas son leyendas populares. Pero, en serio, me pareció escuchar un llanto lejano en la biblioteca. Era como un llanto que venía de detrás de las paredes.

—Ay, virgencita mía, ¡yo me muero! ¡Le tengo mucho miedo a los espantos y los aparecidos!

Nancy, verdaderamente asustada, se persignó varias veces para espantar todo lo malo.

—Yo creo que hay que echar agua bendita en esa biblioteca. Con el agua bendita se va todo lo negativo, señora.

—No estoy segura de haber escuchado o no el llanto. A lo mejor lo imaginé. Estaba muy nerviosa y asustada de ser descubierta por mi suegra. Sí, definitivamente imaginé ese llanto.

—Ojalá solamente haya sido su imaginación. Yo me moriría tesa si existiera una muerta detrás de las paredes. No, qué va, mejor voy para mi cuarto a buscar mi crucifijo para colgármelo y así protegerme. Permisito, señora. Y si se quiere evitar un rollo bien grande con doña Ramona, no vuelva a entrar a esa biblioteca. —Se alejó la joven tras el consejo.

Julia quedó llena de dudas. ¿Había escuchado verdaderamente aquel llanto o simplemente lo había imaginado?

—Maldita loca... ¡Maldita!

Doña Ramona Vásquez de Armenteros zarandeaba con fuerza a la indefensa mujer que estaba frente a ella en el sótano escondido que quedaba bajo la biblioteca de la mansión. Un sótano lúgubre y oscuro, con fuerte olor a humedad. Un sótano mandado a construir especialmente para ocultar allí a una persona. Solamente ella y su esposo don Gerardo sabían de la existencia de aquel lugar. El largo pasadizo secreto que estaba detrás de la pared corrediza de la biblioteca

desembocaba en unas escaleras, las cuales comunicaban con aquel sótano que, a su vez, era una especie de habitación con sala de estar y un pequeño baño. En aquel siniestro lugar de paredes sucias y manchadas no entraba jamás la luz del sol, carecía de ventanas. Todo eran penumbras y apenas el lugar se iluminaba con una pequeña lámpara de aceite.

—Te odio, ¡siempre te voy a odiar! ¡Nunca te voy a perdonar! —juró doña Ramona.

El odio de la matriarca era genuino, y lejos de menguar con el paso de los años, se había acentuado. Sacudía fuertemente a la indefensa Antonieta, la cual no se defendía; había sufrido constantes golpes y vejaciones desde que fue encerrada allí, aislada del mundo. Antonieta era un ser desvalido, víctima de un desprecio atroz por parte de Ramona. La expresión de su rostro era triste y ajena. Se notaba que no era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Las garras de la locura habían hecho presa de ella. Aunque Antonieta era dos años menor que Ramona, la mala vida, los años de encierro y el sufrimiento la habían envejecido prematuramente. La dama de hierro disfrutaba atormentándola y con ojos resplandecientes de odio se disponía a maltratarla una vez más.

—¡Por tu culpa su amor nunca fue mío! ¡Por tu culpa solo se casó conmigo porque lo obligué!

—¡Basta, Ramona! ¡Suéltala!

La aparición precisa de don Gerardo bajando las escaleras apresuradamente evitó que doña Ramona descargara una lluvia de cachetadas sobre el rostro de la indefensa demente.

—Déjame sola, Gerardo. ¡Vete!

—No. Ni voy a marcharme ni te voy a permitir que vuelvas a maltratar a Antonieta.

—¿Te me enfrentas? ¿Te atreves?

—Sabes que no me gusta que discutamos, sabes que jamás te llevo la contraria y me someto a tus órdenes y caprichos, pero por ella...

—Por ella eres capaz de enfrentármeme —escupió con odio—. Por ella eres capaz de desafiarme. La sigues amando, a pesar de los años transcurridos, la sigues amando.

La mujer de hierro soltó con desprecio a la indefensa Antonieta, quien estuvo a punto de caer al suelo. Don Gerardo la sujetó a tiempo, evitando su caída.

—Apiádate de ella, te lo suplico.

—Nunca voy a sentir piedad por Antonieta. Solo odio, ¡el más grande de los odios!

—Vas a terminar enloqueciendo, Ramona.

—¿Enloquecer yo? —rio despectiva—. Aquí la única demente es ella. Ese fue su castigo, enloquecer, perder para siempre la razón por haberse interpuesto en nuestro camino.

—No seas injusta, Ramona —suspiró con dolor y tristeza el hombre recordando el pasado—. Sabes bien que...

—¡Cállate! No te atrevas a decir nada en favor de ella. Hubiera sido mejor que Antonieta muriera.

—Debí ser yo quien perdiera la vida —exclamó con los ojos arrasados en lágrimas y llenos de dolor.

—Vete, Gerardo. Déjame sola con ella.

—No. No voy a moverme de aquí. No te voy a dar el gusto de que vuelvas a maltratarla. Aunque para el mundo Antonieta está muerta, nosotros sabemos que vive y que es la verdadera y auténtica dueña de todo esto.

—¡Cállate!

—Sí, ¡la única y verdadera dueña! Aunque te niegues a reconocerlo, aunque no quieras aceptarlo, aunque te consuma el odio y la envidia; la dueña de la fortuna, la dueña de los bancos familiares, la dueña de esta mansión ¡es ella! ¡Antonieta!

Las palabras firmes de Gerardo hicieron estremecer a la diabólica mujer. Su alma llena de odio tembló ante la firmeza de él. El hombre rompió a llorar, atormentado, impotente por no haber podido evitar lo sucedido hacía tantos años. Se sentía miserable por no hacer nada para evitar todo lo que seguía sucediendo en aquel sótano oscuro, que era una especie de cárcel para la desvalida Antonieta. Doña Ramona se marchó de allí subiendo las escaleras lentamente y desapareció por el largo pasadizo del túnel que comunicaba directamente con la biblioteca de la mansión.

Don Gerardo, al quedar solo ante la enferma mental, se arrodilló ante ella y lleno de amor y con el rostro empapado en lágrimas tomó las manos de la infeliz.

—Perdón, Antonieta, ¡perdón!

La pared de grandes libros nuevos y antiguos que comunicaba con el pasadizo oculto se recorrió. De su interior, como viniendo de las profundidades del mismísimo infierno, surgió doña Ramona. Una expresión de odio desdibujaba su rostro. Oprimió el botón oculto tras el Picasso y aquella entrada misteriosa volvió a cerrarse. Colgó el cuadro nuevamente en su lugar y salió de la biblioteca, cerrando la puerta. La altiva mujer atravesó la sala de la mansión y se encontró de frente con Julia, que la esperaba.

—Doña Ramona.

—Ahora no puedo hablar contigo, Julia —cortó seca, aún estremecida por la escena del sótano.

—Pero yo...

—Hablares más tarde o mañana.

—Pero es que...

—¡Más tarde o mañana, te dije!

Julia se quedó allí un momento, sorprendida. Era la primera vez que escuchaba a su suegra alzar la voz y perder el control que la caracterizaba.

—Disculpe, no quise importunarla.

Pero ya doña Ramona había comenzado a subir las escaleras desapareciendo en las alturas. En ese momento, su celular comenzó a sonar. Julia, llena de impaciencia, respondió sin mirar la pantalla.

—¿Daniel, eres tú? ¿Eres tú, mi amor?

—*Hello*. Soy Jorge Ignacio, cuñadita bella.

Julia Alcántara sintió que la cabeza le daba vueltas al escuchar su voz.

—Estoy solo en mi cuarto. ¿Por qué no vienes a visitarme? Nadie se enterará aquí en la casa. Tenemos tanto de que hablar.

—Al contrario, ¡nada tenemos que decirnos!

Ella colgó la llamada y fue a sentarse en el amplio sofá. Lucía descolocada, conmovida, pues no se esperaba esa llamada de Jorge Ignacio.

Cuatro días transcurrieron hasta que finalmente Julia pudo hablar con su suegra. Ambas mujeres se encontraban frente a frente. Julia llevaba un hermoso vestido rosado heredado de Viviana. La joven esposa de Daniel tenía los negríssimos cabellos recogidos y el rostro completamente al natural, sin una gota de maquillaje.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Julia? —preguntó altiva la matriarca.

—Han pasado cuatro días desde que usted me prometió comenzar las clases para irme preparando y nadie ha venido a enseñarme nada. Y tampoco he podido hablar con Daniel desde que se fue.

A ellas se unió Vivi. Ambas rivales se miraron por un instante, desafiantes. Viviana lucía regia, con un ajustado pantalón negro y una blusa blanca de mangas largas. Unas hermosas botas hasta más arriba de la rodilla, de tacón de aguja, y que lucía por fuera del pantalón. Maquillada de manera perfecta, con unos llamativos y caros pendientes de perlas negras que hacían juego con su reloj y sus anillos. Eran tan distintas... Era como si cada una representara mundos opuestos.

—Tus clases han tenido que ser suspendidas por motivos de fuerza mayor —mintió Ramona—. Estoy reorganizando todo para comenzar cuanto antes. Respecto a Daniel, si no se ha comunicado contigo, es porque su trabajo lo tiene totalmente absorto. No te vayas a convertir en ese tipo de esposas encajadas que llaman al marido mil veces al día.

—No pretendo distraerlo de sus obligaciones, pero no es lógico que no hayamos hablado ni una sola vez desde que se marchó.

—Aprende a ser independiente, querida. En pleno siglo veintiuno no puede ser que todavía existan mujeres que no sean capaces de no depender del marido —la voz de Vivi sonó irónica e hiriente.

—Nadie te invitó a ser parte de esta conversación, Viviana —replicó Julia con la misma ironía.

—Vaya, Ramona, es evidente que urge que Julia empiece con sus clases. Es bastante grosera en su manera de responder —volvió a usar su tono irónico.

Rio y su risa cínica se escuchó en cada rincón de la sala. Doña Ramona sonrió, era evidente que disfrutaba de aquel duelo verbal donde Viviana iba ganando.

—Tú y Viviana deberían salir a pasear juntas. Vivi es una chica muy fina, de mucho mundo, de mucha clase. Junto a ella aprenderías muchas cosas, sobre todo el modo de comportarte.

—Prefiero quedarme en mi habitación leyendo, señora. Ya terminé los libros que me dio don Gerardo. Me gustaría que me dieran otros. Disfruto la lectura más que andar por la calle en paseos frívolos —disparó Julia con sarcasmo.

—La balserita sabe defenderse —respondió Vivi.

—Mi nombre es Julia. Te pido que te ahorres los motes cuando te dirijas a mí.

—¿Te sientes muy orgullosa del pasado de tu familia? ¿Te parece heroico que hayan llegado a este país en balsa?

—No solamente me parece heroico, sino que además me parece valiente. Y sí, me siento muy orgullosa de que mis padres y abuelos llegaran en balsa a Estados Unidos.

—Yo, por el contrario, sentiría vergüenza ante un hecho semejante.

—No me extraña para nada, Viviana. Eres fatua y vacía.

Viviana se irguió todo lo alta que era. Era evidente que Julia sabía cómo contraatacar.

—Deberías borrar de tu memoria esos recuerdos sobre tu familia que te llenan de orgullo. Los cubanos solo vienen a este país para disfrutar de los beneficios que les ofrece el gobierno. Por lo general, son gentuza.

—Los cubanos no son gentuza, ¡son personas trabajadoras y honradas! —exclamó entre lágrimas.

—¿Tan trabajadores como tú que solamente te casaste con Daniel para salir del chiquero donde vivías? —preguntó burlona.

Una fuerte bofetada cruzó el rostro de Viviana. Julia temblaba de ira mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Julia! —exclamó doña Ramona horrorizada y verdaderamente impresionada.

—¡Me pegó! ¡Esta salvaje se atrevió a pegarme!

—Y lo volveré a hacer si te atreves a ofenderme a mí o a los míos.

—Te exijo que le pidas disculpas a Viviana inmediatamente.

—No pienso hacerlo, señora.

—Pero ¿te atreves a contradecir una orden mía?

—No, por supuesto que no. Para nada estoy contradiciendo una orden suya, simplemente, que como mis clases para reeducarme y enseñarme a comportarme no han comenzado, todavía no sé cómo hacerlo. Le pediré disculpas a Viviana cuando ya sea una mujer tan «fina y exquisita» como ella.

—Te vuelvo a exigir que te disculpes.

—No lo haré —insistió llena de aplomo.

Julia se dirigió a las escaleras y subió desapareciendo.

—Me abofeteó, Ramona. Esa bruta se atrevió a pegarme en la cara. —Vibró de ira y con la mejilla golpeada ardiéndole como si mil agujas la pincharan a la vez.

—Despiértate, estúpido, ¡despiértate!

Viviana zarandeo con furia a Jorge Ignacio, que dormía en su cama completamente desnudo. Los gritos y las sacudidas lo despertaron. Un fuerte dolor de cabeza lo atacó en el mismo instante que abrió los ojos.

—Ey, ¿qué te pasa? ¿Te volviste *crazy*, chica?

—Sí, loca de rabia, loca de impotencia, ¡loca de furia por lo que me hizo esa ordinaria que en mala hora se cruzó en nuestro camino!

—¿Puedes bajar la voz? Me va a explotar la cabeza —se quejó él incorporándose en la cama.

—¿Cómo no te va a doler la cabeza si llegaste completamente borracho cuando ya estaba amaneciendo? ¡Es que no sirves para nada! Solo sabes beber y drogarte, ¡eres un inútil!

—Ah, no, para ahí el sermón, Vivi. Tú nunca me has reclamado por mis juergas; ¿a qué viene ahora la descarga?

Jorge Ignacio se levantó exhibiendo en plenitud su desnudez y fue al baño en busca de un par de aspirinas para el dolor de cabeza.

—Ten la decencia de vestirme —le reclamó ella vibrante de furia.

—No creo que vayas a ver nada que no hayas visto antes, esposita linda —se rio muy cínico desde el baño.

—Ya es hora de que te cobres lo que te hizo la cubana.

Jorge Ignacio salió del baño tras tomarse las aspirinas. Recogió del suelo su ajustado bóxer color negro con estrellas rojas y se lo puso, cubriendo sus partes íntimas. Intrigado por las palabras de su esposa, encendió un cigarrillo al tiempo que le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que me las tengo que cobrar?

—Esa mujercita infernal se atrevió a despreciarte. Prefirió a tu hermano antes que a ti. Te dio plantón, queridito. ¿Dónde está tu orgullo de macho? Tienes muy bien ganada tu fama de bestia semental, nunca se te escapa ninguna, todas pasan por tu cama y caen rendidas a tus pies, pero resulta que la balserita se dio el lujo de mandarte a volar.

Jorge Ignacio dio una calada a su cigarrillo, mirando fijamente a su esposa. Luego, expelió el humo.

—¿A dónde quieres llegar, Vivi?

—Esa maldita mujer acaba de darme una cachetada abajo en la sala.

—¿Qué? ¿Te pegó? —preguntó impactado al tiempo que rompía a reír.

—¡No te rías, imbécil! —volvió a estallar ella con aquella furia que la consumía.

—*Okey, okey* —trató él de contener la risa—. ¿Y por qué te pegó Julia?

—Porque es una salvaje. Le dije un par de cosas sin importancia que no le gustaron y reaccionó como reaccionan las mujeres de los barrios y sin educación: ¡pegándome! ¡Y en la cara! Imagínate, ¡se atrevió a pegarme en la cara, yo que me la cuido tanto!

—Vaya, vaya, con la esposita de Daniel —volvió a reír él al tiempo que aplastaba la colilla de

su cigarrillo en el marco de la ventana, que luego abrió. Jorge Ignacio arrojó el resto de su cigarrillo al jardín.

—Tienes que cobrarte el desprecio que te hizo. Deberías actuar antes de que vuelva tu hermano de su gira.

—Cuando dices «actuar», ¿a qué te refieres exactamente, Vivi? —interrogó él mirando a través de la ventana.

—Ella te despreció. ¿Vas a quedarte de brazos cruzados? Tómala a la fuerza.

Jorge Ignacio se volvió hacia ella, sonrió canalla, infame.

—Eres terrible, esposa linda. ¿O sea que me estás aconsejando que aproveche la ausencia de mi hermanito para divertirme con su mujer?

—Exactamente. Obvio, ella no se te va a entregar por las buenas, pero ya te encargarás tú de obligarla.

—Nada me gustaría más. El problema es que, si Daniel se entera, va a retorcerme el cuello y ni mamá ni papá van a poder ayudarme.

—Te largarás de viaje antes de que él vuelva. Tras una temporada larga volverás y ya los ánimos de Daniel se habrán calmado. Las buenas familias olvidan y sepultan los escándalos.

—Julia es una fiera y te lo acaba de demostrar. Es capaz de sacarme los ojos si la fuerzo.

—Eres hombre, Jorge Ignacio, y más fuerte que ella. No estaría de más que esa resultara mortalmente herida.

—Ah, no, no, no... Una muerte ya son palabras mayores —dijo sonando como un latigazo.

—Cobarde —siseó. Echando fuego por los ojos, Viviana se dirigió hacia la puerta. La abrió para salir, pero antes se volvió hacia su marido—. Cóbrate el desprecio que te hizo esa mujer. Hazme caso, cóbratelo antes de que vuelva Daniel.

Tras esas palabras, Viviana desapareció cerrando la puerta. Jorge Ignacio quedó sintiéndose retado en su orgullo de macho.

Siempre que don Gerardo Armenteros bajaba al lúgubre sótano, donde estaba oculta y encerrada la demente y desvalida Antonieta, lo asaltaban los mismos recuerdos del pasado. Siempre, con la misma fuerza de ahora, trataba de olvidarlos mientras se llevaba las manos a la cabeza con desesperación.

—Antonieta... mi amada Antonieta...

La sufrida mujer despertó abriendo los ojos. Lo vio y le sonrió con aquella sonrisa estúpida, con una expresión de no saber dónde estaba ni qué la rodeaba o quién la acompañaba.

—Eres bueno. Tú eres bueno. Tú no me pegas como ella. Ella es mala, muy mala... —susurró con miedo y los ojos muy abiertos, buscando con la mirada llena de terror a doña Ramona.

—No tengas miedo, Antonieta. Ramona no está aquí. Estamos solos tú y yo, y voy a cuidarte.

Antonieta se levantó del catre que hacía las veces de cama y dio unos pasos. Ahora parecía no reparar en la presencia de don Gerardo. Él la amaba con todas sus fuerzas y durante todos los años que ella llevaba allí encerrada la había cuidado y alimentado.

—¿Quieres que te cuente alguna historia bonita de esas que tanto te gustan, Antonieta? —interrogó dulce y lleno de amor. Ella, sin recuerdos, no respondió.

—¿Quién soy yo? ¿Cómo me llamo?

Don Gerardo la miró con infinita lástima. Ella lucía vieja y desvalida, los años de encierro la habían envejecido mucho, su pelo estaba todo plateado.

—¿Dónde está Gerardo? ¿Por qué no se casó conmigo? El prometió ser mi esposo... ¿Dónde está Gerardo?

El atormentado don Gerardo fue hasta ella y tomó dulcemente sus manos.

—Yo soy Gerardo. Trata de recordar, por favor. Trata de recuperar tus recuerdos.

Ella se echó a llorar. Algún recuerdo tristísimo se hacía presente para atormentarla. Antonieta volvió al catre y se sentó.

—En el banco hay mucho trabajo, ¿sabes? —dijo él para distraerla—. Todos los días hay clientes pidiendo préstamos para comprar casas nuevas o para emprender un negocio. Cuando algún día te cures y tu mente esté completamente bien, voy a llevarte al banco.

A medida que él le seguía contando cosas, Antonieta dejó de llorar. Su vista se clavó al frente, en un punto cualquiera. Nuevamente, se hundió en el mutismo; su mente quedó en blanco. Luego de pasar tres largas horas allí con ella, finalmente Gerardo se despidió.

—Ya tengo que irme, Antonieta. Ramona detesta que pase tanto tiempo aquí contigo.

Antonieta meneó la cabeza. Era evidente que estaba sumida en un mundo de sombras. Gerardo la miró por última vez con lástima y avanzó hacia las escaleras.

—Si lucharas por recuperar tus recuerdos, si hicieras el esfuerzo por volver a ser la misma de antes, aquella hermosa muchacha a la que tanto amé... Cuánto daño nos hizo Ramona. De qué manera tan infame destrozó nuestras vidas, sobre todo la tuya. Perdóname, Antonieta. Perdóname por no haberte sabido defender.

Gerardo subió lenta y pesadamente las escaleras. Antonieta de nuevo quedó sola allí, en lo que era su pequeño mundo, su prisión.

El día amaneció oscuro y lluvioso. Julia miraba las gotas caer a través del cristal de la ventana de su habitación. Seguían pasando los días y nada que Daniel la llamaba. Cada vez que ella le marcada a su celular le respondía la contestadora. Ella no podía entender esa indiferencia de su esposo. Estaban recién casados, pero a Daniel parecía no importarle. Era evidente que le interesaba más su trabajo que ella. Los días se le hacían largos y monótonos. Las clases que le habían prometido no iniciaron nunca. Jamás acudió ningún profesor a la mansión. Tampoco le habían vuelto a dar más libros para leer. Quizás doña Ramona se lo había prohibido a su esposo.

La muchacha desayunaba, almorzaba y cenaba sola allí en su cuarto. Las únicas veces que conversaba en el día era cuando la simpática Nancy entraba para asear el lugar.

—Hola, cubanita hermosa —saludó Jorge Ignacio entrando a la habitación y cerrando la puerta. Ella se volvió asustada hacia él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Eres mi cuñadita y pasan y pasan los días, y no nos vemos. Me gustaría que olvidaras tu rechazo y mala voluntad hacia mí y empezáramos a tratarnos como familia. Hay que olvidar el pasado.

—Fuera de mi cuarto. Me desagrada tu presencia. —El rostro de Julia expresó total desagrado hacia él.

—¿Quieres decirme qué te pasa? Estoy aquí para que hagamos las paces. No puedes portarte tan grosera conmigo. Te estoy ofreciendo mi amistad.

—Amistad que no me interesa para nada.

Ella, pasando por su lado, se dirigió hacia la puerta para salir, pero Jorge Ignacio la detuvo firmemente sujetándola por un brazo.

—¡Estoy harto de tus desplantes! ¿A qué viene el sentirte tan superior a mí?

—¡No seas cínico! —intentó soltarse de él sin lograrlo.

—¡Basta! ¡Deja de portarte como una fiera! —cortó Jorge Ignacio indignado—. ¡No voy a tolerarte ni un desprecio ni un desplante más!

Julia forcejeó para soltarse de él. Hizo un esfuerzo para no gritar y así no armar un escándalo en la casa. Demasiado conocía el carácter y los alcances de él. Lo sabía capaz de cualquier baja. Jorge Ignacio la tomó violentamente por la cintura y la pegó con fuerza contra su cuerpo. Sus bocas quedaron una muy cerca de la otra, a punto de rozarse. Cuando él le habló, ella pudo sentir su aliento.

—Déjame besarte igual que antes, Julia. ¡Me quedé con ganas de ti!

—¡Asqueroso! ¡Suéltame!

—¿Por qué me odias tanto? —preguntó cínico y sujetándola más fuerte—. ¿De verdad pensabas que una cualquiera como tú iba a llegar a convertirse en mi esposa? ¡No le llegas ni a la suela de los zapatos a Viviana! Lo único que me interesaba de ti era llevarte a la cama y gozar de tu cuerpo.

—Eres repulsivo. ¡Suéltame! ¡Te digo que me sueltas!

La lucha se hizo más violenta entre ellos. Julia logró empujarlo con gran fuerza, librándose de él. Trató de huir hacia la puerta, pero Jorge Ignacio de un salto se lo impidió. Estaba allí atrapada. A su merced.

—No me obligues a gritar. No quieras que arme un escándalo.

—Entiende que no puedo pensar en ti como mi cuñada. Me sigues gustando mucho y te deseo. ¡Cada día te deseo más! —siseó jadeante, lleno de deseo hacia ella—. En los días de lluvia como

hoy me encanta hacer el amor. Anda... vamos a quitarnos la ropa y nos metemos juntitos en la cama. Hago el amor mejor que mi hermano.

—¡Cállate! ¡No nombres a Daniel! Él es un hombre de verdad, ¡no un cobarde como tú!

Él se le acercó más. Ella retrocedió un par de pasos, muy asustada y jadeante.

—Nadie tiene que enterarse de lo nuestro, Julia. En las noches, cuando todos duermen, yo puedo visitarte aquí. Tenemos que aprovechar estas semanas que faltan para el regreso de Daniel.

—¿No te das cuenta de que lo que me estás proponiendo es sucio e inmoral? —interrogó asqueada—. ¡Soy la esposa de tu hermano!

—¡Fuiste mía antes que de él!

—¡Por suerte, nunca fui tuya! ¿No entiendes que me das asco? Vete, Jorge Ignacio. ¡Estoy dispuesta a gritar! ¡Vete!

Él la miró con profundo desprecio, pero a la vez con deseo insano.

—No me voy a quedar con las ganas de ti. Te lo juro —sentenció él. Luego, salió cerrando la puerta.

Julia respiró aliviada cuando por fin se quedó sola. Corrió a la amplia cama matrimonial y se tiró allí a llorar, estremecida.

Jorge Ignacio, tras salir del cuarto de Julia y Daniel, se dirigió a su propia habitación. Iba cargado de furia y casi corriendo. No estaba acostumbrado a ser rechazado por ninguna mujer. Entró a su habitación y tiró la puerta tan fuertemente que las paredes temblaron. Al fondo del pasillo, surgió la figura odiosa de Viviana, que desde su escondite había escuchado todo el enfrentamiento. Con sonrisa maligna, fue hacia la puerta del cuarto de Julia y entró sin tocar.

—¿Cómo te atreves a entrar sin tocar antes? —preguntó Julia indignada al tiempo que se ponía de pie y se secaba las lágrimas de un par de manotazos.

—Julia querida, ¿por qué luces tan agitada? ¿Qué es lo que te ha pasado? —fingió preocupación.

El cuerpo de Julia temblaba de pies a cabeza, presa de la impotencia. El corazón atormentado de la joven latía muy aprisa.

—Sal de aquí, Viviana. Quiero estar sola.

—Pero es que te veo muy afectada. ¿Qué te pasó? Puedes contármelo. No soy para nada rencorosa. Ya olvidé la bofetada que me diste. Te ofrezco mi amistad sincera.

—No me interesa tu amistad —rechazó Julia sin creer en la hipocresía de la otra.

—Eres rencorosa y eso no está bien, Julia.

—O te sales, o te saco —amenazó sin soportar su presencia.

Vivi se echó hacia atrás con rapidez. Ya había aprendido que Julia sabía defenderse muy bien.

—Bien, voy a hablarte sin caretas. Acabo de ver salir a mi esposo de este cuarto. ¿Desde cuándo lo recibes aquí?

—Jorge Ignacio entró sin mi permiso.

—Se me hace tan inmoral y feo que hayas sido de los dos hermanos... ¿No te sientes sucia? —
Hizo una mueca de desagrado.

—Cuando me casé con Daniel, no sabía que era el hermano de Jorge Ignacio. Lo sabes bien, fui engañada. Por lo tanto, no tengo por qué sentirme sucia. Nadie puede señalarme por algo que no sabía.

—Aun así, me parece repulsivo que hayas sido de los dos. Dime algo, ¿cuando haces el amor con Daniel no recuerdas a Jorge Ignacio? ¿No recuerdas sus besos, sus caricias? —interrogó inquisitiva.

—Daniel me hace sentir plena como mujer, completamente plena. Mis pensamientos solo le pertenecen a él. Solo lo deseo a él. Por suerte, no soy de las mujeres que aun casadas desean a otros hombres.

—Claro, eres tan santa, tan correcta, tan incapaz de una mala acción o un mal pensamiento —
dijo burlona.

—Búrlate todo lo quieras, pero es así.

—Conozco a Jorge Ignacio, no es de los hombres que se quedan con las ganas de nada. ¿No te besó ahora que estuvo aquí?

—Lo habría abofeteado, y ya sabes que soy experta dando bofetadas.

Julia miró fijamente a Viviana, quien volvió a retroceder dos pasos ante la velada amenaza.

—Dudo que mi esposo acepte que ahora eres su cuñada.

—¿Por qué no terminas de irte, Viviana? Es tan desagradable esta conversación, y más desagradable es tu presencia.

Vivi rio con malignidad y burla.

—Puedo imaginarme cómo se pondrá nuestra querida suegra si le cuento que Jorge Ignacio estuvo aquí. Es evidente que no le gustará.

—Si te da la gana, le puedes ir con el chisme. No me preocupa. No tengo nada de qué arrepentirme ni qué temer —desafió muy segura.

—Ya veremos cómo lo toma la loba mayor cuando le informe. —Avanzó y se detuvo en la puerta abierta—. Te regalo a Jorge Ignacio. No me interesa ni como hombre ni como esposo ni como nada. Puedes divertirte con él mientras vuelve Daniel.

—¿Sabías que eres muy desagradable?

—Me encanta caerte mal. Tú a mí me caes pésimo —sonrió odiosa y altiva, sin ocultar el odio que sentía por Julia.

Viviana salió con paso firme pero a la vez delicado, como si desfilara por una larga pasarela. Julia suspiró desagradada por haberla tenido que soportar.

Doña Ramona estaba sentada en su sillón favorito de la sala de la rica mansión. Se encontraba abriendo el correo amontonado, cuando Vivi apareció.

—Acabo de hablar con Julia.

—¿Te dijo si la ha llamado Daniel? Es raro que él no se haya comunicado con ella en tantos días —comentó sin dejar de abrir más cartas.

—Seguramente Daniel la ha llamado cientos de veces a su celular, pero la muy estúpida no se ha dado cuenta de que tiene el número de él bloqueado. Yo se lo bloqueé en un descuido.

Doña Ramona rio divertida.

—Excelente jugarreta, Vivi querida.

La *top model* se sentó ante su suegra, cruzando sus piernas elegantemente y poniendo expresión de ofendida.

—Hay algo que quiero comentarte, Ramona. Hace un rato Jorge Ignacio estuvo en el cuarto de esa mujer.

—¿Estás segura? ¿Fue por su propia voluntad o ella lo invitó? —preguntó alerta y desagradada.

—Para el caso es lo mismo. Lo que está mal es el hecho de que ellos estén juntos y a solas cuando hubo lo que hubo entre ambos. Si Daniel se entera, va a liarse a golpes con su hermano y eso hay que evitarlo.

La matriarca, contrariada, dejó los sobres sin abrir que reposaban sobre sus piernas encima de la mesita central.

—Definitivamente, Julia llegó a esta casa para acabar con la paz y ponernos a todos de cabeza.

—Se puso en pie.

—¿Vas a reclamárselo? —preguntó gozando anticipadamente.

—Primero voy a hablar con Jorge Ignacio para saber cómo fueron las cosas.

Doña Ramona entró directamente a la habitación de su hijo sin llamar. Jorge Ignacio, que miraba su *tablet*, alzó la mirada con sorpresa.

—Vaya, mami, estás olvidando tus buenos modales. ¿Dónde quedó eso de tocar la puerta antes de entrar?

—Déjate de jueguitos que no estoy de humor. ¿A qué fuiste al cuarto de Julia?

—¿Yo? —preguntó haciéndose el inocente.

Ella, malhumorada, le arrancó la *tablet* de las manos y la arrojó sobre la cama.

—No quieras jugar conmigo. Sé que estuviste en el cuarto de la cubana. Jorge Ignacio se levantó y asumió actitud de víctima.

—Ella me invitó. Me llamó al celular y me pidió que la visitara para hablar.

—¿Hablar sobre qué?

—Bueno, sobre ella y yo...

—Nada hay que decir entre ustedes. Eso se acabó. Ahora es la esposa de tu hermano mayor y para ti es una mujer prohibida. ¿Puedes entender eso? No quiero que Daniel vuelva de su campaña y se entere de tus visitas a su mujer. No quiero nuevas peleas entre ustedes. No quiero que, por tu culpa, ellos se muden de esta casa. Si se van, me va a ser imposible separarlos. ¿Qué pasó entre ustedes el rato que estuvieron a solas?

—Nada, *mom*. No me pidas detalles, yo soy un caballero —aseguró cínicamente.

—¿Intimaron? —quiso saber con tono de voz helado—. ¿Te acostaste con ella?

—Bueno, tanto como acostarnos no, pero sí hubo unos besitos y unas caricias y...

—¡Basta, Jorge Ignacio! —exigió asqueada—. ¿Es que no tienes moral?

—Pero, mamita, uno es hombre y si una mujer se me regala, pues... Y Julia está rica, las cosas como son.

—No seas desvergonzado y soez —exigió—. No me obligues a mandarte de viaje.

—¿Serías capaz de separarme de ti con lo que te quiero, mami linda? —preguntó manipulador y en papel de víctima.

—Prefiero tenerte lejos a ti antes que a ella. Ya te dije que no puedo permitir que se vaya de esta casa. La quiero aquí para seguir volviendo su vida y su matrimonio un infierno. Tengo que lograr que se divorcie de Daniel. Una vez que tu hermano esté libre de esa arrabalera de Hialeah, lo casaré con Samantha, la hija del senador Parker. Samantha sí es una muchacha de nuestra clase, a la altura de tu hermano. Además, políticamente a Daniel le conviene ese matrimonio. Te ruego que no me compliques las cosas, Jorgito. Tengo trazados mis planes y no voy a permitir que se me hundan por culpa de tu calentura.

—*Okey, mom, okey*. Entonces, dile a Julia que no me tiente, que no me invite a su cuarto. Ya te dije que uno es hombre y... —dejó sin concluir su cínica mentira.

—Ya pondré en su lugar a esa perdida.

Doña Ramona salió indignada de la habitación. Jorge Ignacio lanzó una carcajada, tomó su *tablet* y se tiró en la cama para seguir navegando en Internet.

Julia agarró su bolso y se dirigió hacia la puerta de su habitación para salir. Al abrirla, se encontró de frente con su suegra.

—¡Doña Ramona! —se sorprendió.

—¿Vas a salir?

—Sí, me aburro mucho aquí y decidí ir a pasar el resto del día con mi abuelo.

—Te dije que antes de salir tenías que pedirme permiso.

—No, no estoy obligada a pedirle permiso. No soy una cautiva en esta casa. Por cortesía, puedo informarle que pienso salir, pero obligada no estoy.

La matriarca entró al cuarto sin ser invitada.

—Aparte de seguirte comportando como una montuna y negada a mostrar educación, ahora recibes a mi hijo Jorge Ignacio aquí. ¿Piensas comportarte como una zorra?

—¡Señora! —exclamó impactada por el insulto no esperado.

—«Señora». Apréndete esa palabra: «Señora». Quiero que te comportes así mientras pertenezcas a esta familia —dijo como un témpano de hielo.

—No puede reprocharme nada. Es evidente que Viviana le fue con chismes y...

—En esta casa nadie anda con chismes —cortó firme—. Los chismes son para la gente sin clase, para los zánganos que nada tienen que hacer.

—Como sea, le repito que nada tiene que reprocharme. No sé qué le inventó Viviana, pero fue Jorge Ignacio quien entró aquí sin mi permiso. Fue él quien vino a hacerme proposiciones indecorosas. Y fui yo quien lo echó —se defendió llena de dignidad, conteniéndose para no llorar ante la implacable mujer.

—Claro, tú siempre eres la víctima. En esta casa todos somos malos y tú la inocente muchacha a merced de los perversos —ironizó mirándola con desprecio de arriba abajo.

Julia se quedó sin habla. Era evidente que la madre de Daniel la odiaba con todas sus fuerzas y no iba a creerle nada de lo que le dijera.

—Adiós —fue lo único que dijo Julia caminando hacia la puerta.

—No vuelvas después de las ocho. A esa hora se sirve la cena y si llegas tarde, te quedarás sin cenar.

—No se preocupe, señora, cenaré con mi abuelo. Y como soy una adulta y aquí nadie va a imponerme horarios, volveré a la hora que yo considere conveniente.

—Te equivocas. Esta es mi casa y mientras estés bajo mi techo te someterás a mis órdenes y horarios.

Julia se contuvo, se mordió la lengua y salió de allí apurada, con las lágrimas luchando por escapar de sus ojos.

En el *lobby* del lujoso hotel Fontainebleau de Miami Beach, Bruno, el millonario amigo de Jorge Ignacio, revisaba su iPhone mientras esperaba. El lugar, como era habitual, estaba lleno de gente que iba y venía. Ante él apareció Vanessa, una despampanante mujer de raza negra de uno ochenta y tres de estatura y cuerpo de escándalo. No parecía prostituta. Usaba una llamativa peluca larga hasta la cintura de color blanco como la nieve.

—Hola. Soy Vanessa —se presentó ella con bonito acento dominicano.

Bruno se puso de pie impresionado ante aquella hembra.

—Sígueme.

Ambos atravesaron el amplísimo *lobby* en dirección a los ascensores.

Bruno tocó un par de veces con sus nudillos la puerta de la habitación 1204.

—Pasa —respondió Jorge Ignacio desde el interior.

Bruno abrió y con un gesto amable hizo pasar a la prostituta dominicana. Jorge Ignacio estaba parado junto a la ventana. Llevaba puesta la bata del hotel.

—Te presento a Vanessa, güey. Y aquí está lo que me encargaste —metió su mano en el bolsillo y sacó una bolsita llena de cocaína—. De la mejor calidad, superpura.

—*Thanks*, Bruno. Ahora lárgate —le ordenó tras agarrar la bolsa con la droga.

Bruno salió cerrando la puerta. Jorge Ignacio quedó solo con la guapísima negra.

—¿*Cocaine*?

—Me encanta la coca —sonrió ella seductora—. ¿Me voy desnudando mientras preparas las líneas?

Y sin esperar respuesta, Vanessa empezó a quitarse la ropa.

—Quítate también la peluca.

—Pero...

—Quítatela —ordenó seco—. Me gusta el pelo negro.

Ella obedeció y se quitó la larga y blanca peluca que depositó suavemente sobre una silla.

—Acércate, Julia.

—Vanessa, primor. Mi nombre es Vanessa.

—Esta noche te llamas Julia, y vas a decirme que me amas, que me amas solamente a mí y que odias a Daniel.

—Sí, papito rico, te amo a ti. Soy tu Julia y solo te amo a ti. A Daniel lo odio.

Juntos esnifaron una línea de cocaína al mismo tiempo.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Julia se quedó paralizada apenas entró en su habitación. No podía creer lo que estaba viendo. Abrió la boca presa de la más grande de las sorpresas.

—¡Nancy! ¡Nancy, ven rápido!

Unos minutos después apareció Nancy.

—¿Que desea, seño...? —se cortó en seco al ver todo aquel ambiente.

—¿Quién hizo eso, Nancy?

—No lo sé, señora —exclamó la menuda criadita totalmente estupefacta.

Ante ambas, estaba tirada por toda la habitación la ropa que Viviana le regalara a Julia. Todo estaba cortado a tijeretazos, destrozado. Ni una sola de las piezas podía salvarse. Toda la ropa estaba hecha jirones.

—¿Quién entró a mi cuarto en mi ausencia?

—No lo sé, señora Julia. Yo estuve muy ocupada en la cocina junto a las otras empleadas.

—Destrozaron toda la ropa que Viviana me regaló. ¡Nada sirve!

—¿Pero por qué hicieron eso?

—Doña Ramona me ordenó que no volviera después de las ocho y ya son las diez treinta.

—¿Quiere usted decir que fue la doña quien le cortó toda su ropa por haberla desobedecido?

—Ramona o Viviana. Cualquiera de las dos fue la culpable.

—¿Desea más jugo de naranja, doña Ramona?

—No, Raíza, es suficiente.

—Bueno, ya me marchó. Hoy tengo un día muy ajetreado en el banco.

—¿Vendrás a almorzar, Gerardo?

—No, no, me es imposible. Tengo un par de reuniones muy importantes con varios inversores.

—Quizás pase por el banco esta tarde, querido suegro. Necesito que me asesores sobre cómo invertir cierta cantidad que no sé qué hacer con ella.

—Será un placer, Vivi. Las tasas bancarias están aumentando y es buen momento para poner a producir el dinero. Bueno, ahora sí me voy. Fue un placer desayunar con ustedes.

—Buenos días —saludó Julia acercándose a la mesa del jardín donde los otros tres desayunaban.

Doña Ramona no pudo evitar endurecer su expresión, ya altanera, al ver aparecer a la esposa de Daniel. Sus ojos brillaban de malvado odio. Vivi, por su parte, disimuló una sonrisa de gozo infame al ver a Julia vistiendo otra vez sus ropas humildes.

—Buenos días, Julia —saludó cariñoso don Gerardo.

—Llegas tarde. Ya acabamos de desayunar. Si quieres hacerlo, ve a la cocina y desayuna con las sirvientas y el chofer.

—Se equivoca, señora. No quiero desayunar con ustedes. Solamente quería decirles que esta casa me resulta repulsiva. Hay demasiado odio y ruindad entre sus paredes.

El tono fuerte y firme de Julia hizo reaccionar a los presentes con gran sorpresa. La noble muchacha no estaba dispuesta a callarse y a soportar más ataques en su contra. Doña Ramona se puso de pie.

—Recoge la mesa, Raíza. Vamos, Vivi, tenemos cita con la masajista y el *spa* queda bastante lejos. Tenemos el tiempo justo para llegar.

—¡Ustedes no van a irse sin escucharme! —les gritó Julia perdiendo los nervios.

—¿Escucharte? No seas insolente. No estamos obligadas a eso. No admito imposiciones en mi propia casa.

—¿Pero qué es lo que te pasa, muchacha? ¿Por qué estás tan nerviosa?

—No le preguntes nada, Gerardo. Poco o nada nos importa lo que le pase a esta mujercita. Es una grosera. Se me enfrenta y no acata mis órdenes. Se cree la reina de esta casa y no es más que una arrimada. Con una piedra en los dientes debería darse porque no la hago arrojar de aquí. Cuando Daniel vuelva...

—Cuando Daniel vuelva, ¡voy a contarle la clase de arpías que son usted y Viviana! No pienso callarme nada. Lo que me hicieron ayer en la noche fue infame.

—¿Pero de qué hablas, Julia? ¿Qué te hicieron? —preguntó impactado don Gerardo.

—¡Cortaron con una tijera toda la ropa que me regaló Viviana! ¡La hicieron jirones! ¡Todo quedó inservible!

—¿Cómo? ¿Pero quién haría algo así?

—O fue Viviana o fue su esposa, doña Ramona —acusó vibrante, llena de impotencia.

—¡Insolente! No te permito ese tipo de acusaciones ni en mi contra ni en contra de Viviana.

—Es evidente que Julia se volvió loca —comentó venenosa Vivi sin perder su odiosa sonrisa.

—Son un par de cobardes. Aprovecharon mi ausencia para entrar a mi dormitorio y destrozar mi ropa.

—¿Tu ropa? Te recuerdo que yo te la regalé. Lo hice para que lucieras mejor, ya que llegaste a esta casa vistiendo como lo haces ahora, como una muerta de hambre de barrio. Obviamente desentonabas y por eso te di todo el vestuario que ya no usaba.

—¿Y por haberme regalado tu ropa eso te daba derecho a despedazarla?

—Me estás acusando sin pruebas. Yo no corté esa ropa.

—Ya no importa quién de las dos lo hizo, ¡pero fue bajo y mezquino!

—¡Basta! No acepto que nos grites. Te estás comportando como una chusma de barrio.

—¡Prefiero mil veces haber nacido en un barrio que no rodeada de oro como ustedes! El dinero no las hace mejores personas. Ustedes no valen nada. ¡Ustedes son infames! —se rebeló Julia sin poder contener la furia que sentía ante tantas injusticias en su contra—. Me voy de esta casa. Regreso a mi barrio, donde sí hay gente buena, a pesar de su humildad y pobreza. Gente de corazón y alma limpia. Ustedes no. Ustedes, pese a sus millones, están podridos. Destilan veneno y odio, son de almas oscuras. ¡Ustedes dos son dignas de lástima!

—¡Cállate, grosera! ¡No estoy dispuesta a tolerar más tus insultos! ¡Hazla callar, Gerardo!

—A don Gerardo no lo meta en esto, señora. Él es otro tipo de persona. A pesar de ser su esposo, no ha sido salpicado por su soberbia y altivez estúpida. No se cree superior ni mejor que yo por ser rico. Es un hombre bondadoso, y no una fiera carroñera como usted y Viviana.

—¡Daniel va a enterarse de esto! —amenazó colérica y muy alterada doña Ramona.

—¡Por supuesto que se va a enterar! ¡Yo misma se lo voy a contar!

—¿Me amenazas?

—Termina de largarte de esta casa, balsea igualada. ¡No puedes hablarle así a doña Ramona!

—Le hablo como se merece; y para ti también tengo: me regalaste tu ropa para humillarme, para hacerme sentir menos. Tú tampoco vales nada, Viviana. Tú también eres una víbora. Sé que disfrutaste haciéndome caer en trampas, sé que disfrutaste insultándome, pero más disfruto yo al saber que, en el fondo, eres una infeliz. Estás enamorada de Daniel, lo amas con locura y te frustra saber que nunca será tuyo.

—¡Estás loca! ¡No sabes lo que dices! —se defendió Vivi casi sin voz, pues no se esperaba aquello.

—Lo amas y estás casada con Jorge Ignacio para poder estar cerca de Daniel. Duermes con Jorge Ignacio, pero sueñas con su hermano. ¡Eres repulsiva!

—Es mentira, ¡lo que está diciendo es mentira! —exclamó pálida, casi sin respiración.

—Daniel nunca va a ser tuyo, ¿y sabes por qué? ¡Porque es mi esposo! ¡Porque es mío! ¡Porque me ama a mí! Por eso me odiaste desde que me conociste. ¿Pero sabes qué? Tienes el esposo que te mereces. Jorge Ignacio y tú son tal para cual. ¡Son alimañas de la misma alcantarilla!

—¡Cállate, perdida! Como no pudiste atrapar a mi hijo Jorgito, ¡enfilaste tus garras hacia Daniel!

—Ofrécele dinero, Ramona. Este tipo de trepadoras solo buscan eso. Dale una cantidad suficiente para que se vaya de Miami y deje libre a Daniel.

—Viviana, por favor, ¡no digas eso!

—Tú no intervengas, Gerardo. ¿Cuánto quieres por desaparecer de nuestras vidas para siempre? Puedo darte medio millón de dólares para que nunca más volvamos a saber de ti.

—Yo no quiero su sucio dinero, señora.

—Entonces, que se largue de una vez, Ramona. No le permitas más insultos e insolencias. Raíza, lleva a esta mujercita hasta la puerta de la calle.

—¿Yo? —preguntó la criada que con ojos desmesuradamente abiertos había presenciado todo.

—Por favor, vamos a calmarnos. Estamos todos muy alterados. Vamos, Julia, yo puedo llevarte a la casa de tu abuelo. Ya habrá tiempo para que hables con Daniel —trató de mediar el nervioso don Gerardo.

—No hace falta que me lleve, don Gerardo. Con mucho gusto me voy sola de este nido de víboras. —Se volvió a las mujeres—. No voy a separarme de Daniel. Nunca les voy a dar ese gusto. Reviéntate de amor, Viviana. Daniel seguirá siendo mi marido por siempre.

Julia giró sobre sus propios talones y se fue satisfecha. Había puesto en su lugar a sus enemigas. Les había dicho todo lo que sentía. Finalmente, abandonó aquella casa para siempre.

—¿De verdad alguna de ustedes fue capaz de cortar la ropa de Julia? ¿Quién lo hizo?

—¡No seas idiota! —perdió más los estribos doña Ramona—. Y ni te atrevas a contarle ni una sola palabra de esto a Daniel cuando regrese de su campaña. Seré yo quien le dé mi propia versión de los hechos.

—Esa malnacida se atrevió a difamarme. Lo que inventó fue infame. Yo no amo a Daniel. Él para mí es simplemente mi cuñado.

Viviana, haciéndose la víctima, fingió un llanto convulso y corrió hacia el interior de la casa. Doña Ramona se pasó las manos temblorosas de ira por el pelo y se dirigió a la criada.

—Tú tampoco le contarás ni una palabra de esto a mi hijo a su regreso o te echo a la calle, Raíza. Ahora retírate.

—Permiso, señora —salió apresurada la muchacha hacia el interior de la casa.

—Tú y Viviana llegaron demasiado lejos, Ramona.

—Guarda silencio. Nada me importa tu opinión. Tú dedícate a cuidar del fantasma del sótano, que del futuro de Julia me encargo yo.

—¡Despiértate, Jorge Ignacio! ¡No sirves para nada!

—Pero, bueno, chica, ¿te volviste *crazy*? ¿Es que piensas entrar todos los días a mi cuarto dando gritos y despertándome? —se quejó desprecizándose luego de otra noche de sexo y drogas.

—Julia acaba de irse de esta casa para siempre.

Jorge Ignacio se incorporó impactado, sin poderlo creer.

—¿Cómo? ¿Se fue? ¿Es que ya volvió Daniel y se la llevó?

—No, Daniel no ha vuelto, pero resulta que la balserita, aunque tiene cara de idiota, sabe defenderse como una fiera. Nos insultó a tu madre y a mí y luego se largó.

—Me hubiese encantado verle la cara a mami mientras era insultada por Julia —rio divertido imaginándose el momento.

—Deja de reírte como un cretino. Tienes que actuar, Jorge Ignacio. Tienes que hacerlo antes de que vuelva Daniel. Ahora que esa desarrapada se fue de aquí te será más difícil, pero tienes que actuar y destrozarle la vida para siempre. Lo que le hagas tiene que ser contundente, algo que la marque y evite que pueda ser feliz con tu hermano.

Julia Alcántara caminaba lentamente por la lujosa calle llena de mansiones. Sus días en la mansión Armenteros habían terminado. Al fin no tendría que volver a ese infierno. Bajo aquel techo fue humillada y tratada de la peor manera. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. No sabía por dónde iba, tenía la mente demasiado aturdida. Caminaba como una sonámbula, sentía que todo daba vueltas a su alrededor. Un auto se detuvo a su lado y fue entonces cuando escuchó una voz familiar.

—Sube, Julia. Yo te llevaré a la casa de tu abuelo.

Julia giró la cabeza hacia el carro. A través de la ventanilla vio a don Gerardo ante el volante.

—No, no, don Gerardo. Iré caminando.

—¿Cómo vas a ir caminando? Estás demasiado lejos. No llegarías hasta dentro de varias horas. Anda, sube. El sol está inclemente, puedes deshidratarte y sufrir un desmayo.

Ella accedió y se subió al auto, junto a su suegro.

—Ya no podía más. Ellas me odian. Desde mi entrada a esa casa se dedicaron a martirizarme y a hacerme sentir inferior. Destrozar la ropa con una tijera ya fue la gota que derramó el vaso. Tuve que ponerlas en su lugar y decirles todo lo que me quemaba por dentro —rompió a llorar presa de los nervios.

—Vamos, vamos, no llores, muchacha —trató de tranquilizarla dándole un fuerte abrazo protector—. Hiciste bien. Nunca nadie se ha atrevido a enfrentarse a Ramona. Ella es de alma

dura, es implacable cuando odia. No te sientas mal por cómo actuaste. Te lo aplaudo.

—Pero es la madre de Daniel. ¿Qué va a decirme él cuando se entere?

—Daniel se pondrá de tu parte. Te ama y te apoyará.

Nancy acabó de meter en bolsas grandes de basura hasta la última pieza de ropa hecha jirones. La ayudaba Raíza, la otra criada.

—Hubieses visto el *show*, Nancy. La señora Julia les dijo de todo a las fieras —le chismeó en voz baja.

—Me alegro, Raíza. Doña Ramona y la antipática de la señora Viviana han sido muy malas y odiosas con Julia, que es tan buena. Bien hecho que las pusiera en su lugar.

En ese momento, entró doña Ramona a la habitación matrimonial de Julia y Daniel. La dama de hierro ya se había calmado y nuevamente estaba en control de sus nervios.

¿Ya acabaron de recoger toda la ropa cortada?

—Sí, doña Ramona —afirmó Raíza.

—Bien, retírate. Tú quédate, Nancy.

—Permiso —salió Raíza llevándose las bolsas y cerrando la puerta.

—En esta casa, nada me pasa desapercibido —aseguró altiva la matriarca—. Me di perfecta cuenta de que hiciste amistad con la esposa de Daniel.

—Yo...

—Silencio. No te he pedido que hables.

—Perdón, señora —se disculpó temerosa de perder su empleo.

—Nada de lo que hayas visto o sido testigo se lo puedes contar a Daniel a su vuelta. Si lo haces, no solamente te desmentiré, sino que además te botaré de esta casa inmediatamente.

—Sí, doña Ramona. Haré lo que usted me ordene.

—Perfecto. Ahora limpia muy bien y desinfecta toda esta habitación. Pon sábanas limpias en la cama. Usa ambientador para que se vaya el olor a balseira pobre que hay en el ambiente.

Doña Ramona salió altiva y con paso firme.

«Pero esta vieja cacatúa es más mala que mandinga», dijo Nancy para sí misma.

La mano suave de don Luis acarició dulce y suavemente la frente de su nieta. Hacía ya más de tres horas que Julia dormía en su antigua camita desde que la llevara allí don Gerardo. La muchacha se había quedado dormida luego de contarle todo con lujo de detalles a su abuelo. Julia finalmente despertó y miró el apacible y tierno rostro del anciano.

—Has dormido más de tres horas, mi nieta.

—Me siento tan cansada, abuelito.

—No es para menos. Viviste emociones muy fuertes hoy. En la casa Armenteros te tenían la vida hecha un yogurt. ¿Qué piensas hacer, Julia? ¿Vas a esperar a que tu esposo vuelva de su gira o lo vas a llamar para contarle todo?

—Las veces que he llamado a Daniel siempre me responde la contestadora, y él no me ha llamado nunca desde que se fue. Ya solo faltan catorce días para que vuelva. Esperaré.

—Cuando tu esposo regrese, me va a oír. No está bien que no te haya llamado.

—Por favor, no le digas nada, abuelo. Debe estar muy cargado de trabajo. Lo que más deseo es que ya esté aquí.

—Está bien, mi nieta, si no quieres no le reclamaré nada, pero está mal que no te llamara. Bueno, levántate de esa cama y ven al comedor. Mientras dormías preparé una vaca frita con congri que está para chuparse los dedos.

—No tengo nada de hambre —rechazó desganada.

—Ah, no, eso sí que no. Tienes que comer. No vamos a correr el peligro de que te enfermes por no alimentarte; claro que no.

—Está bien, abuelo. Comeré algo.

Don Luis, lleno de amor, besó la frente de la desvalida muchacha.

—¿Se ha sabido algo de Julia?

—Nada, Vivi. Desde que se marchó esta mañana es como si se la hubiese tragado la tierra. Es evidente que volvió junto al muerto de hambre del abuelo.

—¿Hablaste con Daniel?

—Absolutamente no. Daniel muere de amor por esa pobretona. Si lo pongo al tanto de lo sucedido, es capaz de suspender su gira política y tomar el primer avión que salga para Miami para estar junto a su amada. ¿Tú le informaste a Jorge Ignacio que ella se fue de la casa?

—Sí, Ramona. Jorge Ignacio está al tanto de todo.

—Espero que él termine de olvidarse de esa nefasta mujer. Ya urge que le des un hijo, Viviana. Ustedes tienen que solidificar su matrimonio con la llegada de un bebé.

—¿Dudas de mi amor por Jorge Ignacio? ¿Las acusaciones de esa mujer en mi contra te han hecho dudar?

—Para nada, querida. Sé que amas a Jorgito con locura. Es una tontería pensar que estás enamorada de Daniel. Es más, no quiero que volvamos a tocar ese punto. Resulta desagradable.

—Gracias, Ramona, tú como siempre tan delicada —aduló Vivi a su suegra con gran hipocresía.

—En lo que sí te insisto es en que le des un hijo a Jorgito cuanto antes. Si no logro separar a Daniel definitivamente de Julia, sería terrible que ella quedara embarazada primero que tú.

Viviana se quedó callada. Detestaba la idea de ser madre de un hijo de Jorge Ignacio, aun así, le sonrió con indulgencia a su suegra.

Jorge Ignacio y Vivi compartían la misma cama y mantenían las apariencias de ser un matrimonio muy enamorado y feliz. Él consultaba su Instagram mientras que ella se tomaba aburrida varios selfis.

—Tengo que hacerte una confesión —dijo Jorge Ignacio dejando su iPhone y encendiendo un cigarrillo.

—Espero que sea algo interesante. Esta noche estoy mortalmente aburrida —dijo Vivi tomándose un nuevo selfi.

Jorge Ignacio dio una larga chupada al cigarrillo y posteriormente se colocó la almohada tras la nuca.

—No puedo dejar de pensar en la cubanita. Julia se ha convertido para mí en una obsesión. —Viviana dejó de tomarse selfis y miró fijamente a su marido—. ¿No vas a decirme nada, Vivi?

—Lo único que puedo decirte es que, si Julia no ha sido tuya, es porque no has actuado. Es tu culpa no haberla tenido.

—No es tan fácil como crees. Mientras vivió en esta casa, no pude obligarla a nada, y ahora que se largó es más difícil.

—No sigas con las excusas. Cuando un hombre quiere tener a una mujer, la tiene así sea por la fuerza —cortó Viviana—. Si no has dado ese paso, es porque le tienes miedo a Daniel.

—¿*Are you crazy?* ¡Yo no le tengo miedo al imbécil de mi hermano!

Jorge Ignacio se levantó molesto de la cama y apagó la colilla del cigarrillo en el cenicero más cercano. Dio unos pasos por la habitación.

—Tienes que aprovechar que Daniel sigue lejos de Florida. Ahora Julia está sola y a tu merced. Si no actúas inmediatamente, te será imposible cuando tu hermano regrese.

—¿Pero cómo hago para conseguirla y someterla?

—Puedes hacerla caer en una trampa con mi ayuda y la ayuda de Kitty —susurró maligna—. Se me está ocurriendo una idea que podría resultar infalible...

—¿Cuál idea? —se entusiasmó él.

—Podemos hacerle creer a la balseira que Daniel ya regresó —dijo al tiempo que se tomaba un nuevo selfi.

Jorge Ignacio saltó hacia la cama cayendo al lado de su esposa. En un movimiento rápido, le quitó el teléfono de las manos y la miró con ojos relampagueantes de deseo malsano.

—Explícame ese plan paso a paso.

Viviana sonrió perversa y lo miró fijamente a los ojos.

—Mañana le pediré a Kitty que llame a Julia. Se hará pasar por la secretaria de Daniel. Le dirá que él acaba de regresar abruptamente, solo por pocas horas, pues deberá volver a volar al final del día.

—Todo suena muy bien. ¿Qué más?

—La supuesta secretaria citará a Julia en un apartamento; dicho apartamento será el de la propia

Kitty. ¿Te imaginas ya quién será la persona que estará esperando a Julia en ese lugar?

—Obviamente no será mi querido hermanito. ¡La persona que la estará esperando seré yo!

—Así es, Jorge Ignacio. Tú la estarás esperando y aparecerás ante ella por sorpresa. No hay nada que pueda fallar —dijo Viviana feliz, gozando anticipadamente del resultado final—. Una vez que estés a solas con la piojosa de Julia, actuarás como actúan los hombres de verdad. La tomarás a la fuerza, la obligarás.

—¡Es lo que más deseo! Tenerla entre mis brazos, sentir el calor de su cuerpo. Hacerla mía, quiera ella o no.

—Así me gusta oírte hablar, esposito —rio llena de maldad.

—Pero ¿qué pasará cuando Daniel se entere? Es obvio que Julia me acusará con él.

—Con Daniel no pasará nada. Ramona no permitiría una agresión suya hacia ti.

—No estoy muy convencido —comentó cobarde y preocupado—. Daniel está perdidamente enamorado de su esposa.

—Olvídate de Daniel. Él se cuidará mucho de protagonizar un escándalo. Sabe que su carrera política está en juego.

—Eso espero, no me gustaría que mi hermano me reventara la cara a golpes.

—Y si lo hace, ¿qué importa? Unos pocos golpes bien valen la pena a cambio del placer de haber tenido a Julia solo para ti. Además, después de haber violado a Julia, Daniel y tú no tienen por qué verse. Apenas hayas consumado el acto, te puedes largar a Cancún.

—¿Y por qué precisamente a Cancún?

—¿Se te olvida que tus padres tienen allí una fabulosa mansión frente al mar?

—¡Eres una maravilla, esposita! ¡Piensas en todo! —exclamó maravillado Jorge Ignacio—. En Cancún puedo quedarme escondido una larga temporada, mientras Daniel se calma y las aguas vuelven a su cauce.

—Así es. Más adelante Kitty y yo podríamos visitarte; pasamos quince días juntos y celebramos nuestro triunfo.

—A Daniel no se le ocurrirá buscarme en Cancún —dijo Jorge Ignacio encendiendo otro cigarrillo—. Estará tan preocupado por el sufrimiento de Julia y tan absorto en lo de su campaña política que no tendrá tiempo de imaginarse dónde estaré escondido. *¡Your plan is perfect!*

Plena de felicidad, Vivi se levantó y fue hasta la peinadora. Tomó el cepillo y empezó a cepillarse su larga melena rojiza mientras se miraba en el gran espejo.

—Ramona será tu aliada perfecta. Ya sabes que te apoya en todo y que eres su hijo predilecto.

—Lo sé. Mami es especial conmigo. Es evidente que me quiere más a mí que a Daniel, aunque él es perfecto y yo soy una calamidad —rio a carcajadas y burlón.

—Siempre me he preguntado por qué mi adorada suegra te prefiere antes que a Daniel. Pero, en fin, eso no es algo que deba preocuparnos ahora —dijo Viviana restándole importancia.

—¿Cuándo hablarás con Kitty para pedirle ayuda en nuestro plan?

—¿«Nuestro plan»? No te adornes tanto, queridito. Fue mi plan.

Jorge Ignacio lanzó una carcajada cínica.

—Está bien, lo reconozco. Eres brillante —dijo él aplastando la colilla dentro del cenicero.

—Hablaré con Kitty ahora mismo. Espero que me responda el celular. Seguramente está disfrutando de la noche en algún lugar de moda de South Beach.

Viviana dejó el cepillo sobre la peinadora. Su pelo brillaba hermoso y muy bien cuidado. Caminó hacia la cama y tomó su teléfono.

—Haré la llamada desde la terraza. En un momento estaré de vuelta para contarte.

Salió del dormitorio y cerró la puerta. Jorge Ignacio se quedó un largo momento meditando y repasando mentalmente el plan de su esposa. Todo sonaba y parecía perfecto. Al parecer, no había cabida para ningún fallo.

«Todo saldrá maravillosamente bien —dijo analíticamente para sí—. Mañana vas a ser mía, balserita chula».

Al día siguiente por la mañana, Julia recibió una llamada en su celular.

—Aló...

—Hola. ¿Hablo con la señora Julia de Armenteros?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

—Soy Eloísa Cárdenas, la secretaria de su esposo, el señor Daniel Armenteros.

—¿Daniel? ¿Cómo está él? ¿Por qué no me ha llamado en tantos días? ¿Me lo puede pasar al teléfono?

—El señor Armenteros acaba de llegar de viaje y está tomando un baño, señora. La estoy llamando de su parte. Él desea que venga a verlo. Solamente va a estar en Miami por pocas horas, pues al final de la tarde tiene que tomar otro vuelo. Solo hizo una pequeña escala aquí para poder verla.

—¿Dónde se encontrará conmigo?

—Anote la dirección, por favor: 57 y 5 Collins avenue. Apartamento 207. Miami Beach.

—Gracias. Dígale a Daniel que voy saliendo para allá inmediatamente. Adiós.

Julia colgó el teléfono llena de máxima felicidad. Lo menos que se habría imaginado era que vería ya a Daniel. Apurada y emocionada como una quinceañera enamorada, corrió a su cuarto y tomó su bolso. Estaba decidida a decirle a Daniel que se iría de viaje con él esa tarde. No soportaba la idea de volverse a separar de su amado esposo.

—¿Se tragó la mentira la muy estúpida?

—No le quedó ni la menor duda, Viviana.

Kitty, Jorge Ignacio y Viviana rieron a carcajadas, felices de haber conseguido que Julia cayera en la trampa.

—¿En cuánto tiempo más o menos estará Julia aquí en tu apartamento, Kitty? —quiso saber él.

—Si ella viene desde Hialeah, calculo que unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos. Es posible que a esta hora consiga algo de tráfico.

—Bueno, ya las cartas están echadas, Jorge Ignacio. Ahora Kitty y yo nos vamos de compras al *mall* de Bay Harbour. De ti depende que nada falle.

—Nada fallará.

—Adiós, querido. Disfruta de tu presa.

Vivi y Jorge Ignacio se despidieron con un breve piquito en los labios. Luego, ambas modelos se marcharon y él quedó solo, excitado ante lo que se avecinaba. Sacó del bolsillo derecho de su pantalón una bolsita mediana con cocaína. Esparció el polvo blanco sobre la mesita central de cristal que adornaba la sala. De su cartera sacó una de sus tarjetas de crédito y dividió la coca en seis líneas.

—Gerardo... Gerardo, no dejes que nos separen... Ven, te necesito... Ramona nos quiere separar... Gerardo...

Como siempre, el húmedo y lúgubre sótano de la mansión Armenteros estaba en semipenumbra. Únicamente lo alumbraba una pequeña lámpara. Allí estaba la indefensa Antonieta, quien se levantó del catre que le servía de cama y dio unos pasos. Muy recta y erguida, por unos segundos pareció dominarlo todo, volver a ser la dueña de todo. Aunque no tenía recuerdos del pasado, algunas veces su mente era asaltada por momentos ya vividos. Sus ojos oscuros recorrieron el triste y desolado lugar. Había sido muy bella durante su juventud, la más bella de todas, lo que había despertado los celos y la envidia de doña Ramona. La mirada de sus ojos, un día llenos de pasión, era ahora cansada y opaca. Perdida en un ignoto recuerdo.

«Gerardo, te amo... ¿Dónde estás? ¿Por qué estoy aquí sola? ¿Por qué no puedo recordar?», Antonieta se llevó las manos a la cabeza como si de su mente sin recuerdos no pudiera salir aquel obsesionado pensamiento. Después, casi como una autómatas, avanzó hacia los pies de la escalera por donde diariamente descendía don Gerardo para alimentarla o pasar largas horas al final de la tarde acompañándola. Antonieta se echó a llorar al verse sola. Lágrimas de indefensión surcaban su prematuramente envejecido rostro. Caminó otra vez como un zombi, como una muñeca sin voluntad. No sintió que a sus espaldas se escucharon pasos bajando los escalones de la larga escalera. Solo tres personas en el mundo conocían aquel lugar: doña Ramona, don Gerardo y la propia Antonieta, a la que todos los que la conocieron un día, hacía ya tantos años atrás, la creían muerta.

—Antonieta, amada Antonieta —susurró don Gerardo Armenteros con profunda tristeza y sintiendo por la infeliz mujer el mismo amor intacto de hacía treinta años.

Gerardo avanzó hasta ella y la hizo girar suavemente hacia él, quedando ambos frente a frente.

—¿Ya comiste? ¿Te trajo Ramona tu comida?

—No sé, no sé si ya comí, no lo recuerdo... —La mente de Antonieta se confundía.

—No te atormentes. Yo te traeré algo de comer antes de marcharme a trabajar al banco.

—Los bancos... Yo era la dueña de los bancos, ¿verdad? —divagó la demente no muy segura.

—Sí, Antonieta —admitió él con gran tristeza—. Tú eras la dueña de los bancos, la dueña de esta mansión y de toda la fortuna que maneja Ramona. Tú eras la dueña de todo, pero ella te lo robó. Esa maldita mujer que me obligó a casarme con ella te quitó todo y nos destruyó la vida.

—¿Yo era rica?

—¡Inmensamente rica! ¡Y bella! La más hermosa de todas, y yo me enamoré de ti como un loco. Pero Ramona quería mi amor y se llenó de celos. Celos enfermizos y malsanos. Por eso nos hizo tanto daño, por eso no descansó hasta enloquecerte y encerrarte en este sótano. Aquí has permanecido enterrada en vida, y yo no he podido evitarlo. ¡Soy un maldito cobarde! —don Gerardo rompió a llorar con infinito dolor y arrepentimiento. Cayó arrodillado ante la figura fantasmal de la enloquecida Antonieta.

—¿Por qué lloras? No me gusta que la gente llore —susurró ella sin comprender.

—¿Podrás perdonarme algún día?

Antonieta no respondió. Su mente volvió a ponerse en blanco y la pobre loca cayó en el mutismo una vez más. Lentamente, volvió al catre y se acostó clavando fijamente la mirada en el techo. Don Gerardo se levantó y la miró con infinita lástima y amor, un amor que permanecía intacto a pesar de los años y de los terribles hechos en los que ambos se habían visto envueltos.

—Mi amada Antonieta, tu mente permanece en sombras. Es una muerte más dura que todas las demás, la muerte del alma.

Eran las doce y treinta del día, la hora en la que Julia llegó a la dirección que Kitty le había dado por teléfono haciéndose pasar por la secretaria de Daniel. Tras atravesar el *lobby* del lujoso edificio, avanzó hacia los ascensores. Tomó el de la mano izquierda y subió al piso dos. Buscaba el apartamento 207. Ya frente a la puerta, la tocó suavemente con sus nudillos, cuando se dio cuenta de que estaba semiabierta. Emocionada, sonrió imaginando que su amado esposo Daniel había dejado la puerta entornada para que ella entrara libremente, sin pérdida de tiempo. Julia entró y cerró la puerta a su espalda.

—Daniel... Daniel, mi amor, ya estoy aquí. Daniel... —llamó enamorada, emocionada ante el reencuentro. Estaba dispuesta a no reclamarle nada. No le echaría en cara que nunca habían hablado desde que él se marchara. No había cabida para reclamos y reproches. Solo quería tirarse en sus brazos, sentir su fuerza, su amor, sus besos—. Daniel, ¿dónde estás que no vienes?

Y allí, ante ella, apareció Jorge Ignacio, sonriente, cínico, peligroso y lleno de malsanas intenciones. Su mente y sus sentidos estaban embotados por la cocaína consumida.

—¡Jorge Ignacio! —exclamó impactada—. ¿Dónde está Daniel?

—Estoy yo. Olvídate de tu esposo. Estoy yo, que soy tu cuñado, y voy a tratarte muy dulcemente, *my little butterfly*.

Ella comprendió el peligro, comprendió que se trataba de una trampa. Giró sobre sí misma e intentó huir hacia la puerta, pero él, de un salto rápido y preciso, llegó hasta ella y la sujetó con fiera fuerza por ambos brazos, impidiéndole avanzar y escapar.

—¡Suéltame! ¡No me obligues a gritar!

Él rio indiferente ante la amenaza.

—Grita si te da la gana. Se armará un gran escándalo y eso perjudicaría mucho a tu adorado Daniel. ¿Te imaginas los titulares de la prensa?: «La bella esposa del candidato a la presidencia, Daniel Armenteros, víctima de acoso sexual por parte de su propio cuñado».

—¡Eres lo más repulsivo y bajo que he conocido en mi vida! ¡Suéltame! ¡Tus manos me ensucian!

—¡Antes te encantaban mis besos y mis abrazos, pedazo de zorra! —vociferó, alterándose y llenándose de celos.

—Eso fue antes de conocerte a fondo. ¡Antes de conocer la clase de basura que eres! —le gritó ella llena de repulsión.

—Vas a ser mía quieras o no. Para nada me importará compartirme con mi hermano. Los dos podemos hacerte gozar. Las golfas como tú disfrutan de tener a varios hombres a la vez. Mientras mi hermanito, el futuro presidente, esté de gira, yo calentaré tu cama y tu cuerpo.

—¡Eres un sucio! No vas a tocarme. Nunca vas a tenerme. ¡Prefiero morirme antes que ser tuya!

—¡Cállate! ¡No me hables así!

Jorge Ignacio la volvió a sujetar con una fuerza descomunal. Ella trataba de soltarse de él. Forcejearon, pero las manos de acero del hombre la dominaban por completo.

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! —gritó desgarrada.

Él le tiró del pelo con una mano y con la otra la golpeó de forma brutal en el rostro. Julia casi perdió el conocimiento. Las piernas se le doblaron sin fuerzas para sostenerla. Se sentía aturdida, a punto de desmayarse.

—¡Yo no soy menos que Daniel! Yo estuve en tu vida antes que él y tengo todo el derecho a tenerte. A mí ninguna desarrapada como tú me rechaza.

Ella trató de defenderse y soltarse nuevamente, pero Jorge Ignacio la golpeó, esta vez, en el estómago con el puño cerrado. Julia quedó privada, sin aliento. Él la cargó entre sus brazos de manera brusca y la llevó hacia la habitación. Estando allí, Jorge Ignacio la tiró con fuerza sobre la cama, como si de un saco de papas se tratara. Julia ya no era capaz de defenderse. El hermano de Daniel se abalanzó sobre ella, dominándola con el recio peso de su cuerpo. Alzó su vestido y le arrancó la ropa interior de un fuerte tirón.

—No, por favor, no...

Jorge Ignacio tapó con fiereza la boca de la joven. Los gritos de ella fueron ahogados por la implacable mano de él. Julia lo golpeó en la espalda con los puños cerrados, aunque aquellos

golpes solo consiguieron excitarlo más. La muchacha intentó gritar de nuevo, pero la mano de él seguía tapándole la boca. Jorge Ignacio, haciendo gala de toda su virilidad, la hizo suya. Julia se desmayó al sentir un dolor desgarrador en sus partes íntimas. Despertó unos minutos después. Todavía estaba tirada de cualquier manera en la gran cama de Kitty. Frente a ella estaba Jorge Ignacio, que sonreía satisfecho, ya complacido su capricho sexual. Él se pasaba la mano por los revueltos cabellos. Julia, con manos nerviosas y movimientos rápidos, se bajó la falda y se puso de pie de un salto.

—Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo. *You had me very hot.*

—Voy a denunciarte —amenazó ella sintiéndose llena del más grande asco—. Voy a encargarme de que pases muchos años en una cárcel.

—A mí no me amenes —advirtió peligroso—. No sabes de lo que soy capaz.

—Ya me demostraste de lo que eres capaz —aseguró ella con las lágrimas corriendo por su rostro—. Ya no puedes llegar más lejos.

—¡Lárgate de aquí y cuídate de hacer cualquier denuncia en mi contra! —la desafió, temeroso, pero sin demostrarlo.

—¡Te odio! ¡Te odio y te maldigo!

—No te atrevas a contarle nada ni a la policía ni a Daniel. Por tu maldito bien, no lo hagas o soy capaz de matarte.

—Si tan valiente eres, mátame de una vez. ¡Solamente estando muerta evitarás que te hunda!

Jorge Ignacio ante la firme amenaza de ella avanzó un par de pasos a su encuentro. Julia lejos de amedrentarse, se irguió y lo desafió con la mirada y el rostro desdibujado por la más grande expresión de odio que él jamás había visto. Ya ella no sentía miedo. Lo retó con su actitud. Jorge se detuvo en seco, con gusto la habría matado, pero no quería convertirse en un asesino y estar huyendo el resto de su vida. Ambos se miraron con infinita fuerza.

—Vete. Ya no me interesas.

—Escóndete. Huye y escóndete muy bien. Solamente en el infierno vas a librarte de mí—lo amenazó con tono severo y firme.

Ella salió de allí tras aquellas palabras. Jorge Ignacio sintió la necesidad imperiosa de meterse otra línea de cocaína, pero ya no tenía. Desde allí, oyó como la puerta de la sala se cerraba. Comprendió que la amenaza de ella no era en vano y que tenía el tiempo justo para huir del país.

—¡Mamá! *Mom*, ¿estás ahí dentro?

Sin esperar respuesta, un alterado y nervioso Jorge Ignacio, totalmente empapado en sudor, irrumpió en la biblioteca de la mansión Armenteros. Doña Ramona, sentada en su regio escritorio, marcaba un número en el teléfono. Al verlo entrar, colgó el aparato y se puso en pie.

—Sabes que no me gusta que nadie entre a la biblioteca, y menos sin tocar antes.

—Olvídate de eso, mami. Necesito que me ayudes —suplicó alterado, presa de un gran estado de nervios.

—¿Qué te pasa? —quiso saber ella preocupándose—. ¿Por qué estás tan alterado?

La dama de hierro fue y cerró la puerta. Por el estado de él, intuía que algo le sucedía a su hijo predilecto.

—Tengo que irme, *mom*. Tengo que largarme ya de Miami. Necesito *cash* y que me des mi pasaporte y las llaves de la casa de Cancún.

—Me estás poniendo nerviosa, Jorge Ignacio. ¿Por qué estás tan apurado por irte? ¿En qué líos te metiste?

—Yo... bueno, yo... Estuve con Julia... Yo... la obligué... La cité en un apartamento haciéndole creer que se encontraría con Daniel y... Bueno, ya sabes, la forcé.

—Cállate. No quiero más detalles.

—Ayúdame, *mom*. Esa maldita mujer me amenazó con denunciarme. A lo mejor ya está en la comisaría de policía. Tengo que largarme —dijo al tiempo que muy alterado daba pasos de acá para allá. Su sudor se hizo más copioso—. Ya hablé con Bruno. Nos iremos juntos en la avioneta de su papá.

—Sí, es lo mejor —afirmó ella con aplomo y nervios de acero—. Si esa odiosa mujer te denuncia, a nadie se le ocurrirá buscarte en Cancún. Solamente la familia sabemos que tenemos una casa allí.

Doña Ramona fue hasta el cajón de su escritorio y lo abrió. Allí guardaba los pasaportes de todos, además de otros documentos. Tomó el pasaporte de Jorge Ignacio y se lo extendió.

—Gracias, mami. Cuando Daniel se entere...

—De Daniel me encargo yo. No temas —aseveró ella avanzando hacia la caja de seguridad empotrada.

—No dejes que él se entere de que estaré en Cancún. Podría ir a buscarme y...

—Ya te dije que de tu hermano me encargo yo —repitió al tiempo que usando la combinación abría la caja.

—Rápido, rápido —apresuró él cada vez más nervioso y asustado.

La mujer tomó dos fajos de billetes y un juego de llaves y fue hasta su hijo.

—Toma, son treinta mil dólares. Es todo el efectivo que tengo disponible. Con las tarjetas de crédito no te hará falta más. Le ordenaré a Nancy que te prepare una maleta con ropa.

—No, no hay tiempo. Me compraré ropa nueva en Cancún.

—Cuídate por allá. Sabes que eres la luz de mis ojos. No vuelvas hasta que yo te confirme que no hay peligro para ti.

—Te quiero, *mom*. Eres la mejor.

Ramona besó la frente de su hijo llena de infinito amor. Él era su debilidad, su mundo. Jorge Ignacio la abrazó fuerte.

—Hablaremos por teléfono. Te llamo en cuanto aterricemos.

—Te quiero, hijo.

Jorge Ignacio salió apresurado con el dinero, las llaves y su pasaporte.

«Ahora sí se acabó para siempre el matrimonio de Daniel y Julia», dijo para sí doña Ramona, esbozando una péfida sonrisa de triunfo.

La puerta del humilde apartamento de Hialeah se abrió de golpe. Impulsivamente entró corriendo Julia. Su rostro estaba empapado en lágrimas, sus cabellos despeinados y sus ojos desmesuradamente abiertos. Pálida, sin gota de color en la cara, la joven parecía estar al borde de la locura. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Cerró la puerta con fuerza y, desgarrada, se tiró de cabeza en el sofá, al tiempo que gritaba:

—¡Abuelo! ¡Abuelo, ven! ¡Abuelo!

Don Luis acudió desde la pequeña cocina, alarmado por aquellos gritos desgarradores de auxilio. Al ver a su amada nieta en aquel estado, el noble anciano corrió a sentarse junto a ella; enseguida, tomó las heladas manos de la muchacha entre las suyas.

—¡Alabao! ¡Estás fría como el hielo! ¿Qué te pasa, mi nieta? ¿Por qué estás así? —quiso saber alarmado y a la vez temeroso de conocer la respuesta que presumía terrible.

—Él, abuelo... ese hombre... ese hombre —dijo con un hilo de voz, a punto de desfallecer.

—¿Qué hombre, por Dios? ¿De qué hombre hablas, Julia?

—Él... Jorge Ignacio. Me tendió una trampa...

—¿Una trampa? —preguntó horrorizado.

—Me citaron en un apartamento. Una mujer me aseguró ser la secretaria de Daniel —lloró desgarrada, convulsa—. Cuando llegué, quien me esperaba era su hermano, Jorge Ignacio...

—¿Qué te hizo? ¿Qué se atrevió a hacerte ese infeliz?

Julia no pudo más y perdió el sentido.

—¡Mi nieta! ¡Julia!

Esa misma tarde, Jorge Ignacio y Bruno abordaron la moderna avioneta del padre del joven mexicano con destino a Cancún. Bruno se puso al frente de los controles. Luego de recibir autorización de la torre de control, el aparato alzó el vuelo.

—*Bye, bye*, Miami —rio triunfal Jorge Ignacio.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos en Cancún?

—Todo el que nos dé la gana, Bruno —afirmó despreocupado el hermano de Daniel mientras sacaba del bolsillo de su camisa una bolsa mediana de coca—. Mira, me la acaba de vender el encargado del hangar.

—Uyyyyyyyy, ¡literalmente vamos a volar por partida doble hasta las nubes! —celebró Bruno.

Ambos rieron a carcajadas. Mientras Bruno piloteaba la avioneta, Jorge Ignacio preparaba las líneas de cocaína.

Julia por fin reaccionó y miró a su alrededor. Su mente estaba aturdida, su boca, seca y pastosa. Sentía frío, le era inevitable tiritar. Ahora estaba acostada en su cama, hasta donde fue llevada con gran esfuerzo por el angustiado don Luis, quien suavemente le había quitado los zapatos.

—Abuelo —susurró ella con un imperceptible hilo de voz.

—No digas nada, mi nieta. Sufriste un desmayo. Descansa.

—Él... Jorge Ignacio...

Un nuevo ataque de ansiedad se hizo presa de la joven. Su cuerpo volvió a estremecerse y rompió en llanto. Julia se sentía sucia, ultrajada, una mezcla de miedo y asco la invadía. Habría querido cerrar los ojos para siempre. Deseó con infinitas fuerzas morir. Tenía la cabeza a punto de explotarle de un fuerte dolor.

—Me obligó, abuelo. ¡Ese cobarde me obligó!

—No recuerdes, no recuerdes más. Te hace daño —lloró impotente el noble anciano al ver el dolor desgarrador de ella.

—Yo me defendí... yo no quise... Grité, pero él es más fuerte que yo. Me pegó, me dominó...

—dijo entrecortadamente incapaz de olvidar los terribles momentos vividos.

—Duerme. Te hará bien dormir. Mañana iremos a la policía a poner la denuncia. Ese hombre es malo y tiene que pagar lo que te hizo.

Julia se estremeció al escuchar aquello. Sintió que podía perder la razón en cualquier momento.

—No. No quiero ir a la policía, abuelo. ¡No quiero!

—Pero, mi nieta, lo que ese cobarde te hizo no se puede quedar así.

El llanto convulso la dominaba y se acentuaba cada vez más. Su cuerpo frágil se estremeció de nuevo.

—Ya nada se puede hacer. Ya estoy manchada. Una denuncia llegaría a los oídos de la prensa. Sería un gran escándalo para la carrera de Daniel.

—¿Pero que puede importarte en estos momentos la carrera de Daniel, hija? Su hermano te obligó. ¡Te violó! —acusó con angustia don Luis—. ¿Vas a permitir que su cobardía quede impune?

—Daniel no puede pagar por los errores de su hermano —razonó en medio de sus lágrimas y desesperación—. Un escándalo de esa magnitud podría acabar con su carrera hacia la presidencia.

—Es absurdo que pienses así, Julia. ¡Que se sepa todo! ¡Que se arme el brete! ¿Vas a dejar que la cobardía cometida por Jorge Ignacio quede sin castigo?

—¡Basta, abuelo! ¡Basta! —gritó ella desgarradoramente, dejando rodar incontenibles lágrimas por sus mejillas.

Se hizo un pesado silencio. Don Luis no quería atormentarla más. No deseaba obligarla. Ella no podía parar de llorar. Su corazón latía muy aprisa, como si quisiera salirse del pecho. El anciano la miraba con infinita lástima. Por su rostro lleno de arrugas también corrían las lágrimas.

—Denunciar lo que me pasó no va a cambiar los hechos, abuelito. Denunciar a Jorge Ignacio no va a borrar lo que me hizo.

Ella hundió el rostro en la almohada, ahogando así un nuevo grito de desesperación.

—Si ese canalla no es castigado por la justicia de los hombres, entonces que sea castigado por la justicia divina —sentenció don Luis.

La moderna avioneta del padre de Bruno volaba sobre el mar rumbo a Cancún. Muy lejos quedaba ya Miami. En el interior del aparato, Jorge Ignacio, eufórico, esnifaba otra línea de cocaína. A su vez, Bruno, sudando copiosamente, piloteaba la aeronave.

—La coca está buenísima, *man*.

—Sí, de poca madre —aceptó Bruno.

—¿Cuánto nos falta para llegar?

—Media hora.

—Apenas aterricemos, llamamos a unas mamis ricas que conozco. Están de lujo, Bruno. Te van a encantar. Son un par de brasileras que se mueven como diosas. Y por la coca no te preocupes, Abelardo, que es el encargado de limpiar la piscina de la casa, nos va a conseguir todo lo que queramos. Es mi díler personal.

Jorge Ignacio preparó otro par de líneas. De pronto, oyó un golpe seco y al volverse hacia Bruno, lo vio caído sobre los controles de la avioneta, con los ojos muy abiertos y con la mirada fija.

—Bruno, ¿qué te pasa, idiota?

La avioneta empezó a perder altura.

—Toma otra vez los controles. Estamos perdiendo altura. ¿Qué haces ahí tirado?

Jorge Ignacio, presa de los nervios, intentó incorporar a su mejor amigo. Se dio cuenta de que Bruno no respiraba. Un fulminante ataque al corazón había acabado con la vida del millonario mexicano.

—¡Bruno! ¡Reacciona! ¡Tienes que seguir piloteando esto, imbécil! ¡Bruno!

Jorge Ignacio estaba aterrado. Veía con infinito espanto que la avioneta caía en picado hacia el mar.

«No —susurró para sí—. ¡Noooooooooooooooooooooooooo!».

Segundos después, la avioneta se estrelló contra el mar quedando en mil pedazos y hundiéndose bajo las aguas.

Al aterrizar en el aeropuerto internacional de Miami, Daniel fue recibido por un joven chofer peruano enviado por su secretaria.

—Bienvenido a Miami, candidato. Su secretaria me mandó a buscarlo. ¿Dónde desea que lo lleve?

—Muchas gracias por venirme a buscar. Vamos a mi casa. Me muero de ganas por abrazar y besar a mi esposa.

Unos minutos después, ya Daniel iba cómodamente sentado en una limusina mientras el chofer conducía.

«Julia», susurró para sí más enamorado que nunca.

El sonido del timbre rompió el monótono silencio que reinaba en la mansión Armenteros. Nancy acudió desde la cocina a abrir la puerta principal. Al hacerlo, Daniel entró al recinto con una gran sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Hola, Nancy —saludó jovial y feliz de su regreso.

—¡Señor Daniel, volvió! —exclamó sorprendida la joven.

—Solo por veinticuatro horas. Mi apretada agenda no me permite quedarme más tiempo. Por favor avísale a mi amada Julia que estoy aquí y ve preparando una maleta con su ropa. Volveré a mi gira, pero esta vez me voy con ella.

Desde el fondo de la casa aparecieron doña Ramona y Vivi. Ambas se impactaron ante el inesperado regreso del joven candidato.

—Daniel, no esperábamos tu regreso hasta dentro de quince días.

Él avanzó hacia las mujeres y besó a su madre en la mejilla.

—Hola, mamá. Solo estaré en Miami por pocas horas. Hoy no tenía nada agendado y vine a buscar a Julia. Hola, Viviana.

—Hola, cuñado —sonrió la modelo tensa. Comprendió que, con la llegada de él, los acontecimientos iban a cambiar de rumbo y todo iba a precipitarse.

—Retírate, Nancy.

—Sí, doña Ramona. Con permiso.

La criadita desapareció hacia la cocina.

—Justamente pensaba llamarte esta noche —aseveró muy seria la dama de hierro.

—¿Pasa algo, mamá? ¿Por qué esa seriedad y ese tono? —comprendió que algo no estaba bien.

—Sí, han pasado cosas. Me vi obligada a botar a tu esposa de esta casa.

—¿Cómo? ¿Pero qué fue lo que pasó? —preguntó estupefacto—. ¿Qué sucedió entre Julia y tú para que la echaras de aquí?

—Entre ella y yo no pasó gran cosa, pero aquí somos una familia decente y yo no podía tolerar ciertos comportamientos dignos de una perdida.

—¿Perdida, Julia? ¿La llamas perdida?

—Daniel, verás: tu esposa y Jorge Ignacio... —intervino Vivi con tono melodramático.

—Permíteme que sea yo quien ponga a Daniel en antecedentes, Viviana.

Vivi guardó silencio y bajó la mirada fingiéndose afectada.

—Habla, madre. ¡Habla sin rodeos!

—Tu esposa no se comportó a la altura de nuestro buen nombre. Una semana después de tu ida, Viviana la descubrió en compañía de Jorge Ignacio.

—¿Cómo que en compañía de Jorge Ignacio? ¿A qué te refieres con eso?

—Juntos, Daniel. Los descubrió juntos. Como amantes.

—¡No! ¡Eso es mentira! —gritó firme y muy seguro.

—No miento, Daniel. Los vi. Era de madrugada. Jorge Ignacio se levantó de nuestra cama. Yo estaba despierta y él no se dio cuenta. Tardó en volver y salí de la habitación a buscarlo... Pensé que estaría en la terraza de la segunda planta o fumando en el jardín. Pero estaba con ella, con Julia. Estaban en el cuarto de ustedes. En la cama, semi desnudos.

—¡No es verdad! —volvió a gritar Daniel—. Eso lo estás inventando, Viviana. Julia me ama. Ella...

—Ella fue la amante de tu hermano antes que tú —atajó serena doña Ramona.

—¡Julia no fue la amante de nadie, madre! Fue la novia de mi hermano, pero no fue su amante. Entre ellos se acabó todo y se casó conmigo.

—Seguramente se sintió sola en tu ausencia. Julia se quejaba de tu falta de llamadas.

—Por Dios, la llamé cientos de veces cada día. Me fue siempre imposible comunicarme a su celular. Las veces que la llamé a la casa me respondieron o tú o Viviana y siempre me dijeron que ella estaba fuera visitando a su abuelo. Ella también me llamó, pero yo estaba en reuniones y escuchaba luego sus mensajes.

—Julia se quejó conmigo de tu ausencia, de la falta de comunicación entre ustedes desde que te marchaste —mintió cínica y llena de aplomo doña Ramona—. Tu ausencia y la falta de moral y escrúpulos hicieron que se arrojara de nuevo en los brazos de tu hermano. Quizás quiso consolarse con él, quizás tu ausencia y la cercanía de Jorge Ignacio le hicieron revivir lo que un día sintió. Es posible que pensara que no iba a ser descubierta.

—No, no, ¡me niego a creer eso de Julia! ¿Y Jorge Ignacio qué hizo supuestamente? ¿La rechazó?

—Sabemos cómo es tu hermano, Daniel. Es hombre. La fidelidad nunca ha sido una de sus virtudes. Dejó aflorar su lado salvaje y...aprovechó la oportunidad. Aprovechó lo que esa descastada le ofrecía.

—¡Cállate, mamá! ¡No te permito hablar así de Julia! —exigió alterado, negado a creer aquella sarta de infamias.

—Yo lo vi, Daniel. Te juro que no miento. Los vi y le conté todo a Ramona.

—No te mentimos, hijo. Te juro que te estamos diciendo la verdad. Cuando Viviana me puso al tanto de todo, hablé con Julia. Le reclamé su descaró, su falta de vergüenza. Le exigí que se marchara de esta casa. Le dije que te pondría al tanto de todo y se rio en mi cara. Me aseguró con absoluto cinismo que te lo negaría todo. Juró que se vengaría inventando que Jorgito la violó. Hasta me amenazó con hundir tu carrera yendo a la policía y denunciando una violación que no existió.

—Julia se volvió ingobernable desde que tú te fuiste. Nunca quiso recibir las clases que Ramona organizó para ella. Solo quería pasar el día tomando sol en la piscina. Desafiaba la autoridad de tu madre, Daniel...Un día, en un arrebato de histeria luego de discutir con Ramona, despedazó con una tijera toda la ropa que le compramos. Yo la asesoré en como vestirse, le aconsejé que modelos usar. La enseñé a lucir elegante, a tu altura.

—Julia no valoró nada de eso, hijo. Gasté miles de dólares en ropa y zapatos para ella, pero es una indomable, más que indomable es una salvaje. Tu padre es testigo de los días infernales que se han vivido en esta casa por culpa de tu esposa.

—¡Basta! ¡Basta! —interrumpió Daniel—. No creo ni una sola palabra de todo lo que están diciendo.

—Es lógico que no nos creas —concedió doña Ramona—. Estás locamente enamorado de esa, y cuando los hombres se enamoran, solo creen en la mujer amada.

—¿Dónde está mi hermano? ¡Que venga frente a mí a mantenerme en mi propia cara que Julia lo buscó como hombre!

La matriarca serena dio unos pasos con perfecto dominio de la situación.

—Jorgito salió hace horas hacia Cancún con Bruno. No voy a aceptar que te pelees con tu hermano. Él es completamente inocente de lo sucedido. No es culpable que tu esposa se comportara como una...

—¡No lo digas, madre! ¡En mi presencia nadie insulta a Julia! Ya mismo voy a buscarla. Solamente Julia va a contarme la verdad.

—Te contará «su verdad». Te negará todo lo que acabamos de decirte.

—Tú no te metas más en esto, Viviana. Eres la principal interesada en que mi matrimonio con Julia se hunda, ¿no tengo razón?

Vivi se mordió los labios. Doña Ramona siguió presionando en aquel terreno.

—Soy tu madre y jamás te engañaría, pero obviamente tú vas a preferir creer en las mentiras de la balsa.

El timbre del teléfono de la casa puso fin a la tensa discusión. Con aplomo y gran seguridad, doña Ramona respondió.

—Aló... Sí, mansión de la familia Armenteros... Sí, soy doña Ramona de Armenteros. ¿Para qué llama?

De pronto, la expresión dura de la malvada mujer se transformó. Su rostro se tornó pálido y sus ojos se abrieron como platos. Un grito desgarrador escapó de sus entrañas.

—¡No! ¡Mi hijo no puede estar muerto! ¡No!

Cayó pesadamente al suelo, soltando el teléfono. Un desmayo fulminante la derribó.

Al día siguiente, en la primera plana de los periódicos más importantes de los Estados Unidos, venía la noticia del accidente aéreo donde perdiera la vida el hermano del candidato a la presidencia del país Daniel Armenteros.

Los restos siniestrados de la avioneta fueron rescatados del mar junto a los cuerpos de los dos tripulantes. La muerte de Jorge Ignacio Armenteros había sido instantánea al chocar el aparato contra las aguas del océano. El joven fue velado en la propia mansión Armenteros. Acudieron cientos de personas, tanto familiares como amigos de toda la vida. Por allí desfilaron grandes personalidades del mundo de la política, como expresidentes, senadores, ministros, alcaldes y diputados. También hicieron acto de presencia rutilantes estrellas de Hollywood que apoyaban a Daniel en su candidatura. Él había suspendido el resto de su gira política. El entierro de Jorge Ignacio estaba pautado para el día siguiente a las diez y treinta de la mañana; y en cuatro días más Daniel tenía cita en la Casa Blanca con el actual presidente del país.

Todo había sucedido tan rápido desde la llegada del joven candidato que no había tenido tiempo de ir a ver a Julia y conocer la verdad de los hechos.

Julia Alcántara se puso de pie cuando vio la foto de Daniel en el periódico, presente en el entierro de Jorge Ignacio.

«Está aquí en Miami y no ha venido a verme», se dijo a sí misma.

—¿Esperabas que tu esposo viniera? —La pregunta la sorprendió.

—¿Sabías que Daniel estaba aquí, abuelo?

—Acabo de enterarme, al igual que tú, al ver el periódico, mi nieta. No esperes que venga.

—¿Por qué? Soy su esposa.

—Su familia lo debe de haber envenenado en tu contra. Sabrá Dios la cantidad de mentiras que le habrán dicho.

—Con más razón —dijo ella llena de angustia y soltando el periódico, que cayó al suelo—. Lo lógico es que venga en busca de explicaciones. La única que le va a decir la verdad soy yo. Seguramente Daniel no debe saber lo que Jorge Ignacio me hizo.

—Ese maldito hombre pagó con su vida su cobardía.

—¿De qué me vale su muerte, abuelito?

—Hay justicia divina.

—Mi vida está rota y, al parecer, mi matrimonio también.

—Si Daniel viniera a buscarte, ¿serías capaz de volver con él a pesar de lo sucedido con Jorge Ignacio?

Julia, pálida y nerviosa, no supo qué responder. No esperaba aquella pregunta.

—Daniel no tiene nada que recriminarme. No soy culpable de nada.

—Claro que no eres culpable de nada, pero ¿crees que puedes ser feliz junto al hermano del hombre que tanto daño te hizo?

Julia, abatida, inclinó la cabeza. Su abuelo la miró con infinita lástima.

—Los hechos han sido demasiado contundentes, Julia. Y más contundentes serán cuando Daniel sepa que su hermano te... —calló sintiendo un dolor lacerante por su propia nieta—. Para Daniel no será fácil volverte a tener entre sus brazos. No podrá hacerlo sin recordar lo sucedido contigo y ese malnacido de Jorge Ignacio.

Julia levantó la cabeza. Las lágrimas brotaban a raudales de sus ojos.

—¿Me estás queriendo decir que a pesar de la muerte de Jorge Ignacio todo es imposible entre Daniel y yo? ¿Piensas que finalmente Jorge Ignacio logró su cometido de separarme para siempre de mi esposo?

—No vas a poder volver nunca a la casa de él. Su familia te odiará por siempre, pues van a culparte de la muerte de ese cobarde.

La sufrida Julia se cubrió la cara con las manos y sollozó por largo rato. Los ojos de don Luis estaban arrasados en lágrimas y el dolor lo destrozaba al verla sufrir, pero tenía que hablarle con sinceridad y hacerle comprender cómo serían las cosas.

—No pensaba hablarte así, pero tenía que abrirte los ojos.

—Es cierto, abuelo. Y no te lo reprocho. La familia de Daniel me debe de haber desprestigiado ante él, también esa odiosa mujer, Viviana, le debe de haber mentido sobre mí. Además de todas las falsedades que seguramente le inventaron, están los hechos verdaderos. Lo que me hizo Jorge Ignacio fue demasiado brutal, demasiado horrible, y eso ningún hombre, por enamorado que esté, puede olvidarlo.

Julia se dirigió hacia la puerta de su cuarto. Antes de encerrarse dentro, se dio la vuelta hacia su abuelo.

—Es mejor que Daniel y yo no nos veamos más, que nos divorciemos a través de un abogado y ya. No sé qué voy a hacer con mi vida... Buenas noches, abuelo.

—Que Dios te ilumine, mi nieta.

Y Julia entró en su habitación.

Daniel se despertó muy temprano; tras ducharse y vestirse bajó a la sala. Se extrañó de ver que su madre estuviera levantada tan temprano. Eran las cinco y cincuenta y apenas estaban saliendo los primeros rayos de sol. Doña Ramona vestía de riguroso negro de pies a cabeza. Su pelo estaba rígidamente recogido en un discreto moño en la base de la nuca. En sus manos había una enorme taza de café.

—Buenos días, mamá. No me imaginé que estuvieses despierta. Apenas está amaneciendo. —La besó en la frente—. Voy a ver a Julia. Urge una conversación entre ambos.

—Espera —exigió ella.

—Nada de lo que me digas va a ponerme en contra de mi esposa —advirtió Daniel—. Es mi deber escuchar su versión de los hechos. Y desde ya te digo que creo en ella.

—Me supuse que te pondrías de su parte. No te imaginas cuánto la odio. La considero la culpable de la muerte de tu hermano. La maldigo. Mil veces la maldigo —dijo sin llorar, sintiendo un odio atroz—. Esa mujer llegó a nuestras vidas para destruirlo todo.

—Julia no es la culpable de que Jorge Ignacio tomara esa avioneta hacia Cancún.

—Sí lo es. Jorgito se fue para evitar enfrentamientos contigo a tu regreso. Sabía que te pondrías de parte de esa zorra al enterarte de lo ocurrido. ¡Ella mató a mi hijo! ¡Ella mató a tu hermano!

Doña Ramona tiró con fuerza la taza llena de café contra una de las paredes. Daniel la miraba sin moverse, comprendiendo su dolor de madre, pero sin compartir su injusto odio hacia Julia.

—Entiendo que la muerte de mi hermano te destroce, madre, pero tu odio hacia Julia es injusto. Como injusto es que la culpes del accidente. Estoy seguro de que fue Jorge Ignacio quien acosó a mi esposa en mi ausencia, de que fue él quien la acorraló hasta el punto de obligarla a marcharse de esta casa.

—¡No ensucies la memoria de Jorge! ¡No te lo tolero!

Doña Ramona abofeteó el rostro de Daniel de lado y lado. La desesperación se hizo presa de ella y pareció hacerla enloquecer. Daniel recibió las bofetadas estoico.

—¡Ramona! —gritó en reproche don Gerardo desde lo alto de las escaleras, al tiempo que las baja apresurado. Vestía una bata de casa, el pelo despeinado y los pies descalzos—. No seas injusta con Daniel.

—No vas a decirme cómo debo comportarme, ¡y menos en estos momentos! ¡Perdí a mi hijo! ¡Y todo por culpa de esa mala mujer!

—Daniel no es culpable de nada —apuntó el patriarca débilmente ante su furia desbordada y acercándose a ellos.

—Tú sabes que ella acosó a Jorge Ignacio. Sabes que lo metió varias veces en su cama aprovechando la ausencia de Daniel. ¡Díselo! No te quedes callado. ¡Díselo! Jorgito tenía relaciones con esa vagabunda porque ella lo buscaba. Eran amantes.

Don Gerardo miró a su hijo mayor. No se atrevía a mentir, pero tampoco a desenmascarar a su esposa.

—No hace falta que digas nada, papá —aseveró Daniel muy tenso ante la incómoda situación—. Digan lo que digan, no voy a dejar de creer en Julia.

—¡Mal hijo! —gritó Ramona perdiendo por completo los estribos—. Le das la espalda a tu propia familia por esa lagartona. ¡En nada te duele la muerte de tu hermano!

Daniel avanzó hacia la puerta principal para marcharse. Sabía que era inútil dialogar con su madre en esos momentos. Ella gritaba fuera de sí a sus espaldas.

—¡Juro que cueste lo que me cueste no vas a ser feliz con esa cubana infernal! —aseguró desbordada en su injusto odio—. ¡Solo estando yo muerta te unirás otra vez con esa mujer! — Daniel salió a la calle cerrando la puerta con fuerza. La mujer continuó gritando en su ataque de histeria—. ¡Voy a destruirla! Si yo perdí a mi hijo por su culpa, ¡voy a hacerle ver su maldita suerte! ¡Te maldigo, Julia Alcántara! ¡Te maldigo!

Doña Ramona cayó arrodillada, convulsa, desgarrada en su dolor de madre y profiriendo un llanto fuerte, como el de una fiera herida. Don Gerardo la miraba impactado, incapaz de reaccionar. Nunca la había visto así.

En la segunda planta, Viviana, oculta, sonreía gozosa. Estaba disfrutando anticipadamente de la separación definitiva entre Julia y Daniel.

Esa misma mañana, Julia se despertó muy temprano. Apenas eran las seis y veinte cuando salió de su dormitorio. Su abuelo estaba sentado en la sala leyendo el periódico y tomando café.

Ella trató de sonreírle.

—Buenos días, mi nieta. En la cocina hay café recién hecho.

Julia se dirigió a la cocina sin decir una palabra. Tomó una taza, la cafetera y vertió el líquido negro dentro de la misma. Con su taza llena volvió a la sala. Su abuelo ya había cerrado el periódico y se había puesto en pie luego de terminar su café.

—Deberías comer algo también. No es bueno que tengas el estómago vacío.

—Después como algo, abuelo —aseguró desganada.

—Voy al mercado, miya. Hoy voy a prepararte un congrí que te vas a chupar los dedos.

El buen anciano la besó en la frente y se fue hacia la puerta; al abrirla, se encontró de frente a Daniel, quien estaba a punto de llamar al timbre.

—Buenos días, don Luis. ¿Puedo ver a Julia?

El viejo se volvió hacia su nieta. Julia se sintió desconcertada ante la visita de su esposo. No se la esperaba. Dejó su taza de café sin probar sobre la mesita central. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

—Pasa, muchacho. Ustedes necesitan hablar.

Don Luis salió hacia la calle y Daniel entró al apartamento cerrando la puerta a sus espaldas.

—Buenos días, Julia.

Ella respondió con cierta vacilación:

—No esperaba que vinieras.

—Tenemos que hablar. —Dio un par de pasos hacia ella—. Me imagino que ya estás al tanto de la muerte de Jorge Ignacio.

Ella no respondió, solo bajó la mirada. Y de pronto se echó a llorar. Daniel, protector y muerto de amor, la abrazó con fuerza. Comprendía su dolor, su desesperación.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella soltándose del abrazo de él y retrocediendo un par de pasos—. ¿Vienes a culparme de la muerte de tu hermano? ¿Vienes a decirme que por mi culpa tomó esa avioneta en la que encontró la muerte?

—No, por Dios. ¿Cómo vas a pensar que voy a responsabilizarte de algo así?

—Yo sí voy a responsabilizarte a ti de todo lo que me ha pasado.

—Julia...

—No debiste dejarme nunca en tu casa. Debiste llevarme contigo a tu gira. Sabías que en tu casa estaba Jorge Ignacio, sabías lo que había existido entre él y yo. Sabías que tu madre no me aceptaba y que me veía como a una intrusa, como la simple «balsera de Hialeah». Y también sabías que Viviana me odia porque se muere de amor por ti. ¿Cómo fuiste capaz, Daniel? ¿Cómo fuiste capaz de marcharte dejándome a merced de todas esas fieras? —lloró ella desgarrada, rota de dolor.

—Fue un error por mi parte. Un error imperdonable —afirmó Daniel con fervor—. Debí llevarte conmigo, es cierto.

—Es tarde para comprender ese error. En tu casa viví un infierno. Me hicieron sentir como una arrimada, como una muerta de hambre sin educación. Me menospreciaron. Nunca me dejaron compartir la mesa con ellos, siempre tuve que comer en la cocina acompañada de las criadas o sola en mi habitación.

—Perdón, perdón... —suplicó él con los ojos llenos de lágrimas.

—Viviana me regaló toda su ropa usada. Lo hizo para humillarme, para hacerme sentir de menos. Esa misma ropa la cortaron en pedazos. Me prometieron que me pondrían a estudiar para estar a tu altura y los profesores jamás aparecieron. Mis días se hicieron eternos, encerrada en mi cuarto. Sola, ¡extrañándote! Tu madre me puso horarios para entrar y salir, me exigió que le comunicara mis salidas. Me hizo sentir como una prisionera sin derechos. Y nunca me llamaste. ¡Ni una sola llamada tuya en más de quince días!

—¡No! Eso no es así. Te llamé diariamente, pero...

—¡Nunca recibí ninguna llamada tuya!

—Te juro que te llamé, y no solamente a tu celular, también al teléfono de la casa. Mamá y Viviana siempre me decían que habías salido.

—Te mintieron. Yo pasaba los días en esa casa; en esa casa donde me dejaste abandonada. Yo sí te llamé todos los días, ¡todos!

—Lo sé —aceptó él lleno de culpas y remordimientos—. Las veces que me llamaste me fue imposible responderte. Siempre estaba reunido, mi agenda era muy apretada. —Tomó las manos de ella con desesperación—. Perdóname, Julia. Pudimos haber evitado todo lo que pasó, ¡perdóname! Fue mi culpa, lo reconozco. Yo te quiero, Julia. Te amo. No es tarde para nosotros. Podemos empezar otra vez y...

—¿Empezar? ¿Dices empezar? —Retiró sus manos de las de él sintiendo que le quemaban. Secó sus ojos enrojecidos por el llanto y lo miró fijamente, con fuerza, con dolor.

—Claro que podemos empezar. Ya Jorge Ignacio está muerto.

—¡Pero yo estoy manchada para siempre! ¡Jorge Ignacio me violó! ¡Me hizo suya a la fuerza!

Daniel quedó impactado, no se esperaba aquello. Ignoraba esa verdad tan grande y brutal. Una verdad que los marcaba a ambos. La miró estupefacto. El rostro de ella estaba devastado por el dolor.

—Me violó; aunque suene horrible decirlo, lo hizo. Caí en su trampa. Una voz anónima me citó en un apartamento. Esa voz se hizo pasar por tu secretaria, me aseguró que habías vuelto y que querías verme. Y yo acudí. Estúpida de mí, corrí a tu supuesto encuentro, pero quien me esperaba era él.

—¿Quién te citó? ¿Quién te hizo caer en esa trampa? —quiso saber lleno de horror.

—¿Y qué importa a quién pertenecía esa voz? Eso no es lo importante. Yo me defendí, traté de evitar que pasara lo inevitable. Pero él era más fuerte, me dominó y me golpeó. No pude evitar que... ¡Lo odio! ¡Odio lo que me hizo con todas mis fuerzas! ¡Y no me duele su muerte! ¡No puede dolerme!

—¡Julia!

—¿Y sabes por qué no lo denuncié? Por ti, para evitar un escándalo que te perjudicara.

—Julia, ¡amor mío!

—Por eso callé, por ti. Han sido días terribles, me he sentido enloquecer. Me he sentido llena de asco. Me he preguntado mil veces por qué no lo maté para evitar que me ensuciara. ¡No puedo más! ¡Quiero morirme!

Julia cayó sin fuerzas en el sofá. Su rostro estaba pálido; sus manos, temblorosas.

—¡No sabía lo que te había hecho Jorge Ignacio!

—¡No lo nombres! ¡No vuelvas a repetir su nombre frente a mí!

Daniel se sentó junto a ella. Protector, la abrazó para calmarla, pero ella lo rechazó con fuerza apartándose de él.

—Vete. Todo se acabó para nosotros. Lo que pasó nos separa para siempre.

—No, ¡no! —gritó él desgarrado, negado a perderla.

—Vete, no puedo seguir hablando contigo. Todo está muy reciente. Nunca más voy a poderte ver a la cara sin recordar que eres el hermano de ese hombre que tanto daño me hizo. Vete y no vuelvas. Tú también me hiciste daño. Mucho. Si me hubieses dicho que eras su hermano, nunca me habría enamorado de ti. Nada de esto habría pasado.

—Julia...

—¡Vete! ¡Vete! —gritó desgarrada al tiempo que corría hacia su cuarto y cerraba la puerta de un golpe seco, fulminante.

Daniel quedó allí, en medio de la sala. Abatido. Destruído. Jorge Ignacio, antes de morir, se había asegurado de separarlo para siempre de su amada Julia.

Nancy estaba allí junto a la verja del gran jardín que rodeaba la mansión Armenteros. Esperaba impaciente y nerviosa. La joven criadita vio llegar el moderno auto de Daniel. Ella le hizo señas con las manos y él la vio a través del cristal del parabrisas. Daniel estacionó su vehículo y fue caminando hasta ella.

—Señor, hay cosas que usted debe saber. En esta casa todos fueron muy malos con la señora Julia. Solamente don Gerardo fue bueno con ella y trató de ayudarla, pero no lo dejaron.

—Ya estoy al tanto de lo que Julia vivió aquí. Acabo de hablar con ella.

—El señor Jorge Ignacio la acosaba, la perseguía, se le metía en el cuarto el muy desgraciado. Ay, perdón por llamar desgraciado al desgraciado, pero... —calló tratando de no meter más la pata.

—Si yo lo hubiese sabido... Todo se pudo haber evitado.

—Perdón que sea tan metiche, señor Daniel, pero usted no debió dejar a Julia solita en esta casa y rodeada de fieras. Porque, me perdona, pero su mamá, la señora Viviana y el difunto eran tres fieras. Le hicieron mucho daño a la pobrecita. Julia se pasaba los días encerradita en su cuarto, esperando sus llamadas.

Daniel cerró los ojos. El dolor que sentía era demasiado lacerante. Luego, echó a andar hacia la entrada principal.

Oculto tras un frondoso naranjal, Viviana acababa de presenciar y oír toda la conversación entre Daniel y Nancy.

—¡Madre! ¡Madre! —llamó Daniel en voz alta.

Desde la biblioteca apareció doña Ramona, totalmente repuesta ya del ataque de histeria que sufriera al amanecer.

—No es necesario que alces la voz, Daniel. Si vienes lleno de reclamos por todas las mentiras que te debe de haber dicho la bal...

—¡No son mentiras! —le gritó él a la cara—. ¿Por qué no me dijiste lo que Jorge Ignacio le hizo a Julia? ¿Por qué me ocultaste su bajeza y cobardía? Ya entiendo por qué se fue a Cancún, ¡para escaparse! ¡Por miedo a las consecuencias de su infame acto!

—Cuidado con lo que dices —advirtió fría y controlada—. No voy a permitirle ni a ti ni a nadie que ensucie la memoria de tu hermano.

—Mi hermano ya estaba sucio.

Doña Ramona le lanzó una cachetada, pero él, preciso, le sujetó la mano fuertemente por la muñeca, frenando en el aire el golpe.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

—¡Me mentiste, madre! —le recriminó él sin soltarla, enardecido, alterado—. Me dijiste que era Julia quien buscaba a Jorge Ignacio y lo metía en su cama. ¡Mentirosa! ¡Fue él quien le tendió una trampa y la forzó!

—¡Silencio! ¡La memoria de tu hermano se respeta!

—¡¿Cuál memoria, por Dios?! —La soltó con rabia, lleno de la más grande impotencia—. Jorge Ignacio era un asco de tipo. Un drogadicto al que siempre le solapaste todo.

—¡Cállate! ¡Cállate, te lo ordeno!

—¡No, madre! ¡Ahora vas a escucharme! Si yo escuché todas tus mentiras en contra de Julia, ahora te toca a ti...

La dama de hierro dio media vuelta en dirección a la biblioteca, pero Daniel la detuvo tomándola fuertemente por ambos brazos. Ella trató de soltarse, pero él no se lo permitió.

—Mi hermano nunca sirvió para nada. Fue un tipo sin moral, sin escrúpulos, ¡y todo por ti! Por complacerlo en todo, por apoyarlo en todo. A mí me criaste con mano de hierro, conmigo fuiste estricta y hasta injusta. Nunca dudaste en aplicarme duros castigos cuando hice algo que considerabas que estaba mal. Pero con él no. Con él fuiste indulgente, le aplaudiste cada uno de sus actos. Le celebraste sus aventuras, sus desvergüenzas. Montones de veces desautorizaste a papá cuando quiso corregirlo.

—¡Basta! ¡No te permito más recriminaciones! No eres quién para juzgarme como madre.

—¡Una madre alcahueta y consentidora! Fuiste tú quien convirtió a Jorge Ignacio en ese tipo despreciable que le marcó la vida a Julia.

—Ella recibió lo que merecía.

—¿Pero qué dices? ¿Qué barbaridad estás diciendo? Ninguna mujer se merece lo que Jorge Ignacio le hizo a mi esposa.

—Por su culpa Jorgito está muerto. Ella amenazó con denunciarlo. Lo orilló a tomar esa maldita avioneta. ¡Ella es la culpable! ¡Ella!

—¡Ella es la víctima! ¡No te ciegues! ¡La única culpable de la muerte de Jorge Ignacio eres tú, madre!

Doña Ramona se quedó lívida ante la brutal acusación. Se miraron a los ojos con fiereza, retándose. En los ojos de ella brillaba el más intenso de los odios. Con un movimiento brusco, se soltó de las manos de él, que la había seguido aferrando como garras de acero.

—¡Mal hijo! ¡Te pones en mi contra por defenderla a ella! ¡A esa recién aparecida! —se enfureció apretando con rabia los pálidos labios.

Se hizo un silencio absoluto, pesado como el plomo. Ambos se miraban con dureza.

—Me voy de esta casa —rompió él aquel silencio—. Me voy también de Miami. Sin Julia nada tengo que hacer aquí. Me mudaré a mi apartamento de Nueva York y desde allí continuaré con mi campaña política. Adiós, madre. No sé si volveremos a vernos algún día.

—No me llames madre —exigió ella con desprecio.

Daniel permaneció allí un par de minutos más, sin reaccionar. Doña Ramona, altiva, se dirigió a la biblioteca dejándolo solo en medio de la sala.

Daniel Armenteros salió de aquella casa, aunque no sería para siempre.

Doña Ramona bajó con paso firme las escaleras del sótano secreto. Allí, sentada en su catre, estaba Antonieta peinándose el cabello con los dedos. Cuando doña Ramona apareció ante ella, la indefensa demente se puso en pie y sus ojos se agrandaron presa del miedo.

—Te odio y hoy lo hago más que nunca —susurró la malvada mujer.

—No me pegues, por favor, no me pegues —suplicó la infeliz loca.

—Todo lo que me dijo Daniel me lo vas a pagar tú. —Mostró su mano derecha, que había permanecido oculta tras su espalda. Sostenía un pedazo largo de cuerda—. Voy a arrancarte la piel a jirones, loca de los infiernos.

—No, no...

—¡Silencio!

La dama de hierro comenzó a propinar crueles latigazos con la cuerda en el cuerpo de Antonieta. La mujer cayó sobre el catre y se acurrucó en posición fetal mientras la otra descargaba la cuerda por doquier.

—No me pegues. ¡Por piedad, no me pegues! —suplicó desgarrada a la vez que su piel empezaba a sangrar.

—¡Yo perdí a mi hijo! ¡Lo perdí! —gritó enloquecida, fuera de sí, sin dejar de descargar los latigazos—. Jorge Ignacio está muerto y Daniel no. ¡Tu maldito hijo Daniel sigue vivo y el mío murió! No es justo. ¡No lo es!

Los latigazos no cesaron hasta que Antonieta, ensangrentada, perdió el conocimiento.

Al caer la noche, Daniel abordó el avión de América Airlines que lo llevaría rumbo a Manhattan. El cúmulo de los acontecimientos sucedidos en aquellos tres días lo hicieron sentir agotado. Abrochó su cinturón de seguridad una vez sentado en su puesto de *business class*.

—*¿Do you want something to drink, Mr. Armenteros?* —preguntó la amable y bonita sobrecargo de cabellos rubios.

—*A whisky on the rocks, please.*

—*Right away* —dijo ella y agregó en perfecto español con acento gringo—. Voy a votar por usted en las próximas elecciones.

—Gracias —sonrió amable.

Poco o nada le importaba en ese momento su carrera política.

«Julia... Julia...», susurró para sí, cerrando los cansados párpados.

Doña Ramona Vásquez de Armenteros entró a la amplia cocina de la mansión acompañada de Viviana. Era la hora de la cena de la servidumbre y todos se encontraban allí comiendo mientras conversaban sobre sus cosas. Al ver entrar a las dos patronas, el personal de servicio hizo silencio y todos se pusieron en pie.

—Salgan todos; menos tú, Nancy.

Los empleados domésticos se apresuraron a salir. La menuda Nancy se estremeció al verse sola ante las dos arpías.

—Estuviste diciéndole cosas a Daniel. Yo te escuché —acusó Viviana maligna.

—Yo...

—Estás despedida. Recoge tus cosas y vete para siempre de esta casa —ordenó doña Ramona al tiempo que le arrojaba al suelo un sobre—. Ahí tienes tu liquidación. Voy a encargarme personalmente de que no vuelvas a conseguir trabajo en esta ciudad.

Nancy, muy digna, se agachó y recogió el sobre con los billetes.

—De hambre no me voy a morir, señora. Mis papás me enseñaron a trabajar y miedo al trabajo no tengo.

—Cállate, impertinente muerta de hambre. Traidora. Así le pagas a doña Ramona que te diera trabajo en esta casa. Aquí te mataron el hambre y pagas con una traición.

—No, señora Viviana, se equivoca. A mí nadie me mató el hambre. Cada pedazo de comida que me llevé a la boca me lo gané con el sudor de mi frente.

—Insolente. ¿De qué barrio de delincuentes en Caracas habrás salido?

—Sí, salí de un barrio, y me siento muy orgullosa de mi origen —replicó con dignidad—. En ese barrio donde nací y me crie hasta que me vine a este país en busca de un futuro mejor les aseguro que hay gente más buena que ustedes dos.

Viviana le cruzó la cara de una sonora bofetada. La simpática criadita venezolana agarró su plato de sopa a medio terminar y le arrojó el líquido en la cara a la *top model*.

—¡Estúpida! ¿Pero cómo te atreviste? —gritó Vivi indignada y sucia de sopa.

—Yo no soy mocha, señora, y me sé defender.

—Basta —ordenó doña Ramona con tono gélido—. Recoge tus porquerías y vete de aquí antes de que llame a la policía.

—Usted puede llamar a quien le dé la gana, pues. A mí no me asusta con la policía, porque nada me he robado. Par de alacranas venenosas.

Nancy, muy orgullosa y segura, se fue hacia su cuarto para recoger sus cosas y marcharse.

—Mira lo que me hizo esa sirvienta, Ramona. Me empapó de sopa. ¡Qué asco! —Palideció intensamente de ira.

—Ve a tu cuarto a tomar un baño. No hagas tanto drama por esto.

La altiva doña Ramona abandonó la cocina. En un ataque de furia, Viviana tiró al suelo todos los platos que estaban sobre la mesa.

—¡Es imperdonable lo que le hiciste a Antonieta! —reclamó indignado don Gerardo.

—No quiero escuchar tus reclamos —replicó la dama de hierro al entrar a su habitación—. Hoy ha sido un día muy pesado.

—Eres cruel y maligna, Ramona. No tienes piedad con esa pobre enferma.

—Si tanto te duele la loca del sótano, ve a curar su carne maltratada.

—Ya lo hice. Tuve que darle un par de aspirinas para calmarle el dolor. ¿Por qué tanto ensañamiento luego de tantos años? ¿No te bastó con robarle a su hijo Daniel?, ¿ni con separarla de mí? No, como tampoco te bastó enloquecerla y encerrarla en ese sótano, sino que además gozas maltratándola.

—La odio y lo sabes. Daniel, antes de irse de esta casa, me dijo cosas hirientes.

—¿Y tenías que pagar con Antonieta tu frustración y tu rabia por lo que te dijo Daniel? ¿Es que estás enloqueciendo?

—Sí, estoy loca de dolor por la muerte de mi hijo. Jorge Ignacio lo era todo para mí y lo perdí. El hijo de esa demente vive y el mío no.

—Por Dios, Ramona, no seas injusta y cruel. ¿Qué culpa tiene Antonieta de que nuestro hijo haya muerto?

—¿Culpa? Ninguna. Pero me sentí bien al descargar mi ira en ella —admitió con sorna la mujer.

—Eres infame.

—Cuidado con tu manera de hablarme, Gerardo —le advirtió furiosa.

—Si algún día Daniel llegara a saber que no eres su verdadera madre... Si algún día supiera que la mujer que le dio la vida ha estado encerrada en un sótano por treinta años por tu culpa, te odiará con todas sus fuerzas.

—Corrección: nos odiará. No olvides incluirte. Es cierto que yo encerré a Antonieta en el sótano, pero tú no hiciste nada para impedirlo. Si Daniel llegase a saber la verdad, a pesar de ser tú su verdadero padre, te odiará también.

Don Gerardo bajó la mirada cargado de culpas; impotente ante la maldad desbordada de ella.

—Dios te perdone por tanta crueldad, Ramona.

—No necesito del perdón de Dios. Tú de nada puedes acusarme. Has callado durante treinta años la existencia de Antonieta. Fuiste mi cómplice cuando presenté a Daniel ante los ojos del mundo como mi hijo legítimo. Callaste cuando le robé a la pobre loca todo su dinero, los bancos y esta mansión. No estás tan exonerado de culpas como crees.

Don Gerardo miró a su mujer con el alma desgarrada por el dolor.

—Algún día la vida nos cobrará, por tanto. A ti por tu maldad extrema... a mí por haber callado.

—La vida ya me está cobrando —suspiró ella—. La maldita vida acaba de arrebatarme a mi hijo. A mi único hijo. Pero eso no va a detenerme. Si la vida me reta, yo le haré frente como siempre.

Doña Ramona rompió a reír como una loca, presa de un histerismo producto del dolor de haber perdido a Jorge Ignacio.

—Desde hoy no dormiré más en esta habitación.

Se alejó don Gerardo hacia la puerta. Antes de salir escuchó la voz con sorna de su cruel esposa:

—¡Si quieres, vete a dormir al sótano junto a tu amada loca!

El hombre salió y doña Ramona quiso reír de nuevo, pero fue un sollozo desgarrador lo que brotó de su garganta. Un sollozo lleno de dolor por la muerte de su único y verdadero hijo.

—Gracias por recibirme aquí esta noche, señora Julia.

Nancy estaba con su pequeña maleta frente a Julia y su abuelo en el apartamento de Hialeah.

—Me alegro de que me llamaras. No es justo que te hayan echado de la mansión Armenteros solo por contarle la verdad a Daniel.

—Doña Ramona y la señora Viviana son muy malas. La modelo hasta una cachetada me dio, pero yo le tiré encima mi plato de sopa.

—Siento que por mi culpa hayas perdido tu trabajo, Nancy.

—¿Pero qué dice? Usted no es culpable de nada. En esa casa fueron muy injustos con su persona. Si yo le aclaré las cosas al señor Daniel, es porque mi conciencia así me lo pidió. Gracias por recibirme aquí. En este país no tengo a nadie y no sabía dónde pasar la noche. Mañana mismo busco un hotelito barato para mudarme y me pongo a buscar otro trabajo.

—Nancy, si quieres puedes quedarte a vivir aquí con mi abuelo y conmigo. Hay una habitación desocupada que te podemos alquilar. Mañana podemos salir a buscar trabajo juntas. Yo también necesito un empleo.

—¿Por qué no regresas a la floristería, mi nieta?

—Ya hay otra muchacha ocupando mi puesto.

—¿De verdad puedo quedarme a vivir con ustedes? —preguntó Nancy emocionada.

—Claro que sí.

—Gracias, señora Julia. Es usted muy buena.

—Somos amigas, así que deja de llamarme «señora Julia». Para ti soy Julia. Y tampoco me trates de usted.

—¡Gracias!

—Bienvenida a nuestro humilde hogar, muchacha.

—Gracias también a usted, don Luis. Y prometo quererlo como un abuelito.
Los tres rieron.

En las siguientes semanas, Julia y Nancy se dedicaron a buscar empleo. Nancy logró colocarse como cajera en un supermercado Publix. Julia, por su parte, visitó a varios amigos solicitando ayuda. Finalmente, encontró trabajo como vendedora en una tienda Best Buy.

Julia trataba de olvidar los hechos ocurridos, pero le era imposible no pensar todos los días en su amado Daniel, de quien no había vuelto a saber nada. La muchacha tenía entre sus planes retomar sus estudios como maestra, pero se sentía muy agotada al final del día tras largas horas de trabajo. Todas las mañanas al levantarse estaba sufriendo de mareos y ganas de devolver el estómago. Pensó que todo era producto del estrés. Decidió visitar al médico para que le recetara multivitamínicos.

El doctor Díaz miró a Julia, la cual se hallaba sentada al otro lado del escritorio.

—Aquí están los resultados de los exámenes de sangre que te hicimos.

El médico consultó en su *tablet* dichos resultados.

—Todo está bien, Julia. Estás completamente sana.

—¿Entonces a qué se deben los mareos matutinos, doctor?

—Son normales en las mujeres embarazadas durante los primeros tres meses.

—¿Dice usted que...?

—Vas a ser madre, Julia.

Julia quedó demudada. Había tenido un retraso en su menstruación, pero lo achacó al estado de nervios y ansiedad a los que había estado sometida.

—Debes alimentarte bien. Piensa que ahora debes comer por dos.

—Doctor Díaz, estoy viviendo una situación especial —confesó avergonzada y bajando la mirada—. No sé de quién es el hijo que espero.

—No hay problema por eso, muchacha. La prueba de paternidad prenatal se realiza durante el embarazo para determinar si el supuesto padre es el padre biológico. Este tipo de test de paternidad prenatal es igual de preciso que los test realizados una vez el niño haya nacido, pues el ADN genético de cada individuo no modifica nunca. Esta prueba no es muy común, pero si deseas someterte a ella, lo haremos.

—¿Son confiables esas pruebas?

—Absolutamente. Resultados con más del 99.9 % de exactitud.

—¿Cuándo podría hacérmela?

—Puede realizarse a partir de la décimo segunda semana de embarazo.

Salió del consultorio como una autómatas. Su corazón latía con fuerza, en una mezcla de alegría, angustia y dudas. Avanzó por el largo pasillo del hospital hacia los ascensores.

«¿De quién es el hijo que estoy esperando? ¿De Daniel o de Jorge Ignacio? —se preguntó pálida, la frente perlada en sudor. Sintió que iba a desmayarse, pero respiró hondo y sacó fuerzas de su interior—. Un hijo... un hijo y no sé quién es el padre», se dijo abrumada.

—¡Julia!

De pronto, se volvió sorprendida al escuchar aquella voz unos metros más allá. Su sorpresa se convirtió en más angustia al ver a Nancy, quien corrió hacia ella.

—Estaba buscando el consultorio de tu médico. En cuanto salí del supermercado me vine al hospital para acompañarte a tu cita.

Julia la miró con una expresión angustiada en los profundos ojos oscuros.

—¿Por qué te quedas callada, amiga? ¿Ya viste al doctor? ¿Estás enferma?

—Vámonos de aquí, Nancy. El olor a medicinas me mareas y me produce náuseas.

Cuando salieron del hospital, Julia aún iba hundida en sus pensamientos. Ahogada en su tormento, se sentó rápida en un banco de cemento del jardín. Nancy hizo lo propio a su lado.

Sin mediar palabra, Julia rompió a llorar sobre el hombro de su amiga quién asustada le murmuró:

—Y ahora te echas a llorar y sigues sin decirme nada...Puedes contarme lo que sea, Julia. ¿Estás enferma? ¿Tienes algo malo? ¡Por favor no llores y háblame que me estás matando de los nervios!

Poco a poco, Julia se calmó. Muy cerca de ellas, pasó a toda velocidad una ambulancia con su estridente sirena de emergencia encendida. Nancy hizo que Julia la mirara a los ojos. Tomó sus manos y le habló suavemente.

—Cuéntame lo que sea, por favor...

—Estoy esperando un bebé, Nancy.

—¡Pero qué gran noticia! ¡Un bebé! ¡Qué bendición tan grande, por Dios!

—No sé de quién es el niño que espero. El padre puede ser Daniel o...el otro...

La alegría de Nancy se cortó de tajo y su risa se congeló.

—¿Qué?

—Hubo muy pocos días de diferencia entre uno y otro.

—Ay, Santísimo Señor del cielo, ¡qué problema tan grande! ¿Y cómo hacemos ahora para saber quién es el papá del chamito? Yo soy muy bruta y no entiendo de esas cosas...

—Puede saberse a través de una prueba.

—¡Pero que adelantada está la medicina!

—Tengo que darle la noticia a mi abuelo.

—Y también a Daniel. Si él resulta ser el papá del niño, tiene que saberlo.

—Daniel... No he vuelto a saber más de él —alegó con profunda tristeza.

—Lógico que no. Tú le pediste que se fuera.

—Estaba tan aturdida en aquel momento, tan enloquecida...

—Si el papá resulta ser Daniel, te reconcilias con él. El bebé va a necesitar a sus padres juntos. Y si el hijo resulta ser del difunto, no te preocupes, amiga. Yo seré como una tía postiza para el niño.

Julia, en medio de su desasosiego, no pudo evitar reír suavemente ante el entusiasmo de la alegre Nancy.

Cuando Julia y Nancy volvieron esa misma tarde al apartamento, don Luis las esperaba con un sobre en las manos.

—Llegó esto para ti, Julia.

—Gracias, abuelo. —Tomó el sobre y lo rasgó. Sacó el pliego doblado y lo leyó. Su rostro palideció.

—¿Qué dice ese papel? ¿Por qué te has puesto pálida de repente, hija?

—Es de parte de un abogado. Me cita mañana en su despacho a las diez de la mañana.

—¿Para qué? —quiso saber intrigada Nancy.

—Para firmar los papeles de mi divorcio con Daniel.

Ese mismo día, en su lujoso apartamento de Manhattan frente al Central Park, Daniel Armenteros recibió una citación similar. A la mañana siguiente tuvo que ir a firmar aquella petición de divorcio a una oficina del mismo abogado que se la había enviado a Julia en Miami. Daniel firmó los documentos con los ojos nublados por las lágrimas.

Al abandonar el bufete del abogado, en la calle fue abordado por un grupo de doce periodistas que lo bombardearon a preguntas sobre su divorcio. Aquella semana, Daniel acudió a los programas de televisión de *The Ellen DeGeneres Show*, *Late Show with David Letterman*, *The View* —donde fue entrevistado por Whoopi Woolberg— y también acudió a *The Late Late Show with Craig Ferguson*. En los días siguientes, hubo más invitaciones en programas de televisión muy importantes para el joven candidato. Daniel mostró su mejor sonrisa y su innata simpatía en *Late Night with Conan O'Brien*, y en los programas latinos: *Despierta América*, *Al Rojo Vivo* y *Un Nuevo Día*. También fue entrevistado para la prensa escrita por *The New York Times*, *The Washington Post*, *Miami Herald*, *People* y *Times*. En cada una de esas entrevistas, le preguntaron sobre su divorcio y Daniel siempre dio respuestas amables y simples como «se nos acabó el amor» o «Julia es la mujer más maravillosa del mundo, pero todo acabó entre nosotros».

El tiempo no alcanzaba para él. Varias veces a la semana tenía que tomar distintos aviones para diferentes destinos y finalmente siempre volver a Nueva York. Al llegar a su apartamento, repetía la misma rutina: se servía un *whisky* en las rocas, se descalzaba y se acostaba en el largo sofá de la sala, frente al gran ventanal con mirada hacia el Central Park. En aquellos momentos la soledad lo invadía y le era imposible no pensar en Julia. Su amada Julia, a la que extrañaba cada día.

Ella también había firmado los papeles del divorcio, pero en Miami. Amaba cada día más a Daniel, a pesar de la separación. Los días y las semanas transcurrían lentos para ella. Aún no cumplía las doce semanas de embarazo y por eso no había podido someterse a la prueba para saber quién era el verdadero padre de su hijo. En aquellos tristes días, su única alegría fue cuando finalmente se decidió a contarle a su abuelo que esperaba un bebé.

—¡Un niño! ¡Pero qué bendición más grande, alabao! —celebró dichoso el anciano—. Y yo que pensé que me moriría sin ser bisabuelo.

Julia rio ante la algarabía del viejo.

Aquella misma mañana, el abogado Steven llamó por teléfono a doña Ramona Armenteros.

—Ya está andando el proceso de divorcio entre su hijo Daniel y Julia Alcántara, señora.

—¿Les hizo creer a cada uno por su lado lo acordado?

—Así es, descuide usted. Julia piensa que el divorcio fue solicitado por Daniel, y él piensa que el divorcio fue solicitado por ella. Simplemente, bastó un par de *e-mails* escritos por mí haciéndome pasar por uno y otro. Entrar a sus correos electrónicos fue muy fácil con la ayuda de un *hacker* que trabaja a mi servicio desde hace años.

—Perfecto, abogado. Ahora necesito un nuevo favor, el cual obviamente sabré pagarle muy bien.

—El que desee, señora.

—Necesito que apure los trámites lo más posible. Quiero a Daniel divorciado cuanto antes.

—El proceso puede tardar entre seis semanas o seis meses. Voy a acelerarlo lo máximo que pueda.

—Gracias.

Doña Ramona colgó el teléfono. Sentada ante ella estaba Viviana. Ambas disfrutaban de un espléndido día tomando un par de *bloody marys* frente a la piscina.

—¿Todo va bien, Ramona?

—Mejor imposible, Vivi querida. Daniel y Julia cayeron en la trampa.

—Excelente.

—Quedarán divorciados sin volverse a ver. Cada uno pensando que fue el otro el interesado en divorciarse.

—¿Qué pasará con la repartición de bienes? ¿Vas a permitir que esa muerta de hambre le eche mano a tu fortuna?

—Absolutamente no. Daniel no tiene dinero propio, solamente su carro y su apartamento de Manhattan. Todo el dinero de esta familia está a mi nombre. Julia Alcántara no tiene nada que reclamar.

—Bueno, conociendo a la balserita, seguramente hará gala de su dignidad y de igual forma no aceptará nada de Daniel.

—La dignidad típica de los pobretones. Estamos a un paso de sacar a esa mujercita de nuestras vidas para siempre.

—¿Has vuelto a saber de ella?

—No desde que se fue de esta casa.

—Sería bueno que contactaras al detective nuevamente para que averigüe qué está haciendo Julia. Al enemigo siempre hay que tenerlo vigilado, Ramona.

—Ya ella no representa un peligro para nosotras —afirmó con calma.

Los malignos ojos de Viviana se fijaron en los de su suegra.

—Nunca hay que confiarse al cien por ciento.

—No dejas de tener razón. Más adelante la haré seguir nuevamente, para ver en qué pasos anda.

—Quiero comunicarte que voy a hacer un corto viaje de pocos días. Un par de semanas a lo sumo.

—¿Para dónde viajarás, Vivi?

—Pienso ir a Buenos Aires con Kitty —mintió muy segura Viviana—. Una amiga modelo que vive allá cumple años y nos invitó a pasarlo con ella.

—No deberías acudir a ningún tipo de celebración. Está muy reciente la muerte de mi hijo. Tienes que mantener las apariencias.

—Será un viaje aburrido, sin fiestas ni alegría, querida suegra. Estaremos todo el tiempo en el apartamento de mi amiga —volvió a mentir cínicamente.

Al día siguiente amaneció lloviendo en Nueva York. El vuelo procedente de Miami aterrizó en el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Viviana y Kitty tomaron un Uber hacia el Hotel Plaza Athenee. Ambas amigas compartieron una misma *suite*. Tras dejar las maletas, Vivi se dispuso a salir nuevamente.

—¿A qué hora volverás?

—No lo sé, Kitty. Todo depende de cómo me vaya. Te llamaré al celular para volvernos a encontrar. Vete sola de compras.

—Esperaré a que pare de llover. Cuando llueve en esa forma —exclamó Kitty—, ¡me siento enferma!

Viviana salió de la *suite*.

Viviana tomó otro Uber camino a la dirección del apartamento de Daniel. Tenía que lograr su perdón. Sin saber aún lo que iba a hacer, había tomado aquel vuelo hacia Manhattan. Quería sorprender al hombre que amaba. Sabía que, aunque Daniel y Julia estaban separados, dicha

separación podía ser pasajera y ambos reconciliarse antes de que el divorcio se hiciese efectivo. Una vez en el lujoso edificio donde quedaba el apartamento, subió al piso veintisiete y con una copia de un juego de llaves que previamente había tomado en la mansión Armenteros, abrió la puerta y entró. El corazón de ella latía muy a prisa ante la incertidumbre de lo que pudiese pasar en los próximos minutos.

Daniel escuchó desde su habitación abrirse y cerrarse la puerta de la sala y fue a ver si era la encargada de la limpieza la que había entrado. La sorpresa del joven candidato fue mayúscula cuando vio a Viviana frente a él.

—¿Qué haces aquí?

—Vine por ti.

—Nadie te pidió que vinieras, Viviana.

—Me importas demasiado para olvidarte. Quieras o no, te sigo amando.

—¡Cállate! —gritó yendo hacia ella.

—Ya Jorge Ignacio no existe. Ya no tengo por qué ocultar más este amor que siento por ti y que me quema por dentro. Julia salió de tu vida. Somos libres, Daniel. ¡Libres para amarnos!

—Sigo amando a Julia.

—Pero ella quiso volar de tu lado.

—Tú, mamá y Jorge Ignacio se interpusieron entre los dos y lograron separarnos, pero a pesar de eso, no vas a lograr nunca que te ame.

Viviana rio con sorna hiriente.

—¿Y piensas amarla a ella por los siglos de los siglos? Ya Julia se debe de haber buscado a otro —aseguró llena de despecho, de celos.

—Lárgate de aquí. Si solamente tomaste un vuelo para venir a verme y a destilar veneno, perdiste tu tiempo.

—Aunque me odies, yo sí te amo. Aunque maldigas mi nombre, solo deseo tu amor. Yo nunca te abandonaré como hizo ella.

Desesperada, suplicante de amor, lo abrazó con fuerza, aferrándose a él.

—Respétate a ti misma y deja de suplicarme amor. —La apartó con firmeza de su lado—. Regrésate por donde mismo viniste, Viviana. Nunca voy a perdonarte todo el daño que le hiciste a Julia. De mi parte hacia ti solamente hay y habrá desprecio.

—¡No! —gritó desgarrada, herida en su orgullo de mujer.

—Entrégame las llaves y vete. Para siempre.

Impotente, vibrante de frustración y rabia, Viviana arrojó las llaves contra el suelo y salió corriendo de allí.

—¡Lo odio! ¡Lo odio con todo mi ser!

Kitty se despertó con los gritos destemplados e histéricos de Viviana. Afuera en la calle, había parado de llover. Vivi acababa de regresar de su encuentro con Daniel y venía alterada, fuera de sí. Kitty aún somnolienta se incorporó.

—¿Qué te pasó, Viviana? ¿Por qué regresas histérica?

—Daniel me despreció. La sigue amando a ella. ¡A Julia!

—Ojalá lo odieras de verdad para que dejes de sufrir por él. Te dije que era una pérdida de tiempo venir a Nueva York para ver a tu cuñado, pero te empeñaste.

—Juro que lo odio, Kitty. Ahora sí lo odio.

—Pues olvídalo de una vez.

—No, olvidarlo no. ¡Olvidarlo nunca! Mi odio es solo un gran deseo de venganza. Quiero cobrarle cada rechazo, cada desprecio. ¡Quiero que pague muy caro su desamor!

Kitty miró a su mejor amiga con gran impacto ante aquella furia que la consumía.

—Mientras lo odies no vas a ser feliz. Eres viuda, joven, exitosa y millonaria. Lo tienes todo para ser feliz con otro amor.

—¡No quiero otro amor! ¡Quiero el amor de él!

—Convéncete de una vez de que no lo vas a tener nunca. Daniel no fue, no es y no será tuyo. ¡Aceptalo y deja de martirizarte!

Vivi sacudió la cabeza atormentada ante aquellas palabras dichas por su amiga.

—Voy a ver a Daniel destrozado. ¡Lo juro! —balbuceó.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Julia, en su noveno mes de embarazo, dejó de trabajar bajo permiso prenatal. Solamente la alegría del hijo que esperaba la mantenía con deseos de seguir viviendo. En todo aquel tiempo transcurrido, la bella muchacha no se había sometido a la prueba de ADN para saber quién era el padre de su hijo. Temía conocer el resultado y por eso no aún había tomado acciones.

—Hola, amiga —saludó Nancy feliz llegando de la calle. Venía con una bolsa de compras—. Cobré mi sueldo y fui a comprarle ropita al bebé.

Emocionada, la simpática Nancy sacó la ropa que había comprado.

—¿No es una monada? Y como ya sabemos que será una niña, se lo compré todo en color rosado.

—Gracias, Nancy —le sonrió Julia emocionada—. Pero no es justo que te gastes tu sueldo en ropa para mi hija. Tú tienes tus propios gastos.

—La niña será mi sobrina, así que para mí es un gusto hacerle regalos.

Julia tomó entre sus manos la delicada ropita de bebé que Nancy había comprado.

—¿Ya pensaste qué nombre le vas a poner a la chamita?

—Se llamará Ana, como mi difunta madre.

—Y todos la llamaremos Anita. Y será la consentida de esta casa.

—¡Nancy! —se quejó de pronto Julia sin aliento y sintiendo un punzante dolor en el bajo vientre.

—¿Qué te pasa? ¡Te pusiste pálida!

—Creo...

Y en ese momento, Julia rompió fuentes.

—Ay, madre mía, ¡rompiste fuentes! —exclamó nerviosa—. ¡Don Luis! ¡Venga volando!

Desde su habitación, el buen anciano vino corriendo.

—¿Qué pasa, Nancy?

—¡Pasa que ya Anita va a nacer! ¡Hay que llamar a la ambulancia!

Doña Ramona Vásquez de Armenteros recorrió con aire aburrido la biblioteca. Se dirigió a las estanterías de libros y tomó una de las fotos que reposaban allí. Era un retrato grande y en blanco y negro de Jorge Ignacio. Sintiendo un dolor lacerante por la muerte del hijo perdido, la terrible mujer masculló:

—Nunca voy a dejar de extrañarte, hijo.

La pared corrediza se abrió y de su interior surgió don Gerardo, provocando nuevas protestas en su esposa.

—Como siempre, estabas con la loca.

—Me gusta estar en su compañía —dijo oprimiendo el botón oculto que hizo cerrar de nuevo la puerta del pasadizo secreto.

—La infeliz no sabe si está sola o acompañada. Cada día se vuelve más idiota.

—Estoy seguro de que Antonieta entiende cuando le hablo, cuando le recuerdo el pasado.

Doña Ramona rio burlona.

—Pobre Gerardo, ¡siempre suspirando por ese amor imposible! Eres tan patético.

Se acercó a ella y bajó la voz.

—¿Nunca vas a dejar de tener el corazón tan lleno de odio?

—Me gusta odiar. Es el odio lo que me mantiene viva.

—Ramona, he estado pensando. Lo mejor sería sacar a Antonieta de ese sótano. Han pasado demasiados años. Tú y yo podríamos morir repentinamente, nadie tiene la vida asegurada. Si muriésemos, Antonieta quedaría atrapada allá abajo. Nadie sabe de su existencia. Al faltar nosotros, nadie podría alimentarla, ni siquiera darle agua. Moriría irremediabilmente. Pensar en eso me produce horror. Lo más sensato sería internarla en una casa de reposo mental.

—Jamás vamos a sacar a Antonieta del sótano. ¿Te estás volviendo loco tú también? ¿Cómo puedes pensar en algo así? Si se descubriera nuestro secreto, pasaríamos los últimos días de nuestras vidas en una cárcel por haber mantenido cautiva a esa demente.

—¿Pero qué pasaría con ella si nosotros faltáramos de repente?

—Moriría irremediabilmente. El sótano sería su tumba eterna, aunque alguien podría descubrir el pasadizo secreto y hallar su cadáver. No me gustaría que, aunque yo esté muerta, se hablara mal

de mí al descubrirse todo. Hay que ir pensando en una solución. Lo mejor es acabar con Antonieta. Ponerle una inyección letal y luego hacer desaparecer su cuerpo. Esa idea me gusta.

—¡Nunca te permitiría asesinarla! —suspiró atormentado. Y luego, con repentina indignación—: ¿Por qué te permití llegar tan lejos? ¿Por qué me sometí a tu maligna voluntad?

Doña Ramona, que había mantenido el retrato de su hijo en las manos, lo volvió a colocar en su lugar.

—Porque siempre fuiste un títere en mis manos, Gerardo. Siempre fuiste un pelele, un inservible. Un triste ser sin voluntad propia.

—Nunca me perdonaste que me enamorara de ella y no de ti.

La matriarca sonrió al contestar.

—Muy caro pagaste ese desprecio.

—Fuiste implacable —afirmó don Gerardo con fervor—. No solamente te quedaste conmigo, sino también con Daniel. Le quitaste su hijo a Antonieta.

Ella vio como el rostro de su esposo se transfiguraba por el odio. Don Gerardo la miró a los ojos y su boca hizo una mueca de desagrado.

—Ojalá Dios me hubiese dado la valentía suficiente para estrangularte con mis propias manos. De haberlo hecho, no habrías podido hacer tanto daño.

—¿Estrangularme tú? ¿Un gusano como tú? —preguntó riendo hiriente—. No habrías sido capaz de llegar tan lejos. No tenías los pantalones suficientes para eso.

—No sabes cuánto me arrepiento de no haberlo hecho.

Y movió la cabeza con gran pesar.

—No seas tan melodramático, Gerardo.

—Nunca es demasiado tarde...

El rostro endurecido de doña Ramona recibió aquellas palabras como un golpe.

—¿Me estás amenazando? ¿Te atreves a hacerlo?

—Toma mis palabras como quieras.

—Eres un pobre desdichado. Siempre lo fuiste. No te tengo miedo. Los hombrecillos como tú solo me producen risa —dijo despectiva.

Ella salió de la biblioteca cerrando la puerta. Don Gerardo, al quedar solo, bajó la mirada sintiéndose humillado y más poca cosa que nunca.

La voz sonó muy cerca de la cama donde la muchacha reposaba tras dar a luz. Julia alzó vivamente la mirada. Nancy y don Luis acudieron a su lado.

—¡Amiga, ya estamos aquí tu abuelo y yo!

Julia sonrió feliz de verlos.

—Ya Anita nació. Fue un parto muy sencillo a través de cesárea.

Don Luis visiblemente emocionado tomó las manos de su adorada nieta.

—¿Dónde tienen a la chiquita? ¡Quiero conocer a mi bisnieta!

—La enfermera me dijo que enseguida la traerían, abuelito.

Nancy dio rienda suelta a sus nervios y a su emoción echándose a llorar de júbilo.

—Perdóname por llorar, Julia, pero es que soy muy sentimental. Te juro que voy a querer a mi sobrinita más que a nada en el mundo. Voy a ser la tía más chévere y consentidora del planeta.

—De eso estoy segura, Nancy —le sonrió emocionada.

—Yo no pienso quedarme atrás. Voy a ser el bisabuelo más consentidor también.

Los tres rieron dichosos. A la cómoda habitación del hospital entró una joven y bonita enfermera latina empujando la cunita de cristal donde venía la recién nacida Anita.

—Con permiso. Aquí está la bebé —anunció la enfermera con una amplia sonrisa de ternura.

—¿Puedo cargarla? —preguntó muy emocionada Nancy.

—Claro que sí, para eso eres su tía —aproboó dulcemente Julia.

La enfermera tomó suavemente a la niña sacándola de la cuna y con gran delicadeza se la colocó a Nancy en los brazos. Don Luis se acercó más para ver a la recién nacida.

—Parece mentira que sea tan pequeñita —dijo el anciano con un nudo en la garganta.

—Ya tengo que regresar al supermercado. Hoy tengo doble turno. Tome, don Luis, cargue usted ahora a Anita —le dijo al viejo a la vez que le depositaba la niña en los brazos—. No deje sola a Julia, yo regresaré en la noche cuando termine de trabajar.

—Gracias por ser tan buena amiga, Nancy.

—Gracias a ti por hacerme tía.

Nancy se inclinó y dulcemente besó la frente de la bebé. Luego salió de la habitación acompañada de la enfermera. Al quedarse a solas con su abuelo, Julia no pudo evitar echarse a llorar.

—¿Por qué lloras, mi nieta? ¿No estás feliz del nacimiento de tu hija?

—Anita es ahora lo más grande que tengo en esta vida y mi motivo más poderoso para vivir, abuelo. Voy a luchar con uñas y dientes para que nunca le falte nada, pero... le faltará lo principal: un padre.

—Deberías salir de dudas de una vez y hacer esa prueba para saber quién es el papá de la niña. No dudes más.

—Me da miedo conocer los resultados.

—Piensa que, si resulta ser hija de Daniel, solo tendrías que buscarlo y darle la noticia.

—¿Y si es hija de Jorge Ignacio?

—Si resulta ser hija de ese canalla, la criaremos nosotros y nunca le faltará amor.

—Aunque fuese hija de Daniel, nada arreglaría las cosas. Ya estamos divorciados, abuelo. Recuerda que el divorcio fue una petición de él.

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos de la reciente madre.

—No te puedes poner triste ahora. Hoy tiene que ser el día más feliz de tu vida.

—Tienes razón, abuelo. Gracias a ti y a Nancy por apoyarme y no dejarme caer. No sé qué sería de mí si no los tuviera a ustedes.

En su despacho en Manhattan, Daniel Armenteros tomó el teléfono y marcó un número.

—Hola, papá.

—Daniel, hijo, qué alegría recibir tu llamada.

—¿Cómo estás? ¿Qué haces?

—Ahora estoy en mi despacho del banco. Ya sabes, trabajando como siempre. ¿Cómo te va a ti?

—Bien, papá. Sigo adelante con mi campaña. Sigo número uno en las encuestas.

—Me alegro y me siento muy orgulloso de ti. ¿Cómo va tu vida? La personal, digo.

—Igual. Desastrosa.

Se hizo un silencio incómodo en la línea.

—Papá... —se atrevió a balbucear casi sin voz—. ¿Has sabido algo de Julia?

—Nada, hijo —confesó sincero.

—Han pasado tantos meses...

—Trata de olvidarla. Tienes que rehacer tu vida. Vas a necesitar una nueva esposa para cuando seas presidente. No puedes llegar solo a la Casa Blanca.

—Lo sé.

La idea de estar con otra mujer que no fuese Julia le resultaba imposible de asimilar. Jamás amaría a otra.

—Samantha, la hija del senador Parker, siempre ha estado enamorada de ti. Quizás...

—Tengo que dejarte, papá. En cinco minutos debo entrar a una reunión muy importante. Adiós.

Daniel colgó la llamada secamente, no quería hablar de otra mujer. Se puso de pie, tomó su abrigo y guantes y salió de allí.

El invierno había llegado. Daniel recorría algunas calles de Manhattan a pie que, a pesar del frío helado, nunca estaban desiertas. No podía dejar de pensar en su amada Julia, pese a todos los meses transcurridos. Ya divorciados, el joven candidato a la presidencia del país ignoraba que ella acababa de tener un hijo. Un hijo que posiblemente podría ser suyo... o no.

«Trata de olvidarla. Tienes que rehacer tu vida. Vas a necesitar una nueva esposa para cuando seas presidente. No puedes llegar solo a la Casa Blanca». Las palabras de su padre unos minutos antes le martilleaban en el cerebro. Marcó entonces el teléfono de Samantha Parker.

—Hola, Samantha.

—¡Danny! Qué sorpresa tan inesperada.

—¿Sigues en Miami?

—No. Desde hace dos meses me mudé a Nueva Jersey. Estoy haciendo un máster.

—Excelente noticia saber que vives aquí. ¿Te gustaría que almorzáramos juntos?

—Me fascina la idea. Hoy no tengo clases. ¿Quieres que nos veamos en Nueva Jersey o en Manhattan?

Daniel Armenteros vaciló.

—En Nueva Jersey —se decidió él—. Me hará bien manejar hasta allá para despejar la mente.

—¿Muy agobiado por tu campaña política o aún sigues afectado por tu divorcio?

La pregunta produjo una pausa incómoda, pero Daniel reaccionó:

—Mándame tu dirección por texto, Samantha. En una hora pasaré a buscarte.

—Perfecto, estaré lista.

Samantha y Daniel entraron al concurrido *restaurant* tomados del brazo. Varias miradas curiosas se volvieron a ver a la pareja de recién llegados. Él llamaba la atención por ser el candidato de moda, además de extremadamente guapo, atlético y varonil. Ella era una mujer de veinticinco años, alta y muy erguida. De cabellos muy rubios y ojos azul intenso. Su cintura era estrecha y su busto perfecto. Su piel era fina y delicada. De cejas muy arqueadas y labios carnosos que invitaban a ser besados. Samantha era sencillamente hermosa y perfecta.

Antes de ocupar su mesa, entregaron sus respectivos abrigos al empleado que los recibió. También se despojaron de sus guantes. Se encaminaron a una discreta mesa del fondo donde fueron amablemente guiados. Tras sentarse ella, lo hizo Daniel.

—*¿What do you want to drink, miss?*

—Vengo literalmente congelada —le confesó a Daniel y luego se volvió al mesero—. *A cognac will do me good* —sonrió encantadora.

—*The same for me* —dijo Daniel.

El mesero se retiró.

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que nos vimos, Danny?

—¿En el entierro de mi hermano?

—No, yo en esos días no estaba en Florida. La última vez fue en el cumpleaños de tu madre. Por cierto, esa noche fuiste muy descortés conmigo, ni siquiera me invitaste a bailar —le reclamó en tono suave y seductor. Estaba loca de amor por él.

—Perdóname, algunas veces me comporto desastrosamente.

—Yo a ti todo te lo perdono, Daniel. Hasta que te casaras intempestivamente. Por cierto, duró poco tu matrimonio. De tu exesposa se decía...

—De Julia se decían muchas cosas. Ninguna cierta —cortó él tratando de ocultar su incomodidad.

—Mejor no hablemos de ella.

—Mejor. Háblame de ti, Samantha. ¿Tienes novio?

—Vaya, pero qué directo —rio divertida—. No. Sigo esperando al hombre que amo, pero es demasiado ingrato. Te confieso que la última llamada que habría esperado en mi vida era la tuya.

—Eso cambiará a partir de hoy. Ahora ambos vivimos aquí y podemos vernos más seguidamente.

—¿Ya olvidaste? ¿Ya sanó tu corazón herido?

—Va llegando, Samantha. El olvido va llegando —le mintió.

—No quisiera insistir, pero se dijo que estabas loco de amor por tu Cenicienta.

—El cuento de hadas acabó. Créeme.

—Como sabes, soy muy amiga de tu cuñada Viviana, ella me contó que...

La llegada del mesero con los coñac interrumpió a la seductora Samantha.

—Salud —alzó ella la copa al quedar a solas.

—¿Cuál sería el motivo del brindis?

—Nuestro reencuentro, Danny.

Ambos chocaron sus copas y bebieron unos sorbos.

—Quiero darme la oportunidad de conocerte a fondo. Hemos sido amigos desde hace muchos años. Tu padre, el senador Parker, me ha ayudado mucho en mi carrera, lo admiro y respeto muchísimo. Sé que él miraría con mucho agrado un acercamiento entre nosotros.

—Nada me gustaría más, Daniel —aseguró ella sincera y enamorada—. Me encantaría llegar a ser alguien muy importante en tu vida, pero importante de verdad, no solamente un clavo que saca a otro clavo.

—Vamos a probar —respondió él sereno.

—Estoy dispuesta. Y ahora, si no te importa, ordenemos el almuerzo. Literalmente, desfallezco de hambre.

Mientras Daniel le hacía una seña al mesero para que se acercara, un *paparazzi* les tomaba una ráfaga de fotos.

Luego de comer y charlar animadamente por más de tres horas, Samantha y Daniel salieron a caminar, tomados del brazo, por un parque cercano al *restaurant*. La tarde estaba gris, y la falta de sol daba al momento la apariencia de una fotografía en blanco y negro. En silencio, ambos miraban las copas negras de los árboles que resaltaban sobre el cielo gris. Sin sospecharlo, el apuesto candidato y la hija del senador continuaban siendo fotografiados.

Samantha se detuvo y lo miró fijamente a los ojos.

—Muero de frío.

Daniel se quitó su abrigo y lo colocó por encima de los hombros de ella.

—No hagas eso, Danny. Yo tengo mi propio abrigo. Te podrías enfermar. Está helando.

—Estaré bien —afirmó él caballeroso.

Ahora él también la miraba fijamente. Sus hermosos ojos azules en nada se parecían a los oscuros y expresivos ojos de Julia.

—Te quiero, Daniel. Llevo años enamorada de ti y lo sabes. Morí de celos el día que supe que te habías casado, pero ni por un momento sentí la tentación de interponerme en tu matrimonio. Jamás haría eso. Sé perder, y en ese momento sentí que te había perdido y lo acepté. Reconozco que me dolió, pero lo acepté. —El rostro se le había iluminado mientras hablaba.

Instintivamente y sin decir ni media palabra, Daniel la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente. Aquella foto del beso aparecería al día siguiente publicada en todos los periódicos y revistas del corazón, además de salir también en diferentes programas y noticieros de televisión.

El día después de dar a luz, Julia regresó a su humilde apartamento de Hialeah con la bebita en sus brazos y acompañada de su abuelo.

—Ya estamos de regreso, Julia. Vamos a tu cuarto, quiero que veas la cuna que compré para Anita.

—¿Compraste una cuna? Gracias, abuelito.

Desde su cuarto vino corriendo Nancy con un periódico en la mano que blandía excitadamente en el aire. Azorada y nerviosa habló:

—¡Te vas a morir con la noticia que viene en el periódico, amiga! ¡Y doblemente te vas a morir cuando veas la foto de la traición!

—¿La foto? ¿De qué foto y de qué noticia hablas, Nancy? —interrogó Julia picada por la curiosidad.

—Pásale la niña a tu abuelo y siéntate, no vaya a ser que te caigas y te metas un trancazo contra el piso.

Julia obedeció a su buena e indiscreta amiga y le pasó la bebé a su anciano abuelo. Nancy abrió el diario de par en par justo en la página donde salía una gran fotografía de Daniel besándose con la bellísima Samantha Parker.

—¡Mira!

Julia, impactada, agarró el periódico con sus propias manos y leyó en voz alta y temblorosa:

—«El apuesto candidato a la presidencia, Daniel Armenteros, encuentra nuevamente el amor en la guapa Samantha Parker».

Don Luis se sorprendió no tanto por la noticia en sí, sino por la metedura de pata de Nancy.

—¡Los hombres son unos perros, amiga! ¡Todos! Por eso yo después de mi divorcio decidí meterme a monja, aunque descubrí a tiempo que no tengo vocación para eso. Pero decidí permanecer soltera. Los hombres no saben ser fieles. Es imperdonable esto. ¡Imperdonable! Nosotras pensando que Daniel estaba aquí en Miami trabajando duramente por su campaña, y resulta que el muy infiel y traidor está en Nueva Jersey con esa rubia desabrida y robamaridos — se quejó indignada—. ¡Canalla! Por eso te pidió el divorcio, ¡porque ya le había echado el ojo a otra! ¡Tan balurdo!

—Ya está bien, Nancy. Tienes que aprender a no ser tan indiscreta, muchacha. Pareces una cabra loca y te lanzas a hablar sin parar. Eres una cotorra —regañó indignado el anciano.

—Ay, como que metí la pata, ¿verdad? —cayó en cuenta apenada—. Tú, recién salida del hospital después de parir, y yo recibéndote con esta noticia. Es que soy demasiado bruta. Mi tía Eulalia siempre me lo decía, que era muy bruta y no tenía filtros.

—No te preocupes, Nancy —dijo Julia sacando fuerzas de su interior al tiempo que doblaba el periódico—. Tarde o temprano iba a saberlo. Además, es lógico que Daniel se busque a otra. Hace meses que dejó de amarme y por eso me pidió el divorcio. Es un hombre muy guapo y tarde o temprano otra tenía que atraparlo.

—Mi nieta —susurró don Luis preocupado por Julia y comprendiendo su gran dolor.

—Estoy bien, abuelo. Y voy a estar mejor. —Se irguió respirando firme—. En mi vida tengo un motivo muy fuerte para luchar y para salir adelante. Si antes tuve miedo de saber quién era el verdadero padre de mi hija; ahora no necesito saberlo. Anita solo me necesita a mí. No soy ni seré la única madre que críe sola a un hijo. En cuanto se me acabe el permiso post natal volveré a mi trabajo. La vida es una constante lucha y yo voy a luchar. Soy madre antes que mujer, y lo que haga Daniel con su vida ya no tiene por qué afectarme ni importarme. Desde hoy, comienza una nueva vida para mí. Una nueva vida junto a mi hija.

Aquella misma mañana, Viviana y su amiga Kitty disfrutaban de un soleado día en Haulover Beach, donde se bronceaban haciendo toples. Haulover era la playa favorita de los amantes del nudismo y donde acudían personas de todas las edades.

—¡No lo puedo creer! —exclamó impactada Kitty.

—¿Qué cosa? —quiso saber Vivi.

—Vas a caer muerta cuando te enseñe las fotos que me acaban de llegar al WhatsApp.

Kitty le dio su celular a su amiga. Vivi miró las fotos y el estupor inicial dio paso a los celos y la frustración.

—¡Daniel y Samantha Parker!

—¿Viste bien las fotos? ¡Besándose! Daniel y la hija del senador Parker se hicieron novios.

—A esa cretina siempre le gustó él.

—Obviamente, terminarán casándose, Vivi. Daniel necesita una esposa para cuando sea presidente.

—No te adelantes, Kitty. No tienen por qué llegar a casarse.

—¿Qué quieres decir?

—Samantha podría sufrir un terrible accidente...

Y Viviana untó más protector solar en sus perfectos senos.

Las cosas comenzaron a complicarse para Julia Alcántara según fueron pasando los días. Fue despedida de su trabajo por culpa de un malentendido, y el dinero escaseaba. También Nancy perdió su empleo a causa de un par de llegadas tarde. La pensión de don Luis no alcanzaba para cubrir los gastos más básicos. El pago de la renta se iba acumulando, además de las facturas de la luz, el teléfono, gastos alimenticios y gastos de Anita. Igualmente estaba atrasada con el pago del seguro médico y la declaración de impuestos. Julia estaba tan agobiada por las deudas y la precaria situación que no había tenido tiempo de retomar sus estudios.

Los días se encadenaron para pasar a los meses. Anita cada día crecía más. Era una niña sana y hermosa, muy vivaracha que siempre reía. Aquellas risas hacían olvidar momentáneamente a Julia su precaria situación.

Julia salía cada mañana en busca de empleo. Estando en una de las modernas y concurridas tiendas de Victoria's Secret, donde acudió a dejar su currículum con la esperanza de ser llamada para trabajar como vendedora, fue abordada por un hombre muy atractivo y educado.

—Definitivamente, hoy es mi día de suerte. Pensé que nunca más te volvería a ver y que había perdido tu rastro para siempre. ¡Julia Alcántara! —sonrió el recién aparecido.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —quiso saber ella.

—¿No te acuerdas de mí?

—Bueno, la verdad es que su cara me resulta conocida, pero... no estoy segura... —dudó Julia.

—Soy Luciano Anderson. Hace más de un año me vendiste un ramo de flores en la floristería donde trabajabas. Esa noche te pregunté si querías ser modelo y te di mi tarjeta.

—¡Claro! Ahora sí lo recuerdo —sonrió amable.

—Y yo recuerdo que ya me tuteabas. Por favor, borra el «usted», me hace sentir del siglo pasado.

Ambos rieron.

—Volví a aquella floristería tiempo después y ya no estabas allí.

—Sí, dejé ese empleo. Mi vida ha cambiado mucho desde entonces.

—No dudo que tu vida haya cambiado, Julia, pero sigues igual de bella. ¿Aún no te interesa ser modelo?

—Estoy necesitando un trabajo urgentemente, por eso estoy aquí, pero no. Definitivamente, lo mío no es ser modelo.

—Yo estoy aquí porque mi agencia va a hacer un catálogo para Victoria's Secret y varias de mis modelos participarán en él. Vine personalmente a escoger la lencería que lucirán. Me gusta encargarme de todo yo, así evito errores. Soy muy perfeccionista.

—Debe de ser apasionante ese mundo del modelaje.

—Lo es, y buscando la perfección de la que te hablaba hace un momento, me hace falta la modelo que sería la estrella principal del catálogo. Insisto en mi pregunta una vez más: ¿no quieres ser modelo? Puedo prepararte, Julia. Tengo a mi servicio a las mejores profesoras de pasarela que te enseñarían cada uno de los trucos para que triunfes. Tengo a los mejores fotógrafos

y maquilladores, trabajando para mí hay toda una maquinaria que son los mejores del mercado. Lo tengo todo, absolutamente todo para ponerte a brillar.

—Pero es que...

—Y tú tienes lo principal, Julia —cortó él entusiasmado—. ¡La belleza! El cuerpo, la mirada, en fin, lo tienes todo para triunfar y yo tengo la maquinaria necesaria para ayudarte en ese triunfo. Puedes ganar mucho dinero. Sería un trabajo arduo y agotador, pero valdrá la pena.

—Tendría que pensarlo —pidió ella aturdida por el avasallante entusiasmo de él.

—No dejes pasar de nuevo la oportunidad, Julia. Mi modelo principal hace más de un año que no quiere trabajar y necesito su reemplazo. Obviamente no puedo sustituirla con cualquiera. Ella es la *top model* más grande actualmente. Con mucho esfuerzo y dedicación tú podrías ocupar ese lugar en un futuro.

—¿Yo? Pero soy tan poca cosa...

—¡Por Dios, no sabes lo que estás diciendo! Eres perfecta. Solamente ponte en mis manos, déjate manejar por mí, oye y sigue mis consejos. Te haré grande, Julia. ¡Puedes llegar a ser la mejor!

—No sé... —más dudas la asaltaban, pero no podía evitar sentirse contagiada ante el entusiasmo de Luciano.

—Te pido que antes de volverme a dar una respuesta negativa, hagas un primer intento. Todavía faltan varios meses para las tomas de las fotos para el catálogo. Será el tiempo perfecto para empezar a pulirte y prepararte. ¡Solo tienes que probar! Si luego de hacerlo no te sientes cómoda y definitivamente decides que el modelaje no es tu mundo, lo dejas y ya. ¿Lo intentarás al menos?

—¡Abuelito! ¡Nancy! ¡Vengan rápido!

Julia entró a su apartamento llena de emoción y llamando a sus seres más queridos y cercanos. Desde la cocina acudieron el viejo don Luis y Nancy, quien llevaba puestos unos gruesos guantes de plástico para fregar de color amarillo.

—No sigas gritando así o vas a despertar a Anita —aconsejó Nancy.

—¿Qué pasa, mi nieta? ¿Por qué tanta emoción?

—¡Conseguí trabajo! —exclamó emocionada.

—¡Alabao! Gracias a la virgencita de la Caridad del Cobre. Ella es muy milagrosa y yo se lo he estado pidiendo todos los días.

—¿Vas a trabajar como secretaria, vendedora, cajera o qué?

—¡Voy a trabajar como modelo!

Don Luis y Nancy se miraron impactados.

—¿Modelo? —preguntaron al unísono.

A la hora del almuerzo, Luciano Anderson telefoneó a su modelo principal, la más importante de su agencia y que era en ese momento la *top model* más importante del mundo.

—Hola, Viviana.

—Luciano, qué agradable escuchar tu voz.

—Llamaba para saber cuándo piensas regresar al modelaje.

—Sigo disfrutando de mi año sabático. Además, aún está reciente la muerte de mi esposo. Mi fastidiosa suegra no vería con buenos ojos que volviera a las pasarelas tan pronto.

—Nunca te ha importado el qué dirán, Vivi. Dudo que ahora te preocupe la opinión de tu suegra. Además, siendo viuda queda roto cualquier vínculo con la familia Armenteros.

—Aún sigo viviendo en la mansión Armenteros, no me he decidido a mudarme sola. Sabes que odio la soledad. Mientras siga bajo este techo, tengo que complacer a la cretina de doña Ramona —dijo despectiva refiriéndose a la dama de hierro.

—Llámame en cuanto decidas volver. El tiempo sigue pasando y estás perdiendo vigencia en el mundo de la moda. Cada día surgen muchachas nuevas.

—Ninguna como yo, querido —rio muy confiada y prepotente.

—No estés tan segura de eso. Encontré a una futura promesa.

—No vas a despertar mis celos —volvió a reír—. No ha nacido la modelo que me robe mi sitio de honor.

—Tú serás la culpable de tu propia caída, Viviana.

—Eso nunca pasará. Besitos, Luciano. Cuídate.

Vivi colgó la llamada. Kitty estaba a su lado en el *restaurant* donde se disponían a comer.

—¿Qué quería Luciano Anderson?

—Insistirme en que vuelva al modelaje.

—Nunca le voy a perdonar que me despidiera hace varios meses. Fue injusto al acusarme de haber engordado cuatro kilos.

—Me dijo que había encontrado una modelo nueva, y por el tono de su voz parecía muy entusiasmado al hablar de ella.

—¿Será cierto?

—No me preocupa, Kitty. Modelos nuevas surgen todos los días, pero ninguna me iguala.

—¿No temes dejar de ser la número uno?

—No dejaré de serlo.

—Llevas demasiado tiempo lejos de las pasarelas, Viviana. Mi consejo es que vuelvas ya.

—No me interesa volver a la moda. Mi único interés, mi única fijación es conquistar a Daniel. ¿Es que nunca va a enamorarse de mí? —preguntó desesperada.

—¿Quieres que te dé mi opinión? Daniel Armenteros es de los hombres que solo se enamoran una vez en la vida. Y sigue muerto de amor por su ex. Aunque se case con Samantha Parker, lo hará porque en la Casa Blanca hace falta la figura de una primera dama, pero nunca la amará. Como tampoco te amará a ti. Convéncete.

—Ahórrate tus estúpidas opiniones, Kitty. Nadie te las pidió.

Viviana se levantó, tomó su bolso y salió del *restaurant* dejando plantada a su amiga. Se echó a caminar por la soleada calle hasta que llegó a un parque y se sentó en uno de los bancos. Se quedó allí, maquinando. Cada día soportaba menos saber que Daniel estaba con otra, aunque no la amara. Llena de frustración y odio hacia Samantha Parker, hacia Julia Alcántara y hacia cualquier mujer que se le acercara a Daniel, Viviana, abatida, se cubrió la cara con las manos para ocultar sus lágrimas de impotencia y celos atroces.

La preparación de Julia como modelo comenzó al día siguiente. Según iban pasando los días y las semanas, las clases se hacían más arduas y agotadoras. Julia ponía su mejor empeño y aprendía con avidez. Cada vez que era corregida por los distintos profesores y profesoras, memorizaba el error para no volver a incurrir en él.

Le enseñaron cómo sentarse, cómo levantarse, cómo caminar, cómo cruzar las piernas y cómo posar ante el lente fotográfico. También le enseñaron cómo usar los diferentes cubiertos en una mesa, cómo doblar la servilleta delicadamente sobre sus piernas y cómo limpiar sus labios luego de llevarse un alimento a la boca. A Julia le corrigieron la manera de mantenerse de pie y de cómo desfilarse en una pasarela. Aprendió a caminar con los tacones más altos y tuvo que someterse a una rigurosa dieta para perder cinco kilos que estilizaron más su figura. Le aplicaron los más modernos e innovadores tratamientos de belleza y su cuerpo fue sometido a largas sesiones de masajes y estiramientos para darle elasticidad y lucir como una pantera en los desfiles. Le pintaron el color de pelo por uno más favorecedor y le hicieron un moderno cambio de *look*. Le pusieron largas uñas de acrílico que estilizaron sus manos. Igualmente, le depilaron las cejas y la enseñaron a maquillarse de manera profesional para resaltar los atributos de su rostro, hermoso y perfecto.

Julia fue asesorada en cómo vestirse para cada ocasión y los zapatos que usaría a juego con cada cambio de vestuario, al igual que el bolso, que también debía ir a juego. En tres meses, Julia ya estaba lista para dar sus primeros pasos en el mundo del modelaje, aunque para llegar a ser una *top model* aún le faltaba un largo camino de aprendizaje que recorrer. En la agencia le dieron todo un guardarropa completo.

—¡Está bellísima toda la ropa que te han regalado, Julia! —exclamó sincera y emocionada la simpática Nancy—. ¡Luces cheverísima, amiga!

—Es tanta la ropa que no me cabe en mi pequeño clóset.

Nancy le sonrió con afecto de hermana.

—Usa también mi clóset y el de tu abuelo. Nosotros no tenemos tanto que guardar como tú.

A la semana siguiente, Julia se sometió a su primera prueba de fuego. Antes de ponerla a posar para el catálogo de Victoria's Secret, Luciano Anderson la puso a prueba en un desfile benéfico privado para damas de la alta sociedad. En el camerino, Julia ya lucía un despampanante traje de noche de Valentino. Iba maquillada y peinada de manera perfecta.

—¿Luzco bien, Nancy? —preguntó insegura.

—¡Luces espectacular! —gritó entusiasmada.

Julia se miró de arriba abajo en el espejo de cuerpo entero.

—Estoy tan cambiada que ni yo misma me reconozco.

El desfile benéfico se desarrolló perfectamente. Las seis modelos que desfilaron por la elegante y moderna pasarela recibieron cálidos aplausos. Cuando Julia hizo su aparición para cerrar el evento, dejó a todos los presentes boquiabiertos con su elegancia y distinción. Trató de dominar la pasarela, a pesar de su inexperiencia.

—¡Qué modelo tan guapa y especial! —comentó una de las damas presentes.

—Tiene un cuerpo perfecto —dijo otra.

—Es la mejor —concluyó una más.

Desde ese momento, Julia se robó la atención de todos; brillaba con luz propia a la vez que neutralizaba la presencia de las otras modelos.

De vuelta en su camerino, Nancy emocionada abrazó a su amiga.

—¿Cómo lo hice?

—¿Y lo preguntas? ¡Fuiste la más aplaudida! Te robaste todas las miradas, Julia. Ese vestido rojo te hizo ver como una diosa.

—Estaba tan nerviosa, Nancy. Mi primer desfile. ¡Todavía estoy temblando!

—Los nervios no se te notaron para nada. Naciste para ser modelo, definitivamente.

—¿Tú crees? No estoy tan segura.

—¿No te gusta este mundo?

—Bueno, estoy fascinada con todo lo vivido esta noche, pero no quiere decir que sirva para esto.

—¡No seas modesta, Julia! Claro que naciste para triunfar en el mundo de la moda. Cada día lo harás mejor. Acabas de obtener un bonito triunfo en tu primer desfile, ¡imagínate todo lo que viene para ti!

Luciano, el dueño de la agencia de modelos, entró al camerino.

—¡Te robaste los mejores aplausos y la admiración de todos, Julia!

—Yo le tomé millones de fotos con mi teléfono —acotó Nancy orgullosa.

—Las demás modelos solo hablan sobre ti.

—Espero no despertar envidias y ganarme enemistades.

—La envidia y las enemistades son muy comunes en este trabajo —sostuvo Luciano.

—Si las otras te envidian, a ti que te importe un pepino, amiga. Y la que se ponga impertinente y pesada, le cierras la boca con una gran cachetada.

—Pero, Nancy, no puedo ir repartiendo cachetadas por la vida.

Los tres rieron divertidos. Luego, Julia preguntó:

—Luciano, bajo tu ojo experto, ¿cómo lo hice?

—Estuviste muy bien. Obviamente no desfilas con la misma seguridad que las otras, que sí son profesionales, pero tu belleza y tus ganas de hacerlo bien eclipsaron a tus compañeras. Poco a poco, dominarás las pasarelas. Todo es cuestión de tiempo y empeño, y tú las ganas las tienes —le sonrió cálido—. ¿Te empiezas a convencer de que naciste para ser modelo, Julia?

—Estoy feliz con este primer paso, Luciano, pero todavía no puedo asegurarte si voy a dedicarme a esto.

—El gran problema de Julia es que es muy terca —intervino Nancy.

—Esperemos que esa terquedad desaparezca después de hacer las fotografías del catálogo. — Luciano se dirigió hacia la puerta—. Las dejo para que Julia se pueda cambiar. Las espero afuera para el brindis —dijo al salir y cerrando la puerta.

—¡Ese hombre está buenísimo, Julia! Es todo un galán. Cada vez que lo veo se me caen las medias por él.

—Es el dueño de la agencia.

—Lo sé, yo lo sigo en Instagram desde hace mucho tiempo. Nunca me imaginé que llegaría a conocerlo en persona.

—¿Me ayudas a cambiarme?

Y acercándose a Julia:

—Luciano Anderson te mira de una manera muy especial. Algo me dice que podría enamorarse de ti.

Julia guardó silencio mientras su amiga la ayudaba a desvestirse. Nunca se iba a enamorar de otro, pues seguía amando a Daniel.

Esa misma noche, Daniel Armenteros y Samantha Parker asistieron a una elegante cena en honor al embajador de México. Ya era *vox populi* que el carismático candidato a la presidencia del país estaba nuevamente comprometido. Una importante ministra chilena le preguntó:

—¿Va a casarse otra vez?

—La base de cualquier sociedad es la familia. Nada me gustaría más que casarme para formar la mía.

Samantha fue abordada por un par de reporteros de la televisión española:

—¿Muy enamorada del futuro presidente de los Estados Unidos?

—Daniel es el hombre perfecto. Es el hombre que toda mujer y que este país necesita.

—¿Preparada para ser primera dama?

—Eso es una gran responsabilidad. Daniel y yo estamos comprometidos con el bienestar y el futuro del país.

—¿Ya viste las últimas noticias en las redes sociales, Viviana? —le preguntó Kitty mientras les hacían la pedicura—. Daniel y Samantha Parker acudieron a una cena en casa del embajador de México en Nueva York. Para nadie es un secreto que son pareja.

—Les deseo toda la dicha de este mundo —respondió Vivi con aire hipócrita.

En el último vuelo de América Airlines de aquella noche desde Miami a Manhattan, Viviana ocupó el asiento 2F. Su celular sonó antes de que el avión despegara. Ella respondió:

—Aló.

—¿Dónde estás, Vivi? Te estamos esperando en el yate de Rogelio.

—Por favor, discúlpame con todos, Kitty. Me ha dado un terrible dolor de cabeza y no pienso salir esta noche. Voy a dormirme ya. Adiós. —Viviana colgó la llamada y sonrió peligrosamente.

El avión despegó veinte minutos después.

Julia nada más vivía para su adorada hija. La niña era su mundo, su motivación para salir adelante. Desde la noche del desfile, le habían surgido nuevas oportunidades para continuar trabajando como modelo y todo gracias al apoyo y empuje de Luciano Anderson. Había comenzado a ganar buen dinero y la precaria situación económica era ya una etapa superada. Faltaban pocos días para posar para el importante catálogo de Victoria's Secret. Lo único que lamentaba de su nueva profesión era todo el tiempo que le demandaba. Tiempo que no podía estar con la niña. Aquella mañana, Julia aprovechó que la tenía libre para llevar a Anita al parque. La paseaba con gran orgullo dentro de su cochecito. Cuando veía a algún padre jugar con su hijo, le era imposible no pensar en Daniel.

«Todo pudo ser tan distinto para nosotros, Daniel —se dijo para sí con gran nostalgia—. ¿Serás el padre de Anita? Ya es mejor nunca saberlo».

Julia sacó un tetero con agua y le dio a beber a la bebé. Unos metros más allá, oculto tras unos tupidos matorrales, el detective Fernández, quien ya la había seguido a ella y a Daniel cuando se fueron de fin de semana a Naples, le tomó varias fotografías sin que ella se diera cuenta.

—¡Una hija! —exclamó doña Ramona sorprendida viendo las fotografías donde aparecían Julia y Anita.

—La niña tiene pocos meses, señora. Nació en el Hialeah Hospital y lleva por nombre Ana Alcántara.

—¿Quién es el padre de la niña? —quiso saber trémula.

—De padre desconocido. En los datos del hospital, Julia Alcántara aparece como madre soltera.

—No entiendo qué te puede importar que Julia haya tenido o no una hija, Ramona —intervino tenso don Gerardo—. Esa muchacha tiene derecho a rehacer su vida y...

—No has perdido la costumbre de hablar cuando es mejor que te quedes callado, Gerardo. ¿Es que no comprendes? La hija de esa balseira de Hialeah también es hija o de Jorge Ignacio o de Daniel.

—Ramona, yo pienso...

—Silencio —cortó ella—. ¿Qué más puede decirme sobre esa mujer, detective Fernández?

—Actualmente, Julia Alcántara se gana la vida como modelo. Aunque tiene relativamente poco tiempo en la profesión, no le han faltado las ofertas. Fue contratada por una agencia muy prestigiosa que la maneja.

—¿Hay manera de averiguar quién es el padre de la hija de Julia? —quiso saber la matriarca de los Armenteros.

—Ramona, te pido que...

—Te dije que guardaras silencio, Gerardo. Si solo vas a molestar, déjame a solas con el detective.

—La única manera de saber quién es el padre de la niña, es someter a la menor a una prueba de ADN —informó Fernández.

—Gracias por tan impecable trabajo —dijo doña Ramona al tiempo que dejaba las fotografías sobre la mesita central de la sala de la mansión y tomaba un abanico negro—. Volveré a llamarlo en caso de requerir nuevamente sus servicios —despidió al detective mientras se abanicaba con energía.

—Buenos días, doña Ramona, don Gerardo.

El detective Fernández abandonó la casa.

—Me imagino lo que estás pensando.

—Imaginas bien, Gerardo. No creo que esa niña, que seguramente es mi nieta de sangre, deba criarse junto a una chusma como lo es Julia Alcántara.

Don Gerardo miró a su esposa con creciente angustia. Su intuición no se había equivocado.

—La niña le pertenece a Julia. Es su madre. No tienes derecho a...

—Derechos son los que me sobran —cortó seca—. Si la niña es la hija de Jorge Ignacio, debe estar aquí, bajo el techo de esta casa.

—¿Y si fuera hija de Daniel? Él no es nada tuyo, aunque le hayas hecho creer al mundo que eres su verdadera madre.

—Si esa bebé fuese hija de Daniel, también la quiero aquí. Obviamente no la querría por no llevar mi sangre, pero me llenaría de gozo quitársela a Julia Alcántara. Si yo perdí un hijo por culpa de esa maldita mujer, entonces que pierda ella también a su hija.

—Estás loca, Ramona. No tienes derecho a apartar a la bebé de su verdadera madre.

—Ya una vez lo hice con Antonieta —le recordó maligna.

Don Gerardo quiso exponer su desacuerdo, pero su esposa cerró el abanico con gran fuerza, evitando que él dijera ni una sola palabra.

—Quiero que Julia sufra tanto como he sufrido y sigo sufriendo yo.

—Eres cruel.

—Soy justa. Ojo por ojo y diente por diente.

Don Gerardo no podía dejar de sentirse agobiado. Sabía que cuando su esposa se proponía algo, no paraba hasta conseguirlo. La historia parecía que iba a repetirse.

—Te prohíbo que intervengas en mis planes, Gerardo —dijo ella con absoluta autoridad—. Yo haré lo que tenga que hacer. Y en cuanto a la loca del sótano, cada día me convengo más de que ya es hora de acabar con ese estorbo de una vez.

—¿Por qué se te ha metido en la cabeza desde hace meses la idea de eliminar a Antonieta?

—Pasa el tiempo y nos hacemos más mayores; hay que buscar una solución definitiva. No quiero que el día que faltemos se descubra todo y se enlode mi nombre. Treinta años oculta en ese sótano es demasiado tiempo. Debo planificar muy bien su muerte.

Don Gerardo se estremeció ante aquella resolución. Sintió que algo tenía que hacer.

—¿Cómo la pasaste anoche en la casa del embajador de México?

—Muy bien. Fue una velada muy agradable, Daniel. Además, estar contigo siempre me encanta, sin importar el lugar donde esté.

—Siento que no merezco tanto amor, Samantha.

—No puedes evitar que te quiera —dijo dulcemente ella.

—Yo todavía amo a Julia. No quiero engañarte.

—No me engañas. Soy consciente de la situación —tiernamente le sonrió—. Voy a conquistar tu amor, Danny.

Ella lo besó cálidamente en la mejilla derecha.

—Cuando te marchaste a Nueva York, me quedé llena de la más absoluta tristeza —le confesó—. Pero, ya ves, la vida volvió a cruzar nuestros caminos.

—Ojalá pueda llegar a quererte como te lo mereces. Eres buena, dulce y comprensiva.

—Date la oportunidad de llegar a amarme y volver a ser feliz.

Daniel tenía miedo de hierla. Estaba tratando de olvidar a Julia, sentía que todo había acabado entre ellos y Samantha se merecía una oportunidad. Él mismo se merecía una nueva oportunidad.

—Quiero que me hagas el amor, Daniel —pidió ella tan suavemente que sus palabras apenas se escucharon.

—¿Estás segura?

—Jamás he estado tan segura de algo en toda mi vida.

Daniel la tomó suavemente por la cintura y la acercó con delicadeza hacia su propio cuerpo. Samantha clavó su mirada en la de él. Se produjo entre ambos un beso lleno de ternura.

Daniel Armenteros cargó a Samantha entre sus fuertes y varoniles brazos y avanzó con ella hacia la habitación. Con delicadeza la depositó en la cama y se desnudó ante ella. Samantha vio el cuerpo perfecto y moldeado de él y sintió que todos sus sentidos de mujer se disparaban. Luego, se inclinó sobre ella y la desnudó lentamente, al tiempo que iba besando delicadamente cada centímetro de su cuerpo. Daniel la hizo sentir plena y de manera experta la hizo disfrutar al máximo. Los jadeos de ambos llenaron la alcoba. Samantha clavó sus uñas en la fuerte espalda de él.

Tres horas después, Samantha Parker, sintiéndose plena y más enamorada que nunca, abandonó el edificio donde vivía Daniel. Tras pisar la calle, se dispuso a cruzarla para alcanzar su moderno carro que estaba estacionado en la acera de enfrente. Inesperadamente y de la nada, un auto apareció a toda velocidad. La muchacha se quedó petrificada en medio de la calle al ver que el automóvil se dirigía hacia ella tan veloz como una flecha.

Samantha fue arrollada y el carro, sin placas, se dio a la fuga. La hija del senador Parker quedó tirada en medio de la calle. Parecía muerta.

Julia aceptó la invitación a cenar de Luciano Anderson. Ambos ocupaban una mesa en un concurrido *restaurant* en Sunny Isles Beach Miami especializado en comida mediterránea.

—Mañana es la sesión de fotos para el catálogo de Victoria's Secret.

—Lo sé, y te confieso que estoy nerviosa.

—Todo saldrá perfectamente.

—Deseo estar a la altura, Luciano.

—Lo estarás. No debes sentirte insegura, eso es lo peor para una modelo—aconsejó él cálidamente.

—Te estoy tan agradecida... Me has ayudado tanto.

—Te vi un gran potencial desde la primera noche que te conocí allá en la floristería.

—Aquella noche me parece tan lejana...

—¿Recuerdas que al preparar el ramo de rosas para mí te pinchaste un dedo con una espina y te ofrecí mi pañuelo?

—Claro que lo recuerdo.

—Bueno, toda modelo necesita un nombre que la identifique, un nombre sonoro que el público no olvide. Yo tengo el nombre perfecto para ti —anunció él—: Te llamarás Espina.

—¿Espina? Es raro y a la vez especial. Me gusta —sonrió ella.

—Muy pronto el mundo conocerá a Espina. No descansaré hasta convertirte en la número uno, Julia. Vienen grandes cosas para ti. ¡Salud!

Ambos chocaron sus respectivas copas de vino rojo.

—¿Puedo preguntarte sobre tu vida privada, Luciano? Nunca me has hablado sobre ti.

—Soy divorciado desde hace seis años. Siempre me apasionó el mundo de la moda. Mi padre era de Chicago y mi madre de Costa Rica. Ambos murieron hace ya varios años y no tengo hermanos. Con mucho esfuerzo y tesón he logrado convertir a mi agencia de modelos en una de las principales y más reconocidas a nivel mundial.

—Me encanta que seas tan exitoso —le aseguró sinceramente ella.

—¿Y tú, Julia? ¿Qué me cuentas de ti?

—También soy divorciada —dijo ella tratando de ocultar la tristeza en su tono de voz—. Mi matrimonio duró muy poco. Evidentemente, elegí al hombre equivocado.

—Al candidato por la presidencia Daniel Armenteros.

—¿Cómo sabes que Daniel fue mi esposo?

—Por Dios, durante varias semanas apareciste en todos los periódicos de este país.

Julia bajó la mirada. Le dolía recordar.

—¿Todavía lo amas?

—Nunca fui feliz en mi matrimonio —evadió responder a la pregunta de él—. Al día siguiente de casarnos, Daniel tuvo que irse de gira. En su casa viví un verdadero infierno. Su madre y su cuñada se cebaron en mí y disfrutaron con mi sufrimiento.

—Conozco a Viviana.

—No me sorprende que sea así, al ser ella modelo...

—Trabaja para mi agencia.

Julia se sorprendió, pues no se esperaba aquello. Su peor enemiga trabajaba justo en la misma agencia de modelos que ella.

—Viviana se niega a trabajar. Ha perdido contratos millonarios alrededor del mundo. Por eso mi empeño en conseguir a la nueva superestrella del modelaje. Y serás tú, Julia. Me he empeñado y no voy a descansar hasta lograrlo. En un futuro, que espero no sea muy lejano, serás una *top model*.

—Vaya, qué caprichosa es la vida. Esa odiosa mujer y yo trabajando para ti; rivales en el amor y en la profesión.

—¿Cómo que rivales en el amor? Viviana era la esposa del hermano fallecido de Daniel Armenteros.

—Viviana siempre ha estado enamorada en secreto de Daniel. Por eso su odio hacia mí.

—No quiero que le temas.

—No le temo. Es más, estoy deseosa de encontrarme frente a frente con esa loba. Ahora estamos en igualdad de condiciones.

Viviana Salazar acababa de tomar un baño relajante en el *jacuzzi* de su habitación en la mansión Armenteros. Se encontraba envuelta en una suave bata de baño. Sentada, se aplicaba crema

hidratante en las piernas. Su cabello húmedo estaba envuelto en una toalla. Aquel baño le había devuelto la energía luego de su viaje de regreso de Manhattan. La páfida *top model* sonrió al recordar cómo todo había salido perfecto y cómo su plan había funcionado a las mil maravillas.

«Espero que Samantha esté muerta —dijo para sí sonriendo triunfalmente—. Nadie sabe que viajé a Nueva York y la atropellé. Tuve la precaución de quitarle las placas al auto alquilado».

Dejó de aplicarse la crema en las piernas y se limpió las manos con una toallita húmeda. Cerró el envase de crema y salió del baño. Avanzó hacia su cama.

«No podía permitir que te quedaras con Daniel, querida Samantha. Si él no es mío, no será de ninguna otra».

Unos suaves toques en la puerta la hicieron salir de su ensimismamiento.

—Adelante.

Al dormitorio entró doña Ramona, que se dirigió a ella.

—No dormiste aquí anoche, Vivi.

—Me quedé en casa de Kitty. Fue una noche de chicas. Una pijamada.

—Me alegra que ya estés aquí. Te tengo noticias.

—¿Cuáles? ¿Se trata de Daniel?

Vivi pensó que ya su suegra estaba al tanto sobre el atropello de Samantha y venía a comunicárselo.

—Se trata de Julia Alcántara.

—¿Reapareció? —preguntó sorprendida—. Hace mucho tiempo que no sabemos nada sobre ella.

—La hice seguir otra vez por el detective Fernández como me aconsejaste. No vas a creer lo que te voy a decir: Julia Alcántara tuvo una hija.

El estupor que sintió Viviana le hizo abrir los ojos de manera exagerada.

—No sé de quién es la hija de Julia.

—¡Una hija! —exclamó al fin Vivi—. Obviamente el padre o es Daniel o es Jorge Ignacio.

—Obviamente. ¿Pero cuál de los dos?

—¿Le informaste a Daniel?

—Absolutamente no. Y ni lo pienso hacer.

—Es lo mejor, Ramona, que él siga ignorante de todo.

—Pero las sorpresas con esa mujercita no terminan allí.

—¿Qué más hay? —quiso saber terriblemente llena de curiosidad.

—Resulta que ahora es modelo. Tengo en mi poder fotografías actuales de ella. Julia Alcántara ha dado un gran cambio. Siempre fue bonita, pero ahora luce preciosa—reconoció con disgusto la matriarca.

—¡Modelo, esa poca cosa!

—Trabaja para una agencia muy importante, según la información que manejo.

—¿Sabes el nombre de la agencia, Ramona? Conozco a gente clave en este mundo del modelaje. Puedo cerrarle puertas y hundir su carrera en un abrir y cerrar de ojos.

—No recuerdo el nombre de la agencia, pero su dueño es un hombre bastante conocido que aparece siempre en las páginas sociales de los diarios. Es más, creo haberte oído nombrarlo en algunas ocasiones: Luciano Anderson.

Viviana volvió a enmudecer ante la sorpresa.

Daniel, de pie frente a la cama de hospital donde dormía Samantha, la observaba en silencio y lleno de tristeza. La muchacha había sido operada y aún no despertaba. La expresión de él era atormentada, mirando sin ver y con el corazón apenas latiéndole.

La voz de Douglas Parker llegó hasta él, llamándolo al tiempo que entraba al cuarto.

—¡Daniel!

—Senador Parker, al fin ha llegado.

Douglas Parker se acercó angustiado. Era un hombre de aspecto muy pulcro, se mantenía en buena forma para sus cincuenta y cinco años. Su pelo era totalmente gris y sus ojos tan azules como los de su adorada hija Samantha. Hablaba con un imperceptible dejo gringo.

—¿Cómo está mi hija? —quiso saber lleno de inquietud.

—Luego de ser atropellada por ese auto misterioso que se dio a la fuga, fue inmediatamente trasladada a este hospital. Fue operada de emergencia.

—¿Qué dicen los médicos, Daniel? ¿Cuál es su estado?

—Los doctores —hizo una pausa, le costaba repetir las palabras de los especialistas de la salud — piensan que Samantha no volverá a caminar.

El senador Parker cerró los ojos sintiendo un infinito dolor. Su hija Samantha era su vida entera. Se había consagrado a ella desde que él enviudara hacía tantos años ya. Samantha era su niña mimada, su razón de ser.

—Inválida... ¡Mi hija inválida!

—Lo siento tanto, senador —confesó Daniel lleno de tristeza por la muchacha.

—Mi hija te ha amado desde siempre, Daniel. Hace unos días cuando hablé con ella por teléfono y me dijo que estaba viviendo la época más feliz de su vida, pues al parecer te habías empezado a interesar en ella. Samantha te necesita ahora más que nunca. No puedes abandonarla.

—No voy a hacerlo. Me mantendré al lado de Samantha dándole todo mi apoyo.

—Ojalá me muriera. Prefiero la muerte antes que ver a mi hija en una silla de ruedas —exclamó sombrío.

—No diga eso, senador. Samantha ahora más que nunca lo necesita vivo y fuerte. Ella necesita del cariño y la protección de ambos.

Un leve quejido de la enferma hizo que los hombres volvieran sus miradas hacia la cama. Samantha comenzaba a despertar de la anestesia. Había en los labios de ella una mueca de dolor.

—Daniel... Papá... ¿Qué me pasó? —preguntó adormilada.

—Fuiste atropellada luego de salir del edificio donde vivo.

—Me duelen las piernas —se quejó.

—Fuiste operada, hijita. Apenas Daniel me informó lo de tu accidente, tomé el primer vuelo desde Miami para acá. —Tomó la mano fría de su hija—. Todo va a estar bien. No tienes nada que temer.

—¿Cuál es mi estado? —quiso saber ella con el rostro pálido, contraído por el dolor que empezaba a sentir en sus piernas recién operadas.

Daniel y el senador Parker intercambiaron miradas. No sabían qué responder.

—Vas a estar bien —afirmó Daniel con una dulce sonrisa—. No debes sentirte angustiada por nada. Tu padre y yo vamos a estar a tu lado todo el tiempo para cuidarte y apoyarte.

—¿Apoyarme? ¿Apoyarme en qué? Háblenme con la verdad, sin rodeos —exigió ella en medio de su cansancio y debilidad.

—Samantha, es posible que... no vuelvas a caminar —le informó Daniel con gran tristeza y a la vez lleno de ternura.

Samantha cerró los ojos. Aquella noticia desastrosa la sacudía, la destrozaba.

—No voy a separarme de tu lado. Voy a estar junto a ti ahora y siempre.

—¿Me prometes que no vas a abandonarme? —preguntó ella con los ojos arrasados en lágrimas.

—Prometido.

Don Gerardo Armenteros entró a la casa tras un largo y arduo día de trabajo en el banco. Su esposa lo esperaba de pie en la sala.

—¿Te enteraste de lo sucedido a la hija del senador Parker en Nueva York?

—No. ¿Qué le pasó a Samantha? —quiso saber él.

—Fue arrollada por un carro. Su estado es delicado.

—Dios mío, pobre muchacha.

—Hablé hace un rato con Douglas Parker. Ya él está junto a su hija. Al parecer va a quedarse inválida. Yo tomaré un vuelo mañana a primera hora para estar junto a ellos en tan difíciles momentos.

—¿Vas solamente para darles apoyo al senador y a su hija o tienes algún plan en mente?

—Me conoces bien —sonrió la pérfida doña Ramona—. Es el momento de casar a Daniel con Samantha.

—Pero... —balbuceó don Gerardo impactado.

—Daniel necesita una esposa y a mí siempre me pareció que la mujer perfecta para él era Samantha. Casándolo con ella, él quedará ante los ojos de los votantes como un hombre piadoso y muy noble. Todos lo admirarán por su don de sacrificio al casarse con una lisiada. Con ese nuevo matrimonio, me aseguro de evitar cualquier posible reconciliación entre la balseira y él.

—Eres insólita y perversa, Ramona. Hasta en los peores momentos tratas de sacar ventaja de la situación.

—Poco me importa lo que opines, Gerardo. —Ella avanzó hacia las escaleras y antes de subirlas le informó—: A mi vuelta de Manhattan, finalmente solucionaremos el problema de Antonieta.

Don Gerardo no contestó nada. Su expresión era enigmática.

El moderno set para la sesión de fotos para el catálogo de Victoria's Secret estaba montado y listo. Todo era bullicio y se ultimaban todos los detalles. Las luces eran revisadas una y otra vez, los profesionales fotógrafos estaban listos y las maquilladoras se aseguraban de que las modelos estuviesen perfectamente. El director de arte daba las últimas directrices. Las modelos estaban listas para empezar a posar. La gran protagonista del catálogo era Julia y portaba el Fantasy Bra, un conjunto hecho de joyas y hojas de oro valorado en 1.7 millones de euros.

Luciano Anderson iba de un lado a otro del set comprobando que no hubiese ningún tipo de fallo ni contratiempo. Se acercó a Julia.

—Con un poco de suerte y con mi asesoramiento, vas a convertirte en uno de los rostros favoritos de la firma. A pesar de tu falta de experiencia, tu belleza innata resaltará por sobre todas las cosas. La cámara te ama.

—¿Actualmente quién es la favorita?

—Desde hace dos años lo es Viviana.

Y justo en ese momento apareció inesperadamente Viviana, acompañada de su amiga Kitty.

—*Hello, people, ¡hello!* —saludó a todos de manera encantadora y con aires de reina que saluda a sus súbditos—. Hola, querido Luciano —lo saludó ahora a él ignorando abiertamente a Julia—. Vengo a ocupar mi lugar de honor. Dame un par de horas y estaré lista para posar.

—Lo lamento mucho, Vivi, pero no estás en la pauta de hoy. Las modelos que participarán en el catálogo están todas escogidas.

—Pero yo he sido durante dos años la favorita. Soy imprescindible —exclamó altiva y muy segura.

Un murmullo se elevó entre todas las modelos.

—Nadie es imprescindible, Viviana. Hace mucho tiempo que no estás activa. Tú misma decidiste tomarte un año sabático.

—Ese año sabático terminó. He regresado.

—Lo tendré en cuenta para futuros trabajos. Para hoy, te repito que están escogidas todas las modelos. Tu lugar lo ocupa mi nuevo descubrimiento: Julia Alcántara.

Por primera vez, Viviana fijó sus ojos en Julia. Aunque no lo reconoció públicamente, se carcomió de la envidia al comprobar lo especialmente bella que lucía.

—Es un gusto para mí presentártela —sonrió Luciano sabiendo de antemano que ya ambas se conocían.

—Ya nos conocemos —contestó muy confiada y llena de aplomo Julia.

—¿De veras nos conocemos? No creo recordarte —dijo despectiva Vivi, mostrando una delicada sonrisa de desprecio hacia su rival.

—Aunque viví pocas semanas en la mansión Armenteros, dudo que me hayas olvidado, Viviana. ¿Ya no recuerdas que me odiaste a muerte y te convertiste en mi enemiga por haberme casado con Daniel? Siempre lo amaste, a pesar de ser tu cuñado.

Un nuevo murmullo generalizado se levantó entre las modelos. Incluso se oyeron algunas risitas apagadas. Julia miraba altiva y desdeñosa a Viviana, quien trataba de mantenerse serena. Kitty presenciaba impactada el duelo entre ambas mujeres.

—Tú no fuiste la esposa de Daniel. Solamente fuiste una oportunista que soñaba con salir del barrio donde vivías y llegar a ser la primera dama de este país.

—No llegué a ser la primera dama, pero hoy sí soy la modelo principal y tú no tienes cabida aquí. De llegar a participar en el catálogo, serías mi segundona.

Las risas se oyeron altas y claramente. Era evidente que al resto de las modelos Viviana no les caía nada bien. Julia, muy segura y cínica, acababa de humillar públicamente a su enemiga.

—¿Vas a permitirle a esta recién aparecida que te hable así, Vivi? ¡Abofetéala y bájale los humos! —exigió Kitty enardecida.

Julia se irguió desafiante. Lo mismo hizo Viviana. Ambas mujeres se miraban y retaban frente a frente. Por los ojos de ambas parecían salir puñales encendidos.

—Aquí nadie va a abofetear a nadie, Kitty —puso orden Luciano al ver con gran tensión cómo se caldeaba el ambiente—. Viviana, agradezco tu visita al set y me alegra tu decisión de volver a la moda, pero ya no podemos seguir retrasando la pauta. Te invito a marcharte, y a ti también, Kitty.

Viviana miró con altivez a Luciano y se contuvo para no responderle de manera grosera. Dio media vuelta y salió del lugar seguida de Kitty, quien parecía su perrito faldero. Las demás modelos comentaban lo ocurrido entre sí y celebraban. Todas habían sufrido los desplantes y altanerías de Viviana; verla rebajada había resultado sumamente placentero. Otra de las modelos se acercó a Julia y le dijo:

—Bravo *for having put that víbora in her place*.

—Humillaste a Viviana delante de todos, Julia —celebró también Luciano.

—No lo suficiente —aseveró Julia desafiante—. Fue un gran placer para mí demostrarle a esa odiosa que no le tengo miedo.

El resto del día, Julia lo disfrutó a lo grande. Lució impresionantemente bella en cada una de las fotografías. Se dejó guiar, aconsejar y corregir por Luciano y el resto de los expertos. Con esfuerzo y dedicación podría llegar a ser la número uno.

Tras un rápido vuelo desde Miami a Manhattan, doña Ramona Vásquez de Armenteros hizo su entrada a la habitación del hospital donde Samantha se encontraba convaleciente. Allí estaba el senador Parker.

—Ramona, no esperábamos tu visita —murmuró el acongojado padre.

—No podía dejar de venir, Douglas. Sabes cuánto os aprecio a ti y a tu hija. ¿Cómo te sientes, Samantha?

—Tratando de asumir mi desgracia. No voy a volver a caminar —informó conteniendo las lágrimas.

—No hables de manera tan derrotista —aconsejó la dama de hierro—. Eres joven y fuerte. La ciencia está muy adelantada. Cuentas conmigo absolutamente para todo. Una vez que ya estés fuera, me encantaría que te mudaras a vivir a mi casa.

—¿Cómo? —preguntó Samantha abriendo exageradamente los ojos con sorpresa.

—Mientras aprendes a valerte por ti misma, no puedes vivir sola. Pienso que lo mejor es que regreses a Florida. Tu padre, por sus compromisos políticos y sus continuos viajes, no podrá atenderte tanto como seguramente desea. Lo mejor es que te mudes a la mansión Armenteros. Allí tendrás todas las comodidades y yo personalmente cuidaré de ti. ¿Estás de acuerdo, Douglas?

—Me parece una idea sensata y perfecta, Ramona. La última palabra la tiene mi hija.

—Yo... yo... —dudó Samantha sin saber qué decidir.

—No dudes —aconsejó suave y dulcemente la manipuladora doña Ramona—. Te aseguro que será lo mejor para ti. Te ayudaré con todo mi corazón.

La estrechó entre sus brazos fingiéndose una madre para la inválida. Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

—Si me marcho de Manhattan al salir del hospital, pasará mucho tiempo, meses para que vuelva a ver a Daniel.

Y justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación, dándole paso al apuesto candidato.

—¡Madre! —exclamó Daniel impactado—. ¿Cuándo llegaste?

—Hace casi una hora. —Besó hipócrita la mejilla de Daniel—. No podía dejar de acompañar a Samantha en estos momentos tan difíciles.

—Daniel, tu madre me invita a mudarme a su casa cuando me den de alta. ¿Qué opinas tú?

—Daniel, obviamente, estará de acuerdo —respondió la matriarca antes de que él pudiera hacerlo—. Sabe que velaré por ti como se vela por una hija enferma.

Doña Ramona tomó las manos de Daniel y lo miró a los ojos con «dulzura».

—Hijo, ya es tiempo que tú también vuelvas a casa. Han pasado muchos meses. Tenemos que olvidar nuestras desavenencias del pasado. Eres noble y de corazón puro, sé que no serías capaz de abandonar a Samantha en estas circunstancias. Te suplico que regreses.

—¿Lo harías, Daniel? ¿Volverías a Florida y a la casa de tus padres por mí? —preguntó anhelante la hija del senador.

Daniel, acorralado, miró a doña Ramona y a Samantha de hito en hito.

—Me prometiste no abandonar a mi hija, Daniel —presionó suavemente, aunque con firmeza, Douglas Parker.

Daniel se mordió los labios, mirando a la enferma tan desvalida en aquella cama de hospital. Finalmente tomó una decisión.

—Regresaré a Miami y a la casa para estar a tu lado, Samantha.

—¡El cielo te premie por lo que haces por mi hija, muchacho! —exclamó conmovido el senador.

—Gracias, Daniel —sonrió dulce y más enamorada la enferma.

El joven candidato la miró con compasión y tomó sus manos.

—Te prometí que no iba a abandonarte y yo soy un hombre de palabra.

—Regresaré en el último vuelo de esta noche —anunció suave la matriarca de los Armenteros —. Voy a prepararlo todo para recibirte en los próximos días, Samantha.

—Gracias, Ramona. Estás siendo como una madre para mí —sonrió ampliamente.

—¿Ha cambiado tu ánimo para mejor o son ideas mías, hija?

—Mi ánimo acaba de mejorar al saber que no dejaré de ver a Daniel, papá.

Pasaron los días y la suerte de Julia Alcántara al parecer comenzó a cambiar. Surgieron nuevos contratos de trabajo y eso la llevó a ser imagen de nuevos catálogos de moda, posó para una gran valla publicitaria que adornaba uno de los más transitados *free way* de Miami, participó en seis desfiles y grabó su primer comercial de televisión promocionando la marca de un famoso refresco de cola. Con los nuevos contratos llegó la entrada de mucho dinero. Julia alquiló una bonita casa amueblada en Coral Gables y junto a su abuelo, la pequeña Anita y Nancy se mudaron.

La envidia de Vivi se disparaba cada vez que se enteraba de los nuevos logros de Julia por boca de alguna compañera chismosa. Viviana no podía soportar que su más grande y odiada rival empezara a hacerse un nombre dentro del mundo de la moda. Y para colmo de males, Viviana no pudo celebrar a lo grande al enterarse de que Samantha había quedado inválida tras su arrollamiento, pues supo por la boca de la propia Ramona que la hija del senador Parker se mudaría a la mansión Armenteros en calidad de huésped. La propia matriarca le había anunciado a la *top model* que no descansaría hasta que Daniel se casara con Samantha. Los celos de Viviana se dispararon, pero supo dominarlos y mantenerlos ocultos ante su suegra. Solamente lo hizo con su gran amiga Kitty, con ella daba rienda suelta a su odio.

—Aunque Ramona se empeñe, no voy a permitir que case a Daniel con la inválida.

—No creo que te sea fácil impedir ese matrimonio, Vivi. El propio Daniel debe sentir mucha lástima por Samantha y se casará con ella en un acto de bondad y apoyo.

—Samantha debió morir cuando fue atropellada.

—Para tu mala suerte, quedó viva y su propia desgracia la empuja a los brazos de Daniel.

Furiosa, carcomida por los celos, Viviana dio varios pasos por su habitación bajo la atenta mirada de Kitty.

—Convertiré la vida de Samantha Parker en un infierno mientras viva bajo el techo de esta casa. Le haré ver su suerte igual que lo hice con Julia. Y hablando de la balsera, no seré yo la única que me reviente de celos.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Kitty mientras encendía un cigarrillo.

—Voy a contarle a Julia sobre el posible matrimonio entre Daniel y la hija del senador Parker. Esa información la hundirá.

Julia salió al jardín de su nueva casa a respirar el cálido aire de la noche. Se sentía bien con su nueva vida, con sus primeros pasos en el mundo de la moda y los triunfos que empezaban a llegar. Su hija la hacía sentirse plena, pero, a pesar de todo aquel giro tan positivo, algo le faltaba para ser completamente feliz: el amor de Daniel.

—Daniel... —susurró su nombre con nostalgia y anhelo.

Entró de nuevo a la casa pisando el amplio *hall* y se dirigió al sofá de cuero rojo que adornaba el lugar, dándole un gran toque de modernidad.

«Me gustaría tanto compartir toda esta casa contigo, Daniel —suspiró enamorada—. ¿Qué habrá sido de tu vida en todo este tiempo? ¿Me habrás olvidado o seguirás amándome tanto como yo a ti?».

El timbre de su celular cortó sus pensamientos.

—Aló...

—Hola, Julia.

—¡Viviana! ¿Cómo averiguaste mi nuevo número? —preguntó impactada al reconocer la voz de su enemiga.

—Eso no es importante ahora. Lo que importa es la información que voy a darte —le soltó con tono hiriente y malévolo.

—No estoy interesada en saber nada que provenga de ti. Voy a colgar.

—Espera. Debes saber que Daniel aterrizó hace dos horas en Miami. Regresó para quedarse. Ya viene camino a la casa, pero no lo hace solo. Viene acompañado de Samantha Parker.

—¿Quién es Samantha Parker? —preguntó Julia sin poder evitar la curiosidad.

—La nueva conquista de Daniel. Ramona está empeñada en casarlos.

Julia no dijo nada, se quedó literalmente muda.

—Ambas fuimos vencidas, Julia. Finalmente, Daniel no fue ni para ti ni para mí —dijo con sorna.

—Hace mucho tiempo que Daniel salió de mi vida. Si se casa o no con otra, no me importa —mintió Julia con frialdad—. Tampoco voy a interponerme entre él y su nuevo amor. No acostumbro a destruir relaciones.

—No seas falsa y reconoce que estás reventándote de los celos —lanzó una carcajada Vivi.

—¿Y tú no estás reventando de celos, Viviana? En tu caso, sería la segunda vez que Daniel prefiere a otra antes que a ti —le respondió hiriente para vengarse de ella.

—Obviamente sí estoy muerta de celos —reconoció en tono fuerte—, pero yo nunca imaginé que sería inolvidable para Daniel, como seguramente sí lo imaginaste tú.

—Me queda el consuelo de que Daniel al menos me amó. Por ti solo sintió desprecio.

—¡Eres una estúpida! —estalló con rabia Viviana—. Aunque te haya amado, tu matrimonio con él fracasó y ahora ama a otra. Ambas perdimos, Julia, ¡pero más tú que yo! —Vivi rio a carcajadas.

—Permítame corregirte: yo perdí el amor de Daniel, es cierto; pero tú, además de perderlo a él, también estás perdiendo tu carrera como modelo, pues ahora yo empiezo a ser la nueva favorita. Al contrario que tú, yo puedo tragarme mi amor por Daniel y enterrarlo, pero tú no. Tú te pones histérica y no sabes perder.

—¡No te atrevas a seguirme hablando así! —explotó en un arranque de ira.

—Todavía no te digo todo lo que te mereces —la voz de Julia era serena, en total dominio de la situación—. Mientras sigas viviendo bajo el techo de los Armenteros, tendrás que ver a Daniel todos los días en compañía de Samantha. Los celos te consumirán.

—¡Cállate! ¡Te ordeno que te calles! —exigió histérica Viviana.

—Me llamaste para atormentarme, y la atormentada resultaste tú —terció burlona Julia.

—¡Te odio!

—Y yo te tengo lástima.

Julia cortó la llamada. Nancy entró precipitadamente proveniente de la cocina.

—¿Qué pasó, manita? Te oí pelear por teléfono.

—Era Viviana. Me llamó para informarme que Daniel ha vuelto para quedarse... Y lo hizo acompañado de una nueva mujer.

—¡Pero qué mala es Viviana! Solo abre la jeta para escupir veneno.

—Me di el gusto de ponerla en su sitio. Ella quiso ponerme histérica de celos y la que acabó histérica fue ella.

—¡Me alegro de que le dieras una taza de su propio chocolate!

—A pesar de haberla puesto en su lugar, no puedo evitar dejar de sentirme triste —confesó Julia con sus ojos llenos de lágrimas—. Si Daniel tiene a otra, es porque ya me olvidó, Nancy.

—No tiene por qué ser así, panita —la consoló—. A lo mejor se buscó a otra por puro despecho.

—No lo creo —rompió a llorar.

—En tus manos está recuperar el amor de Daniel. Hazle la prueba de ADN a Anita. Si se comprueba que es hija de él, estoy segura de que volvería contigo.

—No. No voy a valerme de ese recurso —murmuró entristecida, dejando de llorar y sacando fuerzas de su interior—. Voy a olvidarlo. Voy a olvidar a Daniel para siempre.

—No te engañes, Julia. Tu amor por él es demasiado grande y nunca dejarás de amarlo.

—Bienvenida a la mansión Armenteros, Samantha.

Fue doña Ramona quien con una amplia sonrisa le daba la bienvenida a la hija del senador Parker. Samantha, sentada en su silla de ruedas, le sonrió agradecida. Los ojos de la linda rubia estaban llenos de tristeza. Junto a ella, del lado derecho, estaba de pie su padre, Douglas Parker. Al lado izquierdo estaba Daniel. Frente a ellos estaban don Gerardo, doña Ramona y dos muchachas de la servidumbre.

—Gracias, Ramona. Gracias también a ti, Gerardo.

—Nada tienes que agradecernos, muchacha. Tu padre ha sido nuestro amigo desde siempre. En esta casa cuidaremos de ti con mucho amor y dedicación —aseveró sincero el padre de Daniel.

—Bienvenido de nuevo, hijo —saludó hipócrita la matriarca.

—Gracias, madre —asintió Daniel incómodo.

—Gerardo, muéstrale a Samantha la habitación que preparamos especialmente para ella en la planta baja.

—Por supuesto. Vengan por aquí.

Don Gerardo avanzó hacia el interior de la casa. Fue seguido por Daniel, que empujaba la silla de ruedas, y por las muchachas de servicio, que cargaron con las maletas. Doña Ramona y el senador quedaron a solas.

—¿Deseas un trago, Douglas?

—No, gracias. Quiero decirte una vez más que nunca olvidaré lo que haces por mi hija en estos difíciles momentos. Te estaré eternamente agradecido, Ramona. Cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela.

—Precisamente necesito pedirte un favor muy especial —anunció ella mientras en su mente tramaba una nueva infamia.

—¿De qué se trata? Si está en mis manos, no dudes de mi ayuda.

—Se trata de Julia Alcántara.

—¿Julia Alcántara? No creo recordar a nadie con ese nombre.

—Es la mujer que se casó con Daniel. Nunca llegaste a conocerla.

—Es cierto. Nunca la conocí en persona.

—Esa mujer tuvo una hija. Los padres de esa niña pueden ser o Daniel o Jorge Ignacio.

—¿Cómo? ¿Ambos hermanos fueron...?

—Esa pérdida mantenía relaciones con los dos a la par —cortó doña Ramona mintiendo—. A ambos les juraba amor. Aprovechaba los viajes de Daniel para meterse en la cama de Jorgito.

—¡Increíble la desvergüenza de esa mujer! —exclamó el senador.

—En cuanto descubrí su bajeza y falta de moral, la boté de esta casa, Douglas —volvió a mentir con total cinismo la dama de hierro—. No se sabe quién es el padre de la niña. Ni la propia Julia Alcántara lo sabe. A pesar de eso, la niña es mi nieta. No quiero que se críe al lado de una persona con tan baja moral, capaz de actos tan impúdicos. Quiero que la ley le quite a la niña para que mi nieta venga a vivir bajo el techo de esta casa.

—Te entiendo, Ramona. Verás, las leyes de este país protegen a las madres, pero si se comprueba que Julia Alcántara es un mal ejemplo para su hija y que su conducta es inmoral, la propia ley actuaría quitándole a la menor. Luego, se sometería a Daniel a una prueba de ADN para averiguar si es el padre. De ser él, obtendría la guardia y custodia, y Julia Alcántara perdería todos sus derechos.

—¿Y si el padre de la niña resultara ser mi hijo Jorge Ignacio?

—En ese caso, al estar muerto el padre y habiendo perdido la madre todos los derechos, tú, como abuela, podrías reclamar legalmente a la menor.

—Eso quiero, Douglas, tener todos los derechos sobre mi nieta. Quiero quitarle su hija a Julia Alcántara para siempre.

—Lo haremos, pero podría resultar un proceso largo. Hay que hacer las cosas conforme a la ley. Por mi parte haré todo lo que esté a mi alcance para que te quedes con tu nieta.

—Por favor, no le comentes nada de lo que acabamos de hablar a Daniel. Él ignora que su exesposa tuvo una hija.

—Guardaré silencio ante él —prometió el senador Parker.

—Lamento tanto tu accidente, Samantha —aseguró falsamente Viviana.

La *top model* había entrado en la habitación de la inválida para darle la «bienvenida» a la casa.

—Gracias, Vivi.

—Aunque nos conocemos desde hace años, nunca hemos sido amigas muy cercanas. Ahora lo seremos. Quiero que me veas como un gran apoyo —le sonrió hipócrita al tiempo que tomaba un cepillo del tocador. Se colocó tras Samantha y comenzó a cepillarle su larga y rubia cabellera—. No tienes que pasar el día encerrada aquí en tu cuarto. La casa es muy grande y el jardín es hermoso. Voy a hacerte compañía siempre para que no te sientas sola.

—Eres muy buena, Vivi.

—Me da tanta lástima tu desgracia. Eres tan joven y bonita. Debe de ser horrible saber que estarás atada a una silla de ruedas el resto de tu vida —soltó suavemente con tono lastimoso, pero cargado de veneno en el fondo.

—Trato de asumirlo diariamente —confesó Samantha muy triste.

—¿Quieres que te haga una cola de caballo? —preguntó risueña—. Así Daniel te verá más guapa. ¿Sigues muy enamorada de él?

—Con todas mis fuerzas. A pesar de mi invalidez, creo que él empieza a sentir algo por mí.

—¿Amor?

—Pienso que sí. Antes de mi accidente, nos volvimos muy cercanos allá en Nueva York.

Viviana ató el cabello de Samantha con una bonita cinta tono azul cielo, haciendo juego con la bata de casa de la muchacha. La cola de caballo la hacía lucir más joven y bonita.

—No quisiera desilusionarte, y menos en tu condición actual, Samantha, pero... —calló dejando en suspenso sus palabras.

—¿Qué? Dime lo que sea, Viviana. ¿Hay algo sobre Daniel que no sepa?

—Para nadie es un secreto que Daniel sigue amando a su exesposa. Se mudó a Manhattan para alejarse de ella y de su recuerdo.

—Sé que Daniel la ama. Siempre fue sincero conmigo, pero, a pesar de ese amor, percibí que yo empezaba a ser importante para él.

—Quizás sentía un cariño especial por ti antes de tu accidente, pero nunca «amor». Ahora que estás condenada a esa silla de ruedas nada más siente lástima por ti.

Los ojos de Samantha se nublaron de lágrimas.

—¿Llegaste a conocer a Julia Alcántara? —quiso saber la modelo.

—La vi solamente en fotografías en varios reportajes que le hicieron junto a Daniel junto — informó conteniendo las ganas de llorar.

—Antes Julia era una muchacha bonita. Ahora se ha vuelto una mujer muy hermosa. ¿Sabías que trata de convertirse en la modelo de moda?

—¿Modelo? No sabía —exclamó sorprendida la hija del senador.

—Su transformación ha sido total. Seguramente cuando Daniel vuelva a verla, enloquecerá otra vez de amor y todo lo que un día sintió por ella revivirá. —El tono hipócrita de Vivi se acentuó—. No debes hacerte ilusiones, Samantha. Si Daniel se casa contigo, lo hará solamente por lástima.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta del cuarto y allí apareció doña Ramona. Su rostro expresaba gran alarma.

—¿No está aquí mi esposo Gerardo?

—Yo lo vi irse al banco —informó Viviana.

—¿Cómo se fue sin avisarme?

—Serénate, Ramona. Te ves muy alterada —dijo Samantha sorprendida.

—¿Podemos ayudarte en algo?

Y, sin dejar que ambas mujeres agregaran algo más, doña Ramona salió apresuradamente de allí.

—¿Qué le pasa? —quiso saber la rubia, muy sorprendida ante los evidentes nervios de la matriarca.

—Esta casa es como un circo: siempre está pasando algo —rio frívola Vivi—. Ya te acostumbrarás.

—¿Me llevas, por favor, al comedor para desayunar con Daniel?

—¿Daniel? —preguntó con sorna—. Él se fue a su oficina hace más de una hora.

—¿Sin darme los buenos días ni despedirse?

—Ya te dije que debe sentir lástima por ti. Mucha lástima. Seguramente le hiere verte en esa silla y evita hacerlo. No te preocupes, no tendrás que desayunar sola. Lo haremos juntas.

Con resolución, Vivi se colocó tras Samantha y, sonriendo con maligna satisfacción, salió empujando la silla de ruedas.

En el *Miami Herald* apareció la noticia de que Daniel Armenteros se había mudado nuevamente a Florida y que desde allí seguiría su carrera política. Sentado cómodamente en el amplio sofá de su despacho, le comentó a su jefe de campaña:

—Estos periodistas se enteran de todo.

—Así es —respondió Valentín Valladares mientras servía dos tazas de humeante café.

Daniel siguió pasando las páginas en busca de noticias de interés, cuando una foto con el rostro hermoso de una mujer llamó poderosamente su atención.

—¡Es Julia! —exclamó impactado al máximo y entonces leyó—: «La bella modelo Espina desfilará esta noche para recolectar fondos para un hospital en Puerto Rico».

Sin salir de su asombro y sin soltar el periódico, se puso de pie.

—¿Ahora Julia es modelo? ¿Y se llama Espina?

—¿No lo sabías? Pensé que estabas al tanto de que tu exesposa se estaba haciendo un nombre en la moda. —Le ofreció una taza de café que él rechazó con un gesto.

En ese momento entró la secretaria de Daniel.

—*Excuse me, candidate, you just called him...*

—Olvida cualquier llamada —cortó brusco y agitado. Se volvió a su jefe de prensa—. Valentín, consígueme inmediatamente una invitación para este acto benéfico.

Le alargó el periódico a su eficiente amigo, señalándole la noticia. El jefe de prensa se deshizo de las dos tazas de café y salió a cumplir la orden seguido de la secretaria. Daniel, estupefacto, se sirvió un *whisky* doble.

—¡Julia, modelo!

Don Gerardo Armenteros se encontraba en su amplísima oficina del banco revisando unos balances, cuando se abrió con fuerza la puerta, dando paso a una nerviosa doña Ramona.

—¿Dónde está la loca del sótano? ¿Qué hiciste con ella? —preguntó la matriarca tras cerrar y avanzar con paso firme hacia su esposo.

Don Gerardo alzó la mirada y vio a su mujer. Luego, fue a sentarse tras su elegante escritorio al tiempo que dejaba allí los balances.

—Sabía que tarde o temprano ibas a descubrir que ya Antonieta no está confinada en el sótano.

—¿Desde cuándo no está allí? ¿Cuándo la sacaste?

—Aproveché tu viaje a Nueva York de hace días tras el accidente de Samantha Parker.

—¡Eres un imbécil! ¿Quién te dio permiso para sacar a esa demente del sótano? ¿Por qué lo hiciste?

Don Gerardo se sintió intimidado ante la furia de su mujer, pero trató de mostrarse sereno y con esfuerzo sacó arrojo de su interior.

—¿Me preguntas por qué? Desde hace algún tiempo venías acariciando la idea de eliminar para siempre a Antonieta. Me dijiste que a tu regreso de Manhattan acabarías con su vida. He sido un cobarde, he sido un ser despreciable que por miedo me he dejado manipular por ti y me he sometido a tus caprichos. Fueron treinta años de silencio por temor. Bajo amenazas, supiste obligarme a mantener la boca cerrada y ser testigo mudo de tu maldad, pero no podía permitirte llegar al crimen.

—¡Cállate! Eres un pobre gusano —escupió ella con infinito desprecio.

Él bajó la mirada, arrepentido de su cobardía.

—No dejas de tener razón. Valgo menos que nada. Callé y permití que le destruyeras la vida a la verdadera madre de Daniel y asumo mi sucia cobardía.

Ella avanzó un par de pasos hacia el hombre con claras intenciones de abofetearlo. Don Gerardo, por primera, vez se atrevió a gritarle a la vez que retrocedía:

—¡No podía permitirte llegar a esos extremos!

—¿Para dónde la llevaste? —exigió saber muy alterada, aunque sin alzar la voz para no alertar a los clientes y personal del banco.

—Antonieta está ahora en una casa de reposo mental. Bajo el cuidado de especialistas.

—¡No debiste, imbécil!

Él miró a doña Ramona con profundo dolor, sintiéndose culpable.

—Durante muchos años me obligaste a ser cómplice de tu infamia, Ramona. Me obligaste a callar y a permitir tu más grande crueldad. Durante treinta años mantuviste oculta a Antonieta. Eso se acabó. Nunca pude ayudarla porque siempre me mantuviste vigilado. Tu ausencia de la casa fue el momento perfecto.

—Vas a sacar a Antonieta de ese manicomio donde la llevaste. La quiero de vuelta en la casa.

—Eso no va a suceder —habló tratando de controlar el temblor generalizado de su cuerpo.

—¿Me estás desafiando? —preguntó colérica y rebosante de odio.

—El infierno de Antonieta acabó.

—¿Pero no te das cuenta del peligro al que nos exponemos? Si los médicos curan a Antonieta, si esa loca infernal recupera la cordura, contará que estuvo encerrada; dirá que le robé su fortuna, su mansión y la cadena bancaria. ¡Puedo terminar en la cárcel! ¡Y tú conmigo, por haber sido cómplice silencioso!

—Que pase lo que tenga que pasar —expresó cansado—. Entiende que no podía permitirte un crimen.

—Antes de ir a la cárcel, soy capaz de cualquier cosa —amenazó llena de odio.

—Lo sé —aceptó él.

—¿Alguien te vio sacar a la loca de la mansión?

—No. Lo hice durante la madrugada. Todos dormían.

—Te odio, Gerardo. Un día te amé con todas mis fuerzas, pero ahora te odio. Nunca voy a perdonarte este desafío. Estás poniendo en peligro nuestra seguridad y eso puede llegar a tener un precio muy alto y peligroso.

Él estaba llorando, sus lágrimas rodaban por sus envejecidas mejillas.

—Que sea lo que Dios quiera. Destruiste la vida de Antonieta y mi propia vida. Ya no harás más daño.

—¿Estás seguro? —sonrió ella sarcástica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, lleno de desconfianza y temor.

—Voy a quitarle su hija a Julia Alcántara. Esa niña es mi nieta y debe criarse a mi lado.

—Veo que tu cadena de maldades no termina. La ley no te permitirá quedarte con esa niña.

—La ley está de mi parte gracias al senador Parker.

—¡Claro! ¡Ahora entiendo tu jugada! Invitaste a Samantha a vivir en la mansión no solo para manipular a Daniel y hacer que se case con ella, sino que además así lograbas que el senador estuviera en deuda contigo por cuidar de su hija.

—Exactamente. Y para pagarme, Douglas Parker le arrancará su hija de los brazos a Julia y me la entregará a mí. Julia ni sabe quién es el padre de la niña, eso demuestra que le importa muy poco su hija. El corazón me dice que el padre es Jorge Ignacio.

—Si Daniel se entera de tu nueva infamia...

—No se enterará hasta que todo se haya consumado —cortó firme—. Te advierto que no te atrevas a contarle nada. Y te exijo que no intervengas en mis asuntos. Ya fue suficiente con la estupidez que cometiste con Antonieta. —La dama de hierro avanzó hacia la puerta—. Asegúrate muy bien de que tu amada loca nunca recupere la razón. Si lo hace y habla contando toda la verdad, las consecuencias serían terribles. Sabes que no amenazo en vano.

La puerta se cerró tras su salida de aquella oficina.

Todos los preparativos para el acto benéfico de esa noche, donde desfilaría Julia, habían terminado. El vestíbulo del gran salón estaba completamente abarrotado de público y personalidades influyentes. Entre los asistentes se encontraba Viviana, que lucía sencillamente regia y elegante enfundada en un Balenciaga y acompañada de su inseparable amiga Kitty, quien también lucía hermosa. Ambas, con sendas copas de champaña en las manos, compartían risas y anécdotas con otros invitados.

—¿Viniste a ver a tu competidora más cercana, Viviana? —preguntó una lengua viperina.

—Yo no tengo competidoras, querida. Soy única. Mi nombre está grabado con letras de oro en el mundo de la moda.

—Dicen que Espina va que vuela para convertirse en la nueva modelo sensación —acotó otra.

—¿Espina? ¡Qué nombrecito tan ridículo! —rio despectiva Viviana.

Kitty apoyó a su amiga riendo también.

—¡Miren! ¡Acaba de llegar el candidato Daniel Armenteros! —dijo alguien en medio de los invitados.

Daniel hizo su entrada en el salón vistiendo un elegante esmoquin negro. Una docena de periodistas y fotógrafos lo rodearon inmediatamente y lo avasallaron a preguntas sobre los temas más candentes de la política actual. Viviana no desaprovechó la oportunidad para acercarse a él y colgarse de su brazo.

—*Thank you all for your questions to my brother-in-law Daniel, but we are going to make entrance to the parade site.* —Viviana se llevó a Daniel del brazo.

—No debiste interrumpir las preguntas, Vivi. Me gusta ser amable con la prensa.

Ella lo miró con expresión malévola.

—Olvídate de la prensa. ¿Viniste al desfile para reencontrarte con Julia?

—Vine porque se trata de un acto benéfico y quiero colaborar.

—No seas mentiroso, Daniel. Viniste por ella, quizás buscando una reconciliación. No te olvides de que estás en deuda con Samantha Parker. Ahora te debes a ella —puntualizó venenosa.

Daniel se sentía verdaderamente incómodo en presencia de Viviana.

—Con tu permiso. Iré a sentarme.

El apuesto candidato se apartó de ella y fue a sentarse a otro lado, dejándola plantada.

El camerino de Julia estaba adornado por un hermoso ramo de flores cortesía de Luciano Anderson. Ya maquillada y lista para el desfile, lucía un espectacular vestido Dolce & Gabbana. Tomó entre sus dedos la tarjetita que acompañaba al ramo y leyó en voz alta:

—«Esta noche mis ojos reposarán en tu belleza».

Julia sonrió y volvió a dejar la tarjeta en su lugar. Se miró por última vez al espejo y puso unas gotas de perfume tras sus orejas. La puerta se abrió dando paso a una agitada Nancy.

—¡Te traigo dos noticias impactantemente impactantes!

—¿Qué pasa, Nancy?

—La primera noticia es que el desfile comienza en dos minutos.

—¿Y la segunda?

—¡Afuera está Daniel Armenteros! ¡Acaba de llegar!

Julia se estremeció de pies a cabeza.

—¿Daniel está afuera?

—¡Y luce más bello y varonil que nunca, amiga! ¡Yo lo vi y casi me da un soponcio!

—Bueno, me imagino que vino a colaborar en el acto benéfico y...

—No te hagas la zoqueta, Julia. Sabes muy bien que Daniel vino por ti, para verte desfilar.

Julia Alcántara meditó su respuesta tratando de mostrarse serena.

—Espero que disfrute del desfile.

—¿Hablarás después con él?

—Daniel y yo no tenemos nada que decirnos.

—Ohhhh, qué lástima. Yo sueño con una reconciliación entre ustedes —aseguró Nancy desilusionada—. Bueno, estaré fuera tomándote fotos con mi celular. ¡Suerte!

Nancy salió del camerino cerrando la puerta. Al quedar sola, Julia se dio cuenta de que sus manos temblaban de nervios ahora que sabía que Daniel estaba entre el público. Un ruido extraño en su baño privado llamó su atención.

Julia entró al baño y un hombre con el rostro totalmente cubierto saltó sobre ella y le tapó la boca con un pañuelo con cloroformo.

El último pensamiento de Julia antes de dormirse fue Daniel.

El comisario de la policía, Gabino Sautier, se encontraba mirando fijamente a Julia cuando ella comenzó a reaccionar. A la hermosa muchacha le costó enfocar la vista. Aún estaba atontada por los efectos del cloroformo. Allí en su camerino estaban Daniel, Luciano, Nancy y dos policías uniformados.

—Ya está reaccionando —dijo Luciano preocupado.

—¿Cómo te sientes, Julia? —quiso saber Daniel, también preocupado y enamorado.

Ella lo miró de frente.

—El candidato Daniel Armenteros la encontró desmayada en su baño, señorita Alcántara —informó el comisario Sautier—. Él mismo nos avisó. ¿Podría informarnos qué le pasó? Los cristales de la ventana del baño están rotos y presumimos que alguien entró por allí.

—¿Fuiste atacada, Julia? —interrogó Luciano muy angustiado.

—Había un hombre en mi baño. Tenía la cara cubierta. Me puso un pañuelo en la cara, y no recuerdo más.

—¿Pero quién habrá sido el tipo que te puso a dormir, amiga?

—No lo sé, Nancy. Repito que traía la cara cubierta.

—Hay que abrir una investigación —señaló el comisario.

—No, por Dios, no quiero ningún tipo de escándalo que pueda enturbiar la buena labor e imagen del acto benéfico. Les suplico que no se entere la prensa de lo sucedido.

—Pero, Julia, fuiste atacada —acotó Luciano impotente—. Ni siquiera pudiste desfilar y la prensa hizo preguntas sobre tu ausencia.

—Ya terminó todo. Por favor, no hagas ningún tipo de denuncia, Luciano.

—Voy a poner personal de mi propio equipo de seguridad a cuidarte durante las veinticuatro horas —anunció Daniel—. El ataque que sufriste puede ser obra de un maniático psicópata.

—No, Daniel. No quiero a nadie vigilándome todos los días. Gracias por todo, comisario, pero no voy a hacer denuncias.

—Lamentable decisión, señorita Alcántara. Su vida podría correr peligro. Buenas noches.

El comisario Sautier salió acompañado de sus hombres.

—Creo que lo mejor será llevarte a un hospital para que te revisen y...

—No, Luciano, de veras estoy bien. Solo quiero cambiarme y regresar a mi casa.

—Permíteme llevarte, Julia —se ofreció Daniel.

—No, la llevaré yo —se impuso Luciano.

Ambos hombres se miraron por primera vez frente a frente.

—Mejor se salen. Mi amiga todavía está mareada y tengo que ayudarla a cambiarse —dijo Nancy para romper el tenso momento.

—Te buscaré, Julia.

—Mejor no lo hagas, Daniel. Todo está dicho entre nosotros —murmuró Julia tratando de ocultar su ansiedad.

—¡Fue un golpe maestro! —celebró Kitty al tiempo que reía a carcajadas.

Viviana y su amiga estaban en el moderno apartamento de esta en Miami Beach. Bebían Martinis.

—¿Cómo se te ocurrió contratar a un tipo para que pusiera a dormir a Julia con cloroformo?

—¿Y qué pensaste, Kitty? ¿Que iba a quedarme de brazos cruzados mientras la balseira triunfaba en el desfile benéfico? Obviamente no.

—¿Quién fue tu cómplice?

—Un indocumentado que por mil dólares entró al baño del camerino de Julia y rompió el cristal de la ventana. La puso a dormir y se largó antes de que lo vieran. Fue un trabajo impecable y limpio.

—Y lograste tu cometido, Vivi: evitar que tu enemiga desfilara.

—Lo que iba a ser una noche de gran brillo para ella acabó siendo una noche terrorífica.

Ambas amigas rieron y chocaron sus copas en señal de brindis.

—Julia no podrá robarme mi sitio de honor como modelo.

—Obviamente le falta mucho para recorrer tu camino de triunfos y ser tan grande como tú, pero hay que ser honestas y reconocer que lo tiene todo para ser la mejor —acotó Kitty celosa—. En lo personal, mi carrera está casi acabada. Cada día me sale menos trabajo.

—Tienes que buscarte un buen *manager*, Kitty.

—Desde que Luciano Anderson me botó de su agencia, se me han cerrado muchas puertas. Estoy preocupada, amiga. Mis ahorros se están agotando.

—Ya te saldrá algo.

—A ti no te importa quedarte sin trabajo porque eres millonaria, pero yo no.

—Mi única preocupación es lograr que Daniel sea infeliz. Si él no es para mí, tampoco será para otra.

En el momento en que Daniel regresaba a la mansión Armenteros esa misma noche, le salió al paso doña Ramona, enfundada en una larga y elegante bata de casa color azul petróleo.

—Buenas noches, Daniel.

—Buenas noches, mamá.

—Samantha te espera despierta en su habitación. Ha sido una descortesía de tu parte dejarla sola todo el día.

—Tuve muchos asuntos pendientes.

—Cásate con ella, Daniel. Se lo debes.

Sentada en su silla de ruedas frente a la ventana, Samantha Parker contemplaba triste la noche. Toques suaves en la puerta la sacaron de su ensimismamiento.

—Adelante, está abierto —anunció esperanzada de que fuera Daniel.

La puerta al abrirse dio paso al guapísimo candidato, como habían sido los deseos de la joven inválida.

—Hola, Samantha —saludó acercándose a ella. Se inclinó y la besó en la frente—. Hoy tuve un día muy complicado y por eso no había podido venir a verte.

—No tienes que disculparte. Entiendo tu carrera —le sonrió comprensiva y dulce.

—¿Cómo has estado?

—Igual. Los días se me hacen monótonos y largos.

—No tienes por qué estar encerrada en esta habitación. Incluso puedes salir a la calle.

—Viviana me invitó esta noche a un desfile de modas, pero preferí no ir. No quiero que nadie me vea en esta silla de ruedas. Además, es tan aparatoso salir con alguien como yo...

Daniel, sintiendo una infinita lástima por la rubia muchacha, se sentó en la cama frente a ella y tomó sus manos.

—No quiero que te sientas triste, y mucho menos está permitida la autocompasión.

—¡Ya no le hago falta a nadie, Daniel!

—¿Y yo no soy nadie?

—Tú lo eres todo para mí y lo sabes, pero estás en plena campaña. Tu trabajo es demandante y exigente. No puedes dedicarte a mí. Comprendo que soy una carga muy pesada.

—No me gusta que hables así, Samantha.

—Soñaba con conquistar tu amor algún día. Qué ciega, ¡qué estúpidamente ciega fui! Si no lo logré antes, ahora que soy una inútil menos lo conseguiré. Déjame, Daniel, te lo suplico. Mañana le pediré a mi padre que me venga a buscar para irme para siempre de esta casa.

—No, no te vayas, por favor. Aquí estás bien atendida y cuidada. Tu padre no puede ocuparse de ti por sus múltiples compromisos.

Samantha sonrió con tristeza.

—Tú tampoco puedes ocuparte de mí.

—Samantha, ¿aceptas casarte conmigo?

—¡Daniel!

—Dime que sí. Serás mi esposa y la primera dama de este país. Buscaremos a los mejores especialistas del mundo y te haremos revisar por ellos. Volverás a caminar. Te lo prometo.

—Daniel... —rompió a llorar llena de infinita dicha—. ¿Te casas conmigo por lástima?

—Me caso contigo porque me nace hacerlo.

Se miraron a los ojos. El corazón de ella latía con fuerza de tanto amor por él. El corazón de él también latía con fuerza, pero por Julia.

—Sí. Acepto ser tu esposa —sonrió ella dulce y agradecida.

Daniel se inclinó para besarla suavemente en los labios. Desde la puerta entreabierta, doña Ramona fue testigo de aquel beso. Una sonrisa maligna se dibujó en sus labios.

El primero en saber que Daniel y Samantha se casarían fue el propio padre de la chica, el senador Parker.

—¡Pero qué maravillosa noticia, Ramona!

—Sabía que te alegrarías, Douglas.

—Nunca tendré cómo pagarles a ti y a tu hijo lo que están haciendo por mi pobre hija.

—En tus manos está devolverme la sonrisa. Yo perdí mi ilusión de vivir luego de la muerte de mi Jorge Ignacio. Si su hija estuviera junto a mí, yo volvería a ser feliz.

—No desesperes, Ramona. Estoy trabajando personalmente en ese asunto.

Una semana después, Julia y Nancy aún recordaban lo sucedido la noche del desfile mientras veían jugar felizmente a don Luis y a Anita en el jardín de la casa de Coral Gables. La niña crecía cada día más y ya daba sus primeros pasos.

—Por suerte, don Luis nunca supo que fuiste atacada.

—Y que nunca lo sepa, Nancy. Ya está muy mayor y no quiero darle disgustos que podrían afectar su salud.

—Manita, esa noche Daniel te dijo que te buscaría y le pediste que no lo hiciera. ¿Por qué te niegas a verlo?

—En su vida hay otra mujer, como ya sabíamos. La propia Viviana me lo confirmó.

—Esa bruja seguramente disfrutó mucho dándote la noticia.

—Como sea, Nancy. Él y yo estamos divorciados. Existe Anita, que podría ser hija de su hermano. ¿Cómo podría yo volver con Daniel si la niña resultara ser hija del difunto?

—Las cosas malas hay que superarlas y dejarlas atrás, Julia. Por pura necedad te estás negando la posibilidad de ser feliz con Daniel. ¡Ponte las pilas y busca tu felicidad!

—¿De verdad piensas casar a Daniel con Samantha?

—Así es, Viviana. Ya no hay marcha atrás. El propio Daniel ya le pidió matrimonio.

Vivi fue a sentarse a un rincón de la sala mientras doña Ramona se servía otra taza de té.

—Dada la situación de Samantha, no sería propicio celebrar una boda por todo lo alto y con cientos de invitados. Lo mejor será realizar un matrimonio íntimo, solo con los familiares y amigos más allegados.

—Pero no me parece justo que Daniel ate su vida a la de una impedida —susurró Viviana suavemente, consumida por los celos.

—Prefiero verlo casado con una lisiada antes que de regreso a los brazos de Julia Alcántara. Será un matrimonio para toda la vida. Daniel no se atrevería a abandonar nunca a una esposa en silla de ruedas.

Viviana miró a su suegra tratando de ocultar el gran odio que sentía por ella en esos momentos.

—Samantha —murmuró Viviana, sonriéndole a la inválida al tiempo que entraba a su habitación.

—Gracias por venir a verme, me sentía muy sola.

Viviana avanzó hacia ella.

—Me acaba de informar doña Ramona que ya es definitivo que te casas con Daniel.

—Sí, ¡nos casamos! En medio de mi desgracia, me siento tan feliz...

—Yo deseo para ti la mayor de las dichas, pero dudo que eso pase —dijo hipócrita.

—¿Qué quieres decir, Viviana?

—No vayas a decirle a nadie que yo te lo conté —siseó venenosa—. Daniel sigue viéndose con Julia.

—¿Cómo?

—A pesar de estar divorciados, se siguen encontrando. Se aman a escondidas. Él le explicó su situación, le dijo que se casaba contigo por lástima, que sentía una obligación moral hacia ti.

—Yo pensaba que todo había terminado entre ellos definitivamente. ¿Estás segura de lo que me dices?

—Absolutamente. Daniel acude clandestinamente a cada uno de los desfiles o entrevistas donde ella está presente. El equipo de trabajo de él lo ayuda a pasar desapercibido ante la prensa y demás curiosos —mintió con tono suave y lastimoso.

—¡Me destrozas con lo que me estás diciendo!

—Solo deseo tu felicidad, Samantha, y no vas a lograrla si no tomas acciones inmediatas para apartar a Julia de la vida de Daniel.

—¿Pero qué puedo hacer? —preguntó desesperada—. ¿Qué puedo hacer desde esta silla de ruedas?

—Citarte con Julia y hablar con ella.

—¿Hablar yo con esa mujer?

—Sí. Exigirle que se aparte para siempre de tu futuro esposo. —Tomó las manos de Samantha como si fueran las de una hermana—. Tú no te mereces sufrir más. Mientras Julia siga en la vida de Daniel, él nunca la olvidará. Nunca llegará a amarte a ti. Habla con ella. Esa mujer quiere hacerte mucho daño, pero quizás logres conmoverla, es posible que llegues a su corazón y ella desaparezca para siempre. No puedes dejar de intentarlo.

—¿Pero dónde podría entrevistarme con Julia? ¿Cómo hago para contactarla?

—Déjalo todo en mis manos. Yo averiguaré el teléfono de ella. La llamarás y la citarás en tu antiguo apartamento. Todavía lo conservas, ¿no?

—Sí, sí, lo mantengo cerrado.

—Pues ya está. La citas allí esta misma tarde y tienes una conversación con ella de mujer a mujer. Es mucho lo que puedes conseguir. La peor batalla es la que no se lucha. Yo misma te llevaré hasta tu apartamento y luego me iré para que te entrevistes a solas con tu rival.

Samantha le besó las manos agradecida a Viviana, que le sonreía angelical e hipócritamente.

—Gracias, Vivi, gracias por ser tan buena amiga. Te estás portando conmigo como una verdadera hermana.

Samantha rompió a llorar. Sus lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—No llores, amiga —le rogó llena de dulzura—. ¿Harás todo lo que te aconsejé?

—Sí, sí, claro que sí. Tengo que llegar al corazón de Julia, tengo que intentarlo. Si esa mujer no se aleja de Daniel, yo prefiero morirme.

—No vuelvas a repetir eso. No lo repitas nunca más.

—A lo mejor, solamente la muerte es la solución para todo mi dolor.

Julia Alcántara paseaba a Anita en su cochecito por el parque cercano a su casa de Coral Gables cuando el timbre del celular la hizo reaccionar.

—Aló.

—¿Julia?

—Sí. ¿Quién me llama?

—Soy Samantha Parker.

—¿Samantha Parker? —trató de recordar aquel nombre.

—Soy la futura esposa de Daniel Armenteros.

—¿Para qué me llamas? ¿Quién te dio mi número? —preguntó llena de desconfianza.

—Es importante que hablemos. Te ruego que aceptes verte conmigo.

—No creo que tengamos nada que decirnos.

—Al contrario, es mucho lo que tenemos que hablar. Te suplico que no te niegues.

—Yo... —dudó Julia.

—Te enviaré mi dirección por texto. Espero tu visita hoy a las cinco de la tarde. No me falles —suplicó y colgó la llamada.

Julia quedó estremecida y muy extrañada. Miró el reloj de su celular. Faltaba hora y media para las cinco. Tenía el tiempo justo para llegar a su cita con Samantha Parker.

La conferencia de prensa que Daniel tuvo aquella tarde con diferentes medios de comunicación lo había dejado verdaderamente agotado. Durante más de dos horas había respondido preguntas sobre su plan de gobierno, había vuelto a repetir sus promesas electorales, e incluso le habían preguntado sobre su próximo matrimonio con la hija del senador Parker. Sin perder su eterna

sonrisa que tanto cautivaba a todos, en especial a las mujeres del país, había respondido amablemente cada una de las interrogantes que le hicieron. Al finalizar, se dirigió a la mansión Armenteros.

—Hola, mamá —saludó al llegar—. ¿Está Samantha en su habitación?

—No. Salió con Viviana.

—Qué extraño. Samantha no sale a la calle. No le gusta que la vean en silla de ruedas.

—Fue a su antiguo apartamento.

—¿A qué?

—Iba a entrevistarse allí con Julia Alcántara.

—¿Cómo? ¿Pero qué locura es esa? —preguntó absolutamente impactado.

—No conozco los detalles.

Daniel salió corriendo hacia la calle.

El modernísimo apartamento donde viviera Samantha Parker en Miami, antes de sufrir el accidente que la dejara postrada en una silla de ruedas, estaba ubicado en el Midtown. Allí llegó la joven rubia en compañía de Viviana.

—Gracias por traerme hasta aquí, Vivi. ¿Cuánto falta para que llegue Julia?

—La citaste a las cinco y son las cuatro y cuarenta y cinco.

—Te confieso que estoy nerviosa.

—No hay motivo para ello.

—Voy a conocer frente a frente al gran amor de Daniel.

—No, eso no pasará. Tú no llegarás a ver a Julia.

—No entiendo, Vivi. ¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que eres una maldita entrometida. Nunca te consideré una rival de cuidado. Aunque llevas años enamorada de Daniel, jamás pude imaginarme que él contemplara la posibilidad de casarse contigo. Obviamente la soledad en Nueva York lo empujó a tus brazos y ese maldito accidente terminó jugando a tu favor.

—¿Por qué me hablas así? —preguntó sorprendida, descolocada ante el evidente odio que se sentía en las palabras de Viviana.

—Siempre he estado enamorada de Daniel. Me casé con su hermano para estar cerca de él. Cuando se casó con Julia, me propuse destruir ese matrimonio y lo logré con la ayuda de Ramona.

—¡Viviana!

—Cuando enviudé, pensé que pasado un tiempo prudencial podría llegar a casarme con él, pero reapareciste tú en su vida. Quise eliminarte, pero mi plan falló.

—¿Tu plan falló? ¿Qué quieres decir? —Se sintió aturdida, no entendió claramente el significado de aquellas palabras.

—Ya una vez intenté matarte. ¡Fui yo quien conducía el auto misterioso que te atropelló y se dio a la fuga!

—¡No! ¡No puede ser!

—¡Lo es, idiota! A pesar de todo, la suerte jugó a tu favor y tu parálisis hizo que Daniel te propusiera matrimonio por lástima. Es mentira que él y Julia Alcántara sigan viéndose. Es mentira que sigan encontrándose a tus espaldas. ¡Te mentí para hacerte caer en esta trampa!

—¿Qué es lo que te propones? ¡Estás loca! —gritó Samantha empezando a asustarse.

—¡No grites! —la abofeteó con fuerza y luego clavó sus uñas, que eran como garras de acero, en los hombros de la joven lisiada, al tiempo que se inclinaba hacia ella—. ¡No vas a casarte con Daniel! ¡Voy a eliminarte de su camino y esta vez no voy a fallar!

—¡Auxilio! ¡Auxilio, por favor! —gritó desgarrada defendiéndose como podía con las manos.

Viviana abofeteó de nuevo a Samantha para hacerla callar. La fuerza de los golpes hizo volcar la silla de ruedas y la hija del senador Parker cayó al suelo. Con una gran velocidad, Viviana abrió su propio bolso y sacó un afilado puñal de mango de carey.

—¡No! —volvió a gritar la chica desde el piso, con los ojos desorbitados por el terror.

Viviana se inclinó sobre ella y descargó con gran fuerza un golpe certero muy cerca del corazón de Samantha, hundiendo allí el filoso puñal. La sangre comenzó a brotar a borbotones. Los ojos de Samantha se pusieron en blanco, le costaba respirar. Viviana sacó apresuradamente un pañuelo y limpió sus huellas dactilares del mango del cuchillo. Samantha ladeó la cabeza y cerró los ojos aparentemente muerta. Sin pérdida de tiempo, Vivi se puso de pie y huyó de allí dejando la puerta del apartamento semiabierta.

Un gran charco de sangre se formó en el piso al lado derecho de donde yacía casi sin vida Samantha Parker.

El Uber donde llegó Julia al edificio del Midtown se detuvo ante las grandes puertas de cristal corredizas del mismo. Julia se apeó y entró. En el *lobby*, la bella modelo avanzó hacia los ascensores gemelos. Oprimió el botón de llamada. Se abrieron las puertas del ascensor derecho y Julia subió en él. Mientras las puertas se cerraban, se abrían las del ascensor izquierdo y de él surgía Viviana, quien, haciendo aplomo de sus nervios de acero, atravesó el *lobby* con absoluta calma abandonando el lugar.

En el piso diecisiete, Julia avanzaba por el largo pasillo con apartamentos en ambos lados. Buscaba el número 1701. Finalmente lo halló. Le extrañó que la puerta estuviese entornada.

—¿Samantha? —llamó suavemente.

Al no obtener respuesta, Julia entró al apartamento. La escena que contemplaron sus ojos le heló la sangre. En el piso estaba tirada Samantha Parker, desangrándose, rodeada por un charco de sangre y con apenas un hilo de vida.

—¡Samantha! ¡Dios mío!

Julia corrió hacia la joven inválida y se arrodilló a su lado para comprobar si aún estaba con vida.

—Samantha, ¡háblame! —le gritó presa de los nervios.

—Ayúdame —susurró sin fuerzas y abriendo apenas los ojos.

Desesperada y sin pensarlo, Julia tomó el puñal arrancándolo de la carne de Samantha.

—Ahhhhh —exclamó la hija del senador en su último suspiro de vida.

Por la puerta abierta entró corriendo Daniel, quien se paralizó ante la dantesca escena al ver a Samantha muerta y llena de sangre; y arrodillada junto a ella, Julia, con el puñal en la mano derecha.

—¡Julia! Mataste a Samantha... ¡La mataste!

Julia, aterrada, se volvió a él y en un acto reflejo tiró lejos el puñal.

—¡No! —gritó ella con un hilo de voz—. Yo no fui, Daniel, ¡te lo juro!

Daniel, desesperado, se arrodilló junto al cuerpo sin vida de Samantha. Los pantalones del joven candidato se empaparon de sangre. Él tomó la mano derecha de la joven muerta para sentir su pulso.

—¡Está muerta! —exclamó horrorizado.

—¡Te juro que yo no la maté!

—Vete, Julia. ¡Vete! Yo llamaré a la policía. Nadie tiene que saber que estuviste aquí. ¡Vete! ¡Yo cargaré con las culpas por ti!

—¡No! ¡No! —gritó ella desesperada, alterada—. Yo no la maté. ¡Tienes que creerme!

—¡Vete! —exigió él fuera de sí.

—Tú no puedes culparte. Un escándalo así acabaría con tu carrera política.

—¡Al diablo mi carrera política! ¡Ahora lo importante es que te salves tú! ¡Huye!

Atraídas por las voces altas, un par de vecinas curiosas y de aspecto latino aparecieron en la puerta abierta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una al llegar.

—¡Ahhhhhhhhhh! —gritó la segunda vecina espantada.

—¡Han cometido un crimen!

—¡Yo voy a llamar a la policía!

—¡Usted es el candidato presidencial!

—Julia no debió ir a encontrarse con esa mujer —se quejaba don Luis.

—Yo pienso exactamente lo mismo, mi viejo querido —afirmó Nancy mientras le daba su tetero a Anita.

—Es que mi nieta y la nueva novia de Daniel nada tienen que hablar. Ya Julia salió de la vida de ese hombre. Una conversación entre ellas es un brete seguro.

—Julia se está demorando mucho en regresar y yo tengo un mal presentimiento, caray.

—Nada de malos presentimientos, Nancy. No atraigas la desgracia.

—¿Este es el puñal que se usó para cometer el crimen? —preguntó el comisario Sautier mostrando el puñal dentro de una bolsa de plástico transparente y ya debidamente resguardado para evitar borrar huellas.

Daniel Armenteros, tenso, afirmó con la cabeza sin emitir ninguna palabra. Allí estaba presente el comisario Gabino Sautier, sus dos agentes de confianza y seis policías uniformados de la Unidad de Crimen. El cuerpo sin vida de Samantha Parker ya había sido introducido dentro de la bolsa mortuoria y el forense la sellaba con el cierre, ocultando así el cuerpo de la joven. Un fotógrafo policial tomaba fotos de cada detalle. El pasillo del edificio donde se encontraba el apartamento de la ahora occisa había sido precintado para no darle paso a los curiosos. Se oían claramente los comentarios de todos los presentes. Arrinconada, temblando como un animalito acorralado e indefenso, Julia no podía controlar su llanto silencioso.

Daniel se acercó a ella y le murmuró en voz baja:

—Voy a cargar yo con la culpa.

—No. No tienes que culparte de nada. Te he repetido por activa y por pasiva que yo no la maté.

Daniel la miró fijamente. Los ojos de él estaban llenos de lágrimas. Quería creerla.

—No me crees, ¿verdad? —le preguntó ella llena de dolor.

—Julia, cuando llegué tenías el puñal en tu mano.

Se acercó a ellos el comisario.

—¿Saben cómo ocurrieron los hechos? ¿Alguna sospecha de quién perpetró el crimen?

—Yo vine a este apartamento a entrevistarme con la víctima. Al llegar la encontré tirada en el suelo, la silla de ruedas volcada y con el puñal ya clavado. Pensé que estaba muerta.

—La encontró aún con vida. ¿Qué hizo entonces?

—Ella me pidió ayuda —relató Julia llorando y muy nerviosa—. La única manera que se me ocurrió para ayudarla fue arrancarle el arma homicida del pecho. Cuando lo hice, ella murió.

—¿En qué momento aparece usted en la escena del crimen, candidato Armenteros?

—Yo... Supongo que llegué unos minutos después de lo relatado por Julia.

—¿Qué fue exactamente lo que vio?

—Pues... —dudaba en responder con la verdad para no inculpar a la muchacha—. En realidad, no recuerdo bien y...

—Le advierto, candidato, que ocultar la verdad lo convierte en cómplice directo del delito perpetuado.

—Cuando Daniel llegó, me encontró con el puñal en la mano —dijo ella estoica.

—¡Julia! —exclamó Daniel desesperado.

—Queda usted detenida bajo investigación, señorita Alcántara.

Los periódicos del día siguiente de todo el país publicaron en su primera plana y con grandes letras sobre el crimen de la hija del famoso senador Parker. La escabrosa noticia tuvo gran repercusión en los programas matutinos de televisión y en los de radio también. Incluso en los programas de chismes de farándula de Miami, como *El gordo y la flaca* de la cadena Univisión, y *Suelta la sopa* de Telemundo, dedicaron gran parte de sus emisiones a reseñar todo lo que se sabía hasta el momento sobre el crimen, donde estaba involucrada como principal sospechosa la modelo Julia Alcántara y el mediático candidato a la presidencia del país, Daniel Armenteros. El hecho fue reseñado como un crimen pasional, al recordarle a la audiencia que Julia y Daniel habían sido esposos y que ahora que él iba a casarse nuevamente Julia había asesinado a Samantha Parker por celos.

El comisario Gabino Sautier miró estupefacto el gran montón de periódicos esparcidos en su escritorio y en donde cada uno de ellos hablaba del crimen. El asesinato de Samantha Parker prometía convertirse en la noticia más importante del año por su tinte telenovelesco.

—Conduzcan a la indiciada Julia Alcántara a la sala de interrogatorios —le ordenó a uno de sus subalternos.

—Enseguida, comisario.

El policía salió y Sautier tomó entre sus manos un periódico al azar y vio el rostro de Julia en primera plana.

«Las cosas se van a complicar mucho para ti, muchacha —dijo para sí el policía—. Si no logras demostrar tu inocencia, vas a pudrirte en una cárcel donde se marchitará tu belleza».

El senador Parker estaba de pie, muy erguido, mostrando una gran coraza de acero ante los terribles y dolorosos momentos que estaba viviendo por el asesinato brutal de su hija. Ante él, estaban también de pie doña Ramona y don Gerardo. Todos reunidos en la mansión Armenteros. En la mesita central de la sala había un servicio de café que nadie probó.

—Para nada me sorprende que la asesina de Samantha haya sido Julia Alcántara. Esa mujer siembra la destrucción y el dolor a su paso.

—Por favor, Ramona, no nos consta que Julia haya sido la asesina.

—¡Por supuesto que fue la asesina, Gerardo! Por eso está presa. También fue la asesina indirecta de nuestro hijo Jorge Ignacio, por culpa de su acoso, de su maldad, Jorgito abordó esa avioneta que lo condujo a la muerte. No puedes quedarte de brazos cruzados, Douglas. ¡Tienes que lograr al precio que sea que esa mujer se pudra tras los barrotes de una prisión!

—Ya di el primer paso para acabar con esa criminal. Tu hijo Daniel quiso pagar la fianza para sacarla en libertad, pero yo me adelanté y hablé con el juez encargado. Logré que el caso no alcanzara fianza.

—Hiciste bien. Julia no se merece pisar nunca más la calle.

—Douglas, yo te ruego que no te dejes llevar por el odio de Ramona hacia esa muchacha —intercedió don Gerardo benévolo—. Aún la policía tiene mucho que investigar.

—La policía no tiene que investigar más. ¡Me mataron a mi hija! ¡A mi única hija! Ustedes conocen el dolor de perder a un hijo. Voy a hacer valer todo mi poder para lograr que Julia Alcántara sea condenada a la pena de muerte.

—Es lo que se merece esa malnacida —apoyó perversa doña Ramona.

—Buenas tardes —saludó llegando en ese momento Daniel.

El senador Parker miró con fuerza y reproche al joven candidato.

—Supe que quisiste pagar la fianza de Julia. No esperaba eso de ti, Daniel. Ibas a casarte con mi hija. ¿Cómo es posible que quieras ver en la calle a su asesina? Estoy al tanto de todo, sé que al llegar al apartamento de Samantha viste a esa mujer con el puñal en la mano. Si te consta que ella mató a mi hija, ¿por qué la quieres en libertad?

—Es verdad que al llegar vi a Julia con el puñal en la mano, pero...

—No puedes albergar dudas, Daniel —cortó la dama de hierro—. La culpabilidad de esa mujer es absoluta.

—Mis dudas son razonables, madre. Julia asegura que cuando llegó al apartamento, ya Samantha había sido atacada.

—¡Es obvio que tiene que mentir para defenderse! —exclamó indignado el senador—. Si defiendes a esa criminal, indirectamente te estarías convirtiendo en su cómplice en el asesinato de mi pobre hija.

—Por favor, senador —suplicó Daniel tratando de mantenerse sereno—, no nos dejemos arrastrar por la desesperación.

—Julia Alcántara es la asesina. Nadie puede dudar de eso —ratificó doña Ramona con los ojos brillantes de maldad.

—Yo opino...

—A nadie le importa tu opinión, Gerardo —cortó la diabólica mujer—. Daniel, tú estás en deuda con el senador Parker. Él ha impulsado tu carrera política, te ha dado su más absoluto apoyo. Sus consejos han sido oro para ti. No puedes fallarle.

—No se trata de que Daniel falle o no, pero pienso...

—¿Te quieres callar y mantenerte al margen de la conversación, Gerardo? —insistió imperativa la matriarca—. No hay otra asesina posible. Julia le quitó la vida a Samantha por celos, por venganza y para evitar que se casara con Daniel.

—Hay que esperar a que la policía investigue bien el caso. Aún faltan ser revisadas las cámaras de seguridad del edificio —se mantuvo firme aunque muy tenso Daniel.

—Yo no necesito más pruebas. Tu exesposa mató a mi hija y eso no va a quedar impune. Haré caer todo el peso de la ley sobre esa homicida.

—Cuenta con todo nuestro apoyo, Douglas —siseó con maledicencia doña Ramona.

En la sala de interrogatorios de la policía, Julia estaba sentada ante el comisario Sautier.

—¿Se declara culpable de los hechos?

—No. Como ya le dije, cuando llegué al apartamento de Samantha Parker, me la encontré tirada en el suelo, con el puñal ya clavado y rodeada por un charco de sangre. Apenas respiraba y me pidió ayuda —respondió Julia nerviosa y muy angustiada.

—El arma homicida fue analizada por nuestros expertos. En el puñal aparecen sus huellas dactilares.

—Yo quise ayudar a Samantha. Arranqué el puñal de su cuerpo. En ese momento quedaron mis huellas en el arma —rompió a llorar presa de un ataque de nervios—. Aunque todo me acuse, le juro que soy inocente.

—En el arma homicida solamente aparecen sus huellas.

Julia se quedó en silencio y con manos temblorosas tomó el vaso con agua que había frente a ella en la mesa. Bebió un sorbo para aplacar la sed agobiante.

—¿De que conocía usted a la occisa? ¿Eran amigas?

—No. Yo nunca la había visto. Solamente la conocía por fotografías en el periódico.

—¿Entonces para qué fue al apartamento de Samantha Parker?

—Ella me citó por teléfono. Me dijo que teníamos que hablar.

—¿Hablar sobre qué? ¿De qué podían hablar dos personas que no se conocían y además eran rivales?

—Yo...

—¿A qué hora llegó al lugar del crimen? —interrumpió acorralándola.

—Samantha me citó a las cinco. Creo que llegué puntual, no lo sé... No estoy segura.

—¿Hay testigos que verifiquen que usted fue citada por la difunta?

—No, a nadie le consta eso. Yo estaba en el parque con mi hija cuando recibí su llamada. No sé cómo Samantha averiguó mi número de celular.

—¿Cómo conocía usted la dirección del apartamento de la señorita Parker?

—No la conocía. Samantha me envió su dirección por un mensaje de texto. Pueden revisar mi teléfono y verificar mis palabras.

—¿Odiaba usted a la muerta?

—No. Claro que no.

—Samantha Parker se iba a casar con su exesposo, el candidato presidencial Daniel Armenteros.

—Sé que había una relación entre ellos.

—Volvamos al hecho en sí. Me dijo que usted llegó al apartamento. ¿Quién le abrió la puerta si la señorita Parker, además de inválida, estaba tirada en el piso y mortalmente herida, según usted?

—La puerta del apartamento estaba semiabierta. La empujé y entré. Al hacerlo, vi allí a Samantha.

—¿Por qué acudió usted a la supuesta cita?

—Como ya le dije, Samantha me citó. Yo no pensaba ir, pero ella insistió.

—No me cuadran los hechos con su relato, señorita Alcántara. Usted y la occisa no eran amigas, eran claramente rivales en el amor de Daniel Armenteros. Ella la cita y usted acude. Es raro, ¿no? No es lógico que usted fuera a entrevistarse con su enemiga.

—Ella no era mi enemiga. Le repito que no la conocía personalmente.

—Bien, aceptemos que no era su enemiga, pero sí su rival.

—Tampoco mi rival. Yo hace tiempo que estoy divorciada de Daniel. Él tenía y tiene derecho a rehacer su vida.

—¿No se sentía usted celosa?

Silencio. Julia bajó la mirada incapaz de mentir.

—Le repito la pregunta: ¿se sentía usted celosa?

—Sí —respondió con un hilo de voz y las lágrimas corriendo por sus pálidas mejillas.

—¿Quién es el verdadero padre de su hija?

—¿Qué tiene que ver eso con el caso que nos ocupa? —preguntó ella totalmente tomada por sorpresa.

—Mucho. Si el padre de su hija es el candidato Armenteros, uno de los motivos que a usted la pueden haber inducido a asesinar a Samantha Parker era para evitar que él se casara y tuviera hijos con otra.

—No sé si Daniel es el padre de mi hija —confesó avergonzada y bajando la mirada nublada en lágrimas.

Una llamada telefónica interrumpió el interrogatorio. Sautier respondió:

—Diga... Sí, sí, escucho...

El comisario oyó lo que le informaban a través del hilo telefónico. Su rostro no transmitía ninguna emoción ni reacción. Colgó el teléfono y miró a Julia penetrantemente.

—Las cosas se complican más para usted, señorita. Me acaban de informar que las cámaras de seguridad del edificio de la víctima fueron revisadas. Lamentablemente no grabaron nada, pues están inservibles desde hace una semana.

Julia sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. El comisario Sautier alzó nuevamente el teléfono y marcó dos números.

—Que trasladen a la indiciada a su celda —ordenó secamente. Luego, colgó y clavó una mirada inquisidora en la sospechosa.

Don Luis y Nancy miraban impactados a Daniel. Su inesperada visita en la casa de Coral Gables unos minutos antes les había tomado por sorpresa, pero ahora que el candidato les había relatado todo lo sucedido con Julia los había dejado perplejos.

—¡No! ¡Mi nieta no es ninguna asesina! ¡No la pueden dejar presa! Ahora comprendo por qué no vino a dormir, pasó detenida toda la noche.

—Usted tiene que ayudarla, señor Daniel. ¡Usted no puede creer que ella matara a la hija del senador!

—El caso está muy complicado y confuso, Nancy.

—¿O sea que dudas de ella, muchacho? —preguntó lleno de dolor y ansiedad el anciano.

—Yo... Intenté sacarla libre pagando la fianza, pero fue imposible. La policía abrió las investigaciones. Es terrible para todos lo que ha pasado. Solo queda esperar a ver cómo se suceden los acontecimientos.

—¡Mi nieta es inocente, caray! ¡Alabao!, no puedo creer que dudes de ella, Daniel —se quejó débilmente sin poder contener las lágrimas.

—Le repito que todo es demasiado confuso, don Luis. Hay que esperar —susurró Daniel atormentado por las dudas.

El joven candidato se marchó cerrando la puerta tras su espalda.

—Estaba muerta de los nervios, don Luis —confesó Nancy—. Por suerte, Anita no salió de su cuarto ahora que empieza a caminar. Daniel pudo haber descubierto la existencia de la niña.

Sola, en la amplia sala de la mansión Armenteros, Viviana se sirvió una copa de coñac, la cual bebió de un golpe. La puerta de la calle se abrió para dar paso a la altiva doña Ramona, quien era seguida por el chofer. La matriarca avanzó hacia Vivi al tiempo que el chofer cerraba la puerta y desaparecía hacia la cocina.

—¡Ramona! Te esperaba con ansias. Llegué hace una hora y Gerardo me contó todo. ¡Qué horrible! No sabía que la pobrecita Samantha había sido asesinada.

—Es triste y lamentable el final de esa pobre infeliz. Fui junto al senador Parker a visitar al juez que llevará el caso. Me encargué de hundir ante sus ojos a Julia. Lo puse en antecedentes sobre los alcances de esa trepadora.

—¿Permanecerá presa? —quiso saber Viviana ocultando su ansiedad.

—Obviamente.

—Me alegro. Julia ha hecho demasiado daño y se merece la prisión.

—Se merece algo más que la prisión: la pena de muerte. Douglas Parker está destrozado por el dolor de la pérdida de su hija, pero también está lleno de odio. Utilizará todas sus influencias para hundir a esa pobre diabla.

—Sí, eso se merece, ser hundida. Esa será nuestra venganza, Ramona. Julia tiene que pagar por haberle quitado la vida a la pobrecita de Samantha —afirmó con el mayor de los cinismos.

Viviana volvió a beber su copa de coñac de un golpe y se la relleno nuevamente.

—¿Te sirvo una? —ofreció a su suegra.

—Viviana, ¿qué fue lo que pasó cuando llevaste a Samantha a su antiguo apartamento?

Sorprendida por la inesperada pregunta, a Vivi se le resbaló la copa de las manos. El sonido del cristal al estrellarse contra el piso de mármol retumbó en toda la estancia.

—Qué torpe soy. Todos estamos con los nervios a flor de piel —se disculpó Vivi tratando de mostrarse llena de aplomo. Llamaré a la sirvienta para que venga a limpiar y...

—Olvídate de esa copa rota —indicó doña Ramona estudiando minuciosamente a Viviana— y responde a mi pregunta: ¿qué fue lo que pasó cuando llevaste a Samantha a su antiguo apartamento?

Vivi dio unos pasos y fue a sentarse ante su suegra.

—Nada especial —respondió mostrando ahora gran dominio de sus nervios—. Dejé a Samantha allí. Yo hubiese preferido quedarme para enfrentarme a Julia, para exigirle que terminara de desaparecer de la vida de Daniel, pero Samantha insistió en que me marchase.

—¿No te topaste con la balsera?

—No. Me fui antes de que ella llegara. Le prometí a Samantha pasar a buscarla en una hora, pero ella se negó.

—¿Se negó? ¿Y cómo pensaba Samantha volver a la mansión sin tu ayuda?

—Me dijo que llamaría a un Uber. Yo me fui al apartamento de Kitty y me pasé el resto del día allí, y también me quedé a dormir en la noche. Al llegar aquí hace un rato, como ya te dije, Gerardo me recibió con la terrible noticia de lo sucedido. ¡Jamás me hubiese imaginado algo tan espantoso!

—No debiste dejar sola a Samantha en su encuentro con Julia. De haber permanecido a su lado, aún seguiría con vida. Julia, loca de celos, la asesinó aprovechándose de su indefensión.

—Sí, fue un grave error de mi parte, pero ¿cómo podía yo imaginarme lo que iba a pasar?

—No, nadie podía imaginárselo, Viviana —se enfureció la matriarca y su expresión de odio atroz se intensificó—. Pero Julia Alcántara no se salvará de su destino. El senador Parker y yo uniremos fuerzas para destruir a la balsera.

Viviana disimuló un suspiro de alivio.

Cada instante vivido por Julia en la comisaría de policía había sido un infierno. A las diez de la noche, fue llevada nuevamente a la sala de interrogaciones y fue acorralada a preguntas una y mil veces hasta las cuatro de la madrugada. Julia se sentía enferma física y mentalmente. Al día siguiente fue despertada a las siete de la mañana y nuevamente interrogada. Su mente estaba embotada. Las mismas preguntas le eran formuladas una y otra vez, pero de manera distinta, buscando confundirla y hacerla caer en contradicciones. Hambrienta, cansada y sedienta, Julia se sentía desfallecer.

—No puedo más, comisario. Me ha preguntado las mismas cosas una y otra vez —susurró casi desfallecida.

—Confiese su crimen y todo acabará —le aconsejó Sautier.

Luciano Anderson esperaba en la sala de visitas. Lucía ansioso. Vio aparecer a una ojerosa y despeinada Julia a través del cristal, venía acompañada de un custodio uniformado. Los ojos de él se llenaron de infinita misericordia hacia ella. Se imaginaba su tormento. Ambos tomaron al mismo tiempo los teléfonos para poderse comunicar.

—Julia, aquí estoy para apoyarte —le dijo cálidamente.

—Gracias, Luciano. Ahora más que nunca necesito que crean en mí —rompió a llorar sin fuerzas—. Soy inocente, lo juro por mi hija.

—No tienes que jurar. Yo te creo. Me basta con ver la pureza que hay en tus ojos para creer en tu inocencia —le sonrió con infinita tristeza.

—No me creen, Luciano. Les he repetido miles de veces que no maté a esa mujer y no me creen. Siento que me voy a volver loca. No he dormido, no he comido. Solo quiero morirme.

—No. No vuelvas a repetir eso. Ya me puse en contacto con el mejor abogado penalista de Florida. Hoy a las cuatro de la tarde voy a reunirme con él para exponerle tu caso. Vas a salir de aquí. Te lo prometo.

—Tengo miedo, a pesar de mi inocencia, tengo miedo —confesó con la voz rota mientras incontenibles lágrimas escapaban de sus cansados y enrojecidos ojos—. Mi última esperanza eran las cámaras de seguridad del edificio donde se cometió el crimen. Pensé que gracias a esa grabación podría verse quién más había visitado el inmueble. Lamentablemente, las cámaras no estaban funcionando desde hacía días.

—Se hará justicia.

Julia no pudo evitar sentir un estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza. Él la miró con profunda lástima.

—Te traje varios cambios de ropa para que puedas ducharte y cambiarte. Tu abuelo y Nancy te piden que seas fuerte.

—Mi pobre abuelo. Me imagino cómo debe de estar sufriendo. Pídele que crea en mí, júrale que soy inocente.

—No hace falta que yo le jure nada. Don Luis sabe que no asesinaste a nadie.

—¿Y mi hija? ¿Cómo está mi niña?

—Bien. Anita está perfectamente. La vi hace un rato antes de venir para acá.

—¡Mi Anita! —lloró con más angustia—. ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar antes de que vuelva a verla?

—No te desesperes, Julia —le suplicó suavemente—. Ahora menos que nunca puedes derrumbarte.

—¿Qué dice la prensa? ¿También me cree culpable?

—Bueno, ya sabes que algunos periodistas pueden resultar indolentes y hasta morbosos al dar las noticias. Nada vende más que un escándalo y ahora eres carne de cañón, pero cuando quede demostrado que eres inocente, tendrán que disculparse públicamente.

—¿Y sí podré demostrar mi inocencia? —preguntó temerosa.

Luciano Anderson se mordió el labio inferior sin saber qué responder.

Viviana surgió desde el fondo de la piscina y nadó como una sirena hacia la escalerilla. Su cuerpo de líneas perfectas apenas estaba cubierto por un moderno y audaz bikini de color plateado, que poco dejaba a la imaginación. Fuera del agua, se encaminó hacia el camastro para seguir tomando sol. Se encontró de frente con Daniel, que venía desde el interior de la casa.

—Tengo que hablar contigo, Viviana.

—Te escucho.

—Me contó mamá que fuiste tú quien llevó a Samantha a su apartamento para que se encontrara con Julia. ¿Qué fue lo que viste?

—Nada. Absolutamente nada —mintió con total tranquilidad y gran dominio—. Yo insistí en quedarme junto a Samantha durante su encuentro con la balsa, pero la propia Samantha me urgió a que me fuera. Me ofrecí en volver para buscarla y traerla de regreso a la casa, pero ella quería volver en Uber.

—¿Te cruzaste en algún momento con Julia?

—Nunca.

Con una frialdad asombrosa, Viviana avanzó hacia el camastro. Tomó el protector solar y se untó delicadamente sobre sus piernas. Estaba muy lejos de sentirse calmada ante el interrogatorio de Daniel, pero sabía disimular muy bien y ocultar sus emociones.

—¿De quién fue la idea de un encuentro entre Julia y Samantha?

—De la propia hija del senador Parker —afirmó ella ahora untándose el protector en los brazos.

—¿Qué quería hablar exactamente Samantha con Julia?

—Obviamente se imponía una conversación de mujer a mujer. Samantha sabía que seguías amando a Julia y quiso hablar con ella para exigirle que no se cruzara más en tu camino, para que ustedes pudiesen ser felices. Aunque la pobrecita iba a casarse contigo, estaba llena de dudas.

—Dudas que, conociéndote, seguramente alimentaste.

—Te equivocas.

—A Samantha jamás se le hubiese ocurrido entrevistarse con Julia. Estoy seguro de que tú le diste la idea —acusó capcioso Daniel.

—Samantha está muerta. No ofendas su memoria creyéndola una estúpida incapaz de pensar y tomar sus propias decisiones.

Vivi dejó el bote de protector solar y sirvió dos vasos con limonada de una jarra que estaba allí con mucho hielo. Puso uno de los vasos en las manos de Daniel, mientras ella se quedaba con el otro.

—¿Qué pasa, Daniel? ¿Te cuesta aceptar que Julia asesinó a Samantha por celos?

—Quizás no era solamente Julia la única que se sentía celosa de Samantha...

—¿Qué estás insinuando? —preguntó exaltada—. ¿Estás dando a entender que la asesina fui yo? ¿Eres capaz de inculparme sin pruebas solo para salvar a la maldita balseira?

—No te inculpo, Viviana, solo que hay cosas que no me cuadran. No puedo asegurar que Julia sea inocente, pero tampoco que sea culpable.

—Cuídate mucho de hacerme ver ante los ojos de los demás como culpable, porque no lo soy. Cuídate mucho de querer hundirme para protegerla y salvarla a ella —le advirtió empezando a perder los nervios.

Ella dejó el vaso con limonada sobre la mesita de mimbre y fue hacia la puerta. Él la detuvo tomándola por un brazo cuando pasó por su lado.

—Voy a llegar al fondo de la verdad. Si Julia es inocente, no voy a permitir que cargue con la culpa de otro.

—¿Qué es lo que tienes contra mí, Daniel? Mi único pecado ha sido amarte. ¿No puedes perdonarme por eso? Nunca te he hecho daño —exclamó ahora en plan víctima.

—A mí no me has hecho daño, eso es cierto, pero a Julia sí. La odiaste desde el primer momento. Verla hundida en una prisión sería la culminación de tu odio, de tu venganza por haberla amado a ella y no a ti.

—Eres injusto y cruel conmigo —rompió a llorar falsamente—. Me quieres hundir para salvarla a ella.

Daniel soltó a Viviana y luego dejó su vaso de limonada en la misma mesa de mimbre.

—No te estoy acusando de nada. Simplemente tengo dudas y por eso te hago preguntas.

—Preguntas que me hieren. Das a entender, sin decirlo, que la asesina de Samantha pudo haber sido yo. Eso es mezquino de tu parte. Buscas salvar a tu amada Julia sin importarte a quién te llevas por delante —lloró con más fuerza.

—Vuelvo a repetirte que no te estoy acusando de nada —se mantuvo firme—. La última palabra en este caso no ha sido dicha. Las investigaciones siguen abiertas.

—La única que siempre ha mentado aquí es Julia. La única que siempre ha ocultado cosas es ella. No metas tus manos al fuego por esa maligna mujer, pues puedes resultar quemado. Ella seguramente mentará jurándose inocente, pero miente. ¡Oculta cosas como te ha ocultado a su hija!

—¿Cómo? ¿De qué hija hablas, Viviana? —preguntó estupefacto.

—¿Lo ves? —Empezó a sentirse segura nuevamente—. Julia Alcántara oculta muchos secretos. No es la mujer inmaculada y casi santa que crees. Ella tuvo una hija y nunca te lo dijo. Ese es su gran secreto. ¡Su gran secreto que supo ocultártelo muy bien!

Desesperado, descolocado ante aquella inesperada revelación, Daniel tomó con fuerza a la modelo por ambos brazos.

—¿De quién es la hija de Julia? ¿Dónde está esa niña?

—A su hija supo esconderla muy bien de ti; de ti y de todos. Tu propia madre se enteró de la existencia de la niña por medio de un detective. ¿Quién es el padre de la mocosa? ¡Solo Julia lo sabe! Podrías ser tú o tu difunto hermano.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó totalmente sacudido.

Viviana había logrado su cometido, con aquella revelación había volteado las cosas a su favor. Había conseguido desviar la atención y las sospechas de Daniel sobre ella. Dejándolo estremecido y hundido en las dudas, ella avanzó con paso firme hacia la casa. Él corrió hasta ella y la detuvo de nuevo. Necesitaba saber más.

—¡Dime todo lo que sepas! —reclamó muy alterado.

—Sé muy poco. Julia se encargó de ocultar muy bien las cosas. Ignoramos quién es el padre de la niña —insistió maligna, gozando al palpar la estupefacción y angustia de él—. ¡Y todavía la defiendes! ¡Y todavía eres capaz de dudar de su culpabilidad en el crimen! Esa mujer es capaz de todo. Es capaz de llegar muy lejos para hacer daño. Te escondió que tuvo una hija. Si la niña es tuya, lo calló para negarte la dicha de ser padre; y si es hija de Jorge Ignacio, también lo calló para mantener a la menor lejos de esta familia, para evitar que tuviera contacto con nosotros. Esa zorra mañosa actúa con premeditación, es fría y cínica. Es astuta. Es...

—¡Cállate! —exigió él presa de los nervios.

—¡Solo te abro los ojos! ¡Solo te hago ver quién es la «dulce y santa» Julia! ¡Esa a la que defiendes con tanto fervor, pero que en el fondo es una fiera manipuladora! —exclamó llena de odio desbordado.

Daniel giró sobre sus propios talones y se encaminó apurado hacia la casa.

—¡Tu defendida es una mentirosa! ¡Por mucho que la ames te ocultó un gran secreto! ¡Ella es la asesina! ¡Sabe mentir y manipular! —gritó Viviana dueña de la situación y destilando veneno.

—Dime que eres inocente, mi nieta —rogó con los ojos arrasados en lágrimas el buen anciano.

—Lo soy, abuelo. Te lo juro por pipo y mami.

Julia y su abuelito se miraban a través del cristal que los separaba en la sala de visitas de la comisaría.

—¿Y mi niña? ¿Dónde está mi Anita?

—La chiquita se quedó en la casa al cuidado de Nancy.

Julia cerró los ojos con tristeza. Lo que más le dolía de toda aquella situación era estar separada de su hija.

—Gracias por avisarme. Adiós. —Doña Ramona colgó el teléfono de la biblioteca—. Mañana será el entierro de Samantha.

—Pobre muchacha, perder la vida así, de una manera tan terrible —expresó con pesar don Gerardo.

—Vamos a cambiarnos para ir a la funeraria. Ahora más que nunca tenemos que estar al lado de Douglas Parker para ofrecerle nuestro apoyo.

—Quieres mostrarte solidaria con él para lograr tu cometido, Ramona. Solo buscas que el senador consiga por medio de sus influencias que le quiten su hija a Julia.

—Me conoces bien —sonrió ladina la dama de hierro—. Ahora que Julia Alcántara resultó una asesina, será muy fácil quitarle a la niña. Douglas Parker odia a esa criminal y no descansará hasta que mi nieta venga a vivir bajo el techo de esta casa. No voy a permitir que Anita se críe con el abuelo balsero de Julia.

—La niña podría resultar no ser tu nieta.

—Es mi nieta. Estoy segura. El corazón me dice que es hija de Jorge Ignacio —aseveró absolutamente convencida.

—Desiste, Ramona.

—¿Desistir? ¿Y desistir para qué? ¿Para que mi nieta se críe junto a gente marginal? Jamás. Además, cuando Julia se entere de que la niña me pertenece legalmente, sufrirá hasta enloquecer. Encerrada en una cárcel, morirá de desesperación.

La carcajada triunfal y perversa que lanzó doña Ramona rebotó en cada una de las paredes de la biblioteca, reproduciéndose como un eco ensordecedor.

Julia estaba acostada con los ojos cerrados en la parte baja de la litera que había en la pequeña celda. Estaba despierta y agotada mentalmente. La puerta de hierro se abrió y una mujer policía dio paso a Estrella, una estrafalaria prostituta guatemalteca de veinticinco años. De aspecto vulgar y luciendo ropa muy ajustada, la mujer le sonrió amigable al tiempo que Julia se ponía en pie.

—Hola. Soy Estrella y es evidente que vamos a compartir esta *suite*.

Julia vio con sorpresa que toda la dentadura superior de Estrella era de oro. La mujer policía cerró la puerta desapareciendo.

—¿Y tú no tienes nombre?

—Julia —dijo tímidamente.

—Es tu primera vez aquí, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Por tu timidez, *baby*. Se te ve asustada. Siempre pasa la primera vez. Después, cuando has tenido varias entradas y salidas, ya te acostumbras. Es rutinario —aseguró yéndose a sentar en la cama de Julia y quitándose los zapatos para sobarse los pies cansados. Cada una de sus uñas estaba pintada de un color diferente—. Oye, ¿no te importa que me quede con la cama de abajo? Sufro de vértigo.

—Sí, no hay problema.

—Ey, tu cara se me hace conocida.

Estrella se puso de pie y se acercó a Julia, la miró fijamente y tras unos cuantos segundos escudriñándola exclamó:

—¡Pero si tú eres la modelo Espina! A mí me encantan los chismes y las revistas de farándula. Tú apareciste en las portadas de varias revistas.

Julia avergonzada bajó la mirada.

—¿Qué hace una tipa de tu fama en esta pocilga? ¿En qué lío te metiste, *baby*? —El rostro ovalado y simpático de Estrella, junto a su nariz respingona y sus labios gruesos pintados de rojo escarlata mostraban una gran sorpresa—. ¡Pero qué buena suerte la mía! ¡Estoy compartiendo la celda con una famosa! Las muchachas del bar no me lo van a creer cuando se lo cuente —dijo parlanchina y risueña—. ¿Tienes un cigarrillo que me regales?

—No.

Estrella la miraba con emoción, como si estuviese ante una gran celebridad de Hollywood.

—Y bien, chica, ¿me cuentas o no por qué estás aquí?

—Me acusan de asesinato.

—*¡Wow!* —exclamó impactada—. ¡Eso ya es pertenecer a las grandes ligas! Yo todas las veces que he caído presa ha sido por redadas al bar, o por vender algo de droga para sobrevivir, o por robarme un carro para irme con mi amante de turno de un estado a otro. En fin, mis vacaciones por aquí siempre han sido lo máximo dos años, pero por asesinato te van a caer encima al menos...

—Soy inocente —interrumpió Julia.

—Sí. Lo sé. Todas las que estamos en la cárcel somos inocentes. Todas somos blancas palomitas.

Julia no respondió. Estrella volvió a la cama y esta vez se acostó.

—No he dormido nada en toda la noche. Una de las muchachas quiso robarme a un cliente y empezamos a pelear. La muy perra me sacó una navaja para cortarme, pero yo fui más rápida, rompí una botella y le rajé la cara. ¡Eso le enseñará a la Duquesa que conmigo no se juega!

Estrella lanzó un fuerte resoplido y luego bostezó abriendo la boca exageradamente. Julia sintió un estremecimiento imaginándose la escena.

—Después de rajarle la cara a esa traidora, alguien llamó a la policía. Me quise escapar, pero varios clientes me sujetaron y me encerraron en el baño. Llegó la poli y aquí estoy, *baby*. —Volvió a bostezar cansada—. Esta vez sí me fregué. Seguramente me caerán tres o cuatro años encerrada. La suerte algunas veces nos da la espalda. A mí me la ha estado dando desde que nací —sentenció Estrella sin el menor dejo de ironía.

—Mi inocencia tiene que demostrarse. Sería una injusticia quedarme encerrada.

—Aterrizo y pisa tierra, *baby*. Las injusticias existen. El mundo está lleno de injusticias. No seas ilusa, la vida no es un cuento de hadas y el mejor ejemplo eres tú: a pesar de tu fama y de todo ese *glamour* en el que has estado envuelta, ahora estás aquí, pudriéndote encerrada. ¡La vida algunas veces es una porquería!

—¿Qué me quieres decir? —preguntó Julia con gran inquietud—. ¿Que será imposible demostrar que no soy una asesina?

—Quién sabe. Ya te dije que algunas veces la suerte nos da la espalda.

Julia iba a responderle cuando la puerta de la celda volvió a abrirse.

—Julia Alcántara, ven conmigo. Tienes otra visita —anunció la mujer policía.

Julia hizo su entrada a la sala de visitas. A través del cristal vio a su nuevo visitante. El corazón le dio un vuelco al ver que era Daniel. Él la miraba fijamente. Su expresión era dura, de reproche. La mujer policía se quedó al fondo. Julia y Daniel ocuparon sus puestos y tomaron a la misma vez sus respectivos teléfonos para poderse comunicar.

—Hola, Daniel —saludó ella con un hilo de voz—. No pensé que fueras a venir.

—¿Hasta cuándo pensabas ocultármelo? —preguntó él con tono acusador.

—¿Qué?

—La niña. ¿Hasta cuándo pensabas esconderme que habías tenido una hija?

Julia sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Su boca se secó completamente.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó con voz temblorosa.

—Lo supe. Por más que lo ocultaste, lo supe.

—¿Vienes a reclamármelo? ¿Vienes a echármelo en cara? ¿Vienes también a acusarme por el crimen de Samantha? ¿Me odias?

—¿Mereces ese odio?

—Yo no soy culpable. Absolutamente no.

—Eso lo determinará el juez y un jurado. Ahora quiero que me hables de la niña. ¿Por qué la ocultaste? —preguntó lleno de impotencia y amargura.

—¿Qué querías que hiciera? —inquirió temblorosa al tiempo que sus ojos se inundaban de lágrimas—. ¿Pretendías que le diera la noticia a tu madre? ¡Ella siempre me odió! La conozco demasiado bien. Se habría valido de cualquier jugarreta para quitarme a mi hija.

—¿Por qué no me lo dijiste a mí? —alzó él la voz.

—¡No estabas! ¡Te fuiste a Nueva York!

—¡Pudiste buscarme y avisarme!

—No sabía dónde hacerlo —se justificó ella llorando a mares.

—¡Por Dios! ¡Qué excusa más tonta! Soy una figura pública, Julia. Encontrarme hubiese sido la cosa más sencilla de este mundo.

Ella bajó la cabeza. Sus hombros se sacudieron convulsos mientras no dejaba de llorar. Daniel trataba de controlar su indignación.

—¿Quién es el padre de la niña?

Ella no respondió, ni siquiera se atrevió a alzar de nuevo la mirada para verlo.

—¿Quién es el padre de tu hija? —volvió a preguntar imperativo.

Ahora sí, Julia alzó la mirada. Las lágrimas brotaban como un manantial inagotable.

—No lo sé.

—¿Cómo no puedes saberlo?

—¿Se te olvidó lo que me hizo tu hermano? —preguntó ella desgarrada, herida—. ¿Se te olvidó lo fuerte y cobarde que fue conmigo? Mientras tú estabas de viaje, ¡Jorge Ignacio me violó! ¿Lo olvidaste? ¿Fuiste capaz de olvidarlo? ¡Porque yo no! ¡Cada día de mi vida recuerdo ese momento! ¡Ese momento que me dejó marcada para siempre! Te fuiste, Daniel. ¡Recién casados te fuiste! —acusó rota de dolor—. Pudiste llevarme contigo a tu gira y no lo hiciste. Me dejaste en aquella casa llena de odio, ¡me abandonaste en aquel nido de víboras! No puedo saber de quién es mi hija porque pasó muy poco tiempo entre tu hermano y tú.

Daniel, estremecido, la miraba con infinito dolor. Sacudido por el dolor de ella y el suyo propio.

—Pudiste hacer una prueba de ADN.

—Pensé en hacerlo, pero ¿ya para qué? Estábamos separados. Tú estabas lejos y mi vida destrozada. Ya todo daba igual. El único motivo que me devolvió las ganas de vivir fue mi hija. Mi pequeña Anita.

—Voy a someter a la niña a una prueba de ADN. Si te niegas a dar tu consentimiento, acudiré a un juez para conseguir la autorización, y dadas tus circunstancias actuales, ninguna corte se negará.

—¿Qué pretendes?

—Saber la verdad. Tengo derecho a saber si Anita es mi hija.

Se hizo un silencio largo y profundo. Un silencio lleno de dolor. Un silencio que los destrozaba a ambos.

—No voy a negarme —dijo ella finalmente—. Puedes hacerle la prueba a la niña.

Daniel no dijo nada más. Se disponía a colgar el teléfono para marcharse cuando ella hizo que se detuviera con un gesto.

—¿Piensas que yo maté a Samantha Parker?

—Tenías el puñal. Y tenías motivos para matarla.

—Te juro por mi hija que yo no lo hice.

—Me cuesta creerte, Julia —confesó él con tristeza—. Después de tanto, se me hace muy difícil creerte.

Julia lo miró derrotada, el dolor que la invadía era inmenso como el universo mismo.

—Samantha no se merecía una muerte tan brutal. No se merecía ningún tipo de muerte después de todo lo que había sufrido. Ella soñaba con una boda conmigo, y aunque yo no la amaba, iba a casarme con ella para mitigar su dolor, para devolverle las sonrisas haciéndole creer que la amaba. Estaba dispuesto a dedicarle el resto de mi vida para hacerla feliz y lograr que olvidara su desgracia.

—Es comprensible que no creas en mí ahora que sabes que te oculté la existencia de Anita, pero te juro que no miento: yo no maté a Samantha.

—No puedo volver a creer en ti, Julia. Pero, a pesar de eso, a pesar de todo, te sigo amando.

—Daniel —suspiró ella desgarrada, rota por dentro.

—Me gustaría ayudarte, pero...

—No hace falta que lo hagas —cortó estoica—. Voy a demostrar mi inocencia. Sé lo que me espera. Voy a seguir adelante sola en este camino de espinas, pero no voy a desfallecer hasta limpiar mi nombre.

—Te deseo suerte, pero no puedo creer en tu inocencia.

Ambos se vieron con infinito amor. Un amor tan fuerte como la vida misma, pero en aquellos momentos era más grande el dolor que los rodeaba. Daniel Armenteros se levantó, colgó el teléfono y se marchó de allí sin voltear nuevamente a verla. Julia suspiró deshecha, mientras lo veía desaparecer por el immaculado pasillo.

La mano de la mujer policía se posó sobre su hombro en señal de que había que volver a la celda.

Don Gerardo Armenteros aminoró la velocidad de su auto color gris plomo último modelo. Entró al estacionamiento privado de la casa de reposo mental donde Antonieta, la verdadera madre de Daniel, llevaba varias semanas internada. Tras estacionar, se bajó del carro y avanzó hacia el interior de la alta casa de dos pisos completamente pintada de blanco y rodeada por inmensos jardines plantados por una gran diversidad de flores de diferentes colores. Tras registrarse en la recepción, avanzó por uno de los largos pasillos interiores hasta llegar a la habitación 214. Tocó suavemente la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió una suave voz femenina desde el interior.

Don Gerardo entró. Ante él estaba Antonieta, de pie frente a la amplia ventana, mirando sin mirar hacia el jardín. Vestía la bata blanca del centro y calzaba cómodas zapatillas. Iba peinada con una trenza y su rostro lucía sereno, aunque ausente. A su lado estaba de pie una enfermera uniformada que le sonrió amable.

—Buenos días, señor Armenteros —saludó la regordeta enfermera.

Él avanzó hacia Antonieta.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien. El Valium la mantiene serena. Ya no sufre los ataques de ansiedad de los primeros días cuando recién llegó.

Antonieta estiró la mano derecha y palpó el cristal de la ventana.

—Nunca voy a dejar de agradecerles todo lo que hacen por ella —dijo don Gerardo a la enfermera— y lo bien que la cuidan.

—Aquí hacemos todo lo posible por curar a esta buena mujer y a cada uno de los pacientes bajo nuestro cuidado. Ojalá podamos ayudar a Antonieta devolviéndole completamente la razón. Esperemos que su internamiento sea por poco tiempo.

Antonieta volvió su vacía mirada hacia Gerardo y le sonrió bobaliconamente. La droga la mantenía muy serena.

—Me está viendo fijamente —exclamó emocionado el hombre—. ¿Me reconoces, Antonieta?

Como sucedía casi siempre, Antonieta se mantuvo silente.

—Ella no reconoce a nadie, señor Armenteros —aseguró la enfermera con una voz inconfundiblemente suave.

—Hay que confiar en los médicos, Antonieta —aconsejó él.

La loca le sonrió más ampliamente.

—Bueno, ya tengo que marcharme. Debo volver al banco.

—¿Dónde está nuestro hijo? —preguntó Antonieta inesperadamente.

Don Gerardo la miró estremecido. Era la primera vez en treinta años que Antonieta le preguntaba por Daniel.

—No te entiendo —balbuceó él muy sorprendido.

—Nuestro hijo... me lo robaron. Me lo quitaron de los brazos —susurró ella con expresión de tristeza. Sus ojos se empequeñecieron.

—Está recordando. ¡Es la primera vez que recuerda en treinta años! —exclamó don Gerardo sin poderlo creer.

—No vayas a alterarte, Antonieta. Mantente tranquila o tendré que inyectarte, y ya sabes que no te gustan las agujas —advirtió la enfermera con tono veladamente amenazante.

A lo lejos, se escuchó una fuerte carcajada que no se sabía bien de dónde venía, pero que obviamente pertenecía a otra de las dementes allí internadas.

—¿Cómo es posible que haya recordado? —quiso saber él totalmente estupefacto.

—Obviamente el tratamiento al que está siendo sometida está dando frutos —contestó ella con amabilidad—. Será mejor que se marche ahora. La paciente debe seguir con su tratamiento habitual.

—¿Dónde está nuestro hijo? —insistió Antonieta—. ¿Está muerto?

—No. Nuestro hijo vive —musitó don Gerardo lleno de infinita lástima hacia la mujer que tanto había amado.

Antonieta, que hasta ese momento había permanecido junto a la gran ventana, dio unos pasos apartándose de allí. Fue hasta la puerta e intentó abrirla, pero la enfermera logró sujetarla y detenerla.

—Sabes que no puedes abandonar tu habitación sola, Antonieta —le recordó.

—Quiero salir a buscar a mi hijo. ¡Me lo robaron! —gritó de pronto entre sollozos.

Don Gerardo se acercó a la demente mujer, dulcemente la tomó de una mano y la condujo hasta una silla.

—Cuando te cures, te traeré a nuestro hijo. Vas a sentirte muy orgullosa de él. Es muy alto y guapo, es brillante y muy querido por todos. Seguramente será el próximo presidente de este país. ¿Recuerdas lo que es un presidente?

Antonieta se apartó de la silla y corrió hacia su cama, se metió bajo las sábanas cubriéndose totalmente y adoptando una posición fetal. Bajo aquellas sábanas blancas que la cubrían podía notarse la figura indefensa y desprotegida de la verdadera madre de Daniel.

—Te prometo que algún día volveremos a estar juntos, tú, yo y nuestro hijo.

—Vete —le dijo Antonieta sin dejarse ver—. Eres malo. Tú dejaste que me robaran a mi hijo.

La enfermera sacó del bolsillo izquierdo de su uniforme una inyectadora con un líquido amarillento. Retiró la tapa protectora de la aguja. Fue hasta la cama y apartó la sábana que cubría a Antonieta.

—Voy a inyectarte, Antonieta. Prometo que esta vez no te dolerá.

Inesperadamente, la loca reaccionó con violencia empujando por el pecho a la enfermera, que salió disparada hacia atrás tropezando con la silla y cayendo ambas al suelo. Don Gerardo miró estupefacto la escena.

—¡Tú también eres mala! ¡Tú también me quieres robar a mi hijo!

Antonieta saltó al suelo. Sus ojos desorbitados miraban alternativamente a la aturdida enfermera y a don Gerardo. La puerta de la habitación se abrió de golpe y entraron dos jóvenes y fornidos enfermeros. Mientras don Gerardo ayudaba a la enfermera a ponerse en pie, los dos asistentes saltaron sobre Antonieta sujetándola fuertemente por ambos brazos y la alzaron en el aire. Antonieta empezó a gritar y a tirar patadas.

—¡Mi hijo! ¡Quiero que me devuelvan a mi hijo!

Desde el fondo del pasillo, empezó un coro de gritos, risas y palabras incoherentes dichas por otras pacientes. En un instante, el monótono silencio desapareció para dar paso a una infernal bulla.

—¡Llévensela! —ordenó la enfermera enérgicamente al tiempo que se inclinaba para recoger del suelo la inyectadora.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —no cesaba de gritar Antonieta totalmente fuera de sí.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —repitió un coro de voces alteradas desde el pasillo.

Los fuertes enfermeros desaparecieron llevándose a la desquiciada paciente.

—¿Para dónde se la llevan? ¿Qué le harán? —quiso saber don Gerardo preso de la angustia.

La enfermera corrió tras los enfermeros desapareciendo también.

Los gritos de Antonieta y el resto de las internas mentales se apagaron lentamente.

—¿Usted la asesinó? —preguntó sin rodeos.

Julia se encontraba sentada ante su abogado defensor en una pequeña e íntima sala de la comisaría de policía.

—No.

—Voy a tomar su caso, Julia. Es importante que siempre me hable con la verdad. Los crímenes pasionales son muy comunes.

El abogado era un hombre de cuarenta y dos años. De expresión afable, lucía un tupido bigote de color castaño. Sus ojos eran también castaños. A pesar de su estatura y complexión mediana, inspiraba respeto.

—Yo no la maté, licenciado Maldonado. Al llegar al apartamento, ya Samantha había sido asesinada.

—¿Declaraste en contra de Julia?

—¿Esperabas otra cosa de mi parte? —respondió altiva doña Ramona.

—¿Y qué podías aportarle tú al caso, mamá? No presenciaste el crimen. Espero que no hayas sido capaz de mentir para hundir a Julia.

—Ni mentí ni presencié el crimen, como bien acabas de decir, Daniel, pero sí le hice saber al comisario Sautier la clase de mujer ambiciosa y sin escrúpulos que es Julia Alcántara.

—¿Sin escrúpulos? ¿De qué hablas, por Dios?

—Le relaté como esa mujer fue novia de Jorge Ignacio y, al perderlo, se casó contigo para vengarse de él y ser parte de nuestra prestigiosa familia. Le conté al comisario cómo, mientras tú te encontrabas lejos por tu gira, ella se metía en la cama de Jorgito.

—¡Sabes que eso es mentira! —reclamó él enojado.

—No puedes asegurar que no fue así. No estabas en esta casa.

—Jorge Ignacio violentó a Julia, lo sabes —afirmó él tratando de dominar su indignación.

—Eso es lo que ella dice. Ya tu hermano no está entre nosotros para defenderse.

—Y si Jorge Ignacio no violó a Julia, ¿por qué huyó hacia Cancún? Tenía miedo. Temía que Julia lo denunciara. ¡Huyó cobardemente y en esa huida encontró la muerte!

—¡Basta! —exigió furiosa la dama de hierro—. No voy a tolerarte que ensucies la memoria de tu hermano.

—Por favor, mamá, no quieras hacer quedar a Jorge Ignacio como un santo. Conocías muy bien sus alcances.

—Puedes alegar lo que quieras, pero esa mujer está hundida y cada día más —sonrió gozando con la situación.

—Julia me juró que ella arrancó el puñal del pecho de Samantha para ayudarla.

—Qué excusa tan absurda. Ella odiaba a Samantha por celos. —Manipuladora, doña Ramona bajó de pronto el tono de voz y le habló suavemente—. La asesina fue ella, hijo. No puedes albergar dudas.

Daniel, muy tenso, dio unos pasos y de pronto le dijo:

—Voy a someter a la hija de Julia a una prueba de ADN. Ella me dio su autorización. Esa niña podría resultar mi hija.

—Yo estoy segura de que es hija de Jorge Ignacio —afirmó con absoluto convencimiento.

Julia Alcántara recibió nuevamente la visita de Luciano Anderson.

—Gracias por el abogado que buscaste para mí.

—Te prometí que lo haría —le recordó él dulcemente, sonriéndole tras el cristal que los separaba—. Me duele tanto verte aquí, Julia.

—Es duro, pero no quiero perder la fe. A cada minuto le pido a Dios que se haga justicia.

—Y así será.

Ambos se vieron fijamente. Los ojos de él expresaban un sentimiento muy grande y especial.

—Julia, quizás no sea el momento indicado para... —calló mirándola con más intensidad.

—¿Para qué, Luciano?

—No puedo callar más lo que siento por ti. Te amo.

Un amor indomable brillaba en las pupilas de él.

—Creo en tu inocencia y no descansaré hasta verte libre. Tu nombre quedará limpio de cualquier culpa.

—Luciano —susurró ella.

—Cuando estés otra vez en la calle, te pediré que seas mi esposa; ojalá me aceptes.

—Qué bueno eres. Sin duda, el mejor hombre que conozco.

—¿Seré algún día merecedor de tu amor, Julia?

—Vamos a esperar, Luciano —suplicó ella—. Todavía no sé cuál será mi destino.

—Sea cual sea ese destino, quiero estar a tu lado.

—¿Aunque sea condenada a prisión?

—Sí.

Julia le sonrió cálida, agradecida por tanto, pero sabiendo que nunca podría llegar a amarlo.

—¿Luciano Anderson? No creo recordar a nadie con ese nombre —dudó Daniel haciendo un esfuerzo por ordenar sus pensamientos.

Su jefe de campaña de pie ante él le dio más datos.

—Me dijo que es dueño de una importante agencia de modelos.

—¡Claro! Ya sé quién es —recordó de pronto el joven candidato—. Hazlo pasar.

El espigado Valentín Valladares salió de la oficina. Un par de minutos después, Luciano hizo entrada. Daniel se puso de pie para recibirlo. Ambos hombres estrecharon sus manos.

—Gracias por recibirme, señor Armenteros.

—Por favor, trátame de tú y dime Daniel —le pidió al tiempo que, con un gesto de su mano, lo invitó a sentarse.

Luciano ocupó la cómoda silla de cuero ante el escritorio de Daniel, quien también tomó asiento.

—Eres el dueño de la agencia donde trabaja Julia, ¿verdad?

—Soy algo más que el dueño de la agencia. Soy el mejor amigo de Julia y su protector. Soy también el hombre que la ama.

Daniel, impactado, hizo un gran esfuerzo por disimular la sorpresa que rápidamente le dio paso a una oleada de celos. Se acomodó bien en su silla para permanecer en calma.

—¿Por qué vienes a confesarme eso? —quiso saber preguntando en tono bastante áspero—. Si amas o no a Julia, es algo que poco me importa.

—Preferiblemente es mejor que no te importe nada. Ya tú saliste de la vida de ella y espero que las cosas sigan así. No busco ser tu enemigo, Daniel, pero dadas las circunstancias, es mejor aclarar las cosas.

—¿Aclarar qué? ¿Te manda Julia?

—No, claro que no. Ella ni se imagina que estoy aquí ni lo hubiese aprobado de haberlo sabido. Sé cuánto significaste para ella, pero le fallaste y ahora yo estoy dispuesto a conquistarla y...

—¿Con qué derecho me acusas de haberle fallado? —cortó Daniel enojándose.

—No es una acusación. Simplemente me baso en los hechos —se mantuvo firme Luciano—. Busqué un abogado para Julia que va a defenderla. Creo en su inocencia, cosa que dudo que tú hagas.

—¿Qué sabes tú de mis dudas o no? —interrogó indignado poniéndose en pie—. Si amas a Julia, es tu problema. Actúa como mejor lo sientas, pero no me digas a mí lo que tengo que hacer.

Luciano muy sereno se puso en pie.

—Te repito que no pretendo ser tu enemigo.

—Ni yo tu amigo —respondió desafiante Daniel carcomido por los celos.

—Amo a Julia y ella lamentablemente te ama a ti, pero no voy a descansar hasta lograr que te olvide. Deseo casarme con ella cuando recupere su libertad.

—Me parece completamente absurda y fuera de lugar esta conversación. No le veo el sentido.

—En pocas palabras, Daniel: así como no apoyas ahora a Julia en sus peores momentos, espero que cuando esté libre y su nombre limpio, no vayas a buscarla. Sería deshonesto por tu parte.

—Insisto en que no me digas lo que tengo que hacer.

—Julia ha sufrido mucho por ti y no voy a permitir que eso vuelva a pasar.

—¿Es eso una amenaza?

—Tómalo como quieras. Tu hermano le hizo mucho daño. Todo lo que ella está viviendo actualmente se puede decir que es una consecuencia de lo pasado. Tú no hiciste nada para protegerla de tu hermano. Yo sí estoy dispuesto a todo para protegerla de ti.

—¡No seas imbécil! Yo no busco hacerle daño a Julia.

Daniel se acercó a Luciano. Era evidente que ambos hombres no se toleraban mutuamente y la rivalidad y hostilidad entre ellos hacían pesado el aire que se respiraba en aquella oficina.

—Le hiciste daño al no evitar que tu hermano la manchara —acusó firme Luciano.

—¿Cómo iba a saber yo que Jorge Ignacio iba a actuar de manera tan cobarde?

—Pudiste intuirlo conociéndolo como lo conocías. Pudiste evitar todo lo sucedido si no hubieses llevado a Julia a vivir a la casa de tu familia. Debiste llevártela a tu gira y no dejarla a merced del lobo.

—Mira, mejor lárgate de una vez.

—Sí. Ya no hay nada más que decir entre nosotros. Buenas tardes, Daniel.

Luciano Anderson salió cerrando la puerta.

Daniel, enervado por la conversación mantenida, descargó un golpe sobre su escritorio con el puño cerrado. Los celos lo dominaban. Inmediatamente volvió a entrar su jefe de campaña.

—¿Discutiste con ese tipo?

—Es un imbécil, Valentín. Si se atreve a regresar, hazlo echar con los agentes de seguridad.

Daniel se encaminó hacia la puerta.

—Espera, por favor. ¿Cómo van las cosas con Julia? ¿Sigue siendo la principal sospechosa del crimen de la hija del senador Parker?

—Todo está en su contra, Valentín. No dudo de que Douglas use todas sus influencias para hundirla. Mi madre ya la perjudicó con su declaración, y Viviana seguramente hará lo mismo.

Daniel abandonó el lugar. Valentín Valladares dio unos pasos. Su expresión era seria y sombría. «Si conocieras el gran secreto que nos une a Viviana y a mí, Daniel...», dijo para sí.

En la funeraria donde era velado el cuerpo de Samantha Parker se dieron cita los políticos más prestigiosos de Florida, hasta hubo algunos que vinieron desde otros estados. El senador Parker recibió una llamada de condolencia del presidente de los Estados Unidos. Amistades de diferentes ámbitos sociales lo acompañaron en aquel triste trance. Doña Ramona, Daniel, Viviana y don Gerardo se mantuvieron todo el tiempo a su lado.

—La muerte de mi hija fue brutal e injusta.

—La asesina ya está encerrada, Douglas, y cuando sea enjuiciada, pagará con lágrimas de sangre su crimen —expresó la dama de hierro llevando a límites insospechados su afán de venganza.

—Yo no quiero pensar que Julia sea culpable.

—Mantente al margen de la conversación, Gerardo —exigió la maligna mujer—. Supe por una excelente fuente que ya la balsera tiene un abogado defensor, es el mejor penalista del país. Sería bueno hablar con él y ofrecerle una sustanciosa cantidad para que abandone el caso.

—No estoy de acuerdo, madre —intervino firme Daniel—. Julia tiene derecho a una defensa justa. Hay que darle la oportunidad de demostrar que posiblemente sea inocente.

—Insistes en la inocencia de esa criminal.

—Todos somos inocentes hasta que se demuestra lo contrario, Ramona —insistió don Gerardo. Su perversa mujer le dedicó una mirada fulminante que lo hizo enmudecer.

—Yo solo quiero que se haga justicia —clamó el senador.

—Así será, Douglas —le aseguró la matriarca de los Armenteros—. Yo moveré todas mis influencias para que esa mujer sea condenada.

Viviana disimuló una sonrisa de satisfacción.

—Julia me juró ser inocente y yo quiero creerla —expresó Daniel con gesto doloroso.

Douglas Parker suspiró profundamente, era evidente su tristeza y desolación.

—En caso de ser Julia Alcántara inocente: ¿quién mató entonces a mi pobre hija?

Viviana permanecía en silencio, petrificada, pero con gran dominio exterior, aunque por dentro su corazón palpitaba como un caballo desbocado.

—Su coche lo espera para dirigirnos al cementerio, senador —le informó acercándose su secretario personal.

En el exterior de la funeraria, había un gran enjambre de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión. Douglas Parker y Daniel fueron abordados por los medios informativos.

—Senador, ¿utilizará su poder para hundir a la presunta asesina de su hija? —preguntó una periodista de CBS.

—La justicia de este país es clara y transparente. El asesino, sea quien sea, pagará sin necesidad de que yo intervenga —contestó el abrumado padre.

—Candidato Armenteros, ¿piensa que su exesposa asesinó a la joven Parker impulsada por los celos?

—Muchas gracias, pero no voy a responder ningún tipo de preguntas —eludió Daniel.

El equipo de seguridad del senador Parker lo condujeron a él y a Daniel rápidamente a la limusina de color negro que los llevaría al cementerio.

Al finalizar el entierro, Douglas Parker se encontraba de vuelta en su residencia ubicada en Fort Lauderdale. Era una elegante mansión de dos plantas rodeada por amplísimos jardines. Hablaba por su celular.

—Nunca te he pedido un favor personal en los cuarenta años de amistad que tenemos, por eso te ruego que no me falles.

Sentada frente al senador, estaba doña Ramona con las piernas cruzadas y mirándolo fijamente.

—Gracias, sabía que no me fallarías. No quise tocar este delicado tema en la funeraria, había demasiada gente. Preferí esperar a llegar a mi casa para llamarte.

Hizo su entrada el mayordomo a la sala con una bandeja con un servicio de té.

—Mi té, sin azúcar. Solamente con unas gotitas de limón.

El amable y correcto mayordomo sirvió las dos tazas de té y se retiró discretamente mientras el senador acababa su charla telefónica.

—Gracias, amigo. Nos reuniremos la semana próxima con el ministro Smith y su esposa para ir a comer. Adiós.

Tras cerrar la comunicación, Douglas tomó su taza de té y se sentó frente a una expectante doña Ramona.

—¿Qué te dijo el juez del Departamento de Niños y Familias?

—Puedes sentirte tranquila, Ramona. —Bebió un sorbo—. Todo sucederá según tus deseos.

—¿Cuándo?

—En los próximos días.

De pronto, la perversa mujer se sintió invadida por una ola de triunfo que la recorrió de pies a cabeza.

La mayor parte de las noches que Julia llevaba detenida en la comisaría las pasaba sin dormir, invadida por una profunda ansiedad mezclada con incertidumbre por lo que el destino le deparaba. No podía dejar de pensar en su anciano abuelo y en su adorada hija. Las pocas veces que se quedaba dormida lo hacía solo por unos minutos y volvía a despertar sobresaltada. Cada vez que saltaba a tierra desde la parte de arriba de la litera, su compañera de celda se despertaba.

—¿Otra vez con insomnio, *baby*?

La luz mortecina de la lámpara de seguridad llenaba de sombras dantescas el pequeño recinto donde Julia y Estrella compartían penurias.

—Siento haberte despertado.

—No te preocupes, chica. Los resortes de esta cama se me clavan en los riñones y tampoco me dejan dormir toda la noche de un tirón —dijo Estrella saliendo de la cama y caminando descalza por el frío piso.

La guatemalteca se acercó al lavamanos y escupió allí un par de veces, luego, abrió el grifo. Se enjuagó la boca y volvió a escupir. Lo cerró y volvió a su cama.

—¿Pensabas en tu hija?

—Pensaba en todos mis seres queridos: mi hija, mi abuelo y mi amiga Nancy, a la que quiero como una hermana.

—¿Y no pensabas en él?

—¿Él?

—Tu macho, *baby*.

—En mi vida no hay ningún hombre. Daniel y yo nos divorciamos hace muchos meses.

—Pero lo sigues amando, no lo niegues.

Julia hizo silencio. Aquella era una verdad tan grande como un templo.

—Puedes ser sincera conmigo, Julia.

—Sí, lo amo —respondió con un hilo de voz.

—Las pobres mujeres siempre venimos al mundo a sufrir como perras por culpa de los hombres —suspiró.

—Me duele que Daniel dude de mi inocencia.

—Te lo dije, siempre sufrimos por ellos. Si el acusado de un crimen fuera él, tú estarías a su lado apoyándolo y creyéndolo inocente. Pero ellos no, ellos dudan y si después resultas inocente, con su cara de cínico, te pide perdón y ya está. Y lo peor es que siempre acabamos perdonando.

—Todo fue tan bonito al principio, Estrella. Había tanto amor entre nosotros. Fuimos tan felices durante el noviazgo. La luna de miel fue hermosa y romántica. Me sentía la mujer más dichosa de la Tierra.

—¿Y en qué momento se torció todo?

—Al volver de nuestro viaje de novios y entrar a vivir a la mansión de sus padres.

—¿Tu suegra fue una bruja contigo?

—Sí, me odió desde antes de conocerme. También en aquella casa vivía mi antiguo exnovio, un hombre que me había hecho mucho daño y que era hermano de Daniel. Yo no sabía de ese parentesco, me enteré la misma noche que volvimos.

—¡Santa Tecla! ¡Pero qué casualidad tan terrible, chica!

—La esposa de ese hermano de Daniel también se volvió mi enemiga. Todos se confabularon en mi contra. Viví días horribles en aquella casa.

—¿Y por qué no le exigiste a tu esposo que se largaran de allí?

—Daniel estaba de viaje. Se fue largo tiempo de gira. Yo no me sentí capaz de tomar ninguna decisión sin contar con él. Cuando finalmente salí de aquel nido de víboras, ya había padecido muchas cosas malas.

—Aquella fue la casa de los horrores para ti, ¿no?

—Sí. Allá me sentía ahogada, vigilada, perseguida. Una vez, escuché gritos misteriosos —recordó Julia.

—¿Gritos misteriosos? —preguntó Estrella abriendo los ojos como platos.

—Sí. Gritos que venían como detrás de las paredes. Doña Ramona, la madre de Daniel, no permitía que nadie entrara a la biblioteca de la mansión. Yo lo hice y me gané una gran bronca de su parte. Fue allí en la biblioteca donde escuché esos gritos.

—¿Y de dónde venían?

—No lo sé exactamente. Ya te dije que sonaban detrás de las paredes.

—¿No tendrá tu suegra a alguien encerrado tras una pared?

—No, por Dios, no fantasees, Estrella.

—Nada de fantasear, *baby*. Esas cosas han pasado. Acuérdate de aquel viejo loco que tuvo durante un montón de años a su hija encerrada en el sótano de la casa y hasta hijos tuvo con ella. Ni la esposa del viejo ni el resto de la familia sospecharon nunca nada hasta que se descubrió todo el pastel.

—Sí, recuerdo aquel terrible caso.

—¿Y nunca le comentaste a Daniel de aquellos gritos misteriosos?

—No. Él estaba de viaje cuando pasó aquello. Después me olvidé del asunto por tantas cosas que pasaron. Lo acabo de recordar ahora.

—En esa casa hay gato encerrado —aseguró suspicaz Estrella.

El día amaneció soleado y con un clima muy agradable. Viviana terminaba de cepillarse su rojiza cabellera frente al espejo cuando toques suaves en la puerta la hicieron detenerse.

—Adelante —pidió imaginando que era una de las sirvientas trayéndole el desayuno.

No obstante, quien hizo su entrada a la habitación fue doña Ramona. Traía un sobre ya abierto en sus manos.

—Llegó este citatorio para ti, Vivi. Tienes que ir a declarar mañana. Hoy está declarando Daniel.

Era evidente la incomodidad de Daniel al momento de rendir declaración ante el comisario Sautier.

—Cuando mi madre me informó de que Julia y Samantha iban a verse, fui lo más rápido que pude al apartamento de la hija del senador Parker.

—¿Qué hizo al llegar allí, candidato Armenteros?

—Atravesé corriendo el *lobby* del edificio y tomé uno de los ascensores. Subí hasta el piso donde Samantha tenía su apartamento. La puerta estaba abierta y entré.

—¿Qué fue lo que vio exactamente? —quiso saber el comisario Sautier.

Silencio.

—¿Qué fue lo que vio exactamente? —volvió a insistir con la pregunta.

—Yo... Julia estaba allí, junto al cuerpo sin vida de Samantha.

—¿Tenía el puñal en la mano?

Silencio.

—¿Tenía el puñal en la mano? —el tono fue más imperioso.

—Sí.

Al día siguiente, fue el turno de Viviana para declarar ante la justicia.

—¿Por qué llevó a la hoy occisa Samantha Parker a entrevistarse con Julia Alcántara?

—La propia Samantha así me lo pidió. La llevé en mi carro, ya que ella por su condición de inválida no podía manejar.

—¿Sabe usted de qué iban a hablar Samantha y la presunta homicida?

—Según me informó Samantha, iba a exigirle a esa cualquiera que dejara de cruzarse en la vida de Daniel. Julia siguió enamorada de él después del divorcio y estaba negada a que se casara con otra. Varias veces Julia llamó por teléfono a Samantha para insultarla y amenazarla —mintió Vivi con absoluto cinismo.

—¿Qué tipo de amenazas?

—Samantha me dijo que Julia Alcántara la amenazó de muerte en diferentes ocasiones.

—¿Fue usted testigo ocular del crimen?

—No. Yo dejé a la pobrecita Samantha sola en su apartamento esperando la llegada de Julia. Quise quedarme acompañándola, pero Samantha me pidió que me fuera.

—¿Por qué insistió la señorita Parker entrevistarse a solas con la imputada si esta la había amenazado de muerte? —interrogó Sautier.

—Presumo que Samantha no sentía miedo de Julia. Quizás pensó que solamente se limitaba a amenazarla y no la creyó capaz de agredirla.

—¿Personalmente usted cree a Julia Alcántara capaz de haber asesinado a Samantha Parker?

—Sí. Julia es una mujer mala y ambiciosa. Sus alcances no tienen límites. Se enredó amorosamente con los dos hermanos Armenteros, y como Jorge Ignacio se le escapó por estar casado conmigo, entonces enfiló su interés hacia Daniel. Cuando Julia era amante de mi marido, sabía que él era casado. Esa mujer no tiene escrúpulos de ningún tipo. Ella mató a Samantha. Lo hizo para eliminarla de su camino y así poder volver con Daniel. Todos hemos sido víctimas de esa infernal mujer. ¡Yo casi pierdo mi matrimonio por culpa de ella! —exclamó tomando una actitud patética, de desvalida.

Como si de un acto de teatro se tratara, Viviana rompió a llorar de manera dramática.

—Yo presentía que Julia podía hacerle daño a Samantha. Me culpo por no haberme quedado allí, junto a mi amiga, para protegerla y cuidarla.

Un par de horas después, Viviana salió de la oficina del comisario Sautier. Sentada en el pasillo de espera estaba Kitty, que al verla se puso de pie dejando de mirar su Instagram.

—¿La hundiste con tu declaración, Vivi?

—Absolutamente —sonrió triunfal la *top model*.

—¡Qué poco le duró su carrera de gran modelo a Julia! —gozó la envidiosa Kitty aguantando una carcajada.

Desde los ascensores, ambas amigas vieron acercarse a Luciano Anderson, quien traía una maleta mediana con ropa limpia para Julia.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les preguntó él.

—Acabo de declarar por más de dos horas sobre el asesinato de Samantha.

—Presumo que aprovechaste para hundirla —sospechó Luciano mirándola con desagrado.

—Me limité a decir la verdad —respondió cínica Vivi.

—¿También le dijiste a la policía que fuiste tú quien mandó a atacar a Julia la noche del desfile? Rabiosa, sin poderse contener ante la acusación, Viviana miró desafiante a Luciano.

—¿Qué insensatez estás diciendo?

—No creo que sea ninguna insensatez. No tengo pruebas para demostrar que tú mandaste a atacar a Julia, pero metería mis manos en el fuego que fue así.

—Puedo demandarte por difamación, Luciano.

—Aprovecha y demándame también por botarte de mi agencia. Desde este momento queda roto el contrato. No quiero que vuelvas a trabajar para mí.

—Eres patético. Estúpidamente patético. No hace falta ser muy inteligente para saber que te enamoraste de la balsa.

—Sí, la amo. La amo por honesta y por su don de gentes, por su bondad, por su nobleza. De todo eso careces tú, Viviana.

—Te está ofendiendo, amiga. ¡Abofetéalolo! —exigió Kitty.

—No vale la pena. El pobrecito se buscó su propio castigo: se enamoró de una mujer que pasará los próximos veinte años en una prisión o quizás sea condenada a la pena de muerte.

—¿Sabes algo, Luciano? —intervino Kitty dispuesta a escupir veneno—. Aunque ames a Julia, ella nunca te amará a ti. Su amor siempre le pertenecerá a Daniel.

—Muy bien dicho, Kitty. Mientras a la balsa le estén poniendo la inyección letal, ella dedicará su último pensamiento en vida a Daniel.

Ambas amigas rieron con sonoras carcajadas.

—Son un par de víboras detestables —profirió Luciano sin perder la calma—. No podía esperar otra cosa de ustedes más que veneno y envidia.

—¿Envidia nosotras de esa?

—Sí, Viviana, envidia. Kitty la envidia porque Julia en el poco tiempo que fue modelo alcanzó el reconocimiento de la prensa y de los más aclamados diseñadores y agentes publicitarios. Tú nunca lograste nada de eso, Kitty. Siempre fuiste una modelo mediocre, una más del montón.

—¡Cretino! —le gritó Kitty ofendida y echó a correr por el largo pasillo desapareciendo de allí, sacudida por aquellas duras palabras que tenían absoluta razón.

—En cuanto a ti, Viviana, envidias a Julia porque sabes que Daniel siente por ella el amor más grande. Amor que siempre anhelaste para ti y que nunca tuviste, ni tendrás.

—Te odio, Luciano —aseguró ella vibrante.

—Eres ponzoñosa como un alacrán.

—Sí lo soy, lo reconozco. —Lo miró con sorna—. Y tú eres un infeliz perdedor carcomido por los celos.

—No, Viviana, te equivocas. No siento celos de Daniel. En mí no tiene cabida un sentimiento tan bajo y mezquino como ese. Si Julia no llegase a corresponder nunca mi amor, lo asumiría, pero jamás permitiré que se envenene mi alma como tú tienes envenenada la tuya.

—¡Cállate! —exigió enfurecida.

—A pesar de tu gran belleza, eres digna de lástima. Estás podrida por dentro.

Luciano siguió su camino dejando allí plantada a una Viviana desbordada en odio y rabia.

—Por favor, Aramis, trae dos cafés. Gracias.

El abogado defensor de Julia cerró la llamada de su intercomunicador. Sentado ante él estaba Daniel Armenteros. El despacho del famoso penalista estaba decorado con exquisito gusto y elegancia. Todo era muy sobrio, cada detalle de la decoración había sido puesto de manera perfecta para armonizar con el resto del ambiente.

—¿Cómo ve usted el caso, licenciado Maldonado?

—Todo por el momento es confuso y hay muchos cabos sueltos, señor Armenteros. Estoy estudiando a fondo cada evidencia. Lamentablemente todas las pruebas incriminan a Julia Alcántara. Hay que esperar el resultado de las experticias.

—Aunque todo la acuse, yo me siento lleno de dudas —reveló Daniel.

—Es comprensible.

—¿Podría demostrar su inocencia en caso de serlo?

—Haré mi mejor esfuerzo.

—¿Mientras las investigaciones sigan su curso Julia continuará presa?

—Sí. No hay nada que hacer en ese particular. El juez encargado del caso no accedió a fijar una fianza.

—Lo sé, pero pensé que a lo mejor algo podía lograrse. En lo personal me tienen desconcertados los hechos. ¿Quién cometió el crimen si no fue Julia?

Daniel miró expectante al abogado.

—Todo tuvo que suceder en tiempo paralelo —explicó Maldonado—. Julia Alcántara llegando al edificio donde está ubicado el apartamento de la occisa, y el asesino cometiendo el atroz acto. Julia Alcántara tomando el ascensor para subir a su entrevista con Samantha Parker, y el asesino huyendo. Todo está muy enredado. Falta una pieza para poder armar el rompecabezas.

Julia hizo su entrada a la sala de visitas. Nunca se imaginó encontrarse, al otro lado del cristal, a doña Ramona Vásquez de Armenteros. Sacando fuerzas de su interior, Julia avanzó y tomó el teléfono comunicador al tiempo que se sentaba. Displícitamente, la dama de hierro hizo lo mismo. La conversación comenzó de inmediato.

—Este es el lugar que se merecen las criminales como tú, Julia.

—Me resulta muy desagradable su visita, señora. ¿A qué vino? ¿Solo a escupir su veneno? —preguntó desafiante la muchacha.

La matriarca de los Armenteros estaba sentada muy erguida y con actitud altiva. Su mirada relampagueante taladraba a Julia, que hacía un gran esfuerzo por no derrumbarse ante ella.

—Quien mal obra, mal acaba. Desde que llegaste a nuestras vidas, viniste a trastocarlo todo. Acabaste con la paz de mi hogar y de mi familia. Mis hijos casi llegaron a odiarse por tu culpa. Hasta la vida le costó a mi Jorge Ignacio haberte conocido, pero, ya ves, se hizo justicia. Aquí estás, encerrada, pudriéndote.

—Aunque usted trate de ocultar el sol con un dedo, en el fondo sabe que yo nunca le hice daño a nadie de su familia. Aunque usted quiera pintar a Jorge Ignacio como un santo y un ser de luz, sabe que era un tipo bajo e inmoral, un ser oscuro y de alma envilecida.

—¡Cállate, insolente! No ensucies la memoria de mi hijo. Su nombre te queda grande en tu sucia boca.

—No me callo. ¡Estoy cansada de callarme ante usted! ¿Hasta dónde cree que puede llegar mi paciencia ante tantos atropellos, señora? Usted es mala y ruin, usted gozó martirizándome durante el tiempo que viví en su casa. ¡Su maldad es infinita!

—Todavía no me conoces a fondo, infeliz. Todavía es mucho el daño que me falta por hacerte — se regodeó la infame mujer.

—¡De eso no me cabe la menor duda! —palideció Julia ante la impotencia y la ira que la embargaban.

—Voy a darte donde más te duele, Julia Alcántara.

—¡No vuelva nunca más! —Julia hizo el impulso de colgar el teléfono y marcharse.

—¡Voy a quitarte a tu hija!

Julia se detuvo en seco, como paralizada. Sintió un miedo atroz que la recorrió de pies a cabeza.

—¿Cómo? —balbuceó casi sin voz, estremecida.

—Tú tenías muchos motivos para eliminar a Samantha, y lo hiciste. Perdiste la patria potestad de tu hija. Obviamente esa niña no puede criarse al lado de un viejo senil y decrepito como tu abuelo —sonrió triunfal—. Soy la abuela de esa niña y pasará a mis manos.

—¡No! —gritó Julia perdiendo los nervios—. ¡Yo no voy a permitir que mi hija se críe al lado de un ser maligno como usted!

—Nada puedes hacer desde donde estás. No seas ilusa. Soy la abuela, me asisten los derechos.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó enardecida, nerviosa.

—Si no eres condenada a la pena de muerte, entonces el día que salgas de la prisión, después de muchos años, te encontrarás con el odio de tu hija. El odio más feroz y más atroz, porque la enseñaré a odiarte. La enseñaré a maldecir tu nombre.

—Si pudiera la tomaría por el cuello y se lo apretaría hasta que...

—Es obvio que lo harías —interrumpió sádica doña Ramona, disfrutando—. ¡Tus instintos asesinos afloran una vez más! ¡Los mismos instintos asesinos que te impulsaron a matar a Samantha!

—¡Yo no la maté! ¡No lo hice!

—¡Claro que lo hiciste, malnacida! Pero el tiro te salió por la culata porque no asesinaste a una infeliz cualquiera, ¡mataste a la hija del senador Parker! ¡Uno de los hombres más poderosos e influyentes de este país! ¡Tu suerte está echada, Julia Alcántara! —sentenció riendo, sus ojos brillaban de odio.

—¡No se acerque a mi hija! ¡No lo haga! —gritó Julia presa de la más grande desesperación.

—¡Te mereces todo lo peor de este mundo! —vociferó también doña Ramona.

Una mujer policía entró con paso apresurado al recinto de visitas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó tratando de calmar los ánimos—. La visita ha finalizado.

—¡Maldita, Julia Alcántara! ¡Mil veces maldita!

—¡Aléjese de mi hija! ¡No se atreva a apartarla de mi abuelo! ¡No lo haga!

La mujer policía sujetó con fuerza a Julia por un brazo y la hizo ponerse en pie. El teléfono intercomunicador cayó de su mano.

—¡Mi hija no puede criarse junto a usted! ¡Eso nunca! ¡Nunca!

Julia hacía verdaderos esfuerzos por soltarse. Le era difícil a la mujer policía mantenerla dominada. Tuvo que intervenir otro agente de la ley para someterla y sacarla a rastras del pequeño cubículo de visitas. Doña Ramona quedó por un momento inmóvil. Un gozo muy profundo la embargaba. Una sonrisa malévolamente apareció en su boca. Colgó lentamente el teléfono, se puso en pie y salió de allí con aire triunfal.

Antonieta sentía los efectos de la nueva droga tranquilizante que llevaban semanas aplicándole en la casa de salud mental donde don Gerardo Armenteros la había recluido para sacarla del oscuro sótano de la mansión y protegerla del odio desmedido de doña Ramona. Un tibio rayo de luz penetraba a través de la ventana enrejada de su cuarto, pero no era lo suficientemente fuerte como para calentar el lugar. Antonieta, sentada en su cama, sentía frío. La puerta del dormitorio privado de la pobre demente se abrió dando paso a otra interna. Era una mujer de unos setenta años, su rostro estaba tan arrugado que parecía una ciruela pasa. Vestía la misma bata blanca que el resto de las pacientes. Su pelo completamente encanecido estaba despeinado, lo que le daba un aspecto muy desaliñado. La loca se acercó a la cama y le sonrió a Antonieta. No tenía ni un solo diente.

—Hola. ¿Eres nueva aquí? —preguntó la anciana de manera amable.

Antonieta no sabía qué responder. Su mente estaba embotada.

—¿Sabes qué lugar es este? Yo te lo puedo decir, pero no se lo repitas a nadie —advirtió la vieja en voz baja y misteriosa—. Esto es un manicomio.

—¿Un manicomio? —preguntó Antonieta impactada—. ¿Yo estoy loca?

—Si usas bata blanca, estás loca. Todas las que usamos bata blanca aquí es porque nos patina la cabeza.

Antonieta miró su propia bata blanca.

—Tu bata es más nueva que la mía y está más limpia. Yo algunas veces me hago pis encima —dijo riendo y mostrando otra vez su boca carente de dientes—. Mi nombre es Carlota. ¿Tú cómo te llamas?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—¿En qué manicomio estabas antes de llegar a este?

Antonieta trató de recordarlo para responderle a su nueva amiga, pero ningún recuerdo acudió a su mente. Bajó de su cama y se acercó a la ventana mirando a través de ella hacia el jardín.

—¿Quieres escaparte de aquí?

—¿Escapar? ¿Para ir adónde?

—No sé, a cualquier sitio. Pero olvídalo, no se puede escapar de aquí. Hay rejas en las ventanas —le explicó con voz suave Carlota.

La verdadera madre de Daniel extendió la mano derecha y palpó los barrotes de hierro.

—¿Ves? Estamos atrapadas.

La anciana separó las piernas y expulsó un chorro de orín.

—Por suerte, no llevo pantaletas puestas. No me gusta hacerme pis encima.

Antonieta se apartó del orín que empezaba a desparramarse por el piso. Sintió una gran repugnancia.

—No vayas a creerme una puerca, lo que pasa es que estoy vieja y los viejos nos meamos encima. ¿Sabes cuantos años tengo?

Antonieta negó con la cabeza

—Ciento cincuenta años —aseguró Carlota convencida—. ¿Tú recuerdas cuántos años tienes?

Antonieta volvió a negar con la cabeza.

—¿Y recuerdas por qué te volviste loca?

De pronto, como un ramalazo de luz, unos pocos recuerdos acudieron a la mente de Antonieta.

—Sí. Lo recuerdo. Me robaron a mi hijo.

—¿Cómo se llamaba tu hijo?

—Creo que se llamaba... —hacía un esfuerzo supremo por recordar.

—¿No puedes recordarlo? Eso es porque estás loca. Todas las que usamos bata blanca aquí es porque nos patina la azotea —insistió Carlota.

—¡Daniel! —dijo de pronto Antonieta—. ¡Mi hijo se llamaba Daniel!

—¿Y quién te lo robó?

—Mi hermana. Creo que ella se llama Ramona.

Tras largas semanas sometida a diferentes terapias, la mente de Antonieta comenzaba a aclararse lentamente.

—¡Me quiere robar a mi hija! —sollozó Julia muy angustiada.

—¡Pero qué vieja tan mala sangre y perversa! Es que si yo hubiese sido tú, ¡rompo el cristal de la sala de visitas y agarro a esa desgraciada y le saco los ojos! —exclamó llena de impotencia la guatemalteca Estrella.

—Yo no quiero que mi Anita se críe junto a esa mujer. Enseñará a mi niña a odiarme, y aunque sea su nieta, seguramente la hará muy infeliz por ser mi hija.

—Ay, Julia, yo no quiero angustiarte más de lo que ya estás, pero si esa tal Ramona Armenteros es tan rica como me has dicho y tiene tanto poder, y para colmo es muy amiga del padre de la muchacha a la que mataste, ¡nada ni nadie podrá evitar que se quede con tu hijita!

—¡Yo no maté a Samantha! ¡No la maté! —gritó Julia desesperada.

—*Okey, okey*, perdóname por decir eso. Pero, sea como sea, tu inocencia no se ha demostrado, *baby*, y mientras no suceda, ante los ojos de todos eres culpable.

—Tengo que salir de aquí, Estrella. ¡Tengo que ir a buscar a mi hija!

Julia dio pasos de aquí para allá por la pequeña celda. Los nervios la dominaban por completo.

—De aquí solo saldremos para ser llevadas a una cárcel de mujeres.

—Algo tengo que hacer para evitar que mi hija vaya a parar a las manos de esa mujer y se críe junto a ella.

—Julia, abre los ojos, chica. Tienes que darte cuenta de la realidad que te rodea. Vas a pasar una pila interminable de años encerrada, demasiados. El fulano senador Parker hará que caiga sobre ti todo el peso de la ley. Tu abuelo es un hombre mayor y más temprano que tarde estirará la pata. Morirá antes de tú recuperar tu libertad. La familia del padre de tu hija exigirá sus derechos. Quieras o no, tu niña pasará a sus brazos.

—No me digas eso, Estrella, ¡por piedad no me lo digas! —lloró con fuerza, destrozada por dentro—. Mi hija. Mi Anita. Si soy condenada por el crimen de Samantha, cuando salga de prisión ya Anita será una adolescente. No la veré crecer. No podré jugar con ella, ni celebrarle un cumpleaños, ni llevarla al colegio...

Estrella miró a Julia sintiendo una infinita lástima por ella.

Y las semanas siguieron pasando.

Daniel, cada día más nervioso, se ocupaba poco de su carrera política. Toda su atención estaba centrada en el caso de Julia. Diariamente se reunía con el abogado que la defendía para saber si habían surgido nuevos indicios que demostraran la inocencia de la mujer que tanto amaba. Estaba tan absorto en todo aquello que aún no había sometido a la pequeña Anita a la prueba de ADN. En el fondo, se había dejado convencer por doña Ramona que la niña era hija de Jorge Ignacio.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó don Gerardo.

—Lleno de angustia y zozobra, papá. No puedo dejar de pensar en Julia. Quiero convencerme de su inocencia, pero... —calló y se sirvió un poco de *whisky*. Tomó de un golpe el amargo líquido y sintió que sus entrañas se quemaban.

—Lamento tanto la situación. Yo estoy convencido de la inocencia de Julia.

—Gracias por creer en ella, papá. Yo quisiera hacerlo, pero estoy tan confundido. Todo la acusa.

—¿Ya fue trasladada a la cárcel de mujeres?

—No, pero es inminente.

—No dejes de ir a visitarla, Daniel. Ella te ama, y tú a ella.

—Sí, por supuesto que la amo con todas mis fuerzas, pero no me atrevo a visitarla. No quiero que vea la duda en mis ojos. Tengo el presentimiento de que todo va a empeorar para ella.

—Yo también. Tu madre y el senador Parker se ven todos los días. Están tramando algo. Algo que terminará por destrozar a Julia.

—Es evidente que mamá debe estar alimentando el odio del padre de Samantha.

—Nada podemos hacer para que eso cambie, Daniel.

Don Gerardo besó a su hijo en la frente y se marchó a la calle. Tras aquella conversación, Daniel se sintió todavía más lleno de angustia y ansiedad.

La pequeña Anita ya caminaba libremente por toda la casa de Coral Gables. Era una niña vivaz e inteligente, risueña. A media lengua, trataba de decir sus primeras palabras. Para don Luis y la fiel Nancy, la niña representaba sus únicos momentos de alegría. Solamente en compañía de Anita podían olvidar momentáneamente el horror de los días que estaba viviendo Julia. Nancy había encontrado un nuevo trabajo como sirvienta y se esforzaba para cubrir todos los gastos de la casa. Don Luis, con lo que cobraba de la ayuda del gobierno, también colaborada.

—Mañana quiero ir a visitar a Julia antes de que la trasladen a la cárcel de mujeres.

—Yo cada vez que voy a verla vuelvo con el alma destrozada —exclamó el anciano lleno de tristeza.

—Cuánta injusticia, vale. No es justo que mi panita siga encerrada. ¿Es que la policía nunca va a descubrir quién fue el verdadero asesino? —preguntó Nancy invadida por una gran sensación de impotencia.

El timbre de la puerta principal empezó a sonar insistente. Anita, que jugaba con un par de muñecas sentada en el piso, alzó la mirada y abrió los ojos grandemente.

—*Timbe, timbe* —dijo Anita en su medio hablar.

—¿Pero quién toca el timbre de esa manera? —quiso saber la noble Nancy poniéndose en pie.

Extrañados por aquella manera inusual de tocar el timbre, don Luis y Nancy intercambiaron miradas. Luego, la venezolana avanzó hacia la puerta y abrió. Ante ella se encontraban el senador Parker en compañía de una altiva y triunfal doña Ramona. Tras ellos, dos empleados del Departamento de Niños y Familias, además de dos policías uniformados.

—Buenos días —saludó seco y en tono grave Douglas Parker.

—¿Doña Ramona! ¡Senador Parker! —Nancy no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Para nada me sorprende encontrarte aquí. Siempre fuiste cómplice de Julia —expresó despectiva la dama de hierro.

—Yo no soy cómplice de nadie, señora. Julia es para mí como una hermana y...

—¿Nos permites pasar, muchacha? —interrumpió el senador.

—Déjalos entrar, Nancy —dijo desde la sala don Luis, presa ya en su interior de un mal presentimiento.

Nancy se apartó de la puerta y Douglas Parker hizo pasar primero a doña Ramona con un gesto de su mano. La matriarca del clan Armenteros entró muy erguida, mirando con ojos despreciativos la bonita casa. Tras ella, avanzó el senador y luego el resto. Nancy cerró la puerta y se les unió a todos en la sala. Rápidamente, don Luis se inclinó hacia la niña y la cargó en sus brazos.

—¿Qué quieren en la casa de mi nieta?

Uno de los empleados del Departamento de Niños y Familias dio un paso hacia el anciano y le mostró una orden judicial sellada y firmada.

—Le hago partícipe que desde este momento la menor Ana Alcántara queda bajo la tutela de su abuela paterna, la señora Ramona Vásquez de Armenteros —anunció con voz solemne.

—¿Cómo? —preguntó don Luis estupefacto y sintiendo que se le secaba toda la saliva de la boca.

—Haga entrega de la menor a doña Ramona —exigió el senador.

—¡No! ¡A Anita no se la entrego a nadie! —se rebeló firme el anciano.

—¿Pero qué locura es esta, pues? —se enardeció Nancy—. Anita es la hija de mi amiga Julia y se queda en esta casa. De aquí no sale, ¡y menos con esta bruja sin escoba de doña Ramona!

—Modere su vocabulario, señorita —advirtió Parker—. Es una orden judicial emitida por un juez.

—¿Pero por qué esta señora va a llevarse a la hija de mi nieta?

—La madre de la menor está presa acusada de asesinato. El estado de Florida tiene que asegurarse de que Ana Alcántara va a crecer en un ambiente sano y de buenas costumbres —informó el senador.

—¿Pero y esta casa no es sana y no hay buenas costumbres? —se enfrentó Nancy a todos los presentes—. En esta casa lo que sobra es decencia. ¡Mientras que en la casa de esta mujer hay mucha maldad! Yo trabajé allí durante mucho tiempo, y el hijo difunto de esta arpía consumía drogas.

—¡Insolente! ¡Estás difamando la memoria de mi hijo! Puedo hacer que te encierren y compartas la misma celda que tu amiga la asesina —amenazó aireada doña Ramona.

—Les ruego que no hagan más difícil la situación —aconsejó el representante legal del Departamento de Niños y Familias—. Se trata de una orden emitida por un juez y deben acatarla. Están en todo su derecho de apelar, pero por el momento deben hacer entrega de la menor.

—No, no, ¡esto es una injusticia y un atropello! ¡Alabao!, ¡ustedes no pueden llevarse a la chiquita.

—¡No la entregue, don Luis! ¡Yo voy a cerrar todas las puertas con llave y de aquí no sale nadie! —decidió alterada y resuelta Nancy.

La noble amiga de Julia intentó correr a cumplir lo que había anunciado, pero los policías le cortaron el paso.

—No hagan que esta situación se salga de control —advirtió el senador—. Contra una orden judicial nada pueden hacer. Si se empeñan en interrumpir lo que señala la ley, irán detenidos.

Acto seguido, el padre de Samantha Parker le arrebató la niña de los brazos al impactado don Luis. Anita comenzó a llorar con gran fuerza al ser depositada en los brazos de doña Ramona. Era como si la niña presintiera su amargo destino.

—¡No! —gritó desgarrado el buen viejo—. ¡La niña es nuestra!

Nancy, desesperada, intentó arrebatarse la niña de los brazos a la páfida doña Ramona, pero fue fuertemente sujeta por los dos policías.

—¡Devuélvanos a la niña, bruja fea! ¡Usted no se la puede llevar! ¡Desgraciada! ¡Mala gente!

Mientras Nancy tiraba patadas al aire, doña Ramona salió apresuradamente hacia la calle llevándose a Anita.

—¡Anita! ¡Anita! —clamó don Luis desesperado.

—¿Procedemos al arresto de esta ciudadana? —le preguntó uno de los policías al senador en referencia a Nancy que no dejaba de gritar y tratar de liberarse para correr tras la niña.

—¡Tranquílcese, señorita! —advirtió Parker por última vez—. No busque ser detenida o enfrentará graves cargos en su contra.

—Cálmate, Nancy, es lo mejor —aconsejó destrozado don Luis y con el envejecido rostro surcado por las lágrimas.

Los policías soltaron a Nancy que, presa de la impotencia y el dolor, también rompió a llorar.

—Anita no los conoce. Se va a asustar mucho cuando se vea en una casa extraña y rodeada de desconocidos.

—No se trata de extraños, señorita —se mantuvo firme el senador—. Se trata de la familia paterna de la menor. Buenos días.

Douglas Parker dio por terminado el tenso momento vivido y alcanzó rápidamente la puerta de la calle. El empleado del Departamento de Niños y Familias dejó sobre la mesita central de la sala la orden judicial emitida por el juez y también se marchó, seguido de los demás.

—Se la llevaron, ¡se llevaron a nuestra Anita! —lloró inconsolable y desgarrado el abuelito de Julia.

—No debimos permitirlo, don Luis. ¡Yo les hubiese sacado los ojos con mis propias uñas a esos malvados!

—No hubieses podido contra ellos, hija. Doña Ramona está amparada por la ley.

—Esa loba usó sus influencias para robarle su hijita a Julia. ¡No es justo!

Don Luis y Nancy se abrazaron, durante largos minutos lloraron convulsos. De pronto, ambos fueron conscientes del silencio absoluto que ahora reinaba en aquella casa. Ya no se escuchaban las risas ni los parloteos de la pequeña Anita. El ambiente se había vuelto pesado, lúgubre. La desolación lo envolvía todo.

—¿Cómo haremos para darle esta terrible noticia a mi nieta? ¡Julia se va a morir cuando sepa que perdió a su chiquita para siempre!

—La pobrecita Julia no se merece que le pasen más cosas malas.

El llanto de ambos era desgarrador. Era una mezcla de dolor con impotencia. El buen anciano se arrodilló en el suelo. Ante él estaban esparcidos los diferentes juguetes de la ausente Anita. Con las manos temblorosas, el buen viejo tomó una de las muñecas y la estrechó con fuerza contra su pecho. La pena se palpaba en el ambiente.

—Mi nietecita ya no vivirá más aquí. Ya sus risas no nos alegrarán el día ni nos darán fuerza para seguir adelante.

Mientras don Luis lloraba, Nancy se arrodilló lentamente frente a él y empezó a recoger todos los juguetes de Anita para guardarlos.

—Voy a llamar a Luciano Anderson. Él es un hombre muy inteligente y nos aconsejará qué hacer.

—No podrá hacer nada, Nancy. ¿Es que no lo comprendes? Los Armenteros son ricos y poderosos. Doña Ramona es la abuela de Anita, tiene derechos.

—Pero usted también tiene derechos por ser el bisabuelo.

—Yo soy un pobre anciano con un pie en la tumba, sin dinero, sin amigos influyentes...

—De todas maneras, voy a avisarle a Luciano. Él sabrá cómo darle la noticia a Julia. Si lo hacemos nosotros, nos echaremos a llorar y eso la llenará de más angustia y desesperación.

—Sí, hija, tienes razón. Llama a Luciano. Solamente él podrá darle esta terrible noticia a mi nieta.

Nancy se puso en pie y desapareció hacia el interior de la casa con los juguetes en sus brazos.

Don Luis quedó allí, arrodillado y aún apretando la muñeca contra su pecho. Solamente eso le quedaba de Anita.

La oscuridad del cielo se ceñía sobre los árboles que rodeaban el centro de salud mental donde Antonieta estaba recluida. Don Gerardo Armenteros, luego de estacionar su auto, avanzó hacia el interior del lugar. Aquella tarde había recibido una llamada del médico que trataba a la mujer anunciándole que ella había empezado a recordar partes de su pasado. Eran las siete y treinta de la noche y Antonieta esperaba con ansias la llegada de él. Su mente era un torbellino, tenía miles de preguntas y necesitaba la misma cantidad de respuestas. La humedad de Florida se impregnaba en cada rincón de la habitación donde ella estaba. La ventana con barrotes estaba abierta de par en par.

—Antonieta —dijo don Gerardo emocionado acabando de entrar.

Ella, ansiosa y palpitante, se volvió hacia él. Antonieta se llevó una gran sorpresa. No lo recordaba así, lo recordaba mucho más joven, una gran cantidad de años más joven. Él avanzó hacia ella tratando de controlar la gran emoción que lo embargaba.

—¿Te acuerdas de mí?

—Gerardo —susurró la mujer aún sintiendo por él aquel amor inmenso de hacía treinta años.

—Entonces era verdad. ¡Has recordado! ¡Has recuperado la razón!

—No estoy bien del todo. Mi mente está llena de lagunas y confundo el presente con el pasado, pero aquí hay muy buenos psiquiatras y me están ayudando.

Don Gerardo la estrechó con fuerza entre sus brazos. Ella, a pesar de seguirlo amando, no correspondió al abrazo. Él la soltó perplejo, retrocediendo un par de pasos.

—¿No quieres abrazarme?

—Necesito respuestas. Como te dije, estoy demasiado confundida. Mi mente es un caos.

—Antonieta...

—Hablé con varios médicos y enfermeras. Me explicaron que esto es una casa de reposo mental. ¿Cuánto tiempo estuve loca? ¿Por qué perdí la razón?

Él la miró con infinita lástima y ternura. También la seguía amando.

—Pasaron hechos muy duros en tu vida que te hicieron enloquecer.

—¿Cuáles hechos?

Don Gerardo guardó silencio y bajó la mirada. El grito exigente de Antonieta escapó incontenible.

—¡Quiero toda la verdad!

—No grites —suplicó él—. Vendrían las enfermeras a inyectarte un calmante. Entiendo tu desesperación, pero tienes que tratar de controlar tus nervios.

En la puerta de la habitación apareció una obesa enfermera de ojos saltones como los de un sapo.

—Voy a inyectarte, Antonieta —anunció.

—No, por favor, no lo haga —suplicó ansiosa—. No puedo dormir ahora. No quiero hacerlo. Necesito respuestas.

En un movimiento tan rápido que no tuvo tiempo de evitar, la enfermera de los ojos de sapo sacó una inyectadora ya preparada del bolsillo de su uniforme y se la aplicó a Antonieta muy cerca del hombro derecho.

—¡No! —gritó Antonieta al sentir el pinchazo.

—¿Por qué la inyectó? El médico encargado del caso me autorizó a que viniera a hablar con ella.

—Conozco muy bien a las pacientes. Tengo más de cuarenta años trabajando con locos. Pueden lucir muy normales, pero en segundos sufren un ataque de ansiedad y pueden ponerse muy agresivos.

—No estoy loca... ya no... —dijo Antonieta con voz pastosa y empezando a sentir los primeros efectos del sedante.

—Hablaré con el director.

La enfermera miró despectiva a don Gerardo. Odiaba a aquellos familiares de los pacientes que se creían unos sabelotodo. Estaba harta de trabajar con locos y soñaba cada minuto del día con su jubilación.

—Hable con quien crea pertinente. Yo solo hago mi trabajo —desafió la antipática gorda.

Antonieta empezó a sentir un sueño muy pesado. Sus piernas perdían fuerza y sintió que se desvanecía y que caería al suelo. Rápidamente, la enfermera la tomó entre sus rollizos y fuertes brazos y la condujo hacia la cama. La acostó y la arropó hasta la altura del pecho.

—Gerardo... Gerardo... No me dejes aquí... No te vayas... —suplicó a punto de quedarse dormida.

—Mañana amanecerá muy serena y le será más fácil hablar con ella.

La enfermera se marchó dejándolos solos.

—Gerardo, tengo miedo. Miedo de Ramona.

—Ella no está aquí. —Se acercó a la cama tomándole suavemente las manos—. Yo te protegeré de ella.

—Mi hermana es mala. Ramona me robó a nuestro hijo Daniel.

—Duerme. Todo estará bien —prometió con lástima.

Don Gerardo la cubrió con una manta.

—Ramona se robó a nuestro hijo —fue lo último que dijo Antonieta antes de quedarse dormida.

—¿Te robaste a la hija de Julia? —preguntó absolutamente estupefacto Daniel.

—No hubo tal robo, Daniel. No seas melodramático. La niña me fue entregada por orden y mandato de un juez del Departamento de Niños y Familias.

Doña Ramona, displicente, removía con una cucharilla de plata su té. Estaba sentada en su sillón favorito. De pie, a su lado, se encontraba Viviana, quien gozaba imaginándose el dolor de Julia cuando se enterara de los hechos.

—Te valiste del poder del senador Parker —acusó indignado Daniel.

—No me valí de nada. Me asisten los derechos. Soy la abuela paterna de esa niña.

—Debiste esperar a que Anita fuese sometida a la prueba de ADN. Yo iba a hacerlo.

—¿Cuándo? Mucho te has tardado. —Bebió un sorbo de té y luego agregó—: Además, no hace falta dicha prueba. La niña es hija de Jorge Ignacio. Tú solamente eres el tío.

—Debemos asegurarnos y...

—Mira, Daniel, tú ocúpate de tu carrera política, que bastante empañada está por los últimos acontecimientos; que de Anita me ocuparé yo —cortó con tono autoritario.

—Puedes contar conmigo para la crianza de la niña, Ramona. Lamentablemente, no tuve hijos con Jorge Ignacio y ser la madre sustituta de su hija me llena de ilusión.

—Gracias, querida Vivi —sonrió agradada la matriarca.

Daniel dedicó una mirada gélida a Viviana.

—¿Trajiste a la niña a esta casa porque de verdad sientes amor de abuela por ella, o solo lo hiciste para destrozar más a Julia?

—Por Dios, Daniel, no me creas tan retorcida.

La infame doña Ramona dejó la taza de té ya frío sobre la mesita central y se puso de pie haciendo gala de su tono más dulce y benévolo:

—Amo a Anita por ser sangre de mi sangre y por ser la hija de Jorgito. La vida me arrebató a mi hijo, pero ahora me consuela entregándome a esa bella niña. Es adorable. Desde que llegó hoy a la casa, he pasado el día jugando con ella. Ya me gané su cariño —mintió con gran seguridad.

—Mañana deberíamos salir a comprarle ropa y zapatitos, Ramona. No es justo seguir vistiendo a esa princesita con ropa de segunda mano.

—Excelente idea, Viviana.

—Estoy convencido de que Julia no vestía a su hija con ropa usada, Viviana. Deja de lado el veneno. Te recuerdo que Julia en muy poco tiempo se convirtió en una modelo bastante solicitada y ganó mucho dinero, así que supongo que vistió a su hija con las mejores ropas.

Viviana guardó silencio. Se retorció de la envidia cuando le restregaban en la cara el paso de Julia por el mundo del modelaje.

—Sea como sea, saldremos a comprarle a la niña todo lo que necesite. Obviamente yo no me traje nada de la casa de esa gentuza donde vivía mi nieta.

—Esa «gentuza», como tú los llamas, madre, llenaron a Anita de amor y cuidados desde su nacimiento hasta el día de hoy. Julia fue una excelente madre.

—Pienso que no hay que volver a repetir que Julia fue la madre de Anita.

—No fue la madre, Viviana, ¡es la madre! —recalcó indignado Daniel.

—Al decir «fue» es porque ya no lo es ni la volverá a ser. Esa mujer está encerrada por asesina. Enfrentará muchos años de cárcel o la pena capital. Sea como sea, Anita no merece estar ligada a una mujer de esa calaña. —Viviana dio unos pasos—. Ante los ojos del mundo me gustaría aparecer como la madre de la niña. Por ser la viuda de Jorge Ignacio, es lo más lógico. Yo la criaría con amor y devoción.

—Te estoy muy agradecida por tus buenos deseos, Viviana, y los apoyo —convino la dama de hierro—. Jamás le diremos a Anita quién es su verdadera madre. Para la niña, tú lo serás. Incluso llevará tu apellido legalmente.

—¿Pero cómo pueden decidir algo tan importante con tanta facilidad?

—Hay que ser prácticos, Daniel —afirmó Vivi—. La niña no debe tener contacto nunca más con su otra rama familiar. El abuelo de Julia morirá de vejez en pocos años. La niña será completamente una Armenteros.

—Te doy absolutamente la razón, Vivi. Hablas con sensatez. No has podido expresar con mayor claridad lo que yo misma pienso —apoyó doña Ramona.

—¿No han pensado en la posibilidad de que Julia sea inocente y recupere su libertad?

—Eso no sucederá.

—¿Por qué no ha de suceder, madre? ¿Tienes una bola de cristal que predice el futuro? ¿O es que piensas volver a utilizar las influencias y el poder del senador Parker para salirte con la tuya?

—Basta, Daniel. Resultas desagradable e insolente. Como abuela, quiero lo mejor para esa niña, y tú te empeñas en señalarme y acusarme. Me haces quedar como un ogro cuando solo miro por el bienestar de Anita.

—No te alteres, Ramona querida —aconsejó Vivi sonriendo a su suegra—. Tarde o temprano, Daniel terminará agradeciéndote todo lo que haces hoy.

—Como tío directo de Anita, te invito a ser parte de la crianza y educación de la niña, Daniel. Juntos la convertiremos en una persona de bien. Como tío, puedes ser un padre para ella —invitó la manipuladora matriarca.

Tenso y excitado, dudando todavía de las buenas intenciones de su madre y de Viviana, el joven candidato las miró a ambas sintiendo un gran recelo ante la situación.

—¿Dónde está la niña? Quiero conocer a mi sobrina.

—En la habitación que está junto a la mía. Mañana vendrán decoradores especializados para pintar y transformar el cuarto en un lugar de ensueño. También entrevistaré a varias posibles enfermeras y niñeras que se ocupen de Anita las veinticuatro horas del día.

Daniel no respondió nada. Se limitó a terminar de escuchar hablar a su madre y se fue hacia las escaleras subiéndolas para ir a conocer a la niña. La matriarca y Viviana quedaron solas en la sala.

—Lo conozco, Ramona. Daniel no está tranquilo. Se siente inquieto y muy desesperado por la suerte de Julia. Sabe que para esa maldita mujer será un golpe mortal enterarse de que perdió a su hija. Le duele que esa asesina siga sufriendo.

—Déjalo que se reviente del dolor. Se lo merece por seguir amando a esa criminal.

Ambas mujeres se sonrieron mutuamente, apoyándose y siendo cómplices en todo lo que le causara sufrimiento y desasosiego a Julia Alcántara.

Daniel entró a la habitación que ocupaba la pequeña Anita. La niña estaba sentada en un rincón en el suelo. Su mirada era asustadiza. Se evidenciaba su miedo, su inseguridad. Aunque no lloraba, sus ojitos brillaban llenos de lágrimas. Al verla allí arrinconada, indefensa, Daniel sintió una infinita lástima hacia ella y avanzó lentamente hasta llegar a su lado. Se sentó en el suelo frente a la niña y le sonrió con dulzura.

—Hola, Anita. Me llamo Daniel.

La niña lo miró con desconfianza y se replegó más contra la pared.

—¿Quieres ser mi amiguita? —le preguntó a la niña.

Anita, aunque llena de desconfianza, asintió con la cabeza.

—Yo vivo en esta casa y voy a cuidarte —prometió abrazando a la pequeña—. Para ti quiero ser como un papá.

—Ma-má —susurró a media lengua Anita.

—Tu mamá está de viaje —explicó dulcemente—. Esperemos que vuelva pronto. ¿Sabes? No debes sentir miedo. En esta casa te cuidaremos todos y yo te llevaré al parque y te compraré muchos juguetes. ¿Te gustan las muñecas?

Anita volvió a asentir, por primera vez desde su llegada a la mansión Armenteros, la niña sonrió suavemente.

—Vamos a divertirnos mucho juntos. Te enseñaré a dibujar y muchas cosas más. Te contaré cuentos cada día antes de dormir, y cuando seas más grande, te llevaré a Orlando. Visitaremos el castillo de la Cenicienta y conocerás a Mickey, al Pato Donald, a Blancanieves y a todas las demás princesas de Disney. Voy a quererte mucho —aseguró dulcemente en tono absolutamente paternal—. Espero que tú llegues a quererme de igual manera a mí.

—Pa-pá...

—No, no soy tu papá. Soy tu tío. Tío Daniel, pero voy a quererte como si fueses mi hija.

—Tío —repitió dulcemente Anita.

Daniel cargó suavemente a la niña y se la sentó sobre las piernas.

—Quiero que de ahora en adelante estemos siempre juntos. Para mí serás como una hija. Mi niña consentida.

El joven candidato besó dulcemente a la niña con dos sonoros besos en su mejilla rosada.

—Veo que estás completamente conquistado por la chiquilla.

Daniel volvió la cabeza hacia la puerta. Hizo su entrada al cuarto Viviana, quien se acercó a ellos.

—Qué bonito es verte así, dándole tanto amor y protección a Anita. Es una lástima que no sea tu hija.

Él se puso en pie manteniendo a la niña en sus brazos. Se dirigió a la cama con Anita y la depositó dulcemente allí.

—¿Quieres que te quite los zapatos, Anita?

—Tí.

—La niña puede dormir esta noche conmigo en mi habitación. Así se irá acostumbrando a mí.

—No —se negó rotundo Daniel.

—¿Por qué te opones?

—No quiero que le impongas tu presencia.

—Puede sentir miedo de noche y...

—Si Anita siente miedo, yo vendré y me quedaré con ella —cortó él con firmeza al tiempo que se sentaba en el borde de la cama y le quitaba los zapatos a la hijita de Julia.

—No quiero que me veas como una enemiga, Daniel —pidió ella con tono falso—. Es verdad que nunca quise a Julia y que hice cosas en su contra que no estuvieron bien, pero Anita es otra cosa. Yo me quedé con grandes deseos de ser madre. Quiero volcar todo ese amor frustrado en la niña. Desde lo más profundo de mi corazón, quiero ser una madre sustituta para ella. Todo puede

comenzar otra vez desde ahora. Por favor, olvidemos lo ocurrido y dediquémonos a amar y cuidar de Anita.

—Prométeme que nunca odiarás a la niña por ser hija de Julia.

—Te lo prometo.

Daniel la miró fijamente durante largos segundos. Viviana le sonrió dulcemente, con aire angelical. El noble candidato se inclinó hacia la niña y la besó en la frente.

—Volveré luego, Anita.

El joven Armenteros salió hacia el pasillo desapareciendo. Viviana quedó a solas con la niña. Su expresión llena de dulzura se borró para darle paso a una gran mueca de odio y desprecio hacia la pequeña.

—Nunca voy a quererte, mocosa. Eres una niña odiosa y fea, y si resultas llorona y fastidiosa, haré que te venga a buscar una bruja mala y te lleve a un bosque lleno de monstruos.

Aunque Anita no entendía todo aquello, el tono malévolo y siniestro de Viviana la asustó. Abrió sus ojitos de par en par, impresionada. Viviana se le acercó despacio, observándola fijamente.

—Ya me encargaré yo de que no seas una niña majadera. En esta casa nadie va a consentirte.

—Viviana sonrió perversa y prosiguió—: Aquí no serás feliz, así como tampoco lo fue tu madre.

Viviana, antes de marcharse, le dio un fuerte tirón de pelo a la pobrecita Anita y luego se marchó cerrando la puerta.

La pequeña hija de Julia se echó a llorar. Las lágrimas brotaban a raudales de sus ojitos.

—Tienes que ser fuerte ante la noticia que voy a darte —le anunció Luciano a Julia.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con un mal presentimiento.

Estaban ambos frente a frente, solamente se interponía entre ellos el cristal que dividía la sala de visitas. Él carraspeó, no sabía cómo empezar. Su tono era solemne.

—Julia...

—¡Habla, Luciano! ¡Dime lo que sea sin tantos rodeos!

—Se trata de tu hija, de Anita.

Julia palideció. Un frío intenso le recorrió toda la columna vertebral.

—¿Qué pasa con mi niña? ¿Está enfermita?

—No, no. La niña está perfectamente sana. Es otra cosa...

—¿Qué? ¡Habla, por Dios!

—La niña, Julia... Un juez del departamentos de Niños y Familias emitió una orden.

—¿Pero qué tipo de orden?

—Has perdido la patria potestad de tu hija. La niña hoy le fue otorgada a la familia paterna de Anita. Específicamente la guardia y custodia es de doña Ramona. Ahora esa mujer tiene todos los derechos legales sobre la niña.

—¡No! —gritó desgarrada—. ¡Mi hija no puede pertenecerle a esa mujer que tanto me odia! ¿Por qué se la quitaron a mi abuelo?

—Doña Ramona movió sus influencias. Reclamó el cuidado de la niña, alegó que pasarías muchos años encerrada y...

—¡Pero mi abuelo puede cuidar de Anita! —alegó Julia presa de la más grande desesperación y angustia.

—Tu abuelo es un hombre muy mayor. El juez tomó eso en cuenta.

—¡Mi hija tiene que volver a la casa, Luciano! ¡Nancy puede cuidarla!

—Julia, Nancy no es nada tuyo, no hay vínculo sanguíneo entre ustedes. Doña Ramona tenía todas las cartas a su favor para salirse con la suya.

La angustiada muchacha se cubrió el rostro con las manos y lloró largamente. Luego, volvió a mirar a Luciano a través del cristal.

—Ayúdame, Luciano. Mi hija tiene que volver junto a mi abuelo y Nancy. Doña Ramona me odia y Viviana también. Esas mujeres volcarán todo su odio hacia mí sobre mi niña.

—La situación se hace complicada. Si estuvieses libre, podrías reclamar tus derechos de madre, pero aquí encerrada no. Ningún juez le entregará la custodia de tu hija a tu abuelo por la avanzada edad de don Luis. Es verdad que doña Ramona te odia, pero no hay manera de demostrar eso. La familia Armenteros es poderosa e influyente. Esa mujer supo mover muy bien sus hilos. Aparentemente, la niña se criaría en el seno de una familia multimillonaria, rodeada por el mejor ambiente. El juez tomó en cuenta todo eso y...

—Necesito salir de aquí. Solamente libre podré recuperar a mi hija. ¡Por favor, ayúdame! —suplicó desgarrada.

Daniel Armenteros se despertó muy temprano y fue apurado a la habitación de la pequeña Anita. Deseaba desayunar con ella y luego jugar juntos en la piscina. Desde la noche anterior había llamado a su asistente personal para que le cancelara todas las citas de ese día, pues quería dedicárselo a la hija de Julia. Se quedó muy sorprendido al no hallar a Anita en su cuarto. Regresó a su propia habitación, tomó un rápido baño y se vistió. Minutos después bajaba las largas escaleras de la mansión.

—Buenos días, papá —saludó acercándose a don Gerardo—. ¿Dónde está Anita?

—Tu madre y Viviana salieron muy temprano con la niña.

—¿Salieron muy temprano? ¡Pero si apenas acaban de dar las ocho de la mañana!

—Sus planes eran llevarla a desayunar a un lugar especial y luego pasar el día entero de compras.

—No debieron despertar tan temprano a la niña —rebató contrariado.

—Opino igual, pero ya sabes que es imposible llevarle la contraria a tu madre.

—Voy a salir a buscarlas.

Don Gerardo le hizo detenerse.

—Va a ser imposible que las encuentres. Visitarán diferentes *mall*. Si las llamas por teléfono, seguramente no te contestarán. Es mejor esperar a que vuelvan.

—Papá, quiero que me ayudes a mantener muy vigiladas a mamá y a Viviana. Aparentemente están dispuestas a cuidar a Anita y a rodearla de amor, pero bajo ningún motivo quiero que la hagan infeliz. No confío en ellas —aseveró Daniel sintiéndose intranquilo.

—Te entiendo perfectamente, hijo.

Entró a la sala Raíza.

—Buenos días. ¿Van a desayunar los señores?

—Para mí solamente café.

—Igualmente para mí.

—Enseguida. Con permiso.

La empleada doméstica se retiró de vuelta hacia la cocina.

—¿Has vuelto a visitar a Julia?

—No he sentido la fuerza para volver.

—Pobre muchacha. Su vida se ha vuelto un infierno.

—Ya debe de estar al tanto de que su hija fue apartada de su abuelo. Debe sentirse muy desesperada.

—Con más razón debes ir a verla, Daniel. Dile que su hija estará bien bajo el techo de esta casa. Prométele que amarás a la niña y serás como un padre para ella. No le falles a Julia. No cometas los mismos errores que yo.

—¿A qué te refieres, papá? ¿De qué errores hablas?

—Yo me entiendo... —evadió don Gerardo ocultando su secreto.

—Está bien, no voy a obligarte a contarme si no quieres —concedió—. Ahora me marchó.

—¿No esperas el café?

—No.

—¿Iras a visitar a Julia?

—Sí.

Y tras decir esto, Daniel salió a la calle.

«Ramona volvió a repetir la historia. Hace treinta años le robó su hijo a Antonieta y ahora le roba su hija a Julia», cavilaba don Gerardo.

—¿Eres cristiana?

—Sí. Soy muy devota de la Virgen de la Caridad del Cobre, la patrona de los cubanos.

—Entonces reza, Julia, reza mucho. Rezar ayuda a espantar la angustia del corazón —aconsejó Estrella.

En todas aquellas semanas que habían estado juntas compartiendo la misma celda, Estrella había aprendido a tomarle cariño a Julia. Había sido testigo de su dolor, de su gran sufrimiento. Ahora sí creía en su inocencia en el crimen de Samantha Parker. A Estrella le resultaba sumamente triste ver llorar a su amiga por haber perdido a su hija.

—Yo antes no creía en Dios. Las mujeres de la calle como yo vivimos en pecado. Habría sido contradictorio creer en Diosito. Quizás en lo más profundo de mi alma sentía miedo. Miedo de ser rechazada por Jesucristo. Mi vida tampoco ha sido fácil, Julia. Mi madre era alcohólica y a mi padre nunca lo conocí. Un tío hermano de mi madre me violó cuando yo tenía nueve años.

—No hace falta que recuerdes cosas tan dolorosas, Estrella.

—Me escapé de mi casa a aquella corta edad —prosiguió conteniendo los sollozos—. Siendo una niña, caí en las drogas y en todos los vicios. Dormía en la calle y me uní a una pandilla de adolescentes delincuentes. Me daba igual morir o no. Me pasaba la mayor parte del día drogada, *baby*. Yo no creía en Dios. Mi madre nunca me enseñó a creer en él. Fueron pasando los años y me volví una ladrona experta. Junto a la pandilla asaltábamos supermercados, robábamos autos, entrábamos a las casas por las ventanas y arrasábamos con todo. Varias veces fui a parar de cabeza a diferentes reformatorios juveniles. Me hice mujer y empecé a trabajar como prostituta. Primero en las calles, luego en diferentes antros y burdeles, y otra vez de vuelta a las calles.

—Lamento tanto todo lo que has sufrido, Estrella —aseguró sincera Julia.

—Un día conocí a un tipo muy guapo. Era cliente habitual del bar donde yo bailaba y me vendía a los clientes. Me sacó de aquel lugar y me llevó a vivir con él. Me enamoré como una loca, fue mi primer amor. Por él dejé las drogas. Quise cambiar de vida, por amor quise cambiar. Pero la perra mala suerte que siempre me ha perseguido no estaba dispuesta a soltarme tan fácilmente. Aquel hombre en el que yo confiaba, y a quien amaba plenamente, me propuso ser mula. Me pidió que trajera tres kilos de cocaína a Miami.

—¿Le dijiste que sí?

—¿Cuándo has conocido a una mujer estúpidamente enamorada que diga que no? Hice lo que me pidió. Él me prometió que al llegar a Miami me pagaría una buena cantidad de dólares y que después nos casaríamos y nunca más volveríamos a traficar. Fui una tonta —suspiró Estrella triste—. Por suerte, la policía no me descubrió y entregué el cargamento aquí en Florida. A mi hombre, ese hombre al que yo amaba y en el que había confiado, nunca más lo volví a ver. Nunca más volví a saber de él. Obviamente, nadie me pagó la cantidad prometida por la droga transportada. Me quedé ilegal aquí y, como ya te dije, he estado entrando y saliendo de prisión. Sobre mí pesa una orden de deportación, así que en cualquier momento la policía me mandará a volar de vuelta a mi país.

Julia la había escuchado en silencio, sorprendida por su cruel historia y compartiendo su dolor.

—Descubrí a Dios sin proponérmelo. Un día que caí enferma. Creí que tenía sida. Fui a parar a un hospital. Por suerte, mi mal era otro: una neumonía que casi me manda para el otro mundo. Luego de un par de meses hospitalizada, pude salir a la calle. Al abandonar el hospital, caminé,

caminé mucho y me topé de frente con una iglesia. Sentí un impulso muy grande de entrar y agradecer. Aunque no creía en Dios, le agradecí por haberme salvado la vida. He seguido llevando trancazos, pero cuando más desesperada estoy, cuando la oscuridad total me envuelve, le hablo a Dios. Le rezo con fervor y me siento más aliviada. Reza mucho, Julia. Reza para que Dios te ayude a transitar por tu camino, para que haga más llevaderas tus penas, para que haga menos pesada tu cruz. Yo todas las noches antes de dormir rezo, y aunque no me creas, te tengo presente en mis oraciones.

—Gracias, Estrella —susurró Julia con los ojos llenos de lágrimas.

La noble guatemalteca, por respuesta, le sonrió dulce y humana. La puerta de la celda se abrió dándole paso a una mujer policía.

—Tienes otra visita, Julia Alcántara. ¡Recibes más visitantes al día que la reina Letizia de España! —le dijo odiosa la uniformada.

Al entrar a la sala de visitas, Julia se encontró de frente con Daniel. Ambos se miraron por largos minutos. Un mar de emociones y sentimientos encontrados los invadía.

—Tienen diez minutos.

La mujer policía se marchó. Julia y Daniel se sentaron al mismo tiempo uno frente al otro. Ambos tomaron el teléfono para poderse escuchar. Ella tenía las manos temblorosas y la mirada desolada.

—Discúlpame por no haber vuelto desde hace días, Julia.

—No estás obligado a hacerlo.

—Todos los días me reúno con tu abogado para estar al tanto de la más mínima novedad en tu caso.

—¿Por qué tanto interés si no crees en mi inocencia? —preguntó dolida por las dudas de él.

—Te sigo amando, Julia. A pesar de todo, te sigo amando.

—A estas alturas ya eso no importa. Yo solamente quiero hacerte un ruego.

—Pídeme lo que quieras.

—Aparta a la niña de tu madre. Por favor, llévate a Anita de esa casa.

—No puedo hacer eso. Mamá tiene la guardia y custodia de la niña.

—Doña Ramona me odia. Desquitará todo su odio en mi niña. ¡Tienes que evitar eso, Daniel! En aquella casa también vive Viviana. Ella hará blanco a mi hija de su odio desmedido.

—No te desesperes. Mamá quiere a la niña, pues está convencida de que es la hija de Jorge Ignacio.

—No, no, ¡estoy segura de que no la quiere! Buscó quedarse con Anita para hacerme más daño, para martirizarme. Mi hija no puede seguir en aquella casa, ¡compréndelo!

—Julia...

—¡Aléjala sobre todo de Viviana! —suplicó invadida por un terrible presentimiento.

—Viviana me prometió querer a Anita y ser como una madre sustituta para ella.

—¡No! ¡Mi hija no necesita una madre sustituta! ¡Y menos si es ella! ¡Anita me tiene a mí!

—Posiblemente pases muchos años encerrada —dijo él con gran pesar—. Quizás cuando salgas de aquí, ya Anita sea una adolescente o una mujer de veinte años. Trata de reflexionar. La niña necesita una familia. Tu abuelo es un hombre mayor, si Anita siguiera con él, se quedaría solita el día que don Luis faltase.

—Eso lo entiendo, pero entiende tú que en tu casa hay demasiado odio en mi contra. Ese odio le será trasladado a mi hija —sollozó llena de impotencia.

—Julia, tu estado de ánimo no te ayuda a pensar razonablemente. Te repito que no puedo quitarle la niña a mamá. Legalmente le pertenece.

—Entonces hazte esa prueba de ADN de la que me hablaste. Si tú resultas ser el padre de Anita, podrás reclamarla ante la ley. Como padre, tendrías todo el derecho para llevártela.

—Sí, claro que voy a proceder con lo de la prueba de ADN.

—¿Cuándo?

—No lo sé. En los próximos días o semanas. Ahora estoy muy agobiado con todo lo que está pasando. He tenido muy abandonada mi campaña política. Han sido tantas cosas...

—Mi hija debe abandonar cuanto antes la mansión Armenteros.

—De acuerdo. Procederé a lo de la prueba de ADN máximo la semana próxima y te prometo que, si Anita resulta ser mi hija, me la llevaré de aquella casa.

Julia no respondió. Simplemente lo miró con la gratitud reflejada en sus ojos.

—Quiero que sepas que cuido a la niña, juego con ella, la mimo...

—Gracias, Daniel.

Se miraron largo rato a través del cristal y ella salió tras colgar el teléfono comunicador. Parecía menos desesperada.

A la mañana siguiente, Julia y Estrella fueron informadas que en una hora serían trasladadas a la prisión. Recogieron sus pocas pertenencias y esperaron a ser conducidas al autopatrulla que las llevaría.

—¿Es muy terrible la cárcel? —quiso saber Julia llena de desasosiego.

—Allí vas a encontrarte todo tipo de mujeres: malas, buenas, asesinas, traficantes, estafadoras, también las hay las que en verdad son inocentes y están encerradas injustamente. Hay otras encarceladas por delitos menores; en fin, chica, vas a encontrarte con un arcoíris muy diverso.

—Tengo miedo, Estrella.

—Es lógico, *baby*. Todas sentimos miedo la primera vez que vamos a pisar una prisión. Por suerte, estamos juntas. Es un ambiente que me conozco muy bien. Yo te defenderé.

—Gracias. Gracias otra vez.

Media hora después, ya esposadas, Julia y Estrella fueron conducidas por un largo pasillo immaculadamente pintado de blanco. Llegaron hasta una puerta. El guardia que estaba vigilando se hizo a un lado. La mujer policía que conducía a ambas detenidas abrió la puerta y les hizo señas para que avanzaran.

Julia y Estrella salieron al exterior, al estacionamiento trasero de la comisaría de policía. Vieron allí no menos de una docena de patrullas policiales. Julia paseó la vista por el lugar herméticamente cerrado y custodiado por varios guardias armados. Ella alzó la mirada hacia el cielo. Inmediatamente sintió el calor del sol en el rostro. Tuvo que cerrar los ojos ennegrecida por el resplandor. Desde hacía varias semanas, ambas presas no sentían sobre su piel los rayos del sol.

—¿Dónde seremos llevadas? —quiso saber Estrella.

—Al Centro de Detención de Mujeres —le contestó la mujer policía mirándola.

El Women's Detention Center contaba con trescientas setenta y cinco camas, con una población diaria de entre trescientas y trescientas setenta y cinco reclusas. Las internas en esa instalación variaban de detenidas de prejuicio a reclusas condenadas.

Julia y Estrella montaron en la parte trasera de la patrulla policial. Un policía uniformado se puso al frente del volante, y la mujer policía que las condujera desde su celda hasta allí ocupó el asiento del copiloto. El auto se puso en marcha. El gran portón de hierro rodeado de grandes muros de concreto se abrió de par en par. La patrulla salió a las calles y enfiló hacia el 1401 N. W y la 7th Avenue.

Daniel cargó a la pequeña Anita entre sus brazos y la besó.

—Eres la niña más linda de todo Miami.

—Pa-pá.

—No, no debes llamarlo papá —corrigió en tono seco y autoritario doña Ramona—. Es tu tío Daniel.

—Déjala que me llame como quiera.

—No. Eso la confundiría. Desde ya debe saber que eres su tío. Anita crecerá comprendiendo que su único padre era Jorge Ignacio y que por culpa de una mala mujer...

—Mamá, por favor —le cortó Daniel.

La dama de hierro dio unos pasos hasta su sillón favorito, pero esta vez no se sentó.

—Hablando de Julia, hoy será trasladada.

—Lo sé. Me lo informó ayer al final de la tarde su abogado defensor.

—Ahora a esperar el juicio —sonrió satisfecha la pérfida mujer y con gran gozo interior.

—Te sientes feliz, ¿verdad? —recriminó él.

—No voy a negarlo. Es una cuestión de justicia.

—Me llevaré a Anita a comer helados y pasaré el resto del día paseando con ella —cambió drásticamente la conversación para evitar una nueva discusión.

—¿Por qué no invitas a Viviana que los acompañe?

—No. Quiero disfrutar a solas con la niña.

—Daniel, debes cambiar tu actitud para con Viviana. No entiendo tu rechazo hacia ella. Nunca te ha hecho ningún mal. Para mí es como una hija. Además, Viviana está demostrando que empieza a querer a Anita y eso debemos agradecerérselo. Ella...

Daniel no la dejó terminar.

—Le agradezco a Viviana su cariño hacia la niña, pero no me pidas que la acepte.

—¿Por qué no?

—Prefiero no dar detalles.

—La odias porque nunca quiso a Julia y no fue su amiga. Entonces también deberías odiarme a mí por el mismo motivo.

Daniel habló en tono pausado:

—¿Podemos cambiar de tema, madre?

—No quiero que Viviana se sienta hostigada por ti —terció ella insistiendo en el tema.

—¿Hostigada? ¿Hablas tú de hostigamiento? ¿Precisamente tú que no le diste respiro a Julia mientras vivió aquí?

—Siempre la defiendes. Para ti sigue siendo intocable, aunque sea una asesina.

A Daniel empezaba a dolerle la cabeza.

—Subiré a cambiar de ropa a Anita y luego saldré con ella como ya te dije.

Cuando Daniel desapareció escaleras arriba con la niña, doña Ramona sonrió perversa. Era evidente que disfrutaba martirizándolo.

—¿Cuánto tiempo pasará para que yo vuelva a ver todas estas calles? —se preguntó Julia mirando a través de la ventanilla enrejada del auto policial—. ¿Cuánto tiempo pasará para que yo pueda volver a ver a mi Anita?

La patrulla avanzaba a velocidad moderada a través del moderno *free way*. Sentada junto a Julia, iba una silenciosa y somnolienta Estrella. Cabeceaba a punto de quedarse dormida. En el puesto delantero iba el policía conductor y su compañera uniformada.

Muy cerca de ellos, otro coche avanzaba a exagerada velocidad. Su conductor iba bajo los efectos del alcohol. El choque fue inevitable. El conductor ebrio acabó por quedarse dormido y se estampó con fuerza violenta y gran velocidad contra la parte trasera de la patrulla. La mujer policía, al sentir el violento golpe trasero, abrió la boca para gritar, pero la salida del airbag se lo impidió. El policía que conducía perdió el control del volante y la patrulla se salió del camino, yendo directamente a estrellarse contra uno de los altos muros que bordeaban el *free way*. Tras la

fuerte colisión, ambos agentes de la ley perdieron el sentido. La puerta trasera del lado de Estrella se abrió de par en par producto del choque.

—¿Qué pasó? —preguntó Julia aturdida y mareada por el impacto.

—¡La providencia nos ayudó, Julia! ¡Larguémonos! —gritó Estrella.

—¿Qué?

—¡Deprisa! —volvió a gritar Estrella presa de una gran excitación—. ¡Es ahora o nunca! ¡En pocos minutos esto estará lleno de policías y habremos perdido nuestra oportunidad de oro!

—¿Escaparnos? —preguntó Julia confundida.

—¡Ahora mismo!

—¡Estamos esposadas!

—¡Nuestras piernas están libres, *baby*, y es lo único que necesitamos para correr!

Sin agregar nada más, la guatemalteca saltó fuera de la patrulla estrellada. Las cornetas de los otros autos empezaron a hacer ensordecedor el ambiente y una gran fila de vehículos comenzó a formarse para darle paso a un denso tráfico.

—¡No lo pienses más o nunca podrás recuperar a tu hija! —gritó Estrella mientras le tendía la mano a Julia para ayudarla a bajar de la patrulla.

Sacudida interiormente al recordar a su pequeña Anita, Julia tomó la mano de Estrella y saltó también a tierra. De un par de vehículos ya detenidos por el tráfico que se había formado, unos jóvenes grababan con sus celulares la espectacular huida de las prisioneras. Un gran número de conductores de otros autos vieron correr ante sus ojos a dos mujeres esposadas. Julia y Estrella lograron perderse de vista al tomar una de las salidas del *free way*.

Cuando doña Ramona y Viviana llegaron con expresión tensa y los nervios a flor de piel a la comisaría de policía, el lugar parecía un hervidero debido al gran ambiente de confusión que reinaba. Allí había periodistas gráficos y cámaras de televisión. Todos hablaban a la vez. A los policías presentes en el lugar les costaba controlar a la prensa. Inmediatamente, ambas mujeres fueron rodeadas y bombardeadas a preguntas:

—¿*What do you think about the escape of your son's exwife, Mrs. Armenteros?* —interrogó un periodista gringo.

—¿Cree usted que Julia Alcántara intentará quitarle a su hija? —quiso saber ahora uno latino.

—¿Viajará fuera del país con la niña para evitar que su madre se le acerque?

—¿Teme una venganza por parte de Julia Alcántara?

—Basta, ¡basta! —exigió doña Ramona perdiendo los nervios—. ¡No voy a dar declaraciones!

—¿Cree a la fugitiva capaz de atentar contra usted por haberle quitado a su hija?

—Yo no le quité nada a esa infernal mujer. Soy la abuela de la niña, ¡y la reclamé legítimamente!

—Ramona, Viviana, ¡vengan por aquí!

Todas las miradas se volvieron hacia el fondo del largo y estrecho pasillo. Allí, de pie ante una puerta semi abierta, estaba un evidentemente nervioso y sudoroso senador Parker. Viviana tomó rápida y resueltamente a su suegra por un brazo y ambas mujeres, abriéndose paso a codazos y puntapiés, lograron avanzar. La gran cantidad de agentes de la prensa les dificultaban el paso, jaloneándolas hacia un lado y otro. Finalmente lograron llegar hasta Parker y desaparecieron dentro de la oficina. La puerta de la misma se cerró con gran fuerza.

—Me imagino que recuerdan al comisario Sautier, encargado del asesinato de mi hija —la voz del senador era tensa. Su rostro lucía desencajado.

—¿Cómo es posible que haya logrado fugarse esa criminal de Julia Alcántara? —exigió explicaciones la dama de hierro—. ¿En qué clase de país vivimos que ya no podemos sentirnos seguros?

—Tienen que atrapar a esa delincuente. ¡Nuestras vidas corren serio peligro! —exclamó Viviana con los nervios alterados.

—Calma, calma —pidió Sautier.

—¿Calma? ¿Acaso habla usted en broma? —explotó la matriarca de los Armenteros—. Julia Alcántara ya mostró desde hace mucho tiempo sus alcances. Es capaz de los peores crímenes. ¡Mi familia y yo tememos por nuestra seguridad! Douglas, tienes que exigir que...

—Señora Armenteros —interrumpió el comisario—, su casa será custodiada las veinticuatro horas del día.

—No solamente quiero custodia policial para mí y los míos, además de eso, ¡exijo que esa asesina sea atrapada!

—Así será, Ramona —afirmó el senador tratando de controlar su propio nerviosismo.

—¿Cómo logró fugarse? —quiso saber Vivi.

—La patrulla policial en las que eran trasladadas a la penitenciaría fue impactada por otro vehículo. El auto perdió el control y los agentes que viajaban a bordo custodiando a las reclusas perdieron el conocimiento. Ambas aprovecharon la confusión del momento para huir.

—¿Ambas? ¿De quién iba acompañada Julia? —bramó doña Ramona.

—De Estrella Suárez, una mujer con varias entradas y salidas de prisión por diferentes delitos.

—¡Dios las cría y el diablo las junta! —expresó despectiva Viviana.

—Hay todo un despliegue policial buscando a las fugitivas por tierra, mar y aire. Varios testigos del accidente grabaron con sus celulares la fuga. Ya los videos están en internet. Gracias a las redes sociales, Julia y Estrellas podrán ser identificadas por cualquier ciudadano —informó Sautier.

—Se ofrecerá una jugosa recompensa a quien avise del paradero de esas dos peligrosas mujeres —agregó el padre de Samantha Parker.

—¿Cuánto tiempo tardarán en capturarlas?

—Eso es imposible de determinar, señora de Armenteros.

—Julia y su compañera iban esposadas.

—Por Dios, Douglas, eso no es garantía de nada. Si la fulana Estrella es una delincuente profesional, sabrá muy bien cómo librarse de las esposas. Además, seguramente contactará a algún cómplice para que las ayude.

—No hay que desesperarse, señora de Armenteros. Nuestro cuerpo policial...

—Su cuerpo policial son una panda de ineptos, comisario —cortó la embravecida doña Ramona.

El comisario Sautier respiró profundamente para llenarse de paciencia y no responderle a la alterada mujer.

—Ya Julia debería de haber sido atrapada —recriminó Viviana.

—Las fugitivas huyeron hace escasamente una hora —replicó Sautier sin alterarse, aunque harto de las exigencias de ellas.

—Debemos confiar en nuestra policía —pidió el senador en tono suave.

—Te veo demasiado tranquilo, Douglas. Yo en tu caso no lo estaría. Te recuerdo que quien está en las calles es la asesina de tu única hija —aguijoneó la matriarca con saña—. Vámonos, Viviana. Ya nada más tenemos que hacer en este lugar.

Ambas mujeres, llenas de altivez y una actitud cargada de prepotencia, abandonaron la oficina. Afuera, un murmullo de voces con preguntas se elevó. El senador y el comisario quedaron frente a frente.

—Exijo la detención inmediata de esas dos delincuentes, Sautier. Sobre todo, quiero que capturen a Julia Alcántara. Viva o muerta.

Don Luis y Nancy estaban totalmente atónitos ante lo que les acababa de contar Luciano Anderson.

—¡No lo puedo creer! ¡Mi panita se escapó cuando la llevaban para la cárcel! —exclamó Nancy con la boca desmesuradamente abierta.

—¿Pero por qué mi nieta hizo eso?

—Ignoro los motivos, don Luis, pero pienso que fue un error. Si alguien dudaba de la culpabilidad de Julia, ahora deben de estar completamente convencidos de que ella fue la asesina de Samantha Parker.

—¿Dónde puede estar?

—Nadie lo sabe, Nancy. Hay un gran despliegue policial buscando a las dos prófugas.

—¡Pueden matar a mi nieta! La policía la debe considerar una presa peligrosa.

—Espero que se ponga en contacto conmigo —suspiró Luciano angustiado por la mujer que tanto amaba.

Daniel Armenteros recibió la misma noticia de su jefe de campaña:

—¿Fugada Julia junto a otra presa?

Valentín Valladares asintió.

—¿Pero cuándo?

—Hace tres horas, Daniel. La noticia saltó inmediatamente a la televisión, la radio y a las redes sociales. Todo el país habla de tu exesposa.

Daniel estaba boquiabierto.

—Voy a organizarte inmediatamente una rueda de prensa. Hay que desvincularte de los hechos. Declararás que habías perdido todo contacto con la fugitiva, y dirás que tu mayor deseo es que sea capturada viva o muerta debido a su peligrosidad.

—No. No voy a declarar eso.

—Es necesario. Entiende que tu imagen puede verse afectada. Si tus votantes llegaran a pensar que estás apoyando a una evadida de la justicia, tu candidatura se irá al foso.

—¡Al diablo mi candidatura! ¡Ahora lo más importante para mí es Julia!

—Los demás miembros del partido no estarán de acuerdo con tu decisión —advirtió Valentín—. Entiende que esa mujer está acusada de un crimen, y no de un crimen cualquiera. Es la asesina de la hija de uno de los políticos más queridos de este país.

Daniel no pudo responderle.

—Ya te tengo preparada la ropa que deberás lucir en la conferencia de prensa.

—No estoy para conferencias. ¡Entiéndelo! La mujer que amo está prófuga, en peligro de ser matada a tiros por las autoridades. Cancela toda mi agenda para esta semana.

—Eso es imposible, Daniel. Para esta semana tienes dos fiestas muy importantes: una con el embajador de Rusia, que solamente viene a Miami por veinticuatro horas, y la otra fiesta es con la activista por los derechos humanos de Chile. Aparte de eso tienes que estar mañana a las seis de la mañana en Univisión para ser entrevistado en *Despierta América*, y mañana mismo en la tarde tienes otra entrevista en América Tv.

—Ya te dije que canceles todo. Mi prioridad es ocuparme del caso de Julia.

—No, Daniel, tu prioridad es tu partido político y tu campaña presidencial. No pongas en riesgo tu candidatura.

Daniel suspiró lleno de impotencia y nervios.

Esa misma noche, Daniel llegó a la mansión Armenteros totalmente exhausto luego de tan complicado día. La falta de noticias sobre el paradero de Julia lo estaba enloqueciendo. Desde el fondo de la casa, Viviana se acercó a saludarlo.

—Buenas noches, Daniel. ¿Un trago?

—Doble y seco, por favor. Lo necesito.

Ella preparó ambos tragos y le entregó uno a él.

—¿Alguna noticia sobre Julia?

—Ninguna. Es como si la tierra se la hubiese tragado.

A ella le dio la impresión de que Daniel estaba algo pasado de copas.

—¿Estuviste bebiendo?

—Ha sido un día pesadísimo. Tuve una rueda de prensa interminable y varias entrevistas. He estado bebiendo para no pensar, para aturdirme.

Ella, de manera coqueta e insinuante, lo tomó del brazo ejerciendo una leve presión.

—Comprendo que vives momentos muy difíciles. Sabes que cuentas conmigo siempre. —Lo miró fijamente, sensual—. Por favor, mírame como tu nuevo gran apoyo.

—¿Y Anita? —evadió él.

—Tu madre le dio de cenar y yo me encargué de acostarla. Le conté un cuento que le encantó. Cada día esa muñequita me roba más el corazón —mintió con tono meloso.

—Gracias por cuidarla. Voy a subir a tomar un baño —apuró el trago de un golpe.

—¿Quieres un masaje relajante? Estás muy tenso.

—No. Me bañaré y me acostaré inmediatamente. Mañana tengo otro día difícil.

Daniel se soltó de ella, dejó el vaso vacío sobre el minibar y subió las escaleras.

—Ojalá mañana amanezcas muerta, Julia Alcántara —murmuró entre dientes Viviana.

Era una noche extremadamente calurosa en Miami. La humedad lo empeoraba todo. Julia y Estrella habían logrado esconderse en una casa abandonada. Estaban agazapadas tras una gran pared sucia y despintada. El lugar olía muy mal. Era evidente que era el refugio de mendigos y gente de malvivir.

—¿Hasta cuándo nos quedaremos aquí, Estrella?

—El resto de la noche. Nos deben estar buscando intensamente, *baby*. No podemos arriesgarnos a que nos atrapen y nos devuelvan de cabeza a los calabozos.

—No debí escaparme. Fue un error.

—¿Por qué lo piensas?

—Si alguien dudaba de mi culpabilidad, ahora que hui deben de estar convencidos de que yo asesiné a la hija del senador.

—No debe preocuparte lo que los demás piensen o dejen de pensar. Tu prioridad es mantenerte libre para poder recuperar a tu hija.

—¿Pero cómo voy a recuperarla con la policía tratando de cazarme?

—Ya buscaremos la forma, *baby*. Estoy segura de que, si llamas al candidato Armenteros y al otro, al fulano Luciano, ambos harán hasta lo imposible por ayudarte. Ellos te aman y se jugarían el pellejo por ti. Si ellos te ayudan a recuperar a tu hija, podrás huir a otro estado y cambiarte la personalidad, o también puedes largarte a México. Allí será imposible que te encuentren.

Una enorme rata pasó corriendo ante ellas. Julia estuvo a punto de lanzar un grito de pánico y asco, pero Estrella le tapó la boca oportunamente con su mano derecha.

—¡No pongas en peligro nuestra libertad por una simple rata!

Julia asintió y Estrella le destapó la boca. Ambas estaban atentas a cualquier ruido proveniente de la calle.

—Mañana nos ocuparemos de quitarnos estas malditas esposas —dijo Estrella.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ya mañana pensaremos en algo. —Bostezó la guatemalteca totalmente agotada.

—Todas las salidas de Florida deben estar vigiladas. No nos será fácil mantenernos fugitivas.

—No seas pesimista, Julia. Tengo tanta hambre que me comería un elefante yo sola. Es mejor dormir para no pensar.

Julia no pudo evitar que sus ojos se humedecieran.

—Mi pobre abuelito y Nancy deben de estar sufriendo mucho por mí. También Daniel y Luciano.

—No te atormentes más y duérmete, chica —aconsejó Estrella casi dormida y vencida por el cansancio.

—Mi pobre Anita. Cuánta falta me hace mi hija.

Una leve sucesión de ronquidos de Estrella hizo comprender a Julia que su amiga de desventuras había sido vencida por el sueño.

Julia escondió su rostro sobre las palmas de sus manos y se puso a sollozar calladamente.

A las cuatro de la madrugada, Julia y Estrella dejaron la casa abandonada donde se habían refugiado. Camufladas por la gran oscuridad que envolvía las calles, avanzaron durante varias cuadras. Cuando empezaba a esclarecer el nuevo día, los pies de ambas estaban doloridos. Por nada del mundo se detuvieron. Iban atentas y vigilantes.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —quiso saber Julia—. No me lo has dicho.

—Al cabaret de una amiga, pero todavía nos queda muy lejos. Tendríamos que buscar otro lugar donde escondernos antes de que acabe de amanecer.

—Necesitamos comer algo o nos desmayaremos del hambre y la sed.

—Pienso que lo que más nos conviene es robar un carro.

—No. Más delitos no.

—No seas tonta, *baby*. Caminando tardaremos horas en llegar, y como bien dices, necesitamos alimentarnos. Si robamos un coche, llegaremos en menos de media hora al cabaret de la Mami. Allí podremos refugiarnos hasta decidir qué haremos con nuestras vidas. Yo ya lo decidí: me largo a México.

Julia se sentía llena de tensión.

—Yo también huiré a México, pero antes tengo que recuperar a mi hija Anita.

—Bien pensado.

—Robemos un carro como propusiste —dijo resolutiva—. Y que la Virgen del Cobre nos ampare.

Don Gerardo y doña Ramona estaban en el jardín desayunando. Hacía una mañana espléndida.

—¿Alguna noticia sobre Julia?

—Nada. Es como si a esa maldita mujer se la hubiese tragado la tierra.

Doña Ramona hizo una mueca de odio al pronunciar el nombre de Julia.

—Pobrecita. Me imagino lo desesperada que se sintió al verse conducida a la cárcel siendo inocente. Es lógico que escapara.

—Te empeñas en creer en su inocencia.

—Y tú te empeñas en creer en su culpabilidad.

—Las pruebas hablan por sí solas, Gerardo.

—No siempre todo es lo que parece.

A la mesa del desayuno se acercó la joven niñera encargada de cuidar a Anita.

—Permiso. Doña Ramona, Anita se niega a desayunar.

—Es una majadera. Sacó el mismo carácter rebelde de la madre. Será una tarea ardua educar a esa niña. A su corta edad es una mini salvaje.

—Ramona, por favor, no hables así de nuestra nieta.

—Digo las cosas como son.

La dama de hierro se puso de pie dejando sobre la mesa la servilleta de hilo.

—Enseguida voy a encargarme de la niña.

—Permiso. —La niñera se retiró discreta. Doña Ramona clavó su mirada de acero en su esposo, quien tomó su taza de café para llevársela a los labios.

—¿Cómo está la loca de Antonieta?

Don Gerardo se paralizó sin llegar a probar el café.

—Igual —mintió tenso.

—Espero que siga tan loca como siempre. Ni a ti ni a mí nos conviene que mi hermana recupere la razón. De hacerlo, nos acusaría contándolo todo.

—Yo no tengo nada que temer.

—Eres tan culpable como yo, Gerardo. Callaste todo lo que hice. Si se descubriera la verdad, Daniel te odiaría con todas sus fuerzas y jamás te perdonaría.

—Descuida. Antonieta no se ha recuperado ni se recuperará —volvió a mentir.

—Es absurdo que la mantengas en ese manicomio. Es mejor que vuelva a ser encerrada en el sótano. Yo aquí acabaría con su inútil vida, como era mi plan.

—Ya te dije que no voy a permitirte que la asesines.

—La sigues amando. No puedes negarlo —expresó la matriarca con desprecio.

—Solamente la he amado a ella.

—Ya es tiempo de que olvides ese amor. Nunca podrás estar junto a esa demente —recomendó con sorna doña Ramona.

La altiva mujer echó a andar hacia la casa.

—Debes desayunar, Anita —dijo la niñera con ternura y paciencia.

—No —sollozó la niña embargada por una gran tristeza.

—¿Por qué lloras? Tienes muchos juguetes y vives en una casa muy bonita. ¿Por qué estás tan triste? —preguntó dulcemente.

La puerta de la habitación se abrió dando paso a Daniel. Anita, al verlo, se bajó de su cama y corrió hacia él.

—Buenos días, mi niña consentida —dijo él besándola repetidamente en la carita llena de lágrimas—. ¿Por qué llora mi princesita?

—Ma-má.

—¿Estás triste porque no estás con tu mamá?

—Sí.

—No vayas a creer que mami no te quiere, lo que pasa es que tuvo que hacer un largo viaje.

Daniel sacó su pañuelo y secó suavemente las lágrimas de la pequeña.

—Me preocupa la niña, señor —dijo la niñera—. Siempre está triste.

—Extraña a su madre —lamentó Daniel—. Es muy difícil toda esta situación.

Hizo su entrada al cuarto doña Ramona, quien se dirigió secamente a la pequeña Anita.

—¿Por qué no has querido desayunar? No puedes ser tan majadera. Voy a castigarte por desobediente.

—No le hables así a la niña.

—Te recomiendo que no intercedas en mi manera de educarla, Daniel.

—Y yo te recomiendo que no la hagas sufrir sin necesidad.

—No deseo que mi nieta sufra por nada ni por nadie, pero hay que corregirla. Se estaba criando en un ambiente hostil, sin moral, sin buenos principios ni costumbres —afirmó con tono duro doña Ramona.

—Entiende que la niña está triste por la ausencia de su madre. Es muy pequeña para expresarlo con palabras, por eso su comportamiento.

—Debe olvidarse de esa delincuente que la vida le dio por madre.

—¡Mamá, por Dios!

—Ma-má —suspiró Anita rompiendo a llorar de nuevo.

—Deja de llorar, Anita —exigió la matriarca de los Armenteros—. Siéntate en tu silla, que yo misma voy a darte el desayuno.

—No quiero —dijo hipando por el llanto.

—Tendrás que desayunar quieras o no.

—Basta ya, madre. No vas a martirizarla más. Me llevo a Anita.

—¿A dónde?

—A pasar el día conmigo en la oficina. La niña necesita distraerse, sentirse rodeada de cariño.

Daniel cargó en sus brazos a la pequeña y se marchó a la calle con ella.

—Va a ser imposible corregir a esa pequeña salvaje con las intervenciones de Daniel —se quejó molesta doña Ramona.

—Si me permite mi opinión, señora, pienso que usted es demasiado estricta con la niña. Anita está deprimida por la falta de su madre. Hay que tenerle paciencia y rodearla de amor.

—¿Y quién le pidió su opinión? —preguntó en tono soberbio—. Recoja sus cosas y márchese. Está despedida.

Don Gerardo Armenteros estrechó la mano de uno de los enfermeros de la casa de reposo mental.

—Buenos días.

—*Good morning, mister* Armenteros —saludó el enfermero uniformado de unos treinta años.

—Vengo a visitar a Antonieta Vásquez.

—*It is in the garden. Come on, I'll drive you.*

El padre de Daniel Armenteros fue conducido por dos amplios pasillos. El segundo de ellos desembocaba en una puerta de cristal que comunicaba con el amplio jardín donde las enfermas salían a caminar y a disfrutar del aire y los rayos del sol.

—*There is Antonieta* —señaló el enfermero.

—Gracias.

Don Gerardo avanzó hacia la verdadera madre de Daniel, la cual se encontraba sentada en un banco de madera. Ante ella deambulaban de aquí para allá el resto de las dementes. Algunas enfermeras y enfermeros esparcidos por todo el lugar vigilaban atentamente.

—¿Me regala un cigarrillo?

El paso de don Gerardo fue abruptamente cortado por una paciente de nariz muy afilada. Él sacó de su bolsillo su cajetilla de cigarrillos Marlboro y le dio uno.

—Mejor deme dos, uno para ahora y otro para más tarde —rio estúpidamente la mujer.

El patriarca del clan Armenteros complació a la interna dándole los dos cigarrillos.

—Gracias, es usted muy bueno —dijo al tiempo que se guardaba ambos cigarrillos en los senos—. ¿Es también doctor?

—No. Soy visitante.

—¿Viene a visitar a su esposa?

—No. Vengo a ver a una amiga.

—¿Y cómo se llama su amiga?

A don Gerardo le parecía demasiado absurda aquella conversación. Le lucía increíble tenerle que dar explicaciones a una demente.

—Antonieta —respondió lleno de paciencia.

—Ah, sí, la nueva. Yo he escuchado a las enfermeras hablar sobre Antonieta —informó bajando el tono de voz y a manera de chisme.

—¿Y qué dicen sobre ella? —se interesó él en averiguar.

—Dicen que está un poquito menos loca que las demás —se rio a carcajadas—. ¡Menos loca que las demás! Aquí todas estamos locas. ¡Locas de remate!

La demente rio más y de pronto se puso muy seria al preguntar:

—¿Me regala un cigarrillo?

Don Gerardo le ofreció un nuevo cigarrillo.

—Mejor deme dos, uno para ahora y otro para más tarde —repitió exactamente lo mismo.

—Toma. Quédate con el paquete entero.

—No, gracias. No quiero un paquete entero. Yo no fumo.

La enferma mental se retiró desapareciendo al fondo del jardín. Don Gerardo, perplejo por el absurdo momento vivido, se guardó la cajetilla de cigarrillos en el bolsillo y avanzó hacia Antonieta.

Al llegar junto a ella, la notó muy serena y con el rostro descansado. Estaba pulcramente peinada.

—Buenos días, Antonieta —saludó tenso temiendo alterarla.

—Te esperaba. Al fin viniste.

Ella lo miró anhelante. Él se sentó a su lado en el banco de madera.

—¿Cómo has estado desde la última vez que te visité?

—Mejor. Ya no me dan ataques de ansiedad y no me inyectan calmantes. Tres veces a la semana tengo sesiones de dos horas con un psiquiatra. También me dan varias pastillas que dicen que es medicina para el cerebro. Cada día recuerdo más cosas.

—Antonieta... —murmuró don Gerardo emocionado—. Te noto muy serena.

—He aprendido a aceptar mi realidad, Gerardo. Comprendí que debo estar aquí porque en este lugar me están ayudando a recobrar me. Pasé mucho tiempo, aunque no sé cuánto, perdida en un mundo de sombras, completamente hundida en la locura. Quiero mejorarme del todo y recuperar mi vida.

—Es lo que yo también deseo —le aseguró él lleno de emoción.

—Necesito de tu ayuda. Todavía tengo muchas lagunas. Tienes que ayudarme a recordarlo todo, a reconstruir mi pasado.

—Cuenta con eso. En mí tienes tu mayor apoyo.

—¿Cuánto tiempo estuve loca?

—Treinta años.

—¡Treinta años! —suspiró ella con gran sorpresa—. El otro día me vi por primera vez en un pequeño espejo que me dio una enfermera. Mi rostro ya no es el mismo. Me vi envejecida y con el pelo encanecido. Fue impactante. Me costó reconocermé en la imagen que me devolvía el espejo. Ahora comprendo ese cambio tan grande. ¡Pasaron treinta años!

Don Gerardo no pudo evitar sentir una profunda tristeza por aquella mujer a la que tanto había amado y que aún seguía amando. Los ojos de él se llenaron de lágrimas.

—Tienes que curarte del todo, Antonieta.

—Me robaron treinta años de mi vida —protestó con amargura.

—No te martirices...

—¿Mi hermana Ramona sigue viva?

Él bajó la mirada clavándola en el suelo. Le costaba responder.

—Sí.

—¿Y nuestro hijo?

—Es un hombre valiente, fuerte. Admirado por muchas personas. Es candidato a la presidencia de este país.

Ella sonrió con orgullo.

—Mi hijo, candidato a la presidencia. Hiciste de él un buen hombre.

—Sí.

—¿Cómo lograste quitárselo a Ramona?

—No se lo quité.

—No entiendo.

—Yo... Yo me casé con Ramona.

Antonieta cerró los ojos. Aquella revelación le dolía en lo más profundo de su alma.

—¿Te enamoraste finalmente de ella?

—No, no. ¡Te juro que no! Nunca podría amar a una persona tan perversa y destructiva como ella. Me vi obligado a casarme con tu hermana. De nuestro matrimonio nació un hijo.

Ahora Antonieta lo miró fijamente.

—¿Mi hijo sabe la verdad sobre su origen?

—No. Daniel cree que su verdadera madre es Ramona.

—¿Cómo permitiste una infamia tan grande, Gerardo? —gritó.

—Perdón, ¡perdón!

La vergüenza, el dolor y la culpabilidad que sentía don Gerardo lo laceraban.

—No te alteres, te lo suplico. No es bueno que te pongas nerviosa o te inyectarían de nuevo.

Antonieta hizo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse serena. Todavía en ocasiones sus nervios la traicionaban, pues no estaba cien por ciento curada.

—¿Qué fue de mí durante los treinta años que estuve loca? No estuve en este lugar. Recuerdo muy bien el día que llegué aquí.

—Ramona te mantuvo oculta —confesó con un hilo de voz.

—¿Dónde?

—En el sótano de la mansión Armenteros. Un lugar totalmente desconocido por todos los miembros de la casa. Solamente sabíamos de ese lugar tu hermana y yo.

—¡Pasé treinta años escondida y encerrada en un sótano! ¡Como un animal! —exclamó muy impactada.

—Yo te cuidaba. Te alimentaba y te bañaba. Te cambiaba de ropa y en medio de todo, traté de que estuvieras cómoda.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Y crees que por haber hecho eso ya estás libre de culpas? —preguntó con ironía—. ¿Eso te hace sentir mejor ser humano? ¿En qué clase de monstruo te convertiste, Gerardo?

El padre de Daniel comenzó a sollozar. Aquellas palabras acusadoras le dolían. Sabía que ella tenía razón.

—Mi hermana me robó a nuestro hijo y no hiciste nada por impedirlo. Enloquecí a causa de eso y lejos de hacer que Ramona fuera a prisión y pagara por su maldad, lo que hiciste fue casarte con ella y permitirle que me encerrara en un sótano. Eres detestable.

—Antonieta... —suplicó él destrozado y culpable.

Ella se puso de pie.

—Es mejor que te vayas. Ha sido suficiente por hoy. Mi mente no está preparada para tanto de un solo golpe.

Don Gerardo se puso también de pie.

—Te pido, te suplico que me perdones.

—Hay treinta años de dolor, treinta años de maldad. Treinta años de una vida robada. ¿Y tú me pides con tanta ligereza que te perdone? ¿Cómo puedo hacer para olvidar tanto horror? ¿Cómo puedo hacer para superar los treinta años de ausencia de mi hijo? —Antonieta sintió que su cabeza iba a explotar. Un dolor agudo atravesó sus sienes—. Por favor, no vuelvas hasta que yo no te mande a llamar con uno de los médicos. Necesito procesar todo esto. Necesito hablarlo con el psiquiatra que me trata. Te recordaba como un hombre bueno y ahora tengo ante mí al ser más despreciable de todos. Necesito seguirme recuperando y tu presencia ahora me hace daño.

La atormentada mujer se alejó hacia la puerta de cristal. La atravesó y desapareció en el interior.

Don Gerardo Armenteros quedó de pie en medio del patio. Se le acercó nuevamente la loca de nariz muy afilada.

—¿Me regala un cigarrillo? —repitió la misma pregunta.

Él dio media vuelta y se apresuró en alcanzar la salida.

Con gran habilidad, Estrella había logrado robarse un auto estacionado en una de las calles por donde ella y Julia deambulaban tratando de pasar desapercibidas. Mientras Julia Alcántara

temblaba de nervios, la guatemalteca había logrado abrir la portezuela del vehículo y echar a andar el motor. Luego, Julia abordó el carro y juntas huyeron del lugar.

—¿Nos dirigimos al cabaret de tu amiga la Mami o ya cambiaste de planes?

—El plan sigue siendo el mismo, *baby*. El único lugar seguro por el momento para nosotras es ese cabaret.

—¿Es un lugar peligroso?

—No, para nada. La Perla Azul es un cabaret exclusivo para gente de alto nivel. Es un sitio muy distinguido y la Mami es una gran persona. Yo la conozco desde hace muchos años y siempre trató de ayudarme; pero ya sabes, chica, la cabra siempre tira para el monte, y yo con mi cabeza loca nunca me dejé ayudar. Siempre recaía en la mala vida. Estoy segura de que cuando la Mami nos vea, nos recibirá con los brazos abiertos.

El auto robado siguió su marcha sin contratiempos. A Estrella le costaba manejar estando esposada, pero se las ingeniaba bastante bien para no tener ningún accidente que pudiera dar al traste con la huida.

—¿Ya tienes un plan para recuperar a tu hija?

—Todavía no. Sé que no será tarea fácil, pues ahora la niña vive en la mansión Armenteros y en esa casa siempre hay mucha gente, pero no descansaré hasta conseguirlo. Por nada del mundo me marcharé de Miami sin mi hija.

—Pídele ayuda a Daniel Armenteros. A pesar de todo, ese hombre te sigue amando. Si se lo pides, te ayudará —dijo Estrella muy vigilante mientras seguía conduciendo.

—No sé si confiar en él —dudó acongojada Julia—. Daniel me cree una asesina, no sé hasta qué punto él pondría a la niña nuevamente en mis brazos creyéndome culpable. Probablemente pensará que es muy arriesgado que Anita viva conmigo en mi situación. Además, si finalmente Daniel somete a la niña a la prueba de ADN y resulta ser el padre verdadero, entonces sí estoy completamente segura de que jamás me entregará a mi hija.

—Sí, no deja de tener lógica lo que dices.

—¿Falta mucho para que llegemos a La Perla azul? Me pone muy nerviosa seguir en las calles.

—En pocos minutos habremos llegado.

Yolanda Pérez había nacido en Panamá. Era una mujer bastante regordeta y de baja estatura. Tenía una doble papada y senos exageradamente grandes, como melones. Era adicta al bótox y por eso, a pesar de sus sesenta y dos años, su rostro lucía muy terso. Su nariz era redonda, muy semejante a una pelota de golf. También se había inyectado los labios, los cuales lucían exageradamente gruesos. Jamás se dejaba ver sin maquillaje, le encantaban las pestañas postizas exageradamente largas. Sus uñas también eran postizas y largas como las de un gavián. Era conocida por todos como la Mami.

Aquella mañana se preparó, como todos los días, una gran jarra de café mientras un par de empleados de limpieza dejaban reluciente el cabaret. La Mami vivía en la parte de atrás de su prestigioso local, en una casa grande muy bien decorada. Era una buena mujer, conocida por todos como la reina de la noche. Su distinguido centro nocturno era visitado por actores, modelos, políticos de actualidad y gente muy adinerada en general. Era simpática y risueña. Le encantaba usar una peluca diferente cada noche, todas muy estrafalarias y de colores insólitos. La Mami mentía a todos sobre su edad asegurando tener cuarenta años recién cumplidos. Su secretario particular en realidad era su amante, un chulo de veintisiete años y cuerpo perfecto, también panameño. Era un vago acostumbrado a vivir de mujeres mayores a las que les juraba amor y las cuales lo llenaban de costosos regalos. Él se dejaba querer y las engañaba a todas poniéndoles los cuernos. Desde hacía dos años se había mudado a vivir con la Mami y ella lo mantenía y complacía en todos sus caros caprichos.

—Gilberto, cariño, hora de despertar. Aquí te traigo tu café. Anda, no seas chambón y levántate.

—No fastidies, Mami —se quejó soñoliento el apuesto y varonil vividor—. Déjame seguir durmiendo.

Ella dejó la taza con café en la mesita de noche junto a la cama, fue y encendió la radio para escuchar las noticias. Se sentó frente al gran espejo de su peinadora para aplicarles el pegamento a sus pestañas postizas y ponérselas. Si la Mami hubiese puesto atención a las noticias, habría escuchado que hablaban de su amiga Estrella, quien era buscada activamente junto a otra reclusa por haberse fugado de la justicia.

—¿Quieres que vayamos hoy a comprarte el auto deportivo que me pediste por tu cumpleaños, amor?

Gilberto se incorporó completamente en la cama lleno de ambición.

—¡Claro que sí!

—Entonces, sé buenito, tómate tu café y entra al baño a bañarte. Yo ya estoy casi lista. Desayunaremos en mi cafetería favorita y luego iremos a comprarte tu carro nuevo.

Él se levantó luciendo un cuerpo perfecto y atlético, de fuertes y marcados músculos y abdomen de lavadero. Solamente vestía un pequeño bóxer muy ajustado de color blanco marca Hugo Boss. Se acercó a ella por detrás y se inclinó para besarla en el cuello.

—Por eso te amo, Mami, por especial.

—Oye, ¿no fue tu cumpleaños hace tan solo tres meses?

—No, no —mintió rápidamente él—. Estás confundida.

—¿Entonces qué fue lo que celebramos en aquella ocasión? Recuerdo que te regalé aquel Rolex Acero Oystersteel y oro amarillo que tanto querías.

—Fue un regalo por nuestro segundo aniversario —volvió a mentir cínicamente mientras bebía un sorbo de café.

—Ya se me confunden las fechas. Es horrible tener cuarenta años, la mente no te funciona igual. Por cierto, ¿dónde está ese reloj? Hace semanas que no te lo veo.

—No te había querido decir nada para no darte un disgusto —fingió un gran tono de congoja—, pero lo perdí.

—Oh, qué lástima. Me había costado doce mil setecientos dólares. No te preocupes, amor, por ser buenito con la Mami te compraré otro igual en cualquier momento.

—Por eso eres mi chica favorita —aseguró el vividor sonriendo y mostrando su blanca dentadura.

En realidad, Gilberto había vendido el Rolex para seguir apostando a manos llenas. Era un incorregible ludópata.

—Deberíamos pensar en hacer un nuevo viaje, Mami. Miami tiende a aburrirme. ¿Qué te parece pasar un par de semanas en Aruba o Curazao, o quizás Las Vegas?

Ella acabó de ponerse las pestañas postizas y lo miró en el reflejo del espejo.

—¿Por qué precisamente esos lugares? ¿Quieres volver a apostar? Me prometiste que...

—No, no —interrumpió Gilberto rápidamente—. Nada de juegos. Te lo prometí y voy a cumplirlo. Te mencioné esos tres lugares por casualidad, pero en realidad podemos ir al destino que tú deseas. Pienso incluso que podemos ir a Panamá a visitar a mi familia.

—Por ser tan cariñoso conmigo te llevaré a Las Vegas como es tu deseo —dijo complaciente y enamorada.

—Insisto: por eso eres mi chichí favorita y la más complaciente de todas.

El chulo le tiró un beso volado y, tras dejar la taza de café ya vacía sobre la mesita de noche, entró al baño de la habitación a ducharse. Cerró la puerta. Mami se puso de pie y admiró su exagerada figura en el espejo.

—Mi cuerpo ligeramente gordito lo enloquece. ¡Le encantan mis curvas peligrosas!

La Mami rio bajo y se arregló uno de sus pendientes que se había torcido.

El programa radial de noticias acabó y empezó a sonar el último tema de Maluma.

—¿Qué desean las señoritas? —preguntó el espigado criado que acababa de abrir la puerta.

—Buscamos a la Mami —anunció Estrella sonriendo amablemente y ocultando a la vez los nervios.

Julia y Estrella ya estaban en la lujosa casa de la Mami. Escondían las manos bajo sus propias ropas para que no se viera que estaban esposadas. El empleado las miró con desconfianza de arriba abajo. Las ropas de ambas estaban arrugadas y sucias. Lucían despeinadas, sudorosas y ojerosas, además de fatigadas por la falta de alimentos y agua. El aspecto general de las fugitivas era lamentable.

—¿De parte de quién?

—De una gran amiga.

—Debe decirme su nombre para ser anunciadas, o de lo contrario...

—De lo contrario, te meteré una fuerte patada en todo tu fondillo si no vas y le avisas a la Mami que está aquí una amiga —amenazó Estrella perdiendo la paciencia.

Julia le metió un codazo disimuladamente para que se calmara.

—Si le anuncia a la Mami nuestros nombres, se perdería la sorpresa —explicó Julia llena de amabilidad y simpatía.

—Comprendo —dijo el hombre desagradado por la presencia de ambas—. Esperen aquí.

—Gracias, es usted muy amable —aseguró Julia esforzándose en lucir natural.

El mayordomo salió en busca de su patrona no sin antes dedicarle una última mirada de desconfianza a las recién llegadas.

—Debes ser más tolerante, Estrella —aconsejó—. Nuestra situación es muy delicada.

—Ese flacuchento con cara de sardina frita me cayó mal —refunfuñó en tono bajo.

Julia la miró con ojos suplicantes. La voz cantarina de la Mami rompió la tensión del momento.

—¿Quiénes son ustedes, chicas?

Julia y Estrella volvieron su cabeza al mismo tiempo hacia la dueña del cabaret La Perla Azul.

—Hola, Mami.

—¡Estrellita! ¡Compa querida! —saludó feliz y emocionada—. ¡Qué sorpresa tan inesperada! —Le plantó dos sonoros besos en ambas mejillas—. ¿Cómo estás?

—Esposada —dijo Estrella al tiempo que le mostraba sus manos.

La Mami abrió los ojos de par en par impactada.

Las esposas de Estrella cayeron al suelo haciendo un fuerte ruido. Luego, sucedió lo mismo con las esposas de Julia.

—¡Ah, chispiajos, liberadas al fin! —suspiró la guatemalteca feliz.

Ahora el trío de mujeres se encontraba en el despacho de La Perla Azul. La Mami dejó sobre el escritorio la fuerte segueta que le había servido para cortar las esposas.

—Es increíble todo lo que me han contado. ¡Una verdadera historia de aventuras! —exclamó sorprendida y ya al tanto de todo.

Estrella se sobó las muñecas adoloridas y maltratadas por la presión ejercida por las esposas. Fue a sentarse en el mullido sillón de piel de tigre.

—Nos estamos muriendo de hambre mi amiga y yo, Mami.

La dueña del cabaret tomó uno de los teléfonos del escritorio y oprimió un botón. Esperó unos segundos y luego ordenó:

—Preparen dos succulentos y abundantes desayunos. Pongan ración doble en todo. Traigan los alimentos aquí a mi despacho. No se olviden de poner dos sendos vasos de chicha bien fría y unos ricos patacones fritos. —Colgó y miró a las fugitivas compasivamente—. ¿Qué planes tienen, muchachas?

—Dependemos de ti, Mami —confesó Estrella—. Ya te dijimos que tenemos a toda la policía del estado tras nosotras. Si nos permites quedarnos aquí escondidas, mi amiga Julia y yo te lo vamos a agradecer infinitamente.

—Eres mi paciera desde hace muchos años, Estrellita. Sabes que cuentas conmigo. Lamento la difícil situación que atraviesan.

—Si nos dejas escondernos aquí un par de días, pues...

—Un par de días es poco —interrumpió resuelta la Mami—. Mínimo deben quedarse aquí un mes. Es importante dejar pasar el tiempo para que la intensidad de la búsqueda baje. Al fondo del cabaret tengo una cómoda habitación con dos camas y baño privado. Se instalarán allí. Mi local es uno de los más prestigiosos de Miami, así que nunca viene la policía. Aquí pueden sentirse seguras y protegidas.

—¡Eres lo máximo, Mami! —exclamó Estrella feliz.

—Las verdaderas amistades se muestran en los momentos más perros de la vida. —Se volvió hacia la silenciosa Julia—. ¿Y tú no dices nada, monada?

—Me siento muy apenada con usted. Proteger a dos fugitivas puede ponerla en líos con la justicia. Lamento esta situación, de verdad.

—No te preocupes. Si eres amiga de Estrellita, entonces eres paciera mía también. Y trátame de tú. El usted envejece.

Las tres rieron de buena gana.

—Estoy tan cansada que me quedaría dormida en este cómodo sofá. —Bostezó la guatemalteca.

—En cuanto traigan los desayunos y se hayan alimentado, irán a su cuarto, tomarán una buena y relajante ducha caliente y luego podrán acostarse a dormir el resto del día.

—Yo quiero trabajar para no ser una carga —atajó Julia.

—Hecho. Trabajarán aquí en el cabaret.

—¿Y si algún cliente nos reconoce? —preguntó Estrella tensa.

—Estoy preparada para eso —afirmó resolutiva la Mami—. Tengo un arsenal de pelucas. También usarán lentillas para cambiar el color de sus ojos. Se maquillarán y vestirán de manera sensual. En fin, quedarán tan bien disfrazadas que será imposible reconocerlas. Yo les pagaré un sueldo por cada noche que trabajen en La Perla Azul, así el día que tengan que volar de aquí se irán con el billete ahorrado y ese mismo dinero les servirá para empezar una nueva vida en México.

—Gracias, Mami. No esperaba menos de ti —aseguró sincera Estrella.

—Eres un ángel —le sonrió Julia.

La puerta del despacho se abrió inesperadamente dándole paso a Gilberto, el apuesto amante de la Mami. Las fugitivas se paralizaron sorprendidas y sus corazones empezaron a latir con fuerza.

—¿Y este par quiénes son, Mami? —quiso saber él alternando su mirada de una a otra.

—Son buenas pacieras. Desde hoy vivirán en el cuartito del fondo del cabaret y también chambearán aquí.

—Bienvenidas. Las amigas de mi mujer son mis pacieras también —adujo con un tonito de voz especial.

Gilberto se acercó a Julia, había sido impactado por su belleza a pesar de su aspecto sucio y desaliñado.

—Si tú quieres que tus amigas se queden aquí, pues que se queden, Mami. En La Perla Azul son bien recibidas. En especial tú —le dijo sonriéndole lascivo a Julia—. Te quedas por ser amiga de la Mami, ¡y también te quedas por ser tan linda como un sol!

Julia dio un paso atrás llena de máxima tensión. La presencia de aquel hombre la ponía nerviosa. Por la puerta abierta entró el mayordomo con una gran bandeja con dos desayunos muy abundantes y variados. Dejó los alimentos sobre el escritorio.

Julia y Estrella, literalmente casi muertas de hambre, saltaron sobre la comida devorando los platos, mientras Gilberto, cargado de un fuerte deseo sexual, no le quitaba la mirada de encima a Julia.

En el despacho de Daniel Armenteros, él desde su puesto veía jugar a la pequeña Anita, quien sentada sobre la suave alfombra se entretenía con un par de muñecas.

«Julia... —suspiró para sí—. ¿Dónde estarás escondida? ¿Por qué no me llamas? Lo que más deseo es ayudarte. ¡Necesito saber dónde estás para darte todo mi apoyo!».

Suaves toques en la puerta lo hicieron salir de su ensimismamiento.

—Adelante.

Entró la guapa secretaria.

—*Candidate, outside is his sister-in-law, Mrs. Viviana. ¿Do you want to see her?*

Daniel hizo un gesto de fastidio.

—Dile que pase.

La diligente secretaria salió y segundos después hizo su entrada Vivi. Lucía espectacular enfundada en un bello y primaveral vestido amarillo con flores verdes de la afamada diseñadora británica Jenny Packham. Llevaba un lujoso bolso también amarillo a juego con sus Manolo Blahnik, valorados en veinte mil dólares. Su pelo iba recogido elegantemente en un moño Grace Kelly.

—Espero no interrumpirte, Daniel —sonrió encantadora, y acto seguido se agachó y tomó a la pequeña entre sus brazos—. Hola, muñequita adorada. Te extrañaba.

Vivi estampó un dulce beso en la frente de Anita al mismo tiempo que Daniel se ponía de pie.

—No te esperaba —saludó Daniel mostrándose cortés.

—Ramona me dijo que habías decidido traerte a Anita a tu oficina y me imaginé que necesitarías ayuda. A los hombres no se les da muy bien eso de lidiar con niños pequeños. ¿Qué te parece si nos vamos a almorzar los tres juntos?

—Eh... Claro, sí. Buena idea.

—¡Perfecto! Ya hice la reservación. Luego del almuerzo, si no tienes mucho trabajo pendiente, podemos llevar a Anita a un *mall* o al parque. Me gusta más la idea del parque, así se relaciona con otros niños de su edad.

—Sí, por mí está bien.

—Será una tarde maravillosa, Daniel —vaticinó llena de entusiasmo Vivi—. Tú déjalo todo en mis manos.

Gilberto, el joven vividor de la Mami, consultaba los números ganadores de la Lotto en la prensa.

—¡Maldición! No gané ni un reintegro.

Iba a arrojar el periódico al suelo cuando una noticia llamó poderosamente su atención. Leyó en voz alta:

—«Continúan siendo activamente buscadas las dos evadidas...».

Gilberto Ortiz fijó su vista en las fotografías de ambas fugitivas. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que eran las mismas mujeres que había visto hacía cosa de una hora en el despacho de La Perla Azul.

—¡Menuda sorpresita! —aulló malévolo.

Julia y Estrella ya estaban instaladas en el cómodo cuarto que les ofreciera la Mami como refugio al fondo del cabaret. Ya bañadas y enfundadas en limpias y bonitas batas caseras de colores claros, se disponían a dormir.

—Pienso dormir de un tirón hasta mañana, pues —anunció la guatemalteca.

—Nada de eso. Esta noche empezamos a trabajar aquí mismo.

—Qué ocurrencia la tuya pedirle trabajo a la Mami. Con lo cómodas que podríamos estar en las noches tiradas en nuestras camas viendo telenovelas.

—No hay que ser tan frescas, Estrella. Tenemos que ganarnos el espacio que tu amiga nos da. Ella está exponiéndose mucho al ayudarnos.

—*Okey, baby*. Tienes razón.

La puerta se abrió y entró Gilberto.

—Qué lindas se ven bañaditas y limpias —sonrió lleno de malas intenciones.

—Oye, tú, pajarraco —se le enfrentó Estrella—, el que seas el chulito de la Mami no te da derecho a entrar aquí con tanta confianza.

—Cálmate, dientes de oro —su tono de voz denotaba peligro—. Así que amigas de la Mami.

—¿Lo dudas? —desafió Estrella.

—No, por supuesto que no, pero se les olvidó un pequeñito detalle: además de ser pacieras de mi mujer, también son dos peligrosas fugitivas. ¿Me equivoco?

Al oír aquellas palabras, a Julia y Estrella se les heló la sangre en las venas.

—Me pregunto qué voy a hacer con ustedes —ahora su tono era irónico—. ¿Será que me comporto como un buen ciudadano y llamo a la policía?

—¡No! —gritó Julia aterrada—. Por favor, no nos entregues. No somos peligrosas. Si me devuelven a la cárcel, nunca podré recuperar a mi hija.

—Oh, qué situación tan triste —cambió el tono a burlón.

—Si nos denuncias, la Mami no te lo perdonaría y podría mandarte a volar de aquí —vaticinó Estrella tratando de ganar tiempo.

—No me asustas, dientes de otro —rio cínico y divertido con aquel juego del gato y el ratón.

—Déjanos salir —suplicó Julia—. Nos cambiaremos de ropa y nos iremos ahora mismo.

—No soy un maldito soplón. No voy a entregarlas.

Gilberto se acercó a Julia. Definitivamente, ella era su objeto del deseo.

—Busqué tu nombre en Google y me enteré de que fuiste modelo. Fuiste también esposa del posible nuevo presidente de este país, pero al parecer se te volteó la suerte y ahora, además de asesina, eres una fugitiva.

—No soy asesina. Se trata de una equivocación.

—¿Equivocación y andas huyendo? Un inocente no huye. Un inocente demuestra su inocencia.

—Las circunstancias... —trató de explicar y se quedó callada.

—Mira, pajarraco, mejor lárgate de aquí. No nos vas a asustar. Salte antes de que te meta una patada en los...

—Vaya, vaya con dientes de oro —cortó en plan de gallito—. Así que tú eres la bravucona. Bájale a tu altanería. No estás en posición de hacerte la valiente. Ya les dije que no teman, no las voy a denunciar. Seré bueno con ustedes, en especial contigo, Julita.

Los ojos de Gilberto relampaguearon con un brillo de peligroso deseo malsano y luego se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Julia se dejó caer muy nerviosa en su cama. Su rostro había perdido por completo el color.

—¡No podemos demostrarle miedo a ese vividor! —expresó Estrella igual de nerviosa—. Si se da cuenta de que le tememos, nos manejará a su antojo.

—¡Estamos en sus manos! —reconoció con pánico Julia—. ¡Es un tipo peligroso!

Al final de aquella tarde, Vivi y Daniel regresaron a la mansión Armenteros junto con Anita. La niña venía dormida en los brazos de la *top model*. Daniel cargaba montones de paquetes con regalos. Doña Ramona que los había visto llegar se acercó a ellos.

—Me alegra ver que estaban juntos.

—Hemos pasado una tarde maravillosa, Ramona. Anita se divirtió mucho en el parque y mira todos los regalos que le compramos Daniel y yo.

—Sí, debo reconocer que la niña disfrutó en grande —aceptó Daniel.

—Esa es la idea, que Anita sea feliz. Yo cada día voy a esforzarme más por conseguirlo — aseveró Viviana con tonito inocente y melodramático—. Ya que no tuve hijos con Jorge Ignacio, volcaré en esta pequeña muñequita todo mi amor de madre.

—Gracias, querida. Estoy segura de que de haber tenido hijos con Jorge Ignacio él habría cambiado su forma de ser, pero esa mala sombra de Julia lo empujó a esa muerte prematura y...

—Mamá, por favor —cortó Daniel.

Se hizo un silencio denso. Doña Ramona tomó entre sus brazos a Anita, que seguía durmiendo.

—Subiré a acostar a mi nieta. Los criados llevarán todos esos paquetes, Daniel. Gracias nuevamente, Viviana.

—Nada tienes que agradecerme, Ramona. Cuidar de Anita es un placer infinito para mí—mintió con gran dominio.

—Daniel.

—Dime, madre.

—Pienso que deberías tener un gesto de caballerosidad con Viviana e invitarla esta noche al teatro o a tomar algo en algún lugar de moda. Ambos necesitan distraerse luego de tantos días de angustia. Ustedes son jóvenes y deben divertirse. Hay que dejar atrás tanto dolor.

Daniel, acorralado, no tuvo más remedio que aceptar.

—Claro. Saldremos a tomar una copa hoy en la noche, Vivi. ¿Dónde quieres ir?

—A mi lugar favorito: La Perla Azul.

Julia y Estrella lucían irreconocibles. Habían sido maquilladas de manera perfecta por la Mami. Ambas llevaban sendas pestañas postizas y largas uñas de color rojo escarlata también postizas. Julia iba enfundada en un ceñido vestido largo hasta los pies de lentejuelas negras cerrado hasta el cuello, pero con una gran y reveladora apertura en la espalda que la hacía lucir muy sensual. No tenía mangas y llevaba en la muñeca derecha un brazalete de imitación de oro con esmeraldas también de imitación. A pesar de ser de fantasía, era una joya que lucía fina y delicada. Sus zapatos eran negros, de tacón de aguja y pronunciada punta. Portaba una vistosa peluca de color negro azabache muy corta que la hacía ver muy estilizada. Las lentillas de sus ojos eran color verde mar, lo que hacía su mirada muy gatuna. Estaba más bella que nunca.

Estrella, por su parte, como no tenía la figura perfecta y estilizada de Julia, llevaba un vestido plateado nada ceñido y de mangas largas. Zapatos también de tacón alto del mismo color que su atuendo y una peluca bastante estafalaria de color azul eléctrico. El maquillaje de sus párpados y labios eran del mismo tono que su peluca.

—¡Me siento regia! —celebró Estrella al verse en el espejo tan transformada.

Las tres amigas rieron divertidas.

—Lucen totalmente diferentes, muchachas —celebró la Mami—. Siéntanse en confianza en el cabaret. Aquí no corren peligro.

—Nuevamente te doy las gracias, Mami. ¿Exactamente en qué consistirá nuestro trabajo? —quiso saber Julia.

—Básicamente, en ser amables con el público. Si algún cliente las invita a una copa, acéptenla y conversen con él. Hagan sentir a ese cliente en buen ambiente. Si alguien les pide un trago, se lo sirven, y si alguien las invita a bailar o a cantar junto al piano, también deben complacerlo. En La Perla Azul todos deben ser felices y ustedes están para ofrecer esa felicidad.

—Entendido.

—¿Puedo beberme un par de tragos? Hace años que no pruebo un buen *whisky*.

—Puedes beber todo lo que quieras, Estrellita, pero sin emborracharte ni poner la cómica. Recuerda que mi local es un sitio *high class*. Bien, vayamos al salón principal. La noche comienza y ya empiezan a llegar los primeros clientes.

Mami y Estrella salieron. Julia se quedó sola en el cuarto.

«Todo esto lo hago por ti, Anita. Si me encierran otra vez, seré condenada injustamente y pasarán muchos años antes de volverte a ver. Aquí reuniré un buen dinero fruto de mi trabajo y entonces podremos marcharnos a México. Cuando esté allí, buscaré papeles falsos y me ganaré la vida dándoles clases de inglés a los mexicanos. Así haré realidad en parte mi sueño de ser maestra. En México trataremos de ser felices, hija, aunque nunca pueda olvidar a Daniel», meditó Julia.

—Pienso casar a Daniel con Viviana.

—¿Cómo? —preguntó don Gerardo estupefacto.

El ambiente en la biblioteca de la mansión Armenteros se puso especialmente denso tras aquel anuncio.

—No estoy de acuerdo. Me parece una locura tu plan.

—No te lo conté esperando escuchar tu opinión, Gerardo.

Los esposos se miraron fijamente, con fuerza.

—Daniel no ama a Viviana.

—No tiene que amarla. Simplemente es la mujer que le conviene. Fina, educada, de buena familia, brillante y exitosa, amada por el público y...

—¡Y viuda de su hermano Jorge Ignacio!

—No van a ser los primeros ni los últimos cuñados en casarse.

—Pero la gente puede ver con malos ojos esa unión.

—La gente ha cambiado, Gerardo. Los tiempos han cambiado. Hoy en día la monarquía acepta matrimonios desiguales. Miembros de la nobleza se casan con muchachas plebeyas. Vivi será una gran madre para Anita, ya lo está siendo, de hecho. Definitivamente es la mujer perfecta para Daniel. Y obviamente será una primera dama también perfecta.

—Él sigue enamorado de Julia.

—Ella es una prófuga de la justicia que tarde o temprano será capturada.

—¡Julia es inocente!

Don Gerardo había elevado el tono de voz más de lo permitido. La mirada que la dama de hierro le dedicó fue fulminante. Él clavó los ojos en el suelo.

—Ya es hora de que Daniel deje de pensar en sí mismo y piense únicamente en lo que más le conviene al país.

—Qué gran manipuladora eres.

El atrevido comentario de don Gerardo incomodó a su esposa.

—Te prohíbo cuestionar mis decisiones. Si Daniel te pide aconsejarlo, le dirás que casarse con Viviana es lo mejor. Ya comprobamos la poca cabeza que tiene tu hijo para elegir esposa. No podemos volver a arriesgarnos.

La matriarca de los Armenteros estaba convencida de que ese matrimonio era lo más apropiado.

—Cuando Julia Alcántara se entere del matrimonio entre Daniel y Viviana, reventará de celos —dijo doña Ramona con placentera maldad.

Desde la sala llegó el sonido del timbre.

—¿Quién será? No espero visitas. ¿Tú esperas a alguien, Gerardo?

Él negó con la cabeza alzándose de hombros.

—Necesito ver a Anita. Soy su bisabuelo.

—Usted no puede entrar sin autorización de la señora de la casa.

—Esa vieja estirada no nos va a dejar ver a Anita. Mejor avísale a Daniel que don Luis y Nancy estamos aquí. Él sí nos dejará entrar.

Provenientes desde la biblioteca, llegaron doña Ramona y don Gerardo. El matrimonio se detuvo frente a los recién llegados. La altiva matriarca le hizo un gesto con la mano a la nueva criada.

—Retírate, Fefa.

La obediente empleada doméstica obedeció apresurada.

—Señora, señor, buenas noches —saludó educadamente don Luis—. Soy...

—Recuerdo perfectamente quién es usted —cortó altiva doña Ramona—. No entiendo la presencia de ambos en mi casa.

—Está más que clara, doña. Venimos a ver a Anita —anunció con mucho desparpajo y seguridad Nancy.

—Mi nieta duerme ya. Además, no permito que la vean extraños.

—¿Extraños? Para que usted lo sepa, este señor es el bisabuelo de la chamita, y yo soy como su tía postiza.

—Mi nieta nunca más tendrá tratos con personas de su calaña —acotó despectiva la matriarca del clan Armenteros.

Nancy estuvo a punto de elevar el tono, de no ser porque don Luis lo impidió.

—Señora, le suplico ver a la niña. Como bisabuelo tengo derechos.

—Usted no tiene nada, señor. La custodia de Anita me fue entregada por un juez.

—Lo sé, pero apelo a su buen corazón.

—No acepto sus manipulaciones. Usted no tiene derecho a pisar mi casa y menos en compañía de esta grosera que fue despedida de aquí por haber sido una pésima empleada doméstica. Deben retirarse inmediatamente o...

—¿O qué? —preguntó Nancy desafiante—. ¿Ya va a empezar con las amenazas, cacatúa?

—Nancy, por favor —trató de mediar don Gerardo.

—Perdone usted, señor, pero la estirada de su esposa se siente con derecho a...

—Por estar en mi casa tengo derecho a todo —cortó gozosa y poderosa doña Ramona—. Fuera de aquí o llamo a la policía. A la niña la perdieron y para siempre. Nunca más la volverán a ver —su tono de voz fue tajante.

—¡Vieja mala gente y odiosa! ¡Te voy a desbaratar ese moño espantoso para bajarte los humos!

Con la velocidad de un rayo, Nancy saltó sobre doña Ramona y la tomó con fuerza por el pelo. Don Gerardo y don Luis miraron estupefactos la escena. Doña Ramona gritó tratando de defenderse. Las manos de Nancy eran como garras de acero que jaloneaban el cabello de la dama de hierro de acá para allá, despeinándola por completo.

—¡Auxilio! ¡Ayúdame, Gerardo! ¡Quítame a esta fiera de encima! —gritó aterrada y conmovida.

Finalmente, don Gerardo reaccionó saltando sobre Nancy y tomándola firmemente por la cintura para apartarla de su esposa.

—¡Alabao, Nancy! —exclamó el abuelito de Julia demudado.

—Suélteme, don Gerardo. ¡Voy a dejar calva a esta vieja desgraciada!

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Orillera! ¡Arrabalera! —gritó alterada doña Ramona y completamente despeinada.

—Nancy, les suplico que se marchen antes de empeorar más las cosas —pidió el padre de Daniel.

La joven venezolana se soltó de don Gerardo y le dijo tajante a doña Ramona:

—Te saliste con la tuya de no dejarnos ver a la niña, pero yo me salí con la mía de ponerte en tu lugar —le dijo tuteándola—. Si quieres, denúnciame con la policía, que yo me encargaré de hablar con la prensa y contarle todo lo que pasa bajo el techo de esta casa.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó histérica doña Ramona.

—Vámonos, don Luis, que de recuerdo me llevo varios pelos en la mano de esta odiosa bruja. Acto seguido, Nancy tomó de la mano al abuelito de Julia y se lo llevó de allí. Don Gerardo, sin poder disimular su preocupación, cerró la puerta.

—¿Estás bien, Ramona?

—Ni una maldita palabra de esto a Daniel —ordenó la enfurecida mujer.

—Por supuesto.

—¡Ve a buscarme un par de aspirinas! ¡La cabeza me va a explotar!

El ambiente en La Perla Azul era relajado y agradable. El pianista tocaba con pasión y de manera experta el tema *Hombre lobo en París*. Los más aventurados, apoyados sobre el gran piano, cantaban con todo tipo de voces la letra. Otros bebían y charlaban en sus mesas. El famoso lugar estaba bastante lleno. Estrella se había colocado tras la barra y servía tragos, pues tenía experiencia en eso. La Mami disfrutaba en grande atendiendo a su distinguida clientela. Para todos tenía un gesto y una palabra amable.

Julia llevaba paseando toda la noche de un lado a otro del local, compartiendo con todos y con nadie a la vez. Lucía una sonrisa congelada, ensayada, que disimulaba su preocupación. Los meseros iban de una esquina a otra con grandes bandejas repletas de una gran cantidad de tragos.

—¿Cómo te sientes en tu primera noche en La Perla Azul? —preguntó la Mami acercándose a Julia.

—Bien. Trato de hacer mi trabajo lo mejor posible, pero no puedo dejar de sentirme nerviosa. Temo que alguien nos reconozca a Estrella o a mí.

—Descuida. Hasta ahora no ha sucedido. Todos los clientes hablan de ti. Tanto hombres como mujeres comentan tu belleza.

—No creo ser la más hermosa de aquí. Hay mujeres muy guapas.

—No seas modesta, Julita. Eres la más bella. No hay duda de eso.

—Gracias, Mami.

De pronto, la Mami quedó estática y silenciosa, sin ni siquiera pestañear.

—¿Pasa algo, Mami? ¡Te has puesto blanca como un papel!

—La mala suerte acaba de alcanzarte, Julia —dijo con quebradizo tono de voz.

—¿Qué quieres decir?

—¡Acaba de llegar tu exesposo, el candidato presidencial Daniel Armenteros! —dijo la dueña del lugar ahora con tono de voz grave.

Si Julia hubiese tenido el poder mágico de hacerse invisible, lo habría usado en ese momento.

—¿Daniel aquí?

—Y en compañía de su cuñada Viviana. Lo siento, pero no te comenté que ella había venido algunas veces con otras amigas y amigos modelos.

Julia sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Ayúdame, Mami. ¡Escóndeme antes de que Daniel y Viviana me vean y me reconozcan!

—Actúa con naturalidad. Están lejos de ti por varios metros. Por suerte, estás de espalda a ellos y con esa peluca de pelo tan cortito no van a reconocerte —le aseguró la Mami—. Sígueme. Desapareceremos caminando muy normalmente hacia el fondo. —Le hizo un gesto con la mano derecha cargada de anillos de gran valor y grandes y variadas piedras preciosas.

Ambas echaron a andar sin llamar la atención.

Viviana y Daniel ya habían ocupado una de las mesas del lugar y, tras ordenar sus bebidas, disfrutaban el agradable ambiente de La Perla Azul.

—¿Qué te parece el local? ¿Lo conocías? —quiso saber ella sonriéndole encantadoramente.

—No. Ya sabes que no acostumbro a salir de noche.

—A mí me encanta, aunque tampoco vengo muy seguido. Hacía poco más de cinco meses que no había vuelto. —Posó suavemente su delicada mano sobre la de él que reposaba sobre la mesa—. Gracias por la invitación a salir esta noche, Daniel.

—Bueno, en realidad fue idea de mamá —recordó él sincero.

—Pero te pudiste haber negado y no lo hiciste.

Julia ya estaba oculta tras un pesado cortinaje al fondo del salón. Temblaba.

—Ya aquí estás segura. Por suerte, no te vieron.

—Gracias por ayudarme, Mami.

—Estás temblando. Es mejor que te vayas a tu cuarto y no salgas más el resto de la noche. Estoy segura de que la visita de tu exesposo y su cuñada será larga.

La Mami se retiró volviendo al salón. Julia, estremecida, apartó un poco la cortina color verde olivo y vigiló directamente hacia la mesa de Daniel y Viviana.

—¡Salud! —dijo Vivi chocando su copa con la de Daniel.

—Salud.

Ambos chocaron sus copas de cristal y las llevaron a sus labios bebiendo un sorbo cada uno. El pianista acabó su *show* de esa hora y se retiró bajo suaves aplausos. Una música romántica comenzó a sonar en los altavoces. Varias parejas de diferentes mesas se pusieron de pie y acudieron a bailar a la pista.

—¿Me invitas a bailar?

—Por supuesto, Viviana.

Desde su escondite, Julia vio cómo Daniel y Viviana, tomados del brazo, avanzaban hacia la pista. El apuesto candidato fue saludado por varios de los presentes. Julia no podía dejar de sentirse celosa. Vio como el hombre que amaba con todas sus fuerzas tomaba a Viviana por la cintura, pegándola contra su cuerpo.

—Coqueta descarada —susurró para sí—. Con gusto te daría una lluvia de cachetadas.

—Daniel, me gustaría que esta noche fuese el inicio de una nueva relación entre nosotros. Te suplico que olvidemos todo lo sucedido en el pasado. Si cometí errores, por favor, perdóname.

—Así será, Viviana —prometió él.

—Quiero ganarme tu confianza, tu amistad... Tu amor.

—Viviana...

—Sé que necesitas tiempo para reponerte de todo lo que has sufrido. Deseo ser tu mayor apoyo. Mi gran ilusión es verte feliz y lleno de paz.

—Gracias por tus buenos deseos.

Ambos se movían al suave ritmo de la música.

—Sé cuánto significa para ti Anita, y ya sabes que en mí tendrá una madre sustituta.

—Voy a consagrar mi vida a esa niña. Sea o no mi hija, la amo y voy a encargarme personalmente de que siempre sea muy feliz.

—Daniel, tú y yo podríamos comenzar una nueva vida desde cero. Pienso que es lo mejor para todos. Tú necesitas una esposa que el día de mañana sea la primera dama de este país.

—Lo sé.

—Aunque Ramona tenga la guardia y custodia de la niña, Anita necesita unos padres. Nadie mejor que nosotros para ejercer ese rol.

Ambos se miraban fijamente.

—Eres tan apuesto. Te amo tanto.

Viviana besó apasionada a Daniel. Por primera vez, él respondió al beso.

Julia fue testigo de aquel beso y, sin poderse contener más, corrió hacia su cuarto al tiempo que rompía en sollozos.

—¡Julia! ¡Espera! —llamó la Mami acercándose nuevamente.

Sacudida de pies a cabeza por los celos, Julia entró a la habitación que compartía con Estrella. Se encontró acostado cómodamente a Gilberto en la cama de ella. El joven chulo tenía en sus manos su moderno iPad.

—¿Qué haces aquí? —se cortó en seco apenas entró y lo vio.

—El vídeo de tu fuga junto a dientes de oro tiene más de dieciocho mil visitas. Tú y tu amiguita se han convertido en todo un fenómeno en redes sociales.

Julia rápidamente le dio la espalda para evitar que él la viera llorar. Se limpió apresuradamente las lágrimas con el dorso de la mano.

—Por favor, sal de aquí. Me duele la cabeza y quiero estar sola.

Gilberto se puso de pie y se le acercó por la espalda.

—¿Por qué tan arisca conmigo? ¿No te caigo bien? Déjame demostrarte lo sabrosos que podemos ser los panameños. Me gustaría tener una amistad especial contigo.

Ella se volvió de frente a él y lo encaró sin miedo.

—¿A qué te refieres con una amistad especial? Yo no tengo amistades especiales con nadie.

—Uyyy, pero qué cortante —rio burlón chasqueando los labios—. Estás muy rica, mamita. Me encantaría llevarte a la cama y pasarla suave contigo.

—La verdad —reconoció Julia— es que no me gustas para nada.

—Claro, tú picas más alto. Lo tuyo son los hombres poderosos, como un futuro presidente, ¿no?

—Lárgate de aquí o tendré que llamar a la Mami y contarle todo.

—Si tú haces eso, yo llamaría a la policía —amenazó sin inmutarse y sin perder su sonrisa cínica.

—Eres detestable.

—Me gustan las buenas hembras como tú. La Mami es una vieja, podría ser fácilmente mi madre. Estoy con ella porque me mantiene y complace todos mis caprichos, pero me da asco tenerla cerca.

—Lárgate —insistió firme.

—Yo tengo contactos, Julia. Puedo llamar a un buen paciero que te lleve a California y de ahí a México, pero a cambio de eso tienes que ser muy buena chica conmigo.

Gilberto estiró su mano para acariciar la mejilla de Julia. Ella retrocedió un par de pasos sin dejarse tocar. Él volvió a sonreír cínicamente.

—Piénsalo, muñeca. Tu fuga es una bomba de tiempo. En cualquier momento te atrapan y vuelves de cabeza al tambo. Yo te ofrezco la posibilidad de ser libre para siempre en un país donde no te conoce nadie, donde no tienes antecedentes. Todo a cambio de pasarla rico conmigo en una cama. Piénsalo —insistió Gilberto y se marchó de allí cruzando la puerta.

Julia, al quedar sola, se dejó caer sentada en el borde de la cama. Sentía el corazón muy acelerado y los ojos le ardían por las lágrimas que pujaban por salir.

—Daniel... ¡Daniel!

Aquella noche, luego de volver de La Perla Azul, a Daniel Armenteros le costó mucho conciliar el sueño. Daba incontables vueltas en su cama.

«Julia, ¿dónde estás? ¿Correrás peligro? ¿Estarás a salvo?».

El sonido del timbre de su celular lo hizo incorporarse de un salto en la cama. Miró la pantalla de su moderno iPhone y vio que era un número privado.

—Aló.

—Hola, Daniel —saludó al otro lado de la línea la dulce voz de ella.

—¡Julia!

Se hizo un silencio absoluto por pocos segundos que parecieron siglos.

—¿Dónde estás? ¿Cómo te encuentras?

—Yo no importo. Solo te llamo para saber de Anita.

—La niña está bien.

—¿Me lo juras?

—Sí. No te mentaría jamás.

—¿Ya le hiciste la prueba de ADN?

—No, no, pero lo haré.

—Recuerda que me prometiste que, si resultabas ser el padre de la niña, te la llevarías de esa casa apartándola de tu madre.

—Sí. Te lo prometí y lo voy a cumplir.

—Aunque, claro, de Viviana no la apartarás.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te enamoraste de ella? —preguntó Julia llena de un dolor lacerante en el corazón.

—No, claro que no.

—La besaste —acusó ella suavemente entre lágrimas.

—¿Cómo?

—Adiós, Daniel.

—¡No me cuelgues! —suplicó él—. Dime dónde estás. Yo te voy a ayudar.

—Tú no crees en mi inocencia.

—Por Dios, dime dónde estás. Es peligroso que sigas prófuga.

—Por ahora estoy en un lugar seguro.

—De fondo, muy a lo lejos, escucho música. ¿En qué lugar estás, Julia?

—Adiós —cortó ella.

—¡Julia! ¡Espera! ¿Aló?

Daniel miró estupefacto la pantalla de su teléfono. La conversación había acabado.

«¿Cómo supo Julia que Viviana y yo nos besamos? ¿Lo presintió? ¿Se lo dijo su instinto de mujer? ¿Dónde se esconde?», cavilaba Daniel.

A la mañana siguiente, mientras Daniel posaba para un afamado fotógrafo, no dejaba de darle vueltas en la cabeza a la conversación de la noche anterior con Julia.

«¿Cómo diablos pudo saber que Viviana y yo nos habíamos besado?», se preguntaba mentalmente mientras no dejaba de posar y sonreír.

El calor de los reflectores de luz lo tenían acalorado y malhumorado. Aquellas fotografías servirían para adornar el reportaje que saldría en *American Thinker*.

—Vamos a parar diez minutos —anunció el fotógrafo—. Por favor, retóquenle el maquillaje al candidato.

Los reflectores fueron apagados por el ayudante mientras el fotógrafo revisaba el material. Una solícita maquilladora se acercó a Daniel para secar las gotas de sudor que perlaban su frente y aplicaba más maquillaje. Una peinadora especializada se aseguró de que estuviera perfectamente peinado.

—¡Claro! ¡Ahora lo entiendo todo!

—¿Cómo dice, candidato? —preguntó sorprendida la maquilladora.

—¡Fui un perfecto imbécil al no darme cuenta antes!

—¿Imbécil usted? —inquirió la peinadora.

La maquilladora abrió los ojos muy impactada y cada vez comprendiendo menos.

—¡Ella estuvo allí!

Ambas profesionales se miraron con gran sorpresa y pensando que Daniel había empezado a enloquecer de repente.

—Yo no la vi. ¡Pero ella estuvo allí!

—¿Dónde?

—¡Por eso sabía de mi beso con Viviana!

—¿Cuál beso?

—¡Julia metió la pata sin darse cuenta!

Daniel suspiró triunfal.

—¡Con razón el ambiente musical de fondo!

La maquilladora y la peinadora estaban cada vez más aturdidas y confundidas.

—No estamos entendiendo nada, candidato —dijo una de ellas.

—Me entiendo yo —aseguró Daniel—. ¡Julia estaba en La Perla Azul y yo no la vi!

—¿La Perla Azul?

—Excelente cabaret. Se lo recomiendo.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Daniel Armenteros.

Había sido un día tranquilo, sin sobresaltos ni grandes problemas en el banco. A don Gerardo Armenteros le gustaba manejar a esa hora de la noche por los principales *free way* de Miami. Varias veces a la semana daba vueltas sin rumbo específico por toda la ciudad, alargando así el momento de tener que regresar a su casa, donde nunca había sido feliz. Especialmente hoy, el padre de Daniel sí manejaba con rumbo fijo. Iba camino al centro psiquiátrico donde estaba su

amada Antonieta. La mujer había evolucionado favorablemente y su mente cada día estaba más lúcida.

Al franquear la puerta principal de entrada, como había hecho tantas veces desde que Antonieta estuviese ingresada allí, lo volvió a embargar la misma sensación de emoción de ver nuevamente a aquella noble mujer que tanto había sufrido y que había sido objeto de las más grandes y despiadadas injusticias. Don Gerardo se encaminó hacia la habitación de Antonieta. En su andar se cruzó con un par de enfermeros a los que saludó.

El patriarca del clan Armenteros se detuvo ante la puerta del cuarto y tocó suavemente. Desde el otro lado del dormitorio, la voz de Antonieta le respondió.

—Adelante.

Don Gerardo abrió la puerta y entró. Le sonrió dulcemente. Ella se encontraba sentada en un sillón cercano a la cama, con la cabeza recostada sobre el respaldo. Al verlo, se puso de pie.

—Buenas noches, Gerardo —saludó en tono seco, aunque amable.

—Buenas noches, Antonieta. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Según pasan las semanas voy sintiéndome más lúcida. Cada día recuerdo cosas nuevas del pasado.

—No te imaginas cuánto me alegro. Esperaba con ansias tu llamada. Gracias por mandarme a pedir con el director que viniera a verte.

Antonieta se apartó del sillón y se acercó a Gerardo.

—Estoy lista para abandonar este lugar —afirmó con seguridad y aplomo.

Aquellas palabras sacudieron interiormente a don Gerardo.

—Se acabó el horror de la locura para mí. Ese mundo de sombras donde viví durante treinta años pertenece al pasado.

—Quizás no estés lo suficientemente fuerte mentalmente para volver al mundo exterior.

—Los psiquiatras que llevan mi caso están de acuerdo en que me reintegre a la sociedad. Seguiré acudiendo a mis terapias dos veces por semana. Todo el dolor atroz al que me sometió mi hermana Ramona me ha hecho una mujer fuerte. Ya nada puede herirme. Quiero recuperar mi vida. Y lo principal: recuperar a mi hijo.

Se hizo un silencio incómodo. Don Gerardo bajó la mirada clavándola en el suelo. Sin perder su aplomo, Antonieta rompió el silencio:

—Tengo derecho a que se sepa que estoy viva.

—Lo que te sobran son derechos. Contigo se cometió una gran injusticia —aceptó él culpable.

—¿Una injusticia? ¿Una sola? ¿Se cometieron miles de injusticias!

—Voy a hablar con los psiquiatras encargados de tu caso, también hablaré con el director de este centro. Ellos me dirán los pasos que debemos seguir para tu reintegro a la vida normal.

—¿Dónde viviré al salir de aquí?

—A la mansión Armenteros no puedo llevarte, espero que lo entiendas. Buscaré para ti un cómodo apartamento frente al mar. Gozará de todas las comodidades. Pondré una criada que te

atienda, me encargaré de la comida diaria y de lo más básico. Te compraré ropa y calzado y...

—Lo principal para mí es mi hijo —sus ojos se llenaron de lágrimas—. No recuerdo su carita. Era un bebé recién nacido cuando me fue arrebatado de los brazos. Quiero verlo. Quiero conocerlo, quiero estrecharlo y besarlo —Antonieta rompió a llorar—. Me perdí treinta años junto a mi hijo. No lo vi dar sus primeros pasos ni lo escuché decir sus primeras palabras. No lo vi crecer ni celebrar sus primeros triunfos. Quiero recuperar el tiempo perdido, quiero que la vida me devuelva toda la felicidad que me fue arrebatada tan injustamente.

—Antonieta, estás en todo tu derecho de acercarte a Daniel y decirle que eres su verdadera madre, pero hay que buscar la mejor manera de hacerlo. Para él no será sencillo enterarse de golpe de una verdad tan grande. Todo habrá que hacerlo de manera discreta. Como ya te dije, él es una figura pública y no es conveniente para su imagen política que se desate un escándalo.

—Lo entiendo. Yo jamás haría nada que dañara a mi hijo —aseguró limpiándose las lágrimas con las manos y retomando su actitud aplomada—. Dime algo, ¿qué te impulsó a sacarme del sótano después de tantos años?

—No debí haber permitido ese encierro nunca, asumo mi cobardía. Fue un hecho puntual lo que me hizo actuar: Ramona estaba dispuesta a matarte.

Antonieta no tuvo ningún tipo de reacción. Ya nada la sorprendía.

—¿Qué pasará entre tú y Ramona? —preguntó estremecido don Gerardo.

—Mi hermana me debe muchas cosas. Me debe treinta años robados. Ramona y yo vamos a vernos frente a frente.

—Debes tener cuidado. Es una mujer peligrosa.

—No le tengo miedo. El miedo se lo perdí. Es ella quien ahora debe tenerme miedo a mí.

Julia y Estrella estaban terminando de maquillarse y ponerse guapas para empezar su segunda noche en La Perla Azul. Llevaban rato conversando.

—¿Entonces ese bastardo de Gilberto te propuso ayudarte a llegar a México a cambio de...?

—Se aprovecha de la situación —cortó tensa Julia.

—¿Vas a ceder a sus cochinos requerimientos, *baby*?

—Obvio que no, pero debo manejar la situación con extremo cuidado.

—Vamos a contarle todo a la Mami para que lo bote a patadas y trancazos de aquí.

—No, Estrella. Eso podría acarrear serios problemas. Si la Mami botara a ese chulito de La Perla Azul por causa nuestra, él podría denunciarnos a la policía.

—Tienes razón —aceptó la guatemalteca verdaderamente preocupada—. Tienes que robarte a tu hija cuanto antes, Julia. ¡Róbatela de una vez y píntate de aquí!

—No puedo actuar a lo loco. Cada paso que dé debe ser muy bien pensado. No puedo arriesgarme, y mucho menos puedo poner en riesgo la vida de mi hija.

—Vuelves a tener razón. Hazme caso, Julia: pídele ayuda a Daniel Armenteros. Ese hombre se muere de amor por ti y hará cualquier cosa por ayudarte.

—No sé. Me siento llena de dudas.

La puerta se abrió y allí apareció Gilberto, que les sonrió de manera canalla.

—¿Qué hacen aquí parlotando como cotorras? Vamos, muevan esos traseros y vayan a trabajar al salón. Ya llegaron los primeros clientes y deben ir a atenderlos.

Había un tono especial de amenaza en la voz del hombre. Las sabía en sus manos y disfrutaba con eso.

—A volar, Estrella —exigió él.

—Vamos, Julia. Salgamos juntas.

—Julia se queda, tiene que hablar un asunto conmigo.

—¿Qué asunto? —exigió saber Estrella.

—No seas metiche. ¡Lárgate!

Ambas amigas intercambiaron miradas cargadas de tensión.

—Vete tranquila, Estrella. Estaré bien.

—Si este chulito se quiere proparar contigo, grita. Yo estaré en el salón muy cerca de la Mami para alertarla.

Estrella y Gilberto se dedicaron sendas miradas de desafío. Luego, ella salió dejando la puerta intencionalmente abierta.

—Empieza a caerme mal dientes de oro. No me gusta la gente que se cree lista.

—Al grano, Gilberto —exigió secamente Julia—. Tengo que ir a trabajar.

—¿Ya pensaste en mi propuesta? Una noche de amor conmigo a cambio de tu pasaje de libertad hacia México —expresó con un tono cargado de deseo sexual.

Julia hacía un esfuerzo sobrehumano por mantenerse serena exteriormente, por dentro los nervios la consumían.

—Lo estoy pensando —mintió tratando de ganar tiempo.

—No te tardes. Soy de paciencia corta —el tono era nuevamente amenazador—. Ahora a trabajar, que en la vida nada es gratis.

Julia salió apresuradamente del pequeño cuarto, mientras a su espalda escuchaba las grandes carcajadas proferidas por el amante de la Mami.

Una cantante de voz melodiosa y dulce deleitaba a todos junto al piano de La Perla Azul. El experto pianista la acompañaba tocando las notas de *Por el amor de una mujer*, la más famosa canción de Julio Iglesias. Mientras tanto, Julia venía con paso apresurado desde el pasillo que comunicaba con su habitación. Estrella le salió al paso portando una bandeja con tres bebidas diferentes.

—¿Qué pasó con Gilberto? ¿Se proparó contigo?

—No. Pero ese hombre es un peligro para nosotras, sobre todo para mí.

—Cobarde. ¡Con gusto le rompería esta bandeja en la cabezota!

—Debemos tener mucha mano izquierda en esta situación, Estrella. Gilberto es del tipo de hombres que no se andan por las ramas. Es capaz de denunciarnos por venganza si yo no me someto a sus requerimientos.

La joven cantante acabó su número y los aplausos de los presentes no se hicieron esperar.

—Solo tienes dos caminos, Julia —apremió Estrella—. O robarte a tu hija de una vez, o pedirle ayuda a Daniel Armenteros.

Un mesero pelirrojo y muy pecoso se acercó a ellas.

—Julia, *a major client is waiting for you in your reserved room. He wants you to accompany him with a drink.*

—*Thanks, Kent.*

El pelirrojo se alejó.

—¿Quién será el cliente que quiere tomarse una copa conmigo?

—Alguno que seguramente quedó prendado de tu belleza, *baby.*

Julia salió enfilada hacia el reservado que Kent le señaló.

En la semioscuridad del reservado, un cliente vestido elegantemente esperaba de pie y de espaldas al lugar por donde apareció Julia.

—*Good night* —saludó ella amable. El hombre se volvió a ella—. ¡Daniel!

El senador Parker había sido invitado a cenar en la mansión Armenteros. Los comensales, doña Ramona, Viviana, don Gerardo y el propio senador, disfrutaban de un delicioso estofado de carne acompañado de zanahorias cortadas en rodajas finas y cebolla cortada en daditos. La incorporación de dientes de ajo y tomillo le daban al plato un sabor único y delicioso. La carne llevaba un acompañamiento de papas fritas en dados. Una rica ensalada verde con trocitos de queso ahumado francés y aderezo de mango hizo las delicias de todos. Las dos criadas pendientes de que nada faltara rellenaban una y otra vez las finas copas de cristal con un espectacular vino Chapoutier.

—¿Por qué no nos acompaña Daniel?

—Tenía una importante cena, no recuerdo con quién, Douglas —mintió con gran seguridad la matriarca de los Armenteros.

—Es una lástima, me habría encantado verlo. Desde la muerte de mi hija, nuestras relaciones se han enfriado y eso lo lamento mucho. Siempre he querido a Daniel como un hijo, y no deseo que vaya a pensar que tengo algo en su contra por haberse enamorado de la asesina de mi pobre Samantha.

Viviana se llevó la copa a los labios.

—Estoy seguro de que Daniel no piensa eso —afirmó don Gerardo.

—Hablando de esa criminal, ¿es que la policía de este estado piensa seguir haciendo gala de su ineptitud? ¿Cuándo van a capturarla?

El tono de doña Ramona era imperioso.

—Pregunto lo mismo —intervino Viviana—. Es peligroso que una asesina así ande libre aún.

—Julia Alcántara está siendo buscada activamente las veinticuatro horas de cada día, pero ha sabido ocultarse muy bien. Es obvio que cuenta con ayuda de cómplices —informó el padre de Samantha.

—La gentuza como ella siempre tiene amigos de baja calaña. Gente que se mueve en los más bajos ambientes —acotó despectiva la dama de hierro.

—Sea como sea, deberían reforzar la búsqueda, senador —insistió Vivi.

—No hay nadie sobre la faz de la Tierra más interesado que yo en ver nuevamente a la criminal de mi hija tras las rejas.

—¿No ha aparecido ningún tipo de prueba que pudiese demostrar la inocencia de Julia Alcántara?

—Por Dios, Gerardo, no insistas con lo mismo. Es imposible que aparezca una prueba que demuestre la inocencia de esa mujer, porque simplemente no es inocente.

—Ramona, tu odio hacia ella te pone un velo sobre...

—Silencio, Gerardo —exigió seca y rotunda—. Siempre abres la boca para decir insensateces.

Don Gerardo prefirió callar para no hacer más tenso el momento. Viviana disimuló una sonrisa de satisfacción.

—Mi pobre hija no descansará en paz hasta que su asesina esté otra vez tras las rejas —suspiró Douglas Parker con el corazón encogido.

—Debes presionar a la policía. Tienes el poder para hacerlo.

—Y lo hago, Ramona. Créeme que lo hago.

—¿Puede existir la posibilidad de que Julia haya huido hacia otro estado o escapado del país?

—Eso es imposible, Viviana. Te aseguro que Julia Alcántara continúa en el estado de Florida.

—Esa mujer es como las ratas, sabe esconderse muy bien.

—Será encontrada, Ramona. Aunque sea lo último que haga en mi vida, ¡la asesina de mi hija Samantha será encontrada!

Viviana aguantó las ganas de reírse a carcajadas. Se sentía muy confiada.

Julia, completamente estupefacta, no podía creer estar viendo a Daniel frente a ella.

—¿Cómo diste con mi paradero?

—Tú misma me diste la clave de que estabas aquí escondida.

—¿Yo? Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Yo no te dije nada.

—Me reclamaste mi beso con Viviana, y la única vez que ella y yo nos hemos besado fue ayer y aquí. Era obvio que, si sabías de ese beso, era porque lo habías visto. Comprendí entonces que te ocultabas en La Perla Azul.

Ella, estremecida, comprendió que los celos la habían traicionado y la habían empujado a meter la pata revelando involuntariamente su escondite.

—¿Vas a entregarme?

Daniel dio un par de pasos hacia ella y tomó suavemente sus manos.

—¿Me crees capaz de hacer eso? —preguntó cálidamente.

Aquella era la primera vez que se veían frente a frente y directamente a los ojos, luego de que él la hubiera ido a visitar en la comisaría de policía.

—Me he sentido tan angustiado por ti desde que supe de tu fuga, Julia. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué arriesgar tu vida de esa manera?

—No tenía opción. Iba camino a la cárcel de mujeres. Acusada de un crimen que no cometí, con el mundo en mi contra. Pocas personas creen en mi inocencia. Ni siquiera tú me crees inocente.

—Julia...

—No tenía opción, Daniel. Ocurrió aquel choque y los policías se desmayaron. La libertad es algo muy preciado para el ser humano, y más en mis injustas condiciones. Tenía que escapar. Quizás haya sido un error, pero tuve que hacerlo.

—Entiendo tu punto, pero ¿por qué no me llamaste? ¿Por qué no me pediste ayuda y protección?

—¿Lo habrías hecho?

—¡Absolutamente!

—Me echas en cara que dude de ti, Daniel. ¿Y tú? ¿Tú no has dudado de mí?

—¡Perdóname, Julia! ¡Por Dios te suplico que me perdones! Te amo. Ahora más que nunca, más que siempre. Te amo y deseo verte libre, sin culpas. Y yo a tu lado, protegiéndote, amándote. ¡Amándote siempre!

Se abrazaron fuertemente, como si con aquel abrazo quisieran inmortalizar para siempre ese momento. Y se produjo el beso. Aquel ansiado beso que tanto deseaban ambos. Aquel beso lleno de amor y pasión a la vez. Aquel beso en el que se les iba la vida.

—Daniel... ¡Daniel!

—Shhhh, no digas nada —suplicó él—. Solo déjate besar, solo déjate llevar por el momento.

Otra vez volvieron a fundirse en uno, dos, tres, mil besos. El mundo no existía para ellos en aquel momento. Daniel se quedó atónito cuando Julia se apartó bruscamente de él, cortando de tajo la magia de ese encuentro.

—Julia.

—Esto es una locura. Tú y Viviana...

—Yo y Viviana nada —zanjó él firme.

—Pero los vi. ¡La besaste!

—No, te equivocas. Ella me besó a mí y yo me dejé arrastrar por el beso. Yo no la amo. Nunca podría amarla. Entre nosotros no hay nada.

—¿Me lo juras? —interrogó ella palpitante, muriendo de amor.

—Te lo juro. Viviana jamás va a interesarme como mujer. A la única que he amado y voy a seguir amando el resto de mi vida eres tú.

—Quisiera creerte.

Daniel volvió a tomar las manos de ella y las besó repetidamente mientras la miraba a los ojos.

—Quiero que confíes en mí, Julia.

—¿Y tú, Daniel? ¿Vas a confiar en mí? ¿Vas a creerme cuando te digo que soy inocente del crimen de Samantha Parker?

—¡Sí! ¡Te creo! ¡Fui un tonto, un ciego al no hacerlo! Creo en ti y voy a ayudarte —le prometió sincero.

Nuevamente volvieron a abrazarse. Ella lo hizo con fuerza, buscando su protección. Y él lo hizo con amor, un amor infinito que lo llenaba todo. Julia rompió a llorar sobre el hombro de él.

—No quiero seguir separada de mi hija, Daniel. Anita lo es todo para mí. ¿Ya me olvidó?

—No, claro que no. Anita te recuerda y pregunta por ti.

—¿Y tú qué le dices?

—Que estás de viaje, pero que vas a volver. Le digo que la quieres y que eres la mejor mamá del mundo.

—Gracias. Gracias por mantener vivo mi recuerdo en mi princesita.

Daniel besó suavemente las lágrimas de la mujer amada, secando así su atormentado rostro.

—Mañana mismo voy a llevar a Anita al hospital. Nos haremos juntos la prueba de ADN. Si resulta ser mi hija, la reclamaré legalmente.

—Sí, sí, hazlo —suplicó anhelante.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo. En cuanto a ti...

—¿Qué?

—Es mejor que te entregues.

—¡No!

Nerviosa, alterándose, Julia se apartó de él dando unos pasos.

—Entiende que es lo mejor. Ahora estás ofuscada, pero analízalo. Huir te pone en serio peligro de muerte. Ante los ojos de todos, si huyes es porque algo debes. Si te entregas, será más fácil demostrar tu inocencia.

—Todo me acusa. La persona que asesinó a Samantha supo hacer las cosas muy bien. No dejó rastros ni huellas. El poder del senador Parker es enorme e infinito. Ese hombre quiere verme hundida. No, Daniel. Entregarme es perder a mi hija para siempre.

—¿Pero entonces piensas huir eternamente? ¡Eso es una locura!

—Lo prefiero mil veces antes que perder a Anita. Hazte la prueba de ADN, si es tu hija, tendrás todos los derechos para tenerla. Mientras tanto, yo huiré a México. Allí no me conoce nadie.

Cambiaré de personalidad. Tú, con la niña en tus brazos, viajarás y me la llevarás. Luego, podrás regresar para proseguir con tu carrera política.

—¡Al diablo mi carrera política! ¡Solo me importan tú y Anita! Buscaré la manera de que llegues a México sana y salva. Luego, yo iré con la niña. Lo dejaré todo, Julia. Solamente tú me importas. Lo dejaré todo por ti y por Anita. En México nos iremos a vivir a un pueblito desconocido, donde nadie sepa quién eres. Allí viviremos felices, sin sobresaltos.

—Daniel, ¡suena tan bonito todo lo que me dices!

—Y así será.

—Confío en ti. ¡Ciegamente, confío en ti!

—Te amo tanto, Julia. Todo va a cambiar. Mientras estemos en México, yo seguiré luchando por demostrar tu inocencia. Cuando eso pase, regresaremos algún día y ya no tendrás que esconderte más.

Julia lo abrazó con fuerza y él buscó sus labios. Ella se los ofreció palpitante, deseosa de sentir su aliento, su sabor. Tras unos minutos, se miraron con intensidad a los ojos. Sus pupilas brillaban más que nunca.

—Ya tengo que volver.

—No quiero que sigas aquí.

—Por el momento, es el lugar más seguro para mí. Me sé cuidar. Tú encárgate de resolverlo todo.

—Vendré cada noche.

—No debemos llamar la atención.

—Todo saldrá bien, Julia.

—Adiós.

—No olvides que te amo.

—Y yo a ti. Dale besos a mi hija. Miles de besos, todos los besos del mundo.

—Así será.

Julia salió del reservado, aunque su mayor deseo era quedarse allí, junto al hombre amado. Daniel cerró los ojos. Hubiese querido alargar aquel encuentro indefinidamente.

Daniel Armenteros volvió a la mansión y le salió al encuentro Viviana. Le contó que aquella noche había cenado con ellos el senador Parker, y con malignidad agregó que la búsqueda para encontrar a Julia Alcántara era más intensa.

—Entiendo el odio de Douglas Parker, pero algún día comprenderá que está equivocado.

—No hay equivocación posible, Daniel. Julia es una asesina y punto. —Lo miró a los ojos y luego suavizó el tono—. ¿Es posible que sigas creyendo en la inocencia de esa mujer cuando tú mismo la viste con el puñal en la mano?

—No todo es lo que parece, Viviana. Lo que pasa es que tú no tienes corazón y tu alma carece de bondad. Si conocieras la piedad, le otorgarías el beneficio de la duda a Julia, pero estás tan llena de resentimiento y odio hacia ella que disfrutas ante la idea de verla hundida.

—En mi alma no hay espacio para sentir piedad por una asesina.

—¡Cállate! No me interesa seguir manteniendo esta conversación contigo.

—Vuelves a despreciarme por ella. Por esa maldita.

—Eres tú la que se ha ganado a pulso ese desprecio. Buscaste volverte mi amante aun estando vivo mi hermano y siendo su esposa. ¿Crees que puedo amar a una mujer como tú?

—¡Mi pasión por ti me empujaba a cualquier cosa por conseguirte! Por ti he sido capaz de empezar a querer como una hija propia a Anita.

—Y te agradezco que la quieras así, pero si piensas que por querer a la niña voy a sentir amor por ti, estás equivocada.

En ese momento hizo su entrada doña Ramona.

—Al fin llegaste, Daniel. Fue imperdonable que estuvieras ausente en la cena de esta noche. Douglas Parker preguntó por ti y tuve que inventarle una excusa.

—Olvídate del senador, madre. Hay algo que debes saber.

—¿Qué cosa?

—Mañana llevaré a Anita al hospital. Nos someteremos a una prueba de ADN.

—¿Para qué? —preguntó tensa la matriarca—. Es sabido por todos que la niña es hija de tu hermano Jorge Ignacio.

—Es lo que supones tú y has querido convencernos a todos de eso.

—Sea como sea, no quiero que la niña sea sometida a ninguna prueba. Tengo la guardia y custodia de ella y te prohíbo que...

—No, madre, tú no me prohíbes nada —cortó firme—. No me obligues a proceder legalmente. Tengo dudas sobre la paternidad de Anita y puedo reclamar en una corte mi derecho a una prueba.

Bruscamente, Daniel salió de la sala subiendo apresuradamente las escaleras. Viviana habló a doña Ramona con tono nervioso.

—¡Hay que evitar esa prueba, Ramona! Si la niña resultara ser en verdad hija de Daniel, todo estaría perdido.

—Lo sé —exclamó la dama de hierro tratando de mantener la serenidad.

—Daniel ha vuelto de la calle convencido de la inocencia de Julia. Algo pasó esta noche que cambió su manera de pensar. Capaz se vio con esa mujer y ella lo embrujó, envolviéndolo con sus besos. Si Anita fuera hija de Daniel, él buscará la manera de limpiar el nombre de Julia. O la sacará del país y se la llevará a un lugar donde nunca fuese encontrada. Y hasta se reuniría con ella, dejando de lado su carrera política.

—¡Cállate, Viviana! ¡Me atormentas y alteras los nervios!

—¡Te estoy abriendo los ojos ante lo que posiblemente pase y pasará!

—¡Anita tiene que ser hija de Jorge Ignacio!

—¡El que lo desees no tiene por qué hacerlo realidad, Ramona!

—Anita sería el vínculo que volvería a unir a Daniel y a Julia, y esta vez para siempre — profetizó estremecida de ira doña Ramona.

—A no ser que la niña sufriera un accidente mortal...

Estrella y la Mami se quedaron muy impactadas cuando Julia les acabó de contar que Daniel y ella se habían reencontrado y besado en uno de los reservados de La Perla Azul.

—¡Qué momento tan romántico! Soy fanática del amor y los finales felices —exclamó suspirando la Mami.

—Daniel me prometió ayudarme a escapar de Miami.

—¿Lo ves? Te lo dije muchas veces, *baby*, que le pidieras ayuda.

—Lo sé, Estrella, pero tenía dudas. Aunque ahora todo cambió. Cuando Daniel vuelva, le diré que también tendrá que ayudarte a ti.

—Yo no importo ahora, Julia. Lo único verdaderamente importante es que logres irte muy lejos con tu hija para que no las vuelvan a separar nunca más.

—Yo no voy a abandonarte, Estrella. Tú has estado conmigo dándome tu apoyo en momentos absolutamente difíciles para mí. Seguiremos juntas en esta aventura.

La guatemalteca con los ojos llenos de lágrimas por la emoción tomó las manos de Julia.

—Gracias, amiga. —Ambas desventuradas se abrazaron con fuerza.

—Ay, chicas, por Dios, me van a hacer llorar y se me va a correr el rímel —confesó emocionada la noble Mami—. Además, en La Perla Azul están prohibidas las lágrimas. ¡Aquí todo es alegría!

Las tres amigas rieron. La Mami avanzó hacia un refrigerador mediano ubicado en una de las esquinas de su despacho. Sacó una botella de champaña y la descorchó.

—Vamos a brindar por todo lo bueno que viene para ustedes —anunció la dueña de La Perla Azul mientras rellenaba de espumoso líquido amarillo tres vasos de cristal—. ¡Salud!

El trío de mujeres alzó sus vasos y brindó.

—¡Está delicioso! —exclamó Estrella.

—La vida tiene que ofrecerte cosas maravillosas de ahora en adelante, Julia. Has sufrido mucho y ya es tiempo de que todo cambie para ti. Mereces ser feliz junto a ese guapetón de Daniel Armenteros y tu hija. Mereces también recuperar tu carrera de modelo y volver a brillar.

—Gracias por tus buenos deseos, Mami. En verdad retomar mi carrera como modelo me da igual. Ser modelo más que nada lo hice en un momento de mi vida donde necesitaba salir adelante ante tantas deudas. No extraño las pasarelas ni el ser reconocida. Añoro una vida tranquila junto a mi adorado abuelito, mi hija y el hombre que amo.

A la mañana siguiente, Daniel Armenteros y la pequeña Anita se sometieron a la prueba de ADN. El encargado responsable de hacerles dicha prueba les explicó:

—Las pruebas de ADN para determinar la paternidad se realizan comparando la secuencia de ADN del padre, del hijo y de la madre. La combinación de las secuencias de ADN del padre y de la madre debe dar como resultado la secuencia del hijo; solo de esta manera se tendrá una seguridad, generalmente de más del 99 %, sobre la paternidad del menor de edad.

—Entendido perfectamente —confirmó Daniel—. ¿En cuánto tiempo estarán listos los resultados?

—Usualmente, los tiempos de entrega de resultados estándar oscilan entre siete y diez días una vez que el laboratorio recibe las muestras. Nos comunicaremos con usted telefónicamente cuando tengamos los resultados, candidato Armenteros.

—Muy agradecido. Ahora, Anita, por haberte portado tan bien y tan valiente, voy a llevarte a un lugar muy especial.

Daniel cargó amorosamente a la niña entre sus fuertes brazos y juntos abandonaron el consultorio.

—¿Ya han vuelto Daniel y Anita?

—Aún no —informó contrariada y con los nervios a flor de piel doña Ramona.

Viviana frunció el ceño, la angustia e impotencia que se apoderaba de todo su ser la tenían malhumorada.

—Has perdido autoridad ante Daniel, Ramona. Antes tu voz era ley en esta casa, y ahora...

—No me hagas perder más la paciencia con comentarios fuera de lugar. Haberme enfrentado a Daniel habría sido propiciar un escándalo. ¿Qué querías? ¿Que solicitara ante una corte una prueba de paternidad y el chisme llegara a la prensa? ¿Te imaginas las noticias anunciando una disputa legal entre él y yo?

Don Gerardo hizo su entrada al jardín donde conversaban ambas mujeres.

—Toda la vida nos has manejados a todos como marionetas, Ramona. Ya era hora de que alguien te plantara cara.

—¿Quién te autorizó a intervenir en esto, Gerardo? —interrogó.

—Me alegra que Daniel no se someta a tus caprichos y órdenes arbitrarias.

—¡Desaparece de mi vista! —mandó con el rostro descompuesto de la ira.

—Si Anita resulta ser hija legítima de Daniel, todo va a cambiar. Él se marchará para siempre de esta casa con la niña y no descansará hasta demostrar la inocencia de Julia. Te quedarás con las ganas de casarlo con Viviana.

—¡No eres más que un imbécil! —gritó exasperada la matriarca del clan Armenteros.

Don Gerardo le sonrió disfrutando su pequeño triunfo de haber sacado a doña Ramona de sus casillas. Se retiró dejando nuevamente solas a ambas mujeres.

—¿Tenías pensado casarme con Daniel?
—Es lo más conveniente para todos, pero como están las cosas no veo viable la situación.
—Lo dicho, Ramona, has perdido autoridad. Hasta el pusilánime de tu marido se te enfrenta y te desafía con comentarios que te llenan de contrariedad.

Julia acudió al despacho de la Mami en La Perla Azul. Estrella le había informado que debía dirigirse allí. Entró pensando que la dueña del cabaret le diría algo, pero quien la esperaba era otra persona.

—¡Daniel!

Él le sonrió cálidamente y muy enamorado. Ella, tras cerrar la puerta, corrió a sus brazos y se fundieron en un largo beso. Luego, él tomó sus manos con infinita ternura.

—Te traje una pequeña sorpresa.

—¿Cuál? —quiso saber ella sin sospechar de qué se trataba y mirando a todas partes.

—Anita.

El anuncio de Daniel sacudió a Julia por completo. La niña, que estaba oculta debajo del escritorio, salió de su escondite y llena de emoción corrió abriendo sus bracitos hacia el encuentro con su madre.

—Ma-mi.

—¡Anita! ¡Mi preciosa Anita!

Madre e hija se fundieron en un fuerte y cálido abrazo. Julia no pudo evitar romper a llorar con infinita emoción mientras besaba cientos de veces el rostro de su pequeña hija. La niña correspondía a los besos. Daniel contemplaba la escena conmovido y con un nudo en la garganta.

—Venimos de hacernos la prueba de ADN —anunció él.

—¿Para cuándo estarán listos los resultados? —quiso saber ella ansiosa.

—Dentro de una semana o diez días, aproximadamente.

Julia volvió a besar la carita y frente de su hija. Sus lágrimas dejaron de brotar bajo la dulcísima sonrisa de la niña.

—Tiene que ser tu hija, Daniel. Tiene que serlo.

—Es lo que más deseo, Julia —confesó sincero y emocionado.

—Mami... No te vayas más.

—Mi chiquita, debes tener paciencia. Ahora mami no podrá estar a tu lado durante varios días, pero después todo cambiará y ya nunca más volveremos a separarnos —prometió dulcemente—. ¿Lo entiendes?

La niña asintió sin haber comprendido muy bien por su corta edad.

—Yo cuidaré de ti mientras mamá vuelve a reunirse con nosotros, Anita. Y la próxima vez, será para siempre.

—Te quie-ro, mami.

—¡Y yo a ti, mi princesita adorada! ¡Yo te amo hasta el infinito!
—Ya debemos marcharnos, Julia.
—Gracias por haberla traído, Daniel —sonrió trémula de emoción y amor por su hija.
—Ahora regresa a tu cuarto y descansa. La emoción de reencontrarte con Anita te ha fatigado.
—Te ruego que en cuanto conozcas los resultados de la prueba me informes, sean cuales sean.
—Así será. Te lo prometo, mi amada Julia.
—Pronto nos volveremos a reunir, Anita —le juró a la niña con lágrimas en los ojos.

Luciano Anderson estaba preocupado. Así se lo comunicó a don Luis y a Nancy en la acogedora sala de la casa de Coral Gables.

—Mientras más días pasan sin noticias de Julia, más temo por su suerte. Es muy peligroso que continúe evadida.

—Yo todos los días le pido a la virgencita de la Caridad del Cobre que proteja a mi nieta.

—Las noticias de televisión dicen que la búsqueda no se ha detenido —informó Nancy.

—Ni se detendrá —anunció Luciano—. La policía no descansará hasta no hallar a Julia y su compañera.

—¿Podrían dispararles? —preguntó temeroso el anciano.

—Depende de si ellas oponen resistencia o si se enfrentan a balazos con la ley.

—Mi nieta no sería capaz de hacer eso.

—Fue un error que Julia se escapara. Ahora todos están convencidos de su culpabilidad.

—¿Tú también, Luciano?

—No, Nancy. Yo creo en Julia y en su inocencia.

—¿Quién habrá asesinado a la pobre hija del senador, bendito? —se preguntó don Luis.

—Es la gran pregunta que todos nos hacemos. Si al menos Julia se comunicara conmigo, yo le preguntaría dónde se esconde e iría a su encuentro para ayudarla. Pero este silencio es desesperante —confesó Luciano muy enamorado.

El sonido del timbre de la puerta los sorprendió a todos.

—¿Usted espera a alguien, don Luis?

—Yo no, Nancy.

—Abran pronto —urgió Luciano—. Podrían ser noticias sobre Julia.

Nancy corrió hacia la puerta principal y abrió. Una gran sonrisa iluminó su rostro al ver frente a ella a Daniel de la mano de Anita.

—¡Es Anita, don Luis! ¡Daniel nos ha traído a Anita! —gritó emocionada hacia la sala.

Don Luis lleno de la máxima emoción corrió al encuentro de la niña.

—¡Anita! ¡Alabao! ¡Pero cómo has crecido, criatura!

El anciano tomó a la niña entre sus brazos y se la comió a besos. Nancy, impaciente, se la arrebató e hizo lo propio. Anita, confundida, se dejaba besar. Era una lluvia interminable de

besos. Daniel reía satisfecho y complacido por regalarle a don Luis y a Nancy la dicha de disfrutar de la presencia de la niña. Luciano Anderson se acercó al grupo.

—Gracias, Daniel. Muchas gracias por traer de visita a la niña, devolviendo así la dicha a esta casa.

—Nada tienes que agradecerme, Luciano. Es algo justo.

Ambos rivales por el amor de Julia estrecharon sus manos sin ningún tipo de antipatía.

—Hace días fuimos a tu casa a ver a Anita y tu madre nos echó como perros.

—No supe nada, don Luis. Lo siento. De haber estado presente, no lo habría permitido.

—Lo sé, Daniel. Eres un buen hombre y lo has demostrado.

—¿Alguna noticia sobre Julia? —interrogó esperanzado Luciano.

—Sé dónde está oculta —anunció solemne Daniel.

—¿Cómo? ¿Sabes dónde está mi nieta?

—¡Por favor, dímelo ya! ¡Yo me muero de ganas por ir a ver a mi panita!

—No, Nancy, sería demasiado arriesgado.

—Pero...

—Trata de entenderlo. Además, ustedes podrían estar siendo vigilados por las autoridades sin saberlo. Yo para reunirme con ella tomo mil precauciones. No podemos poner en riesgo la libertad de Julia por dejarnos arrastrar por la emoción.

—Daniel tiene razón —convino Luciano—. Pero al menos dínos cómo se encuentra. ¿Es un lugar seguro? ¿Se está alimentando bien?

—Sí, es un lugar seguro. Tiene agua y comida, un cuarto donde dormir y todas sus necesidades básicas están cubiertas.

—¿No podremos verla?

—Por el momento no es lo más indicado, don Luis. Yo acabo de estar allá y le llevé a la niña.

—¡Pobrecita mi nieta! Ver a su chiquita después de tanto tiempo debe haberla hecho muy feliz.

—Sí, fueron los momentos más felices de su vida en estas últimas semanas.

—¿Cuál es el plan por seguir? —quiso saber Luciano.

—Voy a sacar a Julia hacia México. Allí se esconderá. Anita y yo nos reuniremos con ella. Desde México seguiremos luchando por demostrar su inocencia en el crimen del que se le acusa.

—¿Pero no es peligroso que viaje en su actual condición?

—No temas, Nancy. Será un viaje seguro. Yo me encargaré personalmente de todo.

—A pesar del gran amor que siento por Julia, y aunque la pierda para siempre cuando se vaya a México contigo, quiero agradecerte todo lo que haces por ella, Daniel.

—No puede ser de otra manera, Luciano.

—Soy un viejo, moriré sin volver a ver a mi nieta.

—No diga eso, don Luis. Cuando las aguas estén más calmadas, usted viajará a México a reunirse con Julia —prometió Daniel.

—¿Podrá demostrarse algún día su inocencia? —quiso saber Nancy.

—Es lo que más deseo —confesó Daniel.

—Es lo que más deseamos todos —agregó Luciano.

—Creo que ha llegado el momento de llevarme a la niña.

—Gracias, Daniel. Nos has hecho muy felices —confesó emocionado el buen anciano—. Vuelve a traer a Anita en cuanto puedas.

—Así será. Espero que sea pronto.

Don Luis y Nancy se despidieron de la pequeña con sendos y sonoros besos. Anita les dijo adiós con su pequeña mano y Daniel salió con ella hacia la calle. El abuelito de Julia no pudo evitar echarse a llorar. Nancy lo abrazó conmovida bajo la mirada desolada de Luciano.

El sol brillaba con intensidad en lo más alto del firmamento. En aquella concurrida playa de Miami Beach, personas de diferentes edades disfrutaban del buen clima. A pesar de ser un día entre semana, el lugar estaba bastante lleno. Los cuerpos esculturales se exhibían por doquier y las pieles brillaban intensamente gracias al protector solar. Las famosas playas de Miami eran el lugar perfecto para ver y dejarse ver. El sitio ideal para los reencuentros.

—¡Pero qué sorpresa!

Viviana y Kitty, que vestían diminutos bikinis que poco dejaban a la imaginación, volvieron sus miradas hacia la voz.

—¡Gilberto! —exclamó Vivi verdaderamente sorprendida.

Ante ellas estaba de pie Gilberto Ortiz, el joven amante y chulito de la Mami. Vestía una moderna bermuda estampada con la bandera de EE. UU. Ellas se pusieron de pie abandonando la comodidad de sus coloridas toallas sobre la arena.

—Hacia años que no nos veíamos —sonrió él.

—La última vez que te llamé habías cambiado el número de tu celular —sonrió coqueta Kitty.

Gilberto, feliz del reencuentro, besó a ambas en las mejillas.

—Sí, he tenido que cambiar de número varias veces. No se imaginan cuánto me alegra volverlas a ver después de tanto tiempo. ¿Cuántos años han pasado? ¿Cinco? ¿Seis?

—Ya perdí la cuenta. Lo importante es que seguimos luciendo fabulosos —aseguró Viviana sin ningún tipo de modestia.

El trío rio divertido.

—¿Y qué me cuentas de tu vida, Kitty?

—Justamente ahora estoy viviendo una de mis peores etapas. Sin trabajo, llena de deudas y a punto de ser echada a la calle del lugar donde vivo por no tener para pagar la renta.

—Patético. Por eso yo me dedico a enamorar a viejas adineradas que me mantengan —confesó cínico Gilberto—. ¿Y tú, Vivi? Hace años supe que te casaste con un tipo multimillonario.

—Jorge Ignacio Armenteros, aunque el millonario no era él, sino su familia.

El apellido Armenteros hizo sonar una alarma interior en la mente de Gilberto.

—¿Armenteros? ¿Tu esposo es familiar del candidato a la presidencia Daniel Armenteros?

—Eran hermanos. Enviudé hace poco más de dos años.

—Hermanos...

La maquinante mente de Gilberto comprendió inmediatamente que Viviana a fuerza tendría que haber conocido en el pasado a Julia.

—He estado siguiendo por las noticias el crimen de una tal Samantha Parker, y la asesina es una mujer llamada Julia Alcántara, que a su vez fue esposa del candidato. ¿La conociste? —indagó fingiendo cierta indiferencia.

—Sí. Esa criminal y yo vivimos durante algún tiempo bajo el techo de la mansión Armenteros. La odié con todas mis fuerzas. El día más feliz de mi vida será cuando sea atrapada y colocada otra vez tras las rejas.

—¿Por qué tanto odio hacia ella?

—Motivos personales, querido Gilberto.

—Bueno, el sol está abrasador. Iré en busca de tres cervezas. Vuelvo enseguida.

El amante de la Mami se alejó con una sonrisa pérfida en sus labios.

—¡Qué bello está Gilberto! ¡Me puedo morir por él! —suspiró Kitty prendada.

—Siempre te gustó, incluso llegaste a estar enamorada de él hace mucho tiempo.

—Sí, pero Gilberto nunca se interesó en mí. A él solo le importan las mujeres mayores con mucho dinero para poder vivir de ellas —suspiró frustrada Kitty.

—Tu problema es que siempre soñaste con mantener una relación seria con él. Gilberto no vale la pena como hombre, es un vividor. Te aconsejo que simplemente la pases bien con él, disfruta de su compañía y de su cuerpo. Déjalo que siga con su amante vejstorio de turno y tú dedícate a ser su amiguita sexual. Aprende a ser moderna, Kitty.

—Esta vez no estoy dispuesta a dejarlo escapar.

Con aquella decisión, Kitty acababa de sellar su destino.

—¿Te gusta? ¿Es totalmente de tu agrado o quieres cambiar algo de la decoración, o quizás el color de las paredes?

—Todo está perfecto. El color blanco me ofrece serenidad.

Antonieta y don Gerardo Armenteros estaban de pie en la amplia sala del apartamento que él había alquilado para ella en Sunny Island. Era muy espacioso y lleno de luz. Ubicado en el piso doce, justo frente al mar, ofrecía una vista magnífica de la playa.

—¿Cómo te sientes fuera del centro de salud mental?

—Nunca pensé que llegaría este día, Gerardo. Los ruidos fuertes me alteran los nervios, pero voy a superar todos mis temores gracias a mis doctores y mi medicación. Me parece mentira estarme reintegrando a la sociedad, a un paso de conocer a mi hijo y revelarle que soy su verdadera madre.

—Todo cambiará para ti desde hoy, Antonieta. Esta tarde vendrá a visitarte una estilista que te hará un favorecedor cambio de *look*. También compré para ti todo un guardarropa completo, con bolsos y zapatos a juego. Desde mañana tendrás a tu servicio una empleada doméstica que estará al pendiente de tus más mínimos deseos. Te compré este celular que ahora te enseñaré cómo usarlo y también hay una línea telefónica fija en el apartamento. En fin, espero que no se me haya escapado ningún detalle. Mi mayor deseo es que te sientas completamente cómoda —aseguró mirándola fijamente y amándola con la misma intensidad que hacía treinta años atrás.

—Gracias.

—Nada tienes que agradecerme. Es lo menos que puedo hacer por ti. Ojalá pudieses llegar a perdonarme algún día.

—Ya habrá tiempo de hablar sobre nosotros —aseveró ella cortante—. El tiempo de Dios es perfecto y pondrá todo en su lugar entre tú y yo. Ahora quiero que me hables de mi hermana Ramona.

—¿Ramona? —preguntó estremecido—. Bueno, ella vive en la mansión Armenteros. En realidad, sale poco a la calle. De vez en cuando acude a eventos sociales con sus amigas y colabora en tómbolas y reuniones de caridad. Es presidenta de una asociación de niños con síndrome de Down. También preside comidas benéficas para diferentes organizaciones dedicadas a la ayuda humanitaria en el mundo. Igualmente dona ropa y alimentos en un centro de refugiados indocumentados.

—Vaya, qué gran capacidad de ayuda en una mujer que fue capaz de enloquecer a su propia hermana, robarle a su hijo, robarle también al hombre que amaba, además de su fortuna y su casa —acotó con gran cinismo.

—Ramona es...

—Es una gran cínica —cortó precisa—. Todas esas obras benéficas son una fachada para que hablen bien de ella, para que digan que es un ser de luz y llena de bondad. Pero a nosotros no nos engaña, Gerardo. Conocemos su esencia. Conocemos su alma oscura y podrida de maldad.

Antonieta dio unos pasos y llegó hasta el balcón. La suave brisa marina le pegó en el rostro y le alborotó el cabello. Don Gerardo se le unió.

—¿Cómo se llega hasta el sótano donde estuve encerrada? —preguntó mirando fijamente el azul del mar.

—Como ya te dije, es un lugar oculto que solamente conocemos Ramona y yo. Está escondido tras una pared que se desliza accionando un botón secreto. Luego, hay una larga escalera que te lleva al sótano.

—¿Dónde está oculto el botón secreto?

—¿Para qué quieres saberlo? —interrogó muy tenso.

—¿Dónde está oculto el botón secreto? —repitió exactamente la misma pregunta.

—Tras un cuadro de Picasso que está colgado en la biblioteca.

—¿Hay comida en la nevera? De pronto, se me ha despertado un hambre voraz.

—Antonieta, ¿qué estás planeando?

—Relájate, Gerardo. Tengo muy bien planificado todo. Llevo días dándole forma a una idea en mi cabeza. Llegó el momento de ejecutarla. Llegó el momento de que mi «querida hermana» y yo nos volvamos a ver de frente. Ella y yo vamos a saldar cuentas pendientes.

—Ramona es peligrosa. Debes cuidarte de ella —advirtió temeroso.

—Es ella quien debe cuidarse de mí.

Pasó la semana de espera para conocer los resultados de la prueba de ADN a la que se sometieron la pequeña Anita y Daniel. En la mansión Armenteros, todo eran nervios y ansiedad.

—Ramona, ¡cuánto se tarda en regresar Daniel con los resultados!

—Me siento igual de nerviosa y ansiosa que tú, Vivi. Tenemos que seguir esperando.

Don Gerardo había entrado al *family room* con una gran taza de café a medio acabar. Nerviosamente se dirigió a las mujeres.

—Deseo con todas mis fuerzas que finalmente Anita resulte ser hija de Daniel.

—¿Podrías mantenerte callado, Gerardo? Tienes la mala costumbre de hablar puras estupideces y cosas sin sentido.

—Todo lo que sea contrario a tu manera de pensar, para ti son estupideces y cosas sin sentido, Ramona.

La matriarca de los Armenteros, ante las palabras desafiantes de su marido, le dedicó una mirada de odio fulminante. Apretó los puños y dándose media vuelta le ordenó:

—Déjame a solas con Viviana. Tu presencia me crisa los nervios.

—No es mi presencia lo que te saca de tus casillas. Tus nervios alterados se deben a que sabes que, si Anita resulta ser hija de Daniel, él se irá para siempre de esta casa con la niña, y tus manipulaciones habrán acabado.

Anita, que desde la puerta lo había visto todo, entró a la estancia y preguntó:

—¿Tío Daniel?

—Tu tío Daniel no está en la casa —respondió cortante la dama de hierro—, así que no molestes y vete a tu cuarto a jugar con tus muñecas.

—Tío Daniel —insistió Anita.

—Qué niña tan majadera, ¡no obedece! —se quejó con tono odioso Viviana.

La niña se había parado junto a su abuelo mirándolo con ojitos tristes. Don Gerardo dejó sobre la mesita central su taza de café y cargó a Anita entre sus brazos.

—No estés triste, Anita. Tu tío Daniel llegará de un momento a otro —le dijo dulce y besando su frente—. Quizás a partir de hoy ya no tengas que seguir llamándolo «tío».

—¡Cállate, Gerardo!

—¿Por qué? A los niños hay que hablarles con la verdad.

—Deja de fastidiar y vete a tu cuarto, Anita —ordenó Viviana.

—Mala... tú eres mala —dijo Anita.

Viviana, exasperada, descargó una mano sobre la cara de la pequeña. La niña rompió a llorar.

—¿Pero cómo te has atrevido a pegarle a Anita? —preguntó impactado y a la vez muy enojado don Gerardo.

Viviana, sollozando verdaderamente nerviosa, se dejó caer en un sillón tapando su rostro con las manos.

—Toda esta situación me tiene muy nerviosa, y Anita me altera más. Es una niña maleducada y hay que corregirla.

—¡Pero no con golpes! ¡Tú no eres su madre! ¡No tienes derecho a pegarle!

—Basta, Gerardo. La niña necesitaba un correctivo y Viviana hizo bien en aplicárselo.

—Nunca más se atrevan a pegarle a Anita. ¡No lo hagan o pondré a Daniel al tanto de todo!

—Basta ya. No hagamos un drama por todo esto —exigió doña Ramona tratando de calmarse.

—Ustedes no saben querer. Ustedes están llenas de odio —acusó el patriarca.

—Saca a Anita de aquí. No soporto oírla llorar.

—Lo que más deseo es que Daniel se lleve muy lejos a la niña de esta casa para que no crezca junto a ustedes.

Don Gerardo salió de allí con Anita cargada, que no paraba de llorar.

—Todo se nos escapa de las manos, Ramona. Si Anita resulta hija de Daniel, él no descansará hasta demostrar la inocencia de Julia. Una vez que el nombre de esa maldita esté libre de cargos, Daniel volverá a casarse con ella.

—¿De veras crees en la inocencia de Julia Alcántara? Pensé que estabas convencida de su culpabilidad.

Viviana, muy tensa, se puso de pie y dio unos pasos.

—Bueno, cualquier cosa podría suceder.

—Y si Julia no fue la asesina de Samantha, ¿entonces quién pudo haberla matado?

Viviana quedó un momento sin saber qué responder. Aunque doña Ramona era su gran aliada y cómplice, no se atrevía a confesarle la verdad sobre el crimen de la hija del senador Parker.

—No lo sé —respondió Viviana cada vez más nerviosa.

—Me niego a aceptar la más mínima posibilidad sobre la inocencia de Julia. Aunque... —calló quedándose muy pensativa.

La voz de Viviana, anhelante, la sacó de su pensamiento:

—Ahora no importa si Julia asesinó o no a Samantha, en este momento lo que nos ocupa es evitar a toda costa que Daniel se marche de esta casa con Anita, en caso de resultar su verdadero padre.

Julia barría el salón principal de La Perla Azul. Le gustaba colaborar con las labores de limpieza. Sin que ella se diera cuenta, por detrás y sin hacer ruido, se le acercó Gilberto,

tomándola por la cintura y pegándola contra su cuerpo. Julia, sorprendida, trató de apartarse de él sin soltar la escoba.

—¿Quieta, gatita! ¡No seas tan arisca!

—¡Suéltame! ¡Suéltame o grito!

—Grita todo lo que quieras. Mami está durmiendo y no va a escucharte. Tiene el sueño tan pesado como una morsa.

Gilberto trató de besarla por el cuello. Julia se debatía con fuerza. Finalmente logró apartarse de él.

—¡Eres un canalla!

—Este canalla está loquito por ti, chulita mía —susurró libidinoso.

—Apártate. Déjame pasar.

—¿Cuál es tu apuro, palomita? Desde hace una semana estoy esperando una respuesta tuya.

—No sé de qué me hablas —evadió nerviosa.

—Pero qué mala memoria tienes —rio cínico y peligroso—. Te propuse ayudarte a llegar a México a cambio de una noche de amor conmigo.

—Mi respuesta es que estás completamente loco.

—Sí, Julita, loco. Me volví loco desde que te vi por primera vez. ¡Loco por besarte y abrazarte! ¡Loco por olerte! ¡Loco por hacerte mía!

Gilberto saltó inesperadamente sobre ella y la sujetó con fuerza por ambos brazos, pegándola otra vez contra su cuerpo. Ella forcejeó con él tratando de soltarse.

—¡Suéltame!

—¡Quieta, fierecita, quieta! Yo me conozco muy bien tu historia. No eres ninguna santa. Estuviste jugando con dos hermanos. Eres una perrita, y a mí me gusta pasar ricos momentos con las perritas como tú.

Gilberto quiso besarla a la fuerza. Ella logró empujarlo y, sin pensarlo, le descargó un fuerte golpe en la cabeza con el palo de la escoba.

—¡Ahhhhhh!

Gilberto cayó pesadamente al suelo tras recibir el brutal golpe. Quedó tendido a los pies de ella y con un hilo de sangre brotándole de la herida. Asustada, Julia soltó la escoba y se arrodilló junto a él intentando reanimarlo.

—¡Gilberto! ¡Háblame! ¡Gilberto!

El amante de la Mami empezó a reaccionar, lucía aturdido y desorientado. Adolorido, se palpó la cabeza y con horror vio la punta de sus dedos manchados de sangre.

—Me rompiste la cabeza, desgraciada. Casi me matas con ese golpe.

Julia, rápida, se puso de pie apartándose de él.

—Tú te lo buscaste. Ven, déjame curarte esa herida.

—No me toques, infeliz. Esto que me hiciste no va a quedar así.

Gilberto logró ponerse en pie apoyándose en una silla cercana. Aún estaba atontado por el golpe.

—¡Gilberto! ¡Tienes sangre en la cabeza, bien mío!

Desde el fondo apareció la Mami envuelta en una escandalosa bata larga de estar en casa color fucsia y con grandes y exageradas plumas en las mangas. La dueña del cabaret, nerviosa, se acercó a ellos.

—¿Pero qué te pasó? ¿Por qué estás herido?

—Me resbalé —mintió él—. Me caí al suelo y me di un golpetazo contra esta silla y me abrí la cabeza.

—Muchas veces te he dicho que eres muy chambón. Voy a llamar a una ambulancia.

—No hace falta. No seas exagerada, Mami. Yo mismo me puedo curar.

Gilberto miró amenazante a Julia largándose hacia el interior del local.

—¿Es verdad lo que me dijo, Gilberto? —preguntó la Mami al quedar a solas con Julia—. ¿Él solo se hizo esa herida o pasó algo más?

—Es cierto lo que te dijo. Se resbaló y se cayó —mintió Julia para evitar más problemas.

Gilberto Ortiz observó a través del espejo de la habitación que compartía con la Mami la herida que tenía en la cabeza. Aunque era pequeña, sí lucía profunda. Con algodones, trataba de detener la sangre que brotaba.

—Menuda fiera es Julia. Sabe defenderse como una leona —masculló malhumorado.

El amante de la Mami se aplicó agua oxigenada y sintió un fuerte ardor. Se examinó cuidadosamente la brecha abierta. Poco a poco, la sangre dejaba de emanar. Gilberto respiró profundamente.

«Vas a pagarme muy caro esto que me hiciste, cangreja. De mí no se ríe ninguna mujer. —De mala gana se puso una venda sobre la herida. Cada vez estaba más enojado—. Voy a delatarte, Julita —sonrió empezando a saborear su venganza—. Voy a revelarle a Viviana tu paradero y ella se encargará de entregarte a la policía».

Cuando Daniel regresó a la mansión Armenteros, lo esperaban allí en la sala doña Ramona y Viviana. Él traía en sus manos el sobre con los resultados de la prueba de ADN.

—Te esperábamos, Daniel.

—Lo suponía, madre.

Se hizo un silencio muy tenso. Las mujeres con los nervios a flor de piel querían conocer los resultados, pero trataban de disimular sus ansias. Daniel, callado y serio, las observaba fijamente.

—¿Y bien? ¿No vas a decirnos nada? —interrogó la matriarca.

—Me gustaría que papá también esté presente.

—Tu padre no hace falta aquí.

—No voy a decir nada hasta que papá no esté con nosotros.

Doña Ramona dudó un momento y después contestó:

—Muy bien, se hará como deseas. Haré llamar a tu padre con una de las criadas.

Justo en ese momento don Gerardo entró a la sala y se les acercó.

—No hace falta. Ya estoy aquí.

Nuevamente se hizo un silencio muy tenso que luego de unos minutos rompió doña Ramona:

—¿Qué esperas para anunciarnos los resultados?

Por toda respuesta, Daniel abrió el sobre y sacó la hoja de papel firmada por el doctor y con el sello del hospital.

—Aquí tienes, madre. Mira tú misma los resultados.

Doña Ramona lo miró un momento, dudando. Finalmente, tomó la hoja y con avidez desdobló el papel. Sus ojos leyeron apresuradamente. Luego, levantó la mirada para encontrarse con las expresiones ansiosas de Viviana y don Gerardo.

—¿Vas a decir cuál fue el resultado de la prueba de ADN? —apremió Viviana.

El labio inferior de doña Ramona comenzó a temblar incontrolablemente. La matriarca fue a sentarse a su sillón predilecto. Suspiró largamente para relajarse hasta que el temblor cesó. La maligna mujer controló su agitación interior.

—El padre de Anita es Daniel —anunció con tono de voz cortante.

Viviana sintió que el mundo se abría bajo sus pies. Don Gerardo sonrió satisfecho.

—Felicidades, hijo.

—Gracias, papá.

Padre e hijo se abrazaron estrechamente palmeándose fuertemente las espaldas.

—Daniel, el que seas el padre de Anita no tiene por qué cambiar las cosas —dijo Viviana con vocecita dulce—. Ramona y yo nos hemos acostumbrado mucho a la niña durante las semanas que lleva aquí. Sería muy doloroso para nosotras que te la llevaras. Anita y tú pueden seguir viviendo bajo este techo.

—Si Daniel ya tenía tomada la decisión de marcharse con Anita, no tiene por qué cambiarla —acotó don Gerardo.

—Descuida, papá. No voy a cambiar de idea.

Doña Ramona disimuló un gesto de impotencia y poniéndose de pie preguntó de mala gana:

—¿Cuándo se mudarían la niña y tú?

—A lo máximo, en una semana o dos. Necesito encontrar una casa apropiada con jardines amplios y piscina.

—Yo te ayudaré, hijo. Una de mis mejores clientas en el banco es una excelente *realtor*.

—Perfecto, papá. Gracias.

—Ahora subamos, Daniel. Anita ha estado preguntando por ti.

Ambos hombres salieron con paso firme y sonrisas de satisfacción.

—Perdimos, Ramona. ¡Julia Alcántara nos venció!
—Estaba segura de que esa mocosa era hija de Jorge Ignacio.
—¡Maldito e inútil Jorge Ignacio! ¡Ni para embarazar a la balseira sirvió!
Doña Ramona estampó la mano derecha con toda su fuerza sobre la mejilla de Viviana.
—¡Nunca más te atrevas a maldecir a mi hijo! —advirtió con fiereza la dama de hierro.
Viviana se contuvo, hizo un esfuerzo sobrehumano por no devolverle la bofetada a su suegra.
—Lo siento —se excusó hipócrita—. Los nervios me traicionan.
—Pues que no te traicionen más. La memoria de mi hijo es intocable.
—No pienso quedarme de brazos cruzados, Ramona. Voy a tomar acciones contundentes.
Había algo definitivo en el tono de voz de Viviana.

Daniel estaba sentado en el suelo frente a Anita. Ambos rodeados de juguetes. Don Gerardo se encontraba de pie junto a la puerta cerrada de la habitación. La expresión de la niña era triste.

—Tengo que darte una noticia, Anita —anunció cálido Daniel.
La niña lo miró fijamente.
—Ya no tienes que llamarme más «tío Daniel». Soy tu papito, mi princesa.
—Papá.
—Así es. Soy tu papá y te voy a consentir mucho, mucho más.
Anita abrió sus bracitos extendiéndolos hacia él. Daniel la abrazó. La niña se colgó de su cuello.
—¿Y mamá?
—Pronto nos reuniremos con ella.
Anita le sonrió dulcemente ante la promesa.
—Nos mudaremos de aquí, Anita. Nos iremos a una casa muy grande y bonita.
—¿Con abuelito?
Don Gerardo, conmovido, se acercó a ellos.
—Yo iré a visitarlos muy seguido.
—No quiero que vengan abuelita y Viviana. Son malas.
Daniel y su padre intercambiaron miradas.
—No vendrán, Anita. Te lo prometo.
—Te quiero, papi.
—Y yo a ti, mi princesa hermosa.
Daniel besó con infinito amor de padre a su hija.

Gilberto Ortiz se encontraba en el Calder Casino apostando en la ruleta. Llevaba perdidos más de ocho mil dólares. No era una buena noche para él y cada vez que perdía profería una gran cantidad de maldiciones. A las dos de la madrugada, sus bolsillos estaban vacíos y sus tarjetas de

crédito habían llegado al límite. Frustrado y malhumorado, se encaminó al bar del lugar para tomarse un último vodka antes de marcharse. Allí en la barra se encontró con Kitty, quien encendía un cigarrillo mentolado.

—Kitty, qué sorpresa.

Ella, al verlo, sintió que la noche se iluminaba.

—Hola, Gilberto. ¡Qué guapo luces esta noche! —saludó enamorada.

—Sí, muy guapo, pero sin medio dólar encima. ¡Perdí todo! ¡Perra mala suerte la mía!

—No te sientas frustrado. Hay un dicho: «Perdedor en el juego, triunfador en el amor» —afirmó coqueta.

—¿Qué haces aquí?

—Buscándome la vida.

—¿Cómo?

—En dos platos: buscando algún millonario que me mantenga. Mi carrera como modelo está acabada y estoy de deudas hasta el cuello. Van a quitarme mi auto por no pagar las letras mensuales, van a echarme de mi apartamento porque desde hace meses no pago el alquiler, le debo dinero a cada una de mis amistades y ya nadie me quiere prestar más. En fin, que mi vida es un desastre. Mejor ni sigo enumerando mis desgracias o me terminaré cortando las venas.

Él se rio. En medio de la deprimente situación de Kitty, ella no dejaba de hablar con cierto tono simpático.

—Lamento tu situación, Kitty. Una mujer tan bella como tú no se merece esa clase de suerte.

—Precisamente lo único que puede salvarme es mi belleza. A este casino viene mucho hombre rico y solitario. He estado viniendo aquí en los últimos dos meses, pero no he logrado pescar a ninguno de manera definitiva. Solo he conocido hombres para aventuras pasajeras de una noche. Me acuesto con ellos, me pagan y ¡adiós!

—O sea que ahora ejerces la prostitución.

—El término «prostituta» me suena muy feo. Prefiero decir que soy una «mariposa de la noche».

—¡Qué cursi!

Ambos rieron divertidos.

—Me encanta que, a pesar de tu caótica situación personal, no pierdes tu buen humor, Kitty.

—No hay que tomar las cosas a la tremenda o todo resulta peor. Lo mejor ante la adversidad es reírse de uno mismo.

—Bravo. Me encanta tu actitud.

—A mí lo que en verdad me encantaría es que me besaras —susurró ella en tono seductor.

Gilberto no se hizo de rogar. La tomó con firmeza por el talle y la pegó contra su cuerpo. La besó apasionado.

—Siempre me gustaste —confesó ella enamorada.

—Y tú a mí, chiquita, pero la vida nos llevó por caminos distintos.

—¿Estás muy enamorado de la vieja esa con la que vives?

—Por Dios, Kitty, ¿quién puede estar enamorado de esa momia ambulante que es la Mami? Ella lo miró fijamente.

—¿Estás con ella solamente por dinero?

—Obvio sí. Me mantiene, me llena de regalos caros, me compra todo lo que le pido, me cambia el modelo del carro cada seis meses, me ha llevado a recorrer el mundo y lo mejor de todo: no tengo que trabajar.

—¡Qué suertudo!

—Pero cada día la soporto menos —confesó hastiado—. Me da asco que me toque. Me es muy difícil cumplirle como macho.

—¿La Mami no guarda dinero en su cabaret?

—Sí —asintió con los labios apretados y los ojos brillándole de ambición—. En la caja fuerte de su despacho tiene medio millón de dólares en *cash*.

—¿Te conoces la combinación de la caja? —preguntó Kitty ya con una idea rondándole en la cabeza.

—No.

—¿Podrías averiguarla?

—Supongo que sí.

—¿Qué más hay en el interior de esa caja fuerte?

—La he visto guardar también gran parte de sus joyas, aunque las más valiosas las tiene en el banco.

—Ser asaltante de banco no está entre mis planes inmediatos, querido. —Ambos rieron—. Pero si averiguaras la combinación de la caja del tesoro, nuestra suerte podría cambiar.

El amante de la Mami dio un gran suspiro. Luego preguntó:

—¿Qué se le está ocurriendo a esa cabecita malévola, Kitty?

Ella le sonrió seductora sintiendo que todo su cuerpo se estremecía por la adrenalina.

—Te propongo algo: averigua la combinación de la caja fuerte de la Mami. La abres, robas todo su contenido y después tú y yo nos largamos juntos a recorrer el mundo. Nos damos vida de ricos hasta que nos dure el dinero y luego ¡la vida dirá qué haremos para volver a sobrevivir! Podríamos ser los nuevos Bonnie and Clyde.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Gilberto lleno de ignorancia.

—Eran una pareja de... ¡olvídalo!

—Me gusta tu idea, Kitty. Tú y yo recorriendo el mundo y gastando dinero a manos llenas. —Volvió a tomarla por el talle pegándola contra su cuerpo—. Además, me encanta la imagen de dormir contigo cada noche. Me enloquecería acariciar tu cuerpo joven y de carnes firmes. Te haría el amor como nunca te lo han hecho. En mis brazos te haré gemir como una perra en celo.

Ambos se besaron apasionadamente, erotizados por el plan acabado de fraguar.

—¿Entonces abrirás la caja para posteriormente vaciarla y largarnos juntos?

—Lo haré —prometió él.

—Bien. Ahora vayamos a mi apartamento. Quiero que me hagas el amor el resto de la noche y me hagas gemir como una perra en celo.

—Siempre cumplo lo que prometo, chiquita.

En las ediciones de los diarios de la mañana siguiente, Daniel Armenteros y Julia Alcántara aparecían en primera plana. Grandes titulares informaban que el popular candidato a la presidencia era el padre de la hija de ella. Alguien que trabajaba en el hospital donde se habían hecho la prueba de ADN había filtrado la información a la prensa. Las fotos de ambos cubrían las páginas principales.

—¡Tu carrera política cada día se hunde más! Ahora ya todos saben que eres el padre de la hija de una asesina prófuga de la ley.

—Sabes lo poco que me importa mi carrera política, madre. Para mí no es ninguna vergüenza ser el padre de Anita. Que se sepa públicamente me llena de orgullo.

—¿Pero no te das cuenta de que toda esta situación de Julia Alcántara te resta popularidad ante los votantes? Un presidente debe defender la ley. Ahora la comidilla es que te casaste con una mujercita de baja ralea que resultó ser una criminal, y para colmo tuviste una hija con ella. ¡Hay que demandar al hospital donde se hicieron tú y la niña la prueba de ADN por difundir información confidencial!

—No voy a demandar al hospital ni a nadie, mamá. Te repito que me llena de orgullo que el mundo sepa que Anita es mi hija.

Doña Ramona lo miró llena de furia e impotencia.

—Ahora me marchó, madre. Tengo algo muy importante que hacer.

—Y obviamente ese algo tan importante no estará vinculado con tu carrera. Le das prioridad a todo menos a lo verdaderamente esencial.

—Lo que es esencial para ti no tiene por qué serlo para mí.

—Eres un maleducado y un...

—Adiós, madre. Bonito día.

Daniel se marchó a la calle dejando a la dama de hierro con la palabra en la boca.

«¡Cualquier día de estos voy a sufrir una embolia por culpa de Daniel!», masculló para sí vibrante de impotencia.

Salió disparada hacia la biblioteca.

Al entrar, doña Ramona quedó inmediatamente paralizada. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. El Picasso que ocultaba el botón que abría el pasadizo secreto que comunicaba con el sótano estaba descolgado y reposaba en el piso, recostado contra la pared. La pared corrediza estaba abierta de par en par. Asustada, la matriarca cerró la puerta de la biblioteca.

—¿Pero qué diablos...?

Apresurada, penetró hacia el pasadizo secreto. Bajó con pasos nerviosos las oscuras escaleras y llegó al sótano. Como ya Antonieta no vivía allí, la oscuridad era absoluta. No había ninguna lamparita que alumbrara el lugar.

—¿Gerardo? ¿Gerardo, estás aquí? —avanzó sin ver—. ¿Cómo pudiste ser tan idiota de dejar abierta la puerta al pasadizo?

Ante ella apareció una silueta inesperadamente. Por la sorpresa, doña Ramona dio un grito de miedo. Tras el susto y el impacto inicial, preguntó con cautela:

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró aquí? ¿Cómo descubrió este lugar?

La tenue luz de una lámpara de kerosene se encendió y ante doña Ramona quedó al descubierto el misterioso visitante:

—¡Antonieta! —gritó aterrada.

—Hola, querida hermanita —saludó la verdadera madre de Daniel.

Doña Ramona sintió que se mareaba. Sus piernas empezaron a temblar y sintió que el corazón le latía frenético. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Su hermana estaba de pie ante ella, pero no era la misma Antonieta destruida físicamente y acabada por treinta años de encierro y malos tratos. Esta Antonieta lucía muy guapa, había ganado peso, sus canas habían sido teñidas y lucía muy regia con aquel color negro azabache en sus cabellos. Vestía elegantemente sobria. Antonieta dejó sobre una pequeña mesa cercana la lámpara de kerosene. Subió la intensidad de la llama y el siniestro lugar que le había servido de prisión se iluminó mucho más.

—¿Sorprendida de verme?

—No... entiendo nada... —balbuceó aturdida y muy mareada.

—Te lo voy a explicar —sonrió Antonieta disfrutando del momento—. Como ya sabes, Gerardo me sacó de aquí aprovechando aquel viaje tuyo a Nueva York para ir a visitar a una fulana, Samantha Parker, que luego me enteré de que murió asesinada. Nuestro Gerardo. Espero que no te importe que lo llame «nuestro», pues, aunque es tu esposo, antes fue mi gran amor. Bien, como te decía, nuestro Gerardo, luego de sacarme de este sótano de los horrores, me internó en una casa de reposo mental. Allí fui sometida a diferentes terapias y tratamientos que poco a poco me ayudaron a recuperar la razón.

Antonieta dio unos pasos acercándose a la pálida y demudada doña Ramona, quien retrocedió aún sin recuperarse de la impactante sorpresa.

—Finalmente pude abandonar el psiquiátrico —continuó con el relato—, y nuestro Gerardo rentó para mí un hermoso y cómodo apartamento frente al mar. ¿Sabes qué era lo que más ansiaba hacer? Venir a verte. Soñaba con este momento, querida hermana.

—¿Cómo entraste a la casa sin ser vista? ¿Cómo llegaste hasta este sótano? —preguntó trémula, sacudida por los nervios.

—Nuestro Gerardo... No, nuestro Gerardo no. Mi Gerardo —se autocorrigió—. Pienso recuperar todo lo que es mío y que un día me robaste, y como Gerardo fue mío, voy a llamarlo «mi

Gerardo», porque volverá a mis brazos.

—¡No continúes diciendo más estupideces y dime cómo llegaste hasta aquí! —exigió alterada y gritando.

—No grites, hermanita. No hace falta que pierdas los nervios —aconsejó cínicamente—. Mi Gerardo me habló del botón oculto tras el Picasso y también de este sótano húmedo e inhumano donde me mantuviste encerrada durante treinta años. Mismos treinta años en los que alimentaste mi locura para que nunca pudiera curarme. Treinta años en los que me sometiste a malos tratos y golpes. ¡Qué gran derroche de sadismo, Ramona! Ante los ojos del mundo eres la gran dama de sociedad, la distinguida, educada y correcta doña Ramona Vásquez de Armenteros, pero en este sótano eras cruel, sádica, baja y malévola. ¿Qué dirán tus amistades cuando sepan la verdad? ¿Qué dirán cuando se enteren de que planeabas asesinarme?

—¡Cállate! ¡Cállate! —gritó atormentada.

—¿Callarme? ¿De veras crees que voy a callarme? Me silenciaste durante treinta años. Me desapareciste del mundo. Le hiciste creer a todos, incluso a nuestra familia, que yo había muerto. ¿De verdad crees que ahora voy a callarme? Absolutamente no. El mundo entero va a saber de mi existencia. Todos van a conocer tus atrocidades. Voy a desenmascararte —amenazó llena de odio, pero con aplomo, sin alterarse ni un ápice—. Todos sabrán que me robaste mi mansión, mi fortuna, al hombre con el que me iba a casar y hasta a mi propio hijo. Todos van a saber la clase de basura que eres.

—¡No! ¡No! —negó fuera de sí—. No puedes hacer eso. Si revelarás mi secreto, destrozará a tu propio hijo, Daniel. Un escándalo de esa magnitud hundiría definitivamente su carrera política.

—A Daniel no le importa ser el próximo presidente de este país. Mi Gerardo me ha puesto al tanto de todo. Tú le impusiste pertenecer al mundo de la política. Tú elegiste por él. Mi hijo se sentirá satisfecho por no llegar a la presidencia.

—No vas a hablar. ¡No lo voy a permitir! —amenazó llena de fiereza.

—Vaya, al fin sacas a relucir a la verdadera Ramona —celebró riendo cínica—. Esa eres tú, la Ramona que amenaza, que amedrenta, la que no se detiene ante nada ni ante nadie para lograr sus objetivos. ¿Qué piensas hacer para silenciarme? ¿Intentarás encerrarme nuevamente en este sótano? ¿O vas a matarme como ya habías decidido?

—Estoy dispuesta a todo, Antonieta. No vas a venir a destruir lo que he construido durante treinta años. No voy a quedarme de brazos cruzados, maldita.

—¡Yo tampoco voy a quedarme de brazos cruzados! —gritó ahora desbordada de odio y sin miedo—. Me robaste a mi hombre, me robaste a mi hijo, ¡me robaste mi vida! ¡Pues ahora vas a pagar! Voy a desacreditarte públicamente. Voy a arrastrar tu imagen ante todos. Van a darte la espalda, van a saber la clase de monstruo que eres. Te quiero hundida. ¡Acabada!

—¡Noooooooooooo! —gritó desgarrada y fuera de sí la dama de hierro.

Doña Ramona saltó como una pantera acorralada sobre su hermana. Ambas cayeron sobre la cama y la matriarca del clan Armenteros llevó sus manos al cuello de Antonieta. Como garfios de

acero, sus manos se cerraron alrededor del cuello. Apretaba con fuerza terrible, buscando ahogarla. Antonieta, luchando por su vida, alzó las manos y hundió sus pulgares en los ojos de Ramona. La perversa mujer, a pesar del intenso dolor que sentía en los ojos, continuó apretando más y más el cuello de su hermana. Antonieta empezó a marearse por la falta de oxígeno.

Don Gerardo bajó corriendo las largas escaleras del sótano y, al percatarse de la situación, saltó sobre su esposa; con una mano la tomó por el pelo y con la otra la sujetó fuertemente por un brazo, separándola de Antonieta.

—¡Suéltame, maldito traidor! —gritó enloquecida de odio.

Antonieta se incorporó en la cama tosiendo y tratando de recuperar el aliento. Doña Ramona luchaba con su esposo intentando soltarse de él para arremeter nuevamente contra su propia hermana.

—¡Quieta, Ramona! ¡Tranquilízate! —exigió el padre de Daniel haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerla controlada.

Antonieta se puso de pie de un salto y, recuperando fuerzas, avanzó hacia su hermana y la abofeteó repetidamente en el rostro, lo menos más de diez veces. Cada una de aquellas bofetadas era un acto de justicia. Era tal la fuerza que Antonieta descargaba sobre su peor enemiga que finalmente doña Ramona acabó cayendo al suelo, aturdida, casi ciega y vencida.

—Este es el comienzo de tu final, Ramona —sentenció jadeante Antonieta.

La verdadera madre de Daniel subió las escaleras abandonando aquel tétrico lugar donde vivió treinta años de horrores. Doña Ramona sacó una gran fuerza de su interior, se puso de pie y corrió tras ella.

—¡Ramona! —gritó don Gerardo, que corrió también escaleras arriba.

En la biblioteca, Antonieta se dirigía hacia la puerta de salida cuando escuchó pasos tras ella. Volviendo la mirada, vio como surgía desde las oscuras escaleras su odiada hermana. Ramona corrió hacia el gran escritorio y con manos temblorosas, fuera de sus cabales, abrió el cajón.

—¿Qué estás buscando, Ramona? —preguntó don Gerardo jadeante desde la puerta secreta que comunicaba al siniestro sótano.

—¡Aquí está! —gritó la matriarca sacando la pistola.

—¡No vayas a cometer una locura! —gritó el padre de Daniel.

—Locura es dejar con vida a esta malnacida que solo busca destruirme!

Doña Ramona apuntó con el arma a su propia hermana. Antonieta, buscando salvar su vida, saltó sobre ella y le sujetó la mano que empuñaba la pistola. En los ojos de Ramona brillaba el odio y una gran sed de destrucción. Ambas forcejearon por un momento.

—¡Cuidado! ¡Puede dispararse el arma! —exclamó aterrado don Gerardo.

—¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte como debí hacerlo hace treinta años! —amenazó doña Ramona jadeante, casi sin aliento.

Antonieta, luchando por su vida, con la mano libre le clavó un fuerte puñetazo en toda la cara. Ramona salió disparada hacia atrás por la fuerza del golpe y cayó tendida en el suelo. La pistola

había salido volando por los aires. Antonieta recogió el arma una vez que cayó sobre el sofá que había allí. Ahora era Antonieta quien apuntaba a su gran enemiga.

—¡Dispara! —desafió enloquecida la dama de hierro—. ¡Mátame a ver si eres capaz!

—¡No, Antonieta! ¡No lo hagas! —suplicó paralizado don Gerardo.

—Por supuesto que no voy a hacerlo —aseguró Antonieta sin dejar de apuntar—. No soy igual que tú, Ramona.

—Si me dejas con vida, vas a arrepentirte.

—No te tengo miedo. Ya no.

Doña Ramona intentó lanzarse sobre ella para desarmarla y dispararle, pero don Gerardo la sujetó con fuerza por ambos brazos, inmovilizándola.

—¡Suéltame! ¡Tú también mereces la muerte por traidor!

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Viviana entrando de repente tras abrir la puerta de par en par—. ¿Quién es esta mujer?

Vivi no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Con gran sorpresa, miró por primera vez a Antonieta. No entendía quién era esa extraña y qué hacía armada. Para Viviana tampoco pasó desapercibido el pasadizo secreto abierto que comunicaba con las escaleras.

—¡Voy a llamar a la policía! —decidió resuelta.

—¡No llates a nadie! —exigió doña Ramona logrando soltarse de su marido y en la cumbre de la desesperación.

—Volveremos a vernos las caras, hermana —profirió Antonieta.

—¿Hermana? —interrogó Viviana confundida, alelada.

Antonieta guardó la pistola en el bolsillo de su vestido y abandonó la mansión Armenteros.

—¡Todo lo sucedido ha sido una verdadera locura!

—¡Por culpa tuya, gusano infeliz! —acusó doña Ramona—. ¡Me traicionaste! ¡Me traicionaste por ella! ¡Por esa loca de los mil infiernos!

—Todo acabó, Ramona. Y siempre voy a estar al lado de Antonieta. Fue y es la mujer que amo. La única.

Don Gerardo abandonó el lugar con paso firme.

—No entiendo nada, Ramona.

—Este no es mi fin. No podrán conmigo. ¡Antonieta no va a vencerme!

Doña Ramona salió corriendo, presa de un ataque de nervios.

«¡Un pasadizo secreto! —susurró para sí Viviana—. ¿Quién era esa mujer armada que llamó hermana a Ramona? ¿De dónde salió? ¿Qué misterios escondía esta biblioteca donde a todos nos estaba prohibida la entrada?», Viviana, perpleja ante los hechos, no lograba entender nada.

Aquella misma tarde, Daniel le daba la noticia a Julia sobre los resultados de la prueba de ADN. Ella se mostraba feliz ante los nuevos acontecimientos. Daniel pudo darse cuenta de lo que

pasaba en el corazón de su amada.

—¿Feliz, Julia?

—¿Cómo no estarlo? Ahora que se ha comprobado que eres el padre Anita sé que te la llevarás de la mansión Armenteros y mi hija crecerá lejos del odio de tu madre y de Viviana.

—Así será.

—¿Cuándo te mudas con la niña?

—En los próximos días. Estoy buscando una casa con la ayuda de papá.

—Váyanse cuanto antes de allí, Daniel. Tengo un mal presentimiento.

—Nada va a pasar. No temas, mi amor.

Pero Julia no podía sentirse tranquila. Se sentía perseguida por el odio de doña Ramona y de Viviana. Conocía muy bien a esas dos mujeres y las sabía capaces de todo.

La dama de hierro, caminando de un lado a otro de su habitación, parecía a punto de estallar en gritos destemplados. Toda la situación vivida en el sótano oculto junto a su hermana Antonieta le habían alterado demasiado los nervios. De pie ante ella estaba Viviana, completamente perpleja ahora que conocía la verdad con todo lujo de detalles.

—¡Entonces Daniel no es tu hijo, sino tu sobrino! —exclamó impactada.

—Así es. Siendo un recién nacido se lo arrebaté de los brazos a mi hermana. Eso la volvió loca de desesperación.

—¡Jamás me lo hubiese imaginado, Ramona! —confesó cada vez más sorprendida—. ¿Qué piensas hacer? Ahora que tu hermana recuperó la razón y salió del manicomio, es evidente que sus deseos de venganza y de hacer justicia son grandes. Dudo que se quede cruzada de brazos. Estoy segura de que Antonieta buscará a Daniel y le revelará que es su verdadera madre.

—¡Cállate! ¡No lo repitas!

—No busco atormentarte, pero tienes que estar preparada para lo que se avecina.

—Mentiré, manipularé, acusaré a mi hermana de estar otra vez loca. ¡Haré cualquier cosa para no verme descubierta! —juró presa de grandes nervios y un gran estado de alteración.

—No creo que Daniel vaya a creer en ti tan fácilmente.

Doña Ramona apretó los dientes.

—¡Maldición!

—Ya todo está perdido para ti. Cuando Daniel se entere de la verdad sobre su origen, te despreciará y se pondrá de parte de su madre. Recibirá a Antonieta con los brazos abiertos. Es el final de tu gran farsa, Ramona.

—¿Qué me aconsejas hacer?

Quedaron frente a frente. Mientras doña Ramona se consumía por los nervios, Viviana se mostraba fría, serena y maquinante.

—Si no vas a ser feliz tú, que no sea feliz nadie.

—¿Qué quieres decir, Viviana?

La *top model* sonrió perversa. Un plan atroz que llevaba maquinando desde hacía días era, según ella, la venganza perfecta. Vivi dio unos pasos, se volvió y miró nuevamente a su suegra.

—Esta familia va a darte la espalda. Todos en general van a darte la espalda. Entonces, hay que destruirlos. Hay que hundir a Daniel, Julia, Gerardo y Antonieta en el dolor más grande. Un hecho definitivo que no les permita ser felices nunca más.

Los ojos de doña Ramona centellearon malignos y bajó el tono de voz.

—¿Cuál sería ese hecho que los destrozaría para siempre?

—Una muerte.

—¿La de quién?

—La de Anita —dijo Vivi con voz ardiente llena de odio.

Por la noche, Daniel fue a ver una gran casa para rentar que le había conseguido su padre por medio de una *realtor* cliente del banco.

—¿Qué te parece la casa, hijo?

—Me encanta, papá. Es muy espaciosa, tiene cuatro cuartos, más el de servicio, y seis baños, aparte de una gran cocina, *family room*, biblioteca y un gran jardín con piscina para que Anita juegue.

—El precio de renta es un poco elevado, pero bien vale la pena pagarlo —intervino la simpática *realtor*.

—Tiene a su favor que está completamente amueblada —agregó don Gerardo.

—La casa está recién remodelada, pintada y en condiciones óptimas, candidato.

—Me la quedo, Silvia. Hagamos el contrato de renta.

—Estará listo para mañana mismo.

—¿Cuándo podría mudarme?

—Mañana mismo también, señor Armenteros —sonrió solícita.

De acuerdo con Viviana, doña Ramona reunió a todo el personal de servicio de la mansión Armenteros en la cocina. Iba a darles algunas indicaciones. La idea era que ninguno estuviese deambulando por la casa. Mientras tanto, Vivi llevaba a Anita tomada de una mano hacia la piscina.

—Vamos a jugar, Anita —le dijo dulce.

—No quiero jugar contigo.

—No seas tan odiosa conmigo. Ya sabes que te quiero mucho.

—Papá.

—Papá llegará más tarde, está trabajando. Mira, aquí está tu pelota rosada.

Viviana soltó la mano de la pequeña Anita y se inclinó para recoger la pelota del suelo.
—Vamos a jugar. Yo te tiro la pelota y tú me la tiras a mí.

—No.

—Anda, juguemos. Nos vamos a divertir mucho —prometió Viviana de manera angelical.

Y le arrojó la pelota. Anita la atajó en el aire.

—Ahora lánzame la tuya.

La hijita de Julia y Daniel sin muchas ganas le tiró la pelota a Viviana, quien a su vez la atajó y se la volvió a tirar. Así estuvieron un par de minutos hasta que finalmente Vivi arrojó la pelota más fuerte de lo habitual y por encima de la cabeza de Anita. La rosada pelota cayó dentro de la piscina.

—Búscala, Anita. Busca la pelota —le ordenó suavemente Viviana.

La niña se acercó peligrosamente al borde de la piscina.

—Pelota.

—Trata de agarrarla.

—No puedo.

—Inténtalo. No está tan lejos. Inténtalo.

Anita se inclinó hacia adelante tratando de alcanzar la pelota con sus bracitos estirados. Perdió el equilibrio y cayó de cabeza dentro de las aguas. Un inesperado relámpago iluminó la gran oscuridad del cielo. Anita resurgió de debajo de las aguas y gritó:

—¡Pa-pá!

La niña volvió a hundirse. Viviana, llena de sangre fría y dueña de una pasmosa tranquilidad, dio media vuelta desapareciendo hacia el interior de la mansión. Anita volvió a resurgir de las profundidades. Desesperada, agitaba sus bracitos sin lograr alcanzar el borde de la piscina.

Finalmente, la niña desapareció bajo las aguas.

—¿No ha vuelto a molestarte el amante de la Mami con sus exigencias de llevarte a la cama?

—Para nada, Estrella. Ni siquiera se me ha vuelto a acercar.

—Hay que estar alerta y con las pilas puestas, Julia. Algo me dice que ese chulito se trae algo sucio entre manos —advirtió la guatemalteca.

Ambas amigas estaban en la barra de La Perla Azul esperando que el barman les entregara un par de tragos que debían servir a unos clientes. De fondo sonaba suavemente un tema romántico.

—¿Vendrá hoy Daniel como todas las noches?

—No. Ya estuvo aquí esta tarde. Me dio la buena noticia de que Anita es su hija.

—¡Felicidades, *baby*! ¡Qué noticia tan cañona!

—Ahora que resultó ser el padre de mi princesita, podrá llevársela de la mansión. No quiero a mi hija más tiempo bajo el techo de esa casa.

—Sí, es mejor que Anita se críe lejos de esas vampiras de doña Ramona y Viviana.

—Ojalá todo se arregle de una vez, Estrella. Tengo tantos deseos de estar ya en México para poder caminar libremente por las calles. Le ruego a Dios todos los días que Daniel pueda reunir

pruebas que demuestren mi inocencia y asó volver en un futuro a Miami. Sueño con vivir una gran felicidad junto a mi hija y el hombre que amo.

—Y así ha de ser. Has sufrido demasiado, Julia. La vida tiene que recompensarte.

Gilberto las vio hablando animadamente y se acercó a ellas malencarado.

—¿Qué hacen aquí charlando como cotorras? Hay mesas y clientes que atender.

—Conocemos muy bien nuestro trabajo, chulito, así que no te esponjes queriéndonos dar órdenes.

El joven chulo miró a Estrella con desprecio y le contestó con voz sorda:

—Soy el macho de la dueña de este local, así que puedo ordenarles todo lo que me dé la gana.

Julia sin prestar atención a Gilberto le habló nerviosamente a su amiga:

—No caigas en provocaciones, Estrella.

Él la miró perversamente.

—Así me gusta, Julia, que estés bajita ante mí. Ustedes son un par de prófugas y las tengo en mis manos. Si me da la gana, las hundo y vuelven de cabeza a la cárcel.

La cara de Estrella se puso roja como un tomate por la rabia y se encaró a él.

—Yo no te tengo miedo.

—Deberías tenérmelo. Yo no amenazo por amenazar, dientes de oro.

El tono de voz de Gilberto era malintencionado y peligroso a la vez. En la entrada del local apareció Kitty vestida muy sensualmente. Lucía más hermosa que nunca. Gilberto la vio.

—Ya me aburrí de hablar con ustedes. Mejor voy a atender a una amiguita que acaba de llegar.

Gilberto salió a encontrarse con Kitty. Julia, en cuanto la vio, la reconoció.

—¡Conozco a la amiga de Gilberto! —aseguró muy nerviosa—. Es la mejor amiga de Viviana y me conoce.

—Corre a esconderte a nuestra habitación. Si la Mami pregunta por ti, yo le explicaré. Anda, ¡ve a esconderte antes de que la fulana Kitty te vea y te reconozca!

Julia salió con paso apresurado y nervioso. Logró desaparecer sin ser descubierta por Kitty.

En la mansión Armenteros se encontraba de visita el senador Parker. Doña Ramona y Viviana lo atendían con gran amabilidad. Una criada les ofrecía tragos.

—Es imperdonable que dejes de visitarnos durante tanto tiempo, Douglas.

—Perdóname, Ramona, pero no solamente el trabajo me tiene muy absorbido, también el caso de mi pobre hija me quita el poco tiempo libre que me queda.

—¿Todavía no hay noticias sobre Julia Alcántara? —quiso saber Vivi mostrando cierta indiferencia para no levantar sospechas.

—Es como si la tierra se hubiese tragado a esa mujer —lamentó el senador—. Siento que mientras no aparezca y pague su culpa mi hija no descansará.

—Julia tiene que contar con la protección de alguien. Ella sola no puede lograr burlar a la policía —aseveró la matriarca.

—El comisario Sautier no ha descansado en su búsqueda, pero hasta ahora ha resultado infructuosa.

La puerta principal se abrió y dio paso a don Gerardo y a Daniel, que venían de ver la casa que el joven candidato a la presidencia iba a alquilar.

—Buenas noches, senador —saludó Daniel acercándose y estrechando la mano del político.

—Daniel, qué gusto verte. Hola, Gerardo.

—Bienvenido a esta casa, como siempre, Douglas —le sonrió el padre de Daniel.

—¿Qué desean tomar los señores? —preguntó la criada.

—Lo de siempre para papá y para mí. *Whisky* en las rocas.

—Enseguida.

La criada se retiró y, luego de sentarse las mujeres, los tres hombres hicieron lo propio.

—Me he enterado de que has dejado de asistir a reuniones importantes del partido, Daniel.

—Senador, si no le importa, hoy no quiero hablar de política. Luego de tomarme el *whisky*, iré a tomar un baño y a leerle un cuento a mi hija antes de dormir.

Doña Ramona y Vivi evitaron intercambiar miradas cómplices.

—¿Tu hija? —preguntó extrañado Parker.

—Sí. Anita resultó ser mi hija.

—O sea que...

—Soy el padre de la hija de Julia Alcántara, lo cual me llena de orgullo —afirmó Daniel.

—¿Puedo hacerte un par de preguntas sin que te ofendas?

—Adelante, senador. Pregúnteme lo que usted quiera.

—¿Sabes tú dónde se esconde Julia Alcántara? ¿La estás ayudando a mantenerse evadida?

—Ten mucho cuidado con lo que vas a responder, Daniel —advirtió doña Ramona—. No solamente podrías herir a Douglas, sino que, además, hundirías tu camino hacia la presidencia si se comprueba que eres cómplice de una criminal.

Daniel tomó aire y clavó fijamente su mirada en el senador.

—No acostumbro a mentir nunca y no voy a hacerlo ahora tampoco. Yo...

—Permiso, señor Daniel —interrumpió la nueva niñera de Anita acercándose al grupo.

Daniel se puso de pie.

—¿Pasa algo con Anita?

—Sí. Hace más de media hora que no veo a la niña. La he buscado por toda la casa y no la encuentro.

Todos se pusieron de pie.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó tenso don Gerardo.

—Anita estaba conmigo en su habitación. Estábamos recortando muñequitas de papel. Yo salí a buscar agua para la niña y me quedé en la cocina un largo rato por orden de doña Ramona, que

había reunido a todo el personal allí para dar nuevas indicaciones.

—Así es. Para que una casa funcione correctamente hay que estar al pendiente de todo y por eso reuní a toda la servidumbre. Siempre lo hago para que las cosas no se salgan de control y...

—¿Buscó bien a la niña? —quiso saber Daniel poniéndose ya nervioso.

—Sí, sí, señor. La he buscado por toda la casa. ¡No la encuentro!

—¿Se habrá salido a la calle? —preguntó el senador.

—No. Anita no haría eso —aseguró Daniel.

—Quizás Julia entró sin ser vista y se la robó.

—¡No digas estupideces, Viviana! ¡Busquemos todos a la niña!

Inmediatamente cada uno de los presentes salió disparado hacia las diferentes dependencias de la mansión.

Al salir al jardín trasero donde estaba la piscina, Daniel gritó el nombre de su hija.

—¡Anita! ¡Anita!

Los gritos de Daniel rompieron la quietud y el silencio absoluto de la noche. Se acercó a la piscina. Para Daniel fue una impresión terrible descubrir el cuerpecito de su hija en el fondo, inmóvil. Sin pérdida de tiempo, el joven candidato se tiró un clavado y buceó hacia las profundidades a toda velocidad.

Don Gerardo y Douglas corrieron hacia la piscina.

—¿Dónde está Daniel?

—¡No lo sé, Douglas! ¡Escuché sus gritos aquí!

Daniel surgió desde el fondo de las aguas con su hija entre los brazos. Nadó hacia el borde. Don Gerardo y el senador se inclinaron y tomaron el cuerpo inerte de la niña, sacándola del agua. La tendieron sobre el cemento. Daniel salió de la piscina y se arrodilló junto a su hija. Con gran desesperación, empezó a darle respiración boca a boca y alternativamente le oprimía el pechito para hacerle expulsar toda el agua tragada.

Desde la casa aparecieron corriendo Viviana, doña Ramona, la niñera y el resto del personal de servicio que allí trabajaba. Todos rodearon a Daniel y su hija.

—¡No respira! —gritó aterrada la niñera.

—¡Que alguien corra a llamar a una ambulancia! —exigió Viviana aparentemente muy nerviosa haciendo alarde de una gran actuación.

Uno de los criados salió corriendo hacia el interior para llamar al 911.

—¡Anita! ¡Hija!

Daniel no dejaba de masajear el pecho de su hija y de darle respiración boca a boca. Muy pronto advirtió que Anita estaba muerta.

—¡Está muerta! —aseguró demudado don Gerardo.

Doña Ramona y Viviana intercambiaron disimuladamente miradas triunfales.

—¡Mi hija! ¡No! ¡Noooooooooooo!

Julia estaba en la habitación que compartía con Estrella. Se había desmaquillado y cambiado de ropa. Ahora vestía una sencilla bata de andar por casa. Se quitó la peluca y la dejó reposando sobre una cabeza de anime. Comenzó a cepillarse su larga cabellera. Eran casi la una de la madrugada. Se había tenido que quedar allí toda la noche para evitar ser descubierta por Kitty, que aún seguía en el cabaret conversando y bebiendo con Gilberto.

La puerta se abrió y entró la Mami. Su rostro lucía desenchajado.

—Julita...

Ella se volvió hacia la dueña de La Perla Azul.

—¿Pasa algo, Mami? ¿Ya se fue esa mujer amiga de Viviana? Si quieres que salga a trabajar, me vuelvo a vestir y a maquillar y...

—No, no te preocupes.

Julia miró fijamente a la Mami. No sonreía como era habitual en ella. La expresión de su rostro develaba que algo estaba pasando.

—¿Qué sucede? —Tuvo un mal presentimiento que la sacudió de cuerpo entero—. ¿Está afuera la policía? ¿Ya descubrieron que Estrella y yo estamos aquí?

Daniel apareció allí. Pálido como un pergamino, su cabello despeinado y vestido de cualquier forma. Ella, al verlo, inmediatamente experimentó una gran sequedad en la boca.

—Los dejo a solas...

La Mami salió discreta y apresurada; antes de cerrar la puerta, Julia escuchó su sollozo ahogado.

—¿Qué pasa, Daniel? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué la Mami se echó a llorar antes de salir?

—Vengo a darte una terrible noticia —anunció él con un hilo de voz apenas audible.

Julia volvió a experimentar otro estremecimiento que la sacudió de pies a cabeza. Sintió que empezaba a dejar de respirar.

—Julia...

—¿Anita? ¿Le pasó algo a nuestra hija?

Los ojos de él se llenaron inmediatamente de lágrimas.

—¡Nuestra hija! —gritó ella y, al borde de sus fuerzas, lo tomó fuertemente por los brazos—. ¡Habla! ¿Qué le pasó a Anita?

—Murió.

A Julia se le nubló la vista. Todo se oscureció a su alrededor. Cayó pesadamente al suelo, desmayada.

Anita parecía estar dormida dentro de la mediana urna blanca donde yacía. Su rostro pálido lucía sereno. Había sido peinada con unos bonitos bucles. Vestía un hermoso vestido azul cielo con unos zapatitos a juego. Sus manos entrelazadas reposaban sobre su regazo.

El féretro estaba ubicado en el centro de la biblioteca de la mansión Armenteros. Montones de coronas y cirios encendidos ambientaban el lugar. Diferentes personalidades del mundo de la política y amigos de la familia en general estaban allí ofreciendo sus condolencias. Daniel se encontraba al lado de la urna. No se había apartado de allí ni un solo instante. A través del cristal, miraba con ojos arrasados en lágrimas el dulce rostro de su pequeña princesita. Se sentía desgarrado. Ya nunca más volvería a escuchar la voz de la niña llamándolo papá. Douglas Parker se acercó a él y le dijo sincero mientras palmeaba su hombro derecho:

—Conozco el dolor infinito que significa perder a una hija. Te acompaño en tu sentimiento, Daniel.

—Gracias, senador —dijo mirando a los ojos a Parker.

En la sala había muchas más personas, casi cuarenta, y seguían llegando más. Doña Ramona y Viviana, vistiendo regimiento de luto de pies a cabeza, recibían y atendían a todos. Don Gerardo, destrozado por el dolor, se mantenía apartado en un rincón, incapaz de compartir con nadie.

Llegaron a la mansión don Luis, Nancy y Luciano Anderson. Varias miradas se posaron sobre ellos con curiosidad. No eran conocidos allí por nadie.

—Acaba de llegar el abuelo balsero de Julia en compañía de la sirvienta, Nancy, y el traidor de Luciano —le anunció por lo bajo Viviana a doña Ramona.

La matriarca del clan enfiló hacia ellos para echarlos de allí sin contemplaciones. Don Gerardo se dio cuenta de las intenciones de su esposa y le cortó el paso.

—No te atrevas a botarlos de aquí o por primera vez en tu vida vas a saber de lo que soy capaz —advirtió el padre de Daniel con un tono de voz gélido.

Doña Ramona se paralizó en seco y sonrió a los presentes cercanos tratando de disimular. Don Gerardo se acercó a los recién llegados.

—Don Luis, soy Gerardo Armenteros, el padre de Daniel —saludó amable en medio del dolor.

—Quiero ver a mi bisnieta —suplicó agotado y lloroso el anciano.

—Vengan por aquí, por favor. Los guiaré.

Los cuatro salieron hacia la biblioteca. Doña Ramona y Viviana contuvieron su furia mostrándose aparentemente serenas ante todos.

Julia estaba acostada en su pequeña cama, con la vista clavada fijamente en el techo. No parpadeaba, su expresión era serena, como ausente. Su mente estaba en blanco. Allí junto a ella estaban la Mami y Estrella. La observaban con preocupación y gran tristeza.

—Julita, ¿te sientes bien? ¿Quieres que llame a un médico? —quiso saber la Mami llena de angustia.

—¿Tendrá frío Anita?

La Mami y Estrella intercambiaron miradas.

—No. Tu hija no tiene frío —respondió la guatemalteca con infinito cariño hacia su amiga.

Julia se incorporó en la cama y preguntó suavemente:

—¿Dónde está Daniel? ¿Por qué se fue?

—Tuvo que ir al funeral de la niña. Te dejó a nuestro cuidado. Vendrá después.

—Claro, fue a acompañar a nuestra hijita. Yo también quiero ir junto a Anita.

—Eso es imposible, Julia, y lo sabes. La policía te está buscando, ¿lo recuerdas? —explicó suavemente la Mami.

—¿No puedo ir al funeral de mi princesita?

—No —respondió Estrella con gran tristeza.

Julia no dijo nada más. Se volvió a acostar y hundió su cara en la almohada. Rompió en llanto. Más que un llanto era como un lamento desgarrador, como el de una leona herida cuando le matan a sus cachorros.

En la mansión Armenteros, había llegado más gente para darle el pésame a la familia. Pocos sabían que Anita había resultado ser hija de Daniel. La mayoría de los presentes creía que era hija de Jorge Ignacio. Había un leve murmullo de voces muy bajas. Daniel continuaba sin separarse del ataúd donde reposaba el cuerpo de su pequeña hija. Aunque se sentía completamente destrozado, se mantenía erguido y dueño de sí mismo. Sus ojos estaban sin lágrimas, pero reflejaban un dolor infinito.

Don Luis, Nancy y Luciano Anderson estaban de pie a su lado.

—¿Julia está al tanto de lo sucedido con su hija?

—Sí, Luciano. Yo personalmente le di la noticia.

—Mi pobre nieta. Para ella debe de haber sido el dolor más grande que ha sentido en su vida —don Luis no paraba de sollozar.

—¿Cuándo será el entierro?

—Mañana, Nancy.

—Es obvio que Julia no podrá asistir —comentó Luciano.

—No. Sería muy peligroso para ella.

—Los nervios la deben tener destrozada y fuera de sus casillas —dijo Nancy.

—Espero que no. Luego de recibir la noticia se desmayó de la impresión. Al despertar empezó a sufrir un ataque de nervios, pero ya teníamos preparada una inyección con un tranquilizante. Yo mismo la inyecté. Era un calmante lo suficientemente fuerte como para mantenerla serena varias horas.

—Es tan injusto todo lo que le está pasando a mi nieta. La vida se ha ensañado con ella. Temo que pueda volverse loca por tanto sufrimiento.

—Julia es fuerte —aseguró Luciano.

Don Gerardo se acercó a ellos y le dijo a Daniel:

—Hijo, acaba de llegar una señora que quiere conocerte.

—Que se acerque, por favor —pidió Daniel sereno.

Don Gerardo salió en busca de la mujer recién llegada. Don Luis, Nancy y Luciano se apartaron discretos. Daniel se volvió a mirar el cuerpo sin vida de su hijita a través del cristal.

—Anita —susurró con un nudo en la garganta.

Don Gerardo regresó junto a su hijo acompañado de una mujer completamente vestida de riguroso luto. La misteriosa dama cubría su rostro con un tupido velo negro.

—Mi más sentido pésame, Daniel.

—Gracias, señora.

Doña Ramona se acercó a ellos.

—¿Quién es esta dama, Gerardo?

La mujer del velo descubrió su rostro. La matriarca del clan Armenteros palideció al ver que era su hermana Antonieta.

—¿Quién es usted? —preguntó Antonieta cínicamente.

Doña Ramona, demudada y con la boca seca, no pudo responder.

—Es mi madre y abuela de la niña.

Antonieta clavó su mirada taladrante en Ramona, quien hacía un esfuerzo supremo por no sufrir un ataque de ansiedad allí, delante de todos. Don Gerardo empezaba a respirar agitadamente. Se hizo un gran silencio entre ellos. Antonieta se acercó a la urna y miró por primera vez el rostro apacible de su nietecita. La niña parecía dulcemente dormida. Los ojos de Antonieta se llenaron de lágrimas inmediatamente y se enrojecieron.

—No es justo que un angelito tan pequeño haya muerto —se lamentó sincera y rompió a llorar con fuerza.

Daniel se sorprendió mucho ante el llanto copioso de aquella desconocida. Era la primera vez que veía a esa misteriosa mujer. Le sorprendió verla llorar con tanto dolor. Antonieta se inclinó y besó el cristal justo frente al rostro de Anita.

Viviana apareció junto a ellos.

—Ven, Ramona, hay gente que pregunta por ti para darte el pésame —dijo llevándose a la dama de hierro de allí tras percatarse de la tensa situación.

—¿Está usted bien, señora? ¿Por qué está tan afectada si no conocía a mi hija?

Antonieta miró con infinita dulzura a su hijo y le acarició suavemente la mejilla mientras le respondía:

—No tienes que conocer a una persona para quererla —comentó Antonieta destrozada por la muerte de su nietecita.

Daniel la observaba fijamente. Sintió por aquella extraña una gran afinidad y un cariño inmediato.

—¿Cómo se llama usted?

—Antonieta.

—¿De que la conoces tú, papá?

Don Gerardo y la verdadera madre de Daniel intercambiaron miradas. Finalmente, ella habló con seguridad y aplomo mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco que acababa de sacar de su bolso.

—Soy clienta del banco. Conozco a tu padre desde hace toda una vida, Daniel. Quiero que de ahora en adelante veas en mí a una amiga. Quizás puedas verme un poco como a una madre — pidió anhelante.

—Gracias, señora.

Madre e hijo se miraron a los ojos sintiendo una gran conexión. Don Gerardo no pudo evitar un sollozo ante aquel gran momento.

Doña Ramona entró a su cuarto a punto de sufrir un fuerte ataque de nervios. La seguía Viviana, cerrando la puerta.

—¡Se atrevió a venir! ¡Esa maldita de Antonieta está aquí! ¡Y junto a Daniel!

—Trata de serenarte, Ramona. No puedes montar un escándalo delante de tanta gente. Tienes que manejar la situación con absoluta sangre fría.

—¿Y si Antonieta habla? ¿Y si le revela a Daniel la verdad delante de todos?

—No. No será capaz de confesarle que es su madre. No en este momento tan difícil para él.

—¿A qué vino? ¿Cómo se atrevió?

—Después de todo, es la abuela de la niña. Se sintió con derechos.

—¡Desgraciada loca! ¡Debió quedarse para siempre encerrada en el sótano!

—Serénate.

—¿Serenarme, Viviana? ¡Estoy en las manos de mi hermana! Si ella habla, si cuenta la verdad, no solamente me odiará Daniel. ¡Me odiarán y señalarán todos!

—Hoy no sucederá nada de eso. Antonieta sabe el terrible momento que vive Daniel. Sabe que no puede contarle todo ahora.

—Pero lo hará más adelante. ¡Tarde o temprano le dirá que es su verdadera madre! ¡Ella quiere venganza!

—Puedes evitar que tu hermana hable.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Mátala —aconsejó llena de sangre fría.

Doña Ramona, nerviosa, dio unos pasos mientras se retorció las manos con frenesí.

—No es tan fácil matar a una persona y quedar libre, Viviana. Mi plan era matarla cuando estaba oculta en el sótano y nadie sabía de su existencia, pero ahora las cosas son distintas. La muerte de Anita pareció ser accidental. Muchos niños se caen en una piscina y perecen ahogados, pero eliminar a un adulto es más complicado. Además, Gerardo no callaría si yo me atreviera a tanto en este momento.

—Yo lo hice.

—¿De qué hablas?

—Yo maté a Samantha Parker.

La dama de hierro empezó a temblar tras aquella confesión.

—¿Tú fuiste la verdadera asesina de Samantha?

Viviana la miró divertida y malévola. No pudo contenerse y soltó una carcajada.

—¡Deja de reírte y dime la verdad!

—Ya te dije la verdad, Ramona. Yo asesiné a Samantha. Me estorbaba. Iba a casarse con Daniel y eso tenía que evitarlo a cualquier precio. Fue el crimen perfecto. Julia cargó con las culpas.

Viviana dio unos pasos riendo de buena gana, sintiéndose triunfal. Doña Ramona parecía a punto de sufrir un ataque.

—¡No debiste matar a Samantha! Ella era...

—¿Tu preferida? —interrumpió—. Lo siento, querida, pero no podía permitir que Daniel se casara con otra.

—¡Yo quería verlos casados!

—Lamento haber arruinado tus planes —aseguró cínica y sin perder su sonrisa burlona.

—Eres... eres una... —la matriarca apenas podía hablar.

—¡Cuidado con lo que vas a decir, Ramona! No admito que me juzgues, y mucho menos que te atrevas a ponerte en mi contra. Te recuerdo que somos cómplices. Yo tenía mis motivos para eliminar a Samantha y debes aceptarlos.

—¡Debiste consultar conmigo tu plan de eliminar a la hija del senador!

—¿Consultarlo contigo? ¿Y para qué? ¡No seas absurda, por Dios! Me habrías dicho que no. Ya está hecho y no caben los reproches. Obviamente, mantendrás silencio sobre mi confesión.

Viviana miró a su suegra amenazadoramente. Doña Ramona se sintió aturdida ante tremenda información.

—¡Déjame sola! ¡Estoy a punto de volverme loca!

—¿Volverte loca como un día lo estuvo tu hermana? —preguntó burlona—. No, querida Ramona, tú no vas a volverte loca. Tú eres demasiado fuerte. Eres la dama de hierro. Tienes que resultar vencedora en esta lucha encarnizada contra la verdadera madre de Daniel. Juntas vencimos a Julia. La estocada final fue eliminar a su hija. Ahora te toca actuar otra vez.

—¡Ya está bien, Viviana! ¡No sigas hablando!

—Te desconozco. Siempre fuiste firme y muy segura de ti. ¿A qué vienen esos nervios repentinos? ¿Es que acaso le tienes miedo a tu hermana?

—Yo... yo... Me siento aturdida. Necesito pensar. Necesito serenarme. Ya no puedo volver a bajar a la sala. Discúlpame con todos. Inventa cualquier excusa. Di que tuviste que darme un fuerte tranquilizarme, pues estoy destrozada por la muerte de la niña. ¡Inventa lo que te dé la gana!

—Está bien, lo haré, pero debes serenarte y volver a tomar el control de la situación.

Doña Ramona, verdaderamente cansada, se sentó en el borde de la amplia cama matrimonial. Se quitó los zapatos.

—Te dejaré sola para que descanses. Yo volveré abajo para seguir fingiendo ante todos una gran tristeza. Me fijaré a qué hora se marchan el abuelo de Julia, Nancy y el traidor de Luciano Anderson, para luego contarte todo con detalle. Adiós, querida suegra —Viviana se despidió con voz ágil, casi alegre. Cerró la puerta al salir.

Doña Ramona, aturdida, se pasó la mano temblorosa por la frente. Había mucha intranquilidad en ella. Se sintió literalmente sentada sobre un barril de pólvora a punto de explotar.

Aquella noche, las puertas de La Perla Azul no abrieron al público. El lujoso y concurrido cabaret permaneció cerrado por duelo. La Mami y Estrella no se habían separado ni un solo instante de Julia. Reinaba el silencio. Julia, acostada en su cama, recordaba cuando dio a luz a Anita. Recordó con perfecta claridad cuando la enfermera la puso sobre sus brazos. Recordó la primera vez que la amamantó y la primera vez que la bañó. Recordó también cuando decidió llamarla Anita en honor a su madre. Recordó cada instante vivido junto a su princesita. Los recuerdos eran todos tan bonitos, tan especiales. Momentos felices junto a su niña. La suave voz de la Mami la hizo reaccionar y volver a la realidad.

—Ya es de noche, Julita. ¿Quieres cenar algo?

Negó con la cabeza.

—Pero necesitas hacerlo, *baby* —aconsejó la guatemalteca—. Son demasiadas horas sin comer.

—Solo quiero dormir. Dormir para soñar con mi Anita.

—Está bien. Te dejaremos dormir —convino la dueña del local.

—¿Por qué no hay música hoy?

—Las puertas de La Perla Azul permanecerán cerradas por esta noche.

—No tenías que hacer algo así, Mami. Gracias.

—Mañana será otro día —le dijo dulcemente.

—Mañana será el peor día de mi vida. El día del entierro de mi hija.

Estrella y la Mami la observaron compartiendo su dolor, sin saber qué decirle.

—Quiero ir al entierro de mi niña —dijo resuelta.

—No, Julia. ¡Eso es demasiado peligroso! —advirtió Estrella.

—Es el entierro de mi hija. Quiero estar allí. Despedirme de ella por última vez.

—No, no. No estás pensando con claridad. En ese entierro estarán tu suegra y Viviana. Son tus grandes enemigas. En cuanto te vean, llamarán a la policía.

—Estrella tiene razón. Es una temeridad que vayas al cementerio. Entendemos tu sentir, pero analiza la situación.

—No tengo nada que analizar, Mami. Iré.

Las dos amigas se miraron con desesperación. No sabían qué hacer para disuadirla.

—Julia, allí también estará el padre de Samantha Parker. Ese hombre te odia con todas sus fuerzas, pues te cree la asesina de su hija. Por ser un senador, seguramente estará acompañado de

guardaespaldas y...

—Todo eso lo sé, Mami, pero aun así no dejaré de acompañar a mi hija en su último adiós.

—Te atraparán —vaticinó asustada Estrella.

—No lo harán. Iré disfrazada y me ocultaré bien para no ser vista.

Estrella y la Mami no insistieron más. No había argumento existente que derrumbara la terca decisión de Julia.

Afuera, en el pasillo que quedaba frente a la habitación de Julia y Estrella, Gilberto estaba pegado a la puerta escuchando sin ser visto por nadie.

«Así que Julia piensa ir al entierro de su hija —dijo para sí y con una idea ya—. Llegó la hora de que me pagues el haberme roto la cabeza», sonrió vengativo.

A las tres y treinta de la madrugada, se fue el último de los visitantes que había acudido a la mansión Armenteros para ofrecer sus condolencias a la familia. Viviana, agotada de tanto fingir tristeza, se desnudó por completo luego de entrar a su cuarto. Cansada, avanzó hacia el baño y abrió el agua caliente del *jacuzzi*. Mientras el agua subía de nivel y el espejo se cubría por el vapor, sonó el timbre de su celular.

Viviana volvió sobre sus pasos y tomó el teléfono.

—Aló.

—Hola, Viviana —saludó Gilberto al otro lado de la línea.

—Hola, Gilberto. ¿Y a qué se debe esta llamada a esta hora de la madrugada?

—Te tengo una noticia que te va a encantar.

—¿Cuál?

—Mañana Julia Alcántara acudirá al entierro de su hija.

Viviana abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto.

—Gracias por la información. Eres un primor.

Vivi cortó la llamada y arrojó el celular sobre la cama. Volvió al baño. Una nube de vapor por el agua extremadamente caliente envolvía todo. Cerró la llave del agua caliente y abrió la del agua fría. En pocos segundos el agua quedó tibia y agradable. Sumergió su cuerpo de sirena dentro del *jacuzzi* y sonrió infame.

El funeral de la pequeña Anita fue muy concurrido. Había cerca de noventa personas. Todas, en absoluto silencio, escuchaban el sermón del sacerdote. Daniel, con grandes lentes oscuros, miró con un dolor indescriptible que le perforaba el corazón cómo el pequeño cajón blanco era bajado a la fosa. Junto a él estaban don Gerardo y doña Ramona, y junto a la matriarca estaba Viviana,

vigilante, pendiente de los alrededores. Confundidos entre los presentes estaban el senador Parker y Antonieta. También estaba allí Kitty. Igualmente destrozado por el dolor, se encontraba don Luis, sostenido firmemente por Nancy y Luciano Anderson.

La primera palada de tierra cayó sobre el cajón y Viviana, ansiosa, miraba de un lado a otro, vigilando con ojos de águila. Esperando ver aparecer a Julia. El cementerio estaba lleno de policías estratégicamente ocultos. Vivi había avisado al comisario Sautier muy temprano aquella mañana que Julia Alcántara pensaba acudir al entierro de su hija. Un comando especial se había puesto en marcha.

De una reluciente camioneta negra Ford de los años sesenta se bajaron tres monjas. Cada una llevaba un ramo de rosas blancas en sus manos. Las religiosas detuvieron su andar en una tumba muy cercana de donde estaba siendo enterrada Anita. Dos de las religiosas se arrodillaron a rezar ante aquella tumba y colocaron allí las rosas. La tercera religiosa volvió su mirada hacia el entierro de al lado. Vio cómo, una tras otra, paletadas de tierra iban cubriendo la caja blanca.

Cuando los trabajadores del cementerio tiraron las dos últimas paletadas de tierra, don Gerardo sujetó el brazo de su hijo.

—Vamos, Daniel. Todo acabó.

Las mismas tres religiosas que habían estado en el cementerio una hora antes hicieron su entrada a La Perla Azul. Por ser de día, el local permanecía absolutamente vacío y silencioso. Gilberto, viniendo desde el interior con una taza de café en las manos, se sorprendió al ver allí a las monjas.

—¿Qué hacen tres monjas aquí? ¿Quién las dejó entrar?

La monja de mayor edad se quitó los lentes redondos que tenía y luego se arrancó de la cabeza la toca.

—¡Mami! —exclamó Gilberto boquiabierto al reconocerla—. Pero ¿qué haces vestida de monja? ¿A qué juegas? ¿Y estas dos quiénes son?

—Julita y Estrella —le informó la Mami—. Nos disfrazamos de monjas para asistir al entierro de Anita.

—¿Cómo? —perplejo, dio unos pasos dejando la taza de café en una mesa—. ¿Por qué te involucraste en algo tan peligroso?

—No podíamos dejar ir sola a Julia. Tres religiosas juntas no levantarían sospechas. Conseguí los hábitos muy temprano hoy en la mañana, renté una camioneta antigua que pareciera perteneciente a un convento y nos fuimos al cementerio. Al llegar allí elegimos una tumba cualquiera al azar y de esa forma Julia pudo estar presente en el entierro de su hijita.

—Gracias, Mami. Nunca olvidaré todo lo que haces por mí —confesó amablemente Julia.

—¡No lo puedo creer! —dijo anonadado Gilberto.

—Vamos, *baby*. Tenemos que quitarnos estos hábitos y luego te acostarás a descansar. Hoy, quieras o no, tendrás que comer así tenga que obligarte —amenazó en tono cariñoso Estrella.

Julia asintió sin oponerse. Estaba agotada. No tenía fuerzas para nada. Todo le daba igual. La misma vida le daba también igual.

Estrella se llevó a Julia sujetándola fuertemente por un brazo, pues temía que se desmayara.

—Fue muy arriesgado lo que hiciste, Mami —le reclamó Gilberto enojado y aún sin salir de su asombro.

—Julita está pasando el peor momento de su vida. No podía fallarle.

La Mami también se retiró para ir a quitarse el hábito.

Gilberto, furioso, le dio una fuerte patada a una silla cercana, que se volcó. Al mismo tiempo, el timbre de su celular sonó.

—¿Quién llama? —preguntó malhumorado y en tono alto.

—¿De dónde sacaste que Julia Alcántara estaría en el cementerio? —reclamó Viviana también de pésimo humor—. El maldito cementerio estaba lleno de policías y Julia no apareció por ningún lado.

—Julia estuvo allí.

—¡No es verdad! ¡La policía la habría visto y atrapado!

—Iba disfrazada de monja.

—¿Disfrazada de monja? —preguntó Vivi incrédula.

—Así es. Iba acompañada de otras dos falsas religiosas.

—¡Maldición! ¡Yo vi a las tres monjas! Estaban en una tumba cercana a la de Anita.

—Ya ves. No te mentí.

—¿Por qué no me advertiste de que iría disfrazada?

—Porque no lo sabía, Vivi.

—¡Dime dónde está esa malnacida ahora! —exigió histérica—. ¡Tienes que saberlo! Conoces demasiados detalles. Dime dónde se esconde Julia Alcántara.

—Mira, Viviana, no voy a decirte nada. No quiero meterme en problemas. Ocúpate tú de descubrir dónde se esconde tu enemiga y entrégala a la policía.

—No seas imbécil, Gilberto. O me dices el paradero de esa mujercita infernal, o le digo a la policía que lo sabes.

—Será tu palabra contra la mía, Viviana. No tienes manera de probar que sé dónde se esconde Julia.

—¿Pero por qué no me lo quieres decir?

—Porque no me voy a arriesgar a perder mi vida cómoda y llena de lujos por ayudarte.

—Eres un idiota.

—Hasta nunca, Vivi.

Gilberto cerró la llamada. A pesar de sentirse frustrado por no haberse podido vengar de Julia, prefería aceptar aquella pequeña derrota antes que ganarse el repudio de la Mami y perder todo lo

que ella le daba.

Los días se sucedieron uno tras otro. Pocas veces Julia se levantaba de la cama. Había adelgazado considerablemente y lucía pálida y demacrada. Su aspecto físico era lastimoso. Se pasaba los días y las semanas durmiendo, y era necesario obligarla a comer. Algunas veces ella oía lo que le decían Daniel, Estrella y la Mami, pero no los entendía. Su mente se encontraba en un limbo. Casi siempre soñaba con la pequeña Anita y esos eran los únicos momentos de felicidad que experimentaba. Cuando estaba despierta, clavaba su mirada en el techo y casi no hablaba. Nada le importaba a su alrededor, ignoraba qué día de la semana era o qué hora.

Lleno de angustia, Daniel estaba sentado junto a ella en el borde de la cama, le tenía tomada una mano suavemente entre las suyas.

—Te estás consumiendo día a día, Julia. No puedes seguir así. Tienes que reaccionar.

Silencio.

—La muerte de nuestra pequeña Anita es lo más doloroso que hemos vivido, nada superará ese dolor, pero la vida debe continuar. Debemos seguir luchando por demostrar tu inocencia. Desde el cielo, Anita quiere verte libre de culpas y feliz.

Silencio.

—Sigo con los preparativos para llevarte a México clandestinamente, pero no es fácil. Estoy tratando de rodearme de personas de mi absoluta confianza que no vayan a entregarte a las autoridades.

Silencio.

—No quiero que te sientas sola ni abandonada. Todos los que te queremos estamos pendientes de ti. Tu abuelo y Nancy te mandan besos. Luciano Anderson te manda saludos.

Silencio.

—Por Dios, ¡reacciona!

Desesperado, Daniel la tomó con fuerza por ambos brazos y la sacudió.

—¡Sal de ese estado de mutismo y dejadez en el que estás hundida!

Tras la fuerte sacudida, Julia pareció reaccionar. Con un tono de voz muy bajo preguntó:

—¿Puedes llevarme al cementerio? Quiero poner flores en la tumba de nuestra hija.

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas.

—Sabes que eso es imposible. La policía tiene vigilado el cementerio. Me pasaron el pitazo de que hay efectivos policiales encubiertos, se hacen pasar por empleados o dolientes que fingen llevar flores a un familiar muerto. Alguien les pasó anónimamente la información de que estuviste allí el día del entierro disfrazada de monja. Lo siento.

Julia se acostó y volvió a cerrar los ojos hundiéndose otra vez en la indiferencia.

—Voy a sacarte de aquí. Necesitas sol y aire fresco. Renté una casa en Key West frente al mar. Allí te recuperarás. Te alimentarás bien y daremos paseos por la orilla del mar. Tu abuelito ya

está allí esperándonos. Es un lugar seguro. Nadie descubrirá nada.

Silencio.

—Mi nieta, ¿me oyes?

Julia escuchaba muy lejana la dulce voz de su abuelo. Abrió los ojos y vio el rostro del anciano frente a ella. Don Luis le sonreía con infinita bondad.

—¡Al fin despertaste, mi nieta!

—¿Dónde estamos? —preguntó soñolienta y con la mente embotada.

—En una casa muy bonita en Key West. Solamente estamos aquí Daniel, tú y yo. Entre los dos vamos a cuidarte muy bien.

—Quiero dormir, abuelito.

—No, mi nieta. Dormir más no. Necesitas ponerte activa. Estás débil. Te estoy preparando un rico congrí con vaca frita y maduros.

—No quiero comer.

—Tienes que hacerlo. Te lo pide por favor este viejo que tanto te quiere —le suplicó el dulce y triste anciano—. Eres lo único que me queda en la vida, Julia. Si te pierdo, ya no quiero vivir.

Julia, haciendo un esfuerzo, se incorporó en la cama. Esa simple acción la agotó muchísimo. Estaba extremadamente débil.

—No puedes morirte, abuelito. Tú también no. Si te perdiera, yo tampoco querría la vida.

—Entonces, si no quieres verme triste, tienes que alimentarte y recuperar el ánimo y las ganas de seguir adelante.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Mi vida no tiene sentido, abuelo —susurró con voz temblorosa—. Ante los ojos del mundo soy una asesina. La policía me busca para encarcelarme. Mi hija era mi gran motivo para vivir, mi motor, mi fuerza, pero la vida me la arrebató. Todo me da igual.

—No, no puedes hablar así. Me tienes a mí, que eres la niña de mis ojos. Tienes a Daniel, que te ama cantidad. Tienes que luchar por demostrar tu inocencia. El verdadero asesino no puede quedar impune. ¡Alabao, no puede haber tanta injusticia en el mundo!

Unos toques directos en la puerta interrumpieron la conversación. Julia, que permanecía con los ojos fijos y sin vida, reaccionó.

—Adelante —pidió don Luis.

Daniel entró con una apetitosa bandeja portando una rica cena y, además, un *bouquet* de pequeños claveles de diferentes colores.

—Aquí te traigo esta deliciosa cena que tu abuelo preparó especialmente para ti, amor.

Se acercó a la cama y colocó sobre las piernas de Julia la bandeja con los alimentos.

—No puedes dejar nada en el plato. Te obligaremos a comer de ser necesario —profirió él con fingido tono regañón. Se sentó a su lado en la cama—. Yo te daré la comida como si fueras una

niña chiquita.

Julia le tomó una mano a su abuelo y otra a Daniel.

—Gracias por cuidarme. Gracias por no dejarme morir, aunque es lo que más deseo.

—Nada de eso. Aquí nadie va a morir. Tu abuelo y yo te necesitamos viva. Vamos, abre la boca.

Ella obedeció y Daniel le dio de comer. Ella hizo un gran esfuerzo por masticar. Se sentía extremadamente débil.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la muerte de... desde que Anita se fue?

—Cinco semanas —informó el anciano.

Ella suspiró. Daniel le dio otro bocado.

—Te quedarás en esta casa bajo los cuidados de don Luis y míos. Quiero verte completamente recuperada. ¿Me lo prometes?

Ella asintió con la cabeza sin mucho interés. Daniel tomó uno de los claveles y se lo colocó en el pelo.

—Te ves hermosa —aseguró más enamorado que nunca.

Ella le sonrió suave.

—¿Me sigues amando, Julia?

—Sí.

En la biblioteca de la mansión Armenteros reinaba la tensión. Se podía palpar en el ambiente. Doña Ramona estaba sentada frente a su escritorio y sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la mesa. Don Gerardo daba pequeños pasos. Había un silencio absoluto. La espera se hacía interminable. Se oyeron suaves toques en la puerta, entró la criada Raíza y anunció:

—Acaba de llegar la señora Antonieta.

—Que pase —ordenó la matriarca del clan al tiempo que se ponía de pie.

La sirvienta le dio pasó a Antonieta, quien continuaba vistiendo de luto por la muerte de su pequeña nieta. La empleada salió cerrando.

—Debo confesar que me extrañó tu llamada, Ramona —confesó acercándose a su odiada hermana—. Aunque más me sorprendió que me citarás bajo el techo de esta casa. ¿No temes que Daniel me vea aquí y haga preguntas que resultarían peligrosas para ti?

—Daniel se mudó al día siguiente del entierro de su hija —informó Ramona altiva y dominando sus nervios.

—Yo nada tuve que ver con esta llamada, Antonieta. Todo fue un plan de Ramona.

—Como siempre, Gerardo, resultas ser una marioneta en las manos de mi hermana.

Don Gerardo, avergonzado, bajó la mirada ante la acusación de la verdadera madre de Daniel.

—Voy a ir al grano, Antonieta.

—Habla, «querida hermana».

—Voy a hacerte una oferta: te daré la mitad de mi fortuna y te devolveré esta casa. La cadena de bancos me la quedaré yo. Te entregaré todas las propiedades que poseo en el resto del mundo como Italia, Ibiza, Madrid y Londres. También te entregaré la mansión de la Romana en República Dominicana.

Antonieta sonrió displicente. Se sentó y cruzó las piernas elegantemente.

—¿Todo eso a cambio de qué? Porque es obvio que vas a ceder a cambio de algo.

—Todo eso a cambio de tu silencio. Jamás podrás revelarles a Daniel ni a nadie que él es tu verdadero hijo. Nunca podrás contar que te lo robé cuando era un recién nacido. Tampoco nadie podrá saber jamás que estás viva.

—¿Qué te hace pensar que aceptaré tu desigual trato?

—¿Desigual? ¡Ahora mismo no tienes nada! Voy a convertirte en millonaria.

—No, Ramona, tú no me «vas a convertir en millonaria». Tú simplemente me estarías devolviendo todo lo que es mío.

—Mis propiedades en el exterior no te pertenecen. Las compré yo.

—¡Lo hiciste con mi dinero!

—Por favor, no perdamos los estribos —suplicó muy nervioso don Gerardo.

Antonieta se puso de pie y se acercó a su hermana.

—No acepto limosnas, Ramona. Esta mansión me pertenece. Todo la fortuna me pertenece, por lo tanto, no quiero la mitad. La quiero íntegra. Y, obviamente, no voy a cederte la cadena bancaria. Tampoco voy a dejar de revelarles a mi hijo que soy su verdadera madre. Voy a gritarle a él y al mundo la clase de arpía que eres. ¡Todos van a saber que eres una ladrona y una secuestradora de niños!

—¡Cállate!

—¿Callarme? ¡Pero si ahora es que pienso hablar! Voy a hundirte socialmente. Voy a enviarte a la cárcel, hermanita. Los mismos treinta años que me mantuviste encerrada en un sótano son los que quiero que pases tras las rejas de una prisión. Aunque por tu edad, quizás tengas suerte y no vivas tanto tiempo. Solo la muerte va a librarte del horror que te espera. Todos hablarán de ti. Serás la comidilla de tu círculo social. Tus regias amistades te darán la espalda. ¡Nadie irá a visitarte a prisión!

—¡Maldita, voy a matarte con mis propias manos! —gritó histérica y haciendo el ademán de saltarle encima a Antonieta para tomarla por el cuello.

De un salto, don Gerardo logró sujetar a su enfurecida esposa y detener su acción. Antonieta rio vengativa.

—Suéltala, Gerardo. No le tengo miedo.

—¡No! ¡Nada de peleas! —exigió él.

—No vas a quedarte ni con un solo centavo de lo que me pertenece, Ramona. Quiero verte más pobre que las ratas. Quiero verte arrastrándote por el piso suplicando un plato de comida.

—¡No voy a devolverte nada! ¡Lo juro!

—Soy yo la que te jura que voy a acabar contigo.

Doña Ramona hacía fieros intentos por soltarse de las fuertes manos de su esposo para saltarle encima a su hermana. Un loco deseo lleno de odio le hacía añorar sujetar a Antonieta por el cuello y oprimírselo hasta que dejara de respirar.

—Me resulta divertido verte perder los nervios de esa manera, Ramona. Tú, que siempre fuiste tan ecuánime, tan fría. Siempre controlada y muy dueña de ti y de tus emociones. ¿Por qué reaccionas ahora como una tigresa herida? ¿Será porque te sabes acorralada y de antemano acabada?

—¡No estoy acabada, Antonieta! ¡Todavía no!

—Lo estarás, hermana. En los próximos días empezará tu final. Buenas noches.

Antonieta abandonó la biblioteca y la mansión Armenteros con mucha altivez y seguridad. La aristócrata doña Ramona logró soltarse de don Gerardo y se volvió hacia él.

—¡No voy a dejarme hundir! —juró rabiosa, con voz ronca como un gruñido de fiera profirió—: ¡Antonieta no va a destruirme!

—No vale la pena luchar más, Ramona. Entiéndelo, ¡todo está perdido! Es mejor que le hagas entrega de todo a tu hermana. Todo le pertenece.

—Claro, quieres verla rica y poderosa para volver junto a ella. Para suplicarle amor y perdón, para arrastrarte y echarte a sus pies como un perro mendigando cariño.

—No. Te equivocas. Aunque sí voy a pedirle perdón mil veces más, nunca le pediría amor. Sé que Antonieta dejó de amarme hace mucho. Por mí solo siente desprecio y es comprensible — aceptó con tristeza don Gerardo.

—Lárgate de mi vista, pusilánime. Eres un perdedor, siempre lo fuiste, pero yo no.

Don Gerardo bajó la cabeza y con la vista clavada en el piso abandonó la biblioteca. Doña Ramona quedó sola, muy erguida, su pecho agitado por la fuerte respiración. Era tan grande su odio y su ira que parecía que iba a sufrir un ataque.

Había tomado una decisión definitiva.

Viviana estaba desesperada. Se encontraba en La Perla Azul tomándose una copa con su inseparable amiga Kitty. En el pequeño escenario, la cantante habitual del cabaret entonaba con voz melodiosa *Vivo por ella*, que inmortalizara el gran cantante italiano Andrea Bocelli. Eran las diez de la noche y el lugar empezaba a llenarse.

—¿Por qué tan nerviosa, Vivi?

—Por Julia. Hace ya dos meses que se fugó y la policía no da con el paradero de esa asesina. La muy astuta se disfrazó de monja y así pudo estar presente en el entierro de su hija, por eso no fue descubierta.

—Te noto especialmente afectada.

Viviana, aun cuando no quería confesarle la verdad a Kitty, claro que estaba muy preocupada al saber a Julia en las calles. Temía que su odiada enemiga pudiese demostrar su inocencia en el crimen de Samantha Parker.

—Obvio que me pone nerviosa saber a Julia libre. Sé que se está viendo con Daniel y eso me hace reventar de celos.

—¿Y la policía no lo investiga a él? Sabiendo que es el gran amor de ella, deberían de seguirlo, así podrían atraparla.

—Daniel no es tonto. Se sabe vigilado de cerca por las autoridades, pero ha sabido burlarlos.

—Julia ha contado con mucha suerte hasta ahora.

—El imbécil de Gilberto sabe dónde se esconde, pero no me lo quiere decir.

—¿De veras él conoce el paradero de Julia?

—Sí. Él fue quien me avisó de que ella acudiría al entierro de Anita.

Mientras tanto, desde el fondo del cabaret, la Mami y Estrella vigilaban hacia la mesa donde se encontraban Vivi y Kitty.

—Allí está la peor enemiga de Julia —señaló la guatemalteca.

—Viviana es cliente habitual de La Perla Azul.

—Con gusto la agarraría por los pelos y la arrastraría por todo el local.

—Por suerte, Julia está pasando unos días en Key West con su abuelo y Daniel. Estar bajo el mismo techo que esa mujer es un peligro.

—Mira, Mami, Gilberto se dirige hacia la mesa donde están esas dos alacranas ponzoñosas.

—Kitty viene casi todas las noches al cabaret y Gilberto siempre se pone a conversar con ella. Por lo visto, son muy amigos.

—Ponte las pilas y aterriza. Ese chulito y la tal Kitty pueden ser algo más que amigos.

—¿De verdad crees eso, Estrella? —preguntó alerta.

—Claro que sí.

—No lo creo. Gilberto me ama. Mi tigre no sería capaz de engañarme.

—Mami, abre los ojos. Gilberto ama tu dinero, no a ti. Kitty y él son prácticamente de la misma edad.

—Si Gilberto se ha atrevido a ponerme el cuerno con esa descocada, ¡pues ahora van a saber quién soy yo!

La Mami salió decidida hacia la mesa donde se encontraba el trío.

—¿Vas a acabar de decirme dónde se esconde Julia Alcántara?

—No lo sé.

—No seas estúpido, Gilberto, y no me engañes.

—Y tú no seas insistente, Viviana. No voy a poner en riesgo mi bienestar por ayudarte a ti.

—¿Entonces sí sabes dónde está esa fugitiva? —preguntó Kitty.

—No quiero hablar de eso —dijo él con firmeza—. Escúchame lo que te voy a decir, Kitty: ya conseguí la combinación de la caja fuerte de la Mami.

—¡Maravilloso!

—Aprovecharé en los próximos días un descuido de ella para abrir la caja y cepillarle el medio millón de dólares que guarda allí, además de las joyas.

—¿Me regalarás las alhajas a mí?

—Más bien, te las daré en calidad de préstamo. Las lucirás hasta que necesitemos venderlas para seguir disfrutando de la buena vida que juntos nos vamos a dar.

La Mami llegó hasta la mesa y habló con voz airada:

—Señoritas, les pido que se marchen inmediatamente de mi local.

—¿Cómo? —preguntó Viviana impactada.

La Mami las miró fijamente con desprecio.

—En este cabaret nos reservamos el derecho de admisión. Ustedes aquí no son bienvenidas. ¡A volar, pajarracas!

Viviana y Kitty se pusieron de pie.

—Es usted una ordinaria —le dijo Vivi.

—Sí, sí, yo soy muy ordinaria, nena, pero tú no eres mejor que yo. Conozco tu historia: quisiste meterte en la cama de tu cuñado Daniel estando casada con su hermano.

—¿Pero cómo se atreve? —Viviana estaba pálida. No podía dar crédito a lo que escuchaba.

—Vamos, vamos, ¡la puerta de la salida espera por ustedes! —apremió dando unas palmadas.

—Gilberto, ¿no vas a hacer nada por nosotras? —preguntó Kitty prácticamente demudada.

Gilberto por toda respuesta se alzó de hombros. No se atrevía a contradecir a la Mami.

—Ustedes huelen a azufre, par de diablas. ¡A volar o las hago echar a puntapiés con el personal de seguridad!

—Vámonos, Kitty. Este lugar apesta.

Viviana y Kitty abandonaron La Perla Azul sintiéndose muy ofendidas y humilladas. La Mami clavó sus ojos en Gilberto.

—¿Tienes algo que decir en defensa de ese par de cocodrilas?

—Nada, Mami —contestó tenso.

—No quiero verte nunca más con esas dos cotorras —advirtió—. En especial, no quiero verte con Kitty. Si me entero de que me has estado poniendo los cuernos, te pongo de patitas en la calle y te quito todo lo que te he regalado. ¡Hasta los calzoncillos!

A medida que Viviana se acercaba a la mansión Armenteros en su auto, su malhumor por haber sido botada del cabaret fue dándole paso a la mayor de las sorpresas. No podía creer lo que sus ojos veían. Frente a ella y rodeando la mansión Armenteros había catorce coches policiales y tres grandes camiones de bomberos, además de dos ambulancias. La regia mansión ardía en llamas por los cuatro costados. Un cordón de seguridad policial evitaba que los vecinos y curiosos en general se acercaran más de lo debido. Todo era caos y confusión.

Viviana detuvo su carro y se acercó corriendo. Un policía de raza negra la detuvo.

—*You can not get closer.*

—¡Yo vivo en esa casa! —replicó presa de los nervios y con una sorpresa cada vez mayor.

Un policía latino se acercó a ellos.

—Lo lamento, igualmente no puede acercarse.

—¿Pero cómo es posible que esté ardiendo la casa?

—Recibimos una llamada al número de emergencia reportando un incendio.

Vivi no podía creerlo. Junto a una de las ambulancias, se encontraba sentado don Gerardo. Un enfermero revisaba sus signos vitales.

—¡Gerardo! —llamó Viviana al verlo—. ¡Gerardo, soy Viviana!

El padre de Daniel al verla se acercó a ella. Tosía y le costaba respirar.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué está ardiendo todo?

—Ramona enloqueció —volvió a sufrir un fuerte acceso de tos—. Roció toda la mansión con gasolina y la hizo arder.

—¡Dios mío!

—Por suerte, todo el personal de servicio y yo logramos escapar con vida.

—¿Y ella? ¿Y Ramona?

—Continúa adentro, atrapada por el fuego. O quizás ya está muerta.

Eran las tres y cuarenta y cinco de la madrugada cuando el teléfono despertó a Daniel, que dormía en la alcoba de la casa que había rentado en Key West para que Julia se recuperara.

—Daniel al habla —respondió soñoliento.

—Soy tu padre, Daniel. Te tengo malas noticias.

—¿Qué pasa? —preguntó ya alerta e incorporándose en la cama.

—La mansión Armenteros se quemó por completo, hijo. Tu madre está hospitalizada. Sufrió graves quemaduras en todo el cuerpo. Los médicos no dan esperanzas por ella.

Daniel quedó demudado, perplejo. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Salgo inmediatamente para allá en mi coche. Estaré llegando al amanecer. Pásame por texto la dirección del hospital donde está mamá.

Daniel colgó la llamada, se vistió apresuradamente y fue a despertar a don Luis. En voz baja le informó de lo que estaba sucediendo y le suplicó cuidar muy bien de Julia hasta su regreso en un par de días. Luego, el joven candidato salió apresuradamente y arrancó en su carro rumbo a Miami.

—¡Que todo salga bien! —le gritó don Luis desde la puerta de la casa.

Pero Daniel no lo llegó a escuchar.

Don Gerardo estaba en la sala de espera del piso donde estaba la unidad de quemados. Daniel apareció al fondo del pasillo proveniente de los ascensores. Con paso apresurado, llegó hasta su padre.

—¿Estás bien, papá?

—Sí, hijo. Por suerte logré escapar a tiempo. Viviana no estaba en la casa y el personal de servicio también está a salvo. Solamente tu madre quedó en medio de las llamas.

—Dios mío... ¿Pero cómo pudo desatarse el incendio?

—La propia Ramona lo provocó.

—¿Cómo? ¿Pero por qué?

Don Gerardo bajó la mirada y no se atrevió a dar más explicaciones.

—¿No entiendo qué pudo haber pasado, papá!

—Ramona tuvo la oportunidad de escapar, pero no quiso. Su deseo era morir.

Daniel no daba crédito a lo que oía.

—Su cuerpo está horriblemente quemado. Lo mejor para ella será morir.

—Quiero verla.

—¿Podrás soportarlo?

—Sí.

—El senador Parker está con ella.

Daniel, vistiendo una bata antiséptica además de guantes y tapaboca, hizo su entrada a la unidad de quemados del hospital. Avanzó hacia la cama donde se encontraba doña Ramona y la miró tiernamente. El cuerpo de la matriarca se había empequeñecido. Toda su piel de pies a cabeza estaba en carne viva, con grandes llagas. Su cabeza lucía deformada por el fuego, sin pelo. Doña Ramona no sufría, no sentía dolor. Le había sido administrada morfina. De pie junto a la cama donde ella reposaba se encontraba Douglas Parker. Daniel se acercó.

—¿Está dormida?

El senador asintió.

—Ha sido algo terrible, Daniel. No entiendo por qué Ramona incendió la mansión. Ella amaba esa casa, era su orgullo.

—Yo tampoco entiendo nada, senador.

—Daniel... —susurró la dama de hierro muy suavemente.

—Madre.

—Gracias por venir.

—Estaré a tu lado todo el tiempo que me necesites.

—Es poco el tiempo que me queda. Pero es mejor así. Yo elegí morir.

—¿Por qué? —preguntó Daniel aturdido, sin entender.

—Debes escucharme, Daniel. Deben escucharme ambos —dijo imperiosa, a pesar de su debilidad y de que le costaba hablar. Sus labios estaban horriblemente deformados por el fuego.

—Es mejor que descanses, Ramona —sugirió el senador.

—Tiempo para descansar me va a sobrar cuando haya muerto —puntualizó.

La aristócrata dama los miró casi desfallecida, pero dispuesta a hablar.

—Ha llegado el momento de la verdad, Daniel.

—Cálmate, mamá. Hablaremos cuando estés mejor.

—Hablaremos ahora.

Sin ser vista, Viviana entró a la sala y se mantuvo al fondo, cerca de ellos. Se escondía tras una mampara. Desde allí, podía escucharlo todo fácilmente.

Doña Ramona tomó aire y confesó:

—Yo no soy tu verdadera madre, Daniel.

El joven la miró impactado. Douglas Parker tampoco podía creer lo que acababa de escuchar.

—Soy tu tía. Tu verdadera madre era mi hermana.

—No sabes lo que dices, madre. Estás alucinando, imaginas cosas —justificó Daniel.

—Sé muy bien lo que digo. Tu padre puede confirmar cada una de mis palabras.

—Pero... pero... —balbuceó aturdido Daniel.

—La historia es larga. Tu padre te la relatará con lujo de detalles.

—¿Y dónde está mi verdadera madre? ¿Por qué me hicieron creer que eras tú?

—Gerardo te pondrá al tanto de todo.

Suspiró cansada. Hacía un esfuerzo sobrehumano para continuar hablando.

—Perdón, Daniel. Perdón por tanto odio, por tanta maldad —suplicó sincera, arrepentida.

Daniel, estremecido, sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Te perdono —dijo sincero, roto por el dolor.

—Fui mala. Siempre viví llena de odio. Todo lo que obtuve no me pertenecía. No me detuve ante nada ni ante nadie para lograr mis objetivos. Destruí vidas, arrasé con todos los que se atrevieron a interponerse en mi camino para lograr mis metas.

—No digas más, madre.

—No merezco que me llames madre. Eres bueno, siempre lo fuiste. Tan diferente a tu hermano, a tu medio hermano.

—Ya no hables más.

—Déjame continuar, por favor. También odié a Julia. Me puse en su contra gratuitamente. Esa muchacha nunca hizo nada para merecerse mi desprecio.

Desde su escondite, Viviana miró ferozmente a su suegra. Con gusto se habría acercado a ellos para hacerla callar abofeteándola.

—Tienes que luchar por ser feliz con Julia, Daniel. Ustedes se lo merecen.

—Esa mujer... —dijo el senador.

—Esa mujer es inocente —lo interrumpió doña Ramona.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Parker impactado al máximo.

—Ella no asesinó a tu hija.

Viviana se horrorizó al escuchar aquella confesión. Espantada, se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de pánico. Ahora que doña Ramona estaba a las puertas de la muerte, era evidente que, totalmente arrepentida, iba a confesar la verdad.

—¿Quién mató entonces a Samantha, madre?

—Sí, ¡habla, Ramona! Si no fue Julia Alcántara, ¿quién le quitó la vida a mi hija?

Ramona calló. Trató de tragar saliva, pero su boca estaba completamente seca. Al mismo tiempo, el corazón de Viviana latía apresuradamente. Si la dama de hierro confesaba la verdad, ella estaría completamente perdida.

—La verdadera asesina de Samantha fue Viviana —confesó al fin doña Ramona.

Douglas Parker y Daniel intercambiaron miradas de impacto.

—¿Pero por qué? ¿Por qué querría Viviana matar a mi hija?

Vivi no esperó a escuchar la respuesta. Salió apresuradamente de allí sin hacer ruido y sin ser vista. Tenía que huir antes de que fuera demasiado tarde.

—Dilo todo, madre. ¿Cuáles eran los motivos de Viviana para acabar con la vida de Samantha?

—Los celos. Sabes muy bien que Viviana siempre estuvo enamorada de ti.

—¿Estás segura, Ramona? ¿No lo estás imaginando?

—No, Douglas. No imagino nada. Viviana odiaba a tu hija. No soportó la idea de verla casada con Daniel.

—Dios, ¡mi pobre hija!

—Ella atacó a Samantha y huyó dejándola moribunda.

—Es verdad. Cuando Julia llegó, se encontró a Samantha aún con vida. La propia Julia me lo contó. Samantha le pidió ayuda y Julia le arrancó el puñal. Poco después Samantha murió —confesó Daniel.

—¡Viviana... la asesina! ¡Ella me dio el pésame! Se mostró afectada por la muerte de mi hija.

—Estaba fingiendo, senador. Nos engañó a todos —masculló Daniel.

—Yo supe la verdad hace poco —confesó doña Ramona—. Viviana me lo contó todo inesperadamente.

—Esa mujer no va a quedarse sin ser castigada. ¡Lo juro! —El senador Parker abandonó la sala de quemados con paso rápido.

—Perdón, Daniel. Perdón... —dijo con apenas un hilo de vida doña Ramona.

—Ya te dije que te perdono, madre. Parte en paz.

—Iré al infierno y tengo miedo. Tengo miedo del fuego eterno —dijo atormentada—. He sido demasiado mala.

—No te agites más —suplicó lleno de infinita lástima.

—Perdón... Perdón... Per-dón... —murmuró mientras lloraba—. Debes saber algo más. Anita, tu hija... —de pronto calló abriendo los ojos desmesuradamente y luego dijo—: ¡No veo! No veo

nada. No te vayas, Daniel. Tengo demasiado miedo... ¡No me dejes morir sola!

—Aquí estoy, madre, a tu lado.

Doña Ramona exhaló su último suspiro y murió. Daniel cerró los ojos y grandes lágrimas rodaron por sus mejillas. Miró por última vez con gran dolor a aquella mujer a la que siempre había creído su madre.

Don Gerardo, que aún estaba en la sala de espera, se puso de pie al ver venir a Daniel desde la sala de quemados.

—Hijo...

—Mamá acaba de morir. Me confesó que no era mi verdadera madre.

Don Gerardo asintió sintiendo un gran estremecimiento.

—También confesó que la verdadera asesina de Samantha es...

—Viviana.

—¿Tú también lo sabías, padre?

—No. Eso no lo sabía. Me lo acaba de decir Douglas Parker.

—Mamá pidió perdón antes de morir. Muchas personas que han hecho el mal, cuando están a las puertas de la muerte, sienten miedo. Temen al juicio final, se arrepienten y confiesan.

Se hizo un silencio incómodo entre padre e hijo. Finalmente, don Gerardo sacó fuerzas de su interior y dijo:

—Tienes derecho a saber toda la verdad sobre tu origen.

—No ahora, papá. Voy a ver al comisario Sautier. Ya es tiempo de que la policía deje de perseguir a Julia.

—Tienes razón.

—Por favor, encárgate de todo lo referente al funeral de madre.

Don Gerardo asintió.

—Mamá iba a decirme algo sobre Anita. ¿Sabes tú de qué se trataba?

—No.

Daniel bajó la mirada y dio un par de pasos hacia los ascensores. Se detuvo y se volvió hacia su padre.

—¿Mi verdadera madre vive?

—Sí. Cuando estés listo, te llevaré ante ella.

Al mediodía, Julia almorzaba en la cocina de la casa de Key West con su abuelo.

—... y por eso se marchó Daniel en la madrugada sin despedirse de ti, mi nieta.

—¡Quemada, doña Ramona! ¡No lo puedo creer!

—Quizás ya haya muerto.

—¿Cuántas cosas más tienen que pasar, abuelito?

—Solo Dios lo sabe.

Ella apartó su plato de comida, aunque estaba más recuperada físicamente, aún no sentía gran apetito.

—Trata de comer un poco más.

—Después. Ahora no tengo ganas.

—Bébetelo al menos el jugo de naranja. Tiene vitamina C y te hará bien.

Julia obedeció a su abuelo y se tomó todo el jugo.

—Le pido a Dios que algún día se haga justicia, tu nombre quede libre de culpas y ya no tengas que esconderte más.

—Deseo lo mismo, abuelo, pero no sé si ocurrirá ese milagro.

—La Virgen de la Caridad del Cobre tiene que ayudarte.

En esos momentos en la puerta que comunicaba la cocina con la calle apareció Nancy portando una pequeña maleta.

—¡Sorpresa! —gritó la linda venezolana con una gran sonrisa que pareció iluminarlo todo.

—¡Nancy! —se alegró Julia al ver a su amiga.

—¿Pero cómo estás aquí? —preguntó sorprendido y alegre don Luis.

—Daniel me dio la dirección, amiga, así que tomé un autobús muy temprano esta mañana y aquí estoy.

Nancy abrazó con fuerza y cariño a Julia. Ambas estaban felices de aquel reencuentro.

—Gracias por venir.

—Ojalá hubiese podido estar contigo todo el tiempo. Yo le rezaba a Diosito para que te protegiera y te librara de más peligros.

Nancy le dio dos sonoros besos a su amiga.

—Aquí me quedaré un par de días que me dieron libres en el trabajo. ¿Y Daniel?

—Tuvo que viajar a Miami —explicó don Luis.

—¿Pero cómo es eso, vale? ¿Yo vengo y él se va? ¿No se supone que iba a quedarse contigo para cuidarte y ayudarte a recuperarte?

—Tuvo que irse de emergencia. La casa donde vivió siempre se quemó y doña Ramona sufrió graves quemaduras; está en el hospital —le informó Julia.

—Esa vieja era más mala que Satanás. Si se muere, ¡ese será su castigo por todo el daño que te hizo!

—Nancy, no digas esas cosas.

—Tú me conoces, Julia. Sabes que no tengo pelos en la lengua y digo lo que pienso. —Nancy tomó las manos de su amiga y con voz grave le dijo—: Julia, siento tanto la muerte de Anita. Para mí fue tan doloroso. Ya sabes que la quería como una sobrina.

Julia quedó en silencio. No supo qué decir. Le dolía y le desgarraba el alma hablar sobre la muerte de su hija. Don Luis fue hasta su nieta y tomándola de la mano la sacó de la cocina,

conduciéndola hacia la sala. Nancy fue tras ellos. Don Luis abrió la puerta y quedaron frente al inmenso mar.

—Respira la brisa marina, mi nieta. Necesitas llenar tus pulmones de aire puro.

Julia obedeció y luego miró las nubes en lo alto del cielo.

—Mi hija. Mi dulce Anita... —susurró con melancolía.

—Desde el cielo ella te cuida —aseguró Nancy.

—Quiero caminar descalza por la arena.

—Hazlo, mi nieta.

Julia se quitó los zapatos y los dejó caer al suelo. Luego, se echó a andar alejándose. En el porche de la casa se quedaron don Luis y Nancy.

—Gracias por venir, Nancy. Tu presencia ayuda a mi nieta a olvidar un poco la tristeza. ¡Gracias!

Antes de que la policía diera orden de captura en contra de Viviana, ella tuvo tiempo de ir al banco y retirar una fuerte cantidad de dinero. Después, pasó por una tienda de pelucas y compró varias de colores diferentes, además de lentes y otros artículos que le permitieran disfrazarse para no ser atrapada.

Se escondió en un hotel barato y de baja categoría en Miami Beach. Botó su celular y se compró otro bajo un nombre falso. Llamó a Kitty.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué te pasa, Viviana? Te noto nerviosa.

—La policía ya debe de estar buscándome.

—¿La policía? ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—No me voy a poner a darte detalles ahora, Kitty. Yo fui quien asesinó a Samantha Parker.

—¿Cómo? ¿Tú? —preguntó absolutamente impactada y con la boca muy abierta.

—Necesito que me ayudes.

—¿De qué manera?

—Consiguiéndome un carro. Voy a largarme de este estado.

—Es peligroso que te conviertas en una fugitiva. Es mejor que te entregues.

—No seas estúpida, Kitty. ¿Pretendes que me pudra tras las rejas de una prisión?

—Al menos estarás viva. Estar huyendo podría significar la muerte.

—¿Y es que estar encerrada durante los próximos veinte años es estar viva? ¡No voy a entregarme nunca!

—Viviana...

—¿Qué?

Kitty tragó grueso antes de responder.

—No puedo ayudarte.

—¿No puedes o no quieres?

—Trata de entenderme. Tengo un plan con Gilberto. Nos vamos a largar con el medio millón y las joyas que él va a robarle a la Mami. Juntos vamos a recorrer el mundo y a ser felices. Si te ayudo, me estaría convirtiendo en tu cómplice y me arriesgaría a ser encerrada también. Lo siento, no puedo hacer nada por ti.

—Mala amiga. Traidora. ¡Me fallas cuando más te necesito!

—Trata de entenderme.

—Lo único que entiendo es que eres una perra traidora. Yo te ayudé a entrar al mundo del modelaje. Siempre fuiste una modelito mediocre y de medio pelo. Pero por ser tu amiga te conseguí gracias a mis influencias, buenos contratos... ¡y mira cómo me pagas!

—Voy a colgar, Viviana. No estoy dispuesta a soportar tus reproches —aseveró altiva e indiferente.

—¡Púdrete!

Vivi cortó la conversación y arrojó su celular sobre la cama. Dio unos pasos por la fea habitación. Las paredes estaban sucias y la alfombra, además de oler mal, tenía marcas de orín de perro. Se sintió asqueada y llena de una furia incontrolable.

—¡Maldita Ramona! ¡Tú también me traicionaste al acusarme! —dijo alzando la voz.

Con manos temblorosas de ira encendió un cigarrillo.

«Antes de largarme de Florida voy a acabar contigo, Daniel. Si no fuiste para mí, no serás para ninguna. Con tu muerte, Julia quedará hundida en el dolor para siempre. La pena de haber perdido a su hija y próximamente a ti, seguramente, la enloquecerá». Viviana le dio una calada a su cigarrillo.

Pasaron dos días antes de que Daniel volviera a Key West para reencontrarse con su amada Julia.

—Al fin volviste, Daniel.

—Y con excelentes noticias, don Luis.

—¿Cuáles? ¡Me muero por conocerlas! —quiso saber Nancy llena de curiosidad y emoción.

—Julia está libre de cargos.

—¿Cómo?

—Sí, don Luis, así como lo escucha. Mi madre sintió miedo ante la muerte y confesó que la verdadera asesina de Samantha Parker había sido Viviana.

—¡Desgraciada y endemoniada mujer! —exclamó Nancy con enojo.

—El senador Parker y yo nos reunimos con el comisario Sautier. Ahora toda la policía del estado está buscando activamente a Viviana, y Julia ya no tiene que esconderse más. El mismo senador Parker exigió su liberación y que dejaran de buscarla.

—¡Alabao! ¡Yo sabía que mi virgencita de la Caridad del Cobre no podía fallarme! ¡Tanto que le pedí que se demostrara la inocencia de mi nieta!

—¿Dónde está Julia ahora? Quiero darle la noticia yo mismo.

—Salió a pasear por la orilla de la playa. Todos los días lo hace —informó Nancy llena de felicidad por las buenas nuevas.

—¿Cómo ha estado? —quiso saber Daniel.

—Mucho mejor. Ha pasado estos días descansando para recuperar fuerzas. Se alimenta bien y su apetito va en aumento —informó feliz don Luis—. Da largos paseos por la playa diariamente y el sol y la brisa del mar le han inyectado vitalidad.

—Su aspecto también ha mejorado mucho.

—No se imaginan lo feliz que me hacen con todas esas noticias.

—¡Corre a buscarla, pues! —apremió la inquieta Nancy.

—Sí, hijo, corre a informarle a mi nieta que ya no tiene que seguir escondida.

Daniel, lleno de dicha, salió apresurado de la casa.

Julia caminaba descalza por la orilla de la playa. El agua del mar mojaba sus pies. En el cielo, un grupo de gaviotas revoloteaba. Las largas caminatas diarias habían devuelto el color al rostro de la muchacha.

—¡Julia! ¡Julia!

Ella había escuchado aquel llamado a lo lejos. Volvió su mirada y con emoción descubrió la atlética figura de Daniel corriendo hacia ella. Cuando se reunieron, él la tomó fuertemente entre sus brazos y la besó apasionado. Luego, se miraron a los ojos con el mar de fondo.

—Daniel. Me hace tan feliz que hayas vuelto.

—Estaba loco por estar otra vez junto a ti.

—Te extrañé.

—Estás tan bella.

—Poco a poco, he recuperado las ganas de vivir. Mi abuelito y Nancy se han esmerado en sus cuidados.

Se tomaron de las manos y juntos echaron a andar.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué es?

—Ya la policía no te busca.

Ella, impactada, se detuvo y lo miró perpleja.

—¿Me hablas en serio?

—¡Absolutamente! —rio él exultante de dicha.

—¿Pero qué pasó? ¿Se supo quién mató en verdad a Samantha?

—Sí. Debo informarte que mi madre murió a consecuencia del incendio que ella misma provocó en la mansión.

—No entiendo. ¿Por qué doña Ramona quemó su casa?

—En realidad no era su casa. Ramona tampoco era mi verdadera madre. Era mi tía.

Julia se sentía cada vez más impactada.

—¿Podrías explicarme todo mejor?

—No conozco la historia a fondo. Mi verdadera madre es otra mujer y aún vive. Tengo que reunirme con ella para conocerla y enterarme de todo. En estos dos días que pasé en Miami me fue imposible verla, pues estaba dedicado a tu caso. Cuando conozca completamente mi historia, te la contaré —prometió él—. Ramona, antes de morir, confesó el nombre de la verdadera asesina de Samantha.

—¿Fue una mujer? ¿Quién?

—Viviana. La mató por celos. Para evitar que se casara conmigo.

—Dios mío... ¡Qué lejos llegó Viviana!

—Toda la pesadilla acabó para ti, mi amor. La policía está tras la pista de Viviana. Tarde o temprano será capturada.

Volvieron a besarse apasionadamente.

—Te amo, Julia.

—Yo también te amo a ti.

Un nuevo y romántico beso selló el tiempo.

Con la esperanza de todos puesta en el futuro, pasaron las horas y el día lentamente fue muriendo. Ya era de noche y la Mami en su despacho de La Perla Azul terminaba de revisar uno de sus libros de contabilidad. Gilberto entró con dos copas de coñac.

—Hola, preciosa.

—Hola, cariño. ¿Ya empezaron a llegar los clientes?

—Sí, ya hay varios en el salón principal —le informó mientras le ofrecía una de las copas.

—¿Y esto?

—Coñac, para brindar.

—¿Brindar por qué?

—Simplemente por ti, por ser mi chica.

Ella rio halagada.

—Cuando te pones tan meloso y detallista es porque quieres pedirme un regalo nuevo.

Él sonrió pillo.

—Nada de eso. Hoy no voy a pedirte nada, Mami. Solo quiero brindar contigo.

Ambos chocaron sus copas y él apuró su trago hasta el fondo. Ella apenas bebió un sorbito.

—Ah, no, nada de eso. Debes beber hasta no dejar ni una gota en la copa.

Ella volvió a reír.

—Pero es que no puedo beber así, luego se me sube a la cabeza y me pongo muy mareada.

—Nada te pasará. Tu hombre estará toda la noche a tu lado para cuidarte.

Y colocándose por detrás de ella, la besó apasionadamente en el cuello. Ella sintió un estremecimiento por toda la espalda.

—No me beses así, Gilberto. Sabes que el cuello es mi punto débil —rio pícaro y encantada.

—Entonces tómate todo tu coñac como una buena chica y luego nos iremos a nuestra habitación. Esta noche no trabajarás. Me dedicaré a amarte como te mereces.

La Mami, fascinada con la idea, apuró su trago hasta el fondo.

—Muy bien. Esa es mi nena. Buena y obediente.

La Mami quiso responderle algo, pero su cuerpo se balanceó hacia adelante y cayó completamente narcotizada sobre su propio escritorio.

—¡Fuera de combate! —rio Gilberto triunfal. «El narcótico que compré ligado con alcohol tiene un afecto inmediato y fulminante. Esta vieja gorda y desagradable dormirá hasta mañana».

El chulo fue hasta la pared y descolgó un cuadro de motivos chinos pintado al óleo. Tras el cuadro, estaba empotrada una caja de seguridad. Apesurado, Gilberto sacó del bolsillo de su pantalón un papel y consultó el número de la caja fuerte que había averiguado previamente. En menos de un minuto abrió la caja y ante él apareció el medio millón de dólares repartido en tres pacas amarradas. También había allí joyas varias de mucho valor. Fue hasta el sofá y buscó debajo la mochila que había escondido aquella misma tarde. Sin pérdida de tiempo, metió dentro el dinero y las joyas.

La puerta del despacho se abrió inesperadamente.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó alerta Estrella, presintiendo algo.

Gilberto se giró a ella. Se puso pálido. Era obvio que se avecinaban problemas.

—No te metas en lo que no te importa, dientes de oro.

—¿Qué le pasa a la Mami? —Se acercó a su amiga y la sacudió por un hombro para hacerla reaccionar—. Mami, háblame. ¿Mami, qué te pasa? ¡Mami!

—Está dormida, estúpida, ¿es que no te das cuenta?

—¿Qué le hiciste, perro?

—La puse a dormir.

—¿Para qué? —Miró capciosa todo alrededor—. Claro, ya entiendo. Si la caja fuerte está abierta, es porque estabas robando a la Mami. ¡Dame esa mochila!

—Apártate de mi camino, dientes de oro, o lo puedes lamentar.

—No le tengo miedo a las sabandijas como tú.

Estrella avanzó hacia él para arrebatarse la mochila y evitar que robara a la Mami. Gilberto se puso en guardia para defenderse. Estrella, experta en peleas callejeras, rápidamente le hizo una llave al cuello, dominándolo e inmovilizándolo.

—¡Me estás ahorcando! —se quejó Gilberto casi sin poder respirar, pero sin soltar la preciada mochila con el motín.

—Suelta esa mochila, gusano.

—Puedo repartir contigo la mitad de lo robado. Con dinero podrás largarte y librarte de la policía. Te ayudaré a llegar a México.

—No pienso traicionar a la Mami. Ahora mismo voy a amarrarte y cuando mi amiga se despierte, ella decidirá qué hacer contigo.

Gilberto forcejeó para librarse de los fuertes brazos de Estrella, pero no lo logró. En la puerta abierta apareció Kitty que angustiada quiso conocer el motivo de la tardanza de su amante. Al percatarse de la situación, sigilosamente y sin ser vista por Estrella, tomó una pesada porcelana decorativa y la estrelló a traición en la cabeza de la guatemalteca, quien cayó desmayada al suelo soltando a Gilberto.

—¡Casi me ahorca esta salvaje! Voy a reventarla a patadas y...

—Olvídate de ella —apremió Kitty—. ¿Ya tienes el dinero y las joyas?

—Sí. Todo está aquí. —Alzó la mochila en el aire.

—Pues llegó la hora de largarnos. Afuera tengo mi auto.

—Antes de eso, voy a cobrarme todas las que me debe Estrella.

Gilberto fue hasta el escritorio y descolgó el teléfono. Marcó el 911.

—Señorita, quiero denunciar el paradero de una prófuga de la justicia...

De regreso en su casa de Coral Gables, acompañada de las personas que más quería, Julia miró con nostalgia el lugar. Allí había sido muy feliz junto a su hija. De aquella casa había salido para ser encerrada injustamente por un crimen que no había cometido. En silencio, se encaminó hacia el cuarto de la niña. Daniel, Nancy y don Luis permanecieron silenciosos en la sala.

Julia entró en la alcoba de su hija. Reinaba un silencio atroz y atormentante. En aquel mismo lugar había jugado muchas veces con su hija y las risas infantiles habían rebotado contra las paredes. Llena de dolor por aquel silencio, se tapó los oídos con sus manos. Miró con nostalgia todos los juguetes de su pequeña. Su camita. Fue hasta el clóset y lo abrió. Allí estaban colgados sus bellos vestidos y ropa en general. Las lágrimas inundaron sus ojos. Tomó la muñeca favorita de Anita y la apretó con fuerza contra su pecho. El silencio fue roto por la voz cálida de Daniel que se acercaba a ella.

—Tenemos que aprender a vivir con este dolor.

—¿Cómo se hace eso, Daniel? ¿Cómo se vive con el dolor de la pérdida de un hijo?

—Es duro y difícil, pero hay que hacerlo. Negándote a esa pérdida es la mejor manera que puede existir para que te vuelvas loca.

Ella se tapó la cara con las manos para ocultar sus lágrimas. Daniel la estrechó protector entre sus brazos.

—¿Sabes? Cuando estuve con mamá en la unidad de quemados, ella iba a decirme algo sobre Anita.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Murió antes de hacerlo.

Julia besó la muñeca preferida de su hija.

—Era su muñeca predilecta.

—La guardaremos por siempre —le prometió Daniel.

Desde la sala, se escuchó distante el timbre de la puerta.

—¿Me llevarás mañana al cementerio para poner flores sobre la tumba de nuestra hija?

—Prometido, Julia.

Don Luis hizo entrada a la habitación.

—Mi nieta, en la sala está el senador Parker. Quiere verte.

Douglas Parker estaba de pie, esperando. Nancy estaba cerca de él, en silencio y mirándolo respetuosamente. Desde el interior de la casa, vinieron Julia, Daniel y don Luis.

—Senador.

—Buenas noches, Daniel. Julia, me atreví a venir a tu casa. Espero que no te sea incómoda mi presencia.

—Claro que no, senador —respondió ella educadamente.

—Sentí la necesidad de venir a pedirte perdón —confesó el político—. Yo puse especial empeño en que fueras atrapada y nuevamente encerrada.

Julia lo miró comprensiva, sin ningún tipo de reproche.

—Mi mayor deseo era que te juzgaran y que pasaras el resto de tu vida en una cárcel.

—Nada tengo que reprocharle, senador. Usted perdió a su única hija y creyó que yo era la culpable. Es comprensible que deseara que cayera sobre mí todo el peso de la ley.

—Gracias por tu comprensión —dijo emocionado ante la gran bondad de Julia—. En ocasiones, la justicia se equivoca y resulta injusta. También nos equivocamos los seres humanos.

—Por suerte, todo acabó, senador —intervino don Luis.

—No, todavía no acabó. Hasta que Viviana no esté pagando su injusto crimen, nada habrá acabado.

—¿Alguna pista sobre el paradero de ella?

—Ninguna, Daniel.

Julia se acercó al senador y, con una mirada llena de dulzura por aquel padre que tanto sufría, tomó sus manos.

—Viviana pagará.

—Es lo que más deseo —confesó Parker.

Quedaron todos en silencio por unos segundos y luego el propio senador volvió a hablar:

—Quiero darte mi más sentido pésame por la muerte de tu pequeña hijita, muchacha. Nadie más que yo conoce ese dolor tan desgarrador.

—Gracias, senador —trató de sonreír.

—De ahora en adelante tienes en mí a un amigo.

—Gracias —sonrió ella dulcemente.

—¿Puedo besar tu frente, Julia? Es como si besara a mi amada Samantha.

Julia asintió suavemente con la cabeza. El senador la besó en la frente con infinita dulzura.

—Ahora me marchó. Ya no quiero darles más la lata.

—Esta es su casa, senador Parker. Siéntase en libertad de visitarnos cada vez que usted quiera.

—Gracias, Julia. Volveré. Lo prometo.

Douglas Parker la miró con un gesto de infinita tristeza en su rostro.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron todos al unísono.

El senador se marchó.

La Mami vio entrar a Julia a su despacho en La Perla Azul.

—Buenos días, Mami.

La buena mujer se echó a llorar al ver a su amiga y protegida. Julia se preocupó y preguntó:

—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

—Julia querida, no sabes cuánto me alegra saberte libre de cargos.

—¿Lloras de felicidad por mí? Quise venir a verte para agradecerte por todo el tiempo que me tuviste aquí escondida y protegiéndome.

—Nada tienes que agradecerme. Y mis lágrimas son por otro motivo —volvió a sollozar.

—¿Cuál es ese motivo que te hace llorar? ¿Puedo ayudarte? ¿Dime qué puedo hacer por ti!

—Anoche se presentó aquí inesperadamente la policía. A Estrella no le dio tiempo de esconderse. Alguien les chivateó a las autoridades que ella se escondía en La Perla Azul. ¡Se la llevaron presa!

—No puede ser. ¡Cuánto lo lamento! ¿Pero quién se chivó con la policía?

—Gilberto.

—¡Debí imaginarlo!

—Él ha muerto.

—¿Cómo?

—Anoche pasaron muchas cosas, Julia —dijo sin parar de llorar y sonando su nariz con un pañuelito color carmesí—. Gilberto se mostró conmigo más amoroso que nunca. Me invitó a tomar un coñac. Había puesto un narcótico en la copa. Yo caí en la trampa, bebí y perdí el conocimiento.

—¡Es un canalla! ¿Pero para qué te narcotizó?

—Él sabía que en la caja fuerte guardaba medio millón de dólares en *cash* y algunas joyas. Sin yo saberlo, Gilberto se había hecho amante de Kitty, la chica esa que era la mejor amiga de Viviana. Juntos planearon robarme el dinero, las prendas y largarse. Por eso me drogó.

—Cuánto lo siento, Mami —se lamentó Julia sincera.

—Cuando me quedé dormida, Estrella encontró a Gilberto justamente cuando estaba a punto de huir con el botín. Ella intentó detenerlo y forcejearon. Luego, Estrella fue atacada a traición por la espalda y cayó, perdiendo el sentido. Presumimos que fue Kitty quien la agredió. Obviamente Gilberto, antes de escapar con su amante, denunció a Estrella. Vino la policía y se la llevaron.

—¡Pobre Estrella!

—Pero no todo acaba ahí, Julia...

—Dime todos los detalles, por favor.

La Mami se puso de pie y dio unos pasos.

—Gilberto y Kitty huyeron con el dinero y las alhajas. En su huida, fueron embestidos por el conductor borracho de un gran camión. El coche en el que escapaban fue aplastado por el camión. Gilberto y Kitty tuvieron una muerte instantánea.

—¡Dios santo! —exclamó Julia sorprendida.

—A quien a hierro mata...

—Tienes razón, Mami.

—La muerte de Gilberto poco me duele. Me traicionó y tuvo junto a su amante el final que se merecía. La que me preocupa es Estrella. Ella estaba dispuesta a comenzar una nueva vida. Imaginarla otra vez encerrada me destroza —volvió a llorar por su gran amiga.

Julia tomó las manos de la Mami para consolarla.

—No te angusties ni sufras. Voy a buscar al mejor abogado de Florida para que defienda a Estrella y logre para ella la menor de las penas —le prometió.

—¿De verdad harás eso por ella, Julia?

—Por supuesto que sí. Estrella me ayudó en los peores momentos de mi vida. Eso nunca lo voy a olvidar.

La Mami le sonrió.

—Gracias. Eres un ángel.

Antonieta esperaba nerviosamente en su apartamento. Al fin había llegado el día en que iba a hablar sin caretas con su hijo. Don Gerardo le había contado que ya Daniel estaba al tanto de parte de la verdad. Esa mañana, el padre del joven candidato había preparado un encuentro entre ellos. Las ansias de la sufrida mujer eran grandes y casi incontrolables. Ahora que su cruel hermana Ramona había muerto, iba a quedar al descubierto todo el horror que había causado.

El timbre de la puerta hizo que el corazón de Antonieta se acelerara más.

—Adelante.

La puerta se abrió y allí apareció Daniel. El joven político la miró impactado y exclamó con voz sorda:

—¡Usted!

—Hola, Daniel —saludó ella muy trémula.

Él cerró la puerta y avanzó unos pasos hacia ella.

—La recuerdo perfectamente. Usted estuvo en el funeral de Anita y también en el entierro. Jamás me hubiera imaginado que usted era mi... —se calló estremecido.

—Por favor, trátame de tú.

Daniel asintió silencioso. La miraba fijamente. No podía creer que aquella mujer fuese su verdadera madre.

—La historia es larga —anunció Antonieta estremecida de emoción.

—Quiero conocerla toda. ¿Por qué me hicieron creer que Ramona era mi madre cuando en verdad era mi tía? ¿Dónde estuviste todos estos años?

—Ramona te hizo creer que eras su hijo por maldad, por vengarse de mí.

Él la miró intensamente.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Antonieta tomó una bocanada de aire y se llenó de fuerza, aunque no podía dejar de ver con infinita dulzura a su hijo.

—Ramona y yo vivimos siempre juntas, con nuestros padres —comenzó a relatar—. Cuando ella tenía dieciséis años, llegó a nuestra casa de visita nuestro tío Alejandro, hermano de nuestro padre. El tío Alejandro era mucho más joven que papá. Tenía treinta años y era muy guapo y varonil. Dueño de una personalidad cautivadora. Secretamente, Ramona se enamoró de él sin importarle los lazos sanguíneos. El tío Alejandro venía a pasarse una larga temporada en el país y obviamente se hospedaría en nuestra casa. A espaldas de todos, Ramona y el tío Alejandro se hicieron amantes. —Daniel escuchaba con gran atención aquel relato.

»Una noche, inesperadamente, nuestra madre descubrió a Ramona y al tío Alejandro durmiendo juntos. Madre, horrorizada, empezó a gritar llamando a padre. Todo repentinamente se volvió un caos. Papá, enfurecido, golpeó a su hermano y lo echó de la casa para siempre. Pasaron varias semanas y Ramona se descubrió embarazada. —Antonieta se sentó, estaba atribulada recordando el pasado—. Padre y madre decidieron que Ramona tenía que abortar. No podía tener un hijo de su propio tío. Mis padres llevaron a Ramona a una clínica y allí le practicaron un aborto. Luego de eso, nuestro padre decidió meterla en un internado de monjas para que terminara sus estudios.

—¿Qué pasó con Alejandro?

—Nunca más volvimos a saber de él. Ignoro qué fue de su vida o si sigue vivo.

—Por favor, continúa.

Antonieta volvió a tomar aire.

—Mi hermana pasó dos años en el internado de las monjas. En aquel lugar fue una alumna problemática. Siempre causó líos y en varias ocasiones estuvo a punto de ser expulsada, pues era

incontrolable. Solamente las grandes donaciones de dinero que papá hacía al internado evitaron que Ramona saliera de allí. Mientras mi hermana estuvo interna, yo crecí y me hice mujer. Conocí a Gerardo, que era hijo de un empleado de papá. Nos enamoramos.

»Mi padre era dueño de una gran cadena bancaria que abarcaba todo el país. Mi buen y amado padre vio con buenos ojos mi romance con Gerardo y lo puso a trabajar en el banco. Gerardo y yo cada día nos amábamos más y empezamos a planificar nuestra boda. Yo me sentía la mujer más feliz sobre la Tierra. Paralelamente y sin que Gerardo lo supiera, su padre robó cincuenta mil dólares en el banco. Durante un largo tiempo, el padre de Gerardo logró ocultar el desfalco. Con el dinero robado, cubrió las deudas que lo atormentaban.

Daniel muy serio preguntó:

—¿Qué pasaba con Ramona en ese tiempo?

—Ella, al cumplir la mayoría de edad, abandonó el internado de las monjas. Volvió a la casa. Venía llena de amargura, de odio. No soportaba que los demás fueran felices. Papá no le hablaba, no le había podido perdonar su desliz con el tío Alejandro. Cuando Ramona conoció a Gerardo, se encaprichó con él y trató de seducirlo. Tu padre la rechazó y me contó sus intenciones. Entonces, yo fui con papá y le conté todo. —Antonieta quedó en silencio unos segundos y luego prosiguió—: Mi padre, al enterarse de que Ramona quería robarme a mi futuro esposo, la echó de la casa para siempre y cambió su testamento. Me nombró su única heredera. La cadena bancaria, la mansión, la inmensa fortuna de más de cincuenta millones de dólares, además de otras propiedades, serían para mí cuando él y mamá ya no existieran.

»Yo, enamorada, me entregué a tu padre antes de casarme. Al poco tiempo me supe embarazada y se lo comuniqué a mis padres. Ellos decidieron que Gerardo y yo teníamos que casarnos a la brevedad posible, antes de que se notara mi embarazo... —Antonieta se pasó una mano por la frente perlada en sudor ante los recuerdos—. Mientras tanto, Ramona pasaba penurias, sin dinero y habiéndole dado la espalda nuestro padre, cayó muy bajo y tuvo que vivir en las calles. Se unió a una pandilla de delincuentes y cometió varias fechorías. Corrió con la suerte de que nunca fue atrapada por la policía.

—Es impresionante todo lo que me cuentas —susurró Daniel.

—A pocos días de mi boda con Gerardo, papá y mamá salieron a navegar en nuestro velero familiar. En plena alta mar fueron sorprendidos por una feroz tormenta y el velero se hundió. Ellos perecieron —la voz de Antonieta se rompió y ella no pudo evitar echarse a llorar—. Ante aquella desgracia tan grande, la boda fue suspendida.

—Lamento tanto no haber conocido a mis abuelos...

—Eran buenos y dulces. Para mí fueron los mejores padres del mundo. —Antonieta hizo un esfuerzo por no seguir llorando y continuó con la historia—: Luego del entierro, Ramona fue a buscarme y me pidió ayuda. Estaba enferma y demacrada por todo el tiempo que había estado viviendo en las calles y mal alimentada. Era mi hermana y yo la quería, a pesar de todo. La recibí

con los brazos abiertos. Ramona volvió a la casa y me juró falsamente estar arrepentida de todo el daño que había hecho. Yo creí en su arrepentimiento.

—Obviamente, Ramona no sentía ninguna clase de arrepentimiento.

—Por supuesto que no. Un par de semanas después de la muerte de nuestros padres, el testamento fue leído. Ramona se llenó de un odio atroz hacia mí al conocer que yo era la heredera universal de absolutamente todo. Ella no me demostró aquel odio, al contrario, fingió estar conforme con la situación. Yo estaba dispuesta a darle la mitad de todo lo que había heredado, pero la ambición de Ramona era grande y lo quería todo para ella. —Cansada, Antonieta calló.

—Si estás cansada y te duele recordar, puedo volver otro día —se ofreció Daniel.

—No. Hoy vas a conocerlo todo.

Daniel, movido por un gran sentimiento de nobleza, miró con gran ternura a aquella mujer que era su verdadera madre.

—Yo me vi tan abrumada por todo lo acontecido que postergué aún más mi boda con Gerardo. Me puse al frente de los bancos y descubrí el desfalco. El padre de Gerardo me pidió perdón, arrepentido, y me suplicó que no lo enviara a prisión. Yo accedí a perdonarlo por ser el padre de mi futuro esposo y el abuelo de mi futuro hijo. Pasaron los meses y finalmente viniste al mundo. — Antonieta no pudo evitar un nuevo sollozo. Daniel la miró más conmovido que nunca—. En cuanto naciste, fuiste arrebatado de mis brazos. El doctor que me atendió durante el parto había sido sobornado por Ramona. Él te apartó de mi lado y le fuiste entregado a mi hermana. Yo empecé a enloquecer cuando me fuiste robado. El plan de venganza de Ramona ya había comenzado.

—¿Cuál fue ese plan? —preguntó estremecido.

—Mi mente ya estaba muy confundida y Ramona me encerró en un sótano secreto que había en la mansión. A ese sótano se accedía a través de un pasadizo de la biblioteca. Ya totalmente enloquecida, mi propia hermana me mantuvo treinta años encerrada en aquel lugar lúgubre y oscuro.

—¿El sótano estaba en la biblioteca! —exclamó muy sorprendido—. Eso explica por qué Ramona nunca permitía a nadie entrar a ese lugar de la casa.

—Ella temía que se descubriera su infamia.

—¿Papá sabía de la existencia de ese sótano? ¿Él supo que Ramona te mantenía allí cautiva?

—Sí. Gerardo lo sabía todo.

—¿Por qué nunca hizo nada por ayudarte y sacarte de ese lugar?

—Gerardo no pudo hacer nada. Ramona se puso al frente de la presidencia de los bancos y les hizo creer a todos que yo había muerto. Con mi supuesta muerte, ella quedaba como heredera de todo.

—¡Dios!

—La maldad de mi hermana siguió adelante. Amenazó a Gerardo con enviar a su padre a la cárcel si no se casaba con ella. Gerardo, para salvar a su padre, aceptó y se casaron. Luego,

Ramona y tu padre se fueron del país durante un largo tiempo. Cuando volvieron, ella venía contigo en brazos y les hizo creer a todos que eras su hijo.

—¡Fue una jugada maestra!

—Tus abuelos paternos murieron de vejez con el paso de los años. Mientras tanto, Ramona me mantenía oculta en el sótano y se complacía en torturarme y castigarme con golpes para enloquecerme más y más, y así asegurarse de que nunca recuperaría la razón.

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas al conocer los grandes sufrimientos de su verdadera madre.

—Viviste un infierno en aquel sótano.

—Gerardo cuidaba de mí. Me bañaba y vestía con ropa limpia, y me visitaba todos los días. Pasaba largas horas conmigo. Mi mente estuvo hundida en las penumbras de la locura. —El joven candidato no pudo evitar echarse a llorar ante aquel relato de horror—. Ramona tuvo un hijo con Gerardo: tu hermano Jorge Ignacio. —Daniel no dijo nada. Grandes lágrimas de dolor resbalaban por sus mejillas—. Y así fue pasando el tiempo; yo permanecí treinta años oculta del mundo, en aquel sótano, supuestamente muerta.

—¿En qué momento abandonaste ese sótano y cómo fue?

—Tu padre me contó que cuando esa muchacha, Samantha Parker, sufrió el accidente que la dejó inválida, Ramona viajó a Nueva York para estar con ella. Antes de ese hecho, Ramona ya le había confesado a Gerardo sus deseos de eliminarme finalmente. Ella planeaba matarme y hacer desaparecer mi cuerpo. Aprovechando la ausencia de mi hermana, Gerardo me sacó del sótano de los horrores y me llevó a una casa de reposo mental, donde poco a poco empecé a recordar. Aún hoy en día sigo bajo tratamiento psiquiátrico. El resto de la historia ya la conoces, pues la has vivido.

Daniel, lleno de dolor, se puso de pie. Antonieta, trémula, lo imitó. Hubo una pausa en la cual ninguno de los dos dijo nada. Después, Daniel muy emocionado murmuró quedamente:

—¡Mamá!

Daniel abrió sus brazos y Antonieta rota y emocionada se lanzó en ellos. Ambos se abrazaron fuertemente.

—¡Hijo! ¡Hijo de mi vida!

Madre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo. Un abrazo que había esperado treinta años. Ninguno de los dos podía parar de llorar y de sentir la misma indescriptible emoción.

—Cuánto has sufrido. A pesar de la maldad de Ramona, aquí estamos, juntos. Ahora tenemos que comenzar a conocernos. Poco a poco, nos empezaremos a querer y nos aceptaremos uno al otro en nuestras vidas.

—No pretendo que me aceptes y me veas como una madre de un día para otro, es lógico que será un proceso largo, pero lo lograremos. ¡Hijo adorado!

Él la miró a los ojos.

—Vamos a recuperar el tiempo perdido. Vas a conocer a Julia, que es la mujer que amo, y juntos vamos a ser muy felices en el futuro.

—Es lo que deseo, hijo de mi corazón, ¡ser feliz junto a ti! La vida nos arrebató tanto...

—Olvidaremos el pasado, mamá.

—«Mamá»... Qué bonito oírte llamarme así. ¡Te amo, hijo adorado!

—Y yo voy a llegar a quererte con todas mis fuerzas también. Prometido.

Las palabras habían sido dichas con tanta bondad, con tanto amor y corazón que ambos no podían dejar de permanecer abrazados.

—Por favor, no le reclames nada a tu padre. Él también fue una víctima de la maldad de Ramona. Ella supo cómo manipularlo y silenciarlo. Gerardo se vio obligado a callar para salvar a su propio padre de la cárcel. A pesar de su silencio obligado, gracias a Gerardo salí del sótano y empecé a recuperar mi vida.

—Si tú, que eres la principal agraviada, tienes la capacidad de perdonar a papá, no seré yo quien lo señale.

Ambos lloraban, pero eran lágrimas de dicha, de la más grande dicha que jamás hubiesen podido sentir dos personas.

Julia y Estrella estaban frente a frente en la sala de visitas de la comisaría. Solamente eran separadas por un gran cristal. Hablaban utilizando los teléfonos.

—Gracias por venir a verme —dijo Estrella triste.

—Jamás hubiese dejado de hacerlo. Lamento tanto verte aquí, amiga.

—Se me acabaron los días de libertad.

—Gilberto fue un canalla hasta el último momento de su vida.

—Tuvo la muerte que se merecía. Un guardia me dio un periódico de hoy y me enteré de su muerte junto a Kitty. Deseo que ese infeliz se esté achicharrando en el infierno —exclamó la guatemalteca.

—Es lo que se merece —aseguró Julia—, el infierno. No sientas que todo está perdido, Estrella.

—¿Y no lo está? Me atraparon, *baby*. Ya estoy de vuelta en este «bonito palacio».

—No voy a abandonarte. Tú fuiste muy buena conmigo y voy a retribuirte. ¿Sabes de dónde vengo?

—¿De dónde?

—De visitar al abogado que llevaba mi defensa. Le encargué tu caso.

El rostro de Estrella se iluminó.

—¿De veras, Julia?

—Claro que sí. Es un abogado excelente. ¡Él conseguirá para ti la pena mínima! En menos de dos años estarás de vuelta en las calles.

—Gracias, amiga —dijo emocionada.

—Nada tienes que agradecerme. Tú, Nancy y la Mami son mis únicas amigas y las quiero con todo mi corazón.

—Eres muy buena, Julia. Ya te mereces ser feliz.

—Daniel y yo lucharemos por alcanzar esa felicidad.

—Os la deseo de todo corazón.

—La Mami te mandó a decir que te quiere mucho y que no va a abandonarte a tu suerte. Vendrá a verte.

—La esperaré para agradecerle por todo el tiempo que nos escondió en su cabaret.

Estrella, con los ojos llenos de lágrimas, bajó la mirada para evitar que Julia la viera llorar.

—No llores. Todo se arreglará.

Estrella volvió a mirarla y le sonrió sincera.

—Me hace tan feliz verte libre, Julia. Al fin se comprobó que no eras una asesina.

—La verdadera culpable tiene que pagar.

—Cuídate de Viviana —advirtió—. Esa mujer es muy peligrosa y te odia. Ella tiene la maldad plantada en su corazón.

Julia abandonó la comisaría de policía luego de visitar a Estrella para apoyarla y anunciarle que no dejaría de ayudarla. Avanzaba hacia la calle para llamar al Uber que la llevaría de vuelta a su casa. Justo en ese momento, sonó el tono de llamada de su celular. Vio el número en la pantalla y estaba bloqueado.

Igualmente respondió:

—Aló.

—Hola, queridita.

Julia creyó reconocer aquella voz, aunque no estaba segura.

—¿Eres...?

—Viviana —anunció con voz diabólica—. ¿Ya te habías olvidado de mí?

—Muy pronto todos nos olvidaremos de ti. Serás encerrada y nadie te recordará. A las personas infames como tú se las olvida.

Viviana lanzó una carcajada cargada de maldad.

—Yo dudo que tú llegues a olvidarme. Casi consigo hundirte en una prisión por el resto de tu miserable vida.

—Ahora la que lleva una vida miserable eres tú, que tienes que esconderte. ¿Ves qué justa es la vida, Viviana? A causa de tu maldad, yo tuve que convertirme en una prófuga. Hoy tú vives la misma situación, pero con la diferencia de que yo era inocente y tú una vulgar asesina.

Viviana sintió que una rabia infinita la recorría de pies a cabeza.

—No te sientas tan triunfadora. No celebres mi situación actual. El último acto aún no está escrito.

—Pero se escribirá y será contigo pudriéndose tras los barrotes de una prisión.

—Te odio, Julia Alcántara. Siempre te odié. Desde mucho antes de conocerte.

—Poco mi importa tu odio. Estás acabada —celebró Julia para hacerla molestar.

—Aún no estoy acabada. Logré hacerte mucho daño y cada vez que lo recuerdo lo disfruto en grande.

Viviana, con el alma llena de maldad y odio, sintió que era el momento preciso para escupir todo el veneno que llevaba en su interior.

—¿Sabías que la muerte de tu pequeña hija no fue accidental?

Julia sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada ni insinúo nada. Te lo voy a decir con todas sus letras, querida: yo empujé a Anita hacia su muerte.

—¡No! —gritó Julia horrorizada—. ¡No es cierto! ¡Lo dices para atormentarme!

—Por supuesto que no, estúpida. Yo llevé a Anita hacia la piscina y me puse a jugar con ella y su pelota rosada.

—¿Tú la empujaste al agua? —preguntó horrorizada.

—No hizo falta —confesó gozando de su gran maldad—. Yo tiré la pelota dentro de la piscina y le pedí que la buscara. La pobrecita trató de tomarla y perdió el equilibrio.

—¡No! ¡No! —gritó espantada.

—Anita cayó a la piscina. Mientras se hundía, gritaba llamando a su papito.

—¡Maldita! ¡Asesina!

—Entré a la casa mientras la niña se hundía para siempre —Viviana rio a carcajadas.

—¿Cómo pudiste? ¡Era una niña inocente! ¡No te había hecho ningún daño!

—Era tu hija. Tu maldita hija. Ese motivo era más que suficiente para odiarla con todo mi ser.

—¡Te odio, Viviana! ¡Quisiera castigarte con mis propias manos! —sollozó rota del dolor.

—¿Me matarías? —preguntó gozosa—. ¿Te atreverías a convertirte en una asesina como yo?

Viviana se volvió a reír. Sus carcajadas eran fuertes, perversas. Julia se sentía aturdida, destrozada. Todo daba vueltas a su alrededor. Sus sienes palpitaban.

—¡Vas a pagarlo, Viviana! ¡Juro que vas a pagarlo!

—Eres tú la que va a seguir pagando haberse cruzado en mi camino. De no haber aparecido, quizás Daniel habría terminado amándome y casándose conmigo. Pero tuviste que aparecer tú para arruinarlo todo. ¡Hasta te atreviste a competir conmigo como modelo! Sufre, Julia Alcántara. ¡Sufre como te mereces!

—Que Dios te perdone.

—No necesito el perdón de nadie. ¡Soy más poderosa que Dios y voy a demostrártelo!

—¿Qué piensas hacer?

—¡Terminar de destruirte de una vez y para siempre! ¡Tú y Daniel jamás serán felices! —juró con una risita burlona—. Antes de colgar, déjame decirte una última cosa: Ramona fue mi

cómplice en la muerte de tu hija. Esa muerte la planificamos juntas. —Viviana cortó la comunicación.

Julia, destrozada, ahora que conocía los detalles de la muerte de su pequeña hija, cayó arrodillada allí, en plena acera, delante de todos los transeúntes. Lloraba convulsa. Un dolor infinito la laceraba por dentro.

Daniel se acercó a su padre. Ambos estaban solos en la oficina principal del banco.

—Ya conozco toda la verdad sobre mi origen, papá.

Don Gerardo, avergonzado, bajó la mirada sin atreverse a ver a su hijo de frente.

—Yo no quise engañarte nunca, Daniel.

—Lo sé. Mamá me lo contó todo.

—¿Ya la llamas mamá? —preguntó sorprendido a la vez que feliz.

—¿De qué otra manera podría llamarla? Es mi madre. Sufrió mucho. Perdió treinta años de su vida encerrada cruelmente en un sótano. No me vio crecer. Poco a poco, aprenderé a quererla.

—Me siento tan culpable...

—No eres culpable de nada. Ramona te obligó a hacer todo lo que hiciste.

—Siempre fui débil. Me encontraba en una encrucijada. Por salvar a mi padre de ir a la cárcel, sacrifiqué a tu verdadera madre y te sacrifiqué a ti.

—No debes sentir ningún tipo de culpa por mí, papá. Yo fui feliz mientras crecí. Siempre me cuidaste, me rodeaste de amor. Fuiste un excelente padre.

—Pero permití que crecieras lejos de tu verdadera madre. Ramona fue tan estricta contigo y tan permisiva con Jorge Ignacio... A él lo complació en todo, mientras que a ti te crío con mano de hierro, siendo en muchas ocasiones injusta. Tu infancia y adolescencia fueron duras y yo no siempre lo pude evitar.

—Las circunstancias te obligaron a eso.

—Ramona estaba llena de odio. No podía perdonarle a su hermana ser la única heredera, no soportaba la idea de que yo amara a tu madre y no a ella.

Daniel llegó hasta su padre y lo abrazó.

—No digas nada, papá y deja de sentirte culpable. Tú también has vivido tu propio infierno.

—Gracias, Daniel. Gracias por no hacerme acusaciones. ¡Gracias por ser tan buen hijo!

Ambos se separaron y Daniel fue hacia el pequeño bar a servir un par de tragos.

—¿Dónde estás viviendo, padre?

—Luego del incendio de la mansión me mudé a una *suite* en un hotel.

Daniel sirvió los dos tragos y le entregó un vaso a su padre.

—No quiero que sigas viviendo solo, papá. Múdate hoy mismo conmigo.

—No deseo ser una carga y una molestia para ti.

—Eres mi padre. Jamás serías ni una carga ni una molestia.

—Gracias, hijo.

El timbre del iPhone de Daniel interrumpió la conversación.

—Aló.

—Hola, Daniel. Soy Nancy.

—¿Pasa algo? ¿Está Julia bien?

—Es mejor que vengas a verla cuanto antes.

Julia Alcántara estaba acostada en su cama, aunque no lloraba, la tristeza la invadía. La puerta se abrió y con paso apresurado Daniel se acercó a ella.

—Julia...

Ella se incorporó para verlo mejor y él se sentó junto a ella, tomándole una mano.

—¿Qué sucedió? La llamada de Nancy me puso muy inquieto y vine inmediatamente para acá.

Julia se tumbó de espaldas con la mirada clavada en el techo.

—Hablé por teléfono con Viviana.

—¿Qué te dijo? ¿Para qué te llamó?

Julia seguía mirando al techo.

—Ella hizo que Anita se ahogara.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó él perplejo.

—Viviana tiró dentro de la piscina la pelota de Anita. Le pidió a nuestra hija que la buscara. Nuestra princesa se acercó al borde de la piscina para tratar de agarrar la pelota y perdió el equilibrio.

—¡No! ¡No puede haber sido tan cruel!

—No hizo nada por ayudarla. Viviana entró a la casa y dejó a nuestra niña ahogándose.

—Pero ¿cómo pudo llegar tan lejos?

—Fue su venganza. Haciendo que nuestra hija se ahogara, se vengaba de ambos. De mí, porque siempre me odió y de ti, porque nunca te perdonó que no la amaras.

Daniel sintió que su boca se secaba y habló quedamente, sin enojo ya, sin odio, solo sintiendo un inmenso dolor.

—¿Será verdad que la dejó ahogarse o lo habrá inventado para hacernos sufrir?

—¿Todavía dudas de la maldad de esa mujer? Ella asesinó a Samantha también. Viviana es capaz de todo. ¡No tiene límites!

Daniel comprendió que ella tenía razón. La hizo incorporarse en la cama y la abrazó con fuerza, compartiendo el mismo dolor. Julia se soltó de los brazos de él y le habló con la cabeza baja:

—Ramona fue cómplice de esa muerte. La planificaron juntas.

—Dios... —dijo cerrando los ojos—. Eso era lo que Ramona quiso confesarme en el hospital antes de morir. Iba a hablarme de Anita, como ya te conté, pero no le dio tiempo.

—No supimos proteger a nuestra hija, Daniel.

Apenas si había podido musitar aquellas palabras. El dolor invadió cada milímetro de su ser y era desgarrador.

—¿Cómo puede existir alguien en el mundo capaz de hacerle daño a un niño? ¿Cómo se puede tener una mente tan enferma y malévola? —se preguntó él con el alma llena de desesperación.

—A doña Ramona no le importó que Anita fuera un ángel inocente. Planificó su final con absoluta sangre fría.

—Nunca quiso a la niña porque no era su nieta.

Ella lo miró con más tristeza.

—Pobrecita nuestra princesa.

Daniel se levantó y dio unos pasos por la alcoba.

—Quiero que sepas que ya me reuní con mi madre.

—¿Conoces al fin la verdad sobre tu origen?

—Sí. Ramona me apartó de mi verdadera madre y la mantuvo oculta en un sótano durante treinta años. Les hizo creer a todos que había muerto y la enloqueció. Ramona aseguró ser mi madre ante el mundo. El sótano donde mamá estuvo cautiva quedaba escondido en la mansión. Se accedía a él a través de un pasadizo secreto a través de la biblioteca.

—¡Eso explica por qué doña Ramona no quería que nadie penetrara en la biblioteca! Una vez, recién llegada a la mansión, Viviana me hizo caer en una trampa y me envió a aquel lugar. Doña Ramona me descubrió allí y se enojó mucho conmigo.

—Sí, la biblioteca escondía el secreto del sótano misterioso. Después, cuando estés más repuesta, te contaré con lujo de detalles todo sobre mi origen.

Julia, agotada por tantas emociones, volvió a acostarse.

—Quiero dormir. Me siento tan cansada...

Él la miró con infinita lástima y volvió a acercarse a la cama. Se sentó en el borde y cubrió a Julia con una manta color verde agua.

—Descansa. Yo me quedaré a tu lado, velando tu sueño.

—Quiero soñar con nuestra hija.

—Soñarás con ella. Claro que sí.

La voz de él sonó triste, muy triste.

—Ahora es Anita quien nos cuida desde el cielo, Julia. Nuestra pequeña princesa vela por nosotros.

—¿Es eso posible? —preguntó ella a punto de quedarse dormida.

—Sí.

Julia se durmió y Daniel se inclinó sobre ella besando su frente.

Al día siguiente, Antonieta desayunaba sola en el balcón de su apartamento con vistas al mar. La criada se acercó a ella desde la sala.

—Permiso, señora. Acaba de llegar una visita para usted.

—¿Es mi hijo Daniel? —preguntó emocionada.

—Soy yo.

Don Gerardo apareció allí.

—¿Desea tomar algo el señor?

—No, gracias.

—Permiso.

La doméstica se retiró.

—Siéntate —invitó Antonieta.

Él lo hizo.

—¿Cómo van tus cosas, Gerardo?

—Poco a poco. Ahora que Ramona no existe, siento que me quité un gran peso de encima. Su presencia me estresaba, me hacía vivir agobiado.

—Sí —convino ella—. Su muerte nos ha liberado a todos. Prefirió acabar con su vida antes que verse hundida socialmente, señalada por todos y encerrada en una cárcel por ladrona y secuestradora de niños.

Ambos miraron hacia el mar.

—Me sorprendió tanto que en sus últimos momentos confesara todo el mal que había hecho. Estuve hablando con un psicólogo amigo y cliente del banco; le conté sobre esa confesión y me explicó que muchas personas que han guardado terribles secretos durante toda su vida, al verse cercanos a la muerte, sienten miedo y quieren liberarse de sus culpas y cuentan todo. Ramona destruyó nuestras vidas.

—No, Gerardo. No logró destruirlas por completo. Nos hizo mucho daño, quizás demasiado, pero no pudo destruirnos. Aquí estamos, con un futuro delante de nosotros. Vivos.

Antonieta se levantó y avanzó hasta la barandilla del balcón.

—¿Estás seguro de que no vas a tomar café o jugo de naranja?

—No. Solo vine a decirte que me alegra mucho saber que nuestro hijo y tú finalmente hablarán. Me hace muy feliz saber que con el paso del tiempo se irán acercando más y más, hasta lograr entre ustedes una unión llena de cariño mutuo.

Don Gerardo se puso de pie y se acercó a ella.

—Tú y Daniel se merecen recuperar el tiempo perdido. Unir lazos, contarse cosas.

—Yo no tengo mucho que contar, la verdad.

—Lo siento. Lo dije sin pensar.

—No tienes por qué disculparte, Gerardo —habló ella dulcemente—. Aunque permitiste que Ramona llevara adelante su maldad, en realidad, fuiste otra de sus víctimas.

Don Gerardo se quedó callado.

—¿En qué estás pensando?

—En tantas cosas que no sé por dónde empezar —respondió él—. Cuando murió mi padre, debí enfrentarme a Ramona. Fue justo en ese momento que debí sacarte del sótano y buscar a especialistas que te curaran.

—Ya habían pasado varios años. El mal estaba hecho. Para todos, Daniel era el hijo de mi hermana. No te culpes más, Gerardo. Lo pasado, pasado.

—Gracias, Antonieta.

—¿Gracias por qué?

—Por no reprocharme nada.

—Cuando empecé a recuperar mi salud mental, me sentí llena de odio y frustración. Me embargaba un gran deseo de venganza, una sed infinita de justicia. Quería ver pagar a mi hermana y verte pagar a ti. Pero todo cambió luego de hablar con nuestro hijo. Revivir la historia para contársela a él me ayudó a comprender que tú también fuiste víctima y que no pudiste hacer más de lo que hiciste. Durante treinta años me cuidaste, alimentaste y bañaste. Velaste por mí las veces que enfermé en ese sótano. Evitaste que Ramona me dejara morir. Finalmente me devolviste al mundo. Gracias a ti recuperé mis facultades mentales. No, no puedo odiarte.

Don Gerardo habló con una voz ronca, apenas perceptible.

—Habría sido terrible para mí vivir con tu odio.

—Nuestro hijo no se merece que nos odiamos. Daniel es fuerte y valiente, pero él también ha sufrido. Como sus padres que somos, debemos llevarnos bien y estar a su lado, apoyándolo, ayudándolo.

—Así será, Antonieta.

—Quiero hablarte sobre algo.

—¿Es sobre tu dinero y la cadena bancaria? Pensaba dedicarme a eso a partir de esta tarde. Pasaré toda la fortuna a tu nombre y buscaré un abogado que legalmente se encargue de poner los bancos a tu nombre nuevamente.

—Quiero que sigas frente a los bancos. Yo no sabría qué hacer, no tendría ni idea. Tú has sido el gerente de la cadena bancaria y lo seguirás siendo. Cuidarás de ese patrimonio, pues todo será para nuestro hijo el día que no estemos.

—Gracias otra vez, Antonieta. Cuidaré de cada centavo como lo he venido haciendo.

—Confío en ti. Sería imposible no confiar.

—Antonieta, yo...

Ella se volvió a mirarlo de frente. Ambos se vieron directamente a los ojos.

—¿Qué?

—Te sigo amando —confesó él.

Ella sonrió suave y nostálgica. Volvió a mirar hacia el mar.

—¿No dices nada? ¿No habrá un «nosotros»?

—Vamos a esperar. Ahora quiero ser madre antes que mujer. Quiero disfrutar de Daniel, conocer a fondo su vida. Quiero saber de sus cosas. Deseo fervientemente que el mundo sepa que soy su

verdadera madre. Me encantaría apoyarlo en su candidatura. Además, quiero redescubrir el mundo, Gerardo. ¡Ha de haber cambiado mucho en treinta años!

—¡Ya lo creo que el mundo ha cambiado!

Ambos rieron y volvieron a mirarse a los ojos. Ella se puso seria.

—No te doy un «no» por respuesta. Solo te pido tiempo. No solo el mundo ha cambiado en treinta años, nosotros también lo hemos hecho. Ya no somos aquellos jovencitos que se amaban y se iban a casar. Tenemos que descubrirnos otra vez. Aprender a conocernos. Y aprender a amarnos de una manera distinta, ya no con el ímpetu de aquella juventud tan lejana. Ahora tenemos que aprender a amarnos desde la madurez. Desde la sabiduría que te dieron los años. Yo me quedé en el tiempo, es tu labor enseñarme tantas cosas que ignoro. Y, entre esas cosas que vas a enseñarme, me enseñarás a amarte nuevamente —había dicho todo lo anterior en un tono dulce, desde el cariño.

Él la miró anhelante, agradecido, emocionado y muy enamorado. Con aquel amor intacto de hacía treinta años.

—¿Te puedo invitar a caminar por la orilla de la playa?

—Claro que sí. Me encanta la idea, Gerardo.

—¿Prefieres hacerlo descalza o con zapatos?

—¡Descalza! —rio ella jovial, como una chiquilla—. Así lo hacíamos. Varias veces caminamos descalzos por la playa, y también lo hicimos de noche. Era delicioso sentir la arena fría en nuestros pies. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo, Antonieta? Son recuerdos maravilloso que atesoro. Será un honor tomarte de nuevo del brazo y andar juntos.

—El honor será mío, señor Armenteros —aseguró Antonieta con la mirada alegre y una expresión dulce y agradable en su rostro.

—Eres tan hermosa. Nunca dejaste de serlo.

Ella sintió que se ruborizaba.

—Exageras.

—No exagero. Le hago justicia a tu belleza.

Ante la expresión sincera de don Gerardo acompañada de una sonrisa especial, Antonieta sintió que se ruborizaba nuevamente.

—Gracias.

—¿Nos quitamos los zapatos aquí?

—Sí.

Mientras ambos se descalzaban, él le hizo una propuesta:

—Te invito a cenar esta noche, y como no conoces ningún *restaurant*, permíteme que yo escoja uno especial para ti.

Antonieta no se esperaba aquella invitación.

—Me tomas por sorpresa.

—Aunque así sea no puedes decir que no.

Ella se limitó a sonreír y asintió con la cabeza. Luego, ya descalzos, fueron a caminar por la playa.

Aquella noche cenaron alegremente. Disfrutaron una deliciosa comida peruana. La cantidad de platos peruanos que existían hacían que la gastronomía de ese país fuera una de las más ricas y variadas de América Latina.

Comenzaron con un exquisito ceviche de pescado y continuaron también con más pescado; probando pescado a lo macho, que consistió en un buen filete de mero, cocinado a la plancha y bañado en una poderosa salsa de mariscos picante. Don Gerardo ordenó además causa rellena de pollo. Acompañaron todo aquello de un arroz chaufa y no pudieron resistirse a la tentación de pedir papas a la huancaína. Y para cerrar, pidieron carapulcra, que era un guiso de cerdo hecho con papas deshidratadas, ají y maní. Él quiso tomar parihuela, pero ya no podía probar un bocado más. Ella tampoco podía comer más. Se habían excedido con tanta comida, pero lo habían disfrutado al máximo.

Don Gerardo había hablado sin parar poniéndola al día con casi todo lo acontecido durante aquellos treinta años transcurridos. Antonieta se alegraba ante cada anécdota sobre la vida de su hijo. Como madre, estaba ansiosa por conocer todo sobre Daniel. El patriarca se alegraba simplemente porque la mujer que amaba era feliz.

—¿Te gustó la cena, Antonieta?

—Sencillamente deliciosa, pero lo que más disfruté fue conocer tantas y tantas cosas sobre nuestro hijo.

—Cada vez iré recordando más y te lo contaré todo. Y lo que yo no logre recordar, te lo dirá Daniel.

Ella se mostró muy entusiasmada.

—Me encantaría que saliéramos a comer los tres juntos, así podré acercarme más a él.

—Así lo haremos. Prometido. Y también invitaremos a Julia.

—¿Cómo es ella?

—Es hermosa. Una gran mujer. Ha sufrido mucho. Ama a nuestro hijo con locura.

—Sí, quiero conocerla. La muerte de su hijita debe de haberla destrozado. ¡Qué tristeza que no llegué a conocer a Anita con vida!

—Fue devastadora la muerte de nuestra nieta.

—Lo palpé en el funeral. ¿Sabes? Me encanta la idea de conocer a Julia. Quiero ser su amiga.

—Estoy seguro de que Julia se ganará tu cariño.

—La querré. Le abriré mis brazos y mi corazón—dijo Antonieta humildemente.

—Buenos días, Luciano. Pasa. Qué chévere que viniste a visitarnos.

—En realidad vine a despedirme, Nancy.

—¿Despedirte?

Nancy abrió la boca sorprendida.

—¿Para dónde te vas?

—A París. Voy a abrir allá una nueva oficina de mi agencia de modelos. Tengo que ir a supervisar cada uno de los detalles.

—«El ojo del amo...

... engorda al caballo», dice el dicho.

Ambos sonrieron, aunque la expresión de él era de tristeza.

—Te noto triste. ¿Es por Julia? Siempre estuviste enamorado de ella.

—Mi amor por Julia fue grande y muy bonito. Aunque ella nunca me correspondió, yo supe aceptarlo. Comprendí que su gran y único amor era y será siempre Daniel. Pasado el tiempo, dejé de quererla como mujer y aprendí a quererla como una gran amiga.

—¿Entonces por qué esa cara de tristeza, Luciano?

—Es por irme de aquí y dejar atrás tantos afectos: mi casa, mi familia, mis amigos...

—Te entiendo. Así nos pasa a todos los que tenemos que emigrar. Yo cuando me tuve que ir de mi bello país, Venezuela, salí con el corazón encogido y arrugadito. Es duro dejar atrás todo lo que uno quiere. Te vamos a extrañar, Luciano —confesó dulcemente Nancy.

—Y yo a ustedes.

—¿También a mí? —quiso saber simpática.

—¡Sobre todo a ti! Siempre me hacías reír con tus ocurrencias y tu manera tan espontánea de ser.

—Me alegra saber que te hice reír. Es bonito regalar alegría a otras personas.

—Eres un ser lleno de luz, Nancy. Te mereces ser feliz. ¿No has pensado en enamorarte?

—¡Uf! ¡Montones de veces he pensado en el amor! Pero todavía no llega ese príncipe azul con el que soñamos todas las muchachas como yo.

—Los príncipes azules ya no existen. Él último se casó con Cenicienta.

Nancy rio de buena gana y Luciano la imitó.

—Es mejor que sueñes con un hombre normal, nada de príncipes ni de idealizar a nadie.

—Tienes razón, y con los escasos que están los hombres, es mejor esperar a uno muy normal, pero, eso sí, que sea muy bello. ¡Los feos no me gustan!

Luciano volvió a reír y luego preguntó:

—¿Te gustaría conocer Francia?

La muchacha sin revelar el menor asombro ante la pregunta asintió afirmativamente con la cabeza.

—Me encantaría, pero un pasaje de avión a Francia debe costar un ojo de la cara y yo no tengo para pagarlo.

—Yo podría invitarte.

—¿Tú, Luciano?

—Claro. Te invitaría a pasarte un mes allá y te llevaría a conocer la ciudad.

—*Wow*, me encanta la idea. ¿Quién aguanta a esta chama venezolana paseando por las calles de París?

Volvieron a reír de buena gana. Era evidente que juntos se sentían bien.

—Entonces es una promesa: en cuanto ya esté instalado, te invitaré a conocer París. Serán las mejores vacaciones de tu vida. ¡Yo me encargaré de eso!

—Estoy tan emocionada ¡que desde ya quisiera empezar a hacer mis maletas!

Más risas llenaron la sala de la casa de Coral Gables.

—Qué gusto escuchar risas entre estas cuatro paredes. Hacían falta. Aquí se ha vivido con mucho dolor en los últimos tiempos —aseguró don Luis acercándose a ellos.

—Un gusto saludarlo, don Luis.

—Igualmente, Luciano. Por favor, pasa a la cocina. Julia está allá preparando un rico café cubano.

—Con permiso.

Luciano Anderson desapareció encaminándose hacia la cocina.

—Ay, don Luis, ¡estoy emocionadísima!

—¿Por qué, Nancy?

—¡Luciano se muda a París y me invitó a ir de vacaciones!

—¡Alabao, muchacha! ¿Quién aguanta a un torbellino como tú en París? ¡Seguramente acabarás con la quinta y con los mangos!

—¡Serán unas vacaciones inolvidables junto a él!

—¿Puedo hacerte una pregunta? —quiso saber don Luis muy capcioso.

—Usted pregunte lo que quiera, mi viejito lindo. Yo no tengo pelos en la lengua y respondo todo lo que quiera saber.

—¿A ti te gusta Luciano o son ideas mías?

Nancy por primera vez en su vida se ruborizó.

—Ay, don Luis, ¡qué cosas pregunta usted!

—Dijiste que no tenías pelos en la lengua y respondías a todo —le recordó pícaro.

—Pues... ¡sí! Luciano me gusta mucho.

—¿Y por qué nunca se lo dijiste?

—¿Y cómo se lo iba a decir si siempre estuvo enamorado de Julia?

—¿Y le confesarás en París que te podrías llegar a enamorar de él?

—Yo en París me atrevo a todo. ¡Hasta me atrevo a treparme en la Torre Eiffel como una mona!

Nuevas risas llenaron de alegría el lugar.

Julia servía dos tazas de café cuando Luciano Anderson irrumpió en la cocina.

—Hola, Julia.

—Te esperaba, Luciano. ¿Te sirvo un cafecito?

—Sí.

Ella se dispuso a servir.

—Los escuché a ti y a Nancy reírse.

—¿Y quién no se ríe con Nancy? Ya sabes como es. Contagia con su alegría.

—Es verdad. Para mí ha sido un gran apoyo desde que la conocí.

Julia le entregó a Luciano su tacita de café y ambos se sentaron ante la mesa del desayuno.

—¿Cómo te has sentido, Julia?

—Confusa. Han sido tantas emociones una tras otra. A pesar de ya no estar perseguida por la policía no puedo dejar de sentirme preocupada.

—Me imagino que es a causa de Viviana.

—Sí. Hasta que esa mujer no esté encerrada en una prisión, no voy a sentirme tranquila. Es tanto el daño que todavía puede hacer.

—Nunca me imaginé que Viviana pudiese resultar tan peligrosa.

—Ella fue la culpable de la muerte de Anita.

—Lo sé. Me lo contó don Luis cuando hablé con él por teléfono para anunciarle que vendría hoy. Luciano la tomó de las manos para consolarla al ver que grandes lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No llores, Julia, cálmate.

—Mi hija tenía derecho a vivir, Luciano. Tenía derecho a disfrutar de la vida, derecho a crecer, a jugar, a reír. Derecho a ser feliz. Y Viviana lo destruyó todo de golpe.

—No dejes que la tristeza te hunda otra vez —murmuró Luciano conmovido—. Tarde o temprano, Viviana tendrá que pagar todo el daño que ha hecho.

Julia hizo silencio y logró dominarse. Tomó una servilleta de papel y se secó las lágrimas.

—Vine a despedirme.

—¿Te vas?

—Sí, a París. Me mudo allá por al menos dos o tres años. Tengo nuevas metas que cumplir.

—Junto a tus maravillosos modelos conquistarás Francia.

—¿No te gustaría retomar tu carrera? Aún estoy a tiempo de convertir a Espina en la *top model* del momento.

Ella sonrió suave.

—No. Esa etapa de mi vida ya quedó atrás para mí. Mi lugar está aquí, junto a... —se calló sintiendo que iba a resultar indiscreta.

—Dilo: junto a Daniel.

Julia lo miró llena de bondad.

—No quiero hacerte sufrir, Luciano.

—No me haces sufrir —confesó él amigable y cariñoso—. Comprendí que nunca me amarías y lo acepto. Tu felicidad es Daniel y también lo acepto. Él es un gran tipo. Ustedes han pasado por mucho, han sufrido, han enfrentado mil batallas. Ya es hora de que sean felices. Yo te deseo la mayor de las dichas.

—Gracias, Luciano. Siempre fuiste muy bueno y especial.

—¿Me prometes que serás feliz?

—Prometido —sonrió ella dulcemente.

Ambos se pusieron de pie.

—Bueno, ya me marchó. El avión sale mañana y todavía no he hecho maletas. Tengo mil cosas pendientes.

—Te deseo todo el éxito. Te lo mereces. Por favor, no dejemos de estar en contacto.

—Hoy en día es imposible dejar de estarlo con las redes sociales.

Se abrazaron y él le susurró al oído:

—Naciste para ser feliz, Julia Alcántara. Que nunca se te olvide. Todo el sufrimiento que has padecido no puede dejar huella en tu alma de ninguna manera.

Se separaron y miraron a los ojos. Él le sonrió dulcemente. Había quedado atrás su amor de hombre por ella y ahora la veía como una gran amiga.

—Adiós, Julia.

—Hasta pronto, Luciano.

Y él se marchó.

Dos meses después, las cosas no habían cambiado mucho. Viviana seguía prófuga y todos habían hecho un esfuerzo por retomar sus vidas. Daniel estaba bebiendo el primer café de la mañana en su oficina cuando entró su jefe de campaña.

—Ya todo está listo para el mitin —anunció Valentín Valladares.

—¿Mitin? ¿De qué mitin hablas?

—No me digas que lo olvidaste, Daniel. Tengo más de una semana hablándote de eso.

—Lo siento —se excusó apenado—. No sé si estoy listo para hablar en público.

—Te entiendo. La muerte de tu hijita... Pero tienes que centrarte. Ya han pasado casi tres meses. Tienes cuatro millones de seguidores en Instagram y Twitter que todos los días preguntan cuándo volverás a la escena política. El público te añora y pregunta por ti. No puedes defraudarlos. Eres la gran esperanza de este país por tu juventud y tus ideales. La vida sigue, Daniel. El país no puede detenerse, tu vida y tu carrera tampoco.

—Vuélveme a explicar todo, por favor —atinó a decir.

El jefe de campaña se sentó frente a Daniel del otro lado del escritorio. Daniel no se movió de su asiento.

—El mitin será transmitido a todo el país por televisión. En algunas ciudades saldrá al aire en tiempo real y en otras por diferido. Igualmente transmitiremos por las redes sociales. —Daniel asintió—. En el mitin hablarás de tus planes presidenciales. Tocarás a fondo el tema de la inmigración ilegal.

—Quiero enfocarme en dos puntos: en las deportaciones que separan y destruyen a tantas familias y en la niñez. Los niños de hoy son el futuro del mañana. Quiero que cada niño de este país tenga los mismos derechos: educación, bienestar, alimentos, derecho a atención hospitalaria, etc.

—Perfecto. El discurso lo está preparando un grupo de especialistas. Luego, tú lo revisarás y darás tu punto de vista. Agregaremos o eliminaremos lo que no sea de tu agrado. También hablarás sobre el derecho de los latinos enfermos que no tienen seguro médico.

Daniel lo escuchaba lleno de interés al tiempo que bebía un sorbo de café.

—Habrá un gran despliegue de seguridad para protegerte.

—¿Protegerme? ¿Es que hay alguien interesado en matarme, Valentín?

—Nunca se sabe, Daniel. Hay mucho loco suelto. El mitin será al aire libre. Acudirán miles de personas.

—¿Dónde será?

—Frente al American Airlines Arena. Cerraremos esa calle de punta a punta y allí será montada la tarima. Te repito que habrá un gran despliegue policial. No tienes nada que temer.

Daniel lo miró con fijeza.

—No temo nada. Soy un simple candidato presidencial.

—Podrían dispararte. Recuerda la muerte de Kennedy.

—Kennedy era presidente. Yo no.

—Pero lo serás. A pesar de tu ausencia, volviste a ser líder en las encuestas. Aunque sufriste una baja, has vuelto al primer lugar. Le gustas a las masas, Daniel. Quieren votar por ti y van a votar por ti. Te convertirán en el próximo presidente de este país. No lo dudes.

—Nunca me interesó la política, y aquí estoy, preparándome para dar un mitin ante miles de personas que será visto por todo el país de costa a costa —esbozó una sonrisa de conformidad.

El jefe de campaña permaneció unos segundos callado.

—Serás un gran presidente. Podrás hacer mucho por los latinos de este país —aseguró Valentín Valladares con profunda complacencia.

—¿Cuándo será el mitin?

—Dentro de dos semanas. En los próximos días seguiremos afinando todos los detalles discutiendo cada punto.

—Gracias, Valentín.

Valentín Valladares aguardaba de pie en la sucia habitación del hotelito barato donde se escondía Viviana. Ella salió del baño envuelta nada más en una corta toalla percutida que apenas la cubría. Su pelo mojado chorreaba sobre sus hombros. Gotas de agua brillaban sobre toda su piel. Iba descalza.

—Gracias por esperar mientras acababa de bañarme, Valentín.

Ella le señaló una silla para que se sentara, pero él se mantuvo de pie.

—Me parece mentira verte escondida en esta cloaca luego de haber sido la *top model* más importante del mundo y siempre alojada en las mejores *suites* de los hoteles más lujosos.

—La vida es perra —suspiró ella—. Algunas veces la suerte cambia para mejor o para peor. En mi caso, ya lo ves...

—Me sorprendió tu llamada, Viviana. Hace dos meses supe que estabas prófuga. Debo confesarte que nunca te creí capaz de asesinar. Me impactó mucho saber que tú habías acabado con la vida de la hija del senador Parker.

—Soy como una caja de Pandora.

—¿Qué quieres de mí?

—Tu ayuda.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Quiero ver muerto a Daniel Armenteros.

—¿Muerto? ¿Pero no estuviste siempre enamorada de él?

—Estuve. Tiempo pasado, Valentín. Lo odio. Siempre despreció mi amor. Prefirió a otra.

—No puedo ayudarte. Soy el jefe de campaña de Daniel, además, es mi amigo y...

—Precisamente porque eres el jefe de campaña de Daniel puedes ayudarme y lo harás —sonrió pérfida.

Ella tomó un cepillo y empezó a desenredarse el pelo mojado.

—No, no, definitivamente no. No soy un asesino como tú. Además, no tengo motivos para ayudarte a asesinar al candidato.

—Te recuerdo que estás en deuda conmigo, Valentín.

—Viviana... —titubeó él.

—¿Hace falta que te recuerde los lazos que nos unen?

—Por favor... —suplicó él trémulo.

Ella arrojó el cepillo sobre la cama y dio unos pasos por la habitación. Se acercó a la cómoda donde guardaba la poca ropa que actualmente tenía.

—Hace muchos años tu madre me confesó de quién eras hijo en verdad. No, no eres hijo de aquel humilde taxista como todos creen. Eres hijo de un famoso expresidente. Tu madre te tuvo con él y la quisieron obligar a abortar, pero huyó y se escondió para poder llegar a feliz término con su embarazo.

Viviana se quitó la toalla que la cubría dejándola caer al suelo. Quedó completamente desnuda ante el aturdido Valentín. La esbelta figura de ella y su cuerpo perfecto hicieron que él abriera los

ojos de par en par. Ella abrió una de las gavetas de la cómoda y sacó una mínima y *sexy* pantaleta color blanco. Se la puso cubriendo así sus partes íntimas.

—Pero la historia no concluyó allí. Años después de haberte tenido, tu madre por venganza logró entrar a trabajar al hotel donde el expresidente, que era tu padre, se hospedaba. Ella, deseosa de justicia por desamor y por todo lo que había sufrido, envenenó la cena del exmandatario.

—¡Cállate! —exigió atormentado Valentín.

—¿Callarme? —sonrió ella gozando—. No, querido, si ahora es cuando mejor se torna la historia.

Viviana abrió otra gaveta y sacó un brasier con encajes también de color blanco y se cubrió sus redondos y firmes senos.

—Tu padre, el expresidente, casi murió tras consumir aquella cena envenenada por tu madre. Fueron días de agonía los que ese hombre sufrió en un hospital, aunque finalmente logró salvar la vida. Las investigaciones concluyeron que la potencial asesina había sido tu madre. Antes de que fuese capturada, yo la ayudé a escapar del país. Lo último que supimos de ella es que estaba escondida en algún lugar de la selva del Darién, situada entre Colombia y Panamá. Será imposible que la encuentren en aquella selva virgen y peligrosa que sirve de refugio a guerrilleros.

Viviana tomó unos *jeans* desgastados, con varios agujeros, y se lo puso.

—Estás obligado a ayudarme, Valentín. Estás en deuda conmigo.

—Tu ayudaste a escapar a mi madre porque también es la tuya.

—Así es. Somos medio hermanos, por eso estás más obligado aún a ayudarme. Luego de la muerte de Daniel, yo también huiré a la selva y, con un poco de suerte, me reencontraré con mamá. Le daré saludos de tu parte.

Viviana rio cruel de su propio chiste. Se puso una playera color rojo con un letrero que decía en letras negras «Smile».

—Eres perversa.

Vivi se rio.

—Nunca le confesaste a nadie quién era tu verdadera madre. Engañaste a todos, haciéndoles creer que eras la hija de una importante actriz de Hollywood ya retirada y de un famoso productor de películas, cuando en realidad tu padre era el taxista que se hizo pasar por mi padre también. Jamás te interesó tener conmigo una relación de hermanos y jamás permitiste que se supiera el vínculo que nos unía. No entiendo cómo siendo la difunta doña Ramona una mujer tan controladora y orgullosa de su familia te permitió casarte con su hijo Jorge Ignacio.

—Ella nunca supo la verdad de mi origen. Estaba convencida de mi mentira sobre mis supuestos padres. Jamás investigó. Además, yo era rica gracias a mi profesión, brillaba con luz propia y mi brillo la deslumbró. Era la modelo más grande del mundo. Ella necesitaba casar a su hijito el drogadicto para enderezarle la vida. Nadie mejor que yo para introducirlo en la *jet set* de las estrellas y los grandes círculos sociales. Y lo que son las ironías de la vida: esa vieja arpía

resultó tener un pasado más sucio que el mío. Así como ella engañó a todos, yo la engañé a ella. ¡Ja! En cuanto a tú y yo, solo somos medio hermanos, solo medio hermanos, Valentín —le recalcó ella despectiva.

—Y ahora...

—Ahora te necesito —interrumpió—. Por tu cercanía con Daniel te necesito. Vas a ayudarme, maldita sea, o revelaré que eres el hijo de esa mujer que intentó asesinar al expresidente y acabaré con tu carrera. Puedo hacer que se te cierren todas las puertas. No dudes de mi capacidad para hacer daño —amenazó muy firme.

—Para nada lo dudo. Conozco muy bien tus alcances. Eres capaz de...

No pudo terminar la frase e hizo un ademán de marcharse.

—¡Espera! —ordenó ella—. No hemos terminado de hablar.

—Debo pensar muy bien la mejor manera de asesinar a Daniel sin dejar rastros. Volveré mañana luego de idear el plan.

—Te esperaré. No te atrevas a traicionarme diciéndole a la policía dónde me escondo, querido hermanito. Te juro que, si me hundo, te arrastraré en mi caída.

—¿Puedo marcharme ya?

—Quiero que vigiles a Daniel sin que se dé cuenta. Síguelo. Necesito saber si se ve o no con Julia Alcántara.

—Eres detestable.

Viviana escrutó el rostro de su medio hermano unos momentos y finalmente ordenó:

—¡Lárgate!

Valentín salió a la calle cerrando la puerta tras de sí.

—Es un gusto conocerte después de tanto tiempo, Julia —dijo Antonieta—. Mi hijo Daniel te ama con todas sus fuerzas y yo deseo un acercamiento entre nosotras.

—Muchas gracias, señora. Me encanta la idea de que llegemos a querernos mucho usted y yo.

—Por favor, trátame de tú y dime Antonieta.

Se encontraban cenando los padres de Daniel, Julia y el joven candidato en un exquisito *restaurant* donde degustaron una muy apetitosa comida mediterránea y española. Don Gerardo había ordenado una botella de Ferrer Bobet, que era uno de los mejores vinos españoles.

Julia, mirando fijamente el rostro de Antonieta, pensó que era una buena mujer y que a ambas las unía el cariño por él.

—No saben cuánto me alegro de ver lo bien que se han caído —aseveró Daniel.

—No podía ser de otra manera, hijo. Julia es una muchacha encantadora, además de muy bella. Ambas hemos pasado por muchos sinsabores en esta vida y tenemos que apoyarnos y querernos.

—Te cuento que Julia fue modelo y su carrera empezaba a despuntar —informó don Gerardo.

—Solo por poco tiempo. Mi carrera fue corta. La vida me llevó por otros caminos.

—Mi hijo y tú hacen la pareja perfecta —confesó Antonieta encantada—. Ambos son jóvenes y guapos.

—El infierno que has vivido tiene que quedar atrás, Julia.

—Gracias por su cariño y apoyo, don Gerardo. Usted fue el único que no me hizo daño cuando viví en la mansión Armenteros.

—Traté de protegerte todo lo que me fue posible, pero no era fácil enfrentarse a Ramona.

Antonieta preguntó:

—¿Cómo te sientes, Julia? ¿Vas superando el dolor?

—El dolor de la muerte de un hijo nunca se supera, Antonieta. Pero poco a poco uno se va acostumbrando, se hace parte de la vida cotidiana.

—Tanto Julia como yo sufrimos muchísimo por la muerte de nuestra hija, pero la vida sigue y no nos podemos dejar hundir.

—Tendrán más hijos que llenarán el vacío que dejó la ausencia de Anita —afirmó Antonieta suavemente.

Julia sonrió nostálgica.

—Anita siempre vivirá en nuestros corazones.

Un par de horas después, Daniel llevó a Julia a su casa de Coral Gables. Se encontraban en el jardín delantero.

—¿Quieres pasar a tomar una última copa? —invitó ella.

—No, amor. Ya es tarde y estoy cansado. Mañana tengo que madrugar. Además, no quiero que despertemos a tu abuelo y a Nancy con nuestras voces.

—No trabajes tanto. Luces cansado.

—Vienen para mí días de trabajo arduo. Voy a dar un mitin frente a cientos de personas.

—¿El mitin será en un recinto cerrado?

—No. Será en la calle.

—Por favor, cuídate.

—Todo estará bien. ¿Sabes? Mamá, al despedirse, me confesó que le habías caído muy bien.

—Es una mujer simpática y afable. Ella también me cayó muy bien.

—Eso me alegra mucho.

Ambos se besaron dulcemente en los labios.

—Ya me marcho, Julia.

—Que descanses.

—Tú también. Sueña conmigo.

—Prometido.

Desde el interior de un auto estacionado a pocos metros en la misma calle, Valentín, el medio hermano de Viviana, los vigilaba.

Viviana peinaba una de las pelucas que había comprado para disfrazarse. Tenía la televisión encendida, pero sin volumen. De vez en cuando le echaba un vistazo sin prestarle mucha atención. Solamente cuando vio su rostro en la pantalla, tomó el control remoto y accionó el volumen.

Un apuesto narrador de noticias informó mirando a cámara que la peligrosa delincuente Viviana Salazar continuaba prófuga y que era activamente buscada por las autoridades. El narrador aseveró que la policía estaba segura de atrapar tarde o temprano a la *ex top model*.

—¡Malditos!

Experimentó un odio sin límites. Todo había cambiado para peor. Antes era Julia Alcántara la buscada y perseguida por la ley, ahora la más buscada era ella y Julia gozaba de absoluta libertad. Necesitaba ver a Daniel muerto. Solo así culminaría su venganza y acabaría por destrozarle la vida para siempre a su detestada enemiga.

Unos enérgicos toques en la puerta de la habitación la hicieron reaccionar. Apurada, apagó la televisión y cautelosa se acercó a la puerta mientras sentía una especie de corrientazo eléctrico que le recorría todo el cuerpo.

—¿Quién es? —preguntó temiendo que fueran las autoridades.

—Valentín.

Ella, enojada, abrió la puerta con cautela.

—Pasa.

Él lo hizo y ella cerró rápidamente.

—Eres un imbécil. ¿Por qué tocaste de esa manera tan fuerte? ¡Me asustaste!

—Te traigo información —fue la respuesta de él.

—Habla.

—Daniel y Julia Alcántara salieron a cenar juntos con el padre de él y otra mujer, más o menos de la misma edad que don Gerardo.

—Debe ser Antonieta, la verdadera madre de Daniel.

—¿Doña Ramona no era la madre de Daniel?

—No preguntes idioteces, Valentín. No tengo tiempo de explicarte ahora la telenovela sobre la vida de Daniel Armenteros. ¿Qué pasó luego de la cena?

—Daniel llevó a Julia a la casa de ella.

—¿Se quedó a dormir con esa infame mujer?

—¿Infame ella o infame tú que estás reventando de celos?

—¡Responde!

—No, no se quedó a dormir con ella. Luego de despedirse con besos muy apasionados, él se fue a la casa donde ahora vive con su padre.

—¿De veras se besaron apasionadamente?

—¿Qué pareja de enamorados no lo hace?

Ella, sacudida por los celos, dio unos pasos y aseguró maquinante:

—Les durará poco tanta felicidad y tanto amor.

Valentín calló.

—¿Ya ideaste el plan para acabar con la vida de Daniel?

El medio hermano de Viviana respiró hondamente.

—Vuelvo a repetirte que no estoy de acuerdo en asesinarlo.

—Y yo vuelvo a repetirte que o me ayudas o te hundo. Cuando todo acabe, nos iremos juntos a la selva a buscar a nuestra madre.

—Yo no pienso ir contigo a ningún lado. Ni siquiera pienso volver a verte —confesó él con tono de desprecio.

—Háblame de cómo morirá Daniel —exigió morbosa y gozando anticipadamente.

Valentín tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no sujetar a Viviana por el cuello y apretárselo hasta verla caer sin vida a sus pies.

—Cerca de la tarima donde Daniel dará el discurso para todos sus votantes habrá estacionado un auto cargado de explosivos.

—Un carro bomba. ¡Excelente! —celebró ella sádicamente feliz.

—Aparentemente será un acto terrorista.

—Perfecto, hermanito.

—No me llames así. Dios es testigo de que detesto la idea de ser hermano de un ser tan perverso como tú.

—Eres estúpidamente escrupuloso —rio ella burlona.

—El coche bomba explotará inesperadamente causando el caos y la muerte de Daniel —informó él—. Lamentablemente, también morirán muchos inocentes.

—Me da igual.

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes hablar así, Viviana?

—Solo la muerte de Daniel me hará feliz. Siempre despreció mi amor, pues ya es hora de que pague. Si mueren o no inocentes, me da absolutamente igual.

—Me das asco —confesó él.

—¿Y crees que me afecta que sientas asco por mí? —rio Vivi.

Él respondió negativamente con la cabeza.

—Quiero saber el día exacto del mitin.

—¿Para qué?

—Estaré presente.

—¿No temes ser reconocida y atrapada por la policía?

—No me reconocerán. Llevaré peluca y lentes. Usaré una prótesis dental que haga lucir mi boca diferente. Me confundiré con el resto del público. Quiero ver con mis propios ojos cómo la tarima donde estará Daniel estallará en mil pedazos. Igualmente lo quiero ver volar por los aires.

Valentín carraspeó y solo atinó a decir en tono de voz muy bajo:

—Eres sádica. Definitivamente estás loca.

—Loca de odio, hermanito.

Durante los días siguientes, Daniel y Valentín se dedicaron a trabajar arduamente en todo lo referente al mitin que sería dado frente al American Airlines Arena. Todos los involucrados en la campaña política de Daniel se sumaron. Fueron días de mucho ajeteo y reuniones extenuantes, planificando y volviendo a planificar. Todos los detalles eran estudiados concienzudamente. Daniel daba su punto de vista sobre todo lo que se exponía, lo aprobaba o rechazaba.

Valentín Valladares se sentía enfermo. Durante el día, en cada una de las reuniones, se mostraba frío y analítico, pero en las noches, en la soledad de su apartamento, se sentía morir. Sufría de fuertes fiebres y escalofríos que sacudían con violencia todo su cuerpo. Amanecía extenuado y agotado. Las fiebres eran emotivas y era imposible controlarlas.

En cada nueva reunión, al día siguiente de una noche terrible, se sentía adormilado. Solo lograba mantenerse despierto tomando grandes cantidades de café negro y muy amargo. Sus ojos empezaron a hundirse y violáceas ojeras por la falta de sueño aparecieron.

—¿Te estás sintiendo mal últimamente, Valentín?

—No, Daniel —mintió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tu aspecto es...

—Todo es producto del estrés por el mitin —cortó excusándose—. ¿Quieres más café?

—No, gracias. Tú tampoco deberías tomar más. Llevas cinco tazas y...

—Me agrada el café —cortó.

—¿Estás seguro de sentirte bien?

—Perfectamente.

—Si te sientes muy presionado por el mitin, puedes tomarte unos días de descanso y otra persona podría sustituirte...

—¡No!

Daniel lo miró fijamente.

—Te conozco desde hace años, Valentín. Algo te pasa. Sabes que puedes confiar en mí. Dime lo que sea.

Valentín lo apreciaba como un gran amigo. Quería contarle todo, pero se sentía en las manos de Viviana y no se atrevía.

La voz de Daniel lo hizo volver a la realidad.

—Valentín, ¿me escuchas?

Con un gran esfuerzo, el jefe de campaña de Daniel trató de sonar normal.

—Te juro que estoy bien. Cansado, pero bien. Seguiremos adelante preparando el mitin. Ya quedan pocos días. Cuando todo acabe, tomaré unas vacaciones en alguna isla del Caribe.

—Tus vacaciones correrán por cuenta del partido.

—Gracias, Daniel.

—No tienes nada que agradecerme. Llevamos años trabajando juntos. Si el público me ama, en gran parte te lo debo a ti. Has sido un gran jefe de campaña.

Valentín, abrumado, respiró hondo y esbozó una sonrisa.

Finalmente, llegó el ansiado día del mitin. Frente al American Airlines Arena se alzaba una gran tarima con un atril en el centro. Trabajadores de la campaña política de Daniel se movían como hormigas de aquí para allá asegurándose de que todo estuviera bien. Grandes cornetas a ambos lados del escenario eran revisadas, al igual que los micrófonos. Los técnicos de sonido comprobaban que nada fallara en el último momento.

Aunque apenas eran las diez de la mañana y el mitin estaba programado para empezar a las cinco de la tarde, ya comenzaba a llegar el público. Todos querían quedar lo más cerca posible del escenario para ver de cerca al apuesto y carismático candidato Daniel Armenteros.

Muchos de los futuros votantes querían hacer un selfi desde tierra con Daniel dando su discurso. Sobre todo, las chicas jóvenes que suspiraban por él, a quien veían más como un galán de cine y el hombre de sus sueños que como el futuro presidente del país. Ya se empezaba a escuchar el bullicio de cientos de voces que se dispersaban por todas partes a lo largo de aquella calle. Vendedores ambulantes de agua y refrescos caminaban de aquí para allá vociferando.

Valentín Valladares se sentía terriblemente enfermo. No había dormido nada en las últimas cuarenta y ocho horas. Sabía que cientos de personas iban a morir por su culpa y el cargo de conciencia lo atormentaba. Se sabía vigilado por Viviana. Sabía que, en algún lugar, confundida con el público, se encontraba su maligna hermana, disfrazada y gozando anticipadamente.

Personas de todas las edades acudían en masa según iban pasando las horas y se iba acercando el momento de iniciar el mitin.

Efectivamente, Viviana se encontraba camuflada entre la multitud. Era imposible reconocerla. Usaba una peluca de pelo muy negro y corto. Llevaba lentes de pasta gruesa y lucía unos dientes postizos grandes y deformes que sobresalían de su boca. Aparte de eso, había pintado la piel de su cara, cuello y brazos con un espray que había cambiado su color. Parecía una negra afroamericana. Con ojillos de águila, había buscado y localizado el auto que llevaba escondidos en su interior los explosivos. Astutamente, ella se había colocado en un lugar privilegiado, desde donde vería la explosión, pero que, a la vez, estaría lo suficientemente lejos para no sufrir ningún tipo de daño.

Las horas finales de Daniel Armenteros estaban contadas y ella lo disfrutaba. Al fin él iba a pagar su desamor por ella. Viviana usó su celular para llamar a Julia.

—Hola, Julia —saludó maligna—. ¿Lista para perder para siempre a Daniel?

—¿De qué hablas? —preguntó capciosa Julia, que estaba sentada en la comodidad de la sala de su casa lista para ver por televisión la transmisión del mitin.

—Hoy va a morir nuestro Daniel.

—¿Estás loca, Viviana?

—Finalmente no fue ni para ti ni para mí —rió con una sonora carcajada.

—¿Pero qué dices?

—Durante mucho tiempo luchamos por el amor de Daniel. Parecía que ibas a ganar y quedarte con él. Ni la muerte de la hija de ambos logró separarlos, al contrario, ese gran dolor los unió más, pero soy una enemiga dura de vencer.

—No te oigo bien. Hay demasiado ruido de fondo. ¿Dónde estás?

—¿De verdad quieres saber dónde estoy, querida Julia?

—Sí.

—¿Para qué? —preguntó en tono burlón—. ¿Para enviar a la policía y que me atrapen?

—No entiendo el motivo de tu llamada.

—Lo entenderás inmediatamente. Estoy en el lugar donde se celebrará en pocos momentos el mitin que ofrecerá Daniel.

—¿Qué haces allí? —preguntó impactada.

—Quiero ser testigo de la muerte de nuestro amado hombre.

—¿Muerte? ¿Estás de broma?

—Jamás hablo en broma, estúpida. Por eso te estoy llamando. Daniel va a morir.

—Solo buscas atormentarme.

—Te aconsejo que no dejes de ver la transmisión del mitin por la televisión. Tú y el resto del país serán testigos de la gran explosión.

—¿De qué explosión hablas? —preguntó Julia empezando a ponerse verdaderamente nerviosa.

—Hay un coche bomba listo para explotar muy cerca de la tarima donde Daniel le estará hablando al público. Lo verás morir en directo.

—¡No! ¡Estás mintiendo!

Una nueva carcajada lanzada por Viviana le heló la sangre a Julia.

—Mi plan es perfecto, odiada rival. Explotará el coche bomba y Daniel morirá, víctima de dicha explosión. También morirán los cientos de inocentes que estén cercanos a la tarima.

Don Luis y Nancy habían ido a ver el mitin. Le habían asegurado a Julia que estarían lo más cerca posible al escenario donde Daniel pronunciaría su discurso.

—No, no, ¡no puedes llegar tan lejos, Viviana! ¡Detenlo todo! —suplicó aterrada.

—Ya es imposible dar marcha atrás al plan, mujercita estúpida. La bomba explotará automáticamente.

—¡Por Dios, alerta a las autoridades!

A través del celular, Julia escuchó un enorme coro de gritos y vivas. Un ensordecedor mar de aplausos lo llenó todo. Los gritos de los votantes de Daniel vitoreaban su nombre con frenesí. Era evidente que en tan solo unos cuantos minutos más, iba a dar comienzo el mitin.

—Adiós, Julia. No te despegues del televisor. Te aseguro que será un momento grandioso que pasará a la historia.

—¡Estás loca! —gritó Julia llena de impotencia y desesperación.

—¡Hasta nunca, maldita!

Se cerró la llamada.

—¡Aló! ¡Aló! —gritó Julia desesperada

Temblando de nervios, Julia tiró su celular sobre el sofá. Dio varios pasos desesperados, tratando de aclarar sus ideas. No podía quedarse de brazos cruzados. A cualquier precio tenía que tratar de impedir la locura que Viviana pensaba llevar a cabo.

Angustiada y con manos temblorosas, volvió a tomar su celular y marcó el 911.

—Señorita, va a ocurrir un atentado de grandes magnitudes.

Luego de avisar lo que iba a pasar, salió apresuradamente hacia la calle. Quería estar presente en el lugar de los hechos para ayudar en caso de llegar a producirse la explosión.

Antonieta abrió la puerta de su apartamento y le dio pasó a don Gerardo.

—Buenas tardes. ¿Llego a tiempo para ver el mitin de nuestro hijo?

—Aún no empieza —informó ella.

Ambos avanzaron hacia la sala. La televisión estaba encendida.

—Espero que todo salga bien.

—¿Qué quieres decir, Gerardo?

El padre de Daniel no sabía si ser completamente sincero con ella. No era su deseo alarmarla por un presentimiento que lo embargaba.

—Háblame claro —exigió ella alerta—. ¿Me estás ocultando algo? ¿Corre peligro nuestro hijo?

—No exactamente. Espero que no.

Ella lo taladró con la mirada.

—Dime qué está pasando.

—Se trata de Viviana. Esa mujer es peligrosa y ya lo ha demostrado con creces. Temo que intente algo en contra de nuestro hijo.

—¿Crees que sería capaz de dispararle durante el mitin?

—La creo capaz de todo, Antonieta. Por suerte, Daniel está bien custodiado y lleva chaleco antibalas, pero... —prefirió callar.

—¡Mira! —señaló ella la televisión—. El mitin va a comenzar.

Antonieta con el control remoto subió más el volumen. Ambos se sentaron ante el aparato. Poco después de las cinco y treinta de la tarde, empezó el mitin. Lo hacía con media hora de retraso.

El lugar del mitin estaba lleno a reventar. Cientos de personas se habían dado cita allí. Un par de helicópteros de la policía de Miami sobrevolaban el lugar y vigilaban desde el cielo. Había un movimiento frenético de policías y agentes encubiertos. La unidad especial de antiterrorismo

estaba presente. Era evidente que luego de la llamada desesperada de Julia al 911 se había activado un gran despliegue para proteger a la ciudadanía. Era imposible evacuarlos a todos sin crear el caos.

En medio de la multitud que gritaba con frenesí el nombre de Daniel, Julia trataba de abrirse paso.

—¡Abuelo! ¡Nancy! ¿Dónde están? —gritaba llena de máxima angustia y buscándolos con la mirada.

El coche bomba había sido visto por el equipo antiterrorismo. Al considerarlo sospechoso, fue dada la orden de ser retirado. En las potentes cornetas apostadas en lugares estratégicos para que el discurso fuera escuchado por todos, se oyó con firmeza la voz de uno de los agentes del servicio antiterrorismo que se dirigió a todos los presentes.

—Atención. Su atención, por favor. Se ruega a la ciudadanía retirarse inmediatamente de toda la zona. Deben hacerlo ordenadamente. Repito. Deben abandonar la zona inmediatamente.

Durante largos minutos, volvía a repetirse de manera ininterrumpida, tanto en inglés como en español, la orden de desalojar la calle. El público, al principio desconcertado, empezó a retirarse lentamente, pero el caos no tardó en suceder y empezaron a empujarse unos a otros. El pánico se generalizó y los gritos, empujones y carreras no se hicieron esperar.

Julia no dejaba de abrirse paso a empujones y codazos en medio de la gran marea humana que colmaba el lugar y en terrible desorden trataba de huir. Unos metros más allá de donde estaba Julia se encontraba Viviana. Ninguna había visto a la otra.

—¿Pero qué diablos está pasando? —se preguntó a sí misma Vivi al ver cómo iba a ser retirado el coche cargado de explosivos.

Gritos ensordecedores llenaban el lugar y de pronto se oyó una explosión descomunal. En pocos segundos, todo fue caos, más gritos y lamentos. Los que no resultaron heridos corrieron en todas las direcciones en una verdadera confusión que creaba más pánico. El público, presa del más absoluto terror, se pisaban y atropellaban entre unos y otros. La tarima había explotado en mil pedazos y los trozos de madera volaron por los aires. Se escuchaban gritos de angustia clamando ayuda. Todo era confusión y desespero. Era una escena dantesca e imposible de creer.

Mientras tanto, Julia, aturdida y completamente sorda, continuaba gritando. Llamaba a su abuelo y a Nancy. Ella misma no podía escucharse. Estaba ilesa, pues se encontraba muy lejos del lugar de la explosión, pero parte de su ropa se había roto y sentía que el rostro le ardía. Según avanzaba, se encontró con cuerpos tirados y mutilados. Algunos muertos, otros agonizantes y muchos heridos. A pesar del terrible caos, cada persona sacó lo mejor de sí; trataban de ayudarse unos a otros. Julia ayudaba a ponerse en pie a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Con sorpresa, vio a un pequeño niño de cinco años solito en medio de la multitud. El niño lloraba y tenía los ojos muy abiertos. Era evidente que estaba muerto de miedo. Sin dudar, Julia cargó al pequeño entre sus brazos y le habló cálidamente:

—No tengas miedo. Yo voy a cuidarte hasta que aparezcan tus papás.

El niño, sollozante, echó sus bracitos al cuello de ella. Julia, sin desprotegerlo, siguió avanzando como pudo en medio de la multitud. Los gritos y súplicas de ayuda no cesaban.

No había rastros ni de don Luis, Nancy o Daniel.

A varias cuerdas de distancia, Viviana caminaba en medio de la gente que seguía corriendo, tratando de huir del horror vivido unos segundos antes y que ella misma había desatado. Se sentía también algo aturdida por la explosión, pero estaba completamente ilesa. Según avanzaba, cada vez se escuchaban más lejanos los gritos y las sirenas policiales. El infierno iba quedando atrás.

Luego de la explosión, lo mejor era alejarse del lugar de los hechos. Viviana se preguntaba si habría logrado su objetivo de acabar con la vida de Daniel. A su paso, iba encontrándose gente que se desmayaba víctima del atroz miedo experimentado. Otros, agotados de correr, se dejaban caer en la acera. Algunos más se arrodillaban y estiraban sus brazos hacia el cielo y agradecían a Dios haber conservado la vida.

—Ayúdame, por favor... —le suplicó balbuceante una mujer de unos sesenta años con el rostro lleno de sangre y toda la ropa desgarrada. Iba descalza y sus pies estaban heridos.

Viviana evitó con asco ser tocada por la mujer y siguió avanzando sin ayudarla. Varias ambulancias pasaron a toda velocidad con sus sirenas encendidas. A su paso, Vivi siguió encontrándose con gente pidiendo auxilio. A nadie le tendió la mano, a nadie ayudó. Su plan era alejarse lo antes posible de allí y refugiarse otra vez en el hotelito donde se ocultaba. Estaba lejos de la playa y necesitaba un carro para llegar hasta allí. Unos metros más adelante, vio un Mustang modelo clásico de los años setenta, color negro y con el vidrio trasero roto producto de la explosión. En el interior del vehículo, frente al volante, estaba su conductor desmayado. Viviana se acercó y con gran alegría comprobó que el auto estaba encendido. Ella puso una mano sobre el hombro del hombre y lo sacudió.

—¿Me oyes? —preguntó.

Ella frunció el ceño y tomó una decisión rápida. Sacó al hombre del interior del auto y lo dejó tirado allí, en plena calle. Rápidamente, se sentó frente al volante. Las llaves estaban en el suich de encendido. Sonrió ante su buena suerte. Se disponía a largarse de allí antes de que la policía tomara control absoluto de la situación, cuando una voz le habló:

—¿Me puedes ayudar? No sé dónde estoy ni quién soy...

Ella respondió con fastidio. No estaba entre sus planes ayudar a nadie.

—Lárguese de aquí, no pienso ayudarlo y...

Viviana quedó absolutamente demudada al alzar su mirada hacia el rostro del hombre.

Era Daniel.

¿Cómo explicarle a la policía que la explosión había sido ejecutada por una mujer llena de odio y celos? Julia estaba declarando sobre los terribles hechos acontecidos. El niño que se había encontrado perdido en la calle tras la explosión, y que había protegido y cuidado, ya estaba en compañía de sus padres, los cuales, por suerte, resultaron ilesos.

Julia Alcántara tuvo que explicar con lujo de detalles una y otra vez cómo se enteró de la existencia de un carro bomba en el lugar del mitin. Pasó más de seis horas haciendo declaraciones. Estaba agotada física y mentalmente. Seguía sin tener noticias de su abuelito y de Nancy. Ignoraba si continuaban con vida o habían fallecido en la explosión. A cada minuto llegaban nuevos reportes que informaban cómo se iba elevando el número de víctimas mortales y heridos, algunos de gravedad y otros levemente.

Extenuada, repitió montones de veces cómo Viviana la había llamado por teléfono para relatarle que habría una explosión y que, acto seguido, ella misma llamó al 911 para alertar del terrible peligro. La comisaría de policía era un verdadero hervidero de gente corriendo de aquí para allá. Los teléfonos sonaban sin parar, las puertas se abrían y cerraban. El caos no cesaba. Inesperadamente, la puerta del pequeño recinto donde prestaba declaración se abrió y dio paso a don Luis y Nancy. Julia, al verlos, se puso de pie y corrió hacia ellos. Los tres se fundieron en un efusivo abrazo.

—¡Están vivos! ¡Gracias, Dios mío! —exclamó Julia mientras los besaba sin parar a uno y a otro.

—Por suerte, no habíamos llegado al lugar donde se celebraría el mitin, amiga. Había demasiado tráfico y el taxi que nos llevaba se quedó atrapado sin poder avanzar.

—¡Eso nos salvó la vida, mi nieta!

—¡Bendito Dios! —Julia cerró los ojos y los volvió a abrazar con gran fuerza.

—¿Cómo te sientes, mija? —quiso saber el anciano.

Ella recostó su cabeza en el pecho de él.

—Todo ha sido tan terrible, abuelito. La explosión fue planificada y provocada por Viviana.

—¡No puede ser! —se impactó Nancy.

—Aunque avisé y la policía ordenó la evacuación del lugar, no se pudo evitar que todo sucediera. ¿Han sabido algo de Daniel? —preguntó llena de ansiedad.

Nancy y don Luis tardaron en responder.

—Antes de reunirnos aquí contigo escuchamos que Daniel no aparece —informó la venezolana.

—Tienes que ser fuerte, mi nieta, pero... —se calló.

—¡Habla! ¡Di lo que sepas, abuelo!

—Escuchamos que hay muchos cuerpos mutilados e irreconocibles. La policía teme que uno de esos cuerpos sea el de Daniel.

—No. ¡No! —negó con firmeza Julia—. Él tiene que estar bien. Dios no se lo puede llevar como se llevó a Anita.

Hizo entrada un sargento del cuerpo de seguridad.

—*Someone wants to see her, Julia.*

—¿Es Daniel Armenteros? ¿Es él?

—*No. They are his parents.*

Entraron Antonieta y don Gerardo, presas de la angustia y una desesperación sin límites.

—¿Julia! ¿Qué sabes de mi hijo?

—Nada, Antonieta. ¡Tenía la esperanza de que ustedes me trajeran noticias sobre él!

—¡Tampoco sabemos nada! —anunció don Gerardo.

—No puede estar muerto. ¡No sería justo! —se echó a llorar Antonieta—. Acabo de encontrar a mi hijo, ¡no puedo perderlo de una manera tan cruel!

—No pensemos lo peor, señora —aconsejó don Luis—. Dios es bueno y misericordioso. Daniel tiene que estar bien.

—¿Pero dónde? ¿Dónde puede estar que no aparece? —preguntó desesperada Antonieta y a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Puede ser que esté perdido, deambulando por ahí. Aturdido por la explosión —trató de explicar el abuelo de Julia.

—Mi abuelo tiene razón. No pensemos en lo peor.

—Nada resolvemos aquí, Antonieta —dijo don Gerardo—. Es mejor visitar los hospitales en busca de nuestro hijo.

Julia, nerviosa, tomó las manos de Antonieta.

—En cuanto tengan noticias sobre el paradero de Daniel no dejen de avisarme.

—¿No vienes con nosotros a buscarlo? —quiso saber el patriarca de los Armenteros.

—Lo siento, pero la señorita Alcántara debe permanecer aquí —informó el comisario.

—¿Está detenida? —interrogó don Luis.

—No. Pero debe quedarse en la comisaría en calidad de testigo.

Una casa abandonada y casi en ruinas resultaba el lugar perfecto para esconderse. Viviana había hallado una en Little Haití. Luego de estar rodando por más de una hora en el Mustang robado, ella y un aturdido y adormilado Daniel habían llegado a aquel lugar. La vivienda estaba ubicada en un sitio peligroso, pero perfecto para los planes de la *ex top model*. Había empezado a caer la noche y la calle estaba absolutamente desolada y silenciosa. Dentro de la casa no había luz, pero Vivi encontró varios pedazos de velas y un par de cajas de fósforos que le sirvieron para encenderlas. Había grandes trozos de cartones desparramados por toda la casa, además de varias pilas de periódicos. El olor era nauseabundo. Un par de ratas de gran tamaño corrían despreocupadas de un lugar para otro en busca de comida.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Daniel con la mente confundida.

—Tenemos que escondernos —le informó ella mirándolo fijamente.

—¿Escondernos por qué? ¿Quién eres tú?

—¿No me recuerdas?

Él la miró fijamente tratando de ubicarla dentro de su mente. Estaba muy mareado, le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad.

—No creo haberte visto antes, aunque no estoy seguro. No puedo recordar. ¿Por qué está desgarrada parte de mi ropa? ¿Por qué están mis brazos y manos tan sucias? ¿Quién eres tú?

Era evidente que Daniel había perdido la memoria tras la fuerte explosión. Había salvado su vida milagrosamente, pero sus recuerdos habían desaparecido por completo.

—¿No vas a decirme quién eres? —insistió Daniel.

—Soy tu esposa.

Julia le había contado a su abuelo y a Nancy cómo había sucedido todo. Ellos estaban impactados y completamente abrumados, lamentando la cantidad de víctimas inocentes que habían pagado por culpa de los celos de Viviana. Los tres temían por la vida de Daniel. Había muchos cadáveres sin identificar y era inevitable pensar que uno de aquellos cuerpos fuera el de él.

¿Habría logrado finalmente Viviana salirse con la suya?

Julia no podía dejar de preguntarse lo mismo una y otra vez. Las largas horas de interrogatorios finalmente habían concluido hacía escasos minutos. Era un poco más de medianoche.

—Vámonos ya a la casa, hijita. Necesitas descansar.

—No podría dormir, abuelito. Vete tú con Nancy.

—¿Y tú qué harás, amiga?

—Voy a llamar a los padres de Daniel a ver si tienen noticias de él. Trataré de reunirme con ellos. También quiero donar sangre para las víctimas y ofrecerme como voluntaria en algún hospital para ayudar. Hay mucho caos y me siento en la obligación de colaborar. Por favor, acompaña al abuelo a la casa, Nancy.

—Sí, claro.

—Nos veremos mañana —se despidió Julia tras besarlos a ambos.

Julia echó a andar por el pasillo que conducía hacia la salida, cuando una voz la llamó:

—¡Señorita Alcántara! ¡Espere! ¡Señorita Alcántara!

Julia volvió la mirada hacia la voz. Una mujer policía llegó corriendo hasta ella.

—Tiene que acompañarme.

—¿A dónde?

—Al hospital. Valentín Valladares quiere hablar con usted.

—¿Valentín Valladares? ¿Quién es? No recuerdo conocer a nadie con ese nombre.

Aunque era ya pasada la una de la madrugada, el hospital estaba lleno de gente. Familiares de las víctimas de la explosión estaban allí en busca de información. El personal médico no daba

abasto. Los heridos menos graves esperaban ingresar en Urgencias para ser atendidos.

Mientras Julia avanzaba por el amplio y largo pasillo, vio con dolor la dantesca escena de desesperación que embargaba a todos. Iba acompañada de la misma mujer policía con la que hablara en la comisaría. Ambas penetraron en la sala de Urgencias. La agente de la ley se identificó con la enfermera de guardia y le preguntó por Valentín Valladares. La enfermera amablemente las condujo hasta el cubículo donde se encontraba el medio hermano de Viviana. El rostro de él mostraba varias heridas y había perdido su brazo izquierdo desde el codo hacia abajo.

—Ella es Julia Alcántara —le informó la mujer policía.

La enfermera en jefe se retiró para seguir con la ardua labor de atender a las múltiples víctimas que abarrotaban el lugar.

—Hola, Julia.

Ella notó el brazo mutilado de él.

—Lamento lo que te sucedió. No recuerdo haberte conocido. Me informó la oficial que eres el jefe de campaña de Daniel. ¿Sabes algo de él? ¿Conoces su paradero? ¿Sabes si está vivo?

Las preguntas de Julia brotaban una tras otra cada una con mayor ansiedad que la anterior.

—Daniel nunca llegó a presentarnos mientras fuiste su esposa —respondió Valentín—. Debes cuidarte de mi hermana.

—¿Quién es tu hermana?

—Viviana —informó él con los ojos llenos de culpa.

Julia lo miró impactada.

—Ignoraba que Vivi tuviera un hermano.

—En verdad somos medio hermanos por parte de madre.

Los ojos de Valentín se llenaron de lágrimas y sufrió un violento ataque de tos.

—Llame a una enfermera, por favor —ordenó Julia a la agente policial.

—No hace falta. Estaré bien —afirmó él sobreponiéndose y con un rictus de culpabilidad en su expresión—. Yo fui la persona que colocó el coche bomba.

—¿Cómo? —preguntó con sorpresa la mujer policía.

Acto seguido, la representante de la ley tomó sus esposas e inmovilizó a Valentín a la cama por su muñeca derecha. Inmediatamente, se alejó unos pasos para hablar por radio a sus superiores y ponerlos al tanto sobre aquella nueva información.

—¿Por qué lo hiciste, Valentín? —quiso saber Julia con mucha angustia—. ¿Odiabas a Daniel por algún motivo y quisiste acabar con su vida?

—No. Viviana me obligó. No fui capaz de negarme. Me dejé arrastrar por su odio y manipulaciones. ¡Perdón! —rompió en fuertes sollozos acompañados de espasmos en todo su cuerpo y otro ataque de tos.

Julia lo miró con lástima. Era evidente que él estaba atormentado por lo sucedido y muy arrepentido.

—Buscaré a una enfermera y...

—No. Quédate aquí, por favor —suplicó él mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Mi hermana te odia con todas sus fuerzas. Me confesó que nunca va a perdonarte que le robaras el amor de Daniel. Cúdate de ella.

—¿Sabes dónde se esconde?

—Antes se escondía en un hotel barato en la playa, pero ya debe de haberse ido de allí sospechando que yo podría delatarla —respondió sincero—. Le perdí la pista mucho antes de la explosión.

—Daniel tampoco aparece. No sabemos si vive o no —susurró con miedo.

—Dudo que Daniel haya muerto. Estaba lejos de la tarima al momento de la explosión. Quizás ande por ahí, perdido y desorientado.

—¿Por ahí por dónde, según tú? —preguntó ella anhelante y llenándose de esperanza.

—Con Viviana. Estoy seguro de que Daniel está a merced de mi hermana.

Durante gran parte de aquella noche, Viviana se dedicó a asaltar algunas casas del barrio donde ella y Daniel estaban ocultos. Aprovechando que él dormía, salió a robar ropa de los tendederos ubicados en los patios traseros. Sin hacer ruido, había penetrado por algunas ventanas abiertas y, sin ser descubierta, había robado comida, algo de dinero y una pistola Magnum cargada. Se sentía satisfecha.

Poco después de las nueve de la mañana, Daniel había despertado tras dormir sobre uno de los cartones esparcidos por la sala de la casa abandonada. Al incorporarse, vio ante sí una buena variedad de frutas, pan, queso y un cartón de jugo de naranja. Viviana estaba frente a él ya bañada y cambiada de ropa. Ocultaba su larga cabellera bajo una gorra de los Marlin's.

La mente de él, aunque ya no la sentía embotada, seguía sin recordar nada.

—¿Y esta comida de dónde salió?

—Salí a comprarla —mintió ella—. Come. Te hace falta alimentarte.

Fue en ese momento que Daniel cayó en cuenta de que tenía mucha hambre. Comió con gusto un gran pedazo de pan con queso.

—¿Has logrado recordar algo? —preguntó ella con cautela.

—Nada.

Volvió a morder otro pedazo de pan. De pronto preguntó:

—¿Ayer no eras de piel oscura?

—¿Negra yo? Claro que no. Lo imaginaste —rio ella divertida ante la expresión perpleja de él.

—Sí, puede ser. Ayer mi mente... —calló y la miró fijamente—. ¿Vas a explicarme por qué estamos en esta casa? Es asqueroso este lugar. ¿Por qué estoy tan sucio? ¿Por qué no puedo recordar nada de mi pasado? ¿Cómo me llamo?

—Calma, calma —aconsejó ella suavemente—. Son demasiadas preguntas a la vez.

—¿Estamos huyendo de algo? Ayer me dijiste que eras mi esposa. ¿Somos delincuentes y tenemos que mantenernos ocultos? ¿Nos busca la policía?

—Voy a explicártelo todo, Daniel.

—¿Daniel? ¿Es ese mi nombre?

Ella lo miró fijamente, lista para mentir.

—Sí. Te llamas Daniel Guzmán y eres asaltante de bancos, igual que yo. Acabas de pasar una larga temporada en la cárcel. Más de dos años estuviste a la sombra luego del último atraco.

El corazón de él dio un vuelco ante aquella confesión.

—Nos casamos hace cinco años —continuó—. Perdimos lo poco que teníamos y nos unimos a la banda de asaltantes de mi hermano Valentín. Mientras estuviste preso, yo estuve muy bien escondida, y por suerte la policía no ha logrado atraparme.

Daniel, asqueado, tiró al suelo el resto del pan con queso. Una de las ratas que allí habitaba salió de su escondite a toda velocidad, cogió con su boca el queso y volvió a desaparecer en cuestión de segundos.

—¿Quieres saber más?

—Quiero saberlo todo —exigió él.

—Me imagino que debes de haber olvidado también mi nombre. Me llamo Viviana y siempre me amaste mucho.

Se acercó a él para besarlos en los labios; por puro instinto, Daniel retrocedió un par de pasos.

—Por favor, continúa hablándome de nosotros.

—Hicimos varios atracos a diferentes bancos. Los botines no eran gran cosa y al poco tiempo estábamos de vuelta al ruedo. Ayer fue un día decisivo para nosotros.

—¿A qué te refieres con eso de «día decisivo», Viviana?

—Teníamos la tarea de eliminar a un importante político de este país.

—¿Por qué? —preguntó aturdido nuevamente—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con política?

—Nada, pero fue un encargo. Nos iban a pagar muy bien. Lo suficiente como para retirarnos varios años o quizás para siempre, si sabíamos invertir el dinero. Colocamos un coche bomba y... ¡pum! Todo voló por los aires.

Ella rio divertida. Se sentía muy satisfecha con sus aires de novelista. Daniel, repugnado, la tomó violetamente por ambos brazos.

—¿Te causa gracia haber provocado la muerte de cientos de personas? ¡Porque estoy seguro de que fue eso lo que sucedió!

Las risas de ella se cortaron instantáneamente ante la violenta reacción de él.

—¡Me estás haciendo daño! —se quejó adolorida.

El joven candidato la soltó y dio unos pasos. Se sentía cargado de culpas, con asco de sí mismo.

—Lo hecho, hecho está, Daniel. No hay vuelta de hoja. Tenemos que mantenernos ocultos durante varios días hasta que la intensidad de nuestra búsqueda disminuya.

—¿De quién es esta casa?

—No lo sé. La encontré ayer buscando un lugar perfecto para escondernos. Este lo es. Nadie nos buscará en esta ratonera. Dentro de una o dos semanas todo cambiará. Ahora toma un baño y cámbiate de ropa. Por suerte, en este chiquero hay agua. Ahí tienes ropa limpia que robé para ti.

—Dices que todo cambiará en un par de semanas. ¿En qué forma?

—Lo he estado pensando. Robaremos una lancha potente y escaparemos a Bahamas.

—¿Bahamas?

—Allí será imposible que nos reconozcan. Tú te dejaras crecer la barba y el bigote. Yo me cortaré el pelo y lo cambiaré de color. Trabajaremos en algún bar a la orilla de la playa vendiendo tragos o venderemos artesanía típica. Cualquier cosa que nos permita vivir.

—Tu plan...

—Es ideal —cortó ella—. En Bahamas retomaremos nuestra vida de casados, Daniel. Volveremos a ser felices. Dejaremos atrás nuestro pasado de delincuentes. —Lo abrazó intensa—. No puedes haber olvidado también el gran amor que siempre me tuviste. Soy la mujer de tu vida.

Viviana no se apartó de él e intensificó el abrazo. Deseaba desesperadamente que Daniel la creyera.

En los días sucesivos a la explosión, los diarios de todo el país se hicieron eco de la noticia sobre la desaparición de Daniel. Se había comprobado que ninguno de los fallecidos era él y la gran incógnita flotaba en el aire: ¿dónde estaba el candidato presidencial Daniel Armenteros?

La noticia sobre su misteriosa desaparición era *trending topic* todos los días. Las redes sociales ardían. Miles de usuarios en el mundo querían saber de su paradero. Los memes no se hicieron esperar. Los noticieros de televisión hicieron programas especiales de investigación sobre el caso.

En el despacho del jefe de policía encargado de encontrar a Daniel había un clima cargado de ansiedad y nerviosismo.

—Ha pasado casi una semana desde la explosión y aún no hay noticias sobre el paradero de mi hijo. ¡Es inaudito! —declaró Antonieta presa de la desesperación.

—Mis hombres trabajan las veinticuatro horas del día sin descanso tratando de encontrar al candidato, señora —farfulló el comisario.

—Daniel tiene que haber sido secuestrado —sentenció don Gerardo—. De lo contrario, no estaría desaparecido.

—Viviana debe tenerlo atrapado —aseguró Julia nerviosa—. De alguna manera, esa mujer logró llegar hasta él y quizás, aprovechándose de un posible desmayo luego de la explosión, se lo llevó y lo mantiene cautivo.

—No es improbable lo que usted dice, señorita Alcántara, pero ¿dónde puede tener Viviana Salazar al candidato?

—¡Eso es lo que ustedes tienen que averiguar, comisario! —exigió Antonieta—. Esa maligna mujer ha demostrado de lo que es capaz. Si mi hijo está a su merced, entonces la vida de Daniel corre peligro.

—Supimos que Viviana estuvo escondida en un hotel de baja categoría en la playa, así nos lo informó su medio hermano. Ahora la cuestión es averiguar dónde se esconde actualmente.

El comisario se quitó los lentes que lo ayudaban con su miopía. Se pasó un pañuelo por la frente para secar su copioso sudor.

—Les puedo asegurar que Viviana Salazar no ha podido salir del estado de Florida.

—Eso no es garantía de que Daniel siga con vida —expresó temeroso don Gerardo.

—Me siento muy mareada...

Rápidamente, Antonieta fue sujeta por Julia para que no cayera al suelo.

—Es mejor que te sientes, Antonieta. Estás muy pálida.

—Traigan un vaso de agua con azúcar —ordenó el comisario a su asistente.

El asistente salió a cumplir la orden.

—¿Qué ha pasado con el hermano de Viviana?

—Fue trasladado a una prisión de máxima seguridad, don Gerardo. Próximamente será juzgado. Dudo mucho que vuelva a quedar en libertad —informó el comisario.

—Es el destino que se merece. En sus manos estuvo evitar la masacre del día del mitin. En vez de ceder a las manipulaciones de su medio hermana Viviana debió denunciarla. Muchas muertes inocentes pudieron haberse evitado —murmuró el padre de Daniel.

—Algo malo tiene que estar pasando con mi hijo. No es lógico que Daniel no se haya puesto en contacto con nosotros.

—¿A qué se refiere exactamente, señora?

—Es posible que Daniel esté malherido y agonizante. Imposibilitado de ayudarse a sí mismo y por eso no puede escapar. Tienen que intensificar su búsqueda. ¡Las horas de mi pobre hijo pueden estar contadas!

Hizo su entrada el ayudante del comisario con un vaso con agua y azúcar. Julia tomó el vaso y se lo acercó a los labios a una temblorosa Antonieta para ayudarla a beber.

—Cuando Viviana Salazar sea atrapada, tendrá que responder ante la justicia por varios delitos —informó el comisario.

Él tomó de su escritorio una carpeta que incluía el prontuario policial de Viviana. Se dispuso a leer:

—Se la juzgará por el crimen de Samantha Parker, por el crimen de la menor Anita Alcántara, por el ataque terrorista de la semana pasada y también se la juzgará por el intento de homicidio del candidato Daniel Armenteros y su posterior secuestro, si es que se comprueba que lo tiene retenido.

—¡Viviana es un demonio de maldad! —resopló don Gerardo—. Siempre nos tuvo muy engañados a todos. Jamás nos pudimos imaginar que su alma era tan negra y que fuera capaz de

actos y crímenes tan terribles.

—Ella es la única culpable de la explosión. La llevó a cabo impulsada por su odio y deseo de venganza —suspiró Julia—. ¿Cómo un ser humano es capaz de llegar tan lejos?

—Dios mío... —sollozó Antonieta—. Si esa mujer es capaz de acabar con la vida de mi hijo Daniel, yo me volvería otra vez loca del dolor.

—No, no, Antonieta. No pienses así. Todo saldrá bien —afirmó don Gerardo.

—Vamos juntas a una iglesia —sugirió Julia—. Pidamos que Daniel esté a salvo de todo peligro.

Un par de bocinazos provenientes de la calle hicieron que Daniel despertara. Se había quedado dormido sobre uno de los sucios cartones que estaban diseminados por el suelo de la casa abandonada. Se puso en pie. No tenía noción de cuántos días Viviana y él llevaban ocultándose en aquel lugar. La comida escaseaba y era difícil conseguirla. Algo en el fondo de su corazón le advertía que Vivi no era todo lo sincera que aparentaba ser. Ella le aseguraba amarlo y le repetía una y otra vez que siempre habían sido muy felices, que se habían casado estando muy enamorados. Daniel presentía que algo le era ocultado y que todo se trataba de una trampa.

Aunque él no le hablaba a Viviana sobre las dudas que lo asaltaban, se mantenía alerta. Ella le insistía en no salir nunca a la calle, ni siquiera al jardín. Era evidente que Vivi quería mantenerlo aislado, oculto del mundo. Según ella, era activamente buscado por las autoridades por ser un asaltante de bancos, pero ¿era cierta toda aquella historia que ella le había relatado una y otra vez?

Un raro presentimiento de gran desconfianza lo embargaba.

—¡Maldita sea, que no logro recordar nada de mi pasado! —Se golpeó con furia la frente con la palma abierta de su mano.

La amnesia que sufría Daniel, producto de la explosión, cubría su mente como un pesado velo. Sintió el impulso de abrir la puerta y salir a la calle. Necesitaba sentir el sol sobre su piel luego de tantos días de estar allí, entre aquellas cuatro paredes. ¿Y si lo hacía? ¿Y si salía a la calle en busca de ayuda? Pero ¿quién podría ayudarlo? ¿Y si en verdad era un peligroso delincuente? ¿Y si era atrapado y encerrado en una prisión?

Aturdido, dio unos pasos. Pensaba en mil cosas a la vez. ¿Y si no era ningún delincuente? ¿Y si Viviana le había mentado e inventado toda aquella historia? ¿Y si en verdad ella lo tenía secuestrado bajo engaños? ¿Quién podía ser él de no ser un asaltante?

Avanzó entonces hacia la puerta. Llegó hasta ella y cuando iba a abrirla para salir a la calle, la puerta se abrió y apareció Viviana frente a él.

—¿Pensabas salir? —preguntó ella alerta.

—No. Solamente iba a asomarme para ver dónde estabas —mintió él tratando de lucir normal.

Rápidamente Vivi cerró la puerta a sus espaldas.

—Recuerda que es peligroso que alguien te vea. Podrían reconocerte y denunciarte.

—No me gusta que sigan pasando los días y continuemos aquí encerrados —se quejó Daniel.

—Debes tener un poco más de paciencia, amor —pidió dulcemente ella.

—¿De dónde vienes? Cuando me desperté no estabas.

—Fui a una marina. Ya tengo vista la lancha que nos robaremos para huir a Bahamas. Será cuestión de un par de días más, a lo máximo. Todo saldrá bien. Empezaremos una nueva vida.

Daniel no sabía si creerla o no. Viviana le lucía dulce y enamorada, pero al mismo tiempo una voz interior le advertía que no confiara en ella.

—Tenemos que salir a buscar comida —dijo él.

—Ya sabes que de eso me encargo yo, cariño.

—¿Por qué solamente tú? Es arriesgado que salgas a robar sola. Quiero acompañarte y ayudarte.

—No. Llamaríamos más la atención estando juntos. Permíteme que siga manejando toda esta situación a mi manera. —Lo abrazó—. No dejes de confiar en mí.

Se hizo un silencio entre ellos. De pronto, Daniel preguntó:

—¿Quién es Julia?

Viviana, sacudida por aquella pregunta totalmente inesperada, se apartó de él retrocediendo.

—¿Julia? ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. De pronto me vino ese nombre a la cabeza.

Ella trató de ocultar sus crecientes nervios.

—¿Has recordado algo puntual?

—No he recordado nada, Viviana, pero ese nombre me vino a la mente. ¿Quién es Julia? —insistió él.

—Nadie.

—¿Entonces por qué me asaltó ese nombre?

—No lo sé —respondió ella presa de un gran nerviosismo.

—¿Te pusiste nerviosa de repente o son ideas mías? —la increpó él.

—¿Nerviosa? Claro que no.

—¿Entonces no conozco a ni ninguna Julia?

Ella hizo una pausa antes de responder.

—No lo sé. A lo mejor sí, a lo mejor no. Cualquiera persona puede conocer a una «Julia», es un nombre bastante común.

—¿Pero por qué precisamente Julia? —insistió él capcioso.

—Te repito que no lo sé —respondió ella elevando ligeramente el tono de voz.

—Te veo nerviosa, no lo niegues.

Daniel se quedó mirándola fijamente. La taladraba con la mirada, buscando en el interior de ella qué ocultaba. Vivi dio media vuelta hacia la puerta.

—Saldré a buscar comida. Trataré de regresar lo antes posible. No te acerques a la puerta ni a ninguna ventana. Recuerda que está en juego tu libertad.

Ella se había puesto tan nerviosa que sentía que todo daba vueltas a su alrededor. La necesidad de salir de allí cuanto antes la abrumaba.

—Adiós. Espérame.

Viviana salió apresuradamente. Un portazo ensordecedor taladró los oídos de Daniel. Ahora estaba completamente convencido de que ella ocultaba algo.

En la Ermita de la Caridad del Cobre, Julia, Antonieta y don Gerardo rezaban arrodillados ante el altar mayor. Los tres suplicaban por Daniel.

Daniel no podía imaginarse qué era lo que ocultaba Viviana, pero presentía que se trataba de algo muy turbio; y lo comprobó cuando ella regresó intempestivamente y sin comida.

—Cambio de planes. ¡Nos vamos ya a Bahamas! —anunció evidentemente muy nerviosa.

—¿Cómo? ¿Y la lancha en la que huiremos?

—Te dije que ya tenía una elegida.

—¿Y cómo harás para encenderla?

Ella metió una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un juego de llaves.

—Aquí están las llaves.

Daniel estaba totalmente estupefacto.

—¿Cómo las conseguiste?

—Es mejor que no conozcas los detalles, querido. ¡Vámonos de una maldita vez!

—Un momento. ¿Por qué tanto apuro? ¿Por qué largarnos tan de repente?

—La policía nos busca. ¡Nos están pisando los talones y es mejor desaparecer!

—¿Es ese el verdadero motivo o lo es Julia?

Viviana contuvo la respiración.

—¿Qué estupidez estás diciendo, Daniel?

—Explícamelo tú. Me gustaría saber qué está pasando realmente. Desde que te dije que había recordado el nombre de Julia, tuviste un cambio de actitud muy marcado. Te pusiste nerviosa al extremo. Saliste a buscar comida, regresaste sin nada y decidida a que nos fuéramos. ¿Por qué? ¿Qué está pasando en verdad, Viviana? ¿Qué está sucediendo que yo ignoro?

—¡Nada! —gritó ella perdiendo los estribos por completo—. ¡Ya deja de hacerme tantas malditas preguntas! ¡Vámonos!

—No voy a ningún lado —anunció él sereno.

En ese momento, Viviana sacó la Magnum que traía oculta bajo sus ropas y lo apuntó.

—No me obligues a dispararte. O vienes conmigo, o te quedas aquí... muerto.

Ella lo miraba dispuesta a halar el gatillo. Daniel estaba lleno de tensión.

—Me has estado mintiendo, ¿verdad? No soy tu esposo ni soy ningún asaltante de bancos ni nada de nada. ¿Es eso? ¿Es eso? —gritó.

—¡Sí! —gritó también ella fuera de sí y presa del histerismo—. No soy tu esposa, ¡nunca quisiste casarte conmigo! Eres un famoso candidato presidencial. El día que te acercaste a pedirme ayuda yo había hecho explotar un coche bomba. Ibas a dar un mitin para captar más votantes. Quise matarte por culpa de ella. ¡Ella es la culpable!

—¿Al decir «ella» te refieres a... Julia?

—Sí, sí, ¡maldita y odiada Julia! Ella se interpuso entre los dos. Te enamoraste de ella y yo te perdí. ¡Te preferí muerto antes que verte junto a mi más odiada enemiga! Perdiste la memoria a causa de la explosión y quise aprovechar eso para huir contigo a Bahamas. ¡No puedes echar a perder mis planes!

—Mátame. No pienso ir contigo a ningún lado —la retó.

—¡No pongas a prueba mi paciencia! ¡Soy capaz de dispararte hasta vaciar el arma!

Daniel dio un par de pasos lentos hacia ella.

—Te repito que me dispares. No iré contigo a ningún lado.

—¡Quieto! ¡No te muevas!

Daniel se paralizó midiendo la distancia entre ellos.

—Entrégate, Viviana. Es mejor llamar a la policía.

—¿Estás loco? ¿Crees que voy a pudrirme encerrada en una prisión? Tengo demasiados delitos encima, ¡demasiados! Fácilmente podrían condenarme a la pena de muerte. ¡Nunca me verán vencida! ¡Jamás! Si no quieres venir a Bahamas conmigo, te mataré, como era mi plan inicial, y escaparé sola.

Ella estaba completamente enloquecida, fuera de sí y lista para dispararle.

—De acuerdo. Iré contigo —mintió él para ganar tiempo al ver la resolución de matarlo en sus ojos.

—Alza los brazos y camina delante de mí —ordenó—. No intentes nada. No estoy jugando.

Daniel alzó los brazos lentamente, hizo como que iba a avanzar hacia la puerta, pero dando un salto inesperado se tiró hacia ella. Viviana, sorprendida, lo sujetó por los brazos. Fue una lucha cuerpo a cuerpo, donde ambos medían sus fuerzas. Era evidente que él empezaba a dominarla, pero Vivi no estaba dispuesta a dejarse vencer y, con fuerza inusitada, golpeó la cabeza del joven candidato con la cacha de la Magnum. Daniel cayó al suelo desmayado.

Entonces, ella lo apuntó directamente a la cabeza.

El dueño de la potente lancha que Viviana tenía planificado robarse para huir a Bahamas logró soltarse de las cuerdas con las que ella lo había amarrado. Lo había encerrado en un depósito en donde se guardaban bidones de gasolina, herramientas, redes y entre otras cosas más. Aún aturdido por el fuerte trancazo que ella le había propinado para ponerlo fuera de combate, el

hombre avanzó unos pasos. A unos pocos metros de él estaba tirado su celular. Viviana había cometido el error de no llevárselo. Aquel error sería el comienzo del fin para ella.

—¿Policía? Necesito ayuda... —informó el hombre luego de marcar el 911.

Julia Alcántara estaba de pie ante el senador Parker en el lujoso despacho de él.

—Es un gusto recibirte, Julia —saludó sincero y amable.

—Lamento importunarlo con mi inesperada visita.

—Siempre estoy listo para recibirte.

—Solo vine a preguntarle si hay, aunque sea, la más mínima información sobre dónde puede estar escondiendo Viviana. Estoy convencida de que esa mujer tiene atrapado a Daniel. Eso pone en riesgo su vida.

—Lamentablemente, esa asesina ha sabido esconderse bien y burlar a la policía, pero...

Uno de los cinco teléfonos que había sobre el escritorio del senador empezó a sonar con insistencia.

—Parker al habla —respondió él.

La expresión del senador fue cambiando según iba escuchando. Julia se puso alerta. Algo en su interior le dijo que eran noticias sobre su amado Daniel.

—Gracias por la información. Adiós —se despidió colgando.

—¿Se trata de alguna noticia sobre Daniel? —preguntó ella muy ansiosa.

—Sí. Acabo de ser informado que Viviana planifica robarse una lancha. Atrapó y noqueó al dueño de la misma. Lo dejó amarrado dentro de un depósito. Por suerte, el hombre logró soltarse y avisó al número de emergencias.

—¿Y Daniel?

—No se sabe nada de él. La policía y el FBI van hacia la bahía donde está ubicada la lancha. Se presume que Viviana se presentará allí de un momento a otro para escapar. Todos estarán escondidos y encubiertos esperándola. ¡Esa asesina no tiene escapatoria!

—¡Tienen que atraparla con vida para que confiese qué hizo con Daniel! —exigió completamente alterada.

—Te mantendré informada de todo.

—¡Déjeme ir con usted!

—No, no. Atrapar a Viviana resultará peligroso y...

—Por favor, senador... —suplicó.

—Está bien. ¡Vamos!

En la marina, donde se encontraba la lancha elegida por Viviana para escaparse a Bahamas, había una tensa calma. Varios empleados del lugar se encontraban en sus labores habituales.

Dueños de otras embarcaciones también estaban por allí.

Al lugar hizo entrada el Mustang negro que Vivi robara el día de la explosión. Ella iba al volante. Decidida, hizo rodar el coche hasta el borde de uno de los muelles.

Agentes del FBI, policías y un comando encubierto la vigilaban, alertas. Ella se bajó del Mustang y observó todo alrededor. No podía imaginarse que estaba siendo vigilada y que se encontraba cercada. De pronto, ella sonrió malignamente. Volvió a introducirse dentro del Mustang y puso la palanca de cambios en N. Luego, salió del auto y se colocó en la parte de atrás para empujarlo con fuerza. El carro robado empezó a rodar y en pocos segundos cayó desde el muelle al mar.

Ella se acercó al borde. El Mustang empezaba a hundirse. En pocos minutos más desaparecería bajo las aguas para siempre. Encerrado, amarrado y desmayado dentro del maletero del coche estaba Daniel.

Viviana contempló con expresión sádica y maligna el espectáculo. Una vez que el carro terminara de hundirse, ella abordaría la lancha elegida y escaparía para siempre hacia Bahamas. Todo estaba a punto de terminar.

Cinco empleados de la bahía se acercaron a Viviana. Ella los miró enojada, la habían hecho distraerse con su presencia.

—¿Qué quieren, imbéciles? ¿Para qué se me acercan?

Uno de los supuestos empleados mostró una credencial que lo identificaba:

—FBI. Está usted bajo arresto, Viviana Salazar.

Inmediatamente los demás agentes disfrazados como trabajadores del lugar sacaron sus armas y la apuntaron.

—Se equivocan. Yo no soy esa mujer que dicen —mintió ella ganando tiempo y sintiendo un repentino escalofrío al verse rodeada.

Vivi volvió su vista hacia las aguas. Más de la mitad del Mustang se había hundido inclinándose hacia adelante.

El auto del senador Parker irrumpió a toda velocidad en el lugar, seguido por otros dos coches que eran manejados por su equipo de seguridad y guardaespaldas. Parker detuvo su vehículo y Julia y él saltaron aprisa. Julia vio a la distancia a Viviana apuntada por el FBI y en un impulso echó a correr hacia ella.

El Mustang con Daniel en el interior del maletero estaba punto de desaparecer bajo el agua.

Viviana al ver a Julia correr hacia ella, en un movimiento rápido, sacó de su espalda la Magnum.

—¡Muere, maldita Julia!

Iba a dispararle a su enemiga para acabar con ella, cuando los cinco agentes del FBI dispararon al mismo tiempo. Vivi fue alcanzada por las potentes balas y cayó muerta sobre el muelle.

—¡Daniel! ¿Dónde está Daniel? —preguntó Julia con desesperación.

El senador Parker llegó corriendo junto a ella.

—La fugitiva llegó sola —informó uno de los agentes del FBI—. Tiró el carro en el que venía al mar.

Todos volvieron su vista hacia el agua. El Mustang acababa de desaparecer.

—¡Daniel tiene que estar dentro del carro! —gritó Julia.

Acto seguido, Julia se tiró un clavado al agua. Tres agentes del FBI la imitaron. Otros agentes, policías y miembros secretos del comando, además del comisario encargado del caso, salieron de sus escondites y se acercaron corriendo al muelle.

Bajo el agua, Julia y los tres agentes nadaban tan rápido como les era posible tras el Mustang, que cada vez se hundía más. El auto llegó al fondo. Con desesperación, Julia les hacía señas a los hombres para que hicieran algo. Tras cerciorarse de que el joven candidato no estaba en el interior del vehículo, uno de ellos apuntó su arma y disparó, volando la cerradura del maletero. En su interior estaba Daniel casi ahogado, pero luchando con las pocas fuerzas que le quedaban por soltarse de las cuerdas que maniataban sus manos.

Dos de los sujetos del FBI nadaron hacia él y lo ayudaron a liberarse. Julia, a pesar del agotamiento, también nadó hacia él y lo ayudó a salir del interior del maletero. Ambos, haciendo un esfuerzo sobrehumano, nadaron hacia la superficie.

Valentín Valladares, el medio hermano de Viviana, fue informado en la prisión de máxima seguridad donde estaba encerrado de la muerte de ella abatida a tiros por las fuerzas del orden. Valentín sintió un gran alivio al saberla muerta. El cuerpo sin vida de Viviana no fue reclamado por nadie, así que fue enterrado en una fosa común. Nadie asistió a su sepelio.

En el hospital, Daniel Armenteros fue dado de alta luego de dos días. Estaba en perfecto estado de salud y recordaba todo con absoluta normalidad. El golpe en la cabeza que le había dado Viviana con la cachapa del arma le había hecho recuperar la memoria. Sus padres y Julia lo esperaban llenos de júbilo. Los cuatro abandonaron el hospital con grandes sonrisas.

Por aquellos mismos días, la simpática Nancy recibió un WhatsApp de Luciano Anderson, donde la invitaba a visitarlo y pasar veinte días de vacaciones junto a él.

—¿Serán veinte días suficientes para lograr que Luciano se enamore de mí? —le preguntó la venezolana a Julia.

—En veinte días no solamente vas a lograr que se enamore de ti, Nancy, ¡vas a conseguir hasta que se case contigo! —aseguró Julia.

—¡Ojalá!

Nancy, Julia y don Luis rieron a carcajadas.

Los escombros quemados de la mansión Armenteros fueron totalmente removidos. Una nueva y moderna edificación diseñada al gusto de Daniel y Julia sería construida allí y vivirían juntos bajo aquel techo Antonieta, don Gerardo, don Luis, Julia y Daniel.

Seis meses después de haber sido capturada, Estrella, la noble amiga guatemalteca de Julia, quedó en libertad luego de haber sido juzgada. Junto a la Mami, la dueña del cabaret La Perla Azul, se fueron a recorrer el mundo en unas largas vacaciones —las planificaron para que duraran un año—. Ambas iban más que dispuestas a pescar marido. Julia las despidió en el aeropuerto y prometieron reunirse a su regreso.

Dos años después, Daniel y Julia se casaron por lo civil en la casa de ella de Coral Gables. Fue una ceremonia íntima donde abundaron los buenos deseos.

Transcurridos siete días de la boda civil, ambos realizaron el matrimonio eclesiástico en la Ermita de la Caridad del Cobre.

Julia lucía de ensueño, con un hermoso traje de novia color marfil de Laure de Sagazan que destilaba romanticismo y feminidad. Sus líneas vaporosas y caídas naturales le eran muy favorecedoras. El diseño fue confeccionado en París con las mejores telas, encajes y sedas. Daniel lució un Ermenegildo Zegna en estilo clásico y sobrio.

Cientos de invitados acudieron al enlace y a la posterior celebración, que se extendió pasadas las cinco de la madrugada. Ríos de la más exquisita champaña se sirvieron durante toda la fiesta.

Julia y Daniel bailaron y bailaron. Disfrutaron en grande cada minuto. Compartieron con cada invitado y se tomaron fotos con todos.

Don Luis también bailó y, a pesar de su avanzada edad, nunca se cansó. Era el día más feliz de su vida. Su adorada nieta al fin se casaba con el hombre tanto tiempo amado.

En un pequeño descuido, Daniel logró raptar a Julia y llevársela hacia una apartada terracita del inmenso salón de fiestas donde se celebraba la unión. La tomó suavemente por el talle atrayéndola hacia sí.

—¿Feliz?

—¿Cómo no serlo entre tus brazos?

—Te amo tanto, Julia.

—Es un amor recíproco entonces.

—¿Será para siempre? —quiso saber él.

—Para toda la eternidad y siempre bendecidos por Anita.

Sus bocas se fundieron en el más hermoso beso de amor que jamás nunca dos recién casados pudieron darse.

En la tarde del día siguiente de la boda, Julia y Daniel fueron juntos al cementerio. Colocaron sendos ramos de rosas blancas en la tumba de su hija Anita.

—Siempre vivirás en nuestros corazones, hija —susurró Julia.

—Sabemos que estás celebrando en el cielo ver juntos a mami y papi —dijo él.

Bajo un manto de felicidad absoluta siguió pasando el tiempo. Finalmente, Julia se graduó de maestra y Daniel Armenteros fue elegido el nuevo presidente de los Estados Unidos. Él, don Luis, Julia y los gemelos —que ella acababa de dar a luz hacía apenas dos meses— se mudaron a la Casa Blanca, en Washington.

Daniel fue un excelente presidente que aportó más prosperidad al país.

—Los gemelos son muy glotones —le confesó ella antes de dormir y ya acostados en la cama.

—Serán hombres fuertes y sanos el día de mañana.

—Se parecerán a usted, señor presidente —le aseguró ella.

—El próximo año tendremos gemelitas para que se parezcan a usted, mi primera dama —dijo él.

—Me encanta cuando me llamas primera dama.

—Eres mi primera dama.

—Para mí eres simplemente Daniel. Mi Daniel. El hombre que amo y siempre amaré.

Él la apretó contra su cuerpo y la besó largamente, sellando las palabras.